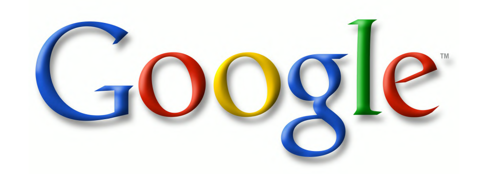




MEMORIAS

DEL

CAUTIVO EN LA GOLETA DE TÚNEZ

(EL ALFÉREZ PEDRO DE AGUILAR).

IMPRENTA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C.ª
(SUCESORES DE RIVADENEYRA),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, número 3.

MEMORIAS

DEL CAUTIVO

EN LA GOLETA DE TÚNEZ

(EL ALFÉREZ PEDRO DE AGUILAR),

DEL ORIGINAL EN PODER DE TYSSEN AMHURST, ESQ.RE,
DE DIDLINGTON HALL, NORFOLK.

PUBLÍCALO
LA SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES.



MADRID
MDCCCLXXV

NÚM. 224.

Sr. D. FERNANDO NUÑEZ ARENAS.

Hé aquí un libro original, autógrafo, curioso en extremo, aunque anónimo y sin título, en que un soldado español, cautivo en Berbería y en Constantinopla, refiere con sencillez y en prosa mezclada de verso los sucesos, ya prósperos, ya adversos de que fué testigo sus propios lances de amor y fortuna, sus campañas contra los moriscos de las Alpujarras, y por fin, la pérdida de la Goleta de Túnez, de cuyas resultas él mismo perdió su libertad. Es un tomo en 4.º menor, de unas 200 hojas próximamente, de papel grueso y moreno, cual se usaba en Levante promediando el siglo XVI, y escrito, á no dudarlo, á bordo de una galera turquesca, ó en el oscuro rincon de una mazmorra. A pesar del elegante forro de tafilete carmesí que hoy dia le cubre, obra del célebre encuadernador frances Derom, tiene todas las trazas de uno de esos cartapacios ó libros de memorias, tan comunes en aquel siglo, compañeros inseparables y depositarios fieles de los secretos é intereses, así del que servia en Italia ó ponia una pica en Flándes, como del que recorria en busca de honra y provecho las dilatadas regiones de Ultramar. Confieso ingenuamente que al abrir el libro por aquella parte en que su autor trata del tercio de Figueroa y de la llegada de D. Juan de Austria á Túnez, al ver que más adelante se referia con minuciosos detalles la gloriosa jornada de Lepanto, que la re-

lacion era obra de un cautivo, y que, por último, la letra del códice ó cartapacio se asemejaba algun tanto á la de Cervántes, me dió el corazon un salto, y creí haber hecho un venturoso hallazgo. Examinado y leido despues el volúmen, conocí que no tenía ni podia tener relacion alguna directa con el autor del *Quijote*, si bien fué tal el placer que me proporcionó su lectura, que prévia licencia de su dueño, y amigo mio, A. Tysen Amhurst, de Didlington Park, en el condado de Norfolk, me decidí á copiarlo é imprimirlo. A esta casualidad, pues, se debe el que un libro español, escrito por los años de 1575, traido á España ó á Europa sabe Dios cuando, y que á buen seguro ha corrido desde entónces vária fortuna hasta parar en manos de algun curioso, quien, despues de vestirle con cierta coquetería, le hubo de colocar en su biblioteca, pueda hoy la Sociedad de Bibliófilos Españoles darle á la estampa y salvarle del olvido á que yacia condenado; recuerdo verídico de importantes sucesos, gloriosos los unos, desastrosos los otros, pero todos ligados íntimamente con nuestra historia nacional.

Comprende el volúmen, segun podrán ver nuestros lectores, ademas de otras materias relacionadas con el asunto, la narracion detallada y minuciosa del sitio que Uluch-Alí y Sinán Baja pusieron á la Goleta y fuerte de Túnez, por Julio de 1574, hasta la total rendicion de ambas fortalezas, y de la que apresuradamente se construyó en la isla llamada del Estaño ó Estanque. La muerte ó cautiverio de más de 6.000 españoles é italianos que guarnecian aquellas plazas, los funestos resultados de tamaño desastre para nuestra armada y costas en el Mediterráneo, y las várias consideraciones políticas á que dicho suceso dió márgen, apénas son de este lugar. Bastará decir que los esfuerzos hechos, tanto por el Rey Católico, como por el emperador Cárlos V, para contener la piratería africana y asegurar por aquel lado nuestras fronteras marítimas, parecian frustrados de un solo golpe, al paso que el pujante imperio de los turcos en las costas de Berbería

se consideraba como un peligro constante para las nuestras.

Muy agitada y debatida fué entónces, como ahora, la cuestion de si era ó no conveniente para España tener posesiones en Africa. Opinaban unos por que se ocupase y guarneciese toda la costa de Berbería, desde Trípoli hasta Oran, miéntras otros eran de parecer se mantuviese tan sólo una fuerte armada en el Mediterráneo, con el fin de asegurar la mar y proteger las costas de España y de Sicilia. La jornada de Cárlos V á Túnez, en 1535, y su desgraciada expedicion á Argel, en 1540, no fueron más que consecuencia lógica del primero de aquellos planes, como lo fué tambien la campaña de D. Juan de Austria, en 1573. Vencido el turco en Lepanto y quebrantadas sus fuerzas, no por eso dejó de hacer guerra á la Liga Católica, que pasado el primer peligro, hubo de disolverse por intriga de venecianos y franceses. Habia el menor de los Barbarojas, en 1570, aprovechando una de esas revoluciones tan frecuentes entre los moros africanos, echado de Túnez al rey Hamida, sin que pudiera estorbárselo don Alonso Pimentel, alcaide de la Goleta nueva, fuerza casi inexpugnable, construida de órden del Emperador, á cuatro millas de cabo Cartago y diez de Túnez, por la parte del Mediodía. Pocos meses despues sucedia lo de Lepanto; la ocasion parecia oportuna para expulsar al invasor, y D. Juan recibió órden expresa de ir á Túnez, con su armada, y restablecer allí el dominio é influencia de España. El 8 de Octubre de 1573 desembarcaba D. Juan en la Goleta, y tres dias despues hacia su entrada triunfante en aquella capital, abandonada ya por Ramadan-bey, su gobernador, y por toda la guarnicion turca. Puesto órden en las cosas de la administracion, y nombrado gobernador de los moros Muley Mahamet, hermano de Hamida, con título de infante, D. Juan se volvió á Sicilia, dejando en Túnez parte de las fuerzas que allí trajera. El mando en jefe de españoles é italianos se confió al veterano Gabrio Cerbellon, caballero milanes, gran prior de Hungría, en la órden de San Juan, y capitan general de la ar-

tillería de la armada. Don Juan Puertocarrero, primogénito del conde de Medellin, D. Rodrigo, obtuvo el de la Goleta, y por último, D. Juan de Zanoguera, caballero valenciano, fué nombrado alcaide de la torre ó castillo que habia en la isla del Estaño. Para mejor defender á Túnez de nueva invasion turquesca ó berberisca por la parte de tierra, Cerbellon recibió el encargo expresó de levantar al rededor de la antigua alcazaba nuevas fortificaciones y reparos, segun la traza y diseños dados por el ingeniero italiano Jacome Paleazzo, más conocido por *Il Fratino*. Biserta, Porto Farina y otras plazas de aquella costa, donde habia presidio de españoles, fueron desmanteladas, y sus guarniciones concentradas en Túnez, donde el castellano Andres de Salazar, con 4.000 españoles, y Pagan Doria, con otros tantos italianos, ademas de la caballería de Lope Hurtado, tenian órden de correr la tierra y rechazar cualquier ataque del enemigo. Las cosas así dispuestas, volvió D. Juan á Nápoles, donde, al decir de escritores contemporáneos, pasó aquel invierno, ocupado en vistosos entretenimientos y militares ejercicios; ya que á ello le llevase su bizarra inclinacion, ó ya que quisiese con semejantes espectáculos ganarse el corazon de la brillante juventud que le acompañaba: «Flaqueza humana, como observa Vander Hammen [1], y achaque comun de que adolecen las más heróicas acciones de los príncipes.» Pretendia D. Juan el tratamiento de infante de Castilla, y áun de rey de Túnez, títulos ambos que habia, aunque en vano, solicitado de su hermano, siempre cauto y receloso en todo lo concerniente á su autoridad. Tardaba la respuesta, así como el pago de aprestos militares, vitualla y municiones, y D. Juan, impaciente, cumpliendo lo mejor que pudo con los acreedores de la armada, partió para España el 16 de Abril de 1574. Llegado á Gaeta, halló allí un correo del Rey, su hermano, con órden de que, dejada la venida á España, se fuese á Vigebano, lu-

[1] *Historia de D. Juan de Austria*, lib. IV, fól. 179.

gar de Lombardía, así por acudir á la pacificacion de Génova, alterada por las antiguas facciones de Adornos y Fregosos, que se disputaban el gobierno de la tierra, como por la sospecha que se tenía de que los luteranos de Francia se moviesen contra su rey. Obedeció D. Juan la órden, y aunque á disgusto suyo, pasó á Lombardía, donde permaneció hasta mediado Julio. Allí le vinieron nuevas de la poderosa armada que el turco Selin II, ansioso de vengar la derrota sufrida en Lepanto, preparaba para echar á los españoles de Túnez, Biserta y otros puntos de la costa africana, y poco despues una carta de Gabrio Cerbellon, en que le avisaba haber desembarcado los turcos en la playa de la Goleta. Hallábase ésta en regulares condiciones para la defensa; no así el fuerte que inmediato á Túnez y al frente del Estaño habia, segun hemos visto, mandado construir D. Juan, para la defensa de aquella capital. Escatimaban los vireyes de Nápoles y Sicilia los materiales y la gente. La obra estaba recien hecha y no del todo concluida. El peligro era inminente, y una vez ganada la Goleta, no podia conservarse el fuerte. Así se expresaba el veterano en carta del 18 de Julio.

Es de advertir que el proyecto de construir un fuerte en Túnez habia sido sériamente combatido por consejeros y políticos tan consumados como D. Diego de Mendoza, el cardenal Granvela y los Duques de Sesa y Alba, y que el notable empeño que D. Juan puso en conservarle, tuvo quizá orígen en otro plan más interesado y ménos patriótico. De presumir es entrasen por algo en los cálculos de D. Juan las halagüeñas esperanzas de una corona, con que ántes y despues de la prision y muerte del príncipe D. Cárlos, en 1568, le hubieron de entretener y lisonjear los secretarios Soto y Escobedo, y la turba de ambiciosos cortesanos de que siempre anduvo rodeado. Como quiera que esto sea, no bien supo en Vigebano, donde estaba, el desembarco de los turcos en las playas de Cartago, y el peligro que corrian su nueva conquista y soñado reino, cuando, despachando primeramente á

D. Juan de Cardona con su escuadra de galeras, y despues á D. Bernardino de Velasco con las veinte de Nápoles, logró que ambos caudillos introdujesen en la Goleta socorro de gente, víveres y municiones. Él mismo, sin esperar órdenes de la córte, corre precipitadamente la posta hasta Génova, se embarca en su galera capitana, surta en aquel puerto, y hace vela para Nápoles, adonde llega el 14 de Agosto. Allí reune un consejo de Guerra, compuesto del cardenal Granvela, virey; del Duque de Sesa, Juan Andrea Doria, su sobrino Antonio Doria, Marqués de Santa Cruz y D. Jorge Manrique, en el que se discute largamente el modo y manera de socorrer la Goleta, fuertemente combatida ya por las huestes enemigas. Varios son los pareceres; unos, y son los más, opinan que es preciso desmantelar el fuerte, visto el mal estado de sus defensas, y recoger en la goleta los 4.000 españoles que le guarnecen; otros son de dictámen que se envien refuerzos á los sitiados y se les anime á prolongar la resistencia hasta el próximo equinocio, en que los turcos habian infaliblemente de levantar el sitio y recogerse á sus galeras. Don Juan insiste en que se hagan los mayores esfuerzos por mantener á un tiempo la Goleta y el fuerte, puesto que uno y otro se comunican por medio del Estaño, y podrán auxiliarse mutuamente. Él mismo se ofrece, sin esperar las galeras y gente que dejára en Génova, á ir á Sicilia, recoger allí la infantería española del reino, y llegada que fuese la armada, presentarse en las costas de Túnez. «De presumir es (añade), que viniendo á noticia de sitiadores y sitiados mi llegada, aunque con inferiores fuerzas, aquéllos pierdan ánimo, y éstos le cobren para defenderse.»

Prevaleció en la junta el voto de D. Juan, y diéronsele luégo las oportunas órdenes para llevar adelante el socorro; mas miéntras se hacian los preparativos necesarios para la expedicion proyectada y D. Juan iba á Sicilia á recoger la gente, llegó á Nápoles un mensajero de Cerbellon, avisando el aprieto en que se hallaba la Goleta.

El 3 de Agosto escribia D. Juan al Virey de Nápoles lo que sigue [1]:

Por poco soldado tuve siempre á D. Pedro Puertocarrero, y así lo he escrito á S. M. más que una vez; pero no pensé jamas que llegára á tal punto esta tacha para un alcalde de fuerza tan importante, que dejára tan presto y tan fácilmente avecinar así al enemigo, encerrándose desde luégo entre sus murallas. De quien empieza tan encogidamente no sé qué debamos prometernos..... Justo es temer y creer lo peor para prevenir el mayor daño; mas no sé si para tanta resolucion como abandonar el fuerte de Tunez es aún tiempo; mayormente no pudiéndose hacer, que casi con pérdida de la mayor parte de nuestra gente, y habiendo de quedar la otra tan perdida y desanimada, dudo sería de provecho en otro lugar. Muchas y no pocas dificultades veo en esta resolucion (de abandonar el fuerte); pero el parecer del Duque (de Sesa), de D. García (de Toledo) y del Marqués de Santa Cruz, será harto más prudente que acertado el mio. Lo que sobre esto nos ha parecido á Juan Andrés (Doria), á D. Jorge Manrique y á mí y á D. Antonio Doria, se verá por lo que de mano propia escribió (á Cerbellon), y viene á ser casi lo mismo que ahí se ha tratado. Gabrio es soldado, como V. S. dice, y muy experimentado en ofender, muy plático en fortificaciones. No sé cómo tras esto consentirá dejarse abandonar perdiendo la Goleta, si él puede socorrella; porque claro está que no podrá el fuerte mantenerse de por sí, mayormente faltándole tanto para acabar de serlo; de manera que, en nuestra opinion, Gabrio habrá suplido á la poca soldadesca de D. Pedro Puertocarrero, si ya no llega á ser esta tan ninguna que áun dejarse ayudàr no quiera, que quien sólo se defiende con pedir barcas de socorro, de todo querrá valerse. Cierto, yo estoy maravilladísimo de lo poco que D. Pedro ha hecho para lo mucho que pudiera hacer en la plaza y sitio en que está, para ganar más honra que en nuestros tiempos creo se ha visto. Yo me partiré, placiendo á Dios y si el tiempo es otro que agora (que es fortuna derecha), el viérnes sin falta. Entre tanto, si posible fuere enviar alguna gente en naves ó galeras á la Goleta, lo

[1] Simáncas, legajo 450.

mejor será sin esperarme usar de esta diligencia. Esto mismo escribo al Duque de Terranova y á D. Juan de Cardona, que están más cerca. Bien será que á lo ménos se platique allá todo esto y otras cosas, para que á mi llegada no deba yo detenerme hasta Palermo ó Trapana, etc.

Con la misma fecha escribia D. Juan á Cervellon:

Habeis de procurar, aunque sea aventurando algo de lo que teneis á cargo, sustentar entrambas fuerzas (el fuerte de Túnez y la Goleta); mas si v. md. y el Sr. D. Pedro Puertocarrero, á quien remito la resolucion de esto, vieren claramente que no puede haber tanta gente que baste á sustentar lo uno y lo otro, parece que en tal caso, procurando de dejar todo lo que hay en el fuerte de manera que los enemigos no se puedan aprovechar de ello, se vaya (don Pedro) con toda la gente que pudiera á la Goleta. Pero esta resolucion hase de tomar muy forzada, considerando no sólo las fuerzas y ser de los que defienden, mas tambien las de los que ofenden; pues por muchas pruebas se ha visto que nunca turcos tomaron plaza que se les defendiese; porque aunque son grandes hombres de batir y zapar, son muy ruines de llegar á las manos y entrar. Mas todavía cuando á entrambos pareciere ser esta resolucion, aunque forzada (conveniente), les advierto que ha de ejecutarse sin que la gente lo entienda, y de manera que todos se salven, para lo cual habrá facilidad, siendo, como son, señores del Estaño.

Mas considerando lo mucho que importa al servicio de S. M. la conservacion de ese fuerte, no puedo dejar de encomendarle, señor Gabrio, que anime á D. Pedro Puertocarrero y á la gente que con él está, á defenderse con la que de ahí le pudiereis dar, que se presupone que será alguna, pues quedándole á la armada enemiga tan poco tiempo para estar en nuestros mares, parece que con ménos de la que tiene podrá defender ese fuerte, habiendo cargado la mayor fuerza soble la Goleta. Pero tórnole á advertir de nuevo que el principal fin mio es no perder la dicha Goleta, y así le encargo que al recibir deste despacho vaya, como digo, á verse, si pudiere, con D. Pedro, y resolver lo que arriba se dice, etc.

Hame dado tanta pena (escribia D. Juan al Rey en 23 de Agosto) ver que en tan poco tiempo hayan los enemigos llegado tan ade-

lante, y que de parte de los cercados no se les haya hecho más resistencia, siendo el sitio tan aparejado para ello, que nunca llegó á imaginacion de hombres pensar que tal pudiera suceder, que cierto no hallo palabras con que encarecerlo; pero lo que más me admira es entender que D. Pedro Puertocarrero y los que con él están se den tan mala maña, que con ver que los turcos les zapaban ó minaban el caballero de San Pedro, y tenian una máquina en el foso para hacerse señores dél, no acababan de tomar resolucion de lo que habian de hacer para defenderse; ni veo que desde el primero dia que fueron sitiados hayan hecho salida para estorbar al enemigo que no se les arrimase, como lo pudieran muy bien hacer, teniendo con la gente que le envió Gabrio 2.500 hombres, lo que ha sido causa para que el enemigo haya puesto sus baterías adonde y como ha querido, quitando á los de adentro el jugar de la artillería, ni poder estar á la defensa de las murallas. Tampoco acabo de entender qué designio fuese el del dicho D. Pedro en no valerse de los 600 ó 700 soldados italianos que llevaba consigo Tiberio Brancaccio en las galeras de Nápoles con órden de dejárselos, ni retener los que Gabrio Cerbellon habia licenciado, á no ser que pensase que el enemigo nunca habia de ir contra él. Si el cardenal hubiera en un principio enviado los 1.500 soldados de este tercio que le pidieron el Duque de Sesa y el Marqués de Santa Cruz, ó á lo ménos se hubiera dispuesto que el conde Jerónimo Lodron y sus alemanes hubieran pasado allá, puesto que están alojados en las cuevas de Puzol (Puzzuolo) sin hacer nada, y ganando sueldo de balde, no estarian las cosas en el aprieto que hoy están.

En fin, señor, el negocio ha llegado por nuestros pecados á términos que, habiendo quitado á los nuestros la comodidad que tenian del Estaño para comunicarse y socorrerse, y viendo lo que don Pedro escribe y lo que el capitan Juan Doria dice, parece que si Dios por su misericordia no ha permitido que el socorro de las dos galeras que el Duque de Terranova ha enviado haya entrado en la Goleta, de lo cual dudo mucho, se puede ya tratar más de recobrarla que de socorrerla, no habiendo forma de poderlo hacer, puesto que la armada de V. M. no se halla con las fuerzas y en la órden que fuera justo, etc.

Si, lo que Dios no quiera, la Goleta se perdiere, será de muy

grande estorbo á las cosas de Flándes, pues es de creer que sabiéndolo los rebeldes, y quedando allí el turco, cobrarán los enemigos de V. M. nuevo ánimo para continuar la guerra, ayudándose los unos á los otros, y apretando por todas partes y á un mismo tiempo los dominios de V. M., como es de creer lo hará tambien el turco, ensoberbecido y animado de haber hecho en tan pocos dias una empresa que, á juicio de todo el mundo, se tenía por dificultosa.

El remedio, pues, de atajar un tan gran fuego parece acá que es preparar una armada y ejército muy proveidos de artillería, vituallas, municiones y lo demas necesario para volver con la seguridad que conviene de salir con ello á expugnar la Goleta, la cual, si bien quedará destrozada y abierta, de creer es que ántes que la armada turquesa se parta, dejarán limpios los fosos y reparado lo más necesario, pues tienen tanta gente con que hacerlo. En caso que la jornada se haga, suplico á V. M. dé órden para que se me provea de la mayor suma de dineros posible, aunque para tan importante efecto sea preciso tomarla de las iglesias, ya que no haya otro mejor expediente, pues que de ello ha de ser Dios servido, etc.

El mismo dia D. Juan se hacia á la vela para Sicilia, con treinta y tres galeras y la coronelía de infantería italiana, al mando de Sigismundo Gonzaga. Seguíanle de cerca su lugar teniente, Duque de Sesa, y el Marqués de Santa Cruz, con las de Sicilia, en número de diez. Mas por muy pronto que se alistó lo necesario para la expedicion, la Goleta y el fuerte se rindieron, aquélla el 22 de Agosto, éste el 13 de Setiembre.

¡Pésame, decia el Duque de Sesa, de haber adivinado! La Goleta se perdió, y á esta hora el fuerte tambien, segun la poca gente que á Gabrio le queda, habrá hecho lo mismo. ¡Entrambas plazas se pierden, más por falta de soldados que por el valor de los enemigos! El Sr. D. Juan, más por su parecer que por mi consejo, determina ir á Trapana. Lleva algunas galeras reforzadas, para con ellas y otras 28 que allí tiene Juan Andres Doria, que en todas serán 70 ó 75, dar vista á la armada del turco, y tentar si con esto el enemigo se embarca con priesa, y los cercados del fuerte quedan desembarazados, si es que están vivos cuando allí llegue.

Veo á D. Juan inclinado á seguir la armada turquesa, y pienso sea éste el principal motivo para ponerse en Trapana. Si lo hace es contra mi voto, y así quiero que V. M. lo sepa desde luégo, pareciéndome que no es jornada para su persona, ni áun para que la hagan galeras de V. M., presuponiendo que si las de los turcos hacen el viaje de la costa de África, las nuestras van á manifiesto peligro de perderse.

Cumpliéronse poco despues los tristes pronósticos del Duque. A pesar de la heróica defensa de Gabrio de Cerbellon, á pesar de los inauditos esfuerzos que D. Juan de Zanoguera hizo por sostenerse en la isla del Estaño, donde no habia más fortificacion que «una mala torre, con cuatro baluartes», los turcos ganaron en dos meses lo que tanta sangre y tanto tesoro costára á España conquistar y mantener.

Como en casos semejantes suele acontecer, fueron varios los discursos que en Nápoles, Sicilia, y áun en la misma córte de España se hicieron acerca de los causantes de tan lamentable suceso. Quién atribuia la pérdida de la Goleta á la flojedad y excesiva confianza de su gobernador, D. Pedro Puerto Carrero [1]. Quién decia que á haberla socorrido á tiempo el veterano Cerbellon [2], los sitiados hubieran podido

[1] Esto mismo apunta sin rebozo alguno Lorenzo Vander Hammen y Leon, en su *Historia de D. Juan de Austria* (lib. IV, fól. 185), atribuyendo la causa de la pérdida de la Goleta, y por consiguiente, del fuerte de Túnez, á su impericia: «Don Pedro, dice, no auia passado por todos los cargos militares, y ignoraua más de lo que era menester. Error, no sólo executado en su eleccion y en otras de su tiempo entre christianos, sino en todas, en todos siglos y en todas partes, anteponiendo siempre la nobleza á la suficiencia de los valerosos, como si aquélla fuese sólo apta para grandes oficios.» (Lib. VI, fól 183.)

«A ser D. Pedro más dócil, y ménos imperioso de condicion (añade), labráran en él las razones que los suyos le daban para dividir las fuerzas del enemigo, y prolongar la defensa; pero jamas le pudieron persuadir á ello. Flaqueza en que veo caer de ordinario á muchos ministros grandes, quando se hallan adornados de alguna nobleza, ó con largas experiencias enriquecidos, pues como si su reputacion consistiera en no poderse engañar, hazen punto de honra el llevar adelante lo que proposieron una vez, aunque vean el desengaño por los ojos y conozcan que erraron el acuerdo.» (Fól. 185.)

[2] «Dizen que Gabrio, por sustentar el fuerte, obra de sus manos, no lo quiso desam-

fácilmente mantenerse hasta la llegada de D. Juan de Austria con la armada. No faltó quien pretendiera hacer á éste responsable de todo por su notable empeño en mantener el fuerte de Túnez, que él mismo mandára construir cuando despues de su victoriosa entrada en aquella capital pensó coronarse rey de la antigua Cartago. Al virey de Nápoles, cardenal Granvela, achacaban otros la desgracia, por no haber socorrido á tiempo con gente, vituallas y dineros [1].

parar, y cierto que su intencion fué buena, y que hizo todo lo que pudiera hazer cualquiera buen soldado y cauallero, y que trabajó y peleó harto más de lo que requeria su edad y canas; y aunque ha hauido algunos maliciosos que por no hauerse ydo á la Goleta le han querido notar, no tienen razon, y pruéuase claro en que no hazia ni ponia en execucion sino lo que se determinaua en los consejos que juntaua, y en el que se juntó para tratar desto, se puso por difficultad el ser menester más de seys viajes de las barcas y fragatas (que don Juan Zanoguera tenía en la isla), para llevar toda la gente del fuerte á la Goleta.» (TORRES AGUILERA, *Chrónica de varios successos*, Çaragoça, 1579, 4.º, fól. 119.)

[1] De esta opinion es Vanden Hammen, el cual dice que solicitado el Cardenal al socorro de la Goleta, contestó tenía mucho que guardar en el Reyno y no podia dividir sus fuerças, «siendo la causa principal de ello el poco gusto que tenía de acudir á don Juan de Austria, embidioso de sus favores de Marte y Vénus. Que no gouiernan bien los Eclesiásticos donde ai gente de guerra, de cuyo conocimiento los haze ignorantes el estado, y hasta en la púrpura, mitra y tiara se hallan destas imperfecciones, tal vez muchas y considerables, como al fin hijos de Adan.» Así termina este autor el ampuloso cuanto preñado párrafo de su *Historia*, que comienza al fól. 184, dando á entender por él que celos de D. Juan le movieron á no socorrer á tiempo la Goleta. La acusacion no me parece justificada, y en prueba de ello, extractaré dos cartas suyas, que originales se conservan en el Archivo de Simáncas, dirigidas á Felipe II. Dice así la primera:

«No podré encarescer el sentimiento que tengo del infelice suceso de la Goleta, y peligro en que queda el fuerte. Sabe Dios que si con la sangre propia lo pudiera remediar, la diera, con la vida, por bien empleada. En estos succesos sé lo que el mundo suele decir, y de esa córte entiendo que murmuran algunos, fundándose sobre que muchas provisiones han ido siempre de este reino para la Goleta, pensando darme tacha, como si en su pérdida yo tuviera culpa; y aunque espero que V. M.ᵈ, que sabe lo que pasa, no dará oidos á semejantes calumnias, he querido dar, como lo hago, cuenta breve de lo que en diferentes ocasiones se ha hecho por socorrer aquella fuerza», etc. (*Simáncas*, Leg., Estado núm. 1.054.)

«Pues la Goleta y el fuerte se perdieron, no hay sino dar gracias á Dios por todo lo que hace, y poner los ojos en el remedio de lo venidero; pues es de creer que el enemigo no se contentará con lo que ha hecho, sino que querrá seguir la victoria. No

Ni tampoco parece que á D. Juan de Zanoguera le cupiese culpa alguna en suceso tan lamentable. En 10 de Setiembre, á los diez y seis dias de rendida la Goleta, y tres ántes de la entrega del fuerte, escribia á D. Juan de Austria:

De mí sé decir que en lo que ha tocado á mi parte no he faltado, hasta que me hirieron en una pierna, y á esta causa me mandó Gabrio (Cerbellon) volver á la isla (del Estaño), pues no estaba para pelear. Dos dias há que estoy aquí, y hoy los turcos han dado un asalto que ha durado seis horas largas. No puedo escribir lo que ha pasado, más de que los nuestros han salido con victoria, que estábamos ya apercibidos, y sabiamos que estaba allí Aluchali y el otro baxá, y que tenian como 6.000 turcos con ellos. Esto se supo por dos de ellos, que tomé anoche mismo, y se los envié á Gabrio, los cuales dijeron que estaban desmantelando la Goleta nueva, y que guardarian la vieja. La esperanza que del fuerte se puede tener es comer por onzas estando aquí la armada, y si los turcos se fuesen sin acaballo, se podria tener el remedio que V. A. diere con mucha brevedad, que la isla con la ayuda de Dios hará su deber. Confio en nuestro Señor que, ida la armada del turco, con muy poco fastidio la podrá mandar socorrer V. A. Con la primera ocasion volveré á despachar otra barca, pues pueden venir y entrar en el Estaño como ha salido ésta. No me queda más que suplicar á V. A. se acuerde de mi casa, mujer y un hijo que dejo, y tan pobre como el más pobre caballero, y aseguro á V. A. que acabaré mi vida haciendo lo que debo, y no doy aquí esperanza de cómo, estando la armada, podrá V. A. socorrernos, sino es peleando con ella, que soy cristiano y caballero, y aunque sea en mi daño, soy obligado á decir verdad. Ida aquélla, con cualquiera cosa se podrá hacer el socorro, pues el Estaño y la isla son nuestros. Yo haré cada noche un fanal en la isla, y si el fuerte y la isla están en pié, haré dos fanales, y

habiéndose aún podido, por falta de dinero, juntar la gente y provisiones que han de servir para la armada, ha parecido que con lo que hoy hay no se puede entender en cosa ninguna, lo cual me obliga á suplicar de nuevo á V. M.ᵈ mande que para lo de adelante se provea bien á tiempo, y cessen estos inconvenientes; pues como tantas veses he escrito, al cabo y quando no presta, se viene á hacer los mismos y mayores gastos, como si fuesen (hechos) en sazon.» Nápoles, 3 de Octubre de 1574. (*Simáncas*, Estado, Leg. núm. 450.)

ademas avisaré con la mayor diligencia posible si la armada enemiga se partiese.

De la relacion que él mismo hizo al presentarse en Nápoles, relacion que copiaron casi á la letra Torres Aguilera, Antonio de Herrera, Cabrera y otros historiadores de aquel tiempo, y que, vista su importancia, hemos creido deber reproducir íntegra en el texto [1], resulta que Zanoguera hizo cuanto estuvo de su parte por sostener la reputacion de las armas españolas en aquel siglo. Perdida la Goleta y el fuerte de Túnez, mal podia dicho capitan mantenerse contra la armada turquesca; toda resistencia era inútil. Que Sinán Bajá se negase á cumplimentar la capitulacion otorgada en la parte relativa á los prisioneros de la isla, es cosa que no estuvo en su mano remediar. Nada, pues, tiene de extraño que el autor de estos apuntes se haga eco de rumores que debieron circular entre sus compañeros, puesto que como él no fué de los escogidos por aquel capitan, y se vió cautivo á bordo de una galera turquesca, privado de su hacienda, mujer é hijos, bien puede permitírsele un desahogo de esta especie.

Esto es cuanto se nos ocurre decir, por ahora, acerca del libro mismo y de su contenido. Ya dijimos en otro lugar que no tiene título alguno, comenzando *ex abrupto* con las palabras: *Reinando en la ciudad y reino de Túnez*, etc., y que el volúmen lo componen varios cuadernillos de papel levantino, cosidos á manera de cartapacio ó memorandum, en que un cautivo iba apuntando sus campañas, sus desventuras, sus amores, y cualquiera otra circunstancia ó acaecimiento digno de memoria. Que el escritor sirvió en Túnez, y fué de los que, perdida aquella plaza, se retiró con su mujer é hijos á la isla del Estaño, él mismo nos lo da á conocer en várias partes de su relacion (pág. 84), así como en el «Romance de la pérdida de la isla del Estaño» (pág. 113). Quién fuera

[1] Véase dicha relacion en la pág. 221 del texto, y ántes del Apéndice de que en rigor debiera formar parte, pues no pertenece á las memorias recogidas por el Cautivo.

y cómo se llamaba, de qué reino de España era, si leonés, castellano ó andaluz, de la antigua corona de Aragon, portugues ó asturiano, no es posible averiguarlo, puesto que nos ocultó cuidadosamente su nombre; ni tampoco en la relacion y estilo hemos hallado indicios ciertos por donde se puedan rastrear su orígen, patria y ascendencia. Pero si no hay certeza, hay á lo ménos lugar á conjetura, y por aventurada que ésta sea, quiero presentarla á los lectores como tal, para que juzguen de su mayor ó menor verosimilitud.

En la *Novela del Cautivo*, que Cervántes insertó en la primera parte de su *Quijote* (capítulos XXXIX al XLI), se habla largamente de un D. Pedro de Aguilar, natural de Andalucía, que fué alférez en Túnez, y se perdió con los demas cristianos que en él habia. Al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla, se huyó en traje de arnaute, con un griego espía. Fué soldado de mucha cuenta (añadió el cautivo) y de raro entendimiento, y que tenía especial gracia en lo que llaman poesía. Habia compuesto dos sonetos á manera de epitafios, el uno á la Goleta y el otro al fuerte, los cuales iba á recitar cuando le interrumpió D. Fernando diciendo ser don Pedro su hermano, y saberlos él de memoria, confirmando, ademas, el hecho de haber éste alcanzado la perdida libertad, «pues está ahora en nuestro lugar bueno y rico, casado y con tres hijos.» Siguen los dos sonetos, que á juzgar por su estilo, son obra del mismo Cervántes, y que Clemencin, con la férula levantada siempre que del *Quijote* y de su autor se trata, califica como de corto mérito.

Ahora bien, aunque el cautivo, autor de estas *Memorias*, no nos declara su patria y nombre, hay motivos para sospechar era andaluz, y se llamó Aguilar. Que hizo romances, y tambien sonetos, á la pérdida de la Goleta, del fuerte y de la isla del Estaño, es asimismo un hecho cierto, como puede verificar el lector, desde las páginas 97 á la 113[1]. En la enu-

[1] Véase el que empieza «Excelso monte do el Romano estragó», en la pág. 117.

meracion de los capitanes, tenientes y alféreces que se perdieron en el fuerte de Túnez (pág. 92), aparece un Aguilar, teniente de la compañía de caballos de Lope Hurtado. Sabido es, ademas, que Cervántes estuvo en Túnez, con el tercio de Figueroa, poco ántes de marchar con la armada á Lepanto; áun cuando esto no fuera un hecho conocidamente cierto, la individualidad y exactitud con que describe sucesos que nuestros historiadores más minuciosos pasan en silencio, bastaria para persuadirnoslo. Pudo muy bien Pedro de Aguilar, á la vuelta de su cautiverio, ver á Cervántes y referirle á boca la lamentable catástrofe en que se halló. Nada hay de inverosímil en esto, y miéntras no se hallen pruebas en contrario, me inclino á creer que el autor de estas *Memorias* no es otro que el alférez Pedro de Aguilar, amigo de Cervántes, y de quien tan grande elogio hace en su *Novela del Cautivo*.

PASCUAL DE GAYÁNGOS.

RELACION

DE LA PERDIDA DE LA GOLETA I TUNEZ

EL AÑO DE 1574.

PERDIDA DE LA GOLETA.

Reinando en la ciudad y reino de Túnez Muley Hamida, hijo de Muley Hacen, hombre, aunque por una parte valeroso, por otra cruel y avariento, no pudiéndole sus vasallos ya sufrir, conjuraron algunos contra él, siendo el principal de los conjurados Sey Dibotaibo [1], privado y capitan general suyo, y paresciéndoles que tan gran hecho no se podia concluir sin favor de alguna otra gente, enviaron sus embajadores á Uluchali, que entónces gobernaba en Argel, por los cuales le ofrecian aquel reino si con algunos de sus turcos viniese á favorescerlos.

Este trato se hizo con tanto secreto que Hamida no

[1] Así en el original: léase Seydi Abo Taibo, ó más bien Cidi Abu Taieb.

lo entendió hasta que se comenzó el efeto como adelante diré. Entendido por Uluchali la embajada, con tres mil turcos y dos mil moros se partió de Argel por el mes de Setiembre del año de 569, sin decir á nadie su intento, hasta que llegó al rio de Briherrao[1] una jornada de Beja, villa del reino de Túnez, adonde juntando sus capitanes les declaró el concierto que con los moros de Túnez tenía, y porque el rio iba muy crescido y el hacer puente era muy dificultoso, se detuvo allí algunos dias.

Cuando Muley Hamida, que muy descuidado de la traicion estaba, entendió la venida de Uluchali, saliendo de Túnez con ocho mil moros, animosamente se presentó en la ribera del rio, que ya los turcos habian pasado por un vado, y otro dia trabó con ellos una escaramuza, y no le sucediendo bien la jornada, se retiró á Túnez con su campo, desamparando á Beja, la cual luégo se rindió á Uluchali, y él caminó con su campo en seguimiento de Hamida hasta el rio de Moxardo[2], sobre el cual echó puente; y pasando su ejército vino á poner sus tiendas en el Bardo[3], jardin del Rey, dos millas de la ciudad. Otro dia de mañana salió al campo Seyde Botaybo con los moros de la ciudad y luégo tras él salió Hamida acompañado de sus familiares y amigos á tiempo que ya Botabio (Abo Taibo) habia comenzado una escaramuza con los turcos, en la cual po-

[1] Parece el Drada Bragada, por otro nombre Mecherda, no léjos de la antigua *Vacca*, hoy Beja.

[2] El Mejerda ó Macherda, que, como queda atras dicho, es lo mismo que el Brada ó Bragada.

[3] En el original «el arrivera.»

niendo los ojos el Rey, avisándoselo tambien algunos de sus amigos, vió que de ninguna parte moria gente, á causa que así los unos como los otros, todos tiraban por alto; y sospechando lo que era verdad, con la mejor disimulacion que pudo, se volvió á la ciudad, mandando á Botaybo que tambien él se retrajese, porque queria pagar toda su gente aquel dia para quel siguiente saliese á pelear más contenta. Y en llegando á la ciudad, lo comenzó á hacer, pero sabiendo que ya Uluchali con sus turcos estaba apoderado del arrabal de Babazueca [1], y que aquella noche era imposible dormir seguro dentro de la ciudad, tomando consigo algunos de sus amigos y las mujeres y hijos á quienes él más queria, cargándose todas las más joyas y dinero que pudieron llevar, con mucho secreto se salieron á prima noche por una puerta del alcazaba que salia al burgo de Babazeca, opuesto al que los turcos tenian ya ganado, y saliendo Hamida entre ellos con cincuenta caballos, se huyó á la Goleta por la parte que llaman de Arraez, dejando sus moros ocupados, unos en recibir la paga y otros en procuralla. No pudo ser la salida de Hamida tan secreta que sus enemigos no la sintiesen, los cuales salieron tras él, y alcanzando por el camino algunos de los suyos, los degollaron, y saquearon la mayor parte de las joyas y dinero que sus mujeres llevaban, de las cuales casi todas fueron presas.

Llegado Hamida en la Goleta, halló á don Alonso Pimentel, alcaide de aquella fuerza, con alguna indignacion contra él y que no le queria recebir dentro, por-

[1] *Babe-s-sueica*, la puerta de los callejones.

que le habia escrito el dia ántes que se entretuviese aquel dia peleando con los turcos y quel siguiente le queria socorrer con doce banderas despañoles; las cuales sin duda echarian los turcos fuera del burgo que ya tenian, y este socorro se dejó de hacer por haberse Hamida retirado la noche ántes. Pero viendo don Alonso que ya aquello no podia remediarse, en amanesciendo le rescibió dentro, y condoliéndose de su calamidad, le consoló con esperanza de que su allegado le favoreceria brevemente, así para cobrar su reino como para vengarse de sus enemigos.

Luégo que Hamida fué salido de la ciudad, Botaibo y sus aliados convocaron los moros de la ciudad, y Botaibo les dijo tales palabras: «Ya habeis visto, señores, la cruel tiranía con que del Rey Muley Hamida todos nosotros hemos sido tratados hasta aquí, tomándonos nuestras haciendas por fuerza, forzando nuestras mujeres é hijas y dando á munchos crueles muertes, sin culpa, no más de por cumplir sus desenfrenados apetitos, por las cuales obras Dios ha sido servido de quitarle este reino, sacando á nosotros de la sujeccion de un tan avariento y cruel tirano, lo cual se ha hecho por medio del bajá [1] [U]luchali, que movido á compasion de nuestra miseria, con sus turcos ha venido á favorecernos y poner en libertad, para que nosotros de nuestra mano elijamos otro rey que nos gobierne mejor. Conviene que, pues ellos se nos han mostrado tan buenos y leales amigos, que como á tales abriéndoles las puertas los

[1] Así en el original: entiéndase Baxá ó Paxá, que es lo mismo; de *padixah*, que en turco vale tanto como gobernador.

acojamos y regalemos en nuestras casas, mayormente viendo, como vemos, que si bien nosotros no los quisiésemos rescebir, no somos bastantes para resistirles la entrada: lo cual Dios no permita que hagamos, pues sería el camino verdadero de nuestra total perdicion.»

Acabadas de decir estas palabras, todos los moros alzaron las manos al cielo, dando gracias á Dios, que así los habia librado de la cruel tiranía de Hamida, y abriendo las puertas de la ciudad recibieron dentro á Uluchali y á los suyos, los cuales se derramaron luégo por la ciudad robando y saqueando las casas de los amigos de Hamida, y á vueltas las de los otros, como siempre suelen hacer. Esto fué por Enero del año de 1570.

Desta manera se apoderó Uluchali de la infelice ciudad, y dentro de pocos dias fué señor de todo el reino, enviando sus chauces [1] á las otras ciudades, villas y lugares, rehusando alguna de obedecelle por señor, en lo que se detuvo ménos de tres meses, á cabo de los cuales, dejando en el alcazaba de la ciudad quinientos turcos, y por gobernador á Caito Ramadan, renegado suizo, de nacion sardo, hombre de buena experiencia y discrecion, se volvió á Argel por la primavera del mesmo año de 1570.

Luégo que Hamida vió perdido su reino y la esperanza de podelle jamas cobrar, recorrió á pedir favor á Su Majestad, escribiéndole desde la Goleta cartas de gran sumision, en las cuales prometia serle de allí adelante verdadero vasallo y servidor, si por su medio volviese á cobrar su reino; y el Rey nuestro señor le res-

[1] *Chaus* es palabra turca, equivalente á alguacil ó ministro de justicia,

pondió con la sólita humanidad suya, ofreciéndose á favorecelle con brevedad, y ordenando á don Alonso Pimentel que le hiciese buen hospedaje en la Goleta, como ya desde principio se le habia hecho.

Estando ya Su Majestad determinado de enviar su armada á la conquista del reino de Túnez á principio del año de 1570, tuvo nueva de que el Sultan Selin [1] habia pedido á venecianos el reino de Cipro, y porque ellos se le negaron, habia roto la antigua paz que con aquella señoría tenía, comenzando á hacerles cruel guerra; por lo quel Rey nuestro señor se detuvo hasta ver en lo que paraba. Este mismo año, partiendo Uluchali con diez y siete bajeles de Argel para juntarse con la armada turquesa que ya estaba sobre Cipro, encontró galeras de aquella religion, de las cuales tomó tres, sábado á 15 de Julio.

Luégo el mismo año el Papa Pío quinto trató con Su Majestad que enviase su armada en favor de venecianos contra la del Sultan Selin, que con trecientos bajeles y cien mil turcos estaba ya sobre Cipro, y que en aquel medio Su Santidad procuraria concertar una buena liga entre todos tres potentados, como adelante se hizo, y condescendiendo Su Majestad con la voluntad y ruego del Papa, con celo de verdadero cristiano, mandó al señor Juan Andrea Doria con cincuenta galeras bien armadas y proveidas, ansí de italianos como de españoles, partiendo de Sicilia viniese á juntarse con la armada veneciana que estaba en la isla de Candía. Con estas cincuenta galeras se acompañaron otras doce que Su

[1] Selim II, que empezó á reinar en 1566.

Santidad enviaba con Marco Antonio Colona, su general, las cuales llegaron á Candía mediado el mes de Setiembre del año sobre dicho de 1570, adonde fueron recebidas con mucha alegría del armada veneciana questaba en el puerto de Suda, de donde hecha la determinacion de socorrer á Cipro, salieron todas tres armadas costeando la isla hasta Setia, y de allí, engolfándose hasta Rodas, llegaron á Siete Cabos en la costa de Natolia, y de allí se volvieron á retirar, dejando el antigo[1] reino de Cipro en las manos del enemigo, que en aquel año y parte del siguiente acabó de apoderarse de todo.

La causa por que Cipro dejó de socorrerse fué que venecianos, habiendo aquel año sucedido gran mortandad en sus galeras, se hallaban con muy poca gana y pocos bastimentos, muy diferente de lo que ellos de sí habian ántes prometido.

El año de 1571 se concluyó la liga entre el Papa, Su Majestad y venecianos, y el señor don Juan de Austria, capitan general della, dió la batalla á la armada de sultan Selin y la rompió y desbarató entre Lepanto y las islas Cuchalares, domingo siete de Octubre, y dejando concertada la jornada del año siguiente, se volvió con su armada á Mesina y entró en aquel puerto triunfando con la mayor honra y victoria que jamas en la mar cristianos contra infieles alcanzaron.

Entendiendo Su Majestad que venecianos secretamente trataban de venir á concierto con Selin, ordenó al señor don Juan que no partiese por entónces de Mesina con su armada á la jornada de la Liga, sino que

[1] Así por «antiguo».

recogiendo sus naves y parte de las galeras que ya estaban en Corfú, viniese sobre el reino de Túnez. Luégo el señor don Juan comenzó á apercebirse para la jornada de Túnez y envió al Marqués de Santa Cruz, general de las galeras de Nápoles, á Gurfu [1] para que trujese las naves y galeras que allá estaban, y viniendo ya de vuelta con ellas, dió fondo una noche cerca del cabo de Sarme, y otro dia, encendiéndose por descuido de un artillero la pólvora, se voló la galera Determinada, de Nápoles, con mucha pérdida de gente, que del aire caia hecha pedazos: fué caso de gran compasion. Esto fué á do.° [2]. Entendido por Su Santidad este acuerdo, no creyendo ser cierto que venecianos tratasen de hacer paz, escribió á Su Majestad estorbándole y rogándole que desamparase por aquel año la Liga, hasta saber más cierto la voluntad que venecianos tenian, por cuya intercesion el Rey escribió al señor don Juan que, dejando la jornada de Túnez, viniese con toda su armada á juntarse con la veneciana, como el año pasado habia hecho. Partió el señor don Juan de Mesina por Agosto el año de 1572, con general alegría de todos cuantos lo seguian, y llegó á Corfú á tiempo que ya venecianos en compañía de las galeras del Papa y de algunas de Su Majestad con toda su armada, dos dias arreo habian presentado la batalla á Uluchali, general de la armada turquesca, que con docientas y cincuenta galeras, todas ellas hechas de nuevo, cosa que parecia que imposible fuese, estaba en la costa de la Morea,

[1] Sic, sin duda por Corfú.
[2] ¿A Domingo ó á doce? que ambas lecciones pudieran admitirse.

cerca de cabo Santo Angel, y los venecianos en el Sirigo; pero Uluchali no solamente no quiso combatir ninguno de los dias, mas aún quitó de la popa y carces [1] de su galera las insinias de general para no ser conocida.

Llegado el señor don Juan á Corfú tuvo nueva de lo dicho y de que el armada venía á juntarse con él, y á esta causa se detuvo allí algunos dias, hasta que todas las galeras llegaron, con las cuales partió luégo en busca de Uluchali, teniendo nueva, como era verdad, que estaba en Modon, adonde le halló tan bien fortalecido y pertrechado, que no fué posible ofendelle ni hacelle salir á parte donde se le pudiese dar otra vez la batalla, como el señor don Juan procuraba; de manera que el Turco se quedó en Modon y el señor don Juan con la armada de la Liga, despues de haber hecho aguada en Coron; y vuelto á probar si era posible sacalle, viendo que cualquier diligencia era en vano, se metió en el puerto de Navarin esperando á lo que la turquesca haria. Y visto que siempre se estaba queda en Modon, procuró sacarla con una tratagema [2] de una nave hechadiza, la cual al alba del dia, tambien á siete de Octubre, descubrió sobre la isla de Sapiencia, 20 millas la mar, contra la cual comenzaron á salir algunas cuadrillas de galeras turquescas; pero viendo que de Navarin salia tambien nuestra armada, las turquescas comenzaron todas á huir, aunque no tan á salvo que no perdiese el hijo de Hazan bajá su galera capitana y la vida: tomóla el Marqués de Santa Cruz con la capitana de Nápoles, y con esta victoria se volvió el señor don Juan á Nava-

[1] Sic, por xarces ó xarcias.

[2] Así por «estratagema».

rin, adonde al cabo de algunos dias se supo cierto que venecianos no solamente trataban de hacer paz con el Turco, pero que la tenian ya concluida, por lo cual el señor don Juan, retirándose con su armada, se volvió á Mesina.

Ha sido conviniente hacer relacion de los sucesos de estos cuatro años para declaracion de los impedimentos que tuvo su aliado, por los cuales no envió su armada sobre Túnez hasta el año de 1573, como agora contaré.

Estando el señor don Juan en Mesina con toda su armada junta para hacer la jornada de Túnez, el año de setenta y tres, tuvo nueva de que Uluchali con la armada turquesca se habia descubierto en el golfo de Taranto, sábado á ocho de Agosto, y que habiendo corrido fortuna se habia retirado; pero luégo le vino otra nueva de cómo de nuevo habia vuelto á venir y tomado la villa de Castro, lúnes á siete de Setiembre, y que con un temporal que le sobrevino se habia otra vez retirado, por lo cual el señor don Juan se estuvo quedo hasta ver si la armada turquesca volvia. Teniendo nueva que del todo se habia retirado, partió de Mesina por Setiembre, y vino al puerto de Austria en Marsala, de donde partió á principio de Octubre con ciento y ocho galeras y doce naves en que llevaba número de veinte mil hombres entre españoles y italianos y alemanes, con los cuales á cinco de Octubre desembarcó en la Goleta, donde fué recebido con grande alegría de todos, especialmente de Armida [1], que con mucho deseo habia ya casi cuatro que le esperaba.

[1] Así en el original, pero habrá de leerse Amida ó Hamida, que tal era su nombre.

Luégo otro dia comenzó el campo á caminar hácia Túnez por la via de Cartago; y viendo los turcos de Túnez que no podian dejar de perderse si esperaban, determinaron retirarse la vuelta del Cayroan, disparando primero todas las piezas de artillería que estaban en el Alcazaba, que podian ser hasta veinte entre grandes y pequeñas, y esto creo que hicieron con ánimo de romperlas si pudieran.

Habíase Ramadan ido á Argel pocos dias despues de la partida de Uluchali y dejado en su lugar por gobernador á Cayto Mahamete, renegado, el cual viendo que ya los moros habian desamparado los burgos y la ciudad, no le pareciendo cosa sigura el esperarse, salió con todos sus turcos, y se fué la vuelta de Cayroan.

Otro dia llegó el campo á la ciudad, y hallándola los soldados deshabitada, saquearon todo aquello que los moros habian dejado, y asolaron gran parte de casas, unos buscando secretos y otros leña para quemar, de la cual se tenía gran falta; y porque no á todos debe ser notorio adónde y cómo sea la ciudad de Túnez, de la cual en la presente relacion se ha hecho y se hará mencion, pondré aquí brevemente su sitio, y despues el orígen que tuvo.

DISCRECION [1] Y ORÍGEN DE TÚNEZ.

Está la ciudad de Túnez en la provincia de África ó Berbería, puesta á la falda de una muy pequeña mon-

[1] Así por «descripcion».

taña en forma casi triangular, doce millas léjos del cabo Cartago y nueve de la mar, que tanto es el espacio que ocupa. El estaño entre ella y la Goleta tiene dos burgos ó arrabales de tanta poblacion como ella, nombrados el uno Babaçueca, que mira á la parte del Maestral, y el otro Babacira á la parte del Xaloque. En lo más alto de la ciudad, hácia la parte de Levante, está una antigua fortaleza hecha de fortísimas tapias de argamason de tierra y cal, llamada el Alcaçaba, adonde sus reyes suelen tener seis aposentos; rodea toda la poblacion siete millas, hay en ella habitacion de hasta ocho ó nueve mil vecinos, y se muestra que antiguamente ha tenido muchos más. Está por la parte del estaño, que es el mayor lado de su triángulo, apartada del agua media milla, en el cual espacio se hizo despues el fuerte. La muralla de la ciudad, que casi toda es de cal y canto, para ser obra de fortificacion tan antigua es harto fuerte, porque tiene de ancho por algunas partes doce piés comunes, aunque por otras tiene ménos, con sus torres alrededor bien espesas por toda ella, unas mayores que otras y por de dentro algunas plataformas bien sitiadas y fuertes para poner en ellas artillería; pero la muralla por algunas partes está ya muy gastada de la antigüedad. Las casas son todas cubiertas de terrados conforme á la costumbre de Berbería. El agua que beben es de cisternas, por ser casi todas las más manantiales salobres. Es la tierra muy abundante de ganados, y hay en ella muchos camellos; tienen fruta y hortaliza buena, y tanta que basta. Viene de Biserta á Túnez mucha cantidad de buenos pescados y véndense allí muy baratos. La campaña toda es llana y llena de olivares, en

la cual hay mucha caza de liebres y perdices y mucha montería de puercos y de leones.

ORÍGEN DE LA CIUDAD DE TÚNEZ EN BERBERÍA.

El orígen que tuvo Túnez es éste. La nombrada ciudad de Cartago, competidora del Imperio Romano, fué vencida y hecha tributaria de los romanos por Cipion, llamado por tal hazaña Africano, y de allí á no muchos años fué destruida por el segundo Cipion, nieto por parte de madre del sobredicho Africano. Fué despues reedificada por los mesmos romanos y llamada su colonia, y últimamente fué abatida por tierra de los sucesores de Mahometo, los cuales saliendo de Arabia sujetaron y dieron leyes á toda la provincia de África; y veniendo ya en fastidio á los moradores della hacer y rehacer tantas veces los infortunados muros, apartándose algunas millas, aunque pocas, de la sobredicha Cartago, comenzaron á poblar una tierra, á la cual Polybio llama *Tunetum*, y corrompiendo algo el vocablo al presente la llamamos Túnez. Hace della mencion Juan Leon Africano en su *África*, y es de notar que parece que el influjo y consteracion [1] de Cartago se haya pasado en esta ciudad condenando sus moradores á perpétua inquietud y trabajo, siendo de ordinario guerreada y conquistada de todos los potentados del mundo; porque dejando aparte los ejércitos y armadas que antiguamente en su daño y favor se hicieron, he-

[1] Entiéndase «constelacion».

mos visto en nuestros tiempos hacerse otras muchas no ménos poderosas y fuertes que las antiguas; porque la primera vez que Ariadeno [1], dicho Baruaroja, la conquistó, pasaban de cien galeras las que traian consigo; y cuando despues el emperador Cárlos quinto la ganó, echando los turcos fuera della, vino con una flota de setecientas velas; pues cuáles hayan sido despues las armadas del señor don Juan y Uluchali, la presente relacion lo declara.

Entró el señor don Juan en la ciudad de Túnez á diez de Octubre, y mandando llamar á algunos de los principales moros, trató con ellos que los ciudadanos se volviesen á sus casas y obedeciesen á Hamida, como era justo; á lo que los moros respondieron que el volver á la ciudad aceptaban por grand merced, pero que á Hamida no le querian ver ni oir ni obedecer por muchas causas que contra él alegaron; y con esta respuesta se despidieron, comenzando á traer sus mujeres é hijos á la ciudad.

Y porque ya Su Majestad estaba informado de la voluntad de los moros, habia ordenado al señor don Juan que llevase consigo de Palermo al infante Muley Mahomet, hermano de Hamida, para que no queriendo los moros aceptar el gobierno del uno, aceptasen el del otro, como lo hicieron con mucha voluntad y alegría aceptando á Mahomet, el cual prometió de ser siempre leal vasallo de Su Majestad y gobernar aquel reino en su nombre, como lo hizo el tiempo que gobernó, llamándose infante de Túnez.

[1] Jayredin *Baba Aróx*, de donde salió el nombre de Barbarroja, por el cual es más conocido.

Ordenadas estas cosas, el señor don Juan dejó al señor Gabrio[1] Ceruellon por general de cuarenta y siete banderas que en Túnez quedaron, las veinticinco de españoles, y las veintidos de italianos, y Andrés de Salazar, castellano del Castillo de Palermo, en lugar de Maese de Campo de la gente española y como por coadjutor del señor Gabrio, y á Pagan Doria, que era coronel de la infantería italiana, y á don Lope Hurtado con una compañía de caballos ligeros, por general de toda la caballería que en Túnez hubiese, y dejando hecha la traza del fuerte que el señor Gabrio habia de hacer entre la ciudad y el Estaño, se vino á la Goleta, adonde sacó casi toda la guarnicion de gente vieja que ella tenía por causas harto justas que á ello le movieron, ordenando que en su lugar entrasen cuatro compañías de bisoños de las de Túnez. Hecho esto se volvió á embarcar con el resto de la gente que á Túnez habia traido, llevando consigo á Hamida para que no perturbase la paz y quietud de aquel reino. Esto fué á principio de Noviembre del año 1573.

Luégo que el señor don Juan fué partido, el señor Gabrio y Salazar, que, como ya he dicho, era su coadjutor y por cuyo parecer todos los negocios se guiaban, enviaron á la Goleta las cuatro compañías que el señor don Juan habia ordenado, cuyos capitanes fueron:

Francisco de Vargas.
Francisco Sanchez de Canales.
Paulo de Aldana.
Diego Martinez.

[1] Gabrio es lo mismo que Gabriel.

Las compañías que en la Goleta habian quedado cuando el señor don Juan sacó la guarnicion vieja eran éstas:

Don Pedro Puertocarrero, general de la Goleta, cuyo capitan era don Francisco de Meneses.

El Maese de Campo, Luis de Segura.

El capitan Pedro Gil[1], que era de jinetes.

Hecho esto se comenzó la obra del fuerte á once de Noviembre, en la cual se puso tanta solicitud y cuidado que en ocho meses que hubo de tiempo no parescia sino que habian trabajado en él cuatro años. Tanto pudo la continuacion del trabajo cotidiano de los soldados, juntamente con el de algunos moros que tambien ayudaban trabajando por su jornal, que cada dia se les pagaba; y si no fuera porque el Infante, movido por cudicia de la ganancia, no queria consentir que ninguno hiciese caleras para el fuerte sino él, y habiéndolas prometido en abundancia, despues no lo pudiendo cumplir, la cal vino á faltar al mejor tiempo, sin duda la obra del fuerte hobiera crecido un tercio más.

TRAZA DEL FUERTE.

Era la traça del fuerte de seis lados ó cortinas con seis baluartes capacísimos, así para gente como para artillería, con sus casas-matas ó casas ó plazas bajas bien anchas y bien cubiertas, y dos caballeros que habian de barrer toda aquella campaña, así á la venida de

[1] Está escrito *Xil*.

Babazueca como á la de Babazira. Tenía cada cortina veinte piés comunes de largo, sin la parte que ocupaban los baluartes. Tenía cuatro puertas principales, las dos que salian á la ciudad y las otras dos al Estaño, y cuatro postigos de socorro para el foso y estrada cubierta, y cuatro rebellines, los dos delante de las puertas que salian á la ciudad, y los otros á la parte de la campaña de un cabo y de otro. Eran estos dos últimos hechos en forma de tenaza, y así eran llamados por tal nombre.

La situacion de los baluartes era ésta: tres dellos con dos puertas hacian frente á la ciudad, y los otros tres con las otras dos puertas al Estaño. Los de la ciudad eran éstos: Oria[1], á la parte de Babacera; Sant Andres, á la de Babazueca y el Cerbellon en medio; y por la parte del Estaño Santiago á Babazueca y San Juan á Babacera, y Austria en medio frontero del puerto del Estaño. Los caballeros estaban el uno á la entrada de Oria por de dentro, y el otro á la entrada de Sant Andres, y las puertas entre baluarte y baluarte. Rodeaba el fuerte una gran milla, y andando por de fuera de los rebellines y tenazas rodeaba más de dos. Estaba todo él tan bien situado, que si llegára á ponerse en perfecion, sin duda fuera una plaza de grandísima hermosura y fortaleza.

Estaba la obra repartida en muchos miembros, como cortinas, baluartes, caballeros, plataformas, casas matas, rebellines, foso, estada[2] cubierta, terraplenes, ca-

[1] Doria?
[2] Así en el original; parece equivocacion por «estrada».

sas, magacenes, cisternas, plaza de armas, en todo lo cual de ordinario se trabajó contínuamente desde 11 de Noviembre de 73, que se comenzó, hasta 13 de Setiembre de 74, que se perdió; y con ser mucha la gente que en todas estas obras trabajaba, no era ménos la que de fuera se ocupaba en allanar las montañas de tierra, de las cuales habia muchas, y casi todas estaban ya tan llanas, que en muchas partes no se conocia señal de que se allí hobiese habido montaña. Y porque ya todos los moros habian traido hijos y mujeres á la ciudad, se les señaló un cuartel junto á la mezquita mayor adonde sin compañía ni empacho de cristianos pudiesen mejor alojar. Los que tenian sus casas á los burgos se volvieron á ellas, y en lo demas de la ciudad y alcazaba se alojaron los soldados por cuarteles, dejando en la alcazaba desembarazado el aposento del Rey, al cual se pasó Muley Mahomed con dos hijos que consigo tenía; y Pagan Doria, que estaba alojado en la ciudad, dejó á los judíos una parte de su cuartel.

Y aunque los moros al principio no con buenos ojos podian mirar á los destruidores de la ciudad, pudo tanto el buen gobierno del señor Gabrio Ceruellon, y los regalos que general y particularmente se les hacian, que si no fuera por la memoria del saco, no dejaran de contentarse con la amistad de los cristianos: tanto era lo que iban ya domesticándose poco á poco.

Comenzando el infante Muley Mahomet á gobernar sus moros, al parecer con alguna satisfaccion de los más, al principio del año de 74 tuvo nueva de que ochocientos turcos, guiados por Caito Mahomet, habiendo salido del Cairoan venian por la costa de Susa y la Mahometa la

vuelta de la ciudad, los cuales se acercaron á 20 millas de Túnez. Y aunque el Infante entendió que siendo tan pocos no se osarian acercar tanto, si dentro no tuvieran algun trato, determinó salir á ellos con los moros que pudiese juntar; y poniendo esta determinacion por la obra sacó de Túnez casi ocho mil moros, muchos dellos á caballo, sin otro gran número de alárabes que tambien se juntaron con él, y seiscientos moros y zuagos [1] que pocos dias ántes desavenidos de con los turcos, como ellos decian, se habian venido á servirle; y para que la jornada fuese más segura, le dió el señor Gabrio Cervellon cuatro piezas pequeñas de artillería de campaña con la caballería de Túnez, cuyo capitan era don Lope Hurtado; y don Pedro Puertocarrero le dió la de la Goleta, con el maese de campo Luis de Segura, que eran todos hasta trecientos caballos, sin algunos capitanes y soldados, así españoles como italianos, que con deseo de pelear, sabiendo estar los enemigos tan cerca, sin órden salieron de la ciudad.

El fin de la jornada fué que otro dia llegando á vista de los enemigos, como los moros vieron que los turcos se aparejaban á pelear, ó que estuviesen con los turcos de concierto, ó quel miedo les constriñese verdaderamente á huir, todos ellos volvieron las espaldas, y en un momento se perdieron de vista así moros como alárabes, no obstante que la campaña por donde huian era llanísima; mas los azuagos hicieron muestra de pelear un poco y luégo se retiraron, sin que de los unos ni de los otros muriese hombre, que no poca señal fué de

[1] Azuagos ó de la cabila Azuaga.

haber trato, lo cual luégo se pareció por la obra, porque de ahí á quince dias se despidieron del Infante y se volvieron á servir á los turcos.

Como los turcos se vieron desembarazados de los moros, luégo cargaron sobre los soldados de á pié, y matando algunos dellos, hicieron esclavos los demas, de tal manera que de 80 soldados que sin órden habian salido, muy pocos volvieron á la ciudad.

Don Lope y Luis de Segura, viéndose con pocos caballos y sin otro socorro alguno, poco á poco se retiraron, aunque no sin recibir algun daño. El Infante, dejando la artillería y parte del bagaje al enemigo, se retiró con algunos de los suyos que habian tenido vergüenza de huir. De esta manera se desengañó el Infante de que en sus moros habia poco que fiar, y desde entónces no se atrevió á salir más en campaña, de que no poco daño se le siguió.

Los turcos se retiraron con esta vitoria, campeando de una á otra parte, sustentándose por las tierras donde llegaban sin hallar en alguna dellas resistencia, de los cuales no se entendió más nueva hasta la venida del armada turquesca.

Ninguna discordia habia sucedido en todo este tiempo entre cristianos y moros, que no poca señal de buen gobierno era, cuando habiendo mandado el señor Gavrio que no se recebiese á trabajo del fuerte sino un número limitado de moros, una mañana [fueron] los que sobraron á alborotar á los que ya trabajaban, diciéndoles que no trabajasen, pues no los querian recebir á todos; y dejando aquéllos el trabajo se comenzaron todos á ir como motinados, y poco á poco se fueron desvergon-

zando hasta tirar pedradas á los cristianos que trabajaban; y aunque siempre en el fuerte habia cantidad de soldados con armas, era tanto el respeto que á los moros se tenía, que no hubo hombre que se desmandase á tirarles una piedra ni á decirles palabra mala, pero hallándose allí el castellano Salazar, que muy pocas veces faltaba del fuerte, saliendo á ellos los apaciguó, haciendo volver á trabajar á los unos y retirar á los otros.

Sabida por el Infante la desvergüenza, mandó hacer la informacion entre los suyos, y hallando el principal de la revuelta, le mandó ahorcar; pero pocos dias despues sucedió otra que para los moros fué más peligrosa, la cual pasó en esta manera.

Tenian los sargentos mayores órden que á ningun cuartel de moros dejasen pasar cristianos, y para esto habia puestas convinientes guardas; pero porque era imposible dejar de pasar á lo ménos los que compraban de comer para los capitanes, ordenó el señor Gabrio que los sargentos mayores y capitanes de campaña visitasen los dichos cuarteles para evitar los agravios. Sucedió, pues, un dia que visitando el burgo de Babazueca un español, que era capitan de campaña de los italianos, no sé qué palabras dijo á un moro que el otro no las entendió y comenzando á hablar alto, como ellos suelen, corrieron algunos á escuchalle, y otros que estaban más léjos, viendo correr á los otros, sospechando que fuese alguna revuelta, comenzaron á tocar arma, y en un momento, sin que alguno supiese la causa, salieron con armas por las calles matando y hiriendo cuantos cristianos encontraban, y no contentos con esto, salieron fuera del burgo en gran cantidad, así á pié co-

mo á caballo, armados con escopetas, lanzas y azagaias, y con grandísimos alaridos y furia se vinieron contra el fuerte tirando la escopetería y amenazando que habian de degollar cuantos cristianos hallasen, así en él como en la ciudad. Y viendo Andrés de Salazar la furia con que venian y paresciéndole que ya la desvergüenza era demasiada, de consentimiento del señor Gravio [1] salió á ellos con buen número de soldados, así arcabuceros como coseletes, y haciendo rostro los moros como aquellos que pensaban presto degollarlos á todos, se hizo en ellos gran daño, hasta que pareciéndoles que aquel negocio iba diferente de como ellos le traian trazado, dieron la vuelta huyendo, y siguiéndolos Salazar con la infantería, les hizo desamparar el burgo, y sacándolos fuera por la puerta que sale al Bardo, los dejó tan escarmentados que holgaron de tener de allí adelante ménos cólera y más sosiego. Murieron aquel dia de los moros más de ciento, y de los cristianos murieron siete, entre los cuales fueron el alférez Juan del Pozo; el castellano Salazar quedó herido en un muslo de una azagaya que un moro le tiró por detras, y tambien quedó herido el capitan Ocio de Mendaño [2], que era de los entretenidos.

Los moros de la ciudad, que son grandes enemigos de los del Burgo y serán como cuatro mil, cuando vieron las calles tomadas y los cuerpos de guardia todos en arma, tambien ellos se pusieron en ella con más recelo de ser ofendidos que deseo de ofender, y así se

[1] Gabrio.
[2] Mendaña?

estuvieron todos quedos dentro de su cuartel, y faltó muy poco de que aquel dia no sucediese una gran desórden, porque vino un sargento diciendo que el señor Grabio mandaba que todos los moros del cuartel de la ciudad fuesen degollados para que no procurasen dar favor á los del Burgo. Y si no fuera porque uno de los capitanes que tenian allí la guardia y era conoscido de los moros, se habia metido dentro de la ciudad, asegurándolos que si no se movian no se les haria daño, ya los soldados querian cerrar con ellos. Pero quiso Dios que entre tanto que el capitan salia, llegó el desengaño de la órden, porque el señor Gabrio no habia ordenado tal. Otro dia se hizo paz con los del Burgo, y ellos se volvieron á sus casas muy corridos de haberse movido tan sin razon.

Despues de pasada esta revuelta siempre los moros mostraron tener buena voluntad á los cristianos, y el fuerte se proseguia con grandísima diligencia; y aunque algunas veces vino nueva que la armada turquesca se apercebia, nunca los que gobernaban el fuerte creyeron de véras que habian de venir sobre ellos; y ésta, segun creo, fué la causa por donde el señor Gabrio dió licencia á mil soldados italianos para que se volviesen á Italia en las galeras de Sicilia que don Juan Osorio habia traido á la Goleta con algunas municiones; los cuales despues se embarcaron en las cuatro galeras de Nápoles que llevó allí don Bernaldino de Velasco, y no dejaron de hacer falta, segun todos eran buenos soldados.

Y porque ya el fuerte estaba con alguna defensa y tenía dentro buen número de artillería, mandó el señor Gabrio derribar todo el lienzo de la muralla de la ciu-

dad que estaba frontero dél, lo cual los moros sintieron en extremo, pero no por eso dejó de hacerse la obra. El disigno con que la muralla se derribaba era que de cada una de las dos [1] tencas saliese un lienzo de muralla que juntase con el de la ciudad, y lo que entónces se derribó era casi media milla de largo.

Luégo el fuerte se comenzó á proveer de agua de los pozos y cisternas de la ciudad, en lo cual don Lope Hurtado trabajó buena parte con los caballos de su compañía; pero como las cisternas en el fuerte eran hechas tan de fresco, algunas no conservaban bien el agua, y éstas eran las que se habian hecho sobre la superficie de la tierra.

Era tanto el deseo que el señor Gabrio y Salazar tenian de ver aquel fuerte acabado, que no se contentaban con que todos los soldados entrasen de guardia cada dia, sino que tambien cada dia trabajasen todos en el fuerte á la hora que entraban, con lo cual andaban tan cansados y sucios que era gran lástima verlos; y porque los que nuevamente venian de Italia se diferenciaban de los viejos en la limpieza, los llamaban «ochos y nueves» [2], hasta tanto que el trabajo los mudase la color.

Estando las cosas de Túnez en el estado ya dicho, llegaron al fuerte dos caballeros de Malta que el Gran Maestre enviaba con la nueva de la venida cierta de la armada turquesca sobre la Goleta y fuerte, y ellos se volvieron á partir otro dia con harto recelo de encon-

[1] Sic, por «tenaças».
[2] Sin duda por ser las cartas de las antiguas barajas que más manchadas estaban.

tralla en el camino, habiéndose ya descubierto en Calabria, y esto fué en fin de Junio.

No me parece cosa fuera de propósito declarar aquí algunas de las causas que al Gran Turco movieron á enviar su armada sobre la Goleta, no lo habiendo hecho en cuarenta años atras, de las cuales algunas fueron éstas.

Viendo Uluchali, capitan-bajá del armada del Gran Turco, el descontento que sultan Selin siempre mostraba, así por la pérdida pasada de su armada, siendo la primera que él ni sus pasados hubiesen jamas perdido, como por la del reino de Túnez, determinó, como hombre que se hallaba puesto nuevamente en un tan sublime oficio, hacer algun servicio á su Señor, con que sacándole de la pena en que vivia, juntamente tambien pudiese alcanzar su gracia, lo cual le vino hecho en esta manera.

Tenía Uluchali en su servicio un renegado ingenioso, de nacion..... [1] ..... llamado Maestro Mostafá, el cual por haberse hallado algunos años en la fortificacion de la Goleta y ser hombre de buen juicio, sabía muy bien qué tal era. Este Mostafá, habiendo hecho un disigno [2] de barro de la planta de la Goleta, se le mostró á Uluchali, diciendo que él se queria obligar á perder la vida, como en efecto la perdió, sobre el fuerte, si en el espacio de pocos dias no le diese la Goleta ganada, sobre lo cual le dijo algunas razones, las cuales á Uluchali contentaron en tanta manera que sin po-

[1] Sic. En blanco.
[2] Lo mismo que «diseño».

ner duda alguna en el negocio, lo consultó luégo con Selin que no poco mostró agradarse; y juntándose tambien con esto la mucha priesa que Botaybo y algunos otros moros de Túnez le daban en Constantinopoli [1] suplicándole los favoresciese con brevedad, pues habia entendido ya el fuerte que los cristianos sobre la ciudad de Túnez hacian con intento de recoger en él sus ejércitos y conquistar desde allí todo el reino, mandó aparejar una grandísima armada, y cargándola de muchas municiones y artillería con la más escogida gente que tuvo, la envió sobre la Goleta.

Teniendo don Pedro Puertocarrero, algunos dias ántes que los caballeros de Malta viniesen, sospecha de la venida de la armada turquesca, y hallándose con solas seis compañías, casi todas de gente nueva, y una de jinetes, en todas las cuales podia haber hasta 800 hombres, no sé si con órden de Su Majestad escribió al señor Gabrio que le proveyese de gente, y él le envió seis compañías de españoles y cinco de italianos de los mejores del fuerte, en las cuales podia haber como 1.600 hombres, cuyos capitanes fueron éstos:

Pedro de Artieda.
Gonzalo Varahona.
Antonio de Velasco.
Valachera.
Rodamonte Bocerio.
Don Pedro Maruli [2].
Don Juan de Figueroa.
Don Martin de Benavides.

[1] Constantinopla.
[2] Las últimas dos letras de este apellido están borradas.

Camilo Bartoli.
Juan Luis Belrrio.
Juan Baptista Malherba.

A cabo de pocos dias se entendió que los turcos del Cairoan, juntándose con los de Bona y Constantina, guiados por Cayto Mahamet venian de nuevo la vuelta de la ciudad, movidos por la nueva que ya de su armada tenian; los cuales eran número de tres mil y traian consigo muchos alárabes y los azuagos que habian servido al Infante.

Descubriéronse [los turcos] en la vega del Bardo, lúnes doce de Julio, á tiempo que ya su armada llegaba á Cabo Bona, contra los cuales el Infante acometió á salir el mesmo dia con los moros de la ciudad y algunos alárabes, que como en rehenes tenian todos sus camellos [1] á la falda de la montaña junto á Túnez; y para que los moros más se animasen á pelear, mandó el señor Gabrio Cerbellon salir casi toda la gente de infantería cristiana y ponerse en escuadron en la falda de la propia montaña; pero no por eso los moros se osaron apartar del escuadron, lo cual visto por los alárabes y que ya los turcos habian asentado su campo, y muchos dellos á caballo comenzaban á escaramuzar por la vega, retirando lo mejor que pudieron sus camellos, se pasaron á la parte de los turcos, y si aquel dia el castellano Salazar, que estaba con el escuadron, bajára al llano como los moros se lo rogaron, no quedára cristiano vivo, porque áun con no bajar fué harto poderse retirar sin peligro: tanta fué la presteza con que

[1] Con el bagaje, tiendas, mujeres é hijos, á la usanza de los nómades ó númidas.

los turcos de á caballo cargaron sintiendo el miedo que los moros les tenian.

Al tiempo que el escuadron se retiraba, llegó la nueva que don Pedro Puertocarrero desde la Goleta enviaba [á decir] al señor Gabrio de que la armada turquesca se habia descubierto á cabo Zafran, y venía viento en popa.

Luégo el señor Gabrio Cervellon mandó cerrar todas las puertas de la ciudad y poner buena guardia en los portillos de la muralla, que ya estaba derribada, y que los soldados recogiesen su ropa al fuerte, lo cual se hizo en término de cuatro dias, no porque la sobrecámara de los soldados fuese mucha, sino porque cada uno particularmente se proveia de agua y leña, de las cuales dos cosas en el fuerte habia falta, y los turcos aquel mesmo dia se apoderaron de los burgos sin que los moros les hiciesen resistencia, ántes luégo se acompañaron con ellos; pero los moros de la ciudad siempre estuvieron en sus casas sin ofender á cristiano alguno.

Otro dia de mañana, que fueron 13 de Julio, pusieron los turcos fuego á una de las puertas de la ciudad que salia á Babazira; pero los soldados italianos que la guardaban, la bestionaron por de dentro, de suerte que aunque las puertas ardian, no por eso pudieron entrar por ella; y viendo Andrés de Salazar que los turcos andaban muy solícitos puniendo diligencia en que las puertas ardiesen, recogiendo hasta 600 arcabuceros de entrambas naciones y algunos coseletes de retaguardia, saliendo por uno de los portillos, dió sobre ellos de improviso y los hizo salir huyendo á la campaña, matando algunos dellos por las calles del burgo; pero salidos

que fueron, se rehicieron y cargaron sobre los nuestros, degollaron hasta nueve ó diez de los que llevaban coseletes, y esto fué por la mala órden que en la retirada se tuvo, lo cual muchas veces hizo daño, como adelante se verá.

Acabadas de recoger las cosas más necesarias, se retiró toda la gente al fuerte, y los turcos entraron en la ciudad á 17 de Julio, y el Infante Muley Mahamet, que habia experimentado la poca lealtad de los suyos, no osándose fiar más en ellos, tambien se recogió al fuerte con la gente de su casa, y de allí se pasó á Laibla [1] y despues á la Goleta, adonde se perdió con los demas.

Desembarcaron los turcos en la playa de Cartago, mártes á 13 de Julio, y el mesmo dia ocuparon la torre del agua, porque los nuestros se la dejaron por órden de su general. Venian en la armada turquesca 273 galeras [2], catorce maonas, trece naves, diez y ocho galeotas; traia ochenta mil turcos de pelea sin bogadores, entre los cuales habia doce mil espaies y ocho mil genízaros. Venía Uluchali por capitan-bajá de la armada, y Sinam-bajá por general del ejército.

La Goleta de Túnez en la costa de Berbería, cuatro millas léjos del Cabo Cartago á la parte del Mediodía, estaba puesta en el mayor estrecho de tierra que la plaza deja entre sí y el Estaño de Túnez, que, segun creo, debió ser antiguamente puerto de la famosa Cartago. Pasa por dentro de la Goleta un canal por donde la mar

[1] Así se lee en el original, pero debe de ser error del escribiente por «La isla».

[2] Al márgen, de distinta letra que la del texto, se lee: 273 galeras, 14 maonas, 13 naves, 18 galeotas, 80.000 turcos combatientes.

se junta con el Estaño, por el cual entran y salen las barcas que desde fuera quieren llegar hasta Túnez, en el cual Ariadeno Barbarroja recogió toda su armada cuando el Emperador Cárlos quinto le ganó aquel reino, y entónces era la Goleta una pequeña plaza cuadrada con un foso alrededor, hecho de muralla, fortísimo, con cuatro torreones á los lados y un másculo ó caballero dentro para mejor descubrir y defender la campaña. Esta plaza llamaron despues la Goleta vieja por causa de la nueva, que por tres partes la ceñia con una órden de muralla casi redonda, en que habia dos puertas y seis baluartes con un buen foso de estrada cubierta, todo ello hecho de nuevo, aunque comenzádose muchos años atras. Los nombres de los baluartes de la Goleta nueva, comenzando desde la mar por la parte de Cartago y volviendo sobre la mano derecha, son éstos: Santo Martin, Santo Felipe, San Pedro, Santo Elifonso, San Juan, Santo Ambrosio. El lado de la Goleta vieja que no estaba rodeado de la nueva era el que caia sobre la mar, por el cual no se temia peligro. Rodeaba toda la Goleta nueva poco más de media milla la campaña [que] es toda arenosa; decíase que en cavando tres palmos se hallaba el agua salada, y que dulce no la habia en toda la costa, lo cual se probó ser falso cuando los turcos vinieron sobre ella, porque cavaron dos canas [1] en hondo para hacer sus reparos, y hallaron la peña viva sin descubrir agua, y á la orilla de la mar hicieron muchos pozos, de donde sacaron agua bonísima.

Luégo que los turcos hubieron desembarcado, co-

[1] Cana es medida de Cataluña y Valencia, equivalente á dos varas.

menzaron á hacer sus trincheras y desembarcar su artillería, sirviéndose para todo de la ayuda de los moros y alárabes, que en gran cantidad vinieron á favorecerlos, unos con provision y refresco, y otros con mucha fagina de los olivares, ocupándose en traerla todos los caballos y camellos, y los alárabes, que pasaban de diez mil, y gran parte de las galeras. Y fué tanta la diligencia con que todos trabajaron, que á últimos de Julio no solamente tenian hechas trincheas y plantadas las baterías, la una por Cartago, la otra por Arraez, pero tenian tambien hecho un bastion sobre la estrada cubierta frontero de San Felipe entre San Martin y San Pedro; con el cual á ninguno de los tres dejaban asomar soldado que luégo no le derribasen, por ser el bastion suyo muy más alto que los baluartes.

Era el artillería de la Goleta mucha y muy buena, pero los aparejos eran pocos y mal en órden, especialmente ruedas que, allende de ser pocas, eran las que habia viejas, y de artilleros habia tambien gran falta; de manera que cuando bien no hubiera otras dificultades, como las hubo, no podia el artillería servir como era razon.

Gobernábase don Pedro Portocarrero por el parecer de dos capitanes amigos suyos, entrambos de buena experiencia y discrecion, llamados el uno Rivas de Salazar, que dejando su compañía en Sicilia, se habia venido él á meter en la Goleta, y el otro Francisco de Ayala Sotomayor, que pocos dias ántes habia venido con su compañía á Biserta; y aunque el maese de campo Luis de Segura era tan bueno y antiguo soldado, muy poco se empachaba en el consejo particular, fuera

de aquellas veces que generalmente con los otros capitanes era llamado.

Pudiera bien don Pedro, aprovechándose algo de su artillería, entretener algunos dias los enemigos sin que tan presto se le llegáran tan cerca, pero era tanta la confianza que de aquella fuerza tenía, y tanto el recelo de que el campo no se pasase á Túnez por la certidumbre que de la pérdida de aquel fuerte se tenía, que le pareció mejor consejo dejarlos llegar á la Goleta dándoles alguna esperanza de poder tomar la fuerza hasta empeñarlos sobre ella, de suerte que despues no tuviesen tiempo de pasar adelante, que no atemorizándolos al principio hacerles perder la esperanza, con lo cual el campo se pasára á Túnez; pero conocido despues que la Goleta no era tan fuerte como todos la juzgaban, no pudo remediar el yerro por estar los turcos ya atrinchados y cubiertos debajo de la muralla que ningun daño recebian del artillería de la Goleta, cuanto más que desde sus baterías en breve la rompieron, y desencabalgaron casi toda y mataron los pocos artilleros que la regian.

Pocos dias despues que la armada turquesca llegó á la Goleta, sucedió en ella un caso, que por ser ejemplo de crueldad le contaré. Venía en la capitana de Uluchali al remo entre los otros cristianos un caballero frances del hábito de San Juan, llamado Jordan, el cual poco á poco secretamente se habia limado las prisiones, y en tiempo que los turcos andaban más ocupados en plantar sus baterías, una noche se desherró y echó á la mar por entre las rejolas [1] de la galera; y esto hizo tan

[1] Los reparos de tabla y enrejados de hierro que en las antiguas galeras servian de

cautamente que ninguno de los de su banco lo sintió, porque habia esperado á que todos ellos durmiesen. Pasando, pues, á nadó una milla por entre las galeras, y algunas veces por debajo, llegó en salvo á la Goleta, y de allí se fué al fuerte, adonde Pagan de Oria le dió la compañía del capitan Luis Porro [1], que habia muerto de un escopetazo, y con ella sirvió hasta que le dieron á él otro en un pié y se fué á curar á la isla. Cuando Uluchali supo otro dia que Jordan era huido, rescibió tanta cólera que, haciendo desherrar todos los cristianos de aquel banco, los hizo dar á cada uno doscientos palos, y al que estaba más cerca de Jordan, llevándole á la batería de Cartago, le mandó meter vivo en boca de un cañon, y dándole fuego, le tiró á la Goleta juntamente con la bala, y desde aquel dia echaron dos cadenas y esposas á todos los caballeros, y á todos los otros cristianos de toda el armada echaron tambien esposas, las cuales de dia ni de noche se las quitaban.

No se descuidaba en Sicilia el Duque de Terranova [2], presidente de aquel reino, de proveer con todo cuidado los bastimentos y gente que era menester para el socorro de la Goleta que con la armada de España, que entónces en Nápoles el Sr. D. Juan de Austria queria brevemente hacer, de lo cual ya el señor D. Juan habia avisado al Duque y enviado cartas para todos los

parapeto y defensa para impedir que la gente y mercancías cayesen al mar. En italiano *reggiole*, en frances *rayolles*.

[1] Así en el original, aunque no se halla nombrado entre los capitanes italianos que componian la guarnicion del fuerte.

[2] Don Cárlos de Aragon, segundo marqués y primer duque de Terranova, príncipe de Castelveltran y conde de Burgheto, virey de Sicilia y de Cataluña, que murió en 1599.

generales de la Goleta y fuerte de Túnez, con las cuales el Duque despachó tres fragatas á cargo del capitan Dorta [1] y alférez Cristóbal de Reina, en que iban el capitan Federico, artillero, con otros doce artilleros para la Goleta, las cuales partieron de Trápana á cuatro de Agosto, y llegando á la Calabria y no pudiendo por entónces entrar, enviaron la una de las fragatas á Sicilia con la nueva, y ellos con los artilleros en las otras dos se fueron á la isla de la Pantalarea con ánimo de volver á partir con el primer buen tiempo que les hiciese. Entendido por el Duque de Terranova que las fragatas no habian podido entrar, y habiendo rescebido nuevo despacho del Sr. D. Juan, despachó otra fragata con un soldado Martinez de Boltauela [2], el cual á ocho de Agosto salió de Trápana y pasando por la Pantaralea [3] tomó por compañero un bonísimo artillero de los doce que allí con las fragatas estaban barbado con él, desembarcando en la Calabria se vino por tierra á la isla, desde allí al fuerte, adonde entró á 16 de Agosto, y por las buenas nuevas que de Nápoles y Sicilia trajo, se hicieron en aquella noche en el fuerte alegrías y luminarias, con mucha salva de artillería y arcabucería; y luégo otro dia de mañana le envió el señor Gabrio á la Goleta.

Las fregatas de Reina y Juan Dorta salieron de la Pantalarea á once de Agosto, y á trece por medio de toda la armada entraron en la Goleta á la hora de media

[1] Si no es equivocacion por *Doria*, habrá de entenderse De Horta ó D'Orta.
[2] Volteruela.
[3] Pantalaria, entre Sicilia y la costa de Túnez.

noche, con que no poca alegría dentro se recibió, principalmente con los artilleros y con el capitan Federico, que en su arte era tenido por discreto y diligente, y aunque Volteruela entró tres dias despues, no por eso dejó de causar nueva alegría, por ser el despacho suyo el que Reina y Juan Dorta traian.

No quiso D. Pedro Puertocarrero perder tiempo, avisando al Duque de Terranova del peligro en que la Goleta estaba, y así volvió luégo á despachar las fragatas, las cuales otro dia en la mañana salieron de la Goleta llevando Juan Dorta la vanguardia, el cual fué tan venturoso que con estar ya Uluchali advertido de su entrada, sin sentido pasó y llegó en salvo á Sicilia.

El alférez Reina fué descubierto de las galeotas de la guardia, las cuales dándole caza le prendieron, y llevados á Uluchali los despachos, los descifraron con gran facilidad, y por ellos entendieron la mucha instancia con que Don Pedro envió á pedir el socorro, declarando el peligro grande en que la fuerza se hallaba, de que no poco los turcos se holgaron y animaron.

Pocos dias despues que Volteruela entró en la Goleta, entró el Comendador Gil de Andrada con seis galeras á Cabo Bono, y echando tres soldados en tierra con despachos para la Goleta, se volvió á Sicilia, y de los soldados los dos perdieron el camino, y el uno, llamado Villanueva, llegó hasta la estrada cubierta de la Goleta, y siendo allí conoscido por espía, dijo que venía á hacerse turco, como realmente lo hizo entregando los despachos á Uluchali, los cuales eran en confirmacion de los otros.

Ya estos dias los turcos habian plantado cuatro bate-

rías á la Goleta, en las cuales habia 55 cañones y 3 basiliscos y dos trabucos. De la primera, que estaba frontero de Santo Felipe, cuidaba Uluchali; de la tercera, questaba metida en el Estaño, Hazan Ajá [1], veneciano, que agora es Bey de mistre [2], y de la cuarta, questaba de la banda de Arraez, batia Arrabhamet, ocupando con ella todo el espacio que hay desde la mar al Estaño. Los quales, despues de haber quitado todos los parapetos y defensas, comenzaron á batir con gran furia por todas partes y principalmente por Santo Martin y Sant Pedro, adonde, por ser obra nueva, brevemente hicieron grandísima ruina, con la cual cegaban tambien el foso, ayudando los turcos, que ya eran señores de la estrada cubierta, con echar dentro mucha fagina y sacas de lana; y aunque muchos en tal obra perdian la vida, era tanta la solicitud de Uluchali que con dádivas y promesas los animaba, que no por eso dejaban de proseguirla. Y estando ya el foso cegado y los baluartes bien batidos, determinaron de darle el primero asalto, domingo á quince de Agosto dia de Nuestra Señora.

Luégo en amanesciendo se pusieron los turcos en órden, y á la hora que el sol salia, despues de haber dado una gran rociada de artillería y escopetería, arremetieron por la batería de Sant Martin con grandísimos alaridos y furia, contra los cuales así D. Pedro como los otros capitanes y soldados animosamente se presentaron haciendo en ellos admirable carnicería; pero como ya los baluartes estuviesen muy desbaratados y sin para-

[1] Léase Hasan-Agá.
[2] Menaster ó Monaster?

peto alguno, y el bestion de la estrada cubierta lo señoreasen, tambien ellos rescibieron gran daño, muriendo algunos de los capitanes y soldados más principales y algunos alférez [es] y sargentos; pero con todo su daño echaron los turcos fuera de la batería tan atemorizados de su valor, que acordaron de retirarse, dejando el foso bien regado con su sangre y lleno de muertos, que la noche siguiente, conforme á su costumbre, retiraron, y el asalto duró casi tres horas.

Quando D. Pedro vió la obra que los turcos en tan pocos dias habian hecho, y que en toda la Goleta vieja y nueva no quedaba ya parapeto alguno, ni pieza alguna de artillería que seguramente jugase, y junto con esto vió el daño que los cristianos en el asalto pasado habian rescebido, por no poder ya pelear sino descubiertos á la artillería y escopetería del enemigo, envió por el Estaño al fuerte un capitan del tercio de Nápoles, llamado Pedro de Artida [1], para que declarase al señor Gabrio y á Salazar el estado en que la Goleta se hallaba, y quan pocos soldados se hallaban para resistir al asalto general que de hora en hora esperaban, y que si no querian pasarse con toda su gente á la Goleta desamparando el fuerte, lo cual él juzgaba ser necesario, á lo ménos le enviasen alguna cantidad de buenos soldados para poder mejor ampararse de tanta furia.

Llegado el capitan al fuerte y dichas por él estas palabras, no dió lugar la opinion en que la Goleta era tenida que realmente del todo fuesen creidos; pero con todo esto, más por satisfacer á la voluntad de D. Pedro

[1] Léase Artieda.

que porque juzgasen ser necesario, propusieron de enviarle socorro, y hecha la determinacion, mandaron llamar á consejo á Pagan Doria y á D. Lope Hurtado y á D. Pedro de Bobadilla como á caballero principal, aunque no tenía cargo, y á D. Juan Zanoguera, capitan de la Isla y Estaño, y á D. García de Toledo y D. Diego Osorio, capitanes de arcabuceros, como cabos de la infantería española, aunque éste fué cargo que no tuvo sino el nombre, á los cuales el señor Gabrio propuso la nueva de la Goleta y la determinacion que de socorrerla tenian, por lo que sobre tal caso dijese cada uno su parescer.

La determinacion del señor Gabrio en cuanto á no dejar de socorrer la Goleta fué por todo el consejo confirmada, y sobre ello uno de los capitanes le dijo semejantes palabras:

«Si es cierto, Illmo. Señor, como entre nosotros se dice, que Vuestra Señoría tiene esta plaza por más fuerte y principal que la Goleta, justo será aconsejar á don Pedro que con su gente se venga á meter en ella, pues ya vemos no ser posible sustentarlas entramas; pero si, como es de creer, Vuestra Señoría tiene muy bien entendido ser ésta una obra apénas comenzada, no solamente descubierta al enemigo, pero que por muchas partes se puede subir sin escala, y por otras tambien entrar á pié llano, y conosce no perderse en dejarla sino sólo el trabajo de ocho meses que en otros tantos con la mesma tierra se puede recuperar, y que perdida la Goleta, llave de Berbería y reputacion de Su Majestad en estas partes, no queda alguna esperanza de que estas tapias se pueden más defender, parésceme será jus-

to dejarlas, y que todos nos recojamos á la Goleta, haciendo primero retirar toda la artillería y municiones á la isla, pues es cosa que en dos dias fácilmente se puede hacer, no esperando á que el enemigo nos ocupe el paso que al presente está libre; y si de otra manera se hace, me parece que en disminuir esta gente rescibe Vuestra Señoría gran daño, y el socorro que puede enviar no puede ser tan copioso que con él salgan de la sospecha que ya de perderse tienen.»

SEGUNDO SOCORRO DEL FUERTE Á LA GOLETA, DE CUATRO COMPAÑÍAS, Á DIEZ Y NUEVE DE AGOSTO.

El demasiado ánimo que cada uno de los que allí estaban tenía, no dió lugar á que este parescer fuese aceptado, ni áun casi las palabras escuchadas, y así se concluyó la determinacion de enviar el socorro, que fué de cuatro compañías, dos de españoles y dos de italianos, que embarcándose de noche [en barcas] chatas, ántes que fuese de dia, no sin algunas dificultades y muertes entraron por la boca del canal en la Goleta, juéves á diez y nueve de Agosto, habiendo venido como una milla á pié por el Estaño con el agua á los pechos; y los capitanes fueron éstos:

Don Martin de Acuña,
Diego Maldonado,
Tiberio Calabrés,
Lelío Tana.
Don Pedro de Bobadilla, hijo del Conde de Chin-

chon, que desde Nápoles habia venido á meterse en el fuerte con deseo de hacer á Su Majestad servicio, se pasó con este socorro á la Goleta y allí se perdió con los demas peleando como bueno y leal caballero.

Cuando los turcos entendieron ser aquél el paso por donde la Goleta se comunicaba con el fuerte, hicieron otro bastion sobre el canal, con el cual atajaron aquella entrada, de que no poco daño á la Goleta se le siguió. Don Juan Zanoguera, que tenía á cargo la isla y las barcas y fragatas del Estaño, entraba y salia con ellas á la Goleta por el canal hasta que los turcos hicieron sobre la boca el bastion, y andando algunos caycos [1] de turcos por el Estaño, tomó tres ó cuatro dellos en veces, y con las chatas, que cada una llevaba dentro un cañon, les hacia siempre daño tirando á las trincheras de traves, aunque un poco desde léjos, porque las chatas no se podian acostar mucho á tierra.

En tanto que los soldados de la Goleta peleando valerosamente se defendian, tampoco los del fuerte holgaban, porque habiendo llegado Haydar-Bajá con tres mil turcos de Tripol, y juntándose con gran parte de los moros y alárabes de la comarca, los cuales pasaban de treinta mil, comenzaron él y Caybo Mahamet á estrechar el cerco del fuerte, haciendo gran número de trincheras alrededor, llegándose con ellos hasta el foso, que, aunque por todas partes estaba comenzado, por ninguna era tan hondo que tuviese agua, con la cual obra mostraban claramente el designio que los bajaes

[1] Especie de embarcacion pequeña á manera de chalupa, llamada por los turcos *kaik*, en italiano *caico*, en frances *caïç*.

traian, que era traer todo el campo sobre el fuerte despues de haber concluido con la Goleta. Y para que mejor pudiesen hacer su obra, envió Uluchali tres mil turcos de la armada con ocho piezas de artillería gruesa, con las cuales, pasando por el olivar, tiraron algunas balas á la isla desde la orilla del Estaño; pero ella respondió de manera que ellos tuvieron por bien dejarla; y aunque ellos tenian poca necesidad de hacer batería en el fuerte, segun por algunas partes era bajo, comenzaron á batirle por la cortina entre Santo Andres y Santiago desde una montañeta que todo el fuerte señoreaba, de donde no poca gente mataron, no habiendo lugar seguro en el fuerte en que la artillería no hiriese; y allende de aquellas ocho piezas tiraban tambien con las otras cuatro que en la jornada pasada se habian perdido el dia que el campo del Infante huyó.

Luégo que el fuerte se comenzó, habia el señor Gabrio Cervellon enviado por espía á Argel un buen soldado maltes llamado San Juan, cabo de escuadra, en la compañía de don Pedro Manuel, el cual en hábito de moro habia estado algunos dias dentro, y viendo que Ramadan venía á Túnez con el campo de Argel, acordó venirse con el campo, y dejándolo en Constantina, se vino él á Túnez tres dias ántes, y puniéndose en una trinchera una mañana se alargó un poco dando muestra de otra cosa, de donde soltando un alquicel que traia, se entró corriendo en el fuerte con alegría general de todos, dando nueva de la venida de Ramadan y de lo que más en Argel habia considerado.

Tres dias despues llegó Ramadan con seis mil turcos de Argel, que eran los tres mil genízaros y los dos mil

espays, y los mil moros de la tierra, de los que entre ellos son llamados Agan [1], con los cuales comenzaron á estrechar más el cerco y á hacer bestiones alrededor en cada uno de los cuales seguramente estaban como al ojeo, teniendo todo el fuerte á caballo de tal manera que ni en alojamiento ni fuera estaba la gente segura, así de la artillería como de las escopetas y flechas, con que de dia ni de noche cesaban de tirar un momento, tanto que los soldados que eran de guardia á la parte del Estaño y foso de Santiago, donde era lo más seguro, se daban á coger balas de escopeta para volvérselas á tirar; y hubo hombre que en ménos de una hora recogió 250, no siendo él solo el que las andaba buscando, y de las flechas sucedia lo mismo, porque en algunas partes del foso y llano de los baluartes de San Juan, Doria y Cervellon, que eran los más peligrosos, no parecia sino que las habian sembrado.

El primero acometimiento que los turcos hicieron en el fuerte, fué al principio de Agosto por la tenaza de Santo Andres, y esto hicieron movidos por lo que un soldado que della se huyó les dijo, avisándoles que no habia en ella de guardia sino la mitad de una pequeña compañía de arcabuceros españoles, siendo la tenaza tan grande que bien habia menester cuatro de guardia, y arremetiendo los turcos á ella y subiendo los unos por sobre los hombros de los otros, se pusieron encima la muralla; pero los soldados, aunque pocos, se dieron tan buena maña, peleando con piedras, palas, azadas, allen-

[1] Quizá por *Agaes*, plural de *Aghá*, que en turco y persa vale tanto como jefe, principal, etc.

de de las otras armas, que presto los echaron abajo, haciéndolos retirar á buen paso, quedando algunos turcos muertos, así en el foso de la tenaza como alrededor de sus trincheras que por allí cerca pasaban; y éste fué el primero y postrero acontecimiento que por aquella parte hicieron.

No dejaba el señor Gabrio Cervellon de proveer con grandísima solicitud y cuidado todo aquello que así á la defensa del fuerte como á la conservacion de la gente sentia ser necesario, ordenando en unos baluartes reparar las casas-matas que entónces se comenzaban á hacer, repartiendo la artillería por ellos, y en otros haciendo trincheras de tierra en lugar de parapetos, en medio de los cuales se metian unas troneras de tabla, por donde cómodamente los arcabuceros pudiesen tirar, allende de lo cual repartió los ingenios de fuego como bombas, piñatas, cercos, y unos frasquillos de madera llenos de pólvora y balas, y ordenó que se hiciesen ciertos maderos de doce en trece piés de largo tan gruesos como la cintura de un hombre, huecos, á manera de bombas de nave, bien fortalecidos por de fuera con cercos de hierro, los cuales allende del hueco principal estaban todos agujereados como flauta, y en cada uno destos agujeros habia una bala de arcabuz, y el hueco estaba lleno de cierta mistura de pólvora con muchos dados de hierro, cosa que con sólo el nombre espantaba, lo cual todo venía á noticia de los enemigos por relacion de algunos ruines soldados que cada dia se huian, así del fuerte como de la Goleta.

Vino una mañana Uluchali con muchos de sus capitanes á visitar la ciudad de Túnez, y á ver qué cosa

era el fuerte, y con qué ánimo se defendian los de dentro, y habiendo quedado los turcos y moros que le tenian cercado muy soberbios y orgullosos con la venida de Ramadan y campo de Argel, determinaron mostrar su valentía á Uluchali con asaltar aquella mañana el fuerte á escala vista, para lo cual habiendo ántes traido de la armada un gran número de escalas, en presencia de Uluchali y los suyos que de muchas vistas lo miraban, saliendo improvisamente de las trincheras arremetieron por todas partes al fuerte muy confiados de entrar dentro; pero la artillería y arcabucería que en todos los baluartes estaba en órden, les dió una tan buena mano, que presto arrepentidos del disigno se volvieron á retirar con gran priesa. Anduvo aquel dia la artillería y arcabucería bonísima, especiálmente en el baluarte de Santiago, adonde los soldados con arcabuces derribaban muchos turcos, y un sacre del mismo baluarte que un capitan asestó se llevó 607 turcos de un tiro de los que se habian puesto en paradas [1] para ver cómo peleaban en el fuerte.

Cuando los turcos vieron que el fuerte de Túnez no era tan fácil de ganar como desde fuera les habia parescido, determinaron irle ganando poco á poco con la azada y pala, y consumirle la gente desde los mampuestos, en las cuales dos cosas hacen ventaja á muchas de las otras naciones; y desta manera comenzaron á trabajar trayendo montañas de tierra hasta meterlas en el foso y juntarlas con la propia muralla, con la cual obra ocuparon la tenaza del baluarte Doria y el rebellin de

[1] Puestos, posiciones.

la puerta de entre el Doria y Cervellon, sin que la artillería del fuerte fuese parte para estorbarlo, á causa de la muchedumbre de tierra con que los que trabajaban venian cubiertos.

Despues que á los turcos les pareció que la cortina dentre Santo Andres y Santiago estaba harto batida, retirando parte de su artillería de aquella montañeta, la repartieron en dos puestos; el uno á la parte de Babazira con que batian la punta del baluarte Doria y un costado del de San Juan, y el otro en la propia muralla de la ciudad, con que batian la cara del baluarte Cervellon y de Santo Andres con la puerta que estaba en medio, adonde ya se habian puesto las armas de Su Majestad; y como todo el fuerte era tapias, en pocos dias pararon tales los baluartes San Juan, Doria y Cervellon, que no parecian sino tres montones de tierra señoreados de los bestiones que los turcos sobre la estrada cubierta y dentro en el mesmo foso ya tenian hecho.

Pasados algunos dias que los turcos habian empezado á batir, ordenó el señor Gabrio Cervellon que toda la infantería que no era de guardia secretamente se apercibiese para salir á dar en las trincheras de los turcos á la hora de mediodia, lo cual se hizo con grande alegría por el deseo que todos tenian de hallarse á las manos con ellos. Y venida la hora, saliendo por la estrada cubierta, si es lícito nombrar la parte que áun no estaba hecha, arremetieron con grandísimo ánimo, llamando en su favor á Santiago conforme á la costumbre de España, y entrando por las trincheras por la parte de Babazira, caminaron hasta la artillería y muralla de la ciudad, pasando por los pabellones de los capitanes y

genízaros más principales, matando y hiriendo en ellos, sin que la fuerza y multitud de los enemigos bastase á hacerles resistencia. En el cual dia se señalaron muchos soldados, así españoles como italianos, y en esto se entretuvieron más de una hora, hasta que el señor Gabrio, viendo que los turcos cargaban, mandó tocar una trompeta, que era la señal del retirar; pero como todos los soldados estuviesen muy adelante, y en la retirada no hallasen cuerpo de gente que les hiciese algun reparo, y los turcos cargasen en gran cantidad, no pudieron recogerse tan á salvo que á más de cincuenta no les costase la vida.

Entre los despojos que aquel dia se ganaron, fueron quince ó veinte banderas turquescas, las cuales otro dia se enviaron á la Goleta para que las pusiesen por los baluartes adonde los turcos las viesen; pero ellos, cortando las cabezas á seis ó siete soldados que á la entrada del socorro pasado habian degollado, hincadas en unas lanzas las pusieron delante su artillería.

Viendo los turcos que los soldados del fuerte se atrevian á acometerles, y que aquella vez los habian hallado descuidados, pusieron sus centinelas en la alcazaba y torres de la mezquita mayor que todo el fuerte por de dentro descubrian, adonde con una seña avisaban á las trincheras siempre que vian juntarse la gente en el fuerte; y paresciéndole al señor Gabrio que en la salida pasada se habia hecho buen efecto, no obstante que la retirada se erró, ordenó que se hiciese otra con mejor órden creyendo hallar los enemigos descuidados; pero como las centinelas de la ciudad siempre estuviesen alerta, no pudo ser la salida tan secreta que primero

los turcos no la entendiesen y apercebiesen sus armas; ni tampoco lo hicieron ellos tan secreto que en el bullicio que por la ciudad traian se dejase de conocer; con todo lo cual se salió y acometió animosamente sin aprovechar los turcos su apercibimiento para que al principio no se comenzasen á desviar, rescibiendo notable daño; pero á cabo de poco momento en gran cantidad con los alfanjes en las manos cargaron sobre los nuestros que ya comenzaban á retirarse por causa de la seña que se les habia hecho, y atajando el paso, ochenta soldados degollaron y hirieron más de cincuenta ántes que la retirada se concluyese.

Murieron aquel dia algunos hombres principales de la una y otra nacion, entre los cuales fué el capitan don Gutierre de Vargas, que le retiraron muerto, y el sargento mayor Vorobo y don Gaspar Milan, que murieron en pocos dias, todos tres descopetazos.

Los capitanes, gentiles hombres y soldados italianos pelearon honoratísimamente, y murieron en gran cantidad, así este dia como los otros, pero porque yo no sé en qué facion murió cada uno particularmente, los pondré á lo último en general.

Estaba en el fuerte entre otros muchos un moro, á quien llamaban Hametillo, el cual, siempre que los soldados salian, se iba con ellos armado de sola una media pica, y segun se decia, ninguna vez se volvió sin dejar muerto ó herido algun turco, y dentro peleó siempre con grande ánimo entre los españoles, de quienes él era muy amigo, y cuando el fuerte se perdió lo hicieron los turcos pedazos.

No dejaron, por lo pasado, los capitanes y soldados

del fuerte de hacer de cuando en cuando algunas otras salidas á las trincheras, con las cuales tenian los enemigos alborotados; y así como en cada una dellas se peleó valerosamente, así en las retiradas siempre se pagó el daño que en los acometimientos se hizo.

Pocos dias ántes que la Goleta se perdiese, sucedió que el castellano Salazar quiso hacer una salida por fuera de la estrada cubierta del baluarte de Sant Andres, adonde ya llegaban dos trincheras que los turcos traian hondas en estado y cubiertas de fagina de olivos como todas las demas, y paresciéndole ser hora más conveniente la del cuarto del alba, con mucho silencio sacó al foso cuatro compañías despañoles y una de italianos, y repartidos los capitanes en sus puestos dentro de la estrada cubierta, bien léjos unos de otros, secreta y particularmente dió á cada uno la órden, señalándole la puerta por donde habia de acometer, sin que los unos entendiesen por dónde acometian los otros; y hora y media ántes que fuese de dia, diciendo Santiago, salieron todos fuera y dieron sobre las trincheras de los turcos que á cuatro pasos estaban, hallándolos muy descuidados de tal salida, prosiguiendo su obra en compañía de muchos moros, á los cuales hacian trabajar.

Uno de los capitanes que tuvo órden de arremeter por entre las trincheras y la ciudad, lo hizo como le habia sido ordenado, y con algunos pocos soldados que le siguieron dió en ellos, creyendo llevar tras sí toda la otra gente que con él habia salido al foso; pero los otros capitanes y soldados no arremetieron por allí, sino por entre las trincheras y el fuerte, y no sabiendo tampoco ellos que los otros habian arremetido por defuera ni

pudiéndolos conocer por causa de la escuridad de la noche, comenzaron á arcabucearlos creyendo que fuesen enemigos, hasta que los turcos, que con el ímpetu se habian retirado, viendo con el alba, que ya venía, ser muy pocos los soldados que por de fuera de las trincheras peleaban, rehaciéndose, dieron sobre ellos y los hicieron retirar con otro tanto daño como de los enemigos habian recebido, y retirados los soldados de allí, dejando muchos amigos muertos, se vinieron á juntar con los otros, y luégo con la venida del dia claro se recogieron todos al fuerte. Fué ésta una de las peores salidas entre cuantas en aquella jornada se hicieron.

Guardaban los turcos los pasos de entre la Goleta y el fuerte con tal vigilancia, que no era posible entrar ni salir hombre por ninguna parte que fuese, si[1] se hallaba remedio de saber alguna nueva de lo que los enemigos hacian por mucha diligencia que don Lope Hurtado con los caballos de su compañía hacia, saliendo algunas veces á escaramuzar con deseo de traer lengua, pero nunca fué posible por mucho que sus soldados, aventurando sus personas, lo procuraron, ántes que la artillería y escopetería de los enemigos les acabase de matar los caballos, como dentro de pocos dias lo hizo; de manera que allende de saber el peligro de la Goleta, por avisos que dos soldados, llamados el uno Melendez y el otro Volteruela, saliendo á nado por el Estaño, traian, otra nueva nunca se pudo saber hasta que se huyó un renegado español, natural de Tembleque, el cual se llamaba Gamez, y luégo tras él vino otro lla-

[1] Sic: debe ser *ni*.

mado Valenzuela, el cual dió aviso de algunas pocas cosas que sabía, y poniéndose á la defensa del Cervellon entre los otros soldados, estuvo allí tres dias sin quererse apartar hasta que los enemigos con una pieza de artillería le mataron; pero á Gamez el señor Gabrio Cervellon le mandó ahorcar, porque tuvo sospecha que Uluchali le habia enviado por espía, y despues se supo cierto haberle ahorcado sin culpa, por lo cual dejaron de venirse algunos otros, que ya estaban determinados á ello. Estaba en la compañía de don Diego Osorio un cabo de escuadra valenciano, llamado Pedro de Buzas, el cual habiendo sido algunos años renegado se habia huido y vuelto á la católica fe. Este se ofreció al castellano Salazar de salir como que se iba huyendo para hacerse turco, y volverse con las nuevas de lo que los enemigos hacian, de lo cual el castellano dió parte al señor Gabrio, y pareciéndoles que la pérdida de aquel hombre era poca en comparacion del provecho que si tornaba haria, ansí mandándole con algunas promesas, le dejaron salir con su arcabuz al hombro á la hora de mediodía. El cual, en saliendo de la estrada cubierta, volviéndose contra el fuerte disparó su arcabuz diciendo á voces que era moro, y corriendo por lo trecho (*sic*) se metió por las trincheras de los turcos que ya salian á favorecerle, y luégo le llevaron á la Goleta para que diese cuenta á los baxanes[1] del estado en que la gente del fuerte se hallaba. Esto fué á tres de Agosto, y ansí volvió dentro bien vestido á la turquesca, y dió nuevas de lo que pudo saber, y luégo el señor Gabrio

[1] Entiéndase «bajaes».

le mandó salir, y él obedesció, aunque no de muy buena gana, y estuvo fuera hasta tres dias despues de perdida la Goleta, como adelante se dirá.

Cuarenta y cuatro dias los turcos de sobre la Goleta habian cercado toda su artillería y puesto á una parte della en los bestiones que sobre la estrada encubierta tenian, más altos que la muralla, y habian hecho una mina al baluarte de San Martin. Y paresciéndoles á los bajaes que ya con el artillería se gastaban las municiones sin provecho, por estar toda la Goleta nueva y parte de la vieja demasiadamente batidas, determinaron de darle un asalto general, viérnes á 20 de Agosto; y estando ya el campo junto, y las escuadras en su órden, Sinan bajá les dijo tales palabras:

«Cuando Sultan Selim, que Dios guarde, me envió á esta jornada, creyó que la Goleta fuese otro nuevo secreto; y ansí me mandó traer á ella en esta su armada la mayor y mejor parte de sus hijos y sus valerosos esclavos, lo cual yo obedescí, engañado tambien de la fama; pero agora que yo veo ser cosa de tan poco momento, holgára de haber venido con ménos de la mitad de vosotros, para que siendo ménos, quedárades todos con más honra y mayor provecho; pero pues esto ya no se puede remediar, conforme á mi deseo, entrad dentro como buenos hermanos ántes que esos pocos cristianos se nos huyan al Estaño, y nos hagan trabajar de nuevo para sacarlos, y repartidos que sean entre unos y otros, os volved luégo á embarcar, porque yo escribo á Haidar bajá que en Túnez hagan lo mismo con los otros que se nos han encerrado en el bastion y en la isla; y este solo es el remedio que yo hallo para excusar la ira

del Gran Señor, que con tanta razon contra nosotros tendrá, cuando entienda que la Goleta era como veis, si en tomarla nos detenemos más tiempo.»

Dichas estas palabras, todos echaron mano á sus alfanjes, y alzando un alarido, como suelen, dieron luégo fuego á la mañana [1] que con grandísimo terremoto reventó por medio del baluarte, haciendo gran mortandad, así en turcos como en cristianos; y luégo arremetieron á las baterías con tanto ímpetu que entraron casi por todas ellas hasta dar en las picas de los nuestros que valerosamente los esperaban, con las cuales y con mucha furia de arcabuzazos, piedras y piñatas de fuego, los echaron fuera de todas, quedando las baterías y fosos llenos de turcos muertos. Pero no tan presto ellos hubieron salido, cuando su artillería, que ya estaba á punto y la escopetería de las trincheras y bastiones, comenzó á enviar una grandísima tempestad de balas, con que hallando á los nuestros descubiertos, hicieron terrible daño; y ántes quel humo de la rociada se alzase, volvieron los turcos á subir, ó por mejor decir, á abajar, porque las baterías estaban tales que desde sus trincheras á ellas ántes era menester bajar que subir; pero siendo rescibidos con tanto ánimo como la primera vez, de la propia manera fueron echados fuera; y porfiando los unos por entrar y los otros por defender, no sólo murió de entrambas partes gran cantidad de gente, pero aunque la que de los turcos moria fuese mayor, era más la falta que un soldado hacia dentro que la que ciento á ellos les hacia fuera.

[1] Sic: «muralla?»

Estaba Uluchali de ordinario cada dia de asalto junto á la estrada cubierta con una gran bolsa de sultanis y otra de tallares y asperos repartiéndolos así entre los que se señalaban, como entre los que via volver señalados, animándoles á todos con las obras, no curándose de muchas palabras, al contrario de cómo Sinan lo hacia; y con todo aquello á cabo de ocho horas que el asalto se habia comenzado, no sintiendo los turcos en los nuestros ménos ánimo que al principio, acordaron de retirarse del todo con pérdida de más de nuevecientos, segun ellos propios dijeron, y de los cristianos quedaron muertos docientos, y casi otros tantos heridos.

Quedaron los soldados en la Goleta demasiadamente cansados y sobre todo muy tristes, así por la pérdida de sus amigos como por la de muchos capitanes y oficiales que en el asalto murieron. El valor de los cuales y de don Pedro, que siempre peleó como buen caballero, fué gran parte para que la Goleta no se perdiese aquel dia, mayormente que ya en este tiempo eran muertos y heridos muchos de los otros capitanes y principales soldados que con el esfuerzo y valor de sus personas defendian la Goleta. Entre los cuales era uno el capitan Rivas de Salazar, que murió en el asalto primero de una pieza de artillería, y el maestre de campo Luis de Segura y el capitan Tiberio Calabrés, que estaban heridos de muerte, el uno con sendos escopetazos y la cabeza pasada de un flechazo, y el otro con un brazo ménos, que le llevó un basilisco; los cuales allende que peleaban valerosamente y ordenaban como soldados viejos muchas cosas convenientes á la defensa, animaban con su autoridad y palabras á todos cuantos los vian.

Estaba en la compañía de don Gutierre de Vargas un soldado llamado Maldonado, á quien el auditor de Túnez habia condenado al gasto de la Goleta [1], porque habia quitado por fuerza veinte ducados á un moro de los azuagos tres meses ántes que la armada turquesca llegase. Este habia tratado con otros dos soldados amigos suyos que ellos dos se huyesen á los turcos, y dijesen de su parte á Uluchali que para un cierto dia estuviese todo el campo en órden, porque él daria fuego á toda la municion de la Goleta. Este trato se descubrió á tiempo que ya los dos soldados eran idos, y el Maldonado habia de hacer el efecto otro dia; el cual fué luégo preso y puesto á tormento, confesó claramente el delito, y por ello le dieron garrote. Este soldado decian que habia sido esclavo de un turco llamado Caito Bairam, y que sobre la muerte de un hijo ó maestro del aula, que en la casa de Bayram se halló muerto con sospecha de que el Maldonado lo habia muerto, Uluchali le mandó atenacear, y despues visto que no confesaba le dejó vivo, y de ahí á pocos dias se hizo turco, y sirvió en Argel de genízaro, de donde se huyó y vino á la compañía adonde estaba, y queriendo pagar á Uluchali la buena obra que le hizo con entregarle aquella fuerza, le sucedió lo sobredicho.

Y porque de algunos ruines soldados que, como he dicho, cada dia se huian á los turcos, sabian cierto el gran daño que en el asalto pasado los de la Goleta habian recibido, y sabian cuán pocos eran los soldados que pudiesen pelear, y cuán pocas eran las defensas que

[1] Es decir, al trabajo de gastador, en italiano *guastatore*.

dentro tenian, por faltarles la tierra para hacerlas, por no les dar tiempo á que reparasen las baterías é hiciesen algunas trincheras, los entretuvieron el sábado, que fueron 21 de Agosto, acometiendo muchas veces el asalto, y volviéndose á retirar para que la artillería y escopetería los cogiese más descubiertos, puesto que ellos siempre lo estaban por mucho que ellos se quisiesen guardar, y con esta órden los cansaron y entretuvieron la mayor parte del dia.

Considerando don Pedro Puertocarrero el peligro en que la Goleta se hallaba por no haber querido el señor Gabrio Cervellon y castellano Andres de Salazar venirse á meter en ella con toda la gente del fuerte, como la razon requeria, mandó llamar sus capitanes á consejo, como siempre acostumbraba, adonde se determinó enviar una carta al señor Gabrio y castellano Salazar. Y porque los turcos tenian ocupada la boca del canal y por tierra entrambos pasos, la enviaron con un soldado buen nadador llamado Volteruela, que ya otras veces por el Estaño habia ido y venido al mismo efecto, y por ella don Pedro les avisaba de lo sucedido en el asalto pasado, y de nuevo les volvia á acordar lo poco que aquel fuerte en tal tiempo importaba á Su Majestad, y lo mucho que en la Goleta perderia; y les pedia y rogaba que con toda su gente se viniesen á meter en la Goleta, no dando causa á que por defender un corral tan obstinadamente, el cual al último se habia tambien de perder, aquella fuerza tan importante, entretenida y defendida tantos años con tanta costa y trabajo, agora por su culpa miserablemente se perdiese. Pero como ya Dios tenía determinada su perdicion, no permitió que

las palabras de aquella carta fuesen del todo creidas, ni las quel soldado encareciendo el peligro les dijo, ántes hicieron burla dél, como de hombre que se alargaba en su hablar más de lo justo, y así vino á suceder en aquella segunda embajada lo mesmo que en la primera. Pero con todo aquello, para que don Pedro despues no dijese que si se habia hallado en peligro era porque no le habian querido socorrer, le enviaron siete compañías buenas, las cuatro de españoles y las tres de italianos, con que no poco debilitaron la fuerza del flaco fuerte; las cuales llevó don García de Toledo, castellano del castillo de San Telmo de Nápoles, que entónces era capitan de arcabuceros y cabo de las compañías del tercio de Nápoles, y los capitanes fueron éstos:

Don García de Toledo,
La compañía de don Gutierre,
Juan Montaño de Salazar,
Juan de Quintana,
Hércules de Pisa,
Antonio Strabon (Strambon?),
Cipion Mateurfu [1].

Embarcáronse en las fragatas y chatas, sábado en la noche, y el domingo ántes del alba desembarcaron á una milla de la Goleta, y en ganando las centinelas de los turcos entraron por un lado del canal con el agua hasta los pechos, y no sin pérdida de algunos soldados que los turcos mataron desde el bestion que sobre el Estaño tenian.

[1] Así en el original, pero debe ser equivocacion por Mateuche (Mateucci?), como más adelante se halla escrito.

No tuvo tiempo la gente de este último socorro de reposar un momento ni reconocer la muralla para entender los traveses y ver cómo estaban las baterías, que no poca parte es para que el soldado pelee segura y confiadamente, porque luégo al amanescer, habiéndose puesto los enemigos en arma por la venida de las compañías, comenzaron el asalto por todas partes, y con la primera furia entraron por el baluarte de San Martin y plantaron sus banderetas en él, degollando gran parte de la gente que le guardaba, sin que los nuestros en más de una hora bastasen á echarlos fuera: tanto estaba ya el número disminuido y los soldados fatigados, unos del trabajo de los dos dias pasados, y otros del camino de aquella noche y aguadaño [1] si sería del Estaño; mayormente que los más de los soldados de aquellas siete compañías, en los cuales ya consistia toda la salud de la fuerza, porque, como ya dije, no tuvieron tiempo de reconocer los traveses, murieron ántes que entendiesen de dónde se habian de guardar, con que no poco se apresuró la pérdida general. Pero como ya el comun peligro por aquella parte fuese á todos tan notorio, presentándose á la muralla heridos y no heridos, hicieron contra los enemigos tanto ímpetu que los volvieron á echar fuera con gran daño, dejándose algunas de las banderetas plantadas. Mas luégo Uluchali, que no perdia punto de diligencia, haciendo retirar aquellas escuadras cansadas y atemorizadas del valor de los nuestros, hizo venir al asalto otras muchas de nuevo, las cuales, por no parecer de ménos ánimo que las pasadas, furio-

[1] Así en el original, pero debe faltar algo, pues no forma sentido.

samente arremetiendo entraron por el roto baluarte, mostrando no hacer caso de la vida á trueque de quedar con vitoria, confiados en aquella desatinada opinion que tienen, creyendo que cada uno trae escrito en la frente cómo y cuándo ha de morir. Los nuestros, aunque muy pocos, muy heridos y muy cansados, determinados de vender bien sus vidas, llamando á Santiago en su ayuda, cerraron de nuevo con ellos y los volvieron á echar fuera, declarando á muchos de ellos cómo el término de sus escritos consistia en los filos de sus espadas y puntas de los hierros de sus picas; pero ellos, en pasando la fuerza de su artillería, que siempre se disparaba en saliendo, volvieron á entrar de nuevo y de nuevo fueron tambien rebotados y de nuevo volvieron á entrar. Cuando dentro de la Goleta vieja se supo que el baluarte de Sant Martin últimamente era perdido, y que los turcos ya peleaban encima de la muralla, fué caso de gran compasion ver andar las mujeres sin sentido por todas aquellas calles, descabelladas y llorando las muertes de sus maridos y pérdida de los pequeños hijos que muchas en sus brazos traian. Unas acudian á la iglesia á pedir á Dios misericordia, otras ocupándose en proveer á los soldados de piedras, otras de agua, otras en retirar los muertos y heridos, y otras algunas hubo que con ánimo varonil salian á pelear con los turcos á pedradas y con armas, entre las cuales fué una Barbona [1] Sarda, á quien por sobrenombre llamaban la Grata, que con una pica en sus manos se presentó dos veces á la muralla hasta que los turcos

[1] Asi en el original.

la abrasaron con una piñata de fuego de muchas que cada momento tiraban, habiendo ella primero pasado un turco por los pechos; con lo cual metieron tanto coraje en los ánimos de la fatigada gente, que juntándose con don Pedro los pocos capitanes que eran vivos, y siguiéndolos algunos soldados, animosamente con las espadas en las manos cerraron con los enemigos, y á cuchilladas los tornaron á echar fuera, recuperando por entónces el ya perdido baluarte, en donde luégo hicieron una trinchera atajándole por medio, para que si por la facilidad de la entrada volviesen los turcos á ganarle, desde el reparo pudiesen algun tiempo defendelles el paso de la cortina y caballero de la Goleta vieja que con él estaba incorporado, en el cual tambien estaba hecha otra gran batería.

Así anduvo el asalto vacilando la mayor parte del dia, entrando y saliendo los turcos como olas de la mar con fortuna, cayendo muerta cada momento gran cantidad de los unos y de los otros, mudándose ellos por sus escuadras, lo que los nuestros no podian hacer, hasta que á puestas del sol los turcos volvieron á ganar el baluarte, y los de dentro se quedaron en la trinchera ya dicha peleando toda la noche con los turcos que de refresco llegaban.

Aquella noche mesma volvió don Pedro Puertocarrero á enviar á Volteruela por el Estaño con nuevo despacho al señor Gabrio, certificándole la vecina pérdida de la Goleta; pero Volteruela fué rodeado de algunos zaicos [1] que ya los turcos en el Estaño tenian, y dellos

[1] Véase la pág. 40, nota 1.ª

fué capturado, habiendo él primero echado las cartas á fondo.

Otro dia de mañana, que fué 23 de Agosto, viendo don Pedro que los turcos querian volver al asalto, y que los capitanes y soldados se aparejaban á la defensa junto al baluarte de San Martin, les dijo tales palabras:

«Ya veen, señores y amigos mios, fuertes y valerosos soldados, el término en que los enemigos nos tienen, y cómo se aperciben para mostrarnos el último esfuerzo de su poder; y tambien ya yo veo, conforme á la prueba de lo pasado, cuán poca necesidad tengo de poner ánimo con mis palabras á quienes sé que tan grande le tienen, y que ántes les tengo de encargar á vuestras mercedes hagan cuenta que en la conservacion de cada uno consiste la salvacion de esta fuerza, y conforme á esto les ruego no se descubran sin tiempo adonde la artillería y escopetería del enemigo les ofenda, sino que guardando su sitio, hagan todos lo que son obligados como siempre hasta aquí lo han hecho, porque yo creo cierto que mostrándoles hoy su acostumbrado valor, allende que nos pagarémos lo pasado, procurarán luégo embarcarse, si á ello les damos lugar y el señor don Juan, que á esta hora debe ya ser salido de Trápana con su armada, no se lo estorba.»

No tuvo tiempo don Pedro de concluir sus palabras por causa del furioso acometimiento con que los turcos dieron principio al nuevo y último asalto, cargando muchos escopeteros en la mitad del baluarte que ya tenian, adonde la noche pasada se habian reparado, y haciendo muestra de querer entrar por aquella parte para que los nuestros acudieran á ella, cargaron de improviso

por la batería de San Pedro, adonde les paresció que habia ménos gente; y como ya la certidumbre de la vitoria juntamente con la esperanza del saco les ayudase y animase, no bastó la resistencia que los pocos soldados animosamente hicieron para detener la furia de los enemigos, que entraron degollando cuantos á la defensa hallaron.

Cuando los soldados que guardaban el baluarte de Felipe y trinchera de San Martin vieron los turcos dentro de la muralla de San Pedro, queriendo socorrer al mayor peligro, desampararon sus postas, por donde haciendo ímpetu los enemigos entraron tambien, y en un momento se vió toda la Goleta nueva llena de turcos, degollando cuantos cristianos hallaban.

Don Pedro Puertocarrero, no hallando otro remedio, se recogió á la Goleta vieja con los soldados que le pudieron seguir, dejando ya la nueva en poder de los enemigos; los cuales en tanto que los nuestros estaban confusos, ántes que determinasen lo que se habia de hacer, subieron sin hallar resistencia por el caballero del molino y ocuparon primero lo alto y despues bajaron á las calles, visto que no habia quien se lo estorbase ni bastase á defender, y allí acabaron de degollar los pocos soldados que habian quedado vivos, juntamente con los heridos que hallaron en el hospital, fuera de obra de ciento, á los cuales hicieron esclavos.

Era cosa de gran lástima ver todas aquellas calles y casas llenas de cuerpos muertos, corriendo arroyos de sangre por todas ellas, y los turcos caminar por sobre los miserables cristianos medio vivos, acabándolos de matar, y otros algunos á quienes ya se habia hecho

gracia de la vida, quitársela sobre diferencia de quién los habia de poseer, y arrebatar los hijos de los pechos de las tristes madres, sin que ellas supiesen adónde los llevaban, y lo mismo subcedia á las desconsoladas doncellas con sus madres y padres, y á los maridos con sus mujeres, de tal manera que en toda la Goleta vieja y nueva no se via sino sangre y fuego, ni se oia otro que voces, llantos y gemidos y contienda.

Don Pedro Puertocarrero con algunos pocos capitanes y soldados se recogió á su posada con disegno de hacerse allí fuertes alguna hora, procurando, cuando otro remedio no hubiese, vender sus vidas bien caras; pero no tan presto ellos hubieron recogídose dentro, cuando los turcos entraron tambien por puertas y ventanas como por otros muchos agujeros y portillos que en la muralla y techos de la casa hicieron, adonde sin poderse defender fueron todos hechos esclavos, con lo cual se dió fin á las muertes, habiéndola dado ya el sol á su acostumbrado viaje.

Así se acabó de perder la Goleta, llave de la Berbería, amparo de la Sicilia y Calabria, y de mucha parte de Italia, habiéndola conquistado nuestro invictísimo Emperador Cárlos quinto con gran gloria y honra suya y provecho de la cristiandad, y así por su mandado como por el del Rey don Phelipe su hijo y nuestro señor, atendídose á fortificalla por espacio de cuarenta años, que tantos se cuentan desde la una presa á la otra. Fué tenida á juicio de algunos por fuerza casi inexpugnable, así por el sitio en que estaba y valor de la gente que la defendia, como por la vecindad de su poderoso patron, que con tanta facilidad la podia siempre

socorrer, y por la distancia larga de los turcos que la vinieron á ofender; pero todos estos juicios y discursos fueron vanos, y de todos ellos se rió la fortuna, á la cual place de cuando en cuando hacer semejantes burlas, engañando las más firmes esperanzas que los hombres en sí conciben.

Y si como verdaderos cristianos quisiéramos hablar, confesando el divino juicio de Dios, podrémos decir con el Psalmista: *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodiat eam.* Lo cual entendió bien el Rey Fernando de Nápoles cuando al tiempo que Cárlos octavo Rey de Francia le ocupó el reino y la ciudad, partiéndose della Fernando y mirando desde la popa de su galera las banderas francesas ya puestas por la muralla de la ciudad, salió diciendo en muy alta voz el precedente verso de David; y podemos tambien decir que por nuestros pecados y flojedad nos sea venida la presente calamidad, pues habiéndonos Dios mostrado tan milagrosamente la puerta abierta á la redempcion y libertad de tantas islas cristianas, como hoy dia sirven á los otomanos en todas las tres partes del mundo, y habiéndosenos presentado una tan buena ocasion, *unus pastor et unum ovile*, el dia que el señor don Juan de Austria con la armada de la Liga y particular auspicio suyo, rompió y desbarató la turquesca, no solamente no quisimos servirnos del favor milagroso de Dios pasando adelante en seguimiento desa victoria, pero discordando los unos y temiéndose de los otros, vino á desbaratarse la liga, y cada uno se volvió á su tierra casi arrepentido de lo hecho; lo cual no creo yo que hicieran los turcos, si el dia de la batalla naval quedáran con la

victoria. Por donde claramente se vee no ser menor dón de Dios el dón entendimiento y gracia á los hombres para saber usar de la victoria que el dejársela alcanzar. Y esto entendió bien Julio César cuando, habiendo vencido á Pompeyo en Farsalia, lo siguió hasta Egipto, adonde con su cabeza acabó de concluir la guerra; y Augusto César lo mesmo, cuando despues de la batalla naval y victoria que hubo contra Marco Antonio no léjos de los Cuchalares, lo persiguió hasta haber visto así dél como de Cleopatra la muerte, con la cual diligencia estos dos Césares consiguieron de sus enemigos perfecta victoria.

Perdiéronse en la Goleta veinte compañías de españoles y diez de italianos, sin otro gran número de caballeros y capitanes y alférez [es] sin compañías que tambien allí fenecieron, y sin los mercaderes, oficiales, gastadores, marineros, moros amigos y mujeres y niños, que pasaban de cuatrocientas personas.

Otro dia despues de perdida la Goleta, que fueron 24 de Agosto, se partió el campo de sobre ella, y vino á juntarse con el de Túnez; pero los bajaes se detuvieron allí cuatro dias, embarcando su artillería y la que en la fuerza hallaron, y desmantelando de todo punto la Goleta vieja y nueva. Y estando ellos ocupados en esta obra, llegó una galeota de cuatro que siempre junto á Sicilia tenian haciendo guardia, y con su venida volvieron á sacar de la armada siete piezas de artillería, y las pusieron en los caballeros de la Goleta vieja; y hecho esto mandaron desembarcar todos cuantos turcos pudiesen pelear, y juntamente con ellos desembarcaron tres mil chacales de los que bogaban, y armándolos con las

picas de la Goleta los enviaron al fuerte, y los bajaes se partieron tambien con ellos, dejando la armada sin alguna guarnicion de turcos todo el tiempo que el fuerte tardó en perderse.

Era tanta la vigilancia y diligencia con que la guardia en el fuerte se hacia, que aunque luégo en él se entendió la pérdida de la Goleta, no por eso se pudo tener ni hacer mayor ni proveer otro algun nuevo reparo allende de los que ya ántes estaban proveidos, y las compañías estaban repartidas en esta manera:

San Juan. 5

Juan Mariano Anibal, Becaria, Philipo del Gozo y Diego de Quiroga, la de Cristóbal de Cáceres.

Cervellon. 4

Juan Paulo Cervellon, Hernando Moreno, don Diego Manrique, don Diego Osorio.

San Andres. 1

Alonso de Angulo.

Santiago. 2

Don Lope Hurtado, Juan Mendez.

Austria. 2

Hermes Busca, César Contino.

Al rebellin del agua que estaba entre el Cervellon y Sant Andres, media compañía con el sargento, y esta salia de Sant Andres á Santiago; y porque en los tres últimos baluartes no habia peligro en comparacion de los otros tres primeros, era órden que de cada uno dellos saliese un número de gente en socorro de los otros, conforme á la necesidad, y no era tampoco tan infalible esta reparticion que alguna vez no se mediase alguna gente ó compañía de unos baluartes á otros.

Pasaban las trincheras de los turcos muy cerca de la estrada cubierta, y por algunas partes estaban ya sobre el foso; y porque de los que cada dia se huian, como ya he dicho, tenian los turcos aviso de todo lo que en el fuerte pasaba, ya sabian por dónde y á qué hora se metia guardia en el foso, y así determinaron dar una noche sobre ella, habiendo ordenado el señor Gabrio Cervellon un dia ántes que no se hiciese más guardia al foso por ser ya en él muy peligrosa y de muy poco provecho; pero esto no creo que áun habia llegado á su noticia. En fin, ellos arremetieron al foso un poco ántes de media noche con grandísima oscuridad, entrando por la punta de Sant Andres, y como no la hallaron, fingiendo ser cristianos que llegaban de socorro, comenzaron de hablar español, acercándose á la muralla; pero este ardid les aprovechó muy poco para dejar de ser luégo conocidos por quiénes eran, y así comenzó la artillería de los traveses de Santiago y Cervellon á enviarles gran copia de dados de hierro, con los cuales siempre la artillería quedaba cargada de noche, y ellos sin hacer otro efecto se volvieron á salir llevándose á cuestas los muertos. Tres dias despues que la Goleta se perdió, volvió al fuerte Pedro de Viuas con una carta de Uluchali para el señor Gabrio y Pagan Doria, la cual no quiso recebir el señor Gabrio, ni se entendió lo que decia más de por las palabras de Viuas, que dijo ser de parte de entrambos bajaes, diciendo que pues ya habian perdido la Goleta, y que no les quedaria esperanza de poderse más defender, que les entregasen el fuerte con la artillería y municiones, y que la gente toda quedase en libertad para irse á Sicilia; todo lo demas

que Viuas dijo, respondiendo á lo que le preguntaban, se halló ser así verdad, y con todo aquello le mandaron meter en prision, en la cual estuvo hasta que el fuerte se perdió, y los turcos le hicieron pedazos.

Luégo que los bajaes llegaron sobre el fuerte, le comenzaron á combatir con grandísima ferocidad, no dejando reposar los cercados dia ni noche, y por la punta del baluarte Doria y costado del Cervellon, adonde ya estaban hechas dos grandes baterías, atajaron el foso por cada parte con dos fortísimas trincheras contra las cuales ninguna fuerza de artillería bastaba, mayormente ya que los artilleros del fuerte eran muertos, y si alguno áun era vivo, estaba tal de la pólvora, que no solamente no bastaba á servir, pero ni á ser conocido de quien le miraba, si él no decia quién era; y de la artillería, la cual era mucha y muy buena, la mayor parte estaba rota, y toda tan descubierta que en asomando hombre á ella de muchas partes le derribaban.

Quedaria en medio de las dos trincheras una calle ancha por donde sin temor de los traveses entraban y salian hasta la muralla de entrambos baluartes, al pié de la cual comenzaron á hacer dos minas, de las cuales luégo se tuvo aviso, así por la diligencia que dentro se hacia escuchando, como por ingenio que el señor Gabrio mandó hacer de una garitilla de tablones puesta en las puntas de dos antenas, que á manera de carro estaban sobre dos ruedas, y metiendo un soldado dentro cuando era noche escura, sacaban la garita por sobre la muralla hasta la mitad del ancho del foso, de donde fácilmente se podia ver la boca de la mina, y esto era en el baluarte Doria, contra la cual se hizo dentro un pozo ancho

que vino á dar sobre ella, por cuya causa los turcos mudaron de intento.

Pero la que hicieron en el Cervellon no pudo así remediarse, y fué fuerza que la concluyesen; y treinta de Agosto una mañana dándola fuego reventó con terremoto grandísimo, rompiendo y deshaciendo todo el lienzo de la cara y costado del baluarte y el parapeto de tierra que estaba encima, dejando hecha una abertura de más de treinta piés de ancho casi llana con el foso, adonde luégo valerosamente acudieron los soldados y oficiales de las cuatro compañías que allí estaban, contra los turcos que ya entraban con gran furia cargados de muchos estandartes y banderetas para plantarlos sobre la muralla en entrando; pero los soldados con muchos arcabuzazos y picas y piedras, que más que otra ningun arma servian, y echándoles encima piñatas y frasquillos de pólvora y cercos de alquitran con que no pocos turcos mataron y abrasaron, los echaron fuera de la batería y abertura de la mina, haciéndole perder el ánimo de probar de nuevo la entrada. Duró este asalto dos horas, y por causa de que la mina habia quitado todo el reparo de tierra que los soldados tenian delante, murieron obra de ochenta con trece ó catorce que la mina voló.

Luégo aquella noche comenzaron los soldados á reparar la abertura de la mina con tierra y fagina y algunos tablones gruesos y cestones de esparto, ocupándose todos en la obra; y cuando amanesció estaba ya todo lo volado tan bien reparado que fué de allí adelante lo más fuerte del baluarte. Y porque los turcos estaban allí tan cerca, que ni con pica ni arcabuz

podian ser ofendidos, y ellos hacian dentro gran daño con saquillos y piñatas de pólvora y balas de bronce huecas y llenas de pólvora, y dados de los que en la Goleta hallaron, se aprovechaban los soldados contra ellos de una cierta arma hecha de una pesa de hierro ó plomo, mayor que un pomo de espada, con una braza de cordel puesta en un baston de media pica, con la cual descalabrándolos por cima de la muralla y parapeto los hacian apartar; pero ellos no por eso dejaban de tirar dende abajo gran cantidad de piedras y artificios de fuego, contra los cuales el Señor Gabrio ordenó en cada uno de los tres baluartes que se hiciese una trinchea seis pasos apartada del parapeto, la cual era de tierra tapiada en cajones de madera puestos como tapiales, y con un techo de tablas alto, cuatro palmos sobre ella, debajo de la cual estaban los soldados arcabuceros amparados contra las piedras y fuego, teniendo sus arcabuces y mosquetes tendidos encima della, y los coseletes estaban entre la trinchea y el parapeto, no dejando las picas de las manos casi en todo el dia, y de la propia manera pasaban tambien la noche, por ser ya el número tan poco que no habia para mudarlos.

Habíase Pagan Doria, con órden del Sr. Gabrio á principio de Marzo pasado, ido á Palermo con harta necesidad de curarse unas llagas que dentro de la garganta tenía, pero cuando oyó en Palermo la nueva de la venida cierta de la armada turquesca sobre el fuerte, dejando la cura para otro tiempo se volvió á venir trayendo consigo al capitan Tiberio Calabrés, que era un buen soldado, con una buena compañía de infantería italiana, pero á Pagan Doria aquejó la enfermedad de

manera que apénas podia levantarse ni hablar; y visto que su persona no era de provecho en el fuerte, despues de perdida la Goleta, él se pasó á la isla que Don Juan Zanoguera gobernaba, haciendo capitan de su compañía á Zanobio di Zobia de Bolonia, y en el baluarte Doria, que estaba á cargo de Pagan Doria y gobierno de la nacion italiana, quedó Juan Blanco, capitan y sargento mayor de aquel tercio, que con gran vigilancia así entró siempre con los otros capitanes á la guardia del baluarte hasta que le mataron en él.

El capitan Juan de Mariano con tres compañías de italianos y dos de españoles valerosamente defendian el baluarte de San Juan, adonde los turcos cargaban contínuamente dándole asaltos cada dia por ser el más bajo y flaco de todos; y habian hecho los enemigos sobre él un bestion grande con que todo le tenian á caballero, de donde con las flechas y escopetería barrian toda la plaza del baluarte, y los soldados era menester que siempre estuviesen bajos y muy juntos con la trinchea sin descubrirse hasta que los enemigos comenzasen á entrar, porque entónces por no se matar unos á otros no tiraban desde el bestion.

Eran los turcos señores del parapeto por defuera, el cual tenian todo lleno de banderas y desde allí no cesaban de tirar piedras y balas de bronce llenas de fuego artificial, y muchos cercos de alquitran, que cayendo sobre el techo de la trinchea le encendia muchas veces, de suerte que tanta necesidad tenian los de dentro de defenderse del fuego de su mesma trinchea, como de las armas de los enemigos.

Habia Juan de Mariano estado algunos dias en la

cama de un flechazo que le pasó la cara, y dentro de tres dias despues que ya se habia levantado le dieron un escopetazo tambien por la cara de que estuvo muy á peligro, y no pudo más levantarse hasta que el fuerte se perdió, que no poco daño fué para el baluarte de San Juan, mayormente habiendo otro dia sido herido en el mesmo baluarte el capitan Diego de Quiroga de un escopetazo por los pechos, de que murió despues en la isla.

El Sr. Gabrio Cerbellon y el castellano Andrés de Salazar andaban de ordinario visitando cada uno de los tres baluartes; pero su asiento principal era á la defensa del Doria, en donde los turcos despues que la mina se les contraminó, comenzaron á deshacer la punta del baluarte con azadas y palas echando la tierra adelante y á los soldados, lo cual podian hacer fácilmente por estar sus trincheas sobre el foso y dos bestiones á los lados, uno en medio de la tenaza y otro sobre el rebellon de la puerta, adonde siempre, allende de la artillería que en todo el dia cesaba, estaban los turcos de mampuesto defendiendo á los que trabajaban, y en asomando algun cristiano de los de dentro le tiraban mil escopetazos á un tiempo; pero con todo aquello, podia tanto la autoridad del general y presencia del castellano Salazar, los cuales siempre eran de los primeros á pelear, que nunca faltaron soldados así de la una como de la otra nacion, que á costa de cierta muerte procurasen de señalarse.

A general convenia [1] sin que bastasen jamas súplicas

[1] Sic: deben faltar algunas palabras.

ni protestas que siempre se le hacian, para que dejase de querer obrar la mano en cada uno de los asaltos, tanto que parescia milagro no matarle, de donde salia la confirmacion de la sospecha que los turcos tenian, diciendo que era nigromántico.

En esta obra se entretuvieron los turcos algunos dias no cesando su artillería de batir, y dando igualmente ordinarios asaltos por todos los tres baluartes, de manera que casi se podria decir que desde principio de Setiembre hasta trece que el fuerte se perdió, fué todo aquel término un contínuo y general asalto.

Creia el Sr. Gabrio que los turcos se retiraban ya de sobre el fuerte, engañado por algunas cáfilas de alárabes y moros que por entre los olivares se vian ir y venir desde Túnez á la Goleta, y aunque Pedro de Viuas afirmaba por cosa cierta ser la deliberacion de Uluchali no partirse de sobre el fuerte hasta perder toda la armada ó ganarle, no por eso dejaba el Sr. Gabrio de dar crédito á su opinion, animando á los soldados con aquella esperanza; pero iba la salud del fuerte tan decaida que casi todos entendian lo contrario, y sabian cuán cercana les estaba la muerte ó esclavitud, aunque no por eso dejaron de pelear como buenos.

Miércoles á ocho de Setiembre, dia de Nuestra Señora, comenzaron un ferocísimo asalto por todos los tres baluartes, en cada uno de los cuales fueron con invencibles ánimos rescibidos contracambiándoles bien el daño que con escopetas, piedras y fuegos artificiales hacian, pero como la cantidad de los turcos era mucha, y el número de los soldados muy poco, de hora en ho-

ra iba nuestro partido empeorando sin que entre ellos se echase de ver la falta de los que morian.

En el baluarte de San Juan, aunque los soldados no se podian levantar sin gran peligro, estaban puestos en órden dentro de las trincheas que tenian, y desde allí con muchos arcabuzazos detenian la furia de los enemigos, por lo cual no osaban abalanzarse dentro, aunque como ya he dicho, eran señores del parapeto por defuera.

Habian hecho los turcos una plaza dentro de la punta del baluarte Doria, y teníanla llena de sus más bravos y mejores escopeteros, ansí genízaros como espais, entre los cuales se vian andar los capitanes animándolos unas veces con palabras, otras veces compeliéndoles con bastones, por donde empujándose unos á otros era fuerza que los primeros se descubriesen; pero como los nuestros no estaban mal apercibidos, en asomando el turco la cabeza se la pasaban con las picas que tendidas sobre el parapeto de la plaza suya tenian, y con muchos arcabuzazos que desde la trinchea cubierta les tiraban, no poco les hacian andar ocupados en retirar muertos y heridos, y tambien se les hacia mucho daño desde un traves del baluarte Cerbellon, de adonde se descubria parte de la calle por donde ellos entraban y salian á la punta del de Oria, estando repartidos en él algunos arcabuceros y mosqueteros que de mampuesto tiraban á los turcos, siempre que llegaban á la parte que se descubria, con que tambien les hacian entrar sobre aviso, y corriendo unos tras otros.

Habian hecho los turcos otra mina al Cerbellon, y porque los nuestros no la diesen fuego desde dentro con

las piñatas y frasquillos que continuamente les tiraban, tenian cubierta la boca con cueros secos de bueyes, y ellos tambien se escudaban con lo mesmo, y juntándose muchos de los que los traian unos con otros, hicieron una manta, debajo de la cual metiéndose muchos escopeteros llegaron con ella hasta emparejar con el parapeto, y en llegando dispararon una súbita rociada descopetazos, y luégo echando mano á sus alfanjes con grandes alaridos comenzaron á entrar por el baluarte, creyendo que yà todo el fuerte era [1], pero los soldados que hasta aquel punto habian estado bajos por causa de la artillería que allí más que en otra parte batia, levantándose los rescibieron con las picas, y con ellas y á cuchilladas los volvieron á echar abajo con más priesa que habian subido.

Eran muertos pocos dias ántes don Diego Manrique y Juan Paulo Cerbellon, entrambos descopetazos, y Hernando Moreno estaba herido en la cara; de manera que de cuatro capitanes que con sus compañías defendian el baluarte, ya no quedaba sino uno; pero hacíanlo sus oficiales y soldados tan valerosamente, que muy poco se echaba de ver la falta de los capitanes.

De la manera sobredicha fueron los turcos tratados en cada uno de los tres baluartes desde la mañana hasta la hora de vísperas que se retiraron del asalto, y aunque los soldados en todas tres partes mataron y hirieron harta cantidad de turcos, fué mayor sin comparacion el daño que ellos en los nuestros hicieron, atento á que, como ya he dicho, cada uno que moria dentro hacia mu-

[1] Sic; debe sobrentenderse *suyo*.

cha más falta que á ellos ciento que les matasen. Quedó herido el castellano Salazar de un escopetazo en el cuerpo, no estando aún bien sano de otro que pocos dias ántes en una rodilla le habian dado; y así murieron y quedaron heridos aquel dia otros muchos buenos y principales soldados.

Aunque todos los barberos que sabian un poco de cirugía tenian el cargo de curar, y dos tiendas de campaña, cada una de veinte pasos de largo, servian de hospitales, era tanta la abundancia de heridos, que no solamente no bastaban los cirujanos á curarlos, pero ni áun cabian dentro ni fuera, y los que tenian cargo de llevar á enterrar los muertos, tampoco bastaban á ello. Pero lo que más lástima hacia era que ya las medicinas, hilas y vendas ya se habian acabado, por donde cualquier herida, por pequeña y fácil de curar que fuese, venía á hacerse mortal, con que no poco se oprimian los ánimos de la pobre gente.

El calor que en el fuerte hacia era grandísimo, y con esperanza que el agua, aunque poca, habia de ser menester para muchos dias, se repartia y daba muy tasada, y la mayor parte salobre por ser la más della de los pozos; de manera que los soldados padescian gran sed, y los heridos del hospital cuando algun amigo los visitaba no le pedian sino agua, creyendo que ántes los habia de matar la falta della que las heridas, aunque fuesen peligrosas; y si ésta es cosa de que deba hacerse mencion, los que alguna vez hubieren padecido sed lo digan.

Estando ya las cosas en estos últimos términos y continuando los enemigos sus asaltos con mucha ferocidad,

cada dia se arrojaban por la muralla soldados á los turcos, los cuales hacian relacion del gran daño que su artillería y escopetería hacia, y del trabajo en que la gente en el fuerte se hallaba y cuán poca era ya la que podia pelear, que en efecto no llegaba al número de seiscientos; y con estas nuevas los turcos cobraban mayor osadía, atendiendo á tirar de ordinario tan á menudo que cruzaban las balas tan espesas por todos los baluartes y calles, que no solamente herian y mataban la gente, pero áun las aves no podían volar seguras sin que la escopetería las matase, como creo que ya se vió.

Hicieron los turcos una explanada por sobre el foso desde sus trincheras, en donde tenian ya aparejadas algunas piezas de artillería hasta la plaza que dentro del Doria tenian, y por allí un domingo en la tarde, que fué doce de Setiembre, subieron un cañon de batir y le metieron dentro del propio baluarte, comenzando á tirar tan por línea recta sobre la tierra y tan cerca, que sin herir de bote barria todo el circuito del fuerte, con lo cual empezó de andar la esperanza de salud muy perdiéndose por momentos; y visto esto por los capitanes y oficiales del sueldo [1], se juntaron aquella noche en la posada de Juan Mariano, que muy herido estaba en la cama, y viniendo allí el señor Gabrio Cerbellon, le dijeron tales palabras:

«Ya ve V. S. á qué término somos llegados y cuán cerca tengamos la perdicion, y entiende cuán poco se sirve Su Majestad en consentir que los turcos acaben de

[1] Los que recibian soldada ó paga y no servian como voluntarios.

degollar esta poca gente que nos queda, la cual con tanto valor y trabajo ha mostrado el ánimo suyo y en servicio de Dios y del Rey. Conténtese V. S. con la resistencia que hasta este punto valerosamente se ha hecho; y pues conforme al dicho de todos los turcos, entrarán dentro ántes de veinte y cuatro horas, suplicamos á V. S. se sirva de que esta noche todos nos retiremos á la isla, procurando defendernos en ella, ya que aquí es imposible; en donde, si los enemigos quisiesen tambien combatirnos, no sería mucho que pagasen con alguna pérdida la mucha ganancia que hasta aquí han hecho, y si por la falta de agua y bastimientos V. S. no acaba de determinarse, aquí esta el veedor Hernando Laguna, que tiene ya botas y barriles aparejados con que de aquí á media noche se ofrece de hacer tres viajes á la isla con todas las chatas y fragatas, y meter tanta provision que nos baste para dos meses, y la gente podrá ir al cuarto del alba toda ella en un viaje. Y si desamparar los heridos, que no podrán menearse, le parece á V. S. crueldad, considere cuanto mayor lo será verlos mañana hacer á todos pedazos entrando los turcos por fuerza.»

Escuchadas por el señor Gabrio estas palabras, respondió á los capitanes de este arte:

« No puedo creer, señores, que los enemigos, que en tantos asaltos como hasta aquí nos han dado no han sido bastantes á entrarnos, lo sean de aquí adelante, siendo cada dia ménos y viendo como vemos que ya comienzan á embarcarse; paréceme que nos entretengamos peleando estos tres dias valerosamente con ellos, y que despues nos resolvamos conforme á la ocasion que nos dieren.»

Y ordenando á los capitanes que se fuese cada uno á su posta, se fué con don Lope Hurtado á la posada del castellano Salazar, que estaba herido, diciendo que iba á consultar aquel negocio con él y que despues de consultado se pondria la resolucion por obra.

Toda la noche tiraron los turcos con el cañon que en el baluarte Doria tenian, y otro dia de mañana, que fué 13 de Setiembre, comenzaron el último asalto determinados de morir ó entrar dentro, muy corridos de las palabras que Uluchali poco ántes les habia dicho, que segun entendí fueron tales:

«Si conforme á las victorias pasadas y antiguo valor de vosotros, quiero considerar lo que al presente haceis, claramente vengo á entender que movidos por alguna causa secreta y trato que con ellos tengais, no habeis querido entrar á degollar esos pocos cristianos que ahí veis; y si Sultan Selin, que Dios guarde, á quien yo daré cuenta de vuestra maldad, diere crédito á mis palabras, yo haré enganchar la mayor parte de vosotros como traidores, ingratos y cristianos perros que sois, y por el alto Dios y cabeza del Gran Señor os prometo de hacerlo como lo digo, si hoy ántes que el sol se ponga no mostráredes la enmienda de lo pasado, y para que no podais decir que por ser yo viejo de 70 años descrecen las obras en mí y se aumentan las palabras, haced todos como veréis que yo hago.»

Con el postrero acento de las últimas palabras, embrazando una rodela, que un renegado suyo le dió, y echando mano á su alfanje, se metió por la batería de San Juan, y el asalto se comenzó en esta manera.

La mina que estaba hecha en el baluarte Cerbellon

era la seña de comenzar el asalto, á la cual dieron fuego bien de mañana, y con infernal furia reventó con grandísimo estruendo por debajo del parapeto y trinchera cubierta en donde los arcabuceros estaban, y volando consigo uno y otro levantó una muy alta nube de tierra, fagina y tablas, llena de miserables cristianos que dentro y fuera caian hechos pedazos, quedando tambien algunos enterrados, quién con los piés, quién con la cabeza de fuera, meneándose hasta que los turcos los acabaron de matar.

Quedó el baluarte la mayor parte deshecho con una distancia á manera de valle pequeño entre los cristianos y turcos.

Al ruido de la mina se tocó arma por todo el fuerte, viendo que los turcos generalmente arremetian, y aquella hora comenzó Uluchali á entrar por la batería de San Juan con una gran escuadra de genízaros y espais, y con todos los capitanes de la armada y gente de mar; y lo mesmo hizo Sinfan-bajá por la batería del Doria con gran parte de la gente más principal y capitanes del ejército, y por el Cerbellon, adonde ya no habia quedado otro reparo más del que los pobres soldados oponiéndose con sus cuerpos á la escopetería del enemigo hacian, arremetió Haidar-bajá y Ramadan y Cayto Mahamet con la gente de Tripol, Bona, Constantina, el Cayron [1] y la de Argel, y así se comenzó á pelear valerosamente por todas partes.

Pero como los turcos que por San Juan arremetieron tenian aún en los oidos el sonido de las palabras

[1] El Cayroan?

de Uluchali, y le veian allí delante como por testigo de la enmienda que les pedia, cerraron con tanto ímpetu con la trinchera, que atropellando con su muchedumbre y degollando los pocos soldados que hallaron, entraron por el baluarte, y en un momento se hinchó el fuerte de turcos.

Algunos de los soldados y oficiales que defendian el Doria, cuando sintieron el terremoto de la mina del Cerbellon y oyeron las voces del arma, creyendo que los turcos habian entrado por él, dejando sus postas se vinieron á socorrerlo, no acordándose que tenian ya ellos por allí á los enemigos dentro de casa y el Cerbellon habia harto poca necesidad de su socorro en comparacion de la que ellos tenian de estarse quedos, porque luégo que se desviaron, los turcos, que ya estaban á punto, cargaron con Sinan por el Doria, y así se acabó de perder todo el fuerte.

Los soldados del Cerbellon, que todavía peleaban, viendo el fuerte lleno de turcos, y que ya les acometian por de dentro, no hallando otro remedio, revolvieron las banderas contra ellos, en donde luégo fueron rodeados y hechos pedazos los más.

La determinacion que los turcos habian hecho de entrar aquel dia en el fuerte fué tan pública, y por causa de la facilidad del hecho tan buena de creer, que sin duda de la obra todos los moros y alárabes se aparejaron al saco cercando el fuerte desde el baluarte de San Andrés hasta el Estaño, porque todo lo demas tenian los turcos ocupado, y no tan presto los sintieron dentro, cuanto ellos se descubrieron en tanta cantidad que pasaban de treinta mil, y atravesando un pequeño

arroyo que del Estaño salia, hincheron todo el foso y espacio que entres el agua y el fuerte quedaba, desde Santiago á San Juan, mostrándose contra los pobres cristianos tan crueles y más que los turcos, que aquellos pocos dias ántes por tan amigos se les habian dado, que casi no se echaba de ver la diferencia de la religion, segun la amistad y confianza de los unos á los otros, á quienes el señor Gabrio Cerbellon y Salazar regalaban con tanto cuidado y mantenian tanta justicia, que ahorcaban los cristianos por muy pequeña querella que los moros contra ellos diesen, aunque no fuese mayor que de haberles quitado la toca de la cabeza, como creo que se vió.

Así comenzó el fuerte á ser regado con la sangre cristiana por dentro y por defuera, no perdonando los enemigos á ningun género de edad ni estado de gente, mostrando juntamente su bárbara crueldad en los miserables heridos que en las tiendas del hospital y casas estaban recogidos, en los cuales se encarnizaron de manera que no contentándose con quitarles las vidas, hacian de cada uno mil pedazos, holgándose de probar cuanta carne bastaban á cortar sus alfanjes.

Los oficiales de la maestranza y gastadores y algunos pocos soldados, viendo los enemigos que entraban, se metieron al Estaño; pero no tan presto ellos llegaron al agua, cuanto los moros estaban tambien en ella degollando los que podian alcanzar, que no fueron pocos, y de los que mejor maña se dieron á caminar, llegaron á la isla hasta ciento.

El señor Gabrio Cerbellon con su espada y rodela y un morrion en la cabeza, peleando, fué hecho esclavo

de ciertos renegados y turcos que conosciéndole no le quisieron matar, teniendo respeto á sus canas, y lo mesmo sucedió al castellano Salazar, que aunque muy herido con sus armas habia salido al asalto.

Degollaron los turcos toda la infantería del fuerte fuera de ochenta ó noventa soldados, á los cuales hicieron esclavos, allende de los ciento que por el Estaño se pasaron á la isla, los cuales tambien despues quedaron esclavos. Duró el asalto una hora y la furia de la mortandad más de dos.

Y porque los bajaes daban grandísima priesa por volver á embarcar el ejército, habiendo estado toda su armada, como ya he dicho, desguarnecida de turcos, desde que se perdió la Goleta hasta el dia que el fuerte se acabó de perder, echaron bando que todos se fuesen á embarcar aquella tarde; y fué cosa digna de admiracion ver la integridad con que el bando fué obedecido, sin impedirles la embarcacion ni las buenas posadas y regalos de Túnez, ni los esclavos y ropas de que todos iban cargados.

Luégo otro dia de mañana, que fué 14 de Setiembre, los bajaes escribieron una carta y la enviaron á la isla, prometiendo á don Juan Zanoguera, capitan della, que si les entregaba la fuerza, dejarian ir en libertad así á él como á todos sus soldados, que con los que del fuerte se habian recogido pasaban de cuatrocientos, y que cada soldado pudiese sacar un vestido consigo y seis ducados en dinero, y que para el viaje hasta Sicilia le darian una nave. Lo cual visto por don Juan Zanoguera, y creyendo que la promesa turquesca fuese cierta, confirmó el partido, y les entregó la isla con

todo lo que dentro habia, no acordándose de muchos ejemplos que en contrario pudiera considerar.

DESCRIPCION DE LA ISLA DEL ESTAÑO.

Pues ya he puesto la descripcion de Túnez, del fuerte y de la Goleta, quiero proseguir el estilo y poner aquí la de la isla.

Esta isla del Estaño, tres millas léjos de Túnez y seis de la Goleta hácia la parte de Cartago, dos millas dentro del agua, á la cual llega un ramo del canal que desde la Goleta hasta Túnez atraviesa todo el Estaño, por donde aunque con alguna dificultad iban y venian las chatas, y fuera dél apénas puede navegar una muy pequeña barquilla; pero no por eso el Estaño se puede apear por ser el suelo pantanoso, en donde los que se apean se hunden hasta la rodilla, y despues para salir han menester servirse de piés y manos, y allende desto tiene tambien muchos pozos peligrosos para quien no lo sabe. La isla es redonda y tiene de circuito ménos de un cuarto de milla, en medio de la cual estaba una antigua torre cuadrada hecha de piedra á manera de atalaya con dos buenas cisternas. Dentro estaba esta torre nuevamente fortificada de tierra con una plaza tambien cuadrada, desde la cual por todas partes con un tiro de herron [1] se podia llegar al agua. Tenía á las cuatro es-

[1] *Herron*, segun Covarrubias, era la rodaja de hierro con un agujero en medio con que se tiraba al hito.

quinas quatro baluartes medianos, cada uno con dos ó tres piezas de artillería, que barrian todo el Estaño dos millas alredor; y si conforme á estas calidades, estando bien proveida, pudiera sustentarse muchos meses, yo lo dejo al juicio de los que la vieron.

Cuando Pagan Doria entendió que don Juan Zanoguera con deseo de salvar aquella gente demostraba voluntad de entregar aquella isla á los bajaes, temiendo que la promesa de libertad no se entenderia con él, por ser hermano de Juan Andrea Doria, de quien los turcos tanto mal habian recebido, determinó tentar su fortuna saliéndose de la isla de noche, guiado de algunos moros amigos, los cuales prometieron llevarle á Tabarca, como en efecto lo comenzaron á hacer, pero siendo el segundo dia descubiertos de algunos alárabes que estaban en una montaña, bajando á ellos y conosciendo que eran cristianos, los prendieron, y dentro de poco rato, movidos por codicia del dinero que Pagan Doria llevaba, le cortaron la cabeza á él y á otros dos criados suyos que con él iban, y todas tres las llevaron á la armada y las presentaron á Uluchali.

Luégo que don Juan Zanoguera hubo entregado la isla, los bajaes se arrepintieron del concierto que hecho habian, puesto que en su confirmacion hubiesen dado un salvo-conducto señalado con sus dos sellos y con otro que decian ser del Gran Turco. Pero todo ello no aprovechó para que dejasen de usar su costumbre en no guardar su fe ni palabra que á cristianos habian dado, y con tanto hicieron esclavos á todos cuantos en la isla hallaron, así hombres como mujeres, fuera de treinta ó cuarenta que por boca de don Juan Zanoguera fueron

señalados para ir con él en libertad. Y porque ésta es historia la cual yo no me atrevo á poder escribir sin pasion, segun el íntimo dolor della me resultó, me ha parescido conveniente dejarla aquí en este punto.

Cuando los bajaes vieron concluida toda la empresa de Berbería tan conforme á su deseo, determinaron asolar la Goleta de tal manera que no quedase ni áun la señal, para lo cual alargándose de tierra con la armada, mandaron dar fuego á 34 minas que en los cimientos de la Goleta vieja y nueva estaban hechas, en cada una de las cuales habia veinticuatro ó treinta barriles de la pólvora que en aquella fuerza hallaron; y estando ya ellas cebadas por su órden con ciertos cabos de cuerda los unos más largos que los otros, para que no disparasen todas juntas, sino una despues de otra, como quien se pone á ver una muy gustosísima vista, se pusieron todas las galeras en ala, y las minas comenzaron á hacer su oficio, reventando por la órden ya dicha, hinchendo el aire y tierra y mar de espesa polvareda y de grandísimos pedazos de piedra y cal, congelado ya lo uno con lo otro como obra de muchos años, de los cuales, despues de haber discurrido por el aire, muchos venian á caer en la mar, no con poco temor de las galeras que más cerca se hallaban, lo cual no sucedia en las minas que debajo de la Goleta nueva se hicieron, porque como áun no habia la materia hecho liga, cada cosa volaba por su parte.

Celebraron los turcos la desolacion de la Goleta con grandísimos alaridos y fiestas, y los cristianos que allí nos hallamos con muchas lágrimas y tristeza; acabado lo cual se partió la armada turquesca de la playa de

Cartago á 24 de Setiembre, y fué á Puerto Farina, y desde allí se volvió á Constantinopoli sin haber perdido bajel ni roto siquiera un remo con fortuna, en donde entró á 15 de Noviembre de 74.

Suelen los que escriben historias, puesto que su intento sea tratar las cosas universalmente, señalar algunas veces algunos notables hechos de personas particulares, y desto se hallan muchos ejemplos, así en los Comentarios de César como en otras diversas partes; pero á mí no me ha parecido seguir esta órden en aquesta mi relacion, porque haciendo mencion de alguno, me pareceria, y con razon, hacer agravio á los demas, pues todos ellos, así soldados como oficiales y capitanes, entendiendo de aquellos que hasta la miserable desolacion de entrambas fuerzas se hallaron, hicieron hechos muy señalados, peleando valerosamente, como las heridas de sus personas lo muestran, así en la que al presente son esclavos como en otros que han habido libertad. Y fué cosa de no creer, mas muy verdadera, ver que en tan apretado sitio, como fué el de estas dos fuerzas, en tan espesos y sanguinos asaltos, en tanta desesperacion de socorro salvo el de Dios, siempre los soldados y capitanes, así españoles como italianos, pelearon confiadísimamente, y despues de ya puestos en poder de sus enemigos no creo que hubo hombre que con palabras lastimosas ó de ruego procurase salvar su vida, y puédese con verdad decir que los pocos que escaparon con ella fué más por la avaricia de los vencedores que por gana que tuviesen de vivir los vencidos. ¡Tanta fué la constancia que en aquellos valerosos ánimos se halló, si vale decir verdad, dignos de mejor fortuna!

Salieron en libertad de la isla, entre los demas que don Juan Zanoguera señaló:

El capitan Hernando Moreno, que á ella se habia retirado herido.

El veedor Hernando de Laguna.

El pagador Hernando Caballero de Morales.

El alférez Pedro Pardo, que estaba en la isla por órden, y

El capitan Ascencio Galiano.

GENTE QUE SE PERDIÓ EN LA GOLETA.

Don Pedro Puertocarrero.

Don Pedro de Bobadilla.

Capitan Rivas de Salazar.

Alonso de Holguin, sargento mayor de la Goleta.

Carrion, sargento mayor del tercio de Nápoles, por muerte de Udobro [1].

El Padre Vicario y seis frailes y clérigos.

Los oficiales del sueldo de Su Majestad.

CAPITANES, ALFÉREZ[ES], SARGENTOS.

Capitanes de compañías del tercio de la Goleta.

Luis de Segura, maestro de campo.

Don Francisco de Meneses.

Francisco de Ayala Sotomayor.

[1] Huidobro.

Pero Gil, compañía de jinetes.
Jerónimo de Valdés.
Hernando Sierra.
Aguiar.
Rojas.
Pedro Sanchez.

TERCIO DE NÁPOLES.

Don García de Toledo.
Don Pedro Manuel.
Don Gutierre de Vargas, su comp.º [1].
Juan Montaño de Salazar.
Gonzalo Barahona.
Pedro de Artieda.
Zumárraga.
Holguin.
Ortega.
Su hermano.
Martinez.

TERCIO DE DON LOPE DE FIGUEROA.

Antonio de Velasco.
Diego Maldonado.
Diego Martinez.
Don Juan de Figueroa.

[1] Sic: *su compañero?*

Don Martin de Benavides.
Don Martin de Acuña.
Francisco de Vargas.
Ferrer.
Tamayo.
Alonso de Almora.
Juan Luis de Segovia.
Don Gomez de Figueroa.
Rodulfo.
Don Luis de Herrera.
Don Gutierre Velazquez.

CAPITANES, ALFEREZ[ES], SARGENTOS.

Francisco Sanchez de Canales.
Juan de Quintana.
Paulo de Aldana.
Antonio Vaca Roel.
Gonzalo de la Cárcel.
Diego Beltran Becerra.

CAPITANES ENTRETENIDOS.

Don Francisco de Haro, diósele la compañía de Martinez.
Don Alvaro de Sande.
Don Francisco Bracamonte.
Ocio de Amendaño.
Briones, capitan de artillería.

Herrera, artillero mayor.
El capitan Jorge Albanés.
Francisco Perez, municionero mayor.
Anton Sanchez, capitan de las barcas.
Don Juan de Agreda, teniente de caballos.

ALFEREZ[ES] ENTRETENIDOS.

Xarquera.
Gines Machuca.
Ortiz de Valpuesta.
Francisco de Balda.
Antonio de Torres.
Salazar.
Alvaro Jorge.
Francisco de Escobar.
D. Martin de Gorra.
Jerónimo de Arroyo.
Baptista Canencia.
Hernan Sanchez.
Valdivia.
Jerónimo de Valcárcel.

CAPITANES, TENIENTES, ALFÉREZ[ES].

Capitanes de compañías italianas :
Antonio Strambon.
Camilo Bartoli.
Hércules de Pissa.

Juan Luis del Viso.
Juan Baptista Malerba.
Lelio Tana.
Rodomonte Becaria.
Scipion Mateuche.
Tiberio Calabrés.
Balacerca.

GENTILES HOMBRES ITALIANOS.

Don César Garrafa, capitan de los mercaderes.
Caballero Tadeo, á quien se dió la compañía de Camilo Bartoli.
Julio Cesaro, á quien se dió la de Balacerca.
Federico, capitan de artilleros.
Fabricio Saminiati, ingeniero.

GENTE QUE SE PERDIÓ EN EL FUERTE DE TÚNEZ.

El Señor Gabrio Cerbellon.
El castellano Andrés de Salazar.
Oviedo, sargento mayor del tercio de don Lope.
El contador Pedro Ferrer.
El Padre vicario y sus frailes.
Fray Pedro, hombre santo.
El auditor Juan Gusano.
Diego Rodriguez, capitan de campaña.
Porras, escribano mayor.

CAPITANES DE COMPAÑÍAS.

Don Lope Hurtado de Mendoza [1].—Su teniente Aguilar.—Alférez, Mendoza.

Don Diego Manrique.—Diego de Urra (Urrea?).—Adrian de Portillo.

Don Fadrique de Urrias.

Don Gutierre de Vargas, su persona.—Vergara.—Rajo.

Don Diego Osorio.—Felipe de Morales.—Alonso de Galves.

Diego de Quiroga.—Don Gonzalo Ronquillo.

Alonso de Angulo.—De Rios.—Osorio.

Juan Mendez.—Su hijo.—Navarrete.

Juan de Vallejo.—Robles.

Hernando Moreno, su compañía.—Don Lorenzo Noguera.

El sargento mayor Utrobo [2] era el alférez de la compañía de Cristóbal de Cáceres: perdióse la compañía y murió Utrobo, y el capitan estaba esclavo en Argel; era del tercio de Nápoles.

CAPITANES ENTRETENIDOS.

Juan Perez Machuca.

[1] Los primeros nombres de la columna son de capitanes, los segundos de tenientes y los terceros de alféreces. (*Nota del autor.*)

[2] Utrobo, segun está escrito, no me parece apellido español; será Huidobro? Véase pág. 87, nota.

Sebastian de Escobar.
Pero Martinez de Montoro.
Heredia, sargento mayor de Biserta.
Juan de Gangas, capitan de los hornos.
Ascencio Galiano, capitan de las barcas.
Lasarte, capitan del puerto.

ALFÉREZ[ES] ENTRETENIDOS.

Alonso Muñoz.
Juan del Pozo.
Céspedes.
Don Pedro Malferit.
Pedro de Monteroso.
César Contino.
Hermes Busca.
Filipo del Gozo.
Hipólito Doria.
Luis Porro.
Zanobio di Zobia (Zobbia).

CAPITANES DE COMPAÑÍAS ITALIANAS.

Aníbal Becaria.
Antonio Taso.
Masin de Cortonia (Cortona?).
Juan Paulo Cerbellon.
Juan de Mariano.
Juan Bianco, capitan y sargento mayor.

El caballero Gordan [1], á quien se habia dado la compañía de Luis Porro, se retiró de la isla herido, y volvió á poder de Uluchali.

El señor Pagan Doria se retiró enfermo á la isla, y saliendo della para irse á Tabarca, los moros le cortaron la cabeza en el camino.

GENTILES HOMBRES ENTRETENIDOS ACERCA DEL GENERAL.

Capitan Pedro de Cortona, á quien se dió la compañía de Masin.

Capitan Nicolo Campeso, á quien se dió la de Hermes Busca.

Capitan Jerónimo Campeso, á quien se dió la de Hipólito Doria.

Capitan Francino, á quien se dió la de Zanobio di Zobia, que habia sido del señor Pagan Doria.

Capitan Jacomo Porcio.

Capitan Juan de Mariano.

Capitan Jerónimo de Milan.

Capitan Florio Calabrés.

Capitan Julio César de Costanza.

Capitan Estefano di Rosi.

Alférez Francisco de Campania.

Janson de Bolonia.

Juan de Vilaequa.

Pero Francisco, ingeniero.

[1] Llamado en otra parte Jordan (Giordano?).

Pedro Anton de Bolonia, ingeniero.
Pompeo Calabrés, ingeniero.

GENTILES HOMBRES DEL SEÑOR PAGAN.

Fabricio Becaria.
Caballero Barducho.
Jerónimo Visconti.
Julio Césaro Corzo.
Francisco Scorza.
Próspero Doria.
Otaviano da Nove.
Francisco Carreto.
Bastiano de Saminiato.
Manuelo Xinovese [1].
Bastiano Corso.
Lancoto [2] da Leresi.

Todos estos capitanes y compañías con sus oficiales y soldados aventajados, entre quienes habia muchos caballeros, se perdieron en la Goleta y fuerte de Túnez, de los cuales la mayor parte murió allí, y los demas fueron esclavos, y sin ellos se perdieron en entrambas fuerzas mercaderes, oficiales y marineros, gastadores y mujeres y niños, que llegaban á ochocientas personas.

Perdiéronse en la Goleta doscientas piezas de artillería, entre grandes y pequeñas, y treinta compañías de

[1] Ginovese?
[2] Lancilotto?

infantería. Perdiéronse en el fuerte de Túnez sesenta piezas de artillería y veintitres compañías.

Perdiéronse en la isla veinte piezas de artillería medianas, contando la menuda. Pasaron del fuerte á la Goleta veintiseis compañías de infantería en cuatro veces, las diez y seis de españoles y las diez de italianos. Tendrian todas ellas número de cuatro mil hombres. Murieron sobre la Goleta y fuerte de Túnez quince mil turcos.

ROMANCE DE LA PÉRDIDA DE LA GOLETA.

El bravo sultan Selim,
Emperador otomano,
Que con su terrible armada
Traia el mar infestado,
Estaba en Constantinopla
Muy sañudo y muy turbado,
Considerando la rota
Que, con valor señalado,
Cerca del reino de Ulíxes
Don Juan de Austria le habia dado
Con la armada de la liga
Del Pontífice romano,
Del gran Philipo de España,
Del Senado veneciano:
Sus galeras quedan presas,
Su ejército degollado,
Y el que con la vida queda
Viene al remo aprisionado,
Y que la flota segunda
Que ha de nuevo aparejado,
Entre Modon y Sapiençia
Se la ha don Juan encerrado,
Siendo el primero caudillo
Que su potencia ha domado
Sobre las profundas aguas
Hijas del mar Oceano.

Viéndose desposeido
Del dominio acostumbrado,
Hace paz con venecianos,
Instable y vário Senado,
Y estando puesto en consejo
De remediar lo pasado,
Entra por la puerta un moro
Con semblante apasionado,
Vestido al traje arabesco,
Çide Botaybo es llamado.
Hinca la rodilla en tierra,
Y el pié al gran turco ha besado.
Dícele: « Rey de los reyes,
Gran señor de lo poblado,
Embajador soy de Túnez,
Todo el pueblo me ha enviado
A darte la triste nueva
De lo en África pasado.
La ciudad que siempre ha sido
Tan leal á tu mandado,
Ya está en poder de cristianos,
Don Juan de Austria la ha ganado.
Los moros con sus familias
La ciudad sola han dejado,
Lo mismo hicieron los tuyos
Que á la guardia habian quedado,
Ántes que el campo llegase
Que era ya desembarazado [1],
Entran los cristianos dentro,
Las casas han saqueado,
La noble ciudad asuelan,
Sus muros han derribado [2];
Y entre el pueblo y el Estaño

[1] Desembarcado?
[2] Al márgen, de distinta letra que la del texto, dice: « Si así se hiciera, no se vieran los cristianos asolados. »

Don Juan un fuerte ha fundado,
Donde recoge sus gentes
Para estar fortificado
Contra la potencia tuya
Y el reino tener guardado.
Lo que dél se ha coligido
Es que está determinado
De hacer que sigan los moros
La ley del Crucificado.
Toda África te suplica
Que della tengas cuidado,
Si quieres que siempre viva
Tu excelso nombre afamado.

A las palabras del moro,
Que atentamente ha escuchado,
Quedó Selim tan confuso
Como hombre desesperado.
Consuélanle sus bajaes,
Y á nadie respuesta ha dado;
Retíranse todos ellos
Viéndole tan enfamado [1],
Queda con él Mahamet
Bajá, visir más privado,
Que es el que rige el imperio
Y el que el sceptro le ha entregado,
Despues que sobre Segneto
Murió el Gran Turco pasado.
Éste le dice: «Sultan,
No te muestres tan turbado,
Pues tienes tantos esclavos
Y eres dellos tan amado,
Que pondrán todos la vida
Por verte desenojado,
Y aunque Túnez se te pierda

[1] Sic: enfadado.

Te queda tan gran ditado,
Que en todo el mundo universo
Tu gran poder es nombrado;
Deja que pase el invierno
Y verano sea llegado,
Que yo, sin que tú lo sepas,
Te quiero dejar vengado.»
 Selim le respondió: «Padre,
Que este nombre á tí se ha dado,
Bien conozco que me amas
De buen corazon y grado,
Sin que quieras hacer sólo
Lo que á mí está reservado.
 »No hagas á mí cobarde
Por hacer á tí esforzado,
Que si yo no hago el hecho,
Vano será tu cuidado.
Convoca todas mis gentes,
Piérdase lo que ha quedado,
Métase mi armada en punto
Y el campo en ella embarcado
Vaya sobre la Goleta
Ques donde el daño ha manado.
No vuelva persona viva,
Chica ó grande de mi Estado,
Hasta dejalla por tierra
Y el nuevo fuerte asolado.»
 —Mira, Sultan, lo que dices,
Mahamet ha replicado,
Basta que Túnez se cobre,
Y el fuerte quede estorbado,
Que la Goleta no es plaza
Que estará á tan mal recaudo,
Que sin gastar mucho tiempo
Con cerco continuado
Podamos della al presente
Buen efeto haber sacado,

Porque entiendo que está puesta
En un sitio aventajado,
Allende que cuarenta años
La han siempre fortificado,
Y que dentro de Sicilia
Contínuo está aparejado
Mucho número de gente,
Y en tiempo tan limitado,
Que no pasa de ocho dias,
La han dentro desembarcado.
Tal empresa hacer debes
Cuando estés más descansado,
Que éste es tiempo solamente
De conservar lo ganado.»

Estando en estas razones,
Uluchali dentro ha entrado,
De la Goleta de Túnez [1]
Un designio [2] trae pintado.
Dice á Selim que se alegre,
Que él viene bien informado
De un hombre de gran juicio,
Mastro Mostafa llamado,
Que en la fuerza era maestro
Y en su muro ha trabajado,
El cual le ha dicho un secreto
Quél sólo tiene guardado,
Que aunque la plaza es fuerte,
Como allí está señalado,
En ménos de cuatro meses
Dará el presidio ganado,
Y en prendas de tal jornada
Obliga vida y estado.

[1] Sic: *de la Goleta y de Túnez?*
[2] Diseno.

El Visir oyendo aquello
Rióse disimulado;
Volvió Selim la cabeza
Con semblante demudado,
Diciéndole: «No te opongas
A lo que tengo mandado,
Que esta empresa es la que quiero,
Cueste lo que habrá costado.»

Despues que la primavera
Del nuevo año hubo llegado,
Selim embarca sus gentes,
Y su baston ha entregado
A Senan Bajá, que el Cayro
Poco ántes habia dejado;
Los estandartes marinos
A Uluchali los ha dado;
Las galeras y maonas
A trescientas han llegado;
Con ellas van trece naves,
Todas á muy bien recaudo,
Y otras muchas galeotas
Que corsarios han juntado.
Ochenta mill son los turcos
Que dentro se han embarcado;
Llevan muchas municiones,
Mucho cañon reforzado;
Trabucos y basiliscos
De peso desmesurados.
Parte la soberbia flota
Con un tiempo sosegado,
Galipoli y los castillos
Presto atras los han dejado.
La antigua y famosa Troya
Queda al siniestro costado;

Sale oprimiendo al Ageo [1]
Y en saliendo se ha engolfado.
Llega á la playa de Túnez
Habiendo el sol comenzado
A entrar en el primer punto
Del bravo leon airado,
Y el mesmo dia por tierra
Otro gran campo ha llegado
Sobre el infelice fuerte
Que apénas está cerrado.
Uluchali prestamente
La gente ha desembarcado,
Que aunque no es bajá de tierra,
De todo tiene cuidado.
Ordena muchas trincheas
Con mucho ceston cerrado;
Desembarca sus cañones,
Baterías ha plantado;
Sírvenle moros y alárabes,
Que de diez mill han pasado,
Unos trayendo fagina,
Otros refresco y ganado.

Don Pedro Puertocarrero,
Que estaba muy confiado
Que la Goleta era fuerte,
Ningun temor ha mostrado,
Ántes, como quien pretende
Cazar leon ó venado,
Espera que se le acerquen
A tiro más moderado,
Teme si la artillería
Que tiene les ha mostrado,
Que con hacer poca presa
La caza habrá alborotado.

[1] Entiéndase Egeo.

Pretende tambien con esto
Tener el turco prendado
Hasta que el verano pase
Y el invierno sea llegado,
Sin que el fuerte que se hacia
Fuese por él estorbado.

En este medio los turcos
Un bestion han fabricado
Sobre la estrada cubierta
Al parapeto arrimado,
Frontero del baluarte
Que San Felipe es llamado.
El altura de la fuerza
Con él han sobrepujado;
Hínchele de piezas gruesas
Con que presto han derribado
Toda la muralla nueva
Y el foso han tambien cegado.
Cuando don Pedro se acuerda
Que su consejo va errado,
Halla que ya el enemigo
Debajo está atrincheado,
Mira las defensas rotas
Y el muro por tierra echado;
Ve que artillero alguno
Ni pica le ha ya quedado,
Que de los puestos de fuera
La han roto y descabalgado;
Y en la fuerza nueva ó vieja
No hay lugar tan amparado
Que en él los turcos no cojan
De mira por cualquier lado.

Uluchali entre los suyos,
De contino anda mezclado,
A uno promete oficios,

A otros temor ha dado;
A otros les da moneda,
Como es de cada uno el grado,
Hace bien sus diligencias,
Como aquel que está obligado
A pagar con la cabeza
Si vuelve con mal recaudo.
  Da principio á los asaltos,
Que á muchos caro ha costado;
Pero aunque de sangre turca
Queda el foso bien regado,
Viniendo nuevas escuadras,
Nuevo asalto han comenzado,
Y ansí la gente de dentro
Poco á poco han acabado.
  Gabrio del fuerte de Túnez
Tres socorros ha enviado;
Pero cuando llegó el uno,
El otro está degollado;
Los defensores ya muertos,
Los turcos dentro han entrado;
Degüellan grandes y chicos,
Todos cuantos han hallado;
Y así acabó la Goleta,
Presidio tan estimado,
Año de mill y quinientos
Setenta y cuatro contado,
La víspera del apóstol
Que por Dios fué desollado.

ROMANCE DE LA PÉRDIDA DEL FUERTE DE TÚNEZ.

  Despues de mucho contraste
Que en la Goleta hacia

La gente que estaba dentro
Valerosa á maravilla;
Despues de ser degollada
Con gran dolor y mancilla,
Pártese el campo turquesco
Con toda su infantería
Para destruir el fuerte
Que tanto se defendia
Con muerte de muchos turcos
De los buenos de Turquía;
Por Cartago y por Arraez
Los campos todos cubria;
Vase á juntar con el otro
Que Haydar Bajá regía,
Do están los turcos de Tripol,
Del Cayroan tambien habia,
Xelves, Constantina y Bona
Sus turcos allí tenian,
Con seis mill escopeteros
Que el fuerte Argel mantenia,
Y otros tres mil que vinieron
De la armada de Turquía;
Doce mil son todos estos
Con que el cerco entretenia;
Cuarenta mil son los moros
Que les hacen compañía,
Los cuales cavan trincheas,
Trabajan de noche y dia;
Bestiones y plataformas,
Do plantan su artillería.
En llegando, que llegaron,
Hicieron grande alegría;
Miran el fuerte de Túnez
Que apénas se parecia;
Miran gran copia de turcos
Que muerta en tierra yacia;
El fuerte tienen en poco,

Aunque temor les ponia
Ver que la gente de dentro
Tanto turco muerto habia.
Espántanse que cristianos
Tengan tan gran osadía,
Que tratan de defenderse
Contra el poder de Turquía,
Metidos en un corral
Que de vacas parecia,
Porque no estaba en defensa,
Como estar le convenia,
No cumplidos nueve meses
Que comenzado se habia.
Por todas partes se puede
Bien entrar sin batería;
De tres mil buenos soldados,
Que el fuerte dentro tenía,
Mil y doscientos son muertos
Que Gabrio enviado habia
A socorrer la Goleta,
Lo cual gran falta hacia,
Que el fuerte es grande y muy bajo,
Defensa áun no la tenía.
Desde los siete bastiones
Con que el Bajá le ceñia,
Por cualquier parte los turcos
Descubren la infantería;
Puestos están al ojeo
Con mucha escopetería,
Tantos como en la muralla
Matan por cualquiera via;
Cruzan por dentro del fuerte
Las balas de artillería,
La muchedumbre de flechas
Toda la tierra cubria,
Y el número de soldados
A seiscientos no subia,

Que los demas á tres mil
Ya la tierra los comia;
Pasan de cien mil los turcos
Con moros de Berbería:
Cuando asaltaban el fuerte
Pagaban bien su osadía.
De seis grandes baluartes
Que el fuerte en torno tenía,
Están los tres tan batidos
Que gran compasion ponia.
Gabrio con valor supremo,
Por todo el fuerte acudia,
Haciendo grandes reparos
Frontero á la batería,
Con fuegos artificiales
Los enemigos ardia;
Pero aprovecha muy poco
Su gran valor y osadía,
Que ya no tiene soldados
Que muestren su valentía;
Los artilleros son muertos,
Rota está la artillería,
Y en el baluarte Doria
La suya el turco tenía.
Catorce asaltos lo dieron
Con obstinada porfía,
Y al cuarto décimo dellos
Entran con gran vocería;
Por San Juan y el Doria juntos,
Furiosa viene Turquía;
De la sangre de cristianos
El fuerte arroyos corria,
Seiscientos son los soldados
Que murieron aquel dia
Con cuatrocientos heridos
Que el hospital recogia.
Año de mill y quinientos

Setenta y cuatro corria,
A trece del de Setiembre,
Lúnes en siendo de dia,
Por pecados de cristianos
Pasó aquesto en Berbería.

ROMANCE DE LA PÉRDIDA DE LA ISLA DEL ESTAÑO.

La Goleta y fuerte presos,
La isla sola quedaba
Dentro del Estaño puesta
Junto al canal situada.
Está por ser importante
De nuevo fortificada,
Al rededor de la torre
Con una plaza cuadrada;
Cuatro baluartes tiene
Con que el Estaño guardaba,
Todos con artillería
Que á todas partes jugaba.
La tierra que está más cerca
Casi dos millas estaba.
Por ser el sitio tan bueno,
Que nadie della dudaba,
Era repuesto de aquello
Que cada cual más preciaba.
Allí se mete el tesoro
Con que el fuerte se pagaba,
Cofres de ricos vestidos
Con mucha plata labrada,
De esclavos y de mujeres
Gran copia en la isla estaba,
Y, en fin, cualquiera otra cosa
Que en las fuerzas estorbaba.

En Túnez ó en la Goleta
Poca gente se hallaba,
Que dentro no tenga puesta
Prenda que al alma llegaba.
Por capitan de la isla
Don Juan Zanoguera estaba,
Trescientos soldados tiene
Con municion que bastaba
Para pasar treinta dias
Si el turco le molestaba,
Porque por ser ya Setiembre
Sólo hasta el fin se dudaba
Que en la playa de Cartago
Se detuviese la armada,
Que siempre, á boca de invierno,
La mar por el cielo andaba,
Y era muy cierto el perderse
Si allí más tiempo esperaba,
Cuanto más que en la Sicilia
La armada cristiana estaba.
Con ella está don Juan de Austria,
Que á estotra gran temor daba,
Que el perro que está mordido
De su contrario temblaba,
Y cuando venir le siente,
La calle toda dejaba;
De la batalla de Grecia,
Y por el miedo que tiene
Claramente se juzgaba
Que si con doscientas velas
Don Juan de Austria se mostraba,
Si buena fué la primera
Otra mejor se mostraba.
Alí Bajá, que esto ve,
Con mucho temor estaba,
Quiere partir con victoria,
Pero gran pena le daba

Ver que en la isla de Túnez
Mucha riqueza quedaba.
Temor le pone tardanza,
Cobdicia le estimulaba.
Ve que si se defiende
La gente que la guardaba
Para pasar el Estaño
Un mes áun no le bastaba;
Pero, al fin, considerando
Que Dios enojado estaba
Contra la gente cristiana,
Pues tal castigo le daba,
Manda llamar á don Juan,
Que la isla gobernaba,
Prométele que la gente,
Que dentro con él se hallaba,
Dejará libre en Sicilia
Si la fuerza le entregaba.
Cree don Juan la promesa
Y el partido confirmaba;
Ordena el salvo conducto,
Y el Bajá le señalaba
Con el sello del Gran Turco,
Y el suyo tambien le daba
Con el de Senam Bajá,
Que el campo á cargo llevaba:
Lo que en turquesco decia
En franco lo declaraba.
Pagan Doria, que está dentro,
Con gran deseo esperaba
La venida de don Juan
Por ver lo que negociaba,
Cuando vió que se rendia,
Mucho con él se enojaba,
Diciendo que nunca turco
Fe ni palabra guardaba;
Y por no verse metido

Do libertad no esperaba,
Sálese la mesma noche
Por do un moro le guiára,
Y estando en un olivar
El moro de quien fiaba,
Le cortó allí la cabeza
Y al turco la presentaba.
  Otro dia de mañana
La gente se aparejaba
Para salir de la isla,
Que Uluchali la esperaba,
Porque para su partida
Otra cosa no faltaba;
Mil años se le hace un dia,
Segun del tiempo dudaba.
Para todos los cristianos
Una nave aparejaba
En que fuesen á Sicilia
Como ya ordenado estaba;
Caricias hace á don Juan,
Secreto con él hablaba,
Lo que trataron no supe,
Pero lo que resultaba
Lanzada fué para mí
Que el pecho me atravesaba.
Vuelven á sacar la gente
De la nave en do ya estaba,
Cincuenta cristianos solos
Don Juan consigo llevaba.
Éstos quedan en la nave
Conforme como él nombraba,
Que los demas á quinientos
El turco se los tomaba;
Los esclavos y mujeres
Y el oro y plata entregaba.
Contento estaba yo entónces,
Aunque esclavo me hallaba,

Creyendo, como era justo,
Que mi mujer se salvaba,
Cuando á la propia galera
La veo traer esclava.
Perdí allí la poca suma
Que mi pobreza montaba,
Perdí criados y esclavos,
Que todo en la isla estaba,
Con mi hijo y mi mujer,
Que era lo que más amaba.

La vida de mi vida está penando,
Su cara celestial de muerte llena,
Y el pálido semblante ya la pena
Del afligido espíritu mostrando.
Por sus madejas de oro destilando
Frio aljófar mortal con larga vena,
Y en acento que fuera apénas suena
Jesus con débil lengua pronunciando
Confortábanla mucho en su agonía
Sus divinas doncellas, que ella amaba,
Con quien peligros mil vencido habia.
La una en su memoria firme estaba,
La otra vida eterna prometia,
La tercera en su Dios la transformaba.

Mi alma de trabajos ansí llena,
Mi corazon de angustia reventando,
Mis afligidos ojos derramando
Lágrimas de dolor con larga vena.
Turbado mi sentido y con gran pena
Suspiros mis entrañas enviando,
Pesado hierro el cuello mio esperando,
Y mis cansados piés dura cadena.
Terrero hecho á golpes de fortuna,

De la calamidad puesto en la cumbre,
Sin amparo, favor ni ayuda alguna.
Siguiendo muerte su cruel costumbre,
Salí á do habiendo apénas de la cuna
Furiosa escureció mi clara lumbre.

Habiendo en cuarto lustro un mes pasado,
Y de los tres los dos peregrinando,
Mil trabajos en tierra y mar probando,
Sin poder conseguir seguro estado,
Veinte y un signo celeste esclava he estado
De su valor y ejemplo allá dejando,
Promesas y tormentos despreciando
Con ánimo seguro y confiado.
No habiendo la fortuna permitido
Que libertad gozase nuevamente
De la hermana de Apolo un curso entero,
Dejando esclavo ya el libre marido,
Que al doloroso caso era presente,
Paso á gozar descanso verdadero.

Sean suspiros fuertes mi alegría,
Mis lágrimas la joya más preciosa,
Mi luz la escuridad más tenebrosa,
Pues fenció mi gloria en este dia.
En años y en amor hija era mia,
En su humildad esclava, en suerte esposa,
Y madre en el mostrárseme piadosa,
Señora en el valor que en ella habia.
No puede nuevo amor jamas mudarme,
Ni fortuna mudándome á otro polo
Borrar la idea que en mi alma mora.
Pues tengo tal razon de no olvidarme,
Perdido habiendo así de un resto solo
Hija, esclava, mujer, madre y señora.

Si me ha quitado inexorable muerte,
Cara consorte mia, el ver tu cara,
Por más que sea conmigo cruel y avara,
No quitará que el alma pueda verte.
Que en ella está esculpida de tal suerte
Tu valor singular, tu bondad rara,
Tu lealtad y amor y fe muy clara,
Que está más firme que en diamante fuerte.
Ansí en la esfera la radiante estrella,
Desde que Dios la puso el cuarto dia,
Se muestra en mano de la vírgen bella;
Y cual del cielo la divina via
Sin variar un punto sigue aquélla,
Tal seguirás tú siempre el alma mia.

Vida y contento mio que en el suelo
La alma corporal sola dejaste,
Y agora libre de mortal contraste
Gozas la gloria del impíreo cielo.
Si viéndome afligido, algun consuelo
De mis tribulaciones deseaste,
En la mayor que tú sola causaste,
¿Por qué de mi dolor no tienes duelo?
¿Qués la causa, señora, que al presente
No te siento hablar dulce, amorosa,
Ni tu rostro veo ya resplandeciente?
¿Dime si es por estar de mí quejosa,
Ó porque allá en el cielo es indecente
Que hable con mortal divina diosa?

Cuando del alma triste el dolor grave
Que, con tanta razon siempre me aqueja,
Tal vez, como terciana, afloja y deja
Que mis ojos de mis lágrimas yo lave,
Visítanme tres damas que la llave

Tienen de nuestro bien y con gran queja
De quel llanto de mí jamas se aleja,
Me dicen con un són dulce y suave :
« Nosotras todas tres acompañamos
A la que en tu memoria está esculpida
Y en el divino coro la dejamos.
» Y si deseas hacer con ella vida,
Conviene que de guias te sirvamos,
Que llorarla ya más cosa es perdida. »

Aquel cabello ondoso que cubria,
Como manto de oro, el velo humano,
Aquella frente ilustre que liviano
Cualquier grave tormento me hacia ;
Aquellos ojos claros do salia
Resplandor semejante al soberano,
Aquel pecho hermoso, aquella mano
Que de mi vida fué sustento y guia ;
Aquel semblante alegre, aquel aspecto
De gracias honestísimas morada,
Y aquel matiz purísimo perfecto;
Belleza rara en perfeccion sacada,
Subiendo el alma á divinal conspecto
Volvió á la tierra de que fué formada.

Por más que con su ardor Febo destruya,
Ó que Boreas furioso nueva guerra,
En monte, en valle, en selva, en llano, en sierra,
Buscando va mi alma el alma suya.
Y en donde más beldad Diana influya,
En cielo, en fuego, en aire, en agua, en tierra,
Allí figura el bien que si se encierra,
Como si ciertamente allí se incluya.
En todas formas, con afecto tierno,
El espíritu mejor decirle siente

Hechura soy del Criador eterno.
  Deja de afligir más por mí la mente;
Coloca sólo en él tu amor interno
Si me deseas gozar perpétuamente.

¡Oh gozo singular! ¡oh sueño amigo!
No huyas. ¿Dónde vas? ¿quién te despierta?
Vuelve seguro de la ebúrnea puerta
Y estáte largo tiempo aquí conmigo.
  Permite que gozar pueda contigo
De aquella gloria tan visible y cierta
Que el alma, de admirada, no se acierta
Si fué de tanto bien sola testigo.
  Estando entre quietud más tenebrosa,
Llena de resplandor bajó del cielo
Con hábito inmortal mi amada diosa.
  Dióme divina paz con casto celo,
Y habiéndola yo dicho ¡oh cara esposa!
Batiste con espanto el negro vuelo.

  Excelso monte do el romano estrago
Eterna mostrará vuestra memoria,
Soberbios edificios, cuya gloria
Áun permanece de la gran Cartago.
  ¡Ah, incierta playa, que apacible halago
Fuiste, llena de triunfos y victoria,
Despedazados mármoles, historia
A do se ve cuál es del mundo el pago!
  Arcos, anfiteatros, vanos templos,
Que fuisteis en un tiempo celebrados,
Y agora apénas vemos las señales.
  Gran bien es á mi daño vuestro ejemplo,
Que así como el tiempo pudo derribaros,
El tiempo derribar podrá mis males.

En el corazon metida
Os tengo, cual sois, tan bella,
Y en el alma esculpida,
Porque si pierdo la vida,
No os quiero perder con ella.

Y ansí por más os gozar,
Viendo mi vida ya en calma,
Para nunca os olvidar,
Señora, os quiero mudar
Desde el corazon al alma.

Ved si dello sois servida,
Decid vuestra voluntad,
No os mostreis empedernida,
Porque en el alma metida
Negarme será crueldad.

Mas haciéndoos yo la guia
No tendréis de qué os quejar;
Ántes tendréis alegría,
Pues que dentro el alma mia
Determino de os mudar.

Buena determinacion,
Es cierto, la que yo he hecho,
Pues, vencido de aficion,
Os paso del corazon
Al alma, y todo en un pecho.

Hícelo, no me arrepiento,
Y sólo por contentaros
Pagad este atrevimiento,
Pues que mi alma es asiento
Para jamas olvidaros.

Carillo, ya no hay contento,
Ya el placer se me acabó,
Y en su lugar me dejó
Suspiros, ánsia y tormento.

Ya se acabaron los dias,
Ya las horas venturosas
Y aquellas noches sabrosas
De mis dulces alegrías.

Muy más ligero que el viento
Aqueste tiempo pasó,
Y en su lugar me dejó
Suspiros, ánsia y tormento.

En tan escondida parte
A mi señora me han puesto,
Que en sólo pensar en esto
El corazon se me parte.

Maldito sea el pensamiento
Que tanto mal me causó,
Pues por él padezco yo
Suspiros, ánsia y tormento.

En medio del invierno está templada
El agua de esta dulce y clara fuente,
Y en el verano más que nieve helada.

¡Oh claras ondas! Como veo presente
En viéndoos la memoria de aquel dia,
De que el alma temblar y arder se siente,

En vuestra claridad y mi alegría
Escurecerse toda y enturbiarse
Cuando pobre perdí mi compañía.

¿A quién pudiera igual tormento darse,
Que con lo que descansa otro afligido
Venga mi corazon á atormentarse?

El dulce murmurar deste ruïdo
Y el mover de los árboles al viento
Y el suave olor del prado florecido,

Podria tornar de enfermo y descontento
Cualquier otro pastor alegre y sano:
Yo sólo en tanto bien morirme siento.

¡Ay hermosura sobre el sér humano!
¡Ay claros ojos! ¡Ay cabellos de oro!
¡Ay cuello de marfil! ¡Ay blanca mano!

¿Cómo ahora puede ser que en triste lloro
Se convirtiese tan alegre dia
Y en tal pobreza todo mi tesoro?

Quiero mudar lugar, y á la partida
Quizá me dejará parte del daño
Que tiene el alma casi consumida.

Cuán vano imaginar, cuán claro engaño
Es darme yo á entender que con partirme
De mí se ha de partir un mal tamaño.

¡Ay miembros fatigados, y cuán firme
Es el dolor que os cansa y enflaquece!
¡Oh quién pudiera un rato aquí dormirse!

Que anhelando el bien nunca se ofrece,
Quizás que el sueño le dará durmiendo
Algun placer que presto desparece,
Y amor se cansará de estar hiriendo.

Á LA PARTIDA DE UNA DAMA.

Lo que padece el cuerpo, cuando el alma
Se quiere despedir de darle vida,
Lo mismo siente ya mi triste vida
Con el apartamiento de su alma.
Si tú te vas, llevando en tí mi alma,
¿Cómo podré jamas tener yo vida?
Pues no hay más cruda muerte que la vida
Del que pierde el contento y bien del alma.
Si el cuerpo ha de pasar amarga vida
Perdiendo la dulzura de su alma,
Acabe de una vez muerte la vida.
Mas ¡ay! que la esperanza dice al alma
Que habrá algun tiempo fin la triste vida
Tornando á ver mi alegre vida y alma.

Si el blanco cisne con el dulce encanto
Adivina el cercano fin y muerte,
Ya por ser mi dolencia de otra suerte
Anuncio mi morir con triste llanto.
¡Ay! que conozco estar mi fin en cuanto
Mis ojos un momento estén sin verte,
Pues sólo imaginando el funto [1] y fuerte
Comienzo ya á sentir la muerte tanto.
¡Ay partida cruel, tan en mi daño,
Que te llevas mi alma sin provecho,
Dejando el triste cuerpo solo en calma!
Mas ¿cuándo merescí yo bien tamaño,
Que si mi alma señoraba en tu pecho,
Tú quedas en el mio cuerpo y alma?

[1] Sic

Ante la bella diosa bien llorando
El ciego y tierno hijo se presenta,
Y tal es el dolor que le atormenta,
Que cuando el niño habla es sollozando.

La madre á halagarle empieza, y cuando
El hijo calla, cuéntale su afrenta
Diciendo que ya dél no hacen cuenta [1].

GLOSA.

¡Oh contento! ¿Dónde estás,
Pues no te tiene ninguno?
Quien piensa tener alguno
No sabe por dónde vas.

Lo que se deja entender,
Fortuna, de tu caudal,
Es que siendo temporal
No puedes satisfacer
El alma, que es inmortal.
Tú me diste y me vas dando
Honra, estado, reino y mando,
Y es tan poco cuanto das,
Que digo de cuando en cuando,
¡Oh contento! ¿Dónde estás?

No estás entre los favores
Deste mundo y sus floreos,
Ni en el bien de sus deseos
Ni en riquezas ni en amores

[1] Hasta aquí, tanto la parte que está en prosa como la que está en verso, es toda de una letra. El resto hasta la conclusion es de várias. (*N. del E.*)

Ni en victorias ni en trofeos.
Al fin ninguno te halló,
Que á todos dices de no:
Y entienda el mundo importuno
Que pues no te tengo yo,
Que no te tiene ninguno.

Buscar contento en la tierra
Es buscar pena en el cielo,
Y en el abismo consuelo,
Tranquilidad en la guerra
Y calor dentro del hielo.
Dentro ni fuera de España
No le hay, porque acompaña
En su trono al trino y uno,
Y fuera de allí se engaña
Quien piensa tener alguno.

Quien te busca entre contentos,
Contento, tenga entendido
Que te pierde y va perdido,
Porque entre los descontentos
Sueles estar escondido.
Y pues Dios fuera de tí
Pasó tormentos por mí,
Por llevarme adonde estás,
El que no va por allí
No sabe por dónde vas.

FINIS.

RELACION MUY VERDADERA

DEL FELICE SUCESO DE LA ARMADA DE LA SANTA LIGA.

Salió el señor don Juan de Mecina á los diez y seis de Setiembre de mil quinientos y setenta y uno con docientas galeras y seis galeazas y veinte y cinco naves y hasta cincuenta fregatas, de adonde siguió su camino derecho á la isla de Corfú, aunque siempre con tiempo contrario, de manera que las naves no pudieron seguir. Llegado á cabo de Colunas, despachó el señor don Juan á Gil de Andrada con cuatro galeras, á reconocer el armada turquesca, y el señor don Juan siguió su camino hasta llegar á Corfú, fuerza de venecianos, adonde el armada turquesca habia estado muchos dias haciendo muchos daños, y más en el burgo junto á la fuerza, que serian hasta seis mil vecinos, los cuales recogidos todos en la dicha fuerza, donde se defendieron muy bravamente, fueron destruidas y quemadas sus casas por los turcos, aunque la infantería italiana y francesa questaba en la fuerza escaramuzó con ellos muchas veces y les hizo daño con el artillería; y así hallamos los templos quemados y asolados y las imágenes acuchilladas, que dieron grandísimo ánimo á los solda-

dos cristianos para la venganza. Allí cargó el señor don Juan de mucha artillería; creíase que con intento de hacer jornada por tierra. De allí despachó dos galeras con el auditor general al cabo de Otrento para que tuviesen apercebidos muchos bastimentos y municiones.

Salimos de Corfú y fuimos á tomar puerto á Albania, ques tierra firme, caminando poco á poco y teniéndonos [1] en los puertos de Albania, aguardando las naves que por el tiempo contrario se quedaban muy atras. Estando en el dicho punto llegó Gil de Andrada y trujo nueva del armada turquesca, que estaba en Lepanto reforzándose de gente, porque habia llegado allí muy enferma y perdida. Con esta nueva el señor don Juan siguió su camino la vuelta dellos hasta tomar puerto en la Chafalonia, fuerza de venecianos, donde estuvimos detenidos por mal tiempo, y de allí salimos á el anochecer y caminamos toda la noche repartidos desta manera sin las naves, que nunca las vimos. Llevaba don Juan de Cardona, general de Sicilia, diez galeras (éstas eran para ir descubriendo delante), y luégo iba Juan Andrea Doria en la vanguardia con número de galeras; el señor don Juan enmedio de la batalla; don Alvaro de Bazan, Marqués de Santa Cruz, con treinta galeras de retaguardia y socorro. Así como digo, navegamos toda la noche. El sábado hasta el domingo á los siete de Octubre al amanecer en el golfo de Lepanto descubrimos el armada turquesca, la cual se habia reforzado de gente, como teniamos la nueva. En Lepanto ya habia ocho ó diez dias que nos estaban aguardando

[1] Sic: deteniéndonos?

en el dicho golfo con órden del Gran Turco de darnos la batalla; y así por cristianos cautivos tenemos el aviso que traia más de cuarenta mil turcos de pelea que habia tomado de refresco. Ansí se vino el armada turquesca hácia la nuestra. Por lo que nosotros juzgamos y nos dijeron cristianos cautivos serian hasta trecientos bajeles, y en ellos habria más de docientas galeras reales y las demas galeotas. Nosotros en ver la dicha armada salimos á la mar, y el señor don Juan ordenó la batalla de la manera que venía ya concertada la vanguardia della, que en descubrir los enemigos se viniesen á batalla. Solo quedó don Alvaro Bazan con las treinta galeras de retaguardia y socorro. La armada turquesca se vino para nosotros repartida en tres escuadrones en hilera con buen ánimo, y á lo que dicen los cristianos cautivos nos pensaban tener en la manga; y á la verdad tiniendo setenta bajeles más que nosotros, bien lo podian pensar, porque demas desto cobraron grandísimo ánimo en vernos sin las naves, aunque nuestras seis galeazas iban delante haciendo muy gran daño en el armada turquesca con el artillería, que la tenian muy gruesa y alcanzaba de léjos. Así nos veníamos los unos para los otros, y cuando se comenzó á trabar la batalla serian las once ó poco más. Fué tan reñida, cruel y sangrienta cual se puede pensar de tanto número de galeras, que á lo ménos á las cien galeras del Rey nuestro Señor y del Sumo Pontífice les cupieron á cada una de ellas dos y á algunas tres turquescas, las cuales con el ayuda de Dios y de su gloriosa Madre, que pelearon por nosotros, no hubo galera de cristianos que no rindiese una ó dos de los enemigos. El señor

don Juan con su galera real peleó con la real del turco y la rindió á ella y á otras muchas y murió en la batalla. Fué guiado por su Divina Majestad tan en nuestro provecho como despues sucedió, de las cuales fueron algunas notadas por las dos armadas nuestra y enemiga, y otra por otros curiosos que tuvieron cuenta con ellas.

La primera fué que cuando las dos armadas se vinieron á descubrir habia mareta y viento, de manera que si durára la batalla se diera con harta dificultad; y cuando las dos armadas se vinieron á encontrar, calmó la mar y el viento de manera que nunca se ha visto tiempo tan sereno y claro como aquel dia, habiendo traido ántes tiempo contrario con mucho viento y burrascas de viento y agua. Esto fué notado por los enemigos: súpose de los cristianos captivos que aquel dia se libraron. Tambien dijeron que los enemigos tuvieron cuenta con el sol cómo salia aquel dia por ser agoreros, y que lo vieron salir de color de fuego, y lo tuvieron por mala señal. Vióse aquel dia, descubiertas las dos armadas, una paloma blanca volando por encima del armada cristiana hasta que vinieron á embestir, y en la de los enemigos muchas aves negras, cosa de grande espanto. Demas desto se vió claramente de los que venian en retaguardia de los nuestros que luégo que comenzó á disparar el artillería de las dos partes, las de los enemigos todas pasaron por alto sin hacer mal á nuestras galeras, estando tan juntas que era imposible pasar por alto sin dar en alguna si no fueran guardadas por mano de nuestro Señor. Afírmase que unos de una fregata de las nuestras aquel dia tenian grande sed, de manera que les fué forzado probar agua de la mar y la hallaron dulce.

Un artillero de los enemigos se vió de nuestra parte que dió fuego á un cañon para dispararle, y nunca salió más que la pólvora del cebador hasta la tercera vez que le tornó á cebar, y dándola fuego salió toda la pólvora por el cebador y le quemó la cara y cuerpo y cayó á la mar quemado.

Disparando un cañon de crujía de los enemigos, donde demas de la pelota tenía pedazos de cadena dentro, se vió que vino á dar un ramal á un soldado de los nuestros y con toda la fuerza que llevaba se le quedó colgado de un brazo sin le hacer mal ninguno, y le guardó para llevar á nuestra Señora de Monserrate, tomado por testimonio.

En la galera Real nuestra, estando peleando con la Real de los enemigos, vinieron á dar dos flechas en el estandarte de nuestra Señora y se hincaron en él y estuvieron hasta que subió una mona que allí traia el señor don Juan, que las quitó y las hizo pedazos y las echó en la mar. Estaba este estandarte encima en el jarces.

Lo que se ha de ponderar más que esto es que en el oficio que se rezó de breviario nuevo el domingo dia de la batalla, que fue *Dominica prima Octobris*, habia todas estas abtoridades que se siguen, donde las hallan [1] todos los que las quisieren ver.

[1] Sic: hallarán?

EXÁMEN QUE [SE] HIZO Á MAHAMUT DE CONSTANTINOPLA, AYO DE LOS HIJOS DEL BAJÁ GENERAL DEL ARMADA TURQUESCA, POR EL SECRETARIO JUAN DE SOTO.

Declaró lo siguiente:

1. — Preguntado si del armada habian ido algunos bajeles á la vuelta de Codon y Modon, dijo que habian ido seis galeras con licencia del bajá.

2. — Preguntado qué número de gente traia el armada y de qué calidad, dijo que venian hasta dos mil y quinientos hombres y veinticinco mil genízaros, y los otros despaies y otras naciones.

3. — Preguntado si la dicha armada habia tomado alguna gente en Lepanto ó en otros lugares convecinos, dijo que no solamente habia tomado toda la gente que habia podido, pero que era en tanto extremo que solamente habian quedado las mujeres y viejos.

4. —Item dijo que se habia embarcado el berlen bei de Grecia, primo hermano del Gran Turco, con hasta mil y quinientos hombres, los mejores de aquella provincia.

5. — Preguntado cómo la dicha armada salió de Lepanto á encontrarnos, si fué que teniendo nueva que veníamos á buscarlos ó iba á encontrarnos á Corfú, como se ha dicho, dijo que el armada del turco tenía nueva cómo la nuestra estaba en la Chafalonia en el puerto de la Higuera.

6. — Preguntado si se decia entre ellos qué número

de bajeles teníamos en nuestra armada, dijo que se decia que eran doscientas y treinta galeras y seis galeazas.

7. — Item si se decia qué número de gente traíamos en nuestra armada, dijo que se decia que era mucha, pero que no se sabía particularmente cuánta.

8. — Preguntado si se tenía nueva que en esta armada venía por capitan general el señor don Juan de Austria, hermano del Rey de España, dijo que se tenía entendido que el señor don Juan venía por capitan general de toda la Liga.

9. — Item, si sabian que estaba concluida la Liga entre el Papa y el Rey de España y venecianos, dijo que se tenía entendido que estaba hecha la dicha Liga para socorrer á Chipre, y que las condiciones particulares no se sabian.

10. — Preguntado á qué hora salió de Lepanto la dicha armada ó con qué órden, dijo que salieron sábado de mañana á las seis en órden de batalla, con resolucion de buscar la armada de la Liga á do quiera que la hallase.

11. — Preguntado á qué hora descubrieron nuestra armada, dijo que á las dos horas del dia cerca de las islas de las Cuchulares.

12. — Preguntado si mostraron alegría ó descontento cuando descubrieron nuestra armada, dijo que no solamente no mostraron descontento, pero muy gran gusto y placer porque tuvieron por vencida nuestra armada.

13. — Preguntado si Uluchali, rey de Argel, venía en la dicha armada y con cuántos bajeles, dijo que venía en la dicha armada con siete galeras reales y trece galeotas.

14. — Preguntado qué hombres de cargo venian en la dicha armada, dijo que venian los siguientes:

El dicho Alí-bajá por general de toda el armada.

Hažan-bajá, el hijo de Barbaroja.

Uluchali, que tenía cargo de bajá y gobernador de Argel.

El mayordomo de la tarazanal [1], que se llamaba Badardañal-beni-bajá.

Jiro, como visorey descandaria.

El hijo de Hala Arraez, que estaba por gobernador de Girtos [2].

Caibei, gobernador de la provincia de Izmt [3], cerca de Constantinopla.

Adujeo, gobernador dordejid.

El diuei, gobernador de Natalia.

Pretan-bajá, general de tierra, que es uno de los bajáes más principales que están cerca del Turco y se asientan en su mano derecha.

Cafar-bajá, que tiene el gobierno de Tripol de Bervería.

Mostafá Chilibi, pagador general de la armada.

Peruizaga, gobernador de Nápoles de Romanía.

[1] Léase del Atarazanal.
[2] Sic: Egipto?
[3] Sic.

SONETO Á MARÍA.

Estoy á os servir tan obligado,
Hermosa y graciosísima María,
Que no imagino salir de noche y dia
Jamas un punto de vuestro mandado.
Mi franca voluntad os he entregado,
Mi fe, mi libertad, cuanto tenía;
Bien se vos pagó lo mucho que os debia,
Y agora os lo daré si algo ha quedado.
Aquel que te entregó tan francamente
Su sér y su sentido ya ha quedado
Con gloria, que lo trae vivo tu elemento.
Recibid, pues, señora, humildemente
Mi vida y alma y corazon llagado,
Aunque sea poco á tu merecimiento.

Recibid con alegría
El corazon que os he dado,
Y abridlo, señora mia,
Veréis dentro retratado
Vuestro nombre de María.
Idlo, mi vida, partiendo,
Saldréis de duda si os quiere,
Que dél conozco y entiendo
La sangre que dél saliere
Irá María diciendo.

Y que den en Granada lo primero,
Que será el Albaicin buen compañero.

Mas Dios, que por los suyos ha mirado,
En efecto ponello no pudieron,
Que la sierra de nieve se ha cargado
Y al tiempo que pasar ellos quisieron,
El paso, como digo, era ocupado.
Pasaron dellos pocos, y vinieron
A Granada, y no fueron admitidos,
Por ser pocos y tarde allí venidos.

Y como el reyecillo aquesto vido,
Entendió que sería descubierto,
Y que si tal negocio era entendido,
Que por ello sería preso y muerto.
Y luégo el Alpujarra ha conmovido,
Haciéndoles creer por caso cierto
Que estaba ya Granada levantada,
Y tambien que el Alhambra era ganada.

Levántanse banderas por la tierra
Y toman ya las armas en las manos;
Publícase entre todos ya la guerra,
Y empiezan de vivir como paganos;
Y en poblados y en campos y en la sierra
Comienzan de matar á los cristianos,
Y aquellos que á sus manos les caian,
Morir muy crudas muertes les hacian.

A clérigos de misa que mostraban
A ellos persinar y la doctrina,
Con navajas agudas persinaban;
Y porque no muriesen tan ahina,

Los dedos uno á uno les cortaban,
Y por dalles la muerte más mezquina,
Eran á los mochachos entregados,
Por quien eran despues apedreados.

En Écija á los frailes los cercaron,
Y como defender no se pudieron,
Allí á poder de humo los sacaron
Y las muertes de mártires les dieron;
Mas ellos, como tales, las pasaron,
Que vivos en aceite los frieron,
Y hechos mil pedazos los dejaron
Y el monesterio todo lo abrasaron.

En Ojijar [1] tambien á los mezquinos
A hierro y á cuchillo los pasaron,
El alcalde y otros con tocinos
Envueltos, en el fuego los quemaron;
Hicieron otros muchos desatinos,
Que niños y mujeres los mataron,
Y en otros lugares más de ciento
Hicieron otras cosas que no cuento.

A la voz del tumulto ya movido
Los cristianos vecinos se movieron,
Y los más de sus casas han salido
Y contra de los moros se vinieron;
Dos marqueses [2] con campos han salido,
Que la furia atajaron y empidieron,

[1] Ujijar.
[2] El marqués de Mondéjar y el de los Velez.

Matando muchos dellos por la sierra,
Haciendo á fuego y sangre ya la guerra.

Cuando ya del todo hubo entendido
El Rey la desvergüenza que pasaba,
Capitanes apriesa ha despedido [1]
Y gente por el reino levantaba;
Por general de todos ha venido
Su hermano, que venir ya deseaba,
Don Juan de Austria, valiente y esforzado,
De todos muy querido y respetado.

Y fué tan de provecho su venida,
Cual vimos la experiencia declarada,
Que por él la morisma consumida
La vimos ya venir maniatada;
Y fué con venir él bien socorrida
La ciudad con el reino de Granada,
Y acabó la porfía de Galera,
Volándola por aire toda entera.

En Tíjola muy poco se ha parado,
Y toma de Alpujarra su camino,
Hasta ir á Andarax ha caminado;
Y como ya le vieron tan vecino,
De rendirle las armas han tratado;
Mostróse muy afable, muy benino,
Y en paz luégo las armas le rindieron
Y los más á obidiencia se vinieron.

---

[1] Está sin duda usado en lugar de «despachado».

En Andarax [1] un tercio se ha dexado,
Que la tierra guardasen y corriesen,
Y al que fuere rebelde y remontado
Lo maten ó cautivo lo trujesen;
Mas él por Guadix ha caminado
Porque los moros más seguros fuesen;
Y el buen Duque de Sesa se venía
Allí junto su campo que él traia.

Contra los que rendir no se quisieron,
Su Alteza un nuevo campo ha despachado,
Que por el Alpujarra los siguieron;
Los panes y las frutas han talado,
Con lo que mucho daño recibieron,
Con muchos que murieron y han tomado,
Y el campo rige un hombre de valor,
De Castilla el mayor Comendador [2].

Perdónenme, si paso de corrida,
Sin hacer relacion de cada cosa,
Por ser cosa de todos ya sabida,
No quiero que sea larga y fastidiosa;
Y porque prometí que recogida
Esta guerra contaros revoltosa,
Los que tuvieron cargos y otros hombres
Perdonen si no digo aquí sus nombres.

Al reyecillo nuevo levantado [3]
La muerte merecida allí le dieron,

[1] Allí quedó el maese de campo don Lope de Figueroa.

[2] Don Luis de Requesens.

[3] El reyecillo quiso mandar matar los turcos que habian traido por socorro, los cuales lo supieron deste que despues le levantaron, á quien el otro se descubrió, y matáronle á el en Andarax. (*Nota del Autor.*)

A manos de los turcos fué acabado
De los que por ayuda ellos trujeron,
Y en su lugar un otro han levantado
Que despues en Granada le pusieron
La cabeza clavada en una puerta,
Quedando su cuadrilla presa y muerta.

PROSIGUE EN TERCETOS.

Con orgullo y crueza comenzaron
Los moros al principio de la guerra;
Mas al cabo de todo les pegaron.

A la casta maldita y gente perra
No les aprovechó su ligereza,
Ni pudo aprovechar el monte y sierra.

Con crueldad pagaron su crueza
De tantas crueldades que hicieron
Sin nunca usar un punto de nobleza.

Con la propia medida que midieron
Les dieron las medidas mucho llenas,
Y aunque les dieran más, lo merecieran.

Sus cuitas lloraron, no las ajenas,
Sus hijos y mujeres desparcidos
En dura esclavitud con otras penas.

Y los que á la obediencia eran venidos
La víspera del dia de los Santos [1],
Los tuvimos á todos recogidos.

[1] Del año 157, dice al márgen una nota, faltando, como es evidente, la unidad.

Hombres, mujeres, niños, eran tantos,
Que no lo sé decir, aunque testigo,
Que el número no supe yo de cuántos.

Y cuando ya el invierno sin abrigo
Llegaba con el frio y aspereza,
Los repartieron todos como digo.

Por órden y mandado de su alteza
Los llevan por Castilla repartidos,
Que así lo manda el Rey y con presteza.

Y no fueron con esto fenecidos,
Que muchos en la tierra se quedaron,
Rebeldes, montaraces, foragidos.

Al último del todo se acabaron,
Dejándonos en limpio ya la tierra,
Y todas sus maldades las pagaron.

A España costó mucho aquella guerra,
Y los moros allí se sustentaron
Mediante la aspereza de la sierra.

Mas como ya del todo los limpiaron,
Aunque cristianos muchos, se perdieron;
Los que quedaron vivos se holgaron
Porque la mala raza desparcieron.

SONETO.

Pues la prolija guerra ya acabada,
Don Juan para la córte luégo vino;
De allí tomó á la mar otro camino,
Porque estaba la liga concertada.
Iba por general de aquel armada,

Y mostrósele el cielo tan benino,
Que estando de Lepanto ya vecino,
Por él la del Gran Turco fué tomada.
  De aquella gran batalla y tal victoria
No cuento por no estar allí presente,
Y porque ya tambien se hace historia
  Por autor aprobado suficiente,
Que bien merece quede por memoria
Y vaya su valor de gente en gente.

FIN DEL CANTO PRIMERO.

CANTO SEGUNDO,

EN EL CUAL CUENTA EL AUTOR DESDE EL DIA QUE PARTIÓ DE SU TIERRA PARA ITALIA, CON LO QUE PASÓ EL AÑO DE 1572 EN EL ARMADA DE SU ALTEZA HASTA VOLVER Á NÁPOLES.

SONETO.

Pasada ya la guerra de Granada,
De pasar en Italia me convino;
Contar quiero el viaje y el camino,
Y contaré del año la jornada.
Si mi pluma no fuere bien tajada
Y al verso no pusiere justo tino,
Iré con la verdad siempre vecino
Y contaré el discurso del armada,
La que rige don Juan, claro y famoso,
Dotado de suprema valentía,
Y con la del Marqués tan animoso;
Tambien de Marco Antonio la osadía,
Y si hablar en plural á vueltas oso,
El verso y ser presente da osadía.

El mes era de Mayo conocido,
Y en su primero dia señalado,
De mi tierra y morada fuí partido,
A veinte y cinco dél era embarcado
En una gruesa nave allí metido,

Por pasar en Italia de mi grado,
Mil y quinientos años á mi cuenta
Corrian y otros dos y más setenta.

Hicimos en la pascua la partencia,
Dejamos la ciudad de Cartagena,
Y fué nuestra primera decendencia [1]
En Mallorca, ciudad hermosa y buena,
Mejor de proveimiento y apariencia,
Porque de toda cosa estaba llena;
Despues de Corpus Christi era un dia
Al tiempo que la nave allí surgia.

El agua refrescaron y partimos;
Estuvimos dos dias descansando,
Que por cortos y breves los tuvimos,
Y fuimos por el mar atravesando;
La vuelta de Sicilia nos metimos,
Y fuimos desta suerte navegando
Con poco viento y calma que hacia,
Que á todos nos cansaba y nos podria.

Y contaré tambien aquí una cosa
Que despues de pasada se reia,
Aunque fué de primero temerosa.
Un dia, cuando el alba ya rompia,
Oimos una voz muy presurosa [2]
Diciendo que la nave ya se ardia;
Y puso tal temor y tal rebato,
Que todos fueron tristes aquel rato.

Ni tiro de arcabuz entre palomas
Ni lobo alborotó así los ganados,

[1] Lo mismo que desembarco ó bajada en tierra.
[2] «De un soldado», añade al márgen una nota de mano del autor.

Que viérades por jarcias y maromas
Subidos y á la banda mil soldados.
¡Oh sobresalto breve, que así tomas
Los ánimos á hombres descuidados,
Y causó con sus voces alboroto
Mayor que de temblor ó terremoto!

Y huye cada cual por escaparse,
Y les era el huir muy excusado,
Y el que mejor huyera de quemarse
Habia de morir allí ahogado.
La tierra no podia divisarse
Ni bastaba salir ninguno á nado,
Quedáran en el suelo unos quemados,
Otros fueran manjar de los pescados.

Acaso aquel soldado que yo cuento
No harto de dormir se levantaba,
Y estando de los ojos soñoliento
Por entre de unas tablas devisaba
La lumbre en otra parte y aposento,
Que el patron de la nave cocinaba,
Sin considerar más ni ver lo que era
Levantó recia voz desta manera :

« Hermanos, levantad, que nos quemamos,
Que la nave se enciende ya del fuego. »
Y todos con sus voces despertamos
Y dejaron el sueño todos luégo,
Y así para mirar nos asomamos,
Y vimos aquel hombre como ciego,
Y en sí color ninguno no traia,
Diciendo que la nave ya se ardia.

Al rumor y bullicio de la gente,
Del castillo de popa descendia

El buen contramaestre diligente [1],
Y adonde el fuego estaba se metia,
Tornando para arriba prestamente,
Y dijo en recia voz, que bien se oia :
« No se alborote nadie, caballeros,
Ques fuego do cocinan marineros. »

La gente ya del todo sosegada,
Por el piélago hondo caminando
La nave iba su via enderezada,
Y fuimos el camino así acortando.
La isla descubrimos bien granada,
Sicilia á quien íbamos buscando,
Tuvimos el San Juan en el mar yermo,
Y otro dia llegamos á Palermo.

Como al señor don Juan no le hallamos
Allí, se tomó lengua dónde estaba,
Y luégo de partir determinamos.
La nave ya sus áncoras alzaba,
Y las velas al viento desplegamos;
El piloto la via enderezaba
La vuelta de Mecina y del Estrecho,
Do cumple entrar con tiento y no derecho.

Tenía el buen don Juan allí juntada
La armada de la Liga, apercibiendo
Las cosas necesarias á jornada;
Estaba concertando y dividiendo
De hacer en dos partes el armada [2].
En esto á la sazon está entendiendo,

[1] Contramaestre es el que gobierna la navegacion en nave, como el cómitre en galera. (*Nota del autor.*)

[2] Hay dos opiniones: ésta y otra que por sospecha de otra guerra se quedaba. (*Nota del autor.*)

Pensaba de ir á Túnez su persona
Y enviar á Levante al de Colona [1].

Con este presupuesto ya pensado
Aquel de Santa Cruz Marqués envia
Que llevase las naves á recado
Con las galeras suyas que él regia
Al puerto y al castillo gobernado
De la ciudad Venecia y señoría,
Corfú es el castillo tan nombrado,
Encima de altas rocas asentado [2].

La órden del Marqués es que llevase
Las naves á Corfú, mas que á Mecina
Con toda brevedad luégo tornase,
Y que si no viniese tan ayna,
La vuelta de Palermo caminase,
Porque de ir luégo allá se determina;
Y así estaba en consejo concertado
Por una de las dos que he señalado [3].

A Palermo su Alteza se venía,
En Sicilia, ciudad muy preminente,
Y en la demas armada que tenía
Envia á Marco Antonio prestamente
Que tome de Levante presta via;
Y parecióse bien ser diligente,
Quel armada del turco presto halla
Y cerca le presenta la batalla.

Y su Alteza á Palermo fué venido,
Y luégo á pocos dias fué llegada

[1] Marco Antonio Colona era el teniente de la Liga.
[2] El nombre propio de la isla es Corfú; mas por ser ésta castillo y puerto, y tierra lo principal de la isla, comunmente tiene este nombre Corfú.
[3] Por una de las opiniones ántes dicha.

Aquella, que en España habia ido,
Galera por su órden despachada;
Y como el Rey de España hubo sabido
La junta y despartida del armada,
Mandó que no pasase así adelante,
Sino que todos fuesen en Levante.

Pues el don Juan, que vido conocida
La voluntad del Rey y declarada,
Apresuró con priesa la partida
Y vuélvese en la busca del armada
Que, como arriba dije, era ida;
Y el dia de la fiesta señalada [1],
Que los de España siempre guardarán,
Hallamos en Mecina al de Bazan.

Habíase el Marqués allí tornado,
Que no pudo seguir como queria,
Que su galera el árbol ha quebrado;
A don Martin Padilla luégo envia,
Dejándole el viaje encomendado,
Que siga de Corfú derecha via,
Y que guardar las naves procurase,
Y juntas en conserva las llevase.

Un caso desgraciado se avecina,
Ques fuerza de contar en tal jornada,
Que hizo allí la pólvora malina.
A hacer allegaron el aguada
La costa de Calabria á la marina,
Y una galera [2] dellas fué abrasada
Con horrible tronido y riguroso,
En llama presta envuelto muy humoso.

[1] El dia de Santiago.
[2] La «Determinada», de Nápoles.

La pólvora se daba á los soldados
Porque estuvièsen más apercebidos,
Las chispas por la suerte desusados
Hallaron los barriles escondidos,
Saltaron para arriba levantados
Con la furia de dentro ya encendidos,
Que cuanto la maldita está oprimida,
Abre mayor la puerta y la salida.

La cubierta en el aire ha desparcido,
Y el árbol para arriba ha levantado,
Del arte que un virote muy pulido
Sale de una ballesta disparado [1];
Y en el garcés un hombre habia subido,
Dallí vino volando y salió á nado,
Que fué tanta su suerte y dicha pura
Quanto fué de los otros desventura.

Vinieron de alto á bajo las entenas,
Y cuerpos por el aire sin cabezas,
Volaban tambien piernas con cadenas
Y brazos sin los cuerpos hechos piezas.
¡Oh muerte miserable en breves penas
A enmienda y compasion nos enderezas,
Viendo tan crudas muertes de soldados
Y hombres de cadena allí forzados!

La galera por medio fué rompida
En popa, y en la parte que ha quedado
Quedaba alguna gente recogida;
La demas por el aire ha levantado,
Que fué lástima vella así perdida;
Apriesa los esquifes han llegado
A recoger los vivos que hallaron,
Y á muchos que contrechos los llevaron.

[1] Encima del árbol.

De lástima y dolor eran movidos
El don Martin y los demas veyentes,
Viendo delante dellos sacudidos
Los sesos y los ojos de las frentes;
Y vian sus amigos ser perdidos,
Algunos tambien vieron sus parientes:
Que vayan su camino los dejemos,
Tornemos á Mecina y partirémos.

Siguiendo, como digo, su camino,
Se parte de Mecina brevemente
Su Alteza, y á Corfú siendo vecino,
Le sale á recibir en continente
El don Martin, que allí primero vino
Con salva y con placer toda la gente;
Disparan de las naves y galeras
Y el castillo tambien de las troneras.

Respondióles don Juan con su cuadrilla
Piezas en cantidad de artillería.
Era de ver la salva, maravilla
Que de todas partes se hacia,
De humo hecha niebla no sencilla;
La vista de los ojos impedia;
Darriba del castillo preminente
Miraba y de los muros mucha gente.

El sitio del castillo es de manera
Que muchos que son buenos no son tales,
Con una puente luenga de madera
Que llega de la tierra á los quiciales;
Que se puede mirar si hay guerra fiera
Por estar sobre el agua con puntales,
De hondo foso y mar todo cercado
En un peñon muy alto levantado.

La puerta tiene á mar con su postigo,
Con sus planchas de hierro guarnecido,

Y no dejan entrar si no es amigo,
De pólvora y cañones bastecido.
Seguro del armada y enemigo
Si está de bastimentos proveido,
Y le podrán guardar pocos soldados
Por muchos que haya fuera muy osados.

Habiendo ya llegado el gran don Juan,
Y nueva no hallando que cierta fuese,
Envió á don Alonso de Bazan
Que en busca del armada luégo fuese,
Procurando saber adónde están,
Y que en sabiendo nueva se volviese;
Salió en su capitana luégo fuera,
Reforzada de gente y muy ligera.

En este tiempo estaban en persona
Suranzo y Canaleto, venecianos,
Ayudando al romano de Colona
Con otro general de los hispanos,
Haciendo cosas dinas de corona
A punto de llegar presto á las manos
Con su menor armada acometiendo,
Los turcos con mayor andan huyendo [1].

Mas era el temor viejo, que les dura
La del año pasado que perdieron,
La mayor que se halla en escritura
Ni nunca los autores escribieron;

[1] Gil de Andrada llevaba las galeras del Rey.

Tenía Marco Antonio:

Galeras	130
Galeazas	6
Naves	24
Galeotas	4
En todas	164

Lucbali tenía:

Galeras	200
Galeotas	80
En todas	280

(*Nota del autor.*)

Mas confiando en Dios y en la ventura,
Dos veces cerca dellos se pusieron,
Y tantos cañonazos los tiraron,
Que por fuerza de allí los retiraron [1].

Los nuestros embestir no los podian
Sin estar de las naves bien cercanos;
Los otros con las naves no querian,
Por esto no vinieron á las manos;
Y visto que hacer nada podian,
Al Zante se vinieron los cristianos;
A Navarin los turcos se vinieron
Y asina de la vista se perdieron.

Porque al señor don Juan nueva trujese,
Habia Marco Antonio despachado
Una galera ligera que viniese
A dalle relacion de lo pasado,
Con órden que le busque á do estuviese,
Y de vella venir él se ha holgado,
Y supo lo que allá pasado habia,
Mas por no estar en ello se dolia.

Cuando Marco Antonio ya llegaba,
Don Alonso Bazan al Zante [2] vino,
Y como supo dél lo que pasaba,
Con la nueva á Corfú luégo se vino,
Pues el armada mucho no tardaba;
Que luégo siguió ella aquel camino;
Adonde está don Juan todos llegaron
Y allí las dos armadas se juntaron.

Y él que tales nuevas iba oyendo,
Por illos á buscar muy deseoso

[1] La una fué á 7 de Agosto, la otra á los 10. La una se retiraron al Cirico, la otra al brazo de Mayna. (*Nota del autor.*)

[2] Isla de venecianos.

Andaba la partida apercibiendo.
El hijo del buen Cárlos, el famoso,
Municiones mandó vayan metiendo
Apriesa las galeras sin reposo,
Y así con la posible diligencia
Del puerto de Corfú hizo partencia.

Por el canal á remo navegando
Se parte ya el armada de la Liga
Y al puerto Gumenices [1] allegando,
Allí dió á cada cual órden que siga,
Los cuernos, retaguardia concertando,
Porque en descubriendo la enemiga
Se vaya cada cual á do le toca,
Sin haber menester órden de boca.

La Real en batalla acompañada
De otras capitanas destandartes
Que ayudan á la Liga concertada
Del Papa, de Venecia, de otras partes,
De señoría y duques rodeada,
Que le sirven de amparo y baluartes,
De Génova, Saboya y de Florencia
Que vinieron mostrando su potencia.

El derecho cuerno ha encomendado
A aquel de Santa Cruz marqués valiente [2],
Y el otro que es siniestro se lo ha dado
A Suranzo [3], que es hombre preminente;
A don Juan de Cardona [4] ha señalado
Que haga retaguardia diligente;
La de Malta delante va dispierta
Haciendo de contínuo descubierta.

[1] En Albania.
[2] General de las de Nápoles.
[3] Veneciano.
[4] General de las de Sicilia.

Puesta ya en razon y señalada
La órden de batalla á cada uno,
Del arte que yo digo concertada,
Rompiendo por las hondas de Neptuno
Se parte ya don Juan con el armada,
Deseosa de guerra más que Juno;
Y fuimos desta suerte hasta un dia
Quel armada del turco parecia.

Al tiempo quel armada descubrimos
Hacia claro sol y lindo dia,
En arma luégo todos nos pusimos;
Ella de miedo nuestro ya huia,
Que todos á la clara bien la vimos,
De Navarin apriesa se salia,
Debajo de Modon se va metiendo
Y teme no lleguemos embistiendo.

De las nuestras algunas más ligeras
La caza en seguimiento les van dando,
Ellos á toda furia muy de véras
Los remos en el agua van calando;
Metiéronse debajo las troneras
Y están allí con miedo recelando;
Allegó gravemente nuestra armada
A ponerse delante y ordenada.

Delante de Modon estaba puesta,
'A batalla y rencilla convidando,
Haciéndole con tiros bella fiesta.
La otra la salida rehusando
Dispara sus cañones por respuesta,
Y estábase al rincon arrinconando.
Allí estuvo la nuestra todo el dia,
Y cuando el sol se pone se desvia.

Del arte que un mastin va por la calle
A do tienen sus casas los gozquillos,

Que todos salen juntos á ladralle,
Los grandes, los medianos y chiquillos,
Que piensan con ladridos espantalle,
Y en viéndole que muestra sus colmillos
Veréislos ir á todos tropezando,
Los unos con los otros encontrando:

Así salieron ellos muy furiosos
Al tiempo que don Juan se desviaba,
Tirando cañonazos, orgullosos,
Pensando que de vellos se espantaba;
Mas en breve los viérades medrosos,
Viéndole ya venir y que tornaba
Los viérades apriesa andar ciando
En confuso monton remolinando.

El hijo del leon nunca domado
Cuando los vió salir tuvo alegría,
La proa les volvió determinado
Y un tiro disparó de artillería;
Con esto sus galeras han tornado
Con ánimo, valor, con osadía,
Y en batalla al proviso se mostraron
Los turcos, aunque más se retiraron [1].

Fué suerte del traidor que estaba allí
Que en esto ya la noche se cerraba,
Que sino el renegado Luchalí
En aquel dia todo lo pagaba.
La gente en aquel tiempo yo la vi
Que de pelear toda deseaba,
Mas como ya la noche escurecia,
A largo nuestra armada se desvia.

La noche muy serena la hacia
Hasta que vino el alba del Oriente,

[1] A Modon.

Y el sol dorados rayos esparcia
Por el mar de Levante refulgente;
Y luégo al fresco viento que corria,
Que de la parte vino de Poniente,
Las velas desplegamos, descogimos,
Y cerca de Coron allí surgimos.

Hay cerca de Coron agua corriente,
Bastante para toda aquel armada;
Mandó el señor don Juan salir la gente [1],
Quien defienda y quien haga del aguada,
Y la gente de guerra suficiente
Está en escaramuza bien trabada
Con los que defendella pretendian;
Mas con todo los nuestros la hacian.

Del armada turquesca allí vinieron,
Que por tierra muy cerca les venía,
Y turcos de Coron allí acudieron.
La gente nuestra bien los detenia,
Que muchos al armada no volvieron;
El sol á la sazon ya trasponia;
Los nuestros con buen órden se embarcaron,
Y el aguada por fuerza la tomaron [2].

Toda aquella noche navegamos,
Y á vista de Modon amanecimos;
El armada en su puesto la hallamos,
Y en órden de batalla nos pusimos:
Y cuando á todas partes bien miramos,
Gente sobre el monte descubrimos,
Que habian puesto ya por su provecho
Cañones para guardia del Estrecho [3].

[1] Salieron por órden arcabuceros españoles: tambien de otras naciones salieron caballeros aventureros. (*Nota del autor.*)

[2] Duró la escaramuza medio dia.

[3] La isla Sapiencia está de cara de Modon, y hace estrecho un canal que alcansa el artillería. (*Id.*)

Aquel de Santa Cruz Marqués osado [1]
Con órden de su alteza se metia
A embestir en Modon, determinado,
Y toda nuestra armada ya seguia,
Y dencima del monte [2] han disparado,
Mostrando allí tener artillería.
La órden al Marqués le fué llegada
Que se torne á juntar con el armada.

Algunos del Consejo causa fueron [3]
Que don Juan el armada no embistiese;
Tantas cosas delante le pusieron
Que lo mire muy bien, y tambien viese
Los tiros que del monte despidieron,
Que no era razon acometiese
Debajo de los muros de la tierra
Y del artillería de la sierra.

Por esto no embistieron aquel dia,
Con que pasó sazon y coyuntura,
Y el turco que allí dentro se temia
Lo tuvo á buena suerte de ventura;
Y nuestra armada luégo se desvia,
Deshecha ya la órden y postura,
Y junto de la isla fondo dimos,
Hasta que otra mañana nos partimos [4].

Ó por amor del tiempo ó por consejo,
Á Navarin la armada toda vino,
Porque de leña y agua hay aparejo,

[1] Estaba el Marqués con cincuenta galeras delante por la banda de tierra firme; la demas armada venía siguiendo por causa de la isla; y como dispararon de la montaña, le vino al Marqués una fregata con órden que no pasase adelante. (*Nota del autor.*)

[2] El monte es en tierra firme cerca de Modon.

[3] Otros habia de su parecer que querian embestir.

[4] La isla Sapiencia.

Y es puerto que á Modon está vecino.
Los turcos del temor que tienen viejo
Estuviéronse quedos de contino;
Galeras nuestras veinte han enviado,
Y al Zante [1] por las naves han llegado.

Las naves muy presto allí vinieron
Que por el bastimento se esperaban,
Y fué todo poco el que trujeron,
Y con los malos tiempos que cargaban
Pasados veinte dias estuvieron,
Que ya de estar allí los más cansaban,
Y en estos dias dichos que estuvimos
Contar quiero tambien lo que hicimos.

Á hacer el aguada se salia
En órden y escuadron apercibidos;
Al cuarto, de contino, ó tercer dia
Allí los turcos luégo eran venidos,
Gente de á pié, tambien caballería,
Venian de colores muy vestidos,
Soberbios y muy grandes los turbantes,
Mas hácenlos huir nuestros infantes.

Encima deste puerto, hácia Poniente,
Está sobre una peña su castillo [2];
Tiraba algunas piezas á la gente;
Mas el puerto no basta el impedillo
Por no tener asiento conviniente.
El príncipe de Parma fué á pedillo;
La conquista pidióle de su Alteza,
Que pensaba tomallo con presteza.

La demanda del Príncipe concesa [3]

[1] Isla sujeta á Venecia.
[2] El castillo de Navarin, del cual toma nombre el puerto.
[3] Concedida.

Mandan salir en tierra las banderas,
Y sacan los pertrechos á gran priesa,
Y púsose la gente en las laderas;
En tirar el castillo ya no cesa
De hierro gruesas balas y pedradas;
Sacaron cinco piezas de las nuestras,
Mas se plantaron mal en tales cuestas.

El castillo de alto disparaba,
De una de dos suertes mal hacia,
Que si del punto el tiro no acertaba,
Las piedras levantaba y las rompia,
Y con ellas la gente lastimaba;
La nuestra hace poca batería,
Que plantados en cuesta los cestones
De allí se los quitaban los cañones.

Y viendo cómo poco aprovechaba
Aquella poca y flaca batería,
Tambien quel bastimento se acababa,
Mandaron embarcar la artillería,
Y una escaramuza se trababa
Delante del castillo con porfía,
Y tanto que si presto no cerráran,
Los nuestros á las vueltas ya se entráran.

La gente se embarcó, que eran venidos
En aquel año muchos caballeros
Galanes, bien armados y pulidos,
Y en grande cantidad aventureros,
Y los más se volvian desabridos
Por no haber empleado sus aceros.
Eran allí de todas las naciones
Con diferentes trajes y envinciones [1].

[1] Entiéndase «invenciones». El autor añade por via de nota: De las que entraban en la Liga y otras de cristianos.

El dia que á partir determinado
Estuvo su Alteza de venirse,
Un año justo era bien contado [1],
Dino de memoria y de escribirse,
De los siete de Octubre señalado,
Del puerto ya empezaba de salirse,
Y de cara una nave descubrian,
Y catorce galeras la seguian.

Salia ya el armada por tornarse
Al tiempo que la nave descubrimos;
Aquí será razon tambien contarse
Lo cierto que con ojos claros vimos.
Los hechos de valor deben loarse,
Si con palabras bravas los decimos;
Merecen los valientes ser loados
Con versos de braveza celebrados.

No quedará á lo escuro ni sin luz
La clara y señalada valentía
Que hizo aquel Marqués de Santa Cruz,
Señalado entre todos aquel dia
Contra los enemigos de Jesus,
Y aunque del puerto tarde se salia,
En llegar á las manos fué el primero,
Mostrando gran valor como guerrero.

Las turquescas galeras cuando vieron
Á toda nuestra armada ya salida,
Á la nave dejaron y volvieron;
La vuelta de Modon tornan huida;
De las nuestras algunas las siguieron;
De Nápoles la Loba no parida
Del hijo que la rige y que la manda
Á todas va dejando, que más anda.

[1] Al dia de la batalla.

Á todas ella sola quita el lance,
Á muchas capitanas muy ligeras,
Y tal iba la Loba en el alcance
Del arte que la viva [1] tras corderas;
Del Marqués es notorio el bravo trance,
Que no quiso parar en tres primeras,
Porque delante dellas otra vido
Con un fanal dorado muy crecido.

Venía la galera toda roja,
La popa de nogal y muy dorada,
Del nieto del corsario Barbarroja
Era su capitaña muy preciada;
La Loba en alcanzalla no fué coja,
Y desque ya la tuvo emparejada,
Enderezó la proa y espolon
Y embistióla por cerca del fogon.

Así como granizo en los tablados
Sacude con la priesa y espesura,
Asina descargaron los soldados
Una hermosa carga á coyuntura,
Que dejaron los turcos espantados,
Y á muchos sin remedio de la cura;
Luégo los soldados dentro entraron,
Y toda la galera saquearon [2].

Por hacer tal empresa señalada
Con ánimo, valor, con buen semblante,
Cerca se llegó de aquella armada,
Y les tomó la presa allí delante;
¡Oh prueba de valor bien declarada!
Que luégo con presteza en el instante

[1] Víbora?
[2] Hubieron libertad docientos cristianos, y más de docientos turcos esclavos y muertos. (*Nota del autor.*)

Un cabo de la proa le amarraron,
Y á vista de los turcos la arrojaron.

El nombre de Bazan condecendido
Contino con los hechos de memoria,
Agora refrescado todo ha sido
Por el que sólo gana aquí victoria,
Don Alvaro Bazan esclarecido,
Marqués de Santa Cruz, dino de gloria,
Merecedor de palma de valiente,
Pues lo veis señalar en tanta gente.

De cerca de un armada poderosa
Sacar una galera á su despecho,
Se debe de tener á muy gran cosa,
Segun que lo merece el claro hecho.
La obra es señalada y animosa
De fuerte corazon y bravo pecho,
Pues tales son las obras, como vemos,
Por bueno el corazon juzgar debemos.

Acerca la Real ya se venía
El Marqués con su brava capitana
Con otra de remolco que traia
De muy hermosa vista y muy galana;
Disparó á la Real artillería,
Respondió la Real de buena gana,
Y vino luégo á ver á su Alteza,
El qual lo recibió con alegreza.

Al Marqués recibió muy bien don Juan,
Y el Marqués le presentó una bandera,
Y presentó tambien un capitan
Jenízaro que vivo le trujera.
Al nieto del corsario allá le dan
La muerte merecida en su galera.
Ganó sólo el Marqués la tal victoria,
Que durará mil años la memoria.

Agora que la guerra es acabada,
Quiero que nos metamos en camino
Y demos fin con esto á la jornada.
La vuelta de Poniente tomó el tino,
Dejemos del camino la parada,
Digamos á Corfú luégo se vino;
Llegamos con mal tiempo y de manera
Que se perdió San Pedro la galera [1].

Al excelente Duque allí hallamos
De Cesa [2], que en socorro nos venía,
Y á él y á Juan Andrea le encontramos
Que en sus propias galeras le traia.
Luégo desde allí nos apartamos
Dejando al de Venecia y señoría,
Y la vuelta tomamos de Mecina,
Con buen tiempo llegamos muy aina.

Allí fué general apartamiento;
Cada cual á su tierra ya camina
Primero que el invierno friolento
Se meta con la mar brava malina.
Y todos esperaban diestro viento;
Cada uno á partir se determina,
Catorce [3] solamente allí quedaron,
Las cuales á don Juan acompañaron.

Despues que fué el armada despartida,
Don Juan con el Marqués [4], que allí quedaba,
A Nápoles ordena su venida,
Y cuando ya muy cerca dél estaba,
Con las ondas la mar ya nos convida,

[1] Una galera del Papa embistió en un bajío á la vela.
[2] Léase «Sesa».
[3] Galeras.
[4] De Santa Cruz.

Y el viento de contino reforzaba,
Y á fuerza todas dentro se metieron,
Quedaron solas dos que no pudieron [1].

En una de las dos que no aferraron
Estuve, porque fuese más testigo;
Tres dias y tres noches caminaron [2]
Por el piélago bravo y enemigo;
Los vientos á las ondas levantaron,
Que sorbernos querian ya consigo;
Agua del cielo mucha nos caia,
Tambien la de la mar nos embestia.

Caballos á la mar y municiones
Echaron, y baules aquel dia,
Llenos de sayas, calzas y jubones,
Y capas y otras cosas de valía.
Echaron de la proa los cañones
Eceto el cañon grande de crujía;
Tres dias con sus noches nos aprieta
Y al último tornamos á Gaeta.

A Nápoles de allí luégo vinimos,
Adonde del trabajo descansamos;
Las otras menudencias no decimos,
Que para de memoria las dejamos.
Si lo que pasó todo no escrebimos,
A los que lo leyeren avisamos.
Que en suma es la verdad limpia, notoria,
La cual llevo por Musa en tal historia.

De un ingenio flaco como el mio
No es mucho si no va como conviene;

[1] *Santa Bárbara* y *la Marqueta*, de Nápoles.
[2] A mediado Noviembre.

Y pues de la verdad no me desvío,
Ni se será razon que me enajene;
Reciban la labor de un albedrío,
Que no puede dar más si no lo tiene,
Teniendo, como yo, tan flaca vena,
La copla razonable va por buena.

El año de setenta y dos cerrado,
Lo dejaré con esto concluido,
Y contaré tambien lo que ha pasado
Al de setenta y tres luégo venido.
Perdónenme si he sido aquí pesado,
Quel otro, cierto, irá más recogido,
Y tanto por ser breve allí haré,
Quel de setenta y cuatro mezclaré.

FIN DEL AÑO 1572.

CANTO TERCERO.

DEL AÑO MIL Y QUINIENTOS Y SETENTA Y TRES, Y CUENTA EL DE SETENTA Y CUATRO, Y LA TOMA DE TÚNEZ POR EL SEÑOR DON JUAN DE AUSTRIA, Y LA PÉRDIDA DE LA GOLETA Y DEL FUERTE.

SONETO.

Del año de setenta y tres cantemos
La guerra, porque quede por memoria,
Tomemos por bordon la vieja historia,
Y el sitio de Cartago mal dirémos.
Las cosas sucedidas contarémos,
Unas de pesar, otras de gloria;
Unas veces perder, otras victoria,
Y al de setenta y cuatro llegarémos.
En las cosas de guerra y de ventura
Contino suele haber vuelta y mudanza,
Y requiere tomarse con cordura,
Y al mayor pesar, mayor templanza,
Con tiempo conocer la coyuntura,
Y á tiempo menear la espada y lanza.

¡Oh suelo sin ventura de Cartago!
Sepultura rabiosa de guerreros,
Ha sido tu principio con agüeros
Señal de tanto mal y tanto estrago;

Fundada de huidos con presago,
Que fué de tantos males adivino,
La Reina sin ventura, que á tí vino
Huyendo de la muerte el duro trago.

Á muchos es notorio que han leido
El nombre desta Reina y su huida,
Que vino con su gente desabrida
Despues de habelle muerto su marido,
Y fué su cuerpo della en fuego ardido
De pura castidad. ¡Oh amor de Enéas!
Opiniones hay buenas y otras feas
De aquesta fundadora reina Dido.

Mas, pues que yo no llevo agora intento
De contaros su historia ni su vida,
La dexo para adonde está cumplida
Y tomo lo que basta aquí á mi cuento.
Fundóse con trabajo y descontento
Una noble ciudad y muy crecida,
Y fué de tanta guerra combatida
Hasta que la volvieron al cimiento.

Allí la soberbia artillería,
Las flechas y las lanzas amoladas,
Escudos, coseletes, las espadas
Trabajan en su oficio cada dia;
Allí con fuerza grande y osadía
Se mezclan de contino las batallas,
Derríbanse las fuerzas y murallas
Con la furia de Marte y su porfía.

Allí fuera don Cárlos el famoso [1]
Del imperio y corona tanto dino,

[1] Cárlos quinto.

Su hijo don Juan de Austria tambien vino [1],
Guarnecido de esfuerzo y animoso,
Aquel que en embestir no fué dudoso
La pujanza del Turco que traia,
Y la esbarató en ménos que un dia,
Quedando con su gente victorioso.

Y luégo os contaré de su venida,
En verso de tercetos prosiguiendo
Las guerras que han venido sucediendo,
Porque la guerra fresca me convida;
En esta mala tierra y desabrida
Se hallan siempre huesos de soldados;
Contaros he los casos desdichados
Que fueron en el tiempo de mi vida.

PROSIGUE EN TERCETOS.

Allí fué sepoltura de romanos,
Tambien de naturales y vecinos,
Y agora en nuestro tiempo fué de hispanos.

Los males allí son siempre continos;
Acuden las armadas y galeras
Con otros mil pertrechos tan malinos.

Aquí se han visto escuadras muy guerreras,
Mostrando cada cual cuál más podia,
Haciendo crueldades tanto fieras.

Dejemos la pasada demasía
De Roma y de su gente en esta tierra;
Contemos la de España y Berbería.

[1] A los 8 de Octubre de 1573.

Pasada aquella antigua y vieja guerra,
Movióse en el lugar ques más vecino
Otra que en sangre tiñe llano y sierra.

El fuerte emperador don Cárlos vino,
Mostrando de su esfuerzo la pujanza
Con que le ganó el reino al tunecino.

Usó con él despues de la templanza
Que usan los guerreros animosos,
Dejándole en su reino y con su lanza.

Fundó luégo una fuerza con sus fosos
En cabo del Estaño á la marina,
A vista de los muros no dichosos.

Por sujetar la gente tunecina
Fundóse en aquel tiempo la Goleta,
Que fué de tantas muertes adivina.

Tuvo algunos años muy sujeta
La gran ciudad de Túnez con su gente,
Que no es de color blanca ni muy prieta.

Tambien al rey Hamida, aunque valiente,
Que lo solia ser como lo pinto,
Lo hizo tributario y su sirviente.

Despues que dió la vuelta el Carlo quinto,
De quien estuvo el mundo temeroso
Y tuvo á sus contrarios puesto el cinto,

Estuvo algunos años con reposo,
Pagando este rey moro los tributos,
Hasta que vino el otro revoltoso.

Y por ganar la tierra, renta y frutos
Aquel virey venía renegado [1]

[1] Uluchali, virey de Argel.

Con campo por tomallo en los redutos.

Y salió el rey Hamida compañado
Al campo con caballos y escuadron,
A punto de guerrero y confiado.

Y estábale ordenada una traicion,
Y cuando la vió clara y descubierta
Se vido en gran aprieto y confusion.

Mas hizo para Tunez presta vuelta
Con grita y con señales de victoria,
Y así le fué la puerta luégo abierta.

Imaginó este ardid en su memoria
Y engañó la traicion de los porteros,
Y esto fué cosa cierta y es notoria.

Viendo la traicion de sus guerreros
Y que le sigue el campo y que le aprieta,
Cogió hijos, mujeres y dineros,

Y vínose con todo á la Goleta,
Y envia por socorro al Rey de España [1],
Pues su corona á él está sujeta.

Prometióle de hacello y no le engaña;
Quel año fué de tres y más setenta,
Y echó veinte mil hombres en campaña,

Y con un general de mucha cuenta,
Su hermano, en quien valor tanto se halla,
Que fuerzas á los suyos acrecienta.

Éste es el que venció la gran batalla

[1] El rey D. Felipe II.

De turcos y cristianos tan trabada;
Éste es por quien la fama nunca calla.

Despues vino á esta tierra con armada
Y ganó la ciudad tan perseguida,
Y dejóla á otro rey encomendada.

Dejósela al hermano de Hamida [1],
De parte de su hermano el Rey de España,
Que la tuviese en paz y bien regida.

Y hízose otro fuerte á la campaña
Orilla del Estaño á la marina,
Que fué causa de guerras y maraña.

Tornóse el buen don Juan; á Italia el tino
Traian sus galeras y su armada,
Y luégo en el verano la otra vino.

La del turco con gente demasiada,
Con mucha artillería y municiones,
Y por el mes de Julio fué llegada.

Y sacaron en tierra los cañones
Y piezas reforzadas y banderas
Con azadas y palas y azádones.

Comenzóse la guerra muy de véras:
Salieron á mostrar sus intenciones
Los nuestros, y muy cerca sus trincheras.

Acudió tanta gente y escuadrones,
Que les hizo la fuerza recogerse
Adentro de los muros y bestiones.

Hacian su poder en defenderse,

[1] A 8 de Octubre de 1573. A los once entró en Túnez.

Mas los pocos con muchos en porfía
Por fuerza de razon han de perderse.

Despues de rota ya la batería
Vinieron muchas veces á las manos
Con los turcos y moros cada dia.

Mostraban el esfuerzo los hispanos,
Y tambien cuanto pueden defendian,
Mostrando su valor los italianos.

Y muchos capitanes se perdian
Encima de los muros peleando,
Cumpliendo con el cargo que tenian.

Y contino se iban apocando,
Y aunque mataban turcos cada dia,
De moros se iba el campo acrecentando.

Ganaron á la postre la porfía;
Faltaron muchos dellos por la cuenta,
Que no tornaron más allí en Turquía.

Y como la morisma se aumenta,
El fuerte se perdió, ni más ni ménos,
Aunque la fama dellos acrecienta.

Murieron peleando como buenos,
Y algunos se llevaron en prisiones,
Mas de turcos los fosos fueron llenos.

Serian bien seis mil estos varones
En la fuerza Goleta y en el fuerte;
Murieron por la fe y por sus pendones.

Y dalles ha Dios vida por la muerte,
Y el que murió con buenas intenciones
Terná parte en el cielo y buena suerte,

Aquéstos son los premios y los dones
Del que sigue la cruz y su bandera,
Que paga Dios mejor que no en doblones.

Llevemos á la fe por delantera,
Y será mejor la muerte en la batalla
Que vida de cien años duradera.

Y el que en prision y cerco así se halla,
Que se halló otra vez en la vitoria,
Esfuércese mejor y su mal calla.

Los más de quien yo hago aquí memoria
Gozaron del triunfo del armada
La que ganó el de Austria y tanta gloria.

Mostrára él su valor y de su espada,
Si tuviera el armada suficiente
Socorriera la fuerza desdichada.

Tenía pocas galeras, poca gente,
Que su intencion la tiene ya probada,
Y parece á su padre en ser valiente.

Dolíale de vella así cercada
Y estaba congojado en su memoria;
Quisiera socorrer, tomar la armada
Con que poder crecer su grande historia.

SONETO.

Su Alteza, sin poder ir adelante,
De Trápana se torna mal contento [1],
Sabiendo ques perdido ya el asiento,
Reputado primero de pujante.

[1] Tornóse á Nápoles.

Volviera más alegre, más triunfante
Si tuviera galeras, otras ciento
Les pagára el venir y atrevimiento
Y diera á su venida mal talante.
Y pues gozamos ántes las maduras
Primero en otras guerras y batallas,
Conviene haber paciencia con las duras.
Las cosas de la guerra han de tomallas
Con mucho placer si son venturas,
Y sufrir las desgracias y pasallas.

FIN DEL AÑO 1574.

EL AÑO 1575.

CANTO CUARTO.

Á LA VARIEDAD DEL TIEMPO Y BREVEDAD DE LAS COSAS DEL MUNDO, Y CÓMO EL TIEMPO TODO LO CONSUME Y LA MUERTE VIENE MUY AÍNA.

SONETO.

Pues hay en este año vacaciones
Y poco que escribir de la milicia,
Digamos de la envidia y la cudicia
Y el deseo de mandar con ambiciones.
Y dirémos tambien en los renglones
La dura condicion de la avaricia,
Que no quiere pariente ni amicicia
Y la pena de tales condiciones.
La variedad del tiempo contarémos,
Porque todo á mudanza está sujeto,
Como ya claro todos conocemos.
A la postre tambien haré un soneto,
Y las lacerías todas casarémos,
Y veréis de mis sérias (*sic*) el efeto.

Al vario tiempo quiero nuestro amigo
Cantalle, Musa mia, alguna cosa;
Ayúdame, pues ves que ando contigo,
Y dame larga vena y copiosa.

Llamado hemos al tiempo por testigo,
Y confiar en él es ciega cosa;
Invoco á la verdad y á la memoria
Que vengan á ayudarme en tal historia.

Confio en la verdad que de contino
Ha de durar por siempre y ha durado,
Y la razon tambien es buen camino,
Y della quiero yo ser ayudado;
Al que está cerca della más vecino
Le da favor y el ánimo doblado;
Verdad quiero por musa y compañera,
Razon que va sin miedo en la carrera.

Con tiempo dan su vuelta los triones,
Y con tiempo los sinos y planetas,
Y con tiempo se acaban los varones,
Que son las vidas nuestras, las cometas,
Y se acaban las galas y envinciones,
Y con tiempo verná el són de trompetas,
Con tiempo dan su vuelta el sol y luna,
Con tiempo da su vuelta la fortuna.

Y con tiempo los árboles floridos,
Las hojas y las flores desguarnecen,
Y á muchos señores favoridos
Con el tiempo los reyes aborrecen,
Y con tiempo los pobres muy perdidos
Se cobran y los ricos empobrecen;
Y con tiempo los mozos muy galanos
Se tornan viejos, blancos y muy canos.

Con tiempo los favores y riquezas
Se mudan y se pasan nuestros años,
Y con tiempo las fuertes fortalezas
Se pierden y les vienen muchos daños;
Con tiempo se olvidan las proezas

De hechos que han pasado muy extraños,
Y con tiempo se acaban los oficios,
Los altos y muy grandes edificios.

Cual están Babilonia ya, y Cartago,
El imperio de Grecia y altas sillas,
De Troya ya sabréis aquel estrago
Que hicieron entrando las cuadrillas
De Ulíses y el caballo dentro vago,
Que feneció la guerra y las coxquillas;
Enéas escapó y se vino al puerto,
Y despues fundó á Roma ántes de muerto.

Con tiempo se acabaron los troyanos,
Murió Héctor, de griegos no vencido;
Con tiempo se acabaron los romanos,
Que habian tantos años florecido,
Ganando tantos reinos por sus manos
Quel mundo ya tenian sometido;
Dejádoles ha el tiempo la memoria,
Quitándoles los triunfos y la gloria.

¿Adónde están los godos que en España
Reinar todos querian á porfía,
Y el tiempo les quitó tanta maraña
Y el deseo de mandar y fantasía?
Y el tiempo es quien á muchos desengaña,
Remuerde la conciencia cada dia;
Abre, dice, el ojo y pensamiento,
Y mira que te pasas como el viento.

¿Qué es de Bernardo el Carpio señalado,
Adónde estará agora Ruy Diaz,
El Cid que fué en España tan nombrado
De todos, se acabaron ya los dias,
Y aquel gran Capitan tan esforzado
Que siempre durarán sus valentías?

¿Adónde están los príncipes y reyes
Que dieron tantas órdenes y leyes?

El tiempo muda todo cuanto vemos,
Y mudó tambien cuanto ha pasado,
Y ansí lo que hay agora lo verémos
Mudar, pues que ya todo lo ha mudado;
Y digo que si al tiempo le creemos,
Que no será uno solo el engañado,
Que muchos con el tiempo confiaron,
Y los más dellos juro se engañaron.

Revuelve sobre tí, que vas perdido,
Mira que has de morir y ten cuidado.
Hablo con el mancebo que aturdido
Tras el mundo se va y embelesado,
Mira que has de ser viejo carcomido.
Conoce la virtud, deja el pecado.
Acuérdate, cristiano, de la gloria,
Del infierno y del juicio ten memoria.

Y que dura la vida pocos años,
Y la muerte se llega muy aína,
Y el mundo nos engaña, y sus engaños
Son una falsa y loca golosina,
Que sus placeres causan muchos daños
Y hacen nuestra vida ser malina,
Y hace que el regalo y vicio tierno
Se pague con el fuego de infierno.

La vida es como sombra de nublado,
Que lo deshace el sol y lleva el viento,
Y suele el hombre estar muy descuidado,
Y la muerte le dice en un momento:
Camina, que te estás muy reposado,
Que ha hecho ya tu vida el cumplimiento;
Y no basta ser rico ni ser fuerte,
Que lo vence la pobre y flaca muerte.

No hay quien esto ya no haya sabido,
Y vemos venir pocos á la enmienda,
Y de contino el mundo más perdido,
La cudicia ya lleva suelta rienda;
Y el que tiene justicia no es oido
Si no viene delante con la enmienda,
Y en lo que paran éstos lo dirémos
Al otro nuevo canto que harémos.

CANTO QUINTO.

EN EL CUAL ACABA LO PROMETIDO EN EL SONETO DEL CUARTO CANTO ÁNTES DESTE, CON DOS SONETOS AL CABO, CONTRAHECHOS Á LOS PASTORILES, EN EL UNO HACIENDO UN CASAMIENTO DE TODOS LOS PERSONAJES QUE AQUÍ TRATARÁ, Y EL OTRO SERÁ EL BAILE DELLOS Y LOS CONVIDADOS.

La hambre del dinero y la cudicia
Prometí de cantar en este canto
Del deseo de mandar y de avaricia,
Y cómo por aquí perdemos tanto,
Que se nos deshereda la justicia.
Ayuda, Musa mia, á todo cuanto,
Y abre mis sentidos y las mentes,
Y dame consonantes convinientes.

La hambre de dineros á quien toca
Es cosa que jamas tiene hartura;
Dineros dice siempre por la boca,
Y por todas las vias los procura
A diestro y á siniestro, y donde topa,
Tenellos tiene sólo por ventura,
Perdida de las gentes la vergüenza
Y el temor á Dios y la conciencia.

Cudicia es su vecina y compañera,
Que ella tambien los busca de contino
Y á todo se abaja esta rastrera,
Que tiene las costumbres del vecino,

Y lo que vos teneis ella quisiera;
No quiere más razon ni más camino
Que henchirse los senos y las manos,
Aunque sea quitallo á los hermanos.

Del deseo de mandar que he prometido,
Tambien quiero decir alguna cosa,
El que ya tiene un cargo muy subido
No por eso descansa ni reposa,
Por el que tiene el otro da gemido
Y vive con la envidia deseosa;
Es cosa manifiesta y conocida
Que no se harta nadie en esta vida.

El que tiene avaricia no se harta,
Ni pienso que jamas tendrá hartura,
Porque cuanto más tiene más le falta,
Y aquésta es su planeta y desventura;
Mas á tiempo verná quien nos aparta,
Y allá le hartará en la sepoltura
De tierra, porque hay mucha, y de terrones,
Pues nunca le han hartado los doblones.

Y pienso proseguir, aunque no basta
La tinta ni el papel ni los reglones,
A contar desta vieja y mala casta,
Ni de su mala hija y condiciones;
Aquesta vieja mala es la que gasta
A su hija que ciega mil varones;
Diré quién sea el padre de Cudicia;
Que el nombre de su madre es Avaricia.

PROSIGUE EN TERCETOS.

De su casa y morada y su gobierno,
Os quiero yo decir lo que he sabido,
Que vive en lo más hondo del infierno,

Por ésta se perdió aquel su marido,
Que primero que agora fué casada,
Y adúltera tambien dicen que ha sido [1].

Que vivió de contino amancebada
Con otro lacerado en amicicia,
Y deste la maldita fué preñada.

Parió de cinco meses la Cudicia [2],
Y áun dicen que movió y que fué abortada;
Su ama la crió, que es la Malicia.

Y así quedó tan mal acostumbrada,
Que roba cuanto puede de contino,
Con vida muy exenta avergonzada.

Ora sea de pariente ó de vecino,
En desear emplea el pensamiento;
Su madre la mostró tan mal camino.

Su madre fué casada, como cuento,
Y tuvo por marido conocido
El que ella más acarizó avariento.

Y fué tan miserable y encogido,
Que pienso nunca tuvo acá contento,
Pues allá ya sabréis el que ha tenido.

Pobres le demandaron más de ciento,
Y nunca dió un real el miserable;
Demonios le atormentan más de un cuento.

Bien me podeis creer en cuanto hable,

[1] Adúltera, porque no está con uno, sino con todos los que la quieren. (*Nota del autor.*)

[2] De cinco meses, porque la codicia no espera tiempo. (*Id.*)

Que yo lo probaré con buen testigo;
San Lázaro fué á él á demandarle.

Los perros le soltó como enemigo;
Allá está puesto agora en aquel horno,
A do nunca terná ningun amigo.

Abrásale la sed y aquel bochorno
Que durará por siempre y de contino;
Terná muchos diablos en contorno,

Y nunca le darán agua ni vino,
Y aunque más voces dé, no hay quien responda,
Que allí ha de pagar su desatino.

Por siempre ha de morar en casa honda,
Y aquélla es su morada desdichada,
Que no es ancha cuadra ni redonda.

Allí mora tambien su desposada,
En esta casa lóbrega escondida,
Y allí mueren de hambre desastrada.

Cuando la dejan dar una salida
Viene á buscar su amigo tan amado
En casa de su hija muy querida [1].

Y hallólo muy bien aposentado,
Que tiene aderezado un aposento
Con paños de deseo muy colgado.

Y tórnanse á juntar con gran contento,
Y otra hija peor han engendrado,
Que no deja holgar el pensamiento.

[1] Aunque el avariento está en el infierno, la avaricia va y viene á llevar otros. (*Nota del autor.*)

Envidia fué su nombre declarado,
La cara regañada y desdeñosa,
El cabello muy crespo y desgreñado.

Ceñida una culebra temerosa,
El bien de sus hermanos le da pena,
Y siempre vive triste y envidiosa.

Mira si de tal madre ha de ser buena,
Que á ésta y á su hermana en compañía
Les aconseja siempre sobre cena.

Procuraréis ganancia cada dia,
Buscad por cualquier via plata y oro,
Dineros y otras cosas de valía.

Y ansina juntaréis muy gran tesoro,
Y daros ha maridos vuestro padre;
Mira que lo sirvais, que yo lo adoro.

Y en esto agradareis á vuestra madre;
Tomad, hijas, muy bien este consejo;
Así lo que os deseo obtenga y cuadre.

Y como halló en ellas aparejo,
Quedó tan imprimido en su memoria,
Que lo han tenido siempre por espejo.

Ya no se habla agora de otra historia,
Por esto se irán muchos al profundo,
Por esto perderán otros la gloria.

Por esto anda perdido todo el mundo,
Por esto no hay amigos ya perfetos,
Por esto no veréis rostro jocundo.

Por esto andan pidiendo mil provetos,

Por esto vemos muchos muy mejores
A otros más ruines ser sujetos.

Mudemos el querer ya, mis señores;
Con otras dos hermanas diferentes
Serán de más provecho los amores.

Aquéstas tienen lindos continentes,
Son de muy buena gracia y son hermosas,
Que agradan y contentan á las gentes.

Largueza y Caridad son las graciosas
Que tienen mil virtudes recogidas,
Y todas son sus obras virtuosas
De gloria y de valor ennoblecidas.

SONETO.

Al casamiento de los contenidos en este canto: contrahecho.

Casado á la miseria Anton deseo,
Su nieto con la hija de avaricia,
Pobreza fué madrina de cudicia,
Padrino fué el pesar ya no poseo [1].
Presente el pensamiento y devaneo
Que trojo al sacristan por amicicia,
Allí estuvo laceria y la justicia
Y el deseo de mandar con un manteo [2].
Malicia de placer tañó el pandero [3],
Y allí bailó don Pedro no tenemos [4],

[1] Miseria, abuela del deseo de dineros. La hija de avaricia es codicia, hija primera. (*Notas del autor.*)
[2] El deseo de mandar suele estar encubierto, y por eso dice con un manteo.
[3] Malicia es el ama de codicia.
[4] Don Pedro y su primo fueron convidados.

Que fué el año pasado caballero.
  Tambien bailó su primo buscaremos.
Envidia dijo á todo yo no quiero [1],
Ni quiero que á los novios los dejemos.

OTRO.

  Bailaron en la boda el mesmo dia
La madre del deseo [2] y desposada [3],
Y el otro del manteo de emboscada [4]
Se la salió á quitar, que la queria.
  La madrina bailó, que bien sabía [5];
La fiesta con placer fué celebrada;
Bailó tambien laceria [6], aunque preñada,
Con el pesar padrino en compañía.
  Anduvo allí malicia muy contenta [7],
Que estaba allí su amigo el pensamiento,
Y envidia de pesar estaba llena [8].
  La justicia tenía muy gran cuenta [9],
Y el sacristan estuvo muy atento,
Y fuéronse á acostar todos sin cena [10].

[1] Envidia, hija segunda de avaricia. (*Notas del autor.*)

[2] La madre del deseo es necesidad.

[3] La desposada es codicia.

[4] Y el otro del manteo se la salió á quitar, porque él tambien la quiere para cuando tenga mando.

[5] La madrina es pobreza.

[6] Laceria está siempre preñada, que no osa echar de sí lo que tiene: bailó con el pesar, porque anda con ella siempre pesándole de lo que se gasta.

[7] La malicia tiene por amigo al pensamiento, porque ella anda siempre imaginando.

[8] Envidia tenía pesar que casaban á su hermana y á ella no.

[9] La justicia y el sacristan fueron convidados y estuvieron muy atentos, porque así conviene.

[10] No se cenó en esta boda, porque de tal parentela ya podréis ver.

CANTO SEXTO,

EN EL CUAL CANTA DE COSAS DE AMORES POR VARIAR DE LECTURA; PRIMERAMENTE UNA PARTENCIA DEL AUTOR Á LO PASTORIL, CON ALGUNOS SONETOS DIRIGIDOS Á LA OBRA, Y UNA EXCLAMACION CONTRA EL AMOR Y UNA SENTENCIA CONTRA EL AMOR, Y CIERTAS CONDICIONES QUE LE MANDAN GUARDAR, Y UN SENTIMIENTO QUE HACEN LOS SENTIDOS QUEJÁNDOSE DE LOS OJOS.

DESPEDIDA DEL AUTOR Á SÍ MISMO.

Habiendo de partirse
Un pastor de su tierra y su majada,
Comienza á despedirse
Con voz disimulada,
Llevando su tristeza muy callada.

Con el rostro sereno
Cubierto su pesar iba callando;
Mostraba que iba bueno,
Mas es disimulando,
Que el aire con suspiros va inflamando.

De todo se despide;
A Dios deja la patria tan amada,
Y al propio le pide
Le dé buena tornada;
Dejó sola una cosa muy callada,

Y desta no dió parte,
Porque ninguno sepa su tristura,
Que ya de ningun arte
Le pueden dar la cura,
Ques mal que sanará en la sepoltura.

Y este dolor le aqueja
De suerte que le llega á las entrañas,
Y nunca ya le deja;
Sus penas son tamañas,
Que hubieran consumido las montañas.

Y áun no puede reirse,
Porque le da el dolor muy gran tormento,
Y al tiempo de partirse
Le crece el sentimiento
Y muestra que se parte muy contento.

Y dice sin placer,
Llevando su memoria tan revuelta :
¿Pues no lo he de tener?
Quiero cerrar la puerta,
Dejándola al pesar contino abierta.

Despues de despedido
De amigos y parientes y mujeres,
Y al campo ya salido,
Escucha si quisieres,
Despide los contentos y placeres.

Adios, mi fresca vega
Y todas las doncellas tan graciosas;
Adios, que se me niega

Serviros y otras cosas,
Ques veros de contino tan hermosas.

Adios, mi buen hermano;
Adios, todos mis primos y parientes;
Adios, que este verano
Y los demas siguientes
Serán mis pasatiempos diferentes.

Adios, las ninfas bellas,
Que ya no puedo estar do fuí criado
Y pésame el no vellas;
Destiérrame mi hado;
Adios, pasto sabroso á mi ganado.

Adios, los pasatiempos
Que yo solia tener con mis amigos;
Adios, los frescos vientos
Que agora los suspiros
No pueden consolar los males mios.

Adios, mis camaradas,
Que fuimos en la guerra compañeros;
Adios, cosas pasadas;
Adios, los escuderos,
Que voy á vivir con marineros.

Adios, la fértil sierra
Tan llena de perdices, los oteros
Que dejó ya mi perra,
Tambien los cazaderos,
Y me voy á otros reinos extranjeros.

Adios, las frescas fuentes
Que estais en el verano tan heladas;
Adios, claras corrientes
Que venis derribadas
De las peñas muy altas y nevadas.

Adios, frescas verduras
Del agua cristalina regaladas,
Do tuve yo holguras
Que son penas dobladas
Que dan en el ausencia mil lanzadas.

Adios, las arboledas,
Que mi partida es ya determinada,
Quedaos frescas y ledas;
Adios, mi deseada,
Que vas en mis entrañas tan sellada.

Irá en mi pensamiento
En buena de contino ó mala suerte,
Y no terné contento,
Mi alma, yo sin verte,
Y te pienso querer hasta la muerte.

Y si yo ántes muero,
Por fuerza de natura he de olvidarte;
Mas si mueres primero,
La tuya no es ya parte
Para que deje yo de contemplarte.

SONETO.

Si en canciones, octavas y sonetos
Descubro de mi amor algunas vias,
Lo hago desmintiendo las espías,
Que en mi pecho son otros los concetos.
Allí están mis amores más perfetos,
Que yo podré explicar en glosas mias,
Mis coplas de placer irán vacías
Y por el mesmo estilo los tercetos.
Y pido yo al discreto que leyere,
Sin borrar me corrija los errores
Y enmiende lo que mal le pareciere,
Con tal que las enmiendas sean mejores,
Y dando aquel sentido que requiere,
Y á mis versos ayuden sus favores.

Convídame el dolor que sea el sentido
De mis obras á lamento enderezado,
Y fuérzame el gran bien que yo he perdido
Por lo que vivo siempre tan penado,
Tengo mi corazon tan afligido
Cual se verá adelante figurado,
Cantaré mis amores disfrazados
Por dar algun alivio á mis cuidados.

De mi vista y mis ojos se han quejado
El cuerpo y los sentidos cuantos son,
Y el pensamiento está muy lastimado
De ver con tanta pena al corazon,
El cual de mil pesares va cargado,
Que nunca ya le deja la pasion,
Y dice : ¿Qué me quieres, pensamiento,
Pues no me puedes dar ningun contento?

El cuerpo dice: Ya pasó mi gloria
De todo aquel placer que ántes tenía,
Quedóme solamente la memoria,
Que me da más pesar que no alegría,
Ques cosa conocida y muy notoria
Que siempre carga el mal con su porfía:
Al cuerpo sin ventura y desdichado
Los ojos le han traido á tal estado.

En ésta los sentidos muy penados
Amuestran su dolor de tal manera,
Que dicen que se cuentan por finados
Y que hacen triste vida y lastimera;
Que los tiene el tormento tan cansados,
Que velan ya la noche toda entera;
Dicen que de su mal y sus enojos
La causa principal fueron los ojos.

El pensamiento busca muchas mañas
Por dalle el corazon el alegría;
Mas aunque prueba muchas muy extrañas,
No le basta alegrar tan sólo un dia,
Porque lo arranca amor de las entrañas
Y tiene grandes vascas y agonía.
Y dice el pensamiento: Son traidores
Los ojos porque causan mal de amores.

El pobre corazon está doliente,
Y tiene parasismos cada hora,
Y nunca se le quita el accidente
Despues que se partió de su señora;
Cuando se huelga y canta la otra gente,
Entónces él suspira, gime y llora,
Diciendo: Deste mal y desatino
Los ojos y la vista son camino.

PROSIGUE EN TERCETO.

Yo, cuerpo sin ventura, hago el canto,
Que quiero aquí cantaros mil clamores,
Y su nombre más cierto será llanto.

Aquí veréis quién es el mal de amores,
Que os pondrá compasion y maravilla:
Entraron por la vista mis dolores.

Y agora han hecho asiento y tienen silla
En el pobre corazon tan lastimado,
Y danle tanta guerra ques mancilla.

Y todos contra él se han conjurado,
Y con todas sus fuerzas y poderes
Le tienen de congojas muy cercado.

No puedo socorrer, pues que no quieres,
Le dice el pensamiento con fatiga,
Reparos de otras damas ni placeres.

¿Qué sirve ese socorro, pues que hay liga
Y todos los poderes se han juntado,
Y tambien la memoria es mi enemiga?

Y el ciego amor tambien está enojado,
Fortuna ha bien mostrado sus enojos,
Y cada cual embiste por su lado.

El ciego acometióme por los ojos
Y hasta el corazon entró el rapaz,
Y lleva las entrañas por despojos.

Y esto hace de envidia y de sagaz,
No quiere á los que ven por sus amigos,
Mi ventura tambien anda de paz.

Y todos de mis males son testigos
Y huélganse de ver mi perdimiento,
Y muéstranse muy claros enemigos.

Acometió el pesar con otro ciento,
Que tiene hecha ya la batería,
Y cobró en este asalto atrevimiento.

Y el pobre corazon se defendia
Tirando mil suspiros voladores,
Usando desta flaca artillería.

Y danle las congojas trasudores,
Abrásale el amor en vivo fuego,
Aquí son los pesares gastadores.

El general llegó desasosiego,
Y hizo que tirasen una pieza,
Y dióle al corazon que no lo niego.

No me quiso acertar en la cabeza
Porque fueron los ojos artilleros,
Mira qué gran trabajo y extrañeza.

Y fueron en tirar tan acerteros,
Que me han dejado triste y lastimado,
Ellos que habian de ser mis compañeros.

Un tiro de aficion han disparado,
Con que están aturdidos los sentidos
Y el cuerpo por mil partes quebrantado.

Daré por esos campos mil gemidos
Que mueva á compasion los animales,
Las planetas y piedras sin sentidos.

A todos contaré mi suerte y males,

Porque sepan mi pena ya las gentes,
De lágrimas haré rios caudales.

Los ojos quiero yo que sean fuentes,
Pues que dellos me vino mi tormento,
No les ha de valer inconvenientes.

No piensen que es de burla lo que siento,
Que la música y canto y melodía
Le dan á mi tristeza crecimiento.

No me quejo de tí, señora mia,
Sino de mi ventura y mala suerte,
Que siempre vi en tu rostro el alegría.

Y agora no te veo y veo muerte,
¡Oh campos deleitables y graciosos!
¿Por qué no remediais un mal tan fuerte?

¿Y qué es de los placeres amorosos,
Aquel dulce mirar de mi querida
Y ratos de contento tan sabrosos?

Espántome de ver que tengo vida,
Y cómo no me ha muerto tanto daño,
Con larga soledad tan desabrida.

Hago muy triste vida en reino extraño,
Faltando aquella vista tan hermosa
Que vide por mi mal desde aquel año.

Mas digo por mi bien y no otra cosa,
Pues que tengo en mi alma su figura,
Que sustenta mi vida peligrosa.

Siempre me llamaré ya sin ventura,

¡Oh aves y animales y las fieras!
¡Ay, que os matará mi gran tristura!

Mi mal es de tal suerte y tan de véras,
Que no hallo remedio á mi pasion;
Doleos de mis quejas lastimeras,
Que mis ojos han muerto al corazon.

SONETO.—EPITAFIO.

Aquí yace este cuerpo ya difunto,
Que le entraron por fuerza los contrarios,
Aquí tambien los ojos adversarios
Mueren y el corazon y todo junto.
La vista de mirar ya perdió el punto
Y quedan los sentidos todos varios;
Fuéronse los pensamientos solitarios;
Dejaron en la tierra su trasunto.
Amor vino corriendo por despojos
Que no quiso perder tal ocasion;
Halló que eran quebrados ya los ojos,
Y pensaba llevarse el corazon;
Allí no lo halló y recibió enojos,
Que allá lo ha de hallar do su aficion.

CANTO SEPTIMO,

EN QUE ACABA LO QUE PROMETE AL SEXTO CANTO, EN DIFERENTES COMPOSTURAS, OCTAVAS, TERCETOS, COPLAS Y SONETOS.

Al tiempo que el dios Marte belicoso
Andaba por Granada tan sangriento,
Andaba el dios de amor tan amoroso
Cuanto el otro cruel y violento.
El uno siempre armado y riguroso,
El otro con su arco y muy contento;
Daba el uno trabajos y dolores
Y el otro da regalos con amores.

Andaban todos dos con gran pujanza,
Mostrando sus poderes cada uno;
Cupido lleva á Vénus con templanza,
Y Marte de la mano lleva á Juno
Y en la derecha lleva gruesa lanza.
Vénus dijo: No maten á ninguno;
Hinchamos ya de amores esta tierra;
La otra dijo: Sangre quiero y guerra.

Vinieron todos cuatro en diferencia,
Y al cabo desta suerte han concertado
Que allá haga su guerra y su pendencia
El Marte en las campañas apartado,
Y amor muestre sus mañas y potencia
Con damas y galanes en poblado;

Crecieron mis trabajos y dolores
Habiendo de servir á dos señores.

Salia yo con Marte bien armado,
Estando del amor muy mal herido;
Al uno le servia de soldado,
Del otro era vasallo muy querido,
Y era de ambos á dos paniaguado;
Mira cuál andaria mi partido,
Que estaba en mis contentos algun rato,
Y sonaban apriesa arma y rebato.

En un punto saltaba, ¡oh cuerda cosa!
Y por verme en el hierro revestido
Dejaba á mi señora tan hermosa:
Entónces era della más querido,
Que la hace el peligro sospechosa,
Contábame delante por perdido,
Diciendo : Dios te guarde, vida mia,
Que no tengo otro bien ni otra alegría.

Tambien habia otros desta suerte
Que andaban del amor muy enlazados,
A otros daba Marte cruda muerte,
A otros da el amor muchos cuidados.
A cada cual tocaba allí su suerte;
Los más tenian amor y eran soldados:
El uno incita amores y holganza,
El otro incita á guerra y á venganza.

Pues las hermosas no holgaban,
Que tambien su trabajo padecian;
Y viendo á los galanes que se armaban,
Ellas con gran temor se estremecian;
Los flacos corazones les temblaban,
Y del furor de Marte se temian;
Temíanles la muerte y la tornada
No fuese con pesar descalabrada.

Mira cuánta discordia que pusieron
Los dioses diferentes con sus obras,
Los dos mucho contento nos trujeron,
Los otros de pesar nos dieron sobras,
Los unos de regalo nos hincheron,
Los otros nos cargaron de zozobras,
Los unos dan deleites y dulzuras,
Los otros crudas muertes y amarguras.

Despues los vi mudados diferentes;
Cansóse ya el Amor de dar solaces,
Y el otro se cansó de matar gentes,
Despues de tanta guerra trujo paces;
El otro hizo burlas insolentes,
Que hizo como hacen los rapaces,
Que empiezan con sus juegos de burlando,
Despues salen de véras y llorando.

Así me acaeció y á mis amigos,
Que á todos nos dejó despues burlados,
Y desto serán ellos los testigos,
Porque estaban los más enamorados.
Presos y muertos ya los enemigos,
Nos vimos del Amor más lastimados;
Trocónos los placeres con el llanto;
Mudó nuestros regalos en quebranto.

Tratónos el traidor con estas mañas,
Y diónos gran ventura á lo primero;
Despues hizo cruezas muy extrañas,
Guardónos todo el mal á lo postrero.
Vencimos á los moros en montañas,
Y venciónos un ciego ballestero;
Y no bastó vencernos la porfía,
Mas llevónos el bien que dado habia.

Pues yo, que fuí á la parte en el ganar,

Tambien tuve al perder la parte mia,
Que vide aquellos ojos yo llorar,
Que me causaban ántes alegría;
Llegóme á las entrañas el pesar
De vella que lloraba y se partia;
Dejóme Amor gozar de los amores,
Y fué para doblarme los dolores.

SONETO.

Aquí quiero acabar con el soneto,
Que me pone el dolor gran destemplanza,
Y pues me falta el ver y la esperanza,
No puedo decir más y os lo prometo;
Que me deja el pesar ya tan sujeto
Y ver de amor la burla y la mudanza,
Que ya no terné dél más confianza,
Que me ha puesto tres veces en aprieto.
Pensára que tan recia diferencia
Nunca jamas se viera apaciguada,
Quien viera de Cupido la pendencia,
De Marte y de las diosas tan trabada;
Mas volvió Amor en mí su gran potencia
Al tiempo que ya Marte alzó su espada.

LOS AMADORES, VIENDO LAS BURLAS DEL AMOR, CLAMAN Y PIDEN JUSTICIA.

Y viendo tanto mal como ha causado,
Moviéronse infinitos amadores;
Llegaron á la córte sus clamores
Y envian un juez apasionado;
Y éste se holgó de ser nombrado
Por hacer en Amor algun castigo,
Que es su mayor contrario y enemigo,
Y contino lo ha sido declarado.

LLEGA EL JUEZ DE COMISION Y RESIDENCIA.

Un juez de comision es ya venido,
Que viene de la córte del tesoro
Sobre los maleficios de Cupido,
El cual es interes que trae oro,
Y un alguacil mayor que lo ha prendido.
Amor está de enojo hecho un moro;
Reniega ya de interés como un perdido;
Tambien del alguacil que él ha traido.

El alguacil mayor es pagamento,
Porque es para prender muy diligente;
Alcanza cuanto quiere en un momento,
Y le sirve con placer toda la gente,
Haciendo cuanto manda con contento;
Y así lo prendió luégo en continente,
Y tiénelo en prision maniatado,
Y el arco lo ha el juez depositado.

Agora sí que tiene Amor su pago
Del mal que á muchas gentes tiene hecho,
Que andaba con furor haciendo estrago,
Y agora por la tierra trae el pecho,
Y hácenle que pase él este trago;
Porque nunca guardó á nadie derecho,
Y el interés le vence su potencia,
Porque es tambien juez de residencia.

Aquí le toma cuenta muy estrecha
De tantas sinrazones que hacia,
Por qué tiraba á todos con su flecha
Sin guardar á ninguno cortesía;
Pasar tiene carrera bien derecha,
Sabrémos el poder de quién tenía
Para andar él haciendo sinrazones
Hiriendo cada dia corazones.

ACUSACION DE LOS GALANES.

Acúsanle de hurtos que ha hurtado,
Tambien dicen que hizo mil cohechos,
Tambien de matador le han acusado,
Y que con un arpon pasaba pechos,
Y desto el interés está enojado,
Y quiere averiguar todos sus hechos;
Halló que por un hora de alegría
El contento de un año les tenía.

Los hurtos del Amor son ocasiones
Que hace que perdamos cada credo
Usando de contino de traiciones,
Y hace que las damas tengan miedo.
No quiere que lo sepan los varones
Y manda que nos muestren rostro acedo,
Y aunque se estén de amores abrasando,
Las hace de vergüenza estar callando.

Cohéchanos tambien nuestro sosiego,
Prométenos amor de lindas damas
Y déjanos metidos en el fuego,
Y atiza con suspiros él las llamas,
Y hácese á lo largo y huye luégo,
Y es parte que se pierden muchas famas.
Mira si éstas son cosas hacederas,
Pedimos la sentencia y muy de véras.

No sólo los galanes se han quejado,
Que hay diferente suerte de querellas,
Los frailes al jüez se han lamentado,
Y quéjanse las monjas muchas dellas
Que no las deja en paz en lo encerrado;
Y quéjanse viüdas y doncellas,
Y dijo un viejo ya de muchos dias
Que Amor le manda hacer mil niñerías.

Dijeron las doncellas, enojadas,
Que Amor les daba penas muy agudas
Y las hace por fuerza estar calladas;
Y dicen por su parte las viüdas
Quellas son del amor muy maltratadas
Sabiendo que están solas sin ayuda;
Quejáronse casados y casadas,
Que no las deja en casa sosegadas.

Tambien un pastor vestido de pellejas
Venía más que todos enojado,
Que dejaba en el campo las ovejas
Sabiendo que el juez era llegado;
Ardíanle de enojo las orejas
Y venía sudando y muy cansado;
Temiendo de decir mal su razon,
Trújola ordenada en peticion.

PETICION DEL PASTOR.

Nosotros los pastores no queremos
Andar en amoríos ni fatigas,
Que harto trabajo nos tenemos;
Déjennos en paz comer las migas,
Que otra cosa ninguna no queremos.
¿Qué habemos de hacer teniendo amigas?
No pudiendo dejar nuestros ganados,
¿De qué aprovecha ser enamorados?

Y cuando vió el juez la peticion,
Que pastores y todos se han quejado,
Sin duda, dijo, tienen gran razon;
¿No veis este rapaz desvergonzado?
Y, pues tengo bastante informacion,
Lo pienso de poner en tal estado,

Y dalle la sentencia de manera
Que no alce cabeza en nuestra era.

EL JUEZ AL AMOR.

Alegad vos, Amor, vuestro derecho,
Y responded, que os tienen acusado.
Responde que, si daño alguno ha hecho,
No lo deben tener por tan culpado,
Que piensa cada cual á su provecho
Gozar de los amores descansado;
Y, pues teneis, señor, el mando y vara,
Encárgoos mi justicia, ques muy clara.

Y tienen otra flor estos señores,
Que piensa cada cual ser namorado,
Y quieren que les vengan los favores
A pesar del amor y sin cuidado,
Y sin pasar trabajo y sin sudores
Querrian alcanzar lo deseado;
Mirad la sinrazon de aquesta gente,
Y así daréis sentencia más prudente.

Yo he sido sobre todos señalado,
Y soy de grandes hombres conocido,
Y tiénenme en prision maniatado
Sabiendo que me llamo el dios Cupido,
Y á dioses y á los reyes he llagado,
Y á todos con mis flechas he vencido;
Maté á Piramo y Tisbe en un proviso,
Por mi mano tambien murió Narciso.

Y agora han allegado mis dolores
A tanto, que se quejan las viüdas
Y frailes y los viejos y pastores,

Y las monjas, con lenguas muy agudas,
Tambien muestran que sienten mal de amores;
Tuvieran más razon de estar ceñudas
Las casadas honestas y doncellas,
Aunque tienen la culpa algunas dellas.

No quiero decir más, aunque pudiera,
Que me veo en prision y estoy medroso;
Verme fuera de aquí sólo quisiera,
Mirad que era señor muy poderoso,
No sea la sentencia mucho fiera
Y no seais juez muy riguroso;
Y aunque tengais razon y gran potencia,
Parece bien justicia con clemencia.

SENTENCIA EN EL PLEITO, QUE ES ENTRE EL AMOR AUTOR Y LOS AMANTES REOS, AUTOR EN LOS AMORES Y LOS AMANTES REOS Y EN EL PLEITO AUTORES [1].

Fallo yo por mis leyes y razones
Que merece el Amor ser desarmado
Y el arco debe estar depositado;
Y á él que sea libre de prisiones,
Mas ha de ser guardando condiciones
Que le serán delante declaradas,
Sujeto á las mujeres namoradas
Que hagan burla dél y sus pasiones.

El Licenciado Interes.

LAS CONDICIONES QUE EL JUEZ DA AL AMOR SON ÉSTAS:

Item, mando si tiráre,
Que el tiro sea sencillo;

[1] (Sic.)

Y la flecha sin cuadrilla,
Con la mano la dispare;
Y cuando alguno acertáre,
No pueda matar de amor,
Y que su mayor dolor
Fácilmente se repare.

Item, mando que solteras,
Como siempre sean exentas,
Y que estén más descontentas
Cuando él venga más de véras,
Y con las monjas parleras
Mando que no se embarace,
Ni con los frailes se abrace,
Que están sus fuerzas enteras.

Y mando que á las doncellas
Las hiera secretamente,
Que no lo entienda la gente,
Y esto por la honra dellas.
Las viudas el dar querellas
Ya lo tienen de costumbre,
Mando que deje su lumbre
Las honestas que hay en ellas.

Item, mando á las casadas
Deje estar; y á los casados
No los traya embarazados,
Porque son burlas pesadas,
A los de barbas nevadas
Que tienen blancos cabellos,
No se embarace con ellos,
Que sus fuerzas son pasadas.

Déjelos estar en plaza
Hablando de casa y rentas,
Que les basta vino y cuentas

Y dar una buena traza,
De amores andar á caza
No cumple al viejo doliente,
Tócale al barbiponiente,
Que nada no le embaraza.

Es vergüenza que pastores
Se quejen de vos, Amor,
Para qué les dais dolor,
Pues que no quieren amores.
Allá, con hombres mayores,
Os daré alguna licencia,
Porque es impertinencia
Tratar de cosas menores.

Con los mancebos galanes,
Hidalgos y caballeros,
Y con esto haya dineros,
Aunque ellos sean Roldanes;
Y con vuestros ademanes
Podréis vos enamoralles,
Y traerlos por las calles
Un año hechos bausanes.

A los que sufren tormento
Y resisten al pesar
Podréis vos enamorar,
Porque tienen sufrimiento;
A los otros no consiento
Que les den bienes ni males,
Y dejallos para tales,
Pues no tienen sentimiento.

Y mando yo que al momento
De prision seas soltado,
Quedando depositado
El arco por mi contento;

Y al alguacil pagamento
Que os mande quitar los grillos
Y os dé flechas sin cuadrillos,
De otra suerte no consiento.

Al alguacil que está aquí
Mando le tengais respeto,
Y seais siempre sujeto
Ni más ni ménos que á mí.
Conviene que vais ansí,
Y tambien que vais en cueros,
Y adonde hubiese dineros
No parezcais vos allí.

Veis aquí adónde os queda
Declaracion y sentencia,
Y daréis siempre obediencia
Al interes y moneda;
Esto le quita y le veda
Y le manda tenga enmienda,
Y siempre en los ojos venda
Sólo porque ver no pueda.

CANTO Á LA OBRA CONTRA EL AMOR.

Ya el arco del Amor se lo han quitado;
La cuerda de humidad ya se ha podrido
Y él queda con los ojos atapado.

Y anda con vergüenza muy corrido,
Que hacen burla dél ya las mujeres;
Mira de dios de amor á qué ha venido.

No quieren sus contentos y placeres
Ni músicas suaves ni envinciones,
Que han puesto en otra parte sus quereres.

Agora quieren más á los doblones,
Y amor anda muy triste y desmayado,
Porque no sirven nada sus pasiones.

Que agora quieren más solo un ducado
Que todos los suspiros y querellas,
Y ríense del que anda muy penado.

Mas no hablo yo agora de doncellas,
Porque suelen tener amor de véras,
Ni de otras que aman como ellas.

Lo que dice mi pluma es de matreras,
Que no quieren amor, sino dineros,
Y fingen gran querer las lisonjeras.

Los tiros del amor, que eran certeros,
No valen, ni sus galas ni sus motes,
Que los reales son más ballesteros.

Muy bien puede tirar ya con birotes
A palomas y caza y al terrero,
O si no haga un arco de bodoques.

Y tornóse en el campo pajarero,
Mas no lo podrá hacer estando ciego;
Mejor se tornaria bordonero.

Mas no puede el interes ya que su fuego,
Que lo deja en mil partes ya vencido,
Y hace de sus cosas burla y juego.

Amor casi del todo está perdido,
Y desde agora pueden ya azotalle,
Que ya su vanidad se ha parecido.

Su juego ya está visto, y en la calle,

Aunque ande todo el dia paseando,
No cura nadie dél ni de llamalle.

Y de vello yo tal me estoy holgando,
Y áun de vello morir me holgaria,
Que anda á todo el mundo ya cansando.

Quitóme este traidor el alegría,
Y agora á él la suya le han quitado;
Y aunque he perdido yo por él la mia,
Me huelgo agora de vello desarmado.

SONETO.

Así estais bueno agora, rapacillo,
Que andábades de ántes muy hinchado;
Mas ya el poder y el arco os han quitado,
Y las flechas están ya sin cuadrillo.
No puedo el gran contento aquí decillo
De veros con los ojos atapado,
Desnudo y en la calle y desarmado,
Sujeto al interes como esclavillo.
Y áun no estoy yo del todo satisfecho,
Que no teneis, traidor, lo merecido
De solamente el mal que me habeis hecho.
Y habeis á mil señores vos herido;
Hicistes muchos nobles pagar pecho;
Mas baste que el dinero os ha vencido.

FIN DEL SÉPTIMO CANTO.

CANTO OCTAVO,

EN EL CUAL SE CONTIENEN ALGUNAS GLOSAS SOBRE LETRAS AJENAS,
QUE HACEN AL PRESENTE AL GUSTO DEL AUTOR.

SONETO.

En tanto que se ofrecen nuevas cosas,
Que plega á Dios se ofrezcan muchas buenas
Que nuestras hojas blancas dejen llenas,
Querria yo hacer algunas glosas.
Si fueren sin placer y no sabrosas,
Irán conforme al gusto de mis penas,
Que bien siente leyendo las ajenas
Quien ha gustado ya las amorosas.
Ausencia, soledad y descontento,
Deseos amorosos congojados
Me hacen escribir de lo que siento.
Placeres y contentos ya pasados,
Que dan al corazon siempre tormento,
Os pienso demostrar aquí glosados.

GLOSA SOBRE UNA OCTAVA AJENA.

Como si los pincháran con abrojos,
Los mios nunca más se han enjugado,
Y siempre de pesar estoy cargado
Despues que me partí de aquellos ojos.

Han hecho ya señales y corrientes
En mi rostro las lágrimas que vierto;
Los suyos son por quien estoy yo muerto,
Por quien están los mios hechos fuentes.

Y tengo cada hora cien antojos,
Y estoy imaginando mil visiones,
Y quítanme el reposo las pasiones;
Cargaron sobre mí tantos enojos.

Son mis dolores de otros diferentes,
Pues anochezco triste y amanezco,
Y son tantas las cuitas que padezco,
Que á compasion de mí muevo las gentes.

Las manos tengo mancas, los piés cojos,
El cuerpo atormentado, y los sentidos
Los dejo y los placeres ya perdidos,
El alma y sér dejéle por despojos.

Letor, si el mal de amores tú lo sientes
Dirás que hice bien en no traellos,
Porque por fuerza habia de perdellos,
Que mal podrán vivir estando ausentes.

El contento lo tengo por gran vicio,
Y vame la tristeza consumiendo,
Y huélgome con pena estar gimiendo,
Y así de mí haciendo sacrificio.

No quiero otro deleite ni ejercicio;
El lugar que es más solo voy buscando,
Y estoyme pensativo y sollozando,
Llorar y suspirar es ya mi oficio.

OTRA GLOSA SOBRE LETRA AJENA HASTA LAS SEIS PRIMERAS.

Tanto ha sido mi amor que desvarío
A todos cansar mi llanto y pena,
Pues canso á la ribera tan amena,
Cansado está de oirme el claro rio.

Los llanos y los cerros levantados
Oyendo mi lamento, y los jarales,
Y matas de espesura y los breñales
Y valles, sotos, tengo importunados.

No siento ya el calor ni siento el frio,
Ni sentia de qué estaban los ganados
Dolientes sin comer, y desmayados
Están de oir mis quejas, ¡oh amor mio!

Los árboles muy altos, meneados
Del viento de suspiros oprimidos,
Despiden de sus ramas ya los nidos,
Alisos, hayas, olmos ya cansados.

Contino está mi rostro con rocío;
Manando siempre agua están mis ojos,
Y en todos los meses tengo enojos,
Invierno, primavera, otoño, estío.

Y como de llorar están usados,
La hierba está crecida y con gran vicio;
Andar es ya contino mi ejercicio,
Con lágrimas regando estos collados [1].

No me doliera el mal ni la fatiga

[1] Hasta aquí la glosa.

Si tuviera de verte la esperanza
Que solia yo tener y confianza,
No fuera la tristura tan mi amiga.

Mas ¿cómo viviré, señora mia,
Privado de tu vista y tu presencia,
Y estando pronunciada la sentencia
Que tengo de vivir sin alegría?

No basta apelacion, que he de sufrilla;
No puede revocarse, que está dada
Por última revista y confirmada,
Y mándame que viva con mancilla.

¡Oh corta ventura! ¡Oh poca suerte,
Que tengo de pasar toda la vida
En lástima tan grande y tan crecida,
Que pienso durará hasta la muerte!

OTRA GLOSA SÓBRE UNA ÓCTAVA AJENA.

Los valles y los montes se estremecen,
Las peñas de dolor se han conmovido,
Y algunas se han abierto y se han caido,
Ya los peñascos duros se enternecen.

Aquí veréis los riscos sin sentidos
Sentirse de mi pena y de mis males,
Se caen y se rompen por señales
Con mis continas quejas condolidos.

Y los suaves cantos ya perecen,
Calandrias, colorines lo han dejado,
Canarios, ruiseñores se han parado,
Las aves que me escuchan se enmudecen.

Y déjanse sus hijos deshambridos
Las águilas oyendo mis pasiones,
Y dejan de cazar ya los falcones,
Y olvidan, de piedad de mí, sus nidos.

Y como mis fatigas siempre crecen,
Los tigres y las onzas y leonas
Dan muestras de pesar como personas,
Los fieros animales se entristecen.

Y muestran que se sienten afligidos,
Y estanse sin comer y están bramando,
Y otras veces están á mí escuchando
Oyendo mis suspiros y gemidos.

Aguarda el jabalí que llegue adonde
Le nacen sus colmillos tan salidos;
Si lloro dan los lobos aullidos;
Todo me aguarda, todo me responde.

Quisiérala hallar, mas no sé dónde,
Aunque hallo los ciervos escondidos,
Y aguárdanme los osos mal heridos,
Sola Silvia me huye y se me asconde.

LAMENTO DE UN PASTOR, EN OCTAVA.

FINGE EL AUTOR QUE SEA ÉSTE EL QUE DEJÓ IR EL GANADO Á SU ALBEDRÍO, Y QUE SE VA QUEJANDO DEL AMOR Y DE FORTUNA, PERDIDO POR LAS MONTAÑAS, Y DESPUES MUDA EL SENTIDO DE PESAR EN CONTENTO, Y LE HACE LA GLOSA Á SU ALBEDRÍO CON LOS NUEVOS AMORES DE OTRA PASTORA.

Su albedrío y sin razon alguna
Me tiene á mí el amor atormentado;

Y, pues mi triste hado lo repuna,
A su albedrío dejo mi ganado;
Contino me contrasta la fortuna,
Y estoy de los placeres apartado,
Y en un lugar desierto habito y moro,
Y el agua que yo bebo es lo que lloro.

Ando perdido en bosques y montañas,
Mis obras son con llanto y desatino,
Amor muestra sus fuerzas y sus mañas
Por acabarme ya triste mezquino;
Ando, como lobo, en las campañas,
Que busca los corderos de contino,
Y así buscando el bien ando perdido,
Sin consuelo, sin seso y sin sentido.

No quiero ya tener conversaciones,
Y huyo de las gentes cuanto puedo,
Para mí los placeres son prisiones,
Y viéneme el dolor cuando estoy ledo.
Quisiera yo saber sus intenciones
Para guardarme del que tengo miedo,
Que mal podrá el placer aprisionado
Resistir al pesar si viene airado.

Ni siento cuanto mal he padecido,
Aunque ha sido dolor á par de muerte,
Duélenme los amores que he tenido,
Que tuve muchas veces buena suerte,
Y agora del amor tan perseguido,
Que yo nunca he sentido mal tan fuerte,
Ni me dice por qué ni en qué manera,
Y háceme las obras porque muera.

Mira cuál estaré con tantos daños,
Por montes y por sierras, donde hay frio
Y crecen mis dolores con mis años,

Y cuanto más me duelen, más porfío,
Que no quiero creer los desengaños,
Y engáñame el placer porque no es mio;
Y así con mi trabajo atormentado,
Me acabará el amor, pues ha empezado.

Y si hubiera podido el desconsuelo,
Me hubiera ya enterrado en la tristura;
Y en estos montes altos y en el hielo
Yo pienso que ha de ser mi sepoltura;
De noche me cobijo con el cielo,
Mi cama es una peña fria y dura,
Y ansí, porque yo muero tan temprano,
Escribo este epitafio de mi mano.

EPITAFIO.

Aquí yace el pastor más desdichado
Que hubo en la montaña ni ser pudo:
Mostróse el dios Cupido muy airado;
Hirióle á su albedrío por ser crudo
Con un arpon cruel sobredorado;
Hizo un tiro tan recio y tan sañudo,
Que lo oyeron por todas las cabañas
Al pasar del arpon por las entrañas.

EL AUTOR.

Aunque este bravo tiro fué pujante,
La intencion del amor no fué dañosa;
Quiso pagarle ya por ser constante,
Y al pasar del arpon sintió una cosa,
Que le pareció á él tener delante
Una gentil pastora muy hermosa;

Quedó con este golpe adormecido,
Echado junto al rio allí tendido.

Aquéste fué primero maltratado,
De amor y de fortuna perseguido;
Agora ambos á dos se han ya juntado,
Y quieren remedialle su partido,
Y dicen ques muy bien, pues ha penado,
Pagalle con favor lo padescido,
Tornando su desdicha y su tristura
En placer y favor y gran ventura.

No es tiempo ya, pastor, de estar echado:
Levanta, oyó una voz que le decia.
Levántase en un punto y se ha hallado
Ligero y más alegre que solia,
Y torna luégo en busca del ganado,
Que solo habia andado todo el dia;
Hallólo por jarales y por cerros,
Juntólo y halagó todos sus perros.

Ya el descuido pasado que tenía
Agora se le ha vuelto en más cuidado,
Ya lo deja pacer por do queria,
Ya aguarda la que atras se le ha quedado,
Y cuanto de pesar hacer solia
Lo hace con placer todo mudado;
Dejábalo perdido en espesuras,
Y agora regalado á sus anchuras.

PROSIGUE CON LA GLOSA DE SU ALBEDRÍO, MUDANDO EL SENTIDO DE PESAR EN CONTENTO CON LOS NUEVOS AMORES DEL PASTOR.

Aquéste es el pastor que fué llagado,
A quien favoreció despues fortuna:

Éste es quien lleva su ganado
A su albedrío y sin órden alguna.

Hirióle aquel arpon de un grave sueño,
Despues se levantó regocijado,
Contento y con placer y muy risueño
Lleva un pastor por Duero su ganado.

Su oficio es ir cantando por el prado,
Almagra sus ovejas una á una,
Y cuando de la hierba se han hartado,
Ora beban del agua en la laguna,

Y mira al corderito cuando mama,
Al que no tiene madre ha amamantado
Y al que está en el trigo no le llama,
Ora destruya el pasto ques vedado.

El pasto ques más tierno va buscando,
A la sombra lo lleva, si hay alguna,
Y huélgase de vello retozando,
A cada cual le siga su fortuna.

De la sal les va dando á cada paso,
Aquí labra un rabel, allí un cayado,
No tiene ya pesar y está muy graso,
Del todo le descuida su cuidado.

A él le quiere mucho otra pastora,
Le llama y da favores cada dia,
Y aquéste que tan triste ser solia,
En lugar de silbar se rie agora.

De ver tanto favor de su señora,
Y viendo tanto bien como ya alcanza,
Cobró del todo aliento y esperanza,
Y así soltó al rabel su voz sonora.

Cantando agradeció su buena suerte,
Y ella lo abrazó y llamó, mis ojos,
Y dijo el abrazado así tan fuerte :
Andaos, mis cabras, tras vuestros antojos [1].

En conclusion, aquésta es la pastora
Que vido retratada en su herida,
Y ella tambien lo fué en la mesma hora
Con una flecha dorada muy pulida.

Aquí los deja juntos este cuento,
Y todo su ganado derramado,
Los unos y los otros con contento,
Las ovejas comiendo en lo sembrado.

[1] Hasta aquí es glosa.

FIN.

RELACION

DE

DON JOAN ZANOGUERA

HECHA Á EL SEÑOR DON JOAN [1] DEL SUCESO DE LA GOLETA Y FUERTE DE TÚNEZ Y ISLA DEL ESTAÑO.

A los trece de Julio 1574 dió fondo la armada turquesca debajo del cerro de Cartago, y habiendo llegado dos galeras primero á reconoscer, salieron de la Goleta á estorbar la desembarcacion el maestre de campo Luis de Sigura Barahona Artieda, don Martin de Benavides, Francisco de Ayala, Rivas de Salazar con quinientos arcabuceros escaramuzando con los turcos y por buen espacio detuvieron la furia, y despues se retiraron los nuestros y sacaron los turcos dos cañones, con los cuales comenzaron luégo á tirar. Dejóse aquel dia la torre del paseo y comenzaron á trinchearse con tanta priesa y presteza, que aunque con la artillería de la Goleta se les hacia el daño posible, se vinieron acercando con las trincheas cuatrocientos pasos adelante de la torre á los diez y siete, donde hicieron una plataforma en medio del arenal y otra á la parte del mar, y pusie-

[1] El Sr. D. Juan de Austria.

ron en entrambas las piezas gruesas, con que tiraban tan contínuamente que hicieron algun daño.

De la Goleta no se pudo salir más fuera, porque no habia á la defensa más de 2.060 hombres, y habia en las estradas cubiertas seiscientos hombres; y llegando como está dicho con las dichas trincheas, pasaron una gran banda de galeras con algunas mahonas á la banda de Arraez y sacaron gente y artillería á la torre, donde fué fuerza dejarla otro dia y volarla, y con la misma fuerza se fueron atrincheando por aquella parte hasta poner la artillería á mil pasos de la Goleta; y á la banda de Cartago, donde se solia ir por tierra, pusieron tres culebrinas con que tiraban á la boca del Estaño y al caballero de San Cristóbal, y con su fuerza y presteza vinieron con sus trincheas hasta poner la batería á cuatrocientos, y batieron los caballeros de San Pedro y San Joan por la parte de Cartago y por la de Arraez, los dos caballeros que estaban en aquella banda; y todavía andando con sus trincheas fortísimas hasta ponerlas á tiro de arcabuz, de donde escopetaban á la gente que parescia en las murallas de la Goleta y entrada cubierta. A este tiempo se les metió un socorro de trescientos hombres, españoles y italianos por mitad, debajo del gobierno de don Joan de Figueroa y Tiberio Bocafusta. Los enemigos sacaron á la banda de Arraez otra trinchea muy desabrigada de la que tenian primero, que eran más quinientos pasos de donde podian tener socorro; y vista la ocasion paresció que no habia sino quinientos turcos en ella. Salieron de la Goleta quinientos hombres con ocho ó veinte caballos y dieron en la trinchea, la cual los turcos desampararon luégo; y ántes que fuesen socorridos

de su gente, les mataron más de doscientos turcos y les tomaron una bandera. Murieron de los nuestros el capitan Valacerca, italiano, y ocho ó diez soldados á la primera arremetida, y por aquella banda no volvieron aquella trinchea hasta venir con otras á ella, la cual hicieron en cinco dias, y pusieron luégo ocho cañones que batian de ordinario los cuatro al caballero del Estaño y los cuatro al del mar á la banda de Cartago, despues que se llegaron á poner sus baterías, las cuales fueron en cinco partes, las cuatro á sus cañones y la otra á siete, y entre ellas habia cuatro basiliscos. Y como los de dentro por la poca gente que habia ó que cada dia con la artillería y escopetería les iban matando y hiriendo, porque los enemigos no empezaron las dichas baterías principales sino tirar á los parapetos y Goleta vieja, al caballero de San Cristóbal y al molino de viento y á la banda de Arraez; y tambien la artillería hacia mucho daño por las casas, por esta causa no se podia hacer salida más de guardar la estrada cubierta. Y un dia, no me acuerdo bien si fué á 3 ó á 4 de Agosto, como á mediodia, con gran furia de gente arremetieron á la estrada cubierta por la banda del Estaño, y peleando los nuestros gran rato les hicieron perder la estrada cubierta de aquella banda y retirarse hasta delante el Zoco, y estando las estachatas y fragatas con la gente ordinaria que solian, se salió á socorrerlos por la parte del canal, donde se volvieron á retirar los turcos hasta la puerta de la estrada cubierta, que habia allí como un traves adonde, ni por artillería que se les tiraba de la muralla con mosquetes y arcabucería, dejaron aquello, ántes se empezaba á trinchear y fué fuerza aventurarse si se

podia echar de allí y no hubo remedio, porque mataron alguna gente nuestra, y ellos, ántes que fuésemos, ya estaban fuertes, tanto que quedaron señores de la estrada, porque llevaron y trabajaron aquella noche, de suerte que amanecieron ya con fagina y tierra entre la estrada y foso, donde fueron caminando de dia sin poderles dañar hácia la espalda del baluarte de San Pedro, siempre por la orilla de la estrada cubierta, donde cortaron de la piedra de la mesma estrada cubierta, hicieron un gran portillo en derecho de la espalda del baluarte, y con grandísima fuerza de olivos enteros y sacas de lana y de tierra hicieron un reparo que llegaba ya á la aguada del foso, que la casa-mata de San Phelipe venía al traves por muchos cañonazos que se le tiraban de ordinario, y no fué parte para que su machina no pasase adelante, ántes pusieron cuatro cañones á la banda del Estaño más dentro de la puerta de la estrada cubierta, donde batieron la casa-mata de San Phelipe y el traves de arriba con grandísima furia y fagina y otros olivos enteros que echaban dentro del foso por la frente y cubriendo de aquel lado de San Phelipe y la frente sería que podrian ir doscientos hombres en hileras.

Ya que tuvieron esto dentro del foso, con dos cañones una noche con gran furia de gente arremetieron á la garita de la banda del mar, que está en la mesma estrada cubierta á San Martin, donde, aunque estaba allí Rivas de Salazar y Artieda con ciento cincuenta soldados, no se pudo resistir, que fué fuerza dejar la estrada cubierta con pérdida de algunos nuestros, y quemaron al dicho Salazar con artificios de pólvora el rostro y las manos y se retiraron á un reparo pequeño que estaba

hecho en la banda de la marina, y los enemigos hicieron allí lo mismo que á la otra banda del Estaño. Y de este tiempo venía muy alta la machina que traian, que en tres dias estaba ya á las dos partes del foso y llevaba poco ménos de altura que el mismo baluarte de San Pedro, y luégo comenzaron por la mesma estrada cubierta á sacar otra á vuelta del caballero de San Phelipe, y esto con tanta priesa y diligencia que no hay juicio de hombres que lo puedan creer sino quien lo vió. Y á este tiempo habia muertos y heridos más de cuatrocientos hombres, y entre ellos algunos capitanes; y dejado en estos términos la Goleta, y por mucho que se trabajaba de noche de lo que batian el dia de los parapetos, no podia estar la gente cubierta en ninguna parte y habia ya muy pocos artilleros, y la más de la artillería desencabalgada y muy batidos ya los baluartes de San Pedro y San Phelipe y San Martin; y aunque se hacian las diligencias que se podian, ansí en los reparos como en echar hombres á nado en el foso á dar fuego á las faginas y á atar con cuerdas olivos enteros de los que echaban en el foso, aprovechaba muy poco, y en San Pedro habian hecho trinchea por dentro para poder estar la gente cubierta. El caballero de San Cristóbal y el de Santiago, que era el que más daño les hacia, tres piezas que tenía, cada dia las desencabalgaba, que sino era de noche no habia remedio de volver á encabalgarlas; y porque yo de ordinario con dos chatas armadas y ocho fragatas una noche sí y otra no iba á Túnez á llevar municiones y bastimentos y á dar relacion á Gabrio Cervellon del estado en que estaba la Goleta, á los tres de Agosto salí una hora ántes del dia con una cha-

ta cargada de pólvora y sus barcones cargados de municiones y vituallas. En siendo de dia hallé que me estaban aguardando quince barcas que los turcos habian echado y dos barcas de las mahonas, donde me fué fuerza hacer dar fondo á las barcas y chatas que llevaba cargadas y pelear con ellos, donde luégo se metieron en huida y se les tomaron dos barcas y echóse á fondo otra y se metieron hasta sus trincheas que tenian á la banda de Arraez y artillería.

La noche siguiente los enemigos cegaron el canal á dos mil pasos dentro de las estacadas, lo hincheron de piedra todo y hicieron un fortezuelo arrimado á las mismas estacadas á la banda de Arraez; y queriendo yo entrar la otra noche, por los contraseños que tenía en la Goleta, me hicieron señal cómo el canal estaba cegado y enviaba por el Estaño soldados á dar aviso de la priesa que se daban los enemigos; y aunque no entré desde aquel dia en la Goleta por estar cegado el canal y haber mucha artillería á todas bandas, siempre iban á hacer daño la vuelta de sus trincheas con los cañones que llevaban las chatas; y como para meterles socorro se podia echar la gente en el seco que está la misma banda de Arraez, aunque ya los enemigos con muy gran diligencia habian ganado la estrada cubierta de la banda de Arraez y puesto tres cañones en la misma estrada cubierta, haciendo trinchea de ella misma delante de la puerta de Arraez del Estaño que batian el caballero de San Ildefonso y sus traves, y guardaban el canal de la banda del Estaño.

A 13 de Agosto tomé en el Estaño un despacho y se llevó á Túnez, el cual estaba en la cifra de don Pe-

dro, y porque se descifrase se llevó á la Goleta la misma noche con un hombre por el Estaño, y á los 19 tomé otro hombre en el Estaño con el despacho descifrado y se llevó á Gabrio Cerbellon, en que decia que se llevase toda la gente que en las fragatas y barcas se podia llevar, las cuales, habiéndose de echar en el seco, donde no podian llegar las chatas, sino las fragatas y barcas, no se podian llevar más de cuatrocientos hombres, y con todo esto embarqué cuatrocientos cincuenta en las compañías de don Martin de Acuña, Diego Maldonado, don Pedro Manuel y algunos particulares que estaban en Túnez, entre los cuales fueron don Pedro de Bobadilla, don Alvaro de Sande y don Francisco de Bracamonte, y dos compañías de italianos entraron con nuestro socorro, y se hicieron señas de cómo se habian rescebido. Y luégo el viérnes de mañana se dió asalto, el cual dicen que á lo que se juzgó duró cinco horas, ántes más que ménos. Y porque los enemigos, habiendo visto que se habia metido aquel socorro aquella noche, juzgó Gabrio Cerbellon que no era bien segundarle el otro dia por la gran vigilancia que era razon que tuviesen los enemigos, el sábado en la noche embarqué la compañía de don García de Toledo y de don Gutierre Manrique y Montaño de Salazar y Joan de Quintana, de españoles, y el capitan Hércules Pisa, en las cuales iba más número de cuatrocientos hombres, y este socorro se echó con el pasado, aunque hallé barcas junto al cerro de la boca del canal, que segun se ha sabido despues, se perdió alguna gente aquella noche, y no tuvimos más lengua de la Goleta más de que el domingo á 22 de Agosto se batia con grande furia, y el lúnes

cerca de mediodia, viniendo yo de Túnez á la isla, se veia levantar una mina á la parte del Estaño, y se sintió alguna artillería y arcabucería, y se entendió que se daba asalto y envié á reconoscer lo que sería con una fragata; y cuando llegó cerca, vió llegar la galera capitana á la parte de la Goleta y estandartes en el caballero de San Cristóbal, por donde se conosció que era perdida la Goleta nueva y vieja, y luégo volvió á dar aviso de lo que pasaba á Túnez, y por ninguna via se pudo entender la manera en que se perdió la Goleta, hasta que vi los que estaban esclavos, y esto es lo que yo he oido y visto.

RELACION DEL FUERTE DE TÚNEZ DESDE EL PRINCIPIO HASTA EL FIN.

A los 13 de Julio, habiendo tenido nueva que los turcos de Trípol y los Gelvez y Carnan con alguna cantidad de caballos venian la vuelta de Túnez y estaban seis millas de la ciudad, el Infante salió á ellos con hasta novecientos caballos y cuatro mil peones, y para hacerles espaldas salió el castellano Salazar con once banderas de infantería española y don Lope Hurtado con los caballos que tenía, y habiéndose asentado el campo en la falda de una montaña, que está detras de la alcazaba á tiro de cañon, llegaron los turcos á vista de nuestro campo sin hacer ningun combatimiento. Toda la caballería y peones que el Infante sacó consigo le desampararon y pasaron al turco con todo el ganado que tenian, y le dejaron solo con hasta sesenta caballos, con los cuales fué necesario retirarse á la ciudad y se

cerraron todas las puertas que salian á los burgos sin hacer otra cosa alguna.

A los 14 del dicho pasaron de los turcos hasta en cantidad de dos mil á la parte de Babacira, que era el cuartel de italianos, y comenzaron á batir la puerta que salia de la ciudad hácia aquel burgo, y los de dentro los resistieron con gran fuerza, de manera que les convino retirarse; y con fuegos que trujeron, pusieron fuego á aquella puerta, de manera que para socorrer los de dentro y echar los turcos de aquel burgo, habiéndolo pedido Pagan Doria, coronel de infantería, se le dió aquella salida y salieron con su persona cincuenta caballeros, capitanes y tenientes y particulares de su tercio en la vanguardia y las compañías del mismo Pagan y Maximino Poley y Tiberio Bocafusta y Hércules de Pisa de cuerpo; y les dieron tan buena carga que les retiraron hasta sacarlos de todo el burgo de Babacira y los llevaron hasta los olivares questán detras de la ciudad, adonde, porque estaba ordenado por Salazar, por la puerta de la alcazaba las compañías de Quiroga y Diego de Maldonado y por las espaldas dieron en las de los turcos. Y murieron en esta escaramuza el teniente de Pagan y seis soldados y cuatro españoles y hubo cincuenta heridos. Los nuestros se retiraron y se metieron dentro de la ciudad, y los turcos acordaron de ir á combatir la ciudad por la parte de Babazueca por tener más comodidad allí; y ansí á los 15 la comenzaron á batir las murallas, que por no ser más de los que se vieron, derribaron muy gran pedazo en 15, 16 y 17 de Julio que se batieron con dos piezas. Estaban á la defensa de la batería las compañías de Quiroga y don Martin de

Acuña y Vallejo, los cuales resistieron los asaltos que los turcos dieron. En 16 del dicho y 17 se mandó que se desamparase la ciudad y alcazaba, habiendo resistido un asalto y retirado las municiones y artillería que habia, lo cual se hizo tan bien, que aunque los turcos entraron luégo, no se perdió un hombre.

Estuvieron dentro de la ciudad los turcos 18 ó 19 de Julio robándola, y á 20 salieron fuera á escaramuzar con los nuestros que estaban en las estradas cubiertas y rebellines, y comenzaron á hacer trincheas hácia la parte de Babazueca, y plantaron dos piezas algo desviadas, con las cuales tiraban á los caballeros de Salazar y Santiago sin hacer en ellas daño alguno.

A los 21 salió el castellano con alguna cantidad de arcabuceros por la parte del Estaño la vuelta de ellos y trabó una escaramuza, en la cual, porque los turcos no salieron de sus trincheas, no se pudo hacer efecto alguno. Y despues, á los 25, el dicho castellano, viendo que se acercaban con sus trincheas, salió ántes que amaneciese por aquella parte y dió en ellos con tanto valor de los soldados que les ganó las trincheas que habian hecho y los retiró hasta su artillería, matándoles algunos dellos.

En este tiempo tambien habia comenzado á trinchear á la parte de Babazueca, y venian con gran furia con sus trincheas por allá y habian plantado dos cañones por la muralla que nosotros les habiamos derribado de la ciudad, con que nos hacian algun daño, y otros dos sobre la puerta que salia á Barbacira, que de éstos se rescibia el mayor daño por tener descubierta, por el traves del caballero de Gabrio, toda la cortina que mi-

raba al de Salazar, y el mesmo caballero de Salazar.

El dicho dia 25 de Julio, despues de puesto el sol, Pagan Doria, con cinco compañías de italianos y doce de españoles, salió fuera del fuerte por la parte del Estaño y dió en los enemigos matándoles mucha gente de la que estaba en sus trincheas, y se retiraron á la ciudad donde tenian sus piezas, y aunque les ganaron las trincheas, que ocuparon los nuestros al principio, las tornaron á ganar con alguna pérdida nuestra, y ganaron juntamente una trinchea que habiamos hecho para nuestra defensa, desviada á un tiro de arcabuz, adonde aquella noche hicieron una gruesa trinchea y se fortalescieron en ella, y desde aquel lugar comenzaron á tirar su escopetería matando este dia mucha gente.

A los 26 en la noche mudaron los dos cañones que tenian á la parte de Babacira por dentro de la ciudad y los trujeron juntamente con los otros, que habian puesto sobre las murallas de Túnez, sobre la tenaza que nos habian ganado á la parte de Babacira, donde habian hecho ya su plataforma y puesto cestones; y desde los 27 adelante comenzaron á batir por allí al caballero de Pagan con harta furia. Salióse á ellos muchas veces para defenderles que no se llegasen á nuestras murallas con las trincheas que venian con mucha furia; y aunque se hizo en esto el deber, porque murió mucha gente y principal, no se les pudo estorbar; porque á 31 de Julio entraron en la estrada cubierta por la parte del caballero de Pagan á la espalda que miraba al de San Joan y trujeron la trinchea ensalzándola desde allí por la misma estrada cubierta derecho al rebellin que estaba entre el caballero de Pagan y Gabrio. Y porque con la

gente que en este tiempo se habia enviado á la Goleta y de cada dia nos mataban, no teniamos con qué guarnecer las murallas, fué necesario dejar el rebellin y sacar doscientos italianos que estaban dentro, dejándoles delante con cuatro soldados de centinela. Llegaron con su trinchea por la mesma estrada hasta tomar casi la otra espalda del mesmo caballero, sin que de los traveses se le pudiese estorbar, y con la misma furia se metieron en el foso haciendo dos defensas, una por cada banda, para que la artillería no les hiciese daño, y se arrimaron á la contraescarpa del caballero, y por guardarse de los fuegos se cubrieron de unas mantas de tablas cubiertas de cueros y comenzaron á cavar el caballero con mucha furia y á minarle. Y cuando llegó el dia de nuestra Señora de Agosto, que fueron á los 15, se habian arrimado de la mesma manera al caballero de Gabrio á la espalda que miraba al de Pagan y al de San Joan, á la espalda de la marina, y pusieron sobre otra plataforma que hicieron á la parte de la muralla derribada otras cuatro piezas, con las cuales tiraban á todas nuestras defensas. Diéronse tanta priesa á matarnos gente y levantarse con sus trincheas, que cuando se perdió la Goleta, que fueron á los 23 de Agosto, estaban tan altos como nuestros caballeros y no teníamos á la defensa más de mil quinientos hombres para tomar armas.

Estuvo la armada el mismo dia 23 y otro 24 sin tomar algun designo, y cuando amaneció 25 de Agosto, vimos plantadas tiendas grandes á la parte de Babacira con algunos estandartes nuevos y cantidad de genízaros en guardia de los bajaes que estaban allí, y

asentándonos otras cuatro piezas de batir y cuatro sacres con los cuales batian á todos tres caballeros y batian poca cantidad, porque el daño que las murallas rescibian fué de las capas más que de la artillería. Crescieron desde aquel dia con tanta furia sus trincheas ensanchándolas y levantándolas por la mucha cantidad que vinieron de la armada, que á los 2 de Setiembre se pusieron en el caballero de Pagan superiores á nosotros, y no se podia andar por él sin que matasen á cuantos por él andaban y hiciéronse sus reparos con gran diligencia y batíase con tanta priesa y continuacion, que aunque se hicieron algunas salidas por el caballero de San Joan, como el enemigo estaba tan pujante y nuestros soldados pocos y tan cansados del trabajo contínuo, no se podia más que recibir daño.

En este tiempo, por haber adolecido Pagan Doria de enfermedad pesada y gran flaqueza, se me dió cargo á mí de aquel caballero, donde me hirieron de cuatro heridas, dos en la pierna y dos en la cara, y fué necesario que el castellano Salazar viniese allí, aunque tambien estaba algo herido en la pierna derecha.

A los cinco de Setiembre, domingo, al amanescer, arremetieron al caballero de Pagan los enemigos con tan gran furia, que aunque se les hacia toda la resistencia posible, no se pudieron rebatir de allí, hasta que el castellano con una pieza en la mano y con treinta ó cuarenta soldados entró en nuestra defensa, y lo poco que habia quedado de los caballeros del caballero y los rebatió con grandísimo daño de los enemigos, y con aquella furia pasaron al caballero de San Joan, del cual ansimesmo fueron rebatidos y se comenzó el asalto al ca-

ballero de Gabrio, donde estuvieron firmes tirando dos horas y hirieron allí á don Diego Manrique de Lara y otros muchos soldados, y habian ganado ya nuestra trinchea; y habiéndose visto del caballero de Salazar, fué al socorro la compañía de Hernando Moreno Maldonado, una de las que estaban en guarnicion en el caballero de Salazar, y llegando de refresco los soldados, dieron dos rociadas á los turcos que les mataron alguna gente y se metieron con ellos en la trinchea hasta echarlos fuera del caballero; y con la retirada que hacian les dieron otra carga y les echaron algunos fuegos, de manera que les mataron más de doscientos turcos. Comenzamos desde aquella noche á hacer una caja de madera terraplenada y gruesa en el caballero de Cervellon y San Joan, porque en el de Pagan ya estaban hechas y cubiertas de tablas para defendernos de los fuegos y se acabaron ántes que amaneciese, y los turcos levantaron todavía sus trincheas por todas partes, que por donde quiera nos veian la plaza del caballero y mataban los que por él andaban.

Mártes en la noche, 3 de Setiembre, pusieron fuego al reparo de tablas que habiamos hecho en el caballero de Pagan, y con gran dificultad y pérdida de gente se mató y tornó á reparar como el tiempo dió lugar; porque el miércoles 8 de Setiembre, al amanecer, dieron otro asalto general con la furia que suelen á todos los caballeros, del cual por la voluntad de Dios le rebatimos de todos tres caballeros con pérdida suya y muerte de gente nuestra, y dieron un arcabuzazo á Joan de Llaren en el carrillo derecho. Aquella noche se reforzaron los reparos, y el juéves y viérnes hicieron muchas

veces acometimiento, á fin de que no cubriésemos las defensas; y como estaban superiores de nosotros, nos mataban mucha gente. El dicho juéves se mandó que yo fuese y pusiese órden en una barquilla para echar en el mar, y que se me llevaria el despacho dando aviso á V. A. de nuestro estado. Yo fuí y la puse en órden, y el viérnes en la noche siguiente llegó el despacho, y porque me llegó muy tarde no se pudo echar sin gran riesgo y conocido peligro.

El sábado, de mañana, se dió otro asalto general, que duró cuatro horas, en el cual hirieron al castellano Salazar de dos arcabuzazos y mataron más de cien hombres de los nuestros y hirieron más de otros tantos; y con todo este daño se rebatieron los turcos con gran valor fuera de nuestros caballeros, exceptado el de Pagan, que por haber reforzado su trinchea mucho, se quedaron alguna cantidad de turcos en la punta del caballero cubierto con otro reparo que habian hecho. Esta noche sábado metí en el mar la barquilla y la despaché, y en Túnez se entendió en hacer los reparos posibles con mucho peligro y trabajo; y el domingo sin cesar punto estuvieron todo el dia cubiertos con sus banderas, haciendo designo de darnos asalto y tuvieron en arma toda la gente sin poder tomar algun reposo, echando mucha cantidad de fuego. Mataron al capitan Machuca y Apéles y más de cien soldados de entrambas naciones.

Cuando anocheció, vinieron con gran furia los turcos con dos cañones á la puerta del caballero de Gabrio, con que tiraron á nuestros reparos toda la noche; y vista la poca defensa que podia haber y que no se podia

defender aquella plaza, habiéndolo tratado los capitanes con el General, se acordó que se retirasen el dia siguiente, que era lúnes, en la noche á la isla; y que Hernando de Laguna llevase aquella noche todas las vituallas que pudiese y fuese menester para un mes, y reconosciese la agua que tenian en la isla y la que cabria en las cisternas, para que el lúnes en la noche se llevase la agua que fuese menester. El cual envió á la isla un hombre á nado y me invió á pedir los barcos, y yo se los envié luégo y los trujo cargados de vituallas y municiones y llegó á la isla al cuarto de la luna. Cuando se acabaron de descargar las vituallas, se vió desde la isla volar una mina y se sintió grande artillería y arcabucería; y segun lo que los turcos han dicho despues, hubo tan gran resistencia como se puede pensar en tan poca gente como habia, que no llegaban á seiscientos hombres de pelea; pero permitió Dios que entraran en los caballeros, y segun lo que se ha sabido del licenciado Antonio Perez y de otros que estaban esclavos, murieron aquel dia el capitan don Fadrique Urries en el caballero de Pagan y su alférez y sargento desabrigados de la gente de su compañía, y don Lope Hurtado de la suya, y el capitan Vallejo, y que habia en los caballeros de San Joan, Gabrio y Pagan más de trescientos soldados muertos en aquel asalto, que no los pude conoscer.

RELACION DE LO QUE PASÓ EN LA ISLA.

Entrado el fuerte de Túnez, á los 13 de Setiembre, luégo el mesmo dia se bajaron á los olivares el Rey de Argel, el Rey de Trípol y de Túnez con sus campos y

plantaron pabellones y comenzaron á hacer sus trincheas y á echar fagina dentro del Estaño para ir adelante con ella la vuelta de la isla y la comenzaron á hacer tan ancha que cabian en ella doce cañones de batir; en la cual se daban tanta priesa cuanto se puede imaginar, cresciéndola con tanta furia como acostumbraban. Habíanse venido de Túnez á la isla aquella mañana veinte y dos personas de buena boja, gastadores y marineros y otra gente útil y treinta y tres soldados, y todos vinieron en carnes, sin otra cosa alguna ni armas y con las mujeres y niños y mercaderes que estaban: en la isla estaban trescientas cuarenta personas y treinta y un soldados con sus armas, en que habia el alférez Pedro Pardo y otro alférez italiano y los que tenían cargo de la municion; por manera que toda la gente de la isla eran trescientas treinta y siete con la mia. Habia en la isla doscientos quintales de bizcocho, poco más ó ménos, y veinte de queso y otro tanto de carne salada, cien barriles de agua y poca cantidad de pólvora y plomo y muy pocas balas de artillería.

En 14 de Setiembre el bajá me envió una carta para mí y Pagan Doria y para todos los que estábamos allí, para que luégo le entregásemos la isla, que es la que va con ésta, y se le respondió la que tambien se envia, y otra carta que escribió Gabrio Cervellon y su respuesta, y de todo va copia; y como se entendió que no queria entregar la isla, se dió mucha mayor priesa con la trinchea, con la cual llegaron á los 25 á mediodia á veinte pasos del Estaño con la mesma anchura, y en aquella hora tornaron á enviar los turcos el mesmo embajador ofreciéndome libertad con veinte ó veinte y dos hom-

bres. Yo, visto que no habia armas para la defensa ningunas para más de seis dias y que forzosamente habiamos de perecer todos, con acuerdo de cuantos estábamos en la isla, envié con los turcos á Hernando de Laguna para que reconosciese el aparato de barcos que habia en la Goleta para venir sobre nosotros y que tractase de la libertad de todos cuantos allí estábamos, con carta de creencia que para ello se le dió; y habiendo bien visto todo lo que se debia, trató de la libertad de todos y se le concedió por los bajaes la libertad de las personas y armas, con que todo lo que habia en la isla se habia de entregar, ansí dinero como municiones y plata; y con esta resolucion y dos cartas de los bajaes que me trujo, se volvió el dicho Hernando de Laguna y me dijo que tenian cinco chatas con cinco cañones gruesos para venir sobre la isla, y doscientas barcas bien armadas para salir á tirar por el Estaño hasta echar gente en el terreno de la isla; y con su relacion y acuerdo de todos, yo acepté el partido por no ver perescer aquella gente que se habia venido á guarescer allí, y se dió salvo-conduto firmado de los bajaes, como paresce por él y por las cartas que me escribieron, que va todo en esta relacion; y con esta seguridad me salí de la isla y saqué la bandera de ella y los soldados con sus armas y ropas. Y despues de haberme metido con la gente en una nave y á mí tenerme delante de ellos, me dijeron que con qué me pensaba defender en aquella barquilla y que yo nombrase cincuenta personas de las que allí habia y que los demas serian esclavos; porque no era razon que habiendo salido de los Gelves, saliesen de aquí tantos, no siendo más de una nave; y tornando yo

á replicar y hablando con Uluchali, no me respondió más de encoger los hombros, y luégo el bajá me dijo que luégo los escribiese, y si no que me cortaria la cabeza, mostrándome para ello la de Pagan Doria que la habian traido de los alárabes aquel dia; y sin embargo, le torné á replicar sobre ello, y me mandó llevar de allí diciendo que si en la isla habia hecho los partidos, que no los queria guardar ahora; y me llevaron donde estaba la gente á tomar della los cincuenta hombres, y quedaron allí detenidos el capitan Moreno, Maldonado y Hernando de Laguna y el pagador que habia llevado los catorce mil escudos que allí habia de S. M., y el alférez Pedro Pardo, y con harta lástima saqué toda la gente que siempre habia servido en la isla, que fueron treinta y un soldados y tres artilleros y tres marineros, que quedaron detenidos y tres soldados que habian venido de Túnez tan pobres que no fuera posible tener rescate, porque las mujeres y niños que habia no me los quisieron dar. Con lo cual todo nos metieron en una barca grande y nos metieron en el mar dando cabo á una mahona hasta que nos pasaron en una nave francesa, en la cual nos llevaron á Portofarina y allí estuvimos hasta el domingo 15 de Setiembre. El lúnes 16 nos trujeron hasta sacarnos del puerto, y luégo nos apartamos de la armada, y con la ayuda de Dios llegamos á esta ciudad de Trajana en salvamiento todos á 29 de Setiembre.

Pagan Doria, que por su enfermedad habia venido por mandado de Gabrio Cervellon á la isla, muy malo, lleno de llagas, tres dias ántes que se perdiese el fuerte, no salió della conmigo, porque entendió que forzosa-

mente se habia de entregar la isla por no poderse hacer otra cosa y entender que cualquier partido que hiciese no se habia de guardar con él. Determinó de tractar con un moro, que le habia servido en Túnez y sido esclavo del Príncipe Doria, que le llevase á la Calabria. El moro se lo prometió y tratólo con otro, y salió á los 14 de Setiembre con tres moros y dos criados suyos; y porque aquella noche no se toparon las guardas, no se pudo salir; y otra noche, 15 del dicho, se encomendó á Dios, y con tan poca salud y flaqueza, que era lástima, se echó á tierra, llevando aquella noche consigo catorce moros y dos criados suyos, y se fué al parescer bien, porque se metió en la montaña libre. Los mismos moros, segun despues paresció, le debieron de matar á él y sus criados y llevaron sus cabezas al bajá, las cuales me mostraron.

COPIA DE LA CARTA QUE ESCRIBIÓ GABRIO CERVELLON Á DON JOAN ZANOGUERA Y Á PAGAN DORIA Y Á LA ISLA DE LA ARMADA.

Señor don Joan, pues que la Goleta y fuerte de Túnez no se han podido conservar ni defenderse de esta poderosa armada turquesca, debe v. m. ser cierto que ménos podrá ese pequeño lugar defenderse mucho; y porque el serenísimo bajá me ha cometido que escriba ansí á v. m. como al señor Pagan Doria y á los demas que allí están, que queriendo rendirse los rescibiria á todos sin que les sea hecho agravio alguno, y si no que les hará que se arrepientan; en todo caso les exhorto y ruego que oyan al portador désta y hagan que no se le

haga agravio, ántes por respeto del Sereníssimo bajá y por amor mio le hagan toda cortesía, y á v. m. y á todos me encomiendo. Suplico á Dios inspire en ellos para que hagan lo que más convenga. De la Galera principal á 13 de Setiembre de 1574.—GABRIO CERVELLON.

Esta carta se escribió en italiano.

RESPUESTA DE DON JOAN ZANOGUERA.

Muy ilustre señor:

Por órden de V. S. en nombre de S. M. se me encargó la defensa de esta fuerza, y en ponerla de manera que se pueda defender he trabajado mucho. No sería cosa justa, ni conviene á los hombres como yo entregar fuerza por temor; el cual, aunque con las victorias de la armada paresce que le puede poner, no cumplo yo con aquello que estoy obligado, ni V. S. me puede mandar con justo título que haga semejante delicto contra S. M. Vuestra Señoría me perdone y le dé Dios la libertad que yo deseo. De la isla á 14 de Setiembre de 1574.—DON JOAN ZANOGUERA.

COPIA DE LA CARTA QUE ESCRIBIERON AZAM BAJÁ Y CAPITAN BAJÁ Á DON JOAN ZANOGUERA Y PAGAN DORIA, FIRMADA CON SUS SELLOS.

Señor don Joan, á V. S., á Pagan Doria y á los demas capitanes y soldados y marineros que están dentro de esa fortaleza, isla del Estaño, por la presente os mando que, pues la dicha fortaleza no es más fuerte que la Goleta y fuerte de Túnez, luégo la rindais por salvar

vuestras vidas, y no querais morir como bestias; que no queriéndolo hacer, con ayuda de Dios os tomaré, porque yo no me quiero partir de aquí sin meteros en prision, porque soy venido aquí á proveer de gente mis galeras para poder estar más seguro. Yo he dejado aquí sobre vosotros el Rey de Argel con toda su gente, y al Rey de Trípol con la suya, y ansimesmo al Rey de Túnez con la suya, con mil genízaros de los mios, con doce piezas de artillería, y yo en persona me hallaré mañana en asediaros; y si no recibis mi palabra, tomándoos, juro de hacer una justicia de vosotros que seais ejemplo á todo el mundo, y os mostraré que despues de haber visto como en espejo la pérdida de la Goleta y Fuerte, no habíades de defender una cosa tan poca de una armada tan poderosa y tan grande ejército como yo tengo. No diré más. De la Goleta á 14 de Setiembre de 1574.—Yo AZAM BAJÁ, general del Gran Señor.

Esta carta se escribió en italiano.

RESPUESTA DE DON JOAN ZANOGUERA.

Serenísimos señores:

Si la obligacion con que nascen los caballeros y soldados de morir por la defensa de lo que se les encomienda no fuera tanta, bastára haber visto por los ojos victoria tan señalada para que rindiera luégo esta isla, aunque tuviera mayor defensa; pero como á mí se me haya encargado esta fuerza con obligacion de defenderla, no cumpliré con lo que debo á mi Rey, á quien estoy obligado, sin hacer todo mi poder por defenderla: no parezca á VV. AA. cosa de vanidad y soberbia, pues

si aquí estuvieran soldados y gente puesta de su mano, quisieran que se defendieran. Y ansí, yo estoy determinado de hacer lo que pudiere, y VV. AA., tomando la isla, harán de mí y de los demas que aquí estamos aquello que fueren servidos. De la isla de Santiago, á 14 de Setiembre de 1574.—Don Joan Zanoguera.

COPIA DE LA CARTA QUE ESCRIBIÓ AZAM BAJÁ Á DON JOAN ZANOGUERA Y PAGAN DORIA, FIRMADA CON SU SELLO.—(*Aquí estaba el sello.*)

Señor don Joan Zanoguera y señor Pagan Doria y caballero Jordano y todos capitanes y soldados y marineros, chicos y grandes, que al presente están en esa tierra de Cocalite Arraez: habemos rescibido una letra vuestra en la cual me pedis gracia de toda la gente que en el Fuerte se halla y que os dé pasaje libre y que dejaréis el Fuerte, y el señor Capitan bajá me lo habia pedido tambien. Y yo por amor suyo, no á vosotros que sois trescientos hombres, mas si fuérades 1.000, os haria gracia desta y de mayor cosa, habiéndome Dios concedido ahora tan gran victoria de haber tomado la Goleta y Fuerte de Túnez, con tanto que dejeis toda la ropa y dineros que al presente hubiere en el dicho fuerte, salvando solas las personas, las cuales cosas haréis escribir en turquesco al dicho Calile Arraez y de Mamí Arraez, y ansimesmo en cristianesco; y para vuestro viaje habemos tomado dos naos, la una ginovesa y la otra eslavona, en una de las cuales os enviarémos, y podréis ir salvos y seguros por vuestro camino, y de ello os doy mi palabra, por amor del señor Capitan bajá,

de no dejaros hacer el menor desgusto del mundo. De la Goleta á 15 de Setiembre de 1574.—AZAM BAJÁ.

Estaba escrita en italiano.

COPIA DE UNA CARTA QUE ESCRIBIÓ ALÍ BAJÁ Á DON JOAN ZANOGUERA EN EL FUERTE.—(*Aquí estaba el sello.*)

Señor don Joan: esta mañána rescibí vuestra carta, y visto lo que decis acerca el iros salvos con vuestra gente, yo fuí luégo al Serenísimo Bajá, el cual por su benignidad me ha concedido la gracia, no sólo á vosotros, mas á cualquiere otra mayor cosa, con tanto que hayan de salir con solas sus personas libres y todo lo demas que al presente hay en esa fuerza, ahora sea dinero ó ropa. Hacedlo escribir en turquesco ó en cristianesco, porque el señor Bajá no tenga causa de quejarse de mí, porque con esta condicion he alcanzado la gracia, la cual os la ha concedido, y se os dará una nave con que podréis ir vuestro camino, y ansí, sobre mi palabra, podréis venir seguramnnte, y al portador de ésta os encomiendo. De la Goleta á 18 de Setiembre de 1574.—Yo ALÍ BAJÁ, capitan de la armada del Gran Señor.

Estaba escrita en italiano.

RELACION DE LO QUE ERA LA ARMADA TURQUESCA Y CUÁNTA ERA.

Lo que me paresció habia en la armada eran doscientas ochenta galeras, quince galeotas gruesas, quince galeazas y mahonas, quince naves, cuatro caramuzales.

Aunque ellos decian trescientas galeras, habia, entre otras, veinte galeras que no se podian mejorar, las de los dos bajáes de á treinta bancos y armadas á seis por banco [con] escogida chusma; las demas de los bays (beyes), y Rey de Argel y hombres principales, á cinco y á cuatro por banco; otras cuatro galeras reforzadas buenas, y las demas sin órden de chusma, porque habia poca al parescer, y yo vi ciento cincuenta galeras que no tenian más de dos hombres por banco de las galeras; los buques muy buenos y dos pedreros á proa y un cañon de crujía y otros pertrechos bien en órden de gente. Ninguna galera tenía ménos de dos turcos por ballestera; las de los bajáes y principales muy cargadas de turcos. Las galeazas no son tan grandes como las venecianas, y ninguna trae cañones, sino bien artilladas de artillería menuda. Medias culebrinas, habia cuatro que traian dos cada una; las demas sacres y medios sacres y pedreros y esmeriles gruesos, y á las bandas de algunas, tres pedreros y debajo las postizas, que por todo serian veinte piezas. Cada una bogaban veinte remos por banda, y armadas á quince por banco; todas navíos muy ligeros. Traian muy pocos turcos, que no habia poco más de doscientos en cada una. Las naves que habia, la mayor era de seis mil salmas, no con mucha artillería, sino con muy poca, que toda iba en las galeras.

Procuré saber qué turcos habian traido á la jornada, y me dijeron que siete mil genízaros, y entre spais y turcos serian sesenta mil: los cuarenta mil escopeteros y veinte mil arqueros. Procuré saber qué gente habian perdido, y dijéronme que cinco mil remeros y tres mil genízaros y muchos heridos; y pregunté cómo les ha-

bian muerto tan pocos soldados. Díjome Uluchali mesmo que no eran como nosotros, que los soldados no entendian sino en pelear y los remeros en trabajar, que quien trabajaba no podia pelear; y que la Goleta y Túnez no la habian tomado los soldados, sino veinte y cinco mil remeros que trabajaban de ordinario en las trincheas y en todo lo que de trabajo era menester; y que á los soldados y remeros habia dado Uluchali más de sesenta mil escudos de su dinero al que peleaba y trabajaba bien, y de esta suerte cada uno trabajaba más que otro.

Preguntéles cómo habian tomado la Goleta. Díjome el mesmo Uluchali que Dios se la habia dado; y el mesmo Azam bajá, que es el general de la tierra y gobierno de todo, dijo que si les dejáran ver la Goleta ántes que desembarcára nada que no la emprendiera, aunque traia órden del Gran Turco de perder la armada en tomarla y al fuerte de Túnez, de que no hacian caso; y que como desembarcaron y empezaron á hacer sus trincheas y hallaron tan poca resistencia, y luégo tuvieron aviso que no habia más de dos mil soldados y en Túnez cuatro mil, cobraron mucho ánimo, y tenian por aviso que nuestra armada no se podia juntar en muchos dias, y que con toda la fuerza que podia juntar no era como la mitad de la suya; y que no éramos tan breves en ajuntarnos, que áun debian estar las galeras de España aderezándose en el puerto de Santa María; y que sabian que no teníamos más de ochenta galeras juntas, y que juntaron sus machinas con los baluartes San Pedro y San Phelipe, y eran muy superiores á los bestiones, y que no podian estar á las defensas

los nuestros porque no tenian reparos donde cubrirse, y que en el asalto que nos dieron el sábado reconoscieron la poca defensa y reparo que teníamos dentro, y ansí procuraron el domingo de batir más bien por todas partes, y el lúnes hasta cerca de mediodia, que los traveses de San Pedro y San Phelipe y San Martin estaban ya todos batidos, y San Ildefonso y el caballero de San Cristóbal desencabalgada la artillería; y habiéndoles dado esta priesa cerca de mediodia el dicho lúnes, no pensando arremeter, sino estarse en lo alto de sus machinas y hacer más plaza para que más gente arremetiese, hallaron la ocasion y voláronnos una mina los que allí estaban, y arremetieron y entraron dentro por San Pedro; y viendo la gente retirarse á la Goleta vieja, pusieron dos escalas al molino de viento que estaba muy batido y por allí entraron y pusieron dos banderas en el caballero de San Cristóbal, y de esta suerte la ganaron y ganáran cuantas plazas hubiera.

Tambien me dijo Azam bajá que enviaria las naves y cincuenta galeras, y entraria por el Faro y haria otra empresa, y que habia prometido al Turco cada año tomar dos plazas por amor de Dios, y gastar su hacienda en ello, y sacaria trescientas galeras y cincuenta galeazas; y á lo que entendí amenazaban al otro año á Malta, y algo en el reino de Nápoles y Sicilia.

La Goleta la volaron toda sin dejar señal de nueva ni vieja, y cegado casi el canal vi que desmantelaban ya el fuerte, y que se trataba ya entre ellos si fortificarian á Biserta y abririan la boca del rio. Y á lo que yo he visto y juzgo, por la fuerza que les he visto hacen y muchedumbre de gente que tienen, si cuantas plazas

hay no las guarnecen de suerte que se pueda pelear con ellos ántes que vean el foso ni estrada cubierta, las tomarán, porque en su armada hay grande diligencia y obediencia, y la gente [está] pagada cada dos meses; y con toda la priesa que tenian en su partida iban pagando toda la gente, porque eran cumplidos los meses, y no se oia en la armada más rumor que si no hubiera hombre en ella. Que llegaron á Portofarina, y en dos dias despalmaron gran parte de la armada, y á las demas [galeras] dieron cuatro tablas de sebo y hicieron su aguada y echaron al Rey de Argel y al de Trípol y de Túnez, y pagaron la armada y se partieron la vuelta de cabo de Azafran, donde yo los dejé á los 27 de Setiembre.

Dejaron en Túnez tres mil turcos sin los que Aidar tenía, que es el que queda por Rey de Túnez, que serian mil quinientos, y quedaban allí los de Argel y Trípol.

COPIA DE UNA RELACION QUE HA HECHO DON JOAN ZANOGUERA DE LO QUE HA PASADO EN LA ISLETA DEL ESTAÑO DE TÚNEZ.

«Lo que ha pasado en la isleta de Santiago, es lo siguiente:

»Entrado que fué el fuerte de Túnez á los 13 de Setiembre, luégo, el mismo dia bajaron de los olivares los gobernadores de Trípol, Argel y Túnez con sus campos, y plantaron sus pabellones, y comenzaron á hacer sus trincheas, y á echar faxina dentro del Estaño para ir adelante con ellas á la vuelta de la Isla, y la comenzaron á hacer tan ancha que cabian en ella doce

cañones de batería, en la cual se daba tanta priesa cuanto se puede imaginar, cresciéndola con tanta furia como acostumbraban. Habíanse venido de Túnez á la Isla aquella mañana, doscientas diez y siete personas, buenas boyas, gastadores y marineros y otra gente inútil, y tres soldados, y todos vinieron en carnes sin otra ninguna cosa ni armas, y con las mujeres y niños y mercaderes que estaban en la Isla, habia trescientas cuarenta personas y treinta y siete soldados con sus armas en que habia el alférez Pedro Pardo y un alférez italiano, y los que tenian á cargo la municion, por manera que toda la gente de la Isla eran trescientas setenta y siete personas con la mia. Habia en la Isla cien quintales de bizcocho, poco más ó ménos, y veinte de queheso (*sic*), y otro tanto de carne salada, y cien barriles de agua, y poca cuantidad de pólvora, cuerda y plomo y muy pocas balas de artillería.

»En 14 de Setiembre el Baxá me embió una carta para Pagan de Oria, para mí y todos los que estábamos allí, que es la que va con ésta (N.° 1), para que luégo se le entregase la Isla, y se le respondió lo que tambien se envia (N.° 2), y otra carta que escribió Gabrio con su respuesta, que de todo va traslado (N.° 3), y como se entendió que no queria entregar la Isla, se dió mucho mayor priesa á la trinchea, con la cual llegaron á los 15, á mediodia, á veinte pasos en el Estaño, con la misma anchura, y en aquella hora tornaron á enviar los turcos el mismo embajador, ofreciéndome libertad con diez ó doce personas; y yo, visto que no habia armas para la defensa ni agua más que para seis dias, y que forzosamente habian de perecer todos, con acuer-

do de cuantos estábamos en la Isla, envié con los turcos á Hernando de Laguna para que reconociese el aparato de barcas que habia en la Goleta para venir sobre nosotros, y que tratase de la libertad de todos cuantos allí estábamos, con carta de creencia que para ello se le dió, y habiendo bien visto todo lo que debia, trató de la libertad de todos, y se le concedió por los baxás la libertad de las personas y armas con que todo lo que hubiese en la Isla, así de dinero como de municiones y plata, se les entregase; y con esta resolucion y dos cartas de los baxáes, que me trujo, se resolvió el dicho Hernando de Laguna, y me dijo que tenian cinco chatas con cinco cañones gruesos para venir sobre la Isla, y doscientas barcas bien armadas para salir á tirar por el Estaño hasta echar gente en el terreno de la Isla, y con su relacion y acuerdo de todos, yo aceté el partido por no ver perecer aquella gente que se habia venido á guarecer allí; y se dió salvo conducto firmado de los baxáes, como parece por él y por las cartas que me escribieron, que va todo con esta relacion, y con esta seguridad me salí de la Isla, y saqué la bandera de ella, y á los soldados con sus armas y ropa, y despues de haberme metido la gente en una nave, y á mí tenerme delante de ellos, me dijeron que con qué me pensaba defender en aquella barquilla, y que yo nombrase cincuenta hombres de los que allí habia, y que los demas serian esclavos, porque no era razon que habiéndose salido de los..... (1), 30 personas, saliesen

(1) Así en el original, pero debe de faltar alguna palabra, como «Fuertes», ó cosa parecida.

de allí tantos, no siendo más que una nave. Y tornando yo á replicar, y hablando con Aluchialy no me respondió más de encoger los hombros, y el baxá me dijo que luégo los escribiese [con sus nombres], y si no que me cortarian la cabeza, mostrándome para ello la cabeza de Pagan de Oria que le habian traido de los alarbes aquel dia, y sin embargo, le torné á replicar sobre ello, y me mandó llevar [á la tienda?] de Alibaxá, diciéndo [me éste] que si en la Isla habia hecho los partidos que no nos [los] queria guardar agora; y me llevaron adonde estaba la nave á tomar de ella los 50 hombres, y quedaron allí detenidos Moreno, Maldonado, Hernando de Laguna y el pagador, que habia llevado los 140 escudos que allí habia de S. M., y el alférez Pedro Pardo, y con harta lástima saqué de toda la gente la que habia servido en la Isla, que fueron 37 soldados y tres artilleros, y tres marineros viejos de la Goleta que servian de pilotos del Estaño; y á los cuatro que quedaron detenidos y tres soldados que habian venido de Túnez, tan pobres que no fuera posible tener rescate, porque las mujeres y niños que habia no me los quisieron dar, con lo cual todo nos metieron en una barca grande y nos tuvieron en la mar dado cabo á una mahona, hasta que nos pasaron á una nave francesa, en la cual nos llevaron á Portofarina, y allí estubimos hasta el domingo 25 de Setiembre, y el lúnes 26 nos trujeron hasta sacarnos del puerto, y luégo nos apartamos de la armada, y con el ayuda de Dios llegamos á esta ciudad de Trápana, todos en salvamento, á los 29 de Setiembre.

»Pagan de Oria, que por su enfermedad se habia ve-

nido por mandado de Gabrio Cervellon á la Isla, muy malo, lleno de llagas, tres dias ántes que el Fuerte se perdiese, no salió de ella comigo, porque entendiendo que forzosamente se habia de entregar la Isla, porque no se podia hacer otra cosa y entender que cualquier partido que se hiciese no se habia de guardar con él, determinó de tratar con un moro que le habia servido en Túnez, y habia sido esclavo del Príncipe Doria, que le llevase á la Caliba. El moro se lo prometió y tratólo con otro, y salió á los 14 de Setiembre con tres moros y dos criados suyos, y porque aquella noche se toparon las guardias, no pudo salir; y otra noche 15 del dicho se encomendó á Dios, y con tan poca salud y flaqueza que era lástima, se echó en tierra, llevando aquella noche consigo 14 moros y dos criados suyos, y se fué, al parecer bien, porque se metió en la montaña libre. Los mismos moros, segun despues pareció, le debieron de matar á él y á sus criados, y llevaron las cabezas al Baxá, las cuales me mostró.» — JOAN DE ZANOGUERA. En Trapana á..... de Octubre de 1574.

FIN.

APÉNDICE.

I.

LO QUE DECLARÓ FREY FRANCISCO JORDAN [1].

En veinte y cuatro de Julio 1574, dos horas ántes del dia, vino á esta fuerza, por el canal de la mar, Frey Francisco Jordan, caballero de Malta, y lo que refiere de la armada es lo siguiente :

Dice que se perdió en los Gelves, habia veinte y dos meses, en una galeota suya que iba en corso.

Dice que era esclavo del Huchali, y venía en la galera de Azan Baxá, renegado del Huchali, y limó la manilla y se vino á nado.

Dice que salió de Constantinopla á los diez y siete de Mayo, y que hay en la armada doscientas cuarenta galeras, y con las que han venido de Argel y otras partes, hay veinte y cinco galeotas.

Dice que hay diez y seis mahonas y tres galeones, y otros tres caramuzalis y nueve naves.

Dice que trahen ciento y veinte turcos por galera, y trecientos turcos por nave, y en las mahonas doscientos cincuenta, y que en ellos hay ocho mil genízaros y cuatro mil espais, y lo demas turcos gente nueva y mal armada ; los más con arcos.

Dice que han puesto en tierra cuarenta cañones reforzados, y otra artillería menuda.

Dice que su propósito es tomar esta fuerza, porque se lo ha ofre-

[1] Archivo de Simáncas, *Estado*, legajo número 450.

cido uno que trahe el Huchali, que se llama Mostafá, que habia nueve años se fué de aquí, y renegó, y es tudesco.

Dice que el Huchali ofreció al gran Turco que en ocho dias la tomaria, por las relaciones de este renegado, que pensaba no se habia hecho la fortificacion nueva.

Dice que despues que vinieron se hallan muy descontentos por que lo hallan al reves de lo que pensaban, y que están en gran division con Azan Baxá, que es el que tomó á Chipre, diciendo que esta no es fuerza para tomalla, y que si por todo Agosto no la toman, que harán todo el esfuerzo que puedan y máquinas por mar con naves y galeras que quieren metellas en fundo, y con sacos de lana quieren hacer bestiones, y si no aprovechase irán á Túnez á tomar el Fuerte, y que hasta los veinte y dos de éste se decia les habia muerto como dos mil Turcos el artillería de la Fuerza, y ademas un capitan de fanal. Y que en Túnez están el Rey de Trípol y el Ramadan, Rey de Argel, que han venido por tierra, que con los turcos que del armada les han enviado habrá diez mil turcos, y que le ha dicho un renegado habia seis cañones y querian enviar más, y se decia queria ir allá, dentro de tres dias, Selin Baxá y dejar aquí á Luchali.

Y dice que padecen de comida, que á los Turcos les han quitado la mitad de la racion de bizcocho, y agua les venden los moros á tres aspros el barril, porque la de los pozos está gastada; y que los turcos están de muy ruin ánimo y muy mal tratados, y caen muchos enfermos, porque en las trincheas está el agua hasta la rodilla.

Dice que á la parte de Arraez está Abapamar [1], que era Rey de Argel, y no sabe lo que hacen más de que dicen que les han desencabalgado una pieza.

Dice que la armada trahe en todas treinta galeras reforzadas, y las demas muy mal armadas de chacales muy ruines, y tres por banco, y muy mal en órden de artillería, muchas sin cañones, y otras sin moyanas [2], y las mahonas armadas de chacales cuatro por banco,

[1] Así en las dos copias que he tenido presentes, pero debió decir *estaua Ramadan* que era rey de Argel.

[2] Lo mismo que culebrinas ó piezas de mediano calibre; en italiano *meianas*, en frances *moyennes*.

y de artillería no trahen más de dos cañones á proa y dos á popa, y á las bandas tres pedreros muy ruines, y unas pezezuelas de campaña en lo alto.

Y que muchos dicen no estarán sobre esta fuerza más de á mediado de Agosto, y se irán al fuerte de Tunez.

Dice que los moros no les han trahido sino muy poco refresco, y les venden á un escudo el carnero.

Dice que tomaron dos naves cargadas de trigo en Cicilia (Sicilia), y que no sabe si muelen en tierra.

Y que todo esto se lo contaba un renegado del Huchali que iba tras él cada dia, y á la noche venía á su galera.

II.

CARTA DEL REY FELIPE II AL VIREY DE SICILIA, DUQUE DE TERRANOVA, FECHA EN MADRID Á 30 DE JULIO DE 1574 [1].

Habiendo entendido por vuestras cartas del veinte y tres del pasado que el armada del Turco habia salido, y que el designio que se entiende que trae es ir á Berbería sobre la Goleta y Túnez, y viendo el estado en que están las cosas de nuestra armada, me he resuelto en que el Ilustrísimo don Juan de Austria, mi hermano, vaya á ese reino para que con su presencia se junten en Mesina con más brevedad todas nuestras galeras, y se provea de lo necesario con más cumplimiento y cuidado, y por otras consideraciones de mucha importancia, y así se le escribe que si no fuere partido de Milan, cuando este correo llegáre, como él me ha escrito que lo pensaba hacer, se parta luégo para ese dicho reino, y atienda en Mesina con mucho cuidado y diligencia á lo que está dicho y á lo que más conviniere. De lo cual os he querido avisar para que lo tengais entendido, y encargaros y ordenaros, como por la presente os ordeno y encargo expresamente, que en esta necesidad acudais al dicho ilustrísimo don Juan de Austria, mi hermano, con la gente, vituallas,

[1] Simáncas, *Estado*, legajo número 1144.

municiones y otras cosas que él os pidiere de ese reino para la provision de mi armada y para lo demas que conviniere, porque así conviene á mi servicio, teniendo con él en todo lo que se ofreciere muy buena correspondencia é inteligencia.— *Madrid*, 30 *de Julio de* 1574.— Yo el Rey.

III.

CARTA DE MARCO ANTONIO COLONNA AL EMBAJADOR DE S. M. EN ROMA [1].

Ilustrísimo y excelentísimo señor:

Con la carta de V. E. he entendido lo bien que está encaminado el negocio de la fábrica de aquel lugar, de lo cual, si yo entendiere otra cosa, daré aviso de ello. A V. E. bien le suplico que nunca procure pension á aquel Cardenal, inventor de nuevas cosas. Creo que poco despues V. E. entendió la ruin nueva de la Goleta, pues me escribia no saber nada de lo de allá; y cierto, esta pérdida se conocerá cada dia más; y que se haya perdido por falta de gente es gran lástima, y tanto más sabiéndose, desde este Junio, que el enemigo iba sobre aquella plaza, que bien se acordará V. E. que yo se lo fuí á decir, que me lo habian dicho los venecianos, y lo de las balas de lana y todo, y él [2] me dijo que en aquel mismo dia el cardenal de Como, por órden de S. S., [se] lo habia hecho saber á V. E. En demas [3] que el tiempo detuvo tanto el armada enemiga en la costa de la Calabria y Sicilia, que se pudiera sin peligro proveer de gente á aquella plaza, ó desamparando el fuerte, hacer lo mismo y no dilatar lo uno y lo otro fuera de tiempo; pues que el fuerte sin socorro se habia de perder, y éste era tan dificultoso podérsele dar, y dejar la Goleta con tan poca gente, que ella tambien tuviese menester del mismo socorro. Y se acordará tambien V. E., cuando fuimos á Gaeta á ver al Sr. D. Juan, lo que yo siempre le dije del fuerte, y lo mucho que le alabé el parescer que nos dijo

[1] Archivo de Simáncas, *Estado*, legajo número 1142.
[2] El embajador?
[3] Está por «ademas de que».

habia dado D. Miguel de Moncada de no hacerlo y desolar á Túnez, y V. E. me dijo que habia trabajado el Duque de Sesa en darle á entender que el fuerte convenia mucho; más como el tratar de las cosas pasadas no sirve sino para acrecentar la pena, pasaré á lo presente y futuro.

Escríbenme de Nápoles que el Marqués de Santa Cruz haria embarcar los alemanes, y pediria parecer al cardenal [Granvela] y á D. García [de Toledo] de lo que les parecia que hubiese de hacer Su Alteza perdiéndose ó no se perdiendo el fuerte, y si para la resolucion de todo esto se habia de esperar respuesta de S. M. Yo no sé si esto es verdad, y conozco que el discurrir es peligroso, y más á quien no tiene que ver en estas cosas; pero con suplicar á V. E. que sea con él sólo, y no con ningun ministro, á lo ménos con mi nombre, le diré lo que ocurre.

La salida del Sr. D. Juan de Palermo y hacer que el enemigo tenga nueva que nuestra armada se acerca hácia allá, téngolo por bien hecho, porque sin peligro puede esto aprovechar á que el enemigo, no habiendo tomado el fuerte, no ose dejar el armada desamparada de gente, y con esto se levante y vaya á su camino, tanto más que ellos podrán pensar ser el número de nuestras galeras mayor, y así la gente. El ir á la cola de la armada, téngolo por vanedad [1] por lo que he visto por experiencia, porque el armada no sé que tenga la cola que tiene un ejército con bagaje, y que haya algunas veces de pasar á la retirada por pasos estrechos, y así poderse pelear con parte de ellos; más una armada puede ir junta siempre, pues el general de ella puede anclar como el peor navío que tenga, y los efectos que se pueden hacer con una banda de galeras y á la cola de una armada superior, son hacerla ir junta, y estorbar que ella no desembarque gente en tierra, cosas bien excusadas, siendo el tiempo tan adelante y no teniendo ella otro designio que ir á su casa, y poco le importa irlo junta, á lo ménos la parte del camino que la nuestra podria seguirla. Y viniendo á lo de Berbería, digo que si el fuerte es preso, convendría desolar á Túnez, y habiéndose de hacer otra fuerza esa hacerla á la orilla de la mar, que cuando habrá dos se podrá mejor sufrir ser una de ellas dentro

[1] Vanedad está aquí usado en el sentido de cosa vana, inútil.

de tierra. En esto es de advertir que el año pasado juzgaron muchos que si en Túnez se halláran tres ó cuatro mil turcos y cantidad de moros, que tuviera el Sr. D. Juan harta dificultad en el entrada de aquella ciudad, en demas que es tan grande y tan imposible el cercarla, que siempre tendrian en la mano la salida; y de esta manera sería menester tiempo, vituallas y gente que no sé yo si la toma de Túnez lo merece en el tiempo y sazon en que estamos; y acuérdome que Gabrio [Cerbellon] escribia que no habia podido descercar ni la muralla ni el alcázar de aquel lugar. En cuanto al sitio de la nueva fuerza, me remito, no habiendo visto el lugar; pero creo que el puerto Farina sería el mejor, aunque la fuerza no lo guardase todo. Si el fuerte no es perdido, se puede sin tomar á Túnez sacar la gente de él por el Estanque (Estaño) dende la Goleta, presupuesto que el enemigo la deje desmantelada, y esto lo digo porque se puede salvar la gente sin que por tierra hayamos de ir á Túnez, y tanto más si él estuviese lleno de gente, como arriba tengo dicho, y queriéndose hacer nueva fortaleza, digo lo mismo que arriba, que es desolar á Túnez, y hacerla á la orilla de la mar, y así tambien desolar el fuerte, pues no se ha de tener solo; y querer de nuevo en Berbería otras dos fuerzas, dudo que de esta manera hubiéramos de tener sobrada artillería, municiones y gente, de manera que si se ha de hacer sola una fuerza, esa no ha de ser el fuerte. Esto todo digo queriéndose ir á Berbería, como parece que inclinan muchos; más viniendo á lo que á mi poco juicio parece, yo no iria allá sino en caso que el fuerte se hubiese tenido y la armada ida, y sólo á sacar aquella gente y municiones y destruir á Túnez, hallándole de arte que lo pudiese [D. Juan] hacer. Siendo perdido el fuerte, por este año no veria [yo] aquella tierra, y las razones que me mueven á esto son que ó el Turco ha hecho esta empresa por pasar adelante á nuestras islas ó reino de Nápoles, ó solamente por acabar lo de allí por la ocasion que se le ha dado del nuevo fuerte. Si tiene intencion de pasar adelante, será ruin cosa haber consumido nuestra gente y municiones, y maltratado nuestra armada en este invierno, para hallarnos en la primavera faltos de dineros, gente y municiones, y nuestra armada por lo que habrá trabajado no podrémos aprovecharnos de ella, ni poderla juntar en todo el verano. Sería, pues, mejor fortificar los lugares de nuestros puertos de Sicilia, Nápoles

y Cerdeña, recoger nuestra armada acrecentándola y apercibiéndola para el año que viene, y mirar lo que nos queda en Flándes de acabar, y dejar al enemigo la opinion que ellos y nosotros tenemos de que no nos pueden hacer ningun daño en los reinos dichos; que cierto no querria lo intentasen. Si el enemigo no pensára pasar más adelante, venimos de nuevo á forzarle á volver, cosa que nunca fué buena, porque el fuerte nos ha hecho perder la Goleta, y la presa de los Gelves parte de [nuestra] armada y tan buena gente. Lo mesmo haríamos ahora, y miéntras S. M. tiene otras ocupaciones, y está con tantos gastos, y es sólo contra tan grande enemigo, no tengo por bien trazar con este perro nuevas pendencias. Lo que creo que puede aprovechar es tomar y desolar en Berbería por quitar las ocasiones al enemigo de ofender los estados de S. M., y con las incursiones procurar de hacer á los moros intratable y inhabitable la cuesta (costa) de Berbería, que mira á los estados de S. M. que esto aprovecharia, y no pondríamos gente ni reputacion en peligro, ni obligarse á tan excesivos gastos. Y de estar tambien, no tendria el enemigo á que venir, en demas que ya vemos la forma que estos perros tienen en expugnar plazas, de manera que no les resistirá otra cosa que fuerza en peñas ó plazas grandísimas en llano; ni creo lo de Berbería pueda tener ni el uno ni el otro, porque plaza grande en poco tiempo no se hace; el gasto no se sufre, y vemos que la tierra es tambien ruin, pues en tantos años en la Goleta no hizo presa ninguna, habiéndola traido dende Cartago, y V. E. perdone la pesadumbre que el deseo del servicio de S. M. me ha forzado hacer discursos de mar estando entre estas sierras [1].

[1] No tiene fecha esta carta, que probablemente se escribiria por el mes de Agosto, y á poco de saberse en Roma la pérdida de la Goleta. Marco Antonio se hallaria á la sazon en Marino ó en Pagliano, capital de sus estados.

IV.

LO QUE REFIERE EL CAPITAN JUAN DORTA ACERCA DE LA GOLETA, Á 23 DE AGOSTO DE 1574 [1].

Preguntado á que negocio fué á la Goleta y cuando partió, respondió que, estando el Presidente de Sicilia [2] en Mesina á los postreros de Julio, le envió de allí á la Goleta con ciertos despachos para D. Pedro Portocarrero, y le encargó que llevase algunos artilleros; y el respondiente llevó, desde la dicha Mesina, cuatro de ellos hasta Trápana adonde llegó el primero de Agosto; y pareciendo que con el bajel que llevaba, llevando los dichos artilleros, no podia hacer la diligencia que convenia, determinó, con parecer del Conde de Vicar, tomar un laudejo [3], y meter dentro uno de los dichos artilleros, el más plático en Berbería, y seguir su viaje, como lo hizo, de la cual resolucion escribió al dicho Presidente, y lo tuvo por bien.

Que entró en la dicha Goleta á los doce del presente, á tres horas de noche, y á los catorce del mismo volvió á salir con el mismo bajel despachado por D. Pedro Portocarrero, con cartas para el Duque de Terranova y Conde de Vicar.

Preguntado en que estado estaba la Goleta cuando allí llegó, respondió que la dicha Goleta estaba muy batida por todas partes, aunque el tiempo que allí estuvo no la batian con tanta furia, pareciéndoles á los enemigos que bastaba lo hecho para su propósito, y solamente procuraban acercarse á los caballeros de San Martin y San Pedro con dos máquinas, y que entendió que tenian hecha una mina á la frente del caballero de San Pedro, y que los de dentro procuraban de hacer otra contramina, y que procuraban de defenderse lo mejor que podian aunque no con tanto ánimo, como el respondiente ha visto en otras fuerzas, y que un ingeniero artillero, llamado Ludovico, habia hecho ciertos ingenios, con los cuales enten-

[1] Simáncas, *Estado*, legajo número 450.
[2] Duque de Terranova.
[3] Laud ó embarcacion pequeña.

dió hacia mucho daño á los enemigos, y señaladamente quemaba con ellos la faxina que tenian puesta en el foso, con que le cegaron [despues] para dar el asalto.

Que oyó decir en la Goleta que el designio particular de los turcos era dilatar el asalto lo más que pudiesen, y ir consumiendo la gente de dentro poco á poco sin asaltarlos, y que asimismo se decia que tenian aviso de uno del campo de los turcos, que un dia ántes que quisiesen dar el asalto, procuraria de avisar y venirse á la Goleta.

Que lo más apretado y trabajado de la Goleta, á su parecer, era el caballero de San Pedro, por donde el sábado, á los catorce, estando el respondiente dentro la Goleta vió que quisieron reconocer la batería y subir arriba, estando todo el campo en arma para dar el asalto si halláran flaqueza; y los nuestros con muchas piedras y artificios de fuego los hicieron bajar y retirarse con muerte de muchos de ellos; y el viérnes ántes, á los trece, vió el respondiente que toda la armada vino hácia la Goleta en media luna, en batalla, y estando á tiro de cañon de la fuerza hicieron cia escurre [1] hácia Cabo de Azafran y se fueron á su posta, y entónces los de la Goleta viendo venir la armada tuvieron por muy cierto que les queria dar el asalto por mar y tierra. Que cuando este respondiente llegó á la Goleta, ya los turcos habian cegado la boca del canal y no se sabe cuántos dias ántes más de que decian que habiéndose hallado nuestras barcas fuera, en el Estaño, cuando cegaron la boca, se habian recogido á la Isleta donde estaba D. Juan Zanoguera.

Que oyó decir en la Goleta que la gente de servicio que estaba dentro era mil y quinientos hombres; otros decian que mil y trescientos, y otros tenian por cierto que no llegaban á mil, y en esto vió diversos pareceres, y conoció que la gente comun, que no mostraban ser muy soldados, tenian miedo de perderse si los turcos los fatigaban como hasta entónces, y no eran socorridos presto; aunque esta flaqueza y miedo no lo conoció á ninguno de los soldados y gente particular.

Que sobre los muertos y heridos oyó diversos pareceres; que unos decian que los muertos eran quinientos; otros eran de opinion que

[1] Voz de mando en las galeras para que los remeros las hagan virar ó ciar, que en taliano se dice *sciare* y en frances *scier*.

seiscientos, y más hasta aquel dia; y que era cierto que ninguno de los heridos escapaba, aunque no hubiese heridas mortales: que la causa era que las balas estaban atosigadas, y que platicando con el capitan Francisco Ayala Sotomayor sobre los muertos y heridos, le dijo que él habia metido en aquella fuerza doscientos·cincuenta hombres, y que creia que entónces, cuando lo decia, no llegaban á ciento.

Que al tiempo que se quiso despedir este respondiente de don Pedro Portocarrero, le preguntó que si era menester que fuese socorro, le dijo que sí; y preguntándole que dentro de cuántos dias sería menester, respondió que dentro de seis, y que si para este tiempo no llegaba, que pusiese Dios la mano en el remedio, que otro no sabía; y que ántes de esta plática habia oido decir al mismo don Pedro, hablando en esta materia públicamente delante de soldados y otras gentes de la fuerza: «Por este hábito, dijo (metiéndose la mano en el pecho), que tengo avisos, por más de dos partes, que los turcos no tienen por cierto de que tomarán esta fortaleza». Y cuando los turcos vinieron á reconocer el foso para dar el asalto, vió que estaba de muy buen ánimo, de la cual plática infiere este respondiente que lo que D. Pedro Portocarrero le dijo cuando se despedia, que el socorro era menester que llegase dentro de seis dias, lo decia más porque se apresurase la venida de las galeras con el socorro, que no porque fuese tanto necesario, como decia.

Que por lo que el respondiente vió y reconoció la fuerza, juzga que áun entónces, cuando él estaba allá, era muy necesario cualquier socorro que le fuera, cuanto más despues acá, habiéndose siempre continuado la batería con tanta furia, como se entiende.

Que el tiempo que estuvo en la Goleta, que fueron dos dias, oyó muchos botes de artillería en Túnez, y que oyó decir que despues que cercaron el fuerte no se habian oido tan espesos golpes como entónces.

Que, como dicho es, salió de la Goleta á los catorce en la noche, por medio de las galeras del Turco, y ántes de llegar á ellas le tiraron los turcos muchos arcabuzazos de las trincheas, y despues, cuando fué de dia, le descubrieron dos galeras que estaban entre el Zimbano y puerto Farina, y le dieron caza y se salvó.

Que oyó decir públicamente en la Goleta que los enemigos

habian echado una bala en la dicha Fuerza, y que se habia abierto por medio en el aire, y en la una parte de ella estaba una imágen de nuestra Señora del Rosario, estampada, la cual habian puesto, con mucha veneracion, en un relicario en la iglesia, y queriéndolo ver este respondiente, fué á la iglesia de la dicha Fuerza, y los frailes y clérigos della le mostraron en un relicario una media bala no muy grande, y parecia que estaba estampada la dicha imágen de Nuestra Señora, la cual le dijeron que era la que habian echado del campo de los enemigos, y se la mostraron con grande reverencia cantando el *Te Deum laudamus.*

Que se decia que habian muerto muchos turcos, y el número cierto no se sabía.

Que se decia que sobre la Goleta y Túnez habia treinta mil turcos.

Que se decia en la Goleta que á los turcos daban á cada uno doce onzas de bizcocho de racion, y que las raciones ordinarias eran ciento treinta mil; qué una salma de trigo valia treinta escudos de oro; que los alárabes y moros les favorecian poco de refrescos, y que tenian falta de agua, que no la habia en los pozos, que se habia acabado, y que los moros les hacian pagar á razon de cuatro reales españoles por barril.

Que Aluchali estaba sobre la Goleta y Sinan-bajá sobre el fuerte. 23 *de Agosto de* 1574.

V.

LO QUE DAMIAN DE ACEVEDO Y DAMIAN DE CÓRDOVA, QUE VINIERON HUYENDO DE LA ARMADA DEL TURCO, DECLARARON Á 22 DE SETIEMBRE DE 1574 [1].

Damian de Acevedo, portugues, natural de Chaves, y Damian de Córdova, hijo de Francisco Martin, que fueron cautivos con el Conde de Alcaudete, y se han huido entrambos de la armada del Turco, en la cual servia el renegado de sotacómitre de la galera de

[1] Simáncas, *Estado*, legajo número 450.

Caramamot, partieron con una barquilla á los diez del presente, y habiendo hecho el camino de Tabarca, han aportado á esta ciudad de Palermo, que se cuentan 22 de Septiembre de 1574. El Damian de Córdova, que es el que da mejor cuenta de sí, y al cual el otro se remite en todo, refiere lo siguiente:

Que desde los 23 de Julio hasta 24 de Agosto los turcos batieron á la Goleta contínuamente por tres partes con cincuenta cañones, y que tuvieron mucha facilidad en acercársele, no sólo por la mucha cuantidad de gente que trabajaba en hacer las trincheas, más tambien por lo poco que se lo defendieron los de dentro, así con el artillería, como con las salidas, porque tiraron muy poco, y salidas no hicieron ninguna despues que los turcos empezaron á hacer la primera trinchea, que fué léjos bien dos millas de la dicha plaza.

Que demas del primer socorro que enviaron los del fuerte á los de la Goleta, les enviaron tambien de dos dias ántes que se perdiera, quinientos soldados; pero como los turcos tenian cerrada de mucho ántes la boca del Estaño, no pudieron entrar, y así hubieron de volverse al fuerte con pérdida de obra de veinte de ellos, y tambien con siete ó ocho de los turcos.

Que se fueron acercando los turcos con trincheas y bastiones á la Goleta, y tanto que en muy pocos dias no sólo ganaron la estrada cubierta, pero empezaron á cegar el foso con faginas, sacos de lana y botas vacías, y otra mucha madera y arena, habiendo quitado desde el principio las defensas de arriba á los de dentro; y luégo empezaron asimismo á hacer una montaña en el foso por la parte de Cartago, que sobrepujaba á la Goleta, y era tan ancha que pudieron meter en ella trece piezas de artillería, y hacer con ellas casi todo lo que pretendieron; por manera que el dia de los 24 de Agosto por la mañana le dieron asalto general por todas partes, que duró una hora, y fueron rebutados los turcos con muerte de muchos de ellos.

El mismo dia, á hora de vísperas, habiendo contraminado una mina que los de dentro habian hecho por la parte de Cartago, le dieron fuego, y luégo le dieron otro asalto por la misma parte, y fué Dios servido que la mina hiciese contrario efecto, porque volando hácia fuera voló más de mil turcos, y duró el asalto dos horas, y en fin, tambien fueron forzados los enemigos á retirarse con mucho daño suyo.

Que á la tarde salió de la Goleta un soldado, que enviaba don Pedro Portocarrero á Túnez, y vino á Aluchali, y dióle las cartas de don Pedro diciéndole : que si no tomaba aquel dia á la Goleta, le vendría socorro del fuerte, y no la tomaría más, y que luégo llamó Aluchali á los genízaros, y les dió doce mil ducados porque arremetieran otra vez al asalto, prometiéndoles otras muchas cosas, y así, dándole luégo otro asalto por todas tres partes, hallaron muy poca resistencia de dentro, así que entraron los turcos con mucha facilidad en la plaza, degollando á todos.

Que entre los pocos que hallaron vivos hasta el dia que él partió, no habia parescido ningun capitan, ni oficial de compañía, sólo á don Pedro Portocarrero hallaron, el cual llevaron luégo delante de Aluchali, y él le embió con tres hombres, entre los cuales era este renegado [1] á Sinan Bajá, adonde y delante tambien de Aluchali le fué preguntado que cómo teniendo tanta artillería y municion habia tirado tan poco, y defendídose tan mal, y respondió que le paresció al principio no poderse perder, y que de miedo no fuesen al fuerte, que era más flaco, iba entreteniéndose y haciendo ménos de lo que podia, y que es verdad que se aprovechó tan mal de la artillería, que demas de otros muchos daños que pudiera haber hecho en el campo del enemigo, sin falta ninguna pudiera haber echado á fondo muchas galeras, y no lo hizo.

Que luégo en entrando los turcos en la Goleta fué pegado fuego á las vituallas, que quedaban en ella, no sabe si por los turcos ó por los mismos cristianos; más no llegó el fuego á la pólvora, porque estaba en otro magazen muy apartado del de la dicha vitualla.

Que los turcos se aprovecharian mucho de la pólvora, porque tenian ya tanta falta de ella que les parescia no poder batir al fuerte de la suerte que era su deseo.

Que Aluchali mandó repartir otra vez mucho dinero entre los genízaros y espays y otra gente que se habia señalado al entrar en la Goleta, y acrescentarles el sueldo.

Que despues de tomada la Goleta iban los turcos derribando todo lo que no estaba derribado de lo nuevo de la plaza, y iban acaban-

[1] Acevedo ó Córdoba, uno de los dos, pues no se dice quien de ellos habia renegado, aunque del contexto se infiere fuese el segundo.

do de hinchir el foso, y que en lo viejo no habian aún tocado, ni hecho más de quitar toda la artillería, que estaba así en lo nuevo como en lo viejo, y la habian embarcado en las mahonas, y habian tambien embarcado muchas cosas de la misma armada que estaban en tierra.

Que luégo, acabado de tomar la Goleta, se fueron Sinan Bajá y Aluchali con todo el ejército sobre el fuerte de Túnez, y enviaron á decir á los de dentro que se rindieran con muchas amenazas, á las cuales les fué respondido que defenderian aquella plaza hasta morir todos, y luégo tiraron muchos arcabuzazos al mensajero.

Que de ahí á ocho dias se volvió Aluchali á la armada con una parte de la gente de guerra con que él y el Bajá fueron al fuerte, y con ella puso en órden cien galeras, y salió con ellas hasta cabo Bono, dejando las otras con otros navíos que estaban mal en órden debajo de la Goleta, y habiendo puesto cinco piezas sobre la muralla para que los defendiesen en caso que se ofreciera la necesidad.

Que cada dia iba Aluchali desde la armada al campo sobre el fuerte, y algunas veces llevaba gente, la cual iba de muy mala gana, porque mataban y herian los del fuerte muchos de ellos, saliendo fuera muy á menudo, y particularmente los vió éste que despues de dos dias de la presa de la Goleta, estando ya allá todo el campo, salieron á las trincheas del Rey de Tripol, adonde mataron muchos, y enclavaron dos piezas, y que por esto y porque se aprovechaban mucho de ingenios de fuego, les habian cobrado mucho miedo, tanto más paresciéndoles que los tenian en muy poco; pues se atrevian á salir por alguna parte más de media milla del fuerte, y él mismo les vió una vez salir á tomar agua y volverse dentro con ella peleando siempre.

Que la más cercana trinchea que les tenian los turcos es á trescientos pasos del fuerte, y se lo defendian de manera que pasaban trabajo acercarse más.

Que batian al dicho fuerte con diez y siete cañones grandes, y que á primero de éste, estando él allí, le dieron el asalto por dos partes con todo el campo, el cual duró dos horas, y fueron rebutados los turcos con muy gran daño, y que despues él ha entendido en Tabarca que le han dado otros cinco asaltos, y que desconfiaban poderle tomar por fuerza por lo bien que se defendian los de dentro.

Que se habia huido del fuerte un bombardero, el cual dijo á Aluchali que nunca le tomaria si no le daba batería por la parte del Estaño, y que así Aluchali mandaba poner en órden dos chatas para poner en ellas artillería, y que despues salió un soldado, que dijo que por la dicha parte del Estaño hacian grandes reparos los de dentro, habiendo entendido que le querian batir por allí, de manera que cree que sin falta ninguna, no sólo está hoy dia el fuerte por S. M., pero que se defenderá otros muchos dias.

Que tambien dijeron el dicho soldado y bombardero que recibian mucho daño los de dentro, y que Gabrio estaba herido en un brazo, y Pagan Doria de un arcabuzazo en una pierna, aunque no era cosa de tanta importancia que pudiese por ello peligrar ninguno de ellos.

Que algunos decian que el armada no se iria de allí, hasta haber tomado el fuerte, y otros decian que no estarian más de hasta los diez de Octubre, porque ella está muy mal parada, aunque Aluchali iba alargando la ida por parescerle que en todo caso le convenga tomar el fuerte. Sinan Bajá, que es el superior, tiene mucha gana de irse, por el miedo que tiene al señor don Juan, del cual há dias que saben que ha venido á Sicilia, y que junta una grande armada de galeras y naves por ir á darles la batalla, y por esta causa tienen en el armada una parte de la gente, que era del campo de la Goleta, y que entiende cierto que con ciento y cincuenta galeras y veinte y cinco naves y seis mahonas muy bien en órden se pudiera romper aquella armada, aunque ella es de número doblado.

Que si la armada se fuere ántes de tomar el fuerte, dejarán para proseguir la empresa el Rapamat [1] con seis mil turcos, y el ejército del Rey de Caroan que será de cerca de doce mil moros de á pié, y entre ellos dos mil escopeteros y mil quinientos caballos.

Que sin falta ninguna entre muertos de dolencia y peleando faltan á la armada enemiga, desde el dia que llegó á la Goleta, más de treinta mil hombres, y que de ellos ha consumido más el fuerte que la Goleta.

Que el fuerte de la Isla está todavía por S. M., y que los turcos, hasta el dia que él partió de allí, no lo habian acometido.

[1] Ramadan, rey de Argel.

Que los moros habian desamparado á Biserta, de manera que no quebaban sino seis ó ocho de ellos sin que los turcos se hubiesen apoderado del lugar, ni enviado á hacerlo.

Que ántes que se tomase á la Goleta hacian los turcos grandísimas guardias porque no le pudiese entrar ningun socorro por la parte de la mar, porque demas de tener ciento cincuenta galeras p r la parte de Cartago, y ciento por la de Arraez, tenian tambien otras y muchas galeotas en Cabo Bono y en Puerto Farina, las cuales andaban contínuamente de una parte á otra del Golfo, y muchas veces se solia poner la armada en hilera, dende el Arraez á Cartago, de manera que él tiene que fuera muy imposible meter socorro en la Goleta.

Tambien dice que siempre enviaban galeotas y galeras á tomar lengua en nuestras mares para saber lo que hacia el armada de S. M., y que despues que han entendido que está en Sicilia junto con la persona del señor don Juan, han tenido más guardias y hecho muy mayores diligencias.

Que Aluchali decia que el año que viene ha de venir con muy mayor armada sobre Mecina.

VI.

CARTA DE DON JUAN DE AUSTRIA AL REY, Á 23 DE SETIEMBRE DE 1574 [1].

Señor : La pérdida de la Goleta en tan poco tiempo, y en lo que está y puede suceder del fuerte de Túnez, me traen con tan gran descontentamiento como el caso lo requiere, viendo el mal aparejo que hay para socorrerle y hacer lo que convendria, pudiendo ser al reves si nos hubiéramos concertado todos acudiendo á la mayor necesidad. Con todo esto voy previniendo y proveyendo lo que más me parece al servicio de V. M., más con tan poca esperanza de sacar el fruto, que convendria en esta ocasion, como en las demas que han sucedido hasta agora de harto menor sustancia; por lo cual me voy imaginando que si se pierde el dicho fuerte, las cosas vienen á

[1] Simáncas, *Estado*, legajo número 450.

quedar de manera, y me parece de tanta importancia que V. M. las entienda particularmente de autor tan desapasionado y obligado á su servicio como yo, que podria ser fácilmente que me aventurase á irlo á hacer en persona, no ménos que aventuré, partiéndome de Lombardía para venir á servir á V. M., donde su servicio y mi obligacion me llamaban muy confiado de mi voluntad y buena intencion, de que doy infinitas gracias á Dios, pues me conformé con la de V. M., y así espero que sucederá lo mismo en esta que digo agora, porque no me determinaré á ponella en ejecucion sino cuando viere que estemos totalmente desconfiados de poder hacer ninguna cosa por acá; y cuando consultándolo con los del Consejo, muy considerada y particularmente se resolviere que mi persona no hará falta alguna aquí, y que sea muy gran servicio de V. M. entender el remiendo que se podrá echar á esta desgracia; y esto haré yo de tanta mejor voluntad, cuanto que no aventurándose sino mi trabajo, lo tendré por descanso sirviendo á V. M., á quien no escribo en esta porque en las de mano ajena y por la copia de la instruccion que lleva el Marqués de Santa Cruz á Nápoles, se entenderá lo que se me ofrece. Guarde nuestro Señor á V. M. con la felicidad y contentamiento que puede. De Palermo en galera á 23 de Setiembre de 1574. De V. M. hechura y más humilde servidor que sus R. M. B.—DON JUAN DE AUSTRIA.

VII.

COPIA DE UN PAPEL QUE TIENE POR EPÍGRAFE «DEL SEÑOR DON JUAN». RELACION SIMPLE DE LA PÉRDIDA DE LA GOLETA Y TÚNEZ [1].

Lo que aquí se puede decir es que tras la pérdida de la Goleta, de que ya he dado aviso por otra, fué Dios servido que subcediese la del fuerte de Túnez, el cual fué entrado de los turcos á los 13 del pasado por no tener gente con que acudir á todas las partes por donde se dió el asalto, á causa de la mucha que en diversas veces

[1] Simáncas, *Estado*, legajo número 1333.

habien enviado á la Goleta. Gabrio Cervellon y el castellano Andres de Salazar, herido de tres arcabuzazos, fueron presos. Don Juan Zanoguera, á cuyo cargo estaba la Isleta del Estaño, fué forzado darse á pato [1], por no tener agua; hízolo con que le dejasen salir con la gente que tenía, que serian trescientas personas, y que les diesen bajel en que venir, y aunque se lo prometieron debajo de firma de Bajá, cumplieron su palabra como suelen, porque no le dejaron traer más de cincuenta hombres. Han echado por tierra con minas la una fuerza y la otra, sin dejar cosa en pié; de manera que no hay que volver á recuperar. Tuvieron siempre los turcos tantas guardas por mar y tierra, que no sólo no se pudieron socorrer los sitiados, pero ni áun entrar las espías que se enviaban de acá.

La armada turquesca quedaba puesta en camino á los 27 del pasado; platicóse si sería bien enviar tras de ella una banda de cincuenta ó sesenta galeras, que se podian reforzar, de las que hay aquí, y habiendo considerado que don Juan Zanoguera dice que entró en la mayor parte de las del Turco, y que ni de gente de remo ni de guerra va tan desapercebida que [le] sea necesario remolcar sino las naves y galeazas; y que lleva setenta y más galeras tan gallardas que no sólo pueden estorbar que se haga daño á las que no lo son tanto, pero áun ofender y dar caza á las nuestras, y que siendo esto así y yendo el enemigo con el recato que es de creer que irá hasta salir de nuestros mares, ningun fruto se podia sacar de enviar la dicha banda de galeras y pasar con ellas adelante de Corfu, como parescia que era lo más conveniente, si fuera en verano, por entender que entrada la dicha armada en su dominio se descuidaria de ir con tanto recato, se juzgó por de mayor inconveniente, estando el tiempo tan adelante que podrian fácilmente las dichas galeras [de S. M.] rescibir algun naufragio, y que cualquier daño que les viniese sería de mucha consideracion por ir en ellas la fuerza principal de toda la armada de S. M., por lo cual se ha tomado resolucion de enviar á Marcelo Doria que con seis galeras vaya, como ha ido, á tomar lengua del progreso que hará el enemigo, y como se sepa que ha salido de nuestras costas me resolveré en lo que habré de hacer, de que se dará aviso.— *De Trápana, á 4 de Octubre de 1574.*

[1] Así en el original; entiéndase «pacto».

VIII.

CARTA DESCIFRADA DEL SEÑOR DON JUAN Á S. M., DE TRAPANA Á 4 DE OCTUBRE DE 1574 [1].

S. C. R. M.: Siento tanto que ya que Dios haya permitido que la Goleta y fuerte de Túnez se pierdan, vuelva el enemigo á su casa sin recibir ningun contraste, que he andado pensando si todavía se podria hacer algun efecto con que se ganase parte de la reputacion perdida con las fuerzas que aquí se hallan, y se diese satisfaccion al mundo de que se hacia lo que era posible. Así, habiéndome ocurrido dos cosas, la una ir á Túnez y procurar de degollar cuatro ó cinco mil turcos, que se entiende han quedado allí, y la otra pasar á los Gelves y cautivar los moros de aquella Isla, hice juntar á consejo para que se platicase sobre ello, y despues de haberlo hecho largamente, pareció que de ir á los Gelves no habia que tratar, porque demas de ser empresa de muy poco ó ningun honor, el que la armada de V. M., tras haber recibido una pérdida tan grande, fuese ahora á saquear una tierra de moros, donde no se podia sacar otro fruto que tomar algunos de ellos, el tiempo estaba tan adelante que sería fácil que en trescientas millas que hay de aquí y otras tantas de vuelta (que en las dos cientas no hay puerto, ni agua) le sucediese alguna otra de mayor consideracion. Que el provecho que de esta jornada se podría sacar [era escaso en comparacion del riesgo], no pudiendo ir ménos de cien galeras y diez ó doce mil hombres. Tampoco se juzgó que lo de Túnez sería bien intentarlo, porque siendo fuerza que nuestras galeras se descubran de léjos, sería á eleccion de los turcos retirarse muy á su salvo ó esperar. Si se retirasen, no se habria hecho nada más de gastar el tiempo y vitualla, y sería vergüenza volvernos tan sin són como habiamos ido. Si se resolviesen de esperar y se fortificasen en la Alcazaba, sería necesario sacar artillería en tierra, y los demas adherentes para batir, para lo cual lo sería tambien [tener] más tiempo y aparejo de todas co-

[1] Archivo de Simáncas, *Estado*, legajo número 450.

sas del que tenemos y nos queda, dejando aparte las dificultades que habria en conducir las vituallas de la marina á Túnez, teniendo los turcos á su favor la caballería de los moros y alárabes de la tierra, que viendo nuestro propio poder, es de creer que no trocarian de la opinion en que han quedado de seguir la fortuna, juzgándola por muy próspera. Pero [en] lo que más repugnó esta jornada fué considerar que ya no estamos en tiempo que podamos elegir por voluntad, sino por necesidad, por habernos llegado el tirano á tales términos que el mayor cuidado ha de ser pensar en el remedio de los daños que se esperan, segun el estado presente de las cosas. El cual verdaderamente es tal que no sin gran dolor se puede pensar en él, considerando la cualidad de los enemigos, su poder y soberbia, que se ha de acudir á tantas y tan derramadas partes; y sobre más es de sentir que parece imposible poderlo hacer, á lo ménos por el camino que hasta aquí se ha caminado.

Siendo esto así, y no habiendo otra forma [de] darse mano los estados de V. M. unos á otros por medio de esta armada, ha parecido que ninguna cosa se debe traer tan presente como la conservacion de ella, porque cualquiera ruin suceso que tuviese podria ser causa de grandes daños, y que aunque [de] esta jornada de Túnez se pensase sacar el fruto que se presuponia, no se debia intentar en esta sazon tan metida al invierno, á trueque de no ponernos al peligro de este golfo, y de los temporales que de ordinario suelen correr en el de invierno, que cierto, respecto á lo dicho, se tiene de por muy grande cualquier desgracia que á estas galeras sucediese; y cuando bien estuviésemos seguros que no nos hubiera de suceder ninguna, sería de gran estorbo para lo de adelante [el] que la armada se metiese á invernar tan tarde, como forzosamente habria de ser, cúando se acabase la jornàda, pues impediria el salir despues tan temprano como conviene; dejando aparte que lo que en ella se gastaria sería de poca ménos consideracion que el efecto que se hubiese hecho, y por ventura mayor, segun las necesidades que hay. De suerte que ponderado esto y que yendo el Turco tan victorioso y soberbio de haber acabado en tan pocos dias la empresa de una fortaleza, que tan reputada estaba en el mundo, sin haber recibido daño de momento, querrá [ahora] continuar la guerra, con tanta mayor esperanza de salir con lo que intentáre, cuanto que ya no

será con miedo ni armada nueva atemorizado como hasta aquí, y que pensará ser ayudado de esto; que esto es de temer, por cierto, y que si á todo lo que se antevee que puede suceder no se previene con tiempo, experimentarémos con mayor ruina la fuerza de este enemigo tan poderoso, el cual es tan bien avisado de sus espías, que deben de ser muchos, y tanto mejores que los nuestros, cuanto se alargan más en gastar en ellas, que bien lo dice la seguridad con que pudo el Turco venir este año á hacer la empresa que ha hecho por hallarse la armada de V. M. tan esparcida y desproveida de todo lo necesario, que si supiera que para el tiempo que él habia de llegar á nuestras mares, pudiera estar junta en Mecina, y de manera que en pasando él á África pudiéramos dar con ella en su casa, no es de creer que dejára lo cierto por lo incierto, mayormente sabiendo cuán aparejada está la Albania y Chumarra á solevarse, no con tan grande ocasion sino con mucho menor, y á lo ménos se empeñára con tanto recato que no pudiera hacer lo que ha hecho. Parece, pues, acá que á lo que se debe atender es á meter las galeras á invernar para que la gente tenga lugar de reposar y rehacerse, y que desde luégo se vaya atendiendo en todas partes á la provision y preparacion de la armada para que á principio de Abril se pueda con ella proveer las Islas y las demas plazas de fronteras, de suerte que á mediado Mayo ó á fin dél se halle desembarazada y en la órden que debe en Mecina para hacer los efectos que más convinieren, segun el progreso que el enemigo hiciere, porque de navegar sin tiempo vienen á hacerse gastos infructuosos y imposibilitar que no se puedan hacer en el que conviene las preparaciones que han de ser remedio de los daños; pues si lo que al cabo de este verano se ha gastado se hubiera hecho al principio, no sucedieran las cosas como se ha visto, y esto es lo que yo más siento, que sin ahorrar nada se padezca. Conforme á esto V. M. mande que con gran diligencia se dé principio á la preparacion, con mandar desde luégo prevenir en este reino y en el de Nápoles y en los demas estados las vituallas, municiones y las demas cosas que requieren espacio de tiempo para proveerse, para que no nos hallemos en el aprieto que este año, y á este propósito acuerdo á V. M. lo que escribí con don Cárlos Dábalos: que los ministros se den la mano, y tenga cada uno por tan suyo lo que es á cargo del otro como lo que está al suyo

propio, porque es punto de tanta sustancia para que los negocios vayan bien encaminados, cuanto se deja fácilmente considerar, y se verá por la experiencia si se llega á hacerla.

Yo esperaré á ver lo que hace la armada turquesca, y como se haya retirado partiré de aquí para Palermo, á donde con la llegada del secretario Juan de Soto se tomará la resolucion que más pareciere convenir, prosupuesto que, aunque el volver á hacer pié en Berbería es de la importancia que he representado á V. M., no se puede verificar sin su órden, y cuándo ésta llegue acá, segun lo que tardan los correos de su córte aquí, estará cerrado el paso que se puede defender del enemigo, mayormente que don Juan Zanoguera cuenta que Gabrio Cervellon le dijo que no se hiciese caudal de hacer fortificacion contra el poder y manera de expugnar del Turco, y que sólo en la fuerza de la gente se debia estribar; y pues hasta agora no se entiende que haya aquel designado fortificar á Puerto Farina, podrá ser que nos dé lugar á que con más comodidad lo podamos hacer nosotros. Nuestro Señor, etc., de *Trápana, á 4 de Octubre de* 1574.

FIN DEL APÉNDICE.

ADICIONES Y CORRECCIONES.

Varias son las que, impresas ya estas Memorias, se nos ocurre hacer, tanto al texto como á las notas y apéndices. Hay, en efecto, erratas importantes que corregir en ellas, aclaraciones y noticias que añadir; y sobre todo conviene fijar bien la ortografía de los nombres propios y geográficos, que, como podrán conocer nuestros lectores, es harto irregular y arbitraria, hasta el punto de estar una palabra escrita de dos ó más maneras distintas en una misma página del manuscrito: achaque comun de escritores vulgares y poco eruditos que pronunciaban y escribian al oido, valiéndose para ello de las letras del alfabeto castellano, sin advertir que éstas tenian á un mismo tiempo en los diferentes reinos de la Península Ibérica valor distinto. Tal sucedia con la *g*, la *s* y la *x* y otras de nuestro alfabeto, que pronunciadas por un catalan, un portugués ó un castellano producian un sonido harto diferente. Si los nombres eran arábigos ó turcos, como sucede con la mayor parte de los citados en esta narracion, entónces la confusion crecia de punto, pronunciándolos ó trascribiéndolos el autor de várias maneras, y haciendo de un mismo personaje tres ó más distintos. Ejemplos de esta, que pudiera bien denominarse *caco*-grafía, son demasiado frecuentes en este nuestro escritor y en otros de su siglo para que nos detengamos más tiempo en observarlos.

Pág. V de la Introduccion. El nombre del artífice francés que encuadernó este peregrino libro está mal escrito. No se llama *Derom*, como inadvertidamente se estampó allí, sino De Romme. Tres en-

cuadernadores hubo del mismo apellido en el siglo pasado, de los cuales el último alcanzó los tiempos del Imperio. Es tanto más importante esta rectificacion, cuanto son muy apreciadas de los bibliófilos los encuadernaciones salidas de su taller. Y ya que de la encuadernacion del libro se trata, convendrá apuntar aquí una circunstancia que omitimos al imprimir la introduccion. Examinado más detenidamente el volúmen, resulta que el papel es de algodon sin filigrana, cual se fabricaba á mediados del siglo XVI en Génova, Venecia y otros puertos de Italia con destino á Constantinopla, Egipto y costas de Levante. Está formado de dos cuadernos distintos, aunque escritos de la misma mano, en prosa el uno, en verso el otro. En una de las hojas blancas con que termina el primero y empieza el segundo, se lee: «*Es del alferez.....*» El nombre está en blanco, como si el escritor hubiera sido interrumpido en medio de su tarea por algun contratiempo. ¿Y quién nos dice que ya en el pergamino que entónces le cubria, ya en las guardas, debajo del título, si es que le tenía, ó en alguna otra parte del libro no constaba el nombre de su autor, y que el encuadernador francés al vestirle de nuevo y hermosearle con su cuero marroquí y sus correspondientes filetes dorados, no le quitó algun letrero por donde hubiéramos podido rastrear el nombre del autor?

Pág. 5. Y por gobernador á Caito Ramadan, renegado *suizo*, de nacion sardo. Así en el original, pero debe de haber equivocacion, pues Ramadan Bey, ó Ramadan *Sardo* como le llaman otros, era natural de Cerdeña. Véase á Morgan, *History of Algiers*. Lóndres, 1731, tomo IV, pág. 520.

Pág. 10. «Para declaracion de los impedimentos que tuvo *su aliado.*» Debe aquí faltar *Su Majestad* ó *el Rey de España*, es decir, Felipe II, uno de los Príncipes que intervinieron en la liga Católica, pues, con efecto, no pudo por entónces ir nuestra armada á Túnez.

Ibid. «Vino al puerto de Austria.» Este puerto descubrió el capitan Perucho Moran, á quien D. Juan envió desde Palermo, por ver si en la costa de Sicilia se descubriria lugar seguro y de abrigo para la armada. Hallóse uno de toda comodidad para galeras á media mi-

lla de Marsala junto á otro puerto llamado por los antiguos Lilibeo. Púsosele por nombre *Puerto de Austria*, y en él permaneció la armada hasta Octubre. Torres y Aguilera, *Chronica de varios sucessos*, Zaragoza, 1579, tomo IV, fólio 102 v.°

Pág. 11. «Dejado en su lugar por gobernador á Cayto Mahamete.» Esta voz *Cayto* ó *Caito*, como se halla escrita en la pág. 5, debe ser corrupcion de la arábiga قايد *Cáyid*, que tanto vale como jefe, caudillo, alcaide.» Los turcos que se establecieron en Trípoli, Túnez, Argel y otras ciudades marítimas de Africa, corrompieron algunas voces arábigas hasta el punto de ser hoy dia poco conocida su etimología.

Pág. 12. La frase que empieza con las palabras «El estaño» está mal puntuado y debió formar parte de la anterior, de esta manera: «Está la ciudad de Túnez en la provincia de Africa ó Berbería, puesta á la falda de una muy pequeña montaña en forma triangular, doce millas léjos del cabo Cartago, y nueve de la mar; *que tanto es el espacio que ocupa el estaño entre ella y la Goleta. Tiene dos burgos*, etc.»

Pág. 17. «Los de la ciudad eran éstos: Oria á la parte de *Babacera*: Sant Andres, á la de *Babàzueca* y el Cerbellon en medio.» Babacera, escrito tambien *Babacira* y Babazueca son los nombres de dos arrabales en Túnez, así denominados de las puertas que á ellos dan entrada. Babazueca se interpreta por algunos: «Puerta de los Callejones», pero nos inclinamos á creer que باب اسواق *Babo-s-suwéc* ó «Puerta de los mercados» le cuadra mejor. Marmol Carvajal (*Descripcion de Africa*, libro VI, fólio 240 v.°) escribe *Beb çueyca* que pudiera interpretarse: «Puerto del Mercadillo.» A las demas puertas de Túnez las llama: *Bab el Menara* (la puerta del Fanal); *Beb Alcua*, y *Beb Zera*, que es el *Babacera* ó *Babacira* de este pasaje.

Pág. 18. «Muley Mahomed con dos hijos.» Su verdadero nombre era *Mohammad* que los nuestros corrompieron en Mahomed Mahomet ó Mahamet. Era de raza berberisca, y descendiente de los Hafsidas ó Beni Hafs que reinaron en Túnez, el último de los

cuales se llamó Hamida. Los prenombres *Muley*, *Sidi*, etc., equivalen á «Señor nuestro»; alguna vez han sido tomados por nuestros historiadores como si fueran los nombres de los mismos reyes. Escritor hay, y moderno, que al dar la serie de los emperadores ó sultanes de Marruecos desde que comenzó la actual dinastía de los Xorfá ó Xarifes, los enumera de este modo: *Muley I*, *Sidi I*, *Muley II* y *Muley III*, etc.

Pág. 25. «Tenía Uluchali en su servicio.» El lugar entre puntos suspensivos habrá de llenarse de esta manera: [italiano] puesto que tal resulta haber sido la nacionalidad del renegado Mustafá. Llamóse Jacobo Litolomini; era ingeniero de profesion y habia trabajado en las obras de la Goleta. Cuenta de él Vander Hammer que habiendo asistido largo tiempo en córte, pretendiendo que Felipe II le hiciera merced, y hallándose cierto dia en Aranjuez, pobre y desamparado, entre la canalla que suele seguir las sobras de las viandas, no sólo fué echado del Real Sitio sin remedio ni beneficio, pero con ignominia, atadas las manos por un alguacil de córte, y apaleado porque daba voces diciendo quién era y á qué habia venido. El despecho de verse mal premiado de sus servicios y deshonrado, pobre y abatido, le llevó como á otros muchos á Argel, desesperado, donde renegó y tomó el nombre de Mustafá. *Historia de D. Juan de Austria*, libro IV, fólio 180.

En cuanto á Uluchali, Luchali, Luchyali, etc., como su nombre se halla escrito en diferentes lugares de esta relacion, excusado parece advertir que su verdadero nombre es Aluch ú Oluch Aly, renegado calabres, justamente celebrado por sus piraterías en el Mediterráneo, y que llegó á ser gobernador ó bey de Argel y capitan Bajá.

Pág. 26. Entre los capitanes italianos y áun españoles señalados en este pasaje, hay algunos cuyos nombres están evidentemente mal escritos. *Valachera* debe de ser *Balacerca;* Bocceario *Beccaria* y Malherba *Mebarbo* como los llama Torres Aguilera, fól. 111 v.° Sospecho que el capitan Juan Luis Bellrrio no es otro que Luys de Belviso ó del Viso, nombrado por el mismo autor, á no ser que se llamase *Berrio* ó *Del Rio*, ambos apellidos comunes en España.

Pág. 34. El párrafo que empieza: «Entendido por el Duque de Terranova» está de tal manera viciado en el original que nos ha sido materialmente imposible, á falta de otro original, restablecer su verdadera leccion, ó más bien adivinar lo que el autor quiso decir. Que el soldado allí llamado Martinez de *Boltauela* es el mismo *Volteruela* más adelante citado, parece probable; ¿mas qué se propuso decir el autor con las palabras *estaban barbado con él*, aplicadas al bonísimo artillero de la isla Pantalarea ó *Pantarálea*, como corruptamente la llama el autor de estas Memorias, es punto ménos que imposible declarar. Conjeturamos, sin embargo, que hay allí una ó más palabras omitidas, y que quizá hubo de leerse «tomó por compañero un bonísimo artillero de los doce que allí con las fragatas estaban [y despues de] *tratado* con él [el asunto] desembarcando en la Calabia (y no Calabria, que es un disparate) se vino por tierra á la isla [del Estaño].

Pág. 35. «Por ser el despacho suyo el que [Christoval] de Reina y Juan *Dorta* traian». El nombre de este último capitan se halla escrito de várias maneras: *D'Orta*, de *Horta*, y alguna vez *Doria*.

En la misma página donde dice: «sin sentido pasó», habrá de leerse, sin [ser] sentido.

Pág. 36. Hazan Ajá, bey de mistre y Arrabhamet no pueden ser otros que Hasan Agá, bey ó gobernador de Monester, y un moro tunecino llamado Abde-r-raḥmán, que á poco de desembarcar los turcos tomó partido con ellos. Haedo (*Topog. de Argel*, fól. 80 v.º), habla de un Arab Amat (Arab-Ahmed), á quien Ochali dejó por gobernador de Argel en 1572.

Pág. 40. «Comenzaron él y Caybo Mahamet á estrechar el cerco del Fuerte». Caybo es equivocacion por *Cayto*, segun el autor designa á los Caides ó alcaides turcos, como *Caito* Ramadan, pág. 5. *Caito* Mahamete, pág 11, etc.

Pág. 48. «Trincheras hondas en estado» léase: hondas *de un* estado.

Pág. 49. «Por avisos que dos soldados, etc.» Está equivocada la puntuacion, debiendo leerse: «que dos soldados, llamados el uno Melendez y el otro Volteruela, saliendo á nado por el Estaño, traian; otra nueva nunca se pudo saber, etc.»

Pág. 53. «Estaba Uluchali..... con una gran bolsa de sultanis y otra de tallares y asperos.» Estos tres nombres son de monedas corrientes en Turquía. El primero equivale á dobla ó dinar de oro; el *tallar* y el *aspro* son de plata.

Pág. 58. «Entre los cuales fué una Barbona Sarda», «si barbona» está á lo que entendemos por «barbuda ó mujer varonil» habrá que escribirlo con letra minúscula.

Pág. 86. «Donde entró á 15 de Noviembre de 74». Ni Vanderhammen de Leon, ni Torres Aguilera, ni Antonio de Herrera, ni historiador alguno de los que trataron particularmente de la pérdida de la Goleta y Fuerte de Túnez, da la fecha exacta de la llegada de Uluchali á Constantinopla, de vuelta de su expedicion, razon más para asegurar que estas Memorias se escribieron por algun soldado cautivo, lo cual, á falta de otro testimonio, se halla suficientemente comprobado con las palabras del autor: «así en la (léase *los*) que al presente son esclavos como en otros que han habido libertad.»

Ibid. «En tan espesos y *sanguinos* asaltos», parece debió decir sanguinosos ó sanguinolentos, es decir *sangrientos*.

Pág. 113. «Con mi hijo y mi mujer,
Que era lo que más amaba.»

El pacto que D. Juan de Zanoguera hizo con Hasan Bajá consistia en entregar todas las mercancías, la plata, el oro que hubiera en la Goleta, quedando en libertad su guarnicion con sus mujeres y niños. Sin duda no creyeron los turcos que hubiese tanta gente dentro de la isla, puesto que ascendian entre todos á 500. Negóse Uluchali á ratificar la capitulacion, y nuestro autor hubo de resig-

narse con su suerte, y separarse de su mujer é hijo, que fueron conducidos á otra galera.

Pág. 114. El soneto que empieza: «Mi alma de trabajos ansi llena», que el autor pone en boca de su mujer, no está tan claro como sería de desear, pues áun cuando el segundo verso del último terceto se corrija de esta manera: «Salido habiendo apénas de la cuna», no se compadece bien con el siguiente soneto, en que dice se casó á los 15 años y un mes, y que de los tres lustros pasó *uno* peregrinando; que estuvo casada 21 meses, y que apénas si gozó de su libertad una luna entera.

Pág. 117. «Excelso monte do el romano estrago.»
Este soneto, aunque al mismo asunto, es distinto del que trae Cervántes, pero ¿es esto bastante para invalidar nuestras conjeturas? ¿Es posible que dos soldados de la Goleta escribiesen á un tiempo romances y sonetos á la pérdida de aquella plaza, y ambos quedasen cautivos? ¿No es más fácil suponer que Cervántes compusiese otro á Cartago y tuviese ocasion de darlo como del cautivo Aguilar? A los críticos dejo el esclarecimiento de esta cuestion.

Pág. 137. «En Ecija á los frailes, etc».
Léase *Huecija*, lugar de las Alpujarras.

Pág. 142. Si el autor aprobado y suficiente, de quien se trata en el soneto como ocupado en escribir el suceso de Lepanto, no es el sevillano Fernando de Herrera, quien en 1572 dió á luz su *Relacion de la guerra de Chipre y Batalla naval de Lepanto*, preciso es acudir á otros dos escritores, españoles ambos, que en el mismo año de 72 y en el de 76 daban obras análogas á la estampa. Es el primero de ellos Hieronymo de Costiol, caballero catalan, el cual hizo imprimir en Barcelona, en casa de Claudes (*sic*) Bornat su *Primera parte de la Chronica del muy alto y poderoso Príncipe D. Juan de Austria, hijo del Emperador Cárlos V, dirigida á D. Hernando de Toledo, Prior de Castilla, y á la sazon virey de Cataluña;* á la cual creyó conveniente añadir: *Los tres primeros cantos de la memorable guerra que Sultan Selimo, Emperador de los turcos, movió contra el Se-*

nado Veneciano por el Reino de Cipro, los cuales no forman, como dice equivocadamente Salvá (*Catálogo I*, pág. 210), la segunda parte de la obra, pues áun cuando la primera concluye de este modo: «*Fin de los tres libros y parte primera de la Chronica*», es evidente que ésta, que es en verso, no forma parte de la obra.

Es el segundo Marco Antonio Arroyo, tambien español y domiciliado en Venecia, el cual se halló en la batalla, y tenía desde el citado año de 72 compuesto un libro que imprimió despues en Milan con el siguiente título: *Relacion del progreso de la Armada de la Santa Liga entre Pio V, Felipe II y Venecianos contra el Turco*. Milan, 1576, 4.° tomo.

Del negro Juan Latino, autor del *Austrias*, 1573; de Juan Rufo, jurado de la ciudad de Córdoba y amigo de Cervántes, quien en 1580 habia ya terminado, aunque no impreso, su *Austriada*; del portugues Cortereal, que publicó la suya en 1578, no puede razonablemente pensarse sean los aludidos en el soneto, y por lo tanto, nos inclinemos á creer sea alguno de los tres primeros.

Pág. 175. El último verso del soneto con que principia el *Canto cuarto*, en que el autor refiere los sucesos del año 1575, habrá de leerse, no como está escrito é impreso, sino:

«Y vereis de mis miserias el efecto.»

Pag. 176. En el primer verso de la segunda octava, triones está evidentemente por *tritones*.

Pág. 180. El canto quinto y sexto están en forma de metáfora y en estilo figurado, y por lo tanto, excusado sería buscar datos para la vida del autor, quien nos ocultó cuidadosamente su patria, familia y nacimiento. (En la pág. 185 y soneto: *Al casamiento de los contenidos en este canto contrahecho*, figura que *Don Pedro no tenemos, que fué el año pasado caballero*, bailó al són del pandero que tañia *Malicia*.

Pág. 200 del canto sexto. El cuarto verso del soneto deberá leerse así:

«No puedo decir más, yo os lo prometo.»

Pág. 215. El Lamento de un pastor en octava [*s*] es tambien figurado: Tanto en éste, que á no ser canto separado debe formar parte del octavo, como en los anteriores *sexto* y *séptimo*, nada hay que pueda servir de norte y guia para descubrir la patria y relaciones del escritor. Por lo demas, ya se dijo en la Introduccion que entre los cautivos de la Goleta, ó más bien de la isla del Estaño, hubo un alférez llamado Pedro de Aguilar. Verdad es que en la enumeracion que el autor hace (pág. 92), de los capitanes y tenientes de capitan que se perdieron (es decir quedaron prisioneros de guerra) en la Goleta se hace mencion de un *teniente Aguilar*, pero éste debe ser persona distinta, quizá pariente ó hermano del *Pedro*, quien pasaria á la isla del Estaño ántes que aquella fortaleza se rindiese, y quedó, segun él mismo dice (pág. 112), cautivo, por no ser de los cincuenta exceptuados y escogidos por Zanoguera:

«Contento estaba yo entónces,
Aunque esclavo me hallaba,
Creyendo, como era justo,
Que mi mujer se salvaba,
Cuando á la propia galera
La veo traer esclava.»

En el poema (sin título) que empieza en la página 134, y en que el autor se propone referir los trances de batalla *que vió desde veinte años*, se ofrece una dificultad, á saber: si la fecha allí mencionada habrá de entenderse desde que el autor tuvo veinte años, ó desde el de 1554, puesto que sabemos cayó prisionero en el de 74, y es más que probable, segun ya hemos indicado en otro lugar, que tanto la relacion en prosa, como los ensayos poéticos que hay en el tomo, los escribiese durante su cautiverio, «amarrado al duro banco de una galera turquesca.» Esto no obstante, nos inclinamos á creer que empezó á servir reinando Felipe II, en el levantamiento de los moriscos granadinos, año de 1568, el cual describe gráficamente desde la página 135 á la 140. Que se halló en aquella gloriosa, aunque sangrienta jornada, él mismo lo dice (pág. 140) al referir la conclusion de la guerra y la rendicion de los moriscos víspera de Todos Santos del año 1570. No estuvo en Lepanto, segun él mismo asegura al fin del canto primero (pág. 142), pero ántes de

aquella jornada, por Mayo de 1572, hubo de salir de su tierra, embarcándose para Italia el 25. El 21 de Junio llegó á Palermo; de allí fué á Mesina, donde halló al Marqués de Santa Cruz. Es probable, aunque no cierto, fuese con D. Martin de Padilla á la jornada de Corfú, pues como dejamos dicho, no se halló en Lepanto. En 1573 pasó con D. Juan de Austria á Túnez, donde restablecido el dominio español, quedaria de guarnicion hasta la sangrienta catástrofe de que fué víctima, como otros tantos españoles que allí perdieron la libertad ó la vida.

Pero para mejor identificar su persona con el *Don Pedro de Aguilar* de Cervántes, fuerza será acudir al cap. XXXIX de la Primera parte de *El Quixote*. Dícese allí que «entre los cristianos que en el fuerte (súplase de Túnez) se perdieron, fué uno llamado D. Pedro de Aguilar, natural no sé de qué lugar de Andalucía, el cual habia sido alférez en el Fuerte, soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento, etc.» Más adelante, y oyendo decir su nombre, Don Fernando preguntó qúé habia sido de él, y respondióle Rui Perez que á cabo de dos años, es decir en 1576, que estuvo en Constantinopla, se huyó en traje de arnaute con un griego espía, y que no sabia si vino en libertad ó no; lo cual oido por Don Fernando exclamó: «Pues así fué, porque ese D. Pedro es mi hermano, y está ahora en nuestro lugar bueno y rico y casado y con tres hijos.»

Ahora bien, D. Fernando era á su vez hermano de cierto Duque que tenía estados en Andalucía. Conjeturó Clemencin, y con él otros comentadores, que quizá sería el *de Osuna*, cuyo apellido es Tellez Giron; pero si efectivamente éste tenía un hermano llamado *Pedro de Aguilar*, preciso es confesar que la conjetura, aunque ingeniosa, no es admisible; y así, habrémos de buscar entre los de Castilla otro duque con estados más allá de Sierra Morena, cuyo apellido fuese Aguilar. Esto se verifica en un D. Gonzalo Fernandez de Córdoba, 5.° duque de Sessa, el cual, como muchos de sus ascendientes, estuvo emparentado con la nobilísima familia de los Aguilares. El mismo Gran Capitan se apellidaba *Fernandez de Córdoba y Aguilar*. Así lo afirman el Abad de Rute en su Historia genealógica é inédita de dicha casa, y el Licenciado Francisco de Llamas y Aguilar, cura párroco de Montilla, en su *Arbol Real cultivado para el jardin de la curiosidad en este año de* 1667, MS.

Verdad es que Cervántes, en su *Viaje del Parnaso*, cita un Pedro de Aguilar, poeta y *valenciano*, el cual nada debió de tener de comun con el Aguilar *andaluz*, y fué quizá hermano de Gaspar, el poeta dramático.

Pág. 221. *Relacion de D. Juan Zanoguera.*

De esta relacion, hasta ahora inédita, se conservan várias copias más ó ménos antiguas. La que ha servido para esta impresion es de letra coetánea, y pertenece al editor. Hase cotejado con otra que, aunque más moderna, se dice trasladada del original de Simáncas, y se conserva entre los MSS. del Museo Británico *Add.* Núm. 10.262.

Fué su autor un caballero valenciano, de quien tratan largamente Escolano y otros escritores de aquel reino.

Ibid. Donde dice: «el maestre de campo Luis de Sigura Barahona», léase Luis de Segura y los capitanes Barahona, Artieda, etc.

Pág. 223. «Y estando las *estachatas* y fragatas.» Esta voz *estachatas*, que en las demas copias está escrita escachatas, me es enteramente desconocida; quizá haya de leerse *chatas* por «barcas chatas» propias para navegar por un estaño ó brazo de mar con poco fondo. Más adelante (pág. 225) se vuelve á tratar de *chatas* y fragatas.

Pág. 226. *Contraseños* está por «contraseñas». *Más abajo*: En el seco que está [á] la banda de Arraez, el caballero de San Ildefonso y sus traves, léase su través ó *sus traveses*.

Pág. 229. Maximino Poley y Tiberio *Bocafusta*. Este último era capitan de una compañía de italianos en el tercio de Nápoles. Su nombre se halla escrito en estas Relaciones de distintas maneras, *Boccafosca*, *Bocafusca* y *Bocafusta*.

Pág. 230. «Sin hacer en ellas daño alguno», léase en *ellos*.

Pág. 233. Donde dice «asentándonos otras cuatro piezas», parece habrá de leerse *asestándonos*, y más abajo, en el cuarto renglon, «capas» es error manifiesto por *çapas* ó *zapas*.

Pág. 237. «Habíanse venido de Túnez á la Isla aquella misma mañana veintidos personas de buena *boja*, gastadores y marineros.» Debió decir *boya*. Gente de buena boya, ó buenas boyas llamaban antiguo á los remeros voluntarios (*buona voglia* en italiano), para diferenciarlos de los galeotes ó forzados.

Pág. 239. Trajana es errata por Trápana ó Trapani.

Pág. 240. Por isla de la Armada, como se lee en el epígrafe, habrá de entenderse *Isla de Estaño*, de la cual era gobernador Juan de Zanoguera. Quizá tuvo tambien aquel nombre por haber anclado junto á ella en 1535 parte de la armada de Cárlos V.

Pág. 241. No todos los ejemplares de la *Relacion de Zanoguera* contienen las cartas que le dirigieron Azam-Bajá y el capitan Bajá, intimándole la rendicion. Dos tan sólo de los que hemos tenido presentes las incluyen. En cuanto á la relacion de la página 244 intitulada: *Lo que era la armada Turquesca y cuánta era*, y otra de la página 248 de *Lo que pasó en la Isla del Estaño de Túnez, por otro nombre Isleta de Santiago*, sólo se han podido hallar en Simáncas, de donde se han copiado. Ambas están firmadas por Joan Zanoguera, y fechadas de Trápana, en Octubre de 1574.

Tambien son procedentes del Archivo de Simáncas los documentos impresos en el Apéndice pp. 253 á 274, con los cuales hemos procurado ilustrar en lo posible la interesante narracion del «Cautivo», valiéndonos asimismo de várias relaciones, tanto manuscritas como impresas, cuyo catálogo insertamos á continuacion, por lo que pueda interesar á los que á este género de estudios se dedican.

Catálogo de relaciones impresas ó manuscritas, obras y tratados especiales referentes á la pérdida de la Goleta y fuerte de Túnez en 1574.

1. Copia de carta de Diego de Xaramillo en Palermo á 18 de Agosto de 1574, á D. Juan de Austria, MS.

2. Discurso de D. García de Toledo sobre el socorro de la Goleta, Nápoles á 28 de Agosto, dirigido á D. Juan de Austria. MS.

Emp.: «Parécеme, Señor, que lo que dicen de Biserta á V. Al.ª»

3. «Carta de D. Diego de Mendoza al Rey D. Felipe II sobre la pérdida de la Goleta y Fuerte de Túnez.» *Emp.*: «Entre los menores vasallos de V. M.» (Publicóla D. Modesto Lafuente en el tomo IV de su *Historia de España*, pág. 52.)

4. «Discorso della Goleta e del forte di Tunisi». Macerata, por S. Martellini, 1574, en 4.º

5. «Relatione dell' Il.mo Signor Gabrio Lobellone (*sic* por Cervellone) delle cose di Tunici MS. tomo IV, *Mus Brit.* Add. 10, 228; parece traduccion de la castellana que se conserva en el Escorial, *Bib.* iii, 9, fól. 228.

6. «*Il successo della guerra di Tunici.* MS. en la Biblioteca Nacional de París. Hállase despues de otra relacion, en que se trata de la jornada de D. Juan á Túnez, año de 1573. *Emp.*: «*Estando Selimo Imperatore de' Turchi.*»

7. *Ultimo disegno de Tunici Forte* (*sic*) *et Goletta, mandato dal luocho istesso, nel quale sono notati li suoi numeri et nome delli balloardi, et come vengono assediate dall' essercito Turchesco l'anno* 1574.

8. *Budinar* (Abu Dinar) *historia de Túnez traducida de la lengua arábiga en la Española por Mahamet el Tabager de Urrea, morisco español, originario de la villa de Roda en la Mancha, siendo su amanuense el R. P. Fr. Francisco Ximenez del órden de la Santísima Trinidad, Redemption de Cautivos.* Primera y segunda parte. Año de 1737. MS. en la Real Academia de la Historia.

9. «*Historia de Túnez por Achmet Guacir, natural de Túnez, originario Andaluz. Intitúlase el libro* El vestido precioso. *Traducido de la lengua árabe en idioma español por Mahamat el Tabazer* (*sic*) *de Urrea.*» M. S. en la citada Academia.

10. «*Relation de la prise de Tunis et de la Goulette par les troupes Ottomanes en* 981 *de l'Hegire, traduite de l'arabe par Alphonse Rousseau.*» Alger, 1845, 8.º

11. «*Anales Tunisiennes ou aperçu historique sur la Régence de Tunis par Alphonse Rousseau.*» Alger, 1864, 8.º

12. «Chronica y Recopilacion de varios successos de guerra que ha (*sic*) acontescido en Italia y partes de Levante y Berbería desde que el Turco Selin rompió con Venecianos, y fué sobre la Isla de Chipre año de MDLXX, hasta que se perdió la Goleta y fuerte de Túnez en el de MDLXXIII. Compuesta por Hieronymo de Torres y Aguilera.» En Çaragoça, Impresso en casa de Juan Soler. Año del Señor de MDLXXIX, en 4.º

13. *A complete history of Algiers*, by J. Morgan. London, 1731, en 4.°

Pág. 251. Moreno Maldonado era el nombre del capitan citado en la página 65, y que en las 74 y 87 se dice estaba herido en la cara. En la 234 le llama el autor Hernando Moreno Maldonado, y por lo tanto suprímase la coma entre sus dos apellidos.

FIN DE LAS ADICIONES Y CORRECCIONES.

INDICE.

FIN DEL ÍNDICE.

SOCIEDAD

DE

BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES.

1. Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
2. Sr. D. Pascual de Gayángos.
3. Illmo. Sr. D. Cayetano Rosell.
4. Illmo. Sr. D. Braulio Anton Ramirez.
5. Sr. D. José Almirante.
6. Sr. D. Mariano Carderera.
7. Excmo. Sr. D. José Fernandez Gimenez.
8. Sr. D. Mariano Vergara.
9. Sr. D. José María Escudero de la Peña.
10. Sr. D. Francisco Asenjo Barbieri.
11. Sr. D. Santos de Isasa.
12. Sr. D. Antonio Peñaranda.
13. Sr. D. José García y García.
14. Sr. D. Vicente Vignau.
15. Illmo. Sr. D. Miguel Colmeiro.
16. Illmo. Sr. D. Manuel Colmeiro.
17. Sr. D. Valentin Carderera.
18. Sr. D. Juan Facundo Riaño.
19. Sr. D. Jacinto Sarrasí.
20. Sr. D. José de Castro y Serrano.
21. Illmo. Sr. D. Ramon Llorente y Lázaro.
22. Sr. D. Toribio del Campillo.

23. Illmo. Sr. D. Gregorio Cruzada Villaamil.
24. Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.
25. Sr. D. Cándido Breton Orozco.
26. Sr. D. José María Octavio de Toledo.
27. Sr. D. Manuel Rico y Sinobas.
28. Sr. D. Cárlos Castrobeza.
29. Sr. D. Genaro Alenda Mira de Perceval.
30. Sr. D. Anacleto Buelta.
31. Sr. D. Máximo de la Cantolla.
32. Sr. D. Eugenio Maffei.
33. Excmo. Sr. Marqués de la Fuensanta del Valle.
34. Sr. D. Francisco Moya.
35. La Biblioteca Nacional.
36. Sr. D. Joaquin de Azpiazú y Cuenca.
37. Excmo. Sr. D. Vicente Barrántes.
38. Sr. D. Joaquin Ceballos Escalera.
39. Sr. D. Sebastian de Soto.
40. Excmo. Sr. Marqués de la Mesa de Asta.
41. Excmo. Sr. Marqués de la Vega de Armijo.
42. Sr. D. Francisco Escudero y Perosso.
43. Excmo. Sr. D. Trinidad Sicilia.
44. Excmo. Sr. D. Manuel Silvela.
45. Sr. D. Fermin Hernandez Iglesias.
46. Sr. D. José Perez de Guzman.
47. Sr. D. Ricardo Heredia.
48. Sr. D. Mariano de Zabálburu.
49. Excmo. Sr. D. José de Posada Herrera.
50. Sr. D. Eduardo de Mariátegui.
51. La Biblioteca del Ministerio de Gracia y Justicia.
52. Sr. D. Emilio Ruiz de Salazar.
53. Excmo. Sr. D. Antonio Hurtado.
54. Sr. D. Isidro Autran.
55. Sr. D. Francisco Cutanda.

56. Sr. D. Luis Vidart.
57. Excmo. Sr. Conde de Villanueva de Perales.
58. Illmo. Sr. D. Félix García Gomez.
59. Excmo. Sr. Marqués de la Torrecilla.
60. Sr. D. Francisco M. Tubino.
61. Sr. D. Manuel Ruiz Higüero.
62. Sr. D. Manuel Pastor y Polo.
63. Excmo. Sr. D. Tomas María Mosquera.
64. Sr. D. Ricardo Chacon.
65. Excmo. Sr. Marqués de Sardoal.
66. Excmo. Sr. D. Emilio Castelar.
67. Illmo. Sr. Vizconde del Ponton.
68. Excmo. Sr. Marqués de Corvera.
69. Sr. D. Nilo María Fabra.
70. Excmo. Sr. D. Luis de Estrada.
71. Sr. D. Ángel Echalecu.
72. Sr. D. Diego Lopez de Morla.
73. Illmo. Sr. D. Julian de Zugasti y Saenz.
74. Excmo. Sr. Marqués de Aranda.
75. Excmo. Sr. Marqués de Heredia.
76. Sr. D. José Carranza y Valle.
77. Illmo. Sr. D. Justo Pelayo Cuesta.
78. Sr. D. Ramon Lopez Cano.
79. Excmo. Sr. D. Joaquin Salafranca.
80. Sr. D. Fermin Lasala.
81. Excmo. Sr. Conde de Placencia.
82. Excmo. Sr. Duque de Alburquerque.
83. Illmo. Sr. D Ramon Miranda.
84. Illmo. Sr. D José Ribero.
85. Sr. D. Amós de Escalante.
86. Sr. D. Ramon de Campoamor.
87. Sr. D. Juan Uña.
88. Sr. D. Joaquin Maldonado Macanaz.

89. Illmo. Sr. D. Lope Gisbert.
90. Sr. D. Manuel Goicoechea.
91. El Ateneo de Madrid.
92. Sr. D. Juan Mañé y Flaquer.
93. Sr. D. Patricio Aguirre de Tejada.
94. Excmo. Sr. D. José de Entrala y Perales.
95. Illmo. Sr. D. Francisco Barca.
96. Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto.
97. Sr. D. Mariano Vazquez.
98. Sr. D. Juan Federico Muntadas.
99. Sr. Conde de Villaverde la Alta.
100. Excmo. Sr. D. Eugenio Moreno Lopez.
101. Sr. D. Cárlos de Haes.
102. Sr. D. Antonio Terreros.
103. Sr. D. Manuel Jontoya.
104. La Biblioteca Colombina.
105. Sr. D. Eduardo Sanchez y Rubio.
106. La Biblioteca del Senado.
107. Sr. D. Vicente de Soliveres y Miera.
108. Sr. D. José de Garnica.
109. La Biblioteca del Ministerio de Ultramar.
110. Excmo. Sr. D. Bonifacio Cortés Llanos.
111. Illmo. Sr. D. Manuel Merelo.
112. Sr. D. Adolfo Mentaberri.
113. Sr. D. Eduardo Gasset y Matheu.
114. Illmo. Sr. D. Manuel Cañete.
115. Sr. D. Francisco de Borja Pabon.
116. Excmo. Sr. Marqués de Molins.
117. Sr. D. Francisco Bermudez de Sotomayor.
118. Excmo. Sr. D. Francisco Millan y Caro.
119. Excmo. Sr. Marqués de la Merced.
120. Sr. D. Manuel R. Zarco del Valle.
121. Sr. D. Isidoro de Urzaiz.

122. Sr. D. Rafael Blanco y Criado.
123. Excmo. Sr. Marqués de Vallejo.
124. Sr. D. Lucio Dominguez.
125. Illmo. Sr. D. Fermin de la Puente y Apezechea.
126. Sr. D. Ángel Laso de la Vega y Argüelles.
127. Sr. D. Salvador de Torres y Aguilar.
128. La Biblioteca de la Real Academia Española.
129. Sr. D. Fernando Fernandez de Velasco.
130. Excmo. Sr. D. Joaquin Ruiz Cañabate.
131. Sr. D. José Sehneidre y Reyes.
132. Sr. D. Francisco Morcillo y Leon.
133. Sr. D. Juan José Diaz.
134. Sr. D. Pedro N. Oseñalde.
135. Sr. D. Cárlos Susbielas.
136. Illmo. Sr. D. Federico Hoppe.
137. Sr. D. José Plazaola.
138. Excmo. Sr. D. Bonifacio Montejo.
139. Sr. D. Damian Menendez Rayon.
140. Sr. D. Francisco de Paula Canalejas.
141. Frederic W. Cosens, Esq.
142. Robert S. Turner, Esq.
143. Excmo. Sr. Marqués de Pidal.
144. Excmo. Sr. Vizconde de Manzanera.
145. Sr. D. Juan de Tró y Ortolano.
146. Excmo. Sr. Marqués de Barzanallana.
147. Excmo. Sr. Conde de Valencia de Don Juan.
148. Sr. D. Cárlos Bailly-Baillière.
149. Sr. D. José María Asensio.
150. Real Academia de la Historia.
151. Illmo. Sr. D. Fernando Balsalobre.
152. Illmo. Sr. D. Juan Valera.
153. Excmo. Sr. D. Gabriel Enriquez.
154. Sr. Conde de Torre Pando.

155. Excmo. Sr. Duque de Gor.
156. Sr. D. Vicente de la Fuente.
157. Sr. D. Félix María de Urcullu y Zulueta.
158. Sr. D. Francisco de Borja Palomo.
159. Sr. Marqués de Valdueza.
160. Excmo. Sr. D. José Fariñas.
161. Sr. D. Luis de la Escosura.
162. Sr. Conde de Agramonte.
163. Sr. D. Manuel Cerdá.
164. Biblioteca del Ministerio de Fomento.
165. Sr. D. Mariano Bosch y Arroyo.
166. Sr. D. José Sancho Rayon.
167. Sr. D. Cayetano Manrique.
168. Sr. D. Antonio Martin Gamero.
169. Excmo. Sr. Marqués de Casa Loring.
170. Excmo. Sr. D. Adelardo Lopez de Ayala.
171. Sr. D. Fernando Arias Saavedra.
172. Illmo. Sr. D. Santiago Ortega y Cañamero.
173. Sr. D. Juan Nepomuceno Jaspe.
174. Sr. D. Alfonso Durán.
175. Biblioteca provincial de Toledo.
176. Sr. D. José de Santucho y Marengo.
177. Sr. D. Enrique Suender y Rodriguez.
178. Doctor E. Thebussem.
179. Excmo. Sr. Duque de Frias.
180. Sr. Conde de San Bernardo.
181. Excmo. Sr. D. Eugenio Montero Rios.
182. Sr. D. José Moltó.
183. Biblioteca de la Escuela de Minas.
184. Illmo. Sr. D. Manuel Ortiz de Pinedo.
185. Excmo. Sr. D. Juan Guillen Buzaran.
186. Sr. D. José Antonio Balenchana.
187. Sr. D. Manuel Pastor y Landero.

188. Duque de Montpensier.
189. Condesa de París.
190. Sr. D. Julio Baulenas y Oliver.
191. Sr. D. Marcial Taboada.
192. Sr. D. Manuel Perez Seoane.
193. Illmo. Sr. D. Antonio María Fabié.
194. Sr. Conde de Roche.
195. Sr. D. Cárlos Ramirez de Arellano y Trevilla.
196. Sr. Conde de Adanero.
197. Sr. D. Juan Martorell.
198. Sr. D. Bernardino Fernandez de Velasco.
199. Sr. D. José Fontagud Gargollo.
200. Excmo. Sr. D. Fernando Cotoner.
201. Sr. D. Enrique Rouget de Loscos.
202. Sr. D Joaquin Arjona.
203. Sr. D. Salvador Lopez Guijarro.
204. Sr. D. Lino Peñuelas.
205. Sr. D. Manuel Carboneres.
206. Sr. D. Eugenio de Nava Caveda.
207. Excmo. Sr. Marqués de Miravel.
208. Excmo. Sr. Conde de Casa Galindo.
209. Sr. D. Hermann Knust.
210. Sr. D. José de Palacio y Vitery.
211. Sr. D. J. N. de Acha.
212. Sr. D. Juan Llordachs.
213. Sr. D. Juan Rodriguez.
214. Sr. D. Agustin Felipe Peró.
215. Sr. D. Juan de Aldana.
216. Sr. D. Juan Gualberto Ballesteros.
217. Sr. D. Pablo Cuesta.
218. Sr. D. Manuel Gavin.
219. Sr. D. Manuel Catalina.
220. Sr. D. Juan Manuel Ranero.

221. Sr. D. José Ignacio Miró.
222. Sr. Marqués de Casa Torres.
223. Sr. D. Márcos Sanchez.
224. Sr. D. Fernando Nuñez Arenas.
225. Sr. D. José Coll y Vehy.
226. Sr. D. José Llordachs.
227. Sr. D. Laureano Perez de Arcas.
228. Sr. Conde de Canillas de los Torneros.
229. Excma. Sra. Condesa viuda del Montijo.
230. Sr. D. Ramon Siscar.
231. Sr. Gerold, de Viena.
232. Sr. D. Juan Martin Fraqui.
233. Sr. D. Joaquin Zugarramurdi.
234. Sr. D. Nicolas Gato de Lema.
235. Sr. D. Donato Guio.
236. Sr. D. Blas Osés.
237. Sr. D. Gaspar Nuñez de Arce.
238. Sr. D. Manuel Rodriguez.
239. Excmo. Sr. Marqués de San Miguel de la Vega.
240. Sr. D. Guillermo Morphy.
241. Sr. D. Márcos Jimenez de la Espada.
242. Sr. D. Leopoldo Martinez y Reguera.
243. Excmo. Sr. D. Segismundo Moret.
244. Sr. D. Santiago Perez Junquera.
245. Sr. D. Fidel de Sagarminaga.
246. Sr. Marqués de San Cárlos.
247. Sr. D. Domingo Perez Gallego.
248. Sr. D. Mariano Soriano Fuertes.
249. Sr. D. Mariano Fortuny.
250. Sr. D. Luis Asensi.
251. Sr. D. Vicente Poleró.
252. Sr. D. Salvador de Albacete.
253. Sr. D. Federico Uhagon.

254. Sr. D. Benito Perdiguero.
255. Excmo. Sr. D. Francisco Romero Robledo.
256. Sr. D. Federico Sawa.
257. Sr. D. Antonio de Santiyan.
258. Sr. D. Antonio Pineda Cevallos Escalera.
259. Real Academia de Nobles Artes de San Fernando.
260. Excmo. Sr. D. Alejandro Llorente.
261. Sr. D. Gabriel Sanchez.
262. Sr. D. Santos María Robledo.
263. Sr. D. José Jorge Daroqui.
264. Excmo. Sr. Marqués de Fuente de la Piedra.
265. Sr. D. Juan Clavijo.
266. Sr. D. Pedro Pablo Blanco.
267. Excmo. Sr. D. Ricardo Villalba y Perez.
268. Sr. D. Eduardo Corredor.
269. Excma. Sra. Condesa de Oñate.
270. Mr. Eugène Piot.
271. Sr. D. Adolfo Rivadeneyra.
272. Sr. D. Luis Masferrer.
273. Sr. D. José Anllo.
274. H. Watts, Esq.
275. Sr. D. Francisco Cuesta.
276. Sr. D. Mariano Murillo.
277. Sr. D. Federico Real y Prado.
278. Sr. D. Felipe Barroeta.
279. Sr. Conde de Peñaranda de Bracamonte.
280. Sr. D. Luis Gonzalez Búrgos.
281. Sr. D. Enrique García de Angulo.
282. Biblioteca de la Academia del E. M. del Ejército.
283. Biblioteca del Ministerio de Marina.
284. Sr. D. Federico Gillman.
285. Sr. D. Rafael Aguilar y Pulido.
286. Sr. D. José Moncerdá.

287. Sr. D. Enrique Heredia.
288. Sr. D. Raimundo Oliver y Esteller.
289. Sr. D. Rafael de la Escosura.
290. Excmo. Sr. D. Francisco de Cárdenas.
291. Ilmo. Sr. D. Víctor Arnau y Lambea.
292. Excmo. Sr. D. José Nuñez de Prado.

JUNTA DE GOBIERNO.

PRESIDENTE. . . .	Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
VICE-PRESIDENTE.. .	Ilmo. Sr. D. Cayetano Rosell.
TESORERO.. . . .	Excmo. Sr. Marqués de la Fuensanta del Valle.
CONTADOR. . . .	D. Eduardo de Mariátegui.
SECRETARIO PRIMERO.	Illmo. Sr. D. Gregorio Cruzada Villaamil.
SECRETARIO SEGUNDO.	D. José María Octavio de Toledo.

LIBROS PUBLICADOS

POR LA

SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES.

I. CARTAS DE EUGENIO DE SALAZAR, por D. Pascual de Gayángos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edicion.*

II. POESÍAS DE D. FRANCISCO DE RIOJA, por D. Cayetano A. de la Barrera. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edicion.*

III. RELACIONES DE ALGUNOS SUCESOS DE LOS ÚLTIMOS TIEMPOS DEL REINO DE GRANADA, por D. Emilio Lafuente Alcántara. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edicion.*

IV. CINCO CARTAS POLÍTICO-LITERARIAS DE D. DIEGO SARMIENTO DE ACUÑA, CONDE DE GONDOMAR, por D. Pascual de Gayángos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edicion.*

V. EL LIBRO DE LAS AVES DE CAÇA, DEL CANCILLER PEDRO LOPEZ DE AYALA, CON LAS GLOSAS DEL DUQUE DE ALBURQUERQUE. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edicion.*

VI. TRAGEDIA LLAMADA JOSEFINA, DE MICAEL DE CARVAJAL, por D. Manuel Cañete. Tirada de 300 ejemplares. *Gratis para los socios. Agotada la edicion.*

VII. LIBRO DE LA CÁMARA REAL DEL PRÍNCIPE D. JUAN, DE GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO, por D. José María Escudero de la Peña. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edicion.*

VIII. HISTORIA DE ENRRIQUE FI DE OLIUA, REY DE IHERUSALEM, EMPERADOR DE CONSTANTINOPLA, por D. Pascual de Gayángos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edicion.*

IX. EL CROTALON DE CHRISTOPHORO GNOPHOSO. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edicion.*

X. DON LAZARILLO VIZCARDI, DE D. ANTONIO EXIMENO, por D. Francisco Asenjo Barbieri, dos tomos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edicion.*

XI. Relaciones de Pedro de Gante, por D. Pascual de Gayángos. Tirada de 300 ejemplares. *Grátis para los sócios. Agotada la edicion.*

XII. Tratadó de las batallas y ligas de los exércitos del Emperador Cárlos V, desde 1521 hasta 1545, por Martin García Cerezeda. Tomos I y II. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edicion.*

XIII. Memorias del Cautivo en la Goleta de Tunez, por D. Pascual de Gayángos.

14.

LIBROS DE JINETA.

IMPRENTA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C.ª
(SUCESORES DE RIVADENEYRA), IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.
Calle del Duque de Osuna, número 3.

LIBRO

DE

LA JINETA

Y DESCENDENCIA DE LOS

CABALLOS GUZMANES.

COMPUESTO POR

DON LUIS DE BAÑUELOS Y DE LA CERDA.

LO PUBLICA, JUNTAMENTE CON OTRO TRATADO INTITULADO:

PINTURA DE UN POTRO,

LA SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES.



MADRID

MDCCCLXXVII

NÚMERO 214.

—

SR. D. FERNANDO NUÑEZ ARENAS.

INTRODUCCION.

Entre la diversidad de libros españoles, notables por su rareza ó escasez, y que son por lo mismo objeto constante de codicia y afan para los Bibliófilos, figuran indudablemente los de *Jineta*. Publicados en número tan exiguo, que no llegan á veinticuatro los que, segun nuestras noticias, se han dado á la imprenta, y consagrados á la enseñanza de las reglas y principios de un arte al cual todos tenemos aficion, porque constituye una necesidad en la vida; no conocemos biblioteca pública, incluso la Nacional, que tenga todos los publicados, y son muy escasas las de los particulares, por escogidas que sean, que cuentan alguno ó algunos de ellos.

Esta circunstancia, unida al cariño y aficion que, con escasas y contadas excepciones, tenemos todos á los caballos, el más fiel criado del hombre y más amante de su señor, como dice Plinio, aficion que nos encanta de niños, nos entusiasma cuando jóvenes y nos sirve de grato solaz y consuelo en los últimos años de nuestra vida, nos ha estimulado tan poderosamente á procurar que la Sociedad de Bibliófilos Españoles publique un libro de Jineta, que, á pesar de la íntima persuasion de nuestra incompetencia para dirigirle é ilustrarle debidamente, no hemos vacilado en arrostrarla ante la idea de proporcionar á nuestros consocios una obra de tan general

aceptacion, de materia tan peculiar y exclusiva de España, y que por tantos títulos merece figurar en la ya rica, importante y variada coleccion de sus publicaciones.

Esto no obstante, no hubiéramos acometido empresa tan superior á nuestras fuerzas si alguno de nuestros consocios se hubiera prestado á llevarla á cabo, y es tanto más de sentir que no lo hayan hecho, cuanto que, figurando en esta Sociedad gran número de los hombres más aventajados de España por su ilustracion y universales conocimientos, cuenta ademas alguno que ha estudiado por mucho tiempo y con gran aficion esta materia, y que por lo tanto hubiera sido, acaso el único, que podria hacer un trabajo tan completo y acabado como la Sociedad merece. Solamente ante su terminante negativa nos hemos decidido nosotros á emprenderle, firmemente persuadidos de que si no adornamos el libro con prólogo tan científico y erudito como los que llevan todos los ya publicados, nuestros consocios, prescindiendo de él con justicia, apreciarán y estimarán debidamente los dos curiosos manuscritos cuya publicacion forma este volúmen.

El primero de ellos, existente en la Biblioteca Nacional, con la signatura J. 156, es un curioso y completo *Tratado de Jineta*, porque aunque aparece que su objeto es el de manifestar el orígen y descendencia de los caballos Guzmanes, Manriques ó Valenzuelas, dos capítulos únicamente dedica á esta materia, miéntras que el resto de la obra trata, así como la mayor parte de las de este género, de las reglas que habian de seguirse para la cria y enseñanza de los caballos, de los principios é instrucciones á que debia atenerse el caballero para ser considerado por *buen hombre de á caballo*, y por último, de los principales juegos, suertes ó *caballerías* que se hacian en tiempo de paz *á la jineta*, que eran completamente diversos de los que se hacian siguiendo la escuela de la brida; terminando con algunas recetas y remedios para curar dolencias de los caballos y engordar y mejorar á los descaecidos.

La letra del manuscrito tiene el mismo carácter que la de

los últimos años del siglo XVI, y no sería extraño, por tanto, se escribiera en la fecha de 1605 que marca su portada, por más que no contenga nota, firma, ni signo alguno por donde pueda inferirse que sea el original del autor. Esto no obstante, hemos seguido con ligeras variaciones en la impresion de él, más que por nuestra voluntad, por deferencia á los deseos de otras personas competentes, su especial y vacilante ortografía, que es tal, que unas mismas voces se hallan con frecuencia escritas de un modo diferente. Acompaña tambien á este volúmen la reproduccion foto-litográfica de la portada del manuscrito, que no deja de ser notable á pesar de hallarse un tanto mutilada por la impericia del encuadernador.

Muchas diligencias é investigaciones, infructuosas por cierto, hemos hecho para adquirir noticias y antecedentes de la vida del autor de este curioso é importante *Tratado*, pero ni aquí ni en Córdoba hemos hallado documento alguno, y sólo sabemos, porque así lo confiesa él mismo, que era descendiente de la ilustre estirpe de los Mexías, uno de los linajes más nobles de aquella ciudad, y hallándose unido tambien al no ménos distinguido de los de La Cerda, esta circunstancia explica perfectamente el íntimo conocimiento de los principales personajes de su tiempo que demuestra en varios pasajes de su obra. La época en que ésta se escribió no era la más á propósito para que las personas de alta jerarquía se dedicáran á trabajos literarios, porque las condiciones de aquella Sociedad no dejaban á los nobles otra ocupacion que la de la guerra, las fiestas públicas y las clamorosas cacerías, que eran simulacros de aquélla; pero á pesar de esto, la obra de este distinguido cordobés, no inferior en manera alguna por su estilo literario á las anteriores del mismo género ni á las que le siguieron, lleva á unas y otras la ventaja de que, por efecto de la mucha experiencia y claro y despejado criterio de su autor, la narracion interesa desde sus primeras páginas, no obstante la natural aridez de la teoría de algunas materias, á

causa de hallarse salpicadas de citas históricas y multitud de anécdotas particulares, de muchas de las cuales fué actor ó testigo presencial, que hacen su lectura por demas sabrosa y agradable y la revisten de una amenidad de que carecen todas las demas.

Forma la segunda parte de este volúmen la impresion de otro manuscrito, hasta ahora no publicado, existente en la Biblioteca del Excmo. Sr. Duque de Osuna, y que como el anterior, es un compendio de las reglas y aplicaciones de la Escuela de la Jineta, por más que su título *Pintura de un potro* parezca indicar que se limita exclusivamente á dar á conocer los signos y señales exteriores que ha de tener el caballo para ser perfecto.

Carece este *Tratado* del nombre del autor y de la fecha en que se escribió; pero del contexto de sus páginas se infiere con bastante claridad, ser obra de algun picador ó jefe de la caballeriza de los Duques, porque, á pesar de que no lleva dedicatoria expresa, se dirige más de una vez á un elevado personaje, á quien trata con gran respeto y consideracion, y á quien dice textualmente despues de consignar todo cuanto puede conducir á conocer por su exterioridad la bondad y perfeccion del caballo: «*Todo lo referido no se entiende para con V. E., que tiene la plática y la experiencia y conocimiento de lo referido, sino para los mozos y aficionados que quisieren aprender con estas pruebas y preceptos.*»

Debió escribirse en el último tercio del siglo XVII, porque habla de la muerte del rey Felipe IV como de suceso pasado, y sabido es que este Rey murió en Setiembre de 1665.

Este tratado, así como el anterior, explica la forma y manera de andar á la jineta, y refiere, aunque con bastante falta de método, la educacion del potro, su enfrenamiento, los modos de pasar la carrera, jugar las cañas y la escaramuza, correr parejas y hacer la escaramuza partida, no olvidando, por supuesto, la manera de torear ni las recetas y remedios para cuidar, curar y engordar los caballos. Carece de la ame-

nidad y buenas formas que el de Bañuelos, debido sin duda á que fué escrito por persona más indocta y vulgar, así que se limita únicamente á consignar lo que aprendió y practicó, encomendando á su preclaro y para nosotros desconocido Mecénas, *que corrija y enmiende las voces de que me falta el estilo*, dice, *por estar templado á lo antiguo*, *y quite ó añada lo que le pareciere que conviene.*

Está escrito por persona no ménos indocta, ó acaso por el mismo autor; así que, no sólo carece de unidad en su especial ortografía, sino que hay multitud de vocablos divididos como si constituyeran más de una sola palabra, frases de dos ó más palabras unidas como si fueran una sola, algunas palabras escritas con letra mayúscula al principio ó al medio de un período, y otras con ortografía diferente aunque forman parte de una misma oracion; por todo lo cual resultan frases y áun períodos cuyo verdadero y recto sentido no es posible descifrar con perfecta claridad, áun despues de leerlos muy detenidamente. Esto nos ha obligado á no seguir ciegamente en la impresion la peregrina ortografía, porque hubiera sido sancionar la crasa ignorancia del autor ó del copiante, y aunque con prudente economía, la hemos reformado algun tanto.

A pesar de todo esto, el anónimo manuscrito da una idea bastante acabada de la manera de montar á la jineta y de sus aplicaciones, y unido al anterior constituyen ambos un conjunto de las principales reglas y principios de aquella Escuela, y una explicacion bastante para conocerla teóricamente.

No puede ménos de llamar la atencion de cuantos se dediquen á leer algunos libros de Jineta que todos los autores de ellos se lamenten tan amargamente del olvido y abandono en que se hallaba el ejercicio de esta caballería. Unánimemente en los impresos y manuscritos, de que despues harémos relacion, se repiten estas mismas quejas, al par que se elogia su importancia y utilidad, su remoto orígen, que se pierde en la oscuridad de los tiempos, y las gloriosas empresas, batallas y victorias que llevaron á cabo y alcanzaron, peleando á la

jineta, los personajes que con tan alto renombre figuran en los fastos de nuestra historia. La mayor parte de los escritores de esta materia afirman ser la causa y razon de sus obras evitar se perdiera por completo el conocimiento de las reglas y principios de esta Escuela de caballería, que habiendo sido practicada por todos en los tiempos anteriores á Felipe II, decayó rápidamente en los reinados de sus sucesores, hasta el punto de que solamente los reyes y algunos de sus más elevados y esclarecidos magnates la sabian y ejercitaban. Tan loables esfuerzos no lograron, como se proponian, restaurar su ejercicio, y á pesar de su gloriosa historia y de las ventajas que, segun sus panegiristas y defensores tenía, así para la guerra como para las fiestas y regocijos públicos, la Escuela de la Brida vino á eclipsarla casi por completo.

No es nuestro ánimo tratar de dilucidar aquí las causas y fundamentos que produjeron el olvido de la Jineta, ni cuáles fueron sus ventajas é inconvenientes en parangon con la de la Brida, porque á pesar de la multitud de citas, que con harta frecuencia se hacen de la jineta en nuestras antiguas crónicas é historias, estamos persuadidos de que las verdaderas pruebas y documentos para resolver esas cuestiones, yacen todavía en el polvo de los archivos de los descendientes de aquellos preclaros varones que tanto engrandecieron su nombre peleando á la jineta, dejando á la posteridad tan alto ejemplo de sus hechos en las luchas y combates que eran la esencia y la vida de aquella sociedad, no sólo en el largo período de la Edad Media, sino muchos años despues. Pero no podemos, sin embargo, dejar de apuntar nuestra opinion de que las guerras de Italia fueron una de las causas más poderosas que contribuyeron á generalizar en España la Escuela de la Brida y á hacer que cayese en desuso y en olvido la de la Jineta. El tiempo que permanecieron en Italia los soldados españoles peleando con enemigos cuya táctica de guerra era tan diversa de la que habian practicado aquí, en el largo período de la Reconquista, debió producir indudablemente

profunda modificacion en la manera de combatir á caballo, y aunque la historia refiere que los insignes caballeros D. Diego Ramirez de Haro y Rui Diaz de Roxas pelearon á la jineta en la batalla de Pavía, la generalidad del ejército español debió atemperar su ataque y defensa á los de los enemigos, que no eran seguramente los mismos empleados por los Moros. Viene á confirmar esto mismo Pedro Fernandez de Andrada, uno de los más acérrimos defensores de la jineta, al asegurar en sus *Nuevos Discursos*, que no era mucho que los italianos nos enseñáran á pelear á la brida, cuando muy anteriormente nosotros les habiamos enseñado á pelear á la jineta, á peticion del Papa Juan XIII, que para este efecto habia solicitado se le enviáran jinetes españoles, que en lengua árabe se llamaban *alfaraces*.

Respecto del orígen de la Jineta, dejando aparte el entusiasmo y pasion de algunos escritores, que con el fin de demostrar la antigüedad de esta escuela no vacilan en afirmar que los juegos con que Eneas solemnizó en Sicilia las obsequias de su padre Anchises fueron á la jineta, y que Masinica vino á España y á la ciudad de Cartagena con setecientos jinetes 209 años ántes de Jesucristo, es para nosotros indudable que los españoles aprendieron y ejercitaron, tomándola de los árabes, esta manera de cabalgar. Y esta opinion, corroborada por la manera de pelear, la postura especial en la silla, y las armas y aderezos del caballo que los Arabes usaron, y que tan perfecta semejanza tiene con lo que la Jineta requiere, está ademas confirmada con lo que dice el respetable Padre Mariana en el cap. XIII del libro XVIII de su *Historia de España*, al referir la muerte del Rey Don Juan I, ocurrida en Alcalá en 1390 por efecto de la caida de un caballo, y con ocasion de querer correrle á presencia de unos soldados jinetes que habian llegado de Africa pocos dias ántes. *Estos soldados*, dice, *estaban muy exercitados en la manera de la milicia africana, la cual se señala por la destreza en volver y revolver los caballos con toda gentileza, en saltar en ellos, en correllos y jugar*

las lanzas. Imposible es dar más breve y completa explicacion de los caractéres distintivos de la jineta y de sus dos principales aplicaciones.

Distinguíase efectivamente esta escuela por una agilidad especial del caballo y del caballero. Armado éste á la ligera, sin otras armas que la lanza y la adarga, pues de la espada usaban sólo en casos extremos; en la rapidez de los movimientos, en las repentinas acometidas y revueltas para esquivar las del contrario, consistia toda su táctica, que facilitaba la postura recogida del jinete y la enseñanza particular del caballo, al cual se adiestraba desde potro para los usos y aplicaciones de esta escuela; y no es extraño, en verdad, que obtuvieran de este modo tan excelentes ventajas sobre los que cubiertos de todas armas y abrumados con el peso de las fuertes armaduras que los caballos y caballeros llevaban, no podian revolver los caballos con la ligereza y oportunidad que las acometidas de los jinetes requerian.

Muchas son, ciertamente, las diferencias que distinguen y separan las dos caballerías de la jineta y la brida, y sin ocuparnos para nada de ésta, por no ser nuestra mision en este momento, enunciarémos rápidamente las particulares de la jineta, abriendo con estas indicaciones ancho campo para que los aficionados puedan, con más profundo y detenido estudio, apreciar la superioridad de la una ó de la otra.

Figura en primer lugar entre las diferencias de las dos escuelas la enseñanza del caballo, que en la de la jineta se dirige principalmente á hacerle correr y parar con sujecion á determinados principios; á revolver y marchar á uno y otro lado y hácia atras con la mayor agilidad y presteza, y esto con la única y exclusiva ayuda de los piés y mano izquierda, siendo propios de la escuela de la brida, la vara, cabezon, gamarra y otros instrumentos que son esenciales para su enseñanza.

Como auxiliar poderoso para conseguir la educacion y destreza del caballo, descuella en primer lugar el freno de la jineta, que reviste una forma especial y exclusiva de esta ca-

ballería, de mucho ménos peso y más corto de camas que los de la brida, y al que todos los escritores de aquélla dan tanta importancia, que haciendo consistir en ellos el apremio, obediencia y seguridad del caballo, apénas hay uno que deje de ocuparse largamente de esta materia, describiendo casi todos, las diversas formas que han de tener para que se adapten á las diferencias que en las bocas de los caballos existen generalmente. Algunos, como Manzanas y Perez de Navarrete, han limitado sus tratados de Jineta á este asunto, y con gran minuciosidad y abundantes y curiosas láminas de frenos, la han dilucidado é ilustrado por completo. Ocioso fuera, por tanto, dar aquí una descripcion de tales frenos, cuando la simple inspeccion ocular de los libros citados puede dar á los aficionados, áun sin la lectura de su larga y detallada explicacion, idea perfecta y cabal de su especialidad.

La silla de la jineta, distinta tambien de la de la brida, está asimismo en perfecta armonía para los ejercicios, evoluciones y caballerías que eran propios de esta escuela. De hechura cuadrada, de gran fortaleza y con dos arzones, uno adelante y otro atras, el caballero iba perfectamente encajonado en medio de ella, y podia, sin riesgo de descomponerse, ejecutar los rápidos movimientos que eran necesarios, así en la carrera como en los combates, escaramuzas, lidia de toros y monterías. La altura del arzon delantero debia ser tal, que levantado el caballero sobre los estribos no pudiera salir por encima de él con facilidad. El arzon trasero era más bajo y algun tanto inclinado hácia atras para que no molestase al jinete. El precioso y hoy rarísimo libro del ballestero mayor de Felipe IV, Juan Mateos, titulado *Orígen y dignidad de la Caza*, representa en todas sus láminas los caballeros montados á la jineta, y en ellas, mejor que por largas explicaciones, pueden los aficionados adquirir el conocimiento, no sólo de la silla de la jineta, sino de los demas aderezos de ella y del caballo.

Tambien los estribos que en esta silla se usaban eran di-

ferentes de los de la de la brida. Habia tres clases, ó más bien dos: unos llamados de medio celemin, que asemejaban una media luna, eran de hierro para la guerra y para torear, y de madera para el campo. Encerrado el pié dentro de ellos, quedaba perfectamente resguardado, así de las lanzadas del enemigo como de los cuernos del toro, y en el campo, de las jaras en las monterías, y del agua y el viento y el lodo, que tantó molesta al jinete durante la cruda estacion del invierno. Todavía en España hay algunas aldeas y pequeñas villas, donde el modesto cura párroco y el acomodado labriego usan estos estribos de madera, tan cómodos y útiles, como de aspecto poco airoso ni agradable. La otra clase de estribos marinos ó moriscos, eran los que se usaban en las fiestas y paseos: su lado exterior é interior es parecido á un triángulo isósceles truncado, y el pié descansaba tambien en ellos cómodo y firme. Estos estribos eran siempre de hierro, pero en las fiestas y regocijos públicos solian llevarlos algunos magnates de plata y otros metales, y como eran agudos de gavilanes podia fácilmente el caballero, sin necesidad de espuelas, herir con ellos al caballo en el paseo.

Las espuelas que se usaban generalmente para montar á la jineta eran las que conocemos con el nombre de acicates, cuya hechura y particulares condiciones refieren largamente todos los escritores. Solian tambien usarse otras llamadas de pico de gorrion, pero éstas no se llevaban más que para el campo y alguna vez en la lidia de toros, con el objeto de que si el caballero caia al suelo, como sucedia con frecuencia, pudiera andar con más facilidad. Con ellas se heria al caballo de golpe, ó jugando el calcañar, ó bien bajando y alzando los talones, cuyas tres maneras de batir con los piés se distinguian respectivamente con los nombres de *martillejo*, *repelon* y *rodeo*, y constituian tambien una diferencia bastante esencial de la manera de batir, segun la escuela de la Brida, por ser completamente diversas las posturas del pié y de la pierna en ambas sillas.

Finalmente, la posicion del caballero en la silla á la jineta, es tan distinta de la de la brida, que ésta ha sido siempre la diferencia más esencial y conocida para distinguir las dos escuelas. En aquélla iba completamente ceñido á la silla, con los estribos cortos, la mano de la rienda baja, el rostro firme y sereno, mirando por entre las orejas del caballo, y combinando el mando de los movimientos con perfecta armonía entre la mano de la rienda, los piés, y el aire del cuerpo, todo lo cual le daba una figura tan especial y característica, que no hay medio de confundirlo con el que iba montado segun las reglas de la Brida. Véase en confirmacion de lo dicho, las estampas que adornan el ya citado libro de Juan Mateos, y el no ménos curioso de D. Gregorio Tapia y Salcedo, titulado: *Exercicios de la Jineta*, y en ellos, mejor que con cuanto pudiéramos añadir, podrá apreciarse por completo la figura y posicion del caballero á la jineta.

Ademas de las referidas hay otras muchas diferencias, que sería prolijo y fuera de propósito enumerar aquí, y que se extendian á las armas, arreos y traje que cada una de ambas escuelas requería; y por más que los maestros y defensores de la Jineta, se lamenten de que no se hayan escrito ni publicado las reglas y principios que ésta tenía, con la minuciosidad y detencion que en muchas y diversas obras han expuesto italianos y franceses, los de la Brida, la simple lectura de cualquiera de los libros doctrinales de ambas escuelas basta para comprender las mil divergencias que existen entre una y otra. Y no solo tenian, como hemos dicho, diferentes reglas y principios para la guerra, sino que en las fiestas y regocijos públicos, que tan frecuentes fueron en los tiempos antiguos, eran completamente diversos los juegos, suertes ó caballerías que les eran peculiares. La *Sortija*, el *Estafermo*, las *Justas* y *Torneos*, los *Golpes de espada*, y el *Torear con varilla*, se ejecutaban siempre á la brida, al paso que las *Cacerías*, las *Escaramuzas* y *Juegos de cañas*, la *Carrera pública con lanza y adarga*, el *Torear con lanza*, *rejon ó vara larga*, las *Cuchi-*

lladas al toro y *Socorro de peones*, así como las *Mascaradas*, se hacian siempre á la jineta, no ciertamente porque el capricho ó la moda lo hubieran así ordenado, sino por la especialidad de las reglas de una y otra *Caballería* y de los mismos juegos ó festejos, que no hubieran podido ejecutarse con perfeccion, montando á la brida para estos últimos, ni al contrario.

Para terminar estos ligeros apuntes vamos á hacer una relacion bibliográfica de todos los libros y manuscritos españoles y portugueses, de que tenemos noticia, sobre el Arte de la Jineta; pero ántes séanos lícito consignar aquí un pequeño testimonio de gratitud á nuestro consocio el Excmo. Señor D. Bonifacio Cortés y Llanos, que nos facilitó las primeras noticias de esos mismos libros y manuscritos, que viene estudiando con afan y singular aficion hace muchos años, que ha logrado reunir, no sin gran trabajo y dispendios, la casi totalidad de ellos, y cuya competencia es tal, que si algun dia, venciendo su natural modestia, llegára á dar á la imprenta ya algun manuscrito, ya alguno de los libros publicados, sería, en nuestra opinion, el que mejor pudiera ilustrarle, demostrando toda la importancia histórica que la Jineta merece.

Con sus indicaciones, y merced á la amabilidad exquisita y reconocida ilustracion del Director de la Biblioteca Nacional, el Excmo. Sr. D. Cayetano Rosell, que al tener noticia del libro que se preparaba para la Sociedad de Bibliófilos, se apresuró á dar las órdenes oportunas para que se nos franqueáran todos los libros y manuscritos que existen en aquel rico tesoro de las ciencias y de las artes, hemos podido dar cima á esta reseña bibliográfica, que hemos completado con la ayuda del Excmo. Sr. D. Pascual de Gayángos, que nos ha facilitado, con su proverbial generosidad, los libros que no existian en la Biblioteca Nacional, y con la del Excmo. Señor D. Manuel R. Zarco del Valle, Bibliotecario de la de S. M. el Rey D. Alfonso XII, que nos facilitó tambien algun libro que sólo allí encontramos. Nuestro trabajo en esta

parte, penoso como todos los bibliográficos, se ha limitado á copiar íntegros los títulos de las obras y á consignar las noticias que de cada una de ellas trascribimos; está muy léjos de ser perfecto, pero abrigamos la firme conviccion de que nuestros lectores y consocios hallarán en él gran copia de datos, así para cualquier estudio que con mayor acierto que el nuestro pudieran emprender, como para tener una idea bastante cabal de este ramo especial de nuestra bibliografía, porque sin que se nos tache de vanidad, podemos asegurar que es el más exacto y completo de los publicados, el que ponemos á continuacion.

I. *Tratado de la Cavallería de la Gineta, por Don Fernando Chacon, caballero de la orden de Calatrava.* Sevilla, por Cristóval Alvaro, 1551.

De este libro, que es el de fecha más antigua de los de Jineta, no hay más noticias que las indicadas, las cuales consigna D. Nicolas Antonio en el tomo primero de su Biblioteca Nova, de donde las tomaron sin duda los escritores posteriores que le mencionan; pero las investigaciones de los aficionados, así en España como en las Bibliotecas extranjeras, no han logrado, sin embargo, comprobar su existencia, por lo que se duda, con razon, que llegára á publicarse.

II. *Tractado de la Jineta hecho por Pedro Camacho Morales y escripto de su mano: dirigido al Magnifico Señor Don Fernando de Santillan.* Un tomo en 4.°, manuscrito, con 190 hojas útiles.

Este MS., del cual posee una copia, que hemos visto, el Sr. Cortés Llanos, existe en la Biblioteca Colombina, marcado con la signatura H.H.H.- 332-12, y aunque, segun se dice en la citada copia, es de letra del siglo XVII, en la dedicatoria

con que empieza se expresa que se empezó el sábado cinco de Diciembre de 1567. Su lenguaje y estilo es bastante incorrecto. Consta de veinticinco capítulos, en los cuales se ocupa de los signos exteriores de los caballos, de su enseñanza para la jineta, de la silla, frenos, riendas, espuelas y estribos, de la manera de hacer algunas suertes ó caballerías, y de la de corregir los vicios y resabios de los caballos. El capítulo 25 lleva el siguiente epígrafe: *Que tracta como se han de poner las Señoras ó Damas en syllon ó sylla rrasa.* La singularidad de esta materia, que en ningun otro tratado de Jineta se menciona, nos hizo recorrer el libro con solícito afan, pero quedó burlada nuestra curiosidad, porque precisamente falta el texto de este capítulo, cuyo epígrafe consta, sin embargo, en la Tabla ó Indice. Al final tiene tres hojas con las siguientes seis octavas y soneto en alabanza del autor:

Cuando el único Apeles,
Quiso pintar á Marte
En sus láminas, lienzos y papeles;
Con ser solo en su arte,
Y tanto que en la tierra
Nadie llegó á igualallo,
Siempre pintó á caballo
Al inventor divino de la guerra.
Cuando la antigua Troya,
De fuertes héroes llena,
Perdió el troyano nombre y gruesa gloria
Por nombre propio, Elena,
¿Quién contra sus aceros
Trocó su alegre estado?
Un caballo preñado,
Que una escuadra parió de caballeros.
No tiene en Asia el ave,
Que orilla del Meandro,
Sola vivir sin compañera sabe,
La fama que á Alejandro

Dió á su nombre en el mundo,
Por rendir solo al freno,
Un caballo tan bueno,
Que nunca el orbe le halló segundo.
  El caballo, en efecto,
Es la cosa en el mundo
Que hace á un caballero más perfecto,
Levantando hasta el cielo
Del hombre que va encima
El encogido aliento;
Y no hay buen pensamiento
Que en subiendo á caballo en él no imprima.
  Es animal tan bueno
El caballo en el mundo,
Que sin tener razon se rinde á un freno;
Y en su nobleza fundo
La de aquellos primeros,
Que dieron en domallo;
Porque á no haber caballo,
Nunca en el mundo hubiera caballeros.
  Y es tan grande la gloria,
Camacho, de tu nombre,
De quien vive en tu muerte la memoria,
Que no se halló hombre
Que te viese enfrenallos,
Que luégo no dijera:
«Si Camacho no hubiera,
No hubiera caballeros, ni caballos.»

SONETO.

  No midieras del modo que mediste,
La distancia que hay del suelo al cielo,
Cuando del padre venerado en Delo
El cargo, impropio á tí, usurpar quisiste;
  Ni te viera confuso, cuando viste
En rojas llamas abrasarse el suelo,

Cuando siguiendo el nunca usado vuelo,
Los límites sebeos excediste;
Ni lloráras la muerte de sus hijos,
Como lloró, cuando temió abrasallos,
La antigua madre ó incrédulo muchacho;
Ni viera Jove arder los nudos fijos
De la region otava, si Camacho,
Hubiera puesto el freno á sus caballos.

III. *Tratado de la brida y gineta y de las cavallerías que en entrambas sillas se hazen y enseñan á los cavallos y de las formas de torear á pié y á cavallo. De Don Diego Ramirez de Haro.* MS. en fólio.

Dos copias de este curioso *Tratado*, escrito en el reinado de Felipe II, existen en la Biblioteca Nacional, marcadas con las signaturas A a—83 y S—4. La primera de ellas contiene los tres libros de la Brida, Jineta y Arte de torear que indica su portada, y ademas otro, aunque incompleto, *De la naturaleza de los cavallos*, que consta de dos partes, pero al cual falta el final, que no se halla en la segunda, aunque así se consigna por nota. Al otro manuscrito S—4, le faltan los quince primeros capítulos del libro primero, y la portada y los capítulos XIX y XX del libro tercero; pero tiene en cambio setenta y una láminas de frenos de la brida, dibujadas á pluma, una de barbadas y otra de escudetes ó *copas* para los bocados. El libro segundo, ó sea el de la Jineta, es tan extenso y completo y de tal importancia, que, áun á riesgo de prolongar demasiado esta reseña, no podemos resistir á la idea de copiar aquí el índice de sus 61 capítulos, creyendo que nuestros lectores podrán apreciar por él las várias y diversas materias que abrazaba la escuela de la Jineta.

TABLA DEL LIBRO SEGUNDO.

Cap. XLVIII.—De cómo os habeis de haber con tres ó cuatro en una pendencia con esta arma.
Cap. XLIX.—Cómo se han de haber á la gineta con esta arma, cuatro á cuatro ó diez á diez.
Cap. L.—De cómo han de combatir dos á la gineta con lanza.
Cap. LI.—De cómo se ha de combatir con esta arma con dos ó tres á caballo.
Cap. LII.—De cómo han de combatir con lanza y adarga dos caballeros.
Cap. LIII.—Cómo se ha de defender con lanza y adarga uno, de dos ó tres.
Cap. LIV.—De las armas que esta silla tiene para pelear y sus impedimentos.
Cap. LV.—De cómo se han de haber diez ó veinte en una escaramuza delante de dos ejércitos, armados con todas estas armas.
Cap. LVI.—De la órden para pelear dos ejércitos á la gineta, y la de los moros, y las que son más convenientes.
Cap. LVII.—De la manera que se ha de hacer con la ballesta á caballo.
Cap. LVIII.—De cómo se han de gobernar compañías de ballesteros á la gineta.
Cap. LIX.—De cómo ha de combatir un jinete contra un hombre de armas sin que el hombre de armas se pueda defender.
Cap. LX.—De cómo cien hombres de armas desbaratarán encubertados á seiscientos caballeros jinetes.
Cap. LXI.—En que se recopila lo dicho deste libro de la gineta.

IV. *Libro de Enfrenamientos de la Gineta, por Eugenio Mançanas, Ensayador de la Casa de la Moneda de Toledo por Su Magestad. En Toledo, por Francisco Guzman,* 1570.

En 4.°, 42 hojas foliadas, incluso la portada, y cuatro al final sin foliacion, que contienen un *Aviso al lector* y la *Tabla* de capítulos. En el anverso de la última repite las señas de la impresion, y al dorso tiene el escudo de armas del autor dividido en dos cuarteles; el de la izquierda tiene cinco manza-

nas, y el de la derecha un guerrero cubriéndose con el escudo, sobre el cual caen una multitud de flechas que lo traspasan, rematando todo él con un freno y las iniciales E. M. El retrato del autor ocupa casi toda la portada.

La licencia para la impresion y venta está fechada en el Escorial á 24 de Junio de 1560 y ocupa el segundo fólio; en el tercero se hallan dos cartas, ambas sin fecha, la primera del autor, dirigida á D. Diego de Córdoba, pidiéndole apruebe el libro, y la segunda la contestacion de éste, elogiándole y aprobándole.

Divídese en tres partes. La primera trata del provecho que se sigue del bien enfrenar, de las particularidades y propiedades de las bocas de los caballos, y de las diferencias de ellas. La segunda, de la manera y órden del herrar italiano y del provecho que se sigue para bien enfrenar. Y por último, la tercera se ocupa de las diferencias de frenos para remedio de las dificultades de las bocas de los caballos. Contiene esta obra una lámina que representa la boca del caballo, cuatro que demuestran la figura de los cascos, y 18 con dibujos de frenos, grabadas todas en madera, siendo notables las de los frenos por su claridad y exactitud.

Este Tratado es el más importante y completo para conocer el enfrenamiento especial de la jineta y las reglas que da para herrar los caballos no lo son ménos, porque demuestran todas las ventajas que de estar bien herrados resultan para su buen enfrenamiento.

V. *Libro de los enfrenamientos de la Gineta*, *por Eugenio Mançanas*, *Ensayador de la casa de la Moneda*, *por su Magestad. Con privilegio. Impreso en Toledo en casa de Juan Rodriguez*, *Mercader de Libros*, 1583. *A costa de Pedro Rodriguez Mercader de Libros.*

En 4.°, 25 hojas de texto, las cuatro preliminares y los 18

grabados de frenos que lleva la primera edicion. En la portada lleva el escudo de armas del autor.

Esta segunda edicion se hizo despues de la muerte de Eugenio Manzanas, pero es completamente igual á la primera, salvo algunas ligeras é insignificantes variantes. Don Nicolas Antonio, en su Biblioteca nueva, y D. Vicente García de la Huerta, en su catálogo de Libros Militares, solamente citan esta segunda edicion y nada dicen de la primera, que les fué desconocida; no es de extrañar, por lo tanto, la rareza de aquélla, que sólo hemos visto en la Biblioteca Nacional, miéntras que la segunda existe en otras várias.

VI. *Tractado de la cavalleria de la Gineta, compuesto y ordenado por el Capitan Pedro de Aguilar, vezino de Malaga, natural de la ciudad de Antequera. Dirigido á la S. C. R. M. del Rey Don Philipe, segundo deste nombre. Acabose de componer en el mes de Marzo de* 1570. *Siendo el auctor de edad de cinquenta años.* (Escudo de armas reales con una cinta en la parte inferior con el lema *Defensor de la fé.*) *Contiene diversos avisos y documentos y otras muchas reglas útiles y necesarias, así para lo que toca á la doctrina y enfrenamiento de los cavallos, como para la perfeccion y destreza que en esta facultad conviene que tengan, en cosas de paz y de guerra, los cavalleros. Fué impreso en Sevilla en casa de Hernando Diaz, impresor de libros en la calle de la Sierpe, á costa del auctor. Con licencia y previllegio de su Magestad. Año* 1572. (Al fin.) *Fué impreso el presente tractado De la Cavallería de la Gineta en la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla en casa de Hernando Diaz, impresor de libros en la calle de la Sierpe. Acabose á* 28 *de Febrero de* 1572.

En 4.°, cuatro hojas preliminares, 84 de texto, cuatro al final de *Tabla*, y 36 grabados en madera que representan várias clases de frenos.

Entre los preliminares se halla el escudo de armas del autor y una cinta debajo con este lema: *Poneme Dñe Iuxta te et cuius vis manus pugnet contra me.* Debajo de este escudo hay dos caballeros montados á la jineta.

Divídese esta obra en cuatro partes. Trata la primera de las proporciones y calidades que han de tener los caballos para ser perfectos, y todo lo que se requiere para perfeccionarlos; la segunda, de las particularidades en que ha de estar muy diestro y ejercitado un caballero para ser tenido por buen hombre de á caballo; la tercera, de todos los remedios y castigos que se pueden hacer contra algunos vicios y resabios que suelen tener los caballos; y finalmente, la cuarta explica, cómo se han de pensar, herrar y curar y sangrar, incluyendo en ella algunos avisos y documentos necesarios, y la traza de todos los frenos, así de los ordinarios como de los extraordinarios.

A continuacion del texto sigue una hoja sin foliar, con el siguiente soneto del caballero Gonzalo de Molina.

El uso que se olvida indignamente
De la noble Gineta bellicosa,
Con que la ilustre España victoriosa,
De moros quebrantó la altiva frente:
Con un vuelo suave y excelente
Lo levanta en su obra ingeniosa,
Un Aguila con pluma caudalosa,
A honor y gloria de española gente.
Será de nuestra España celebrada
Del autor generoso la memoria,
Que de lanza y de pluma dió tal prueba;
Y la Africa estará atemorizada,
Pues la antigua destreza se renueva,
Que della nos dió siempre gran victoria.

Termina este curioso libro con una lámina que representa un caballo con el siguiente lema:

Los ojos del señor engordan al caballo,
Y los lacayos y mozos de caballos lo gastan y destruyen.

Este *Tratado* es considerado como la obra clásica de la jineta, y está escrito con tal propiedad y pureza, que ha merecido con justicia unánimes elogios de cuantos de él se han ocupado. Era efectivamente Pedro de Aguilar uno de los partidarios más firmes y decididos de la jineta; concurria en él ademas la circunstancia de haberla ejercitado por espacio de cincuenta años, y esto explica perfectamente la importancia que su libro mereció, aunque escrito, como él mismo confiesa, para que la forma y teórica de la jineta quedase viva y no pereciera del todo, ya que en la práctica habia venido á tanta desuetud y olvido, que hasta era, en cierto modo, despreciada y vilipendiada; siendo de tanta utilidad para los reencuentros, escaramuzas y batallas, de tanta gala y primor para los juegos de cañas y otros loables ejercicios, y tan antigua que de su principio no habia relacion. A ella atribuye, despues de la voluntad divina, el haber alcanzado la restauracion y recuperacion de España del poder y sujecion de los paganos; á ella los honores, estados y riquezas conseguidos por la nobleza, y á ella, en fin, el que pudieran tenerse á raya á los Moros de África, en cuyo suelo por la sequedad, calor y aspereza, habia precisamente que combatir á la jineta, para que con el poco peso de las armas y de los arreos pudieran conservarse mejor en aquella guerra los caballos y los caballeros.

VII. *Tratado de la Cavalleria de la Gineta, compuesto y ordenado por el capitan Pedro de Aguilar, vezino de Malaga, natural de la ciudad de Antequera, añadido en esta impression muchas adiciones del mesmo Auctor. Dirigido á la Magestad del Rey Don Philippe nuestro señor, segundo deste nombre. Contiene diuersos avisos y documentos, y otras muchas reglas utiles y necessarias, assí para lo que toca á la dotrina y enfrenamiento de los cauallos, como para la perfeccion y destreza que*

en esta facultad conviene que tengan en cosas de paz y de guerra los caualleros. (Escudo de armas.) *Con priuilegio Real. Impresso en Malaga por Iuan Rene, á costa de los herederos del Autor. Año de* 1600. *Véndese en casa de Iuan de Cea.* (Al fin.) *Impresso en la ciudad de Malaga año de mil y seyscientos, por Iuan Rene.*

En 4.º, 12 hojas de preliminares, inclusa la portada, 98 de texto foliadas, 36 grabados de frenos y cuatro de Tabla, terminando con una lámina con un caballo y el mismo lema que en la primera edicion.

Entre los preliminares hay una prorogacion del privilegio, por otros diez años, á doña Elvira Godoy, hija del autor, para que pudiese añadir é imprimir juntamente con el libro *unas adiciones tocantes á él, que ansimesmo el dicho Capitan Pedro de Aguilar habia dejado hechas para el dicho efeto.* Esta prorogacion está fechada en el Escorial á 14 de Agosto de 1584.

Sigue la dedicatoria al Rey de estas mismas adiciones, hechas segun dice, para acabar de declarar lo que conviene é importa á la doctrina de los caballos y advertencia y destreza de los caballeros, y terminan los dichos preliminares con dos avisos á los lectores. En el primero declara, que despues de haber tenido cincuenta años y más de experiencia de lo que escribia, se habia ocupado veinte en procurar que la perfeccion de la jineta quedase muy en limpio definida. Pero se lamenta amargamente de que, á pesar de ser su obra tan útil y tan clara, y su doctrina sacada del uso y experiencia de los más famosos y nobles caballeros que habia habido de aquella facultad en Africa y en toda España, y de que sin alarde de presuncion y arrogancia podia afirmar que nadie ántes que él habia llegado al punto y término en que la habia puesto, habia muchos que, confiados en su propia vanidad, no sólo desdeñaban aprender sus reglas y principios, sino que descuidaban la obligacion del ejercicio de las armas y del arte de la guerra, faltando de este modo al imperioso deber que la salud pro-

pia y libertad comun exige á los nobles y caballeros, y hasta llegaban á vituperarle por aquel!a obra en que habia gastado lo mejor de su tiempo y hacienda.

En el segundo aviso propone las tres cuestiones siguientes: primera, si al sacar el brazo convendrá ó no hacerlo con el cabo de las riendas en ellas, cuestion que resuelve afirmativamente, exponiendo las ventajas que de ejecutarlo así se seguirian; segunda, si el caballo debia volverse á la derecha ó á la izquierda en la carrera, opinando que era más ventajoso, cómodo y natural volverle sobre la izquierda; y tercera, si es más acertado montar corto ó largo, cuya cuestion resuelve afirmando que, á pesar de ser más cómodo y descansado el montar largo, para la gala y gentileza debia montarse corto, por ser éste el único modo de parecer castellano y no portugués, conservar el primor y gracia que requiere la caballería de la jineta, andar abrigado con el caballo y poder batirle convenientemente con los piés.

La division de la obra en esta segunda edicion es la misma que en la primera; iguales son los epígrafes de sus capítulos, aunque añadidos la mayor parte de ellos al final con uno ó más párrafos de las consideraciones y reglas que el estudio y la práctica habian enseñado á su autor. En la tercera parte hay dos capítulos, el XIV y XV, que no se hallan en la primera edicion.

De lamentar es, sin embargo, que esta segunda, tan importante por este motivo, fuera impresa en papel tan detestable y con tipos tan borrosos y gastados que hacen su lectura trabajosa y difícil.

VIII. *Contradiccion al libro de la Gineta del Capitan Pedro de Aguilar, á Don Diego de Cordova que lo habia aprobado, por Gaspar Fariñas, Portuges de Lisboa.* Un tomo en 4.º MS.

No nos ha sido posible ver este manuscrito que existe en

la Biblioteca del Excmo. Sr. Duque de Medinaceli, y no tenemos de él otra noticia que la que queda consignada, debida al Sr. Cortés Llanos.

IX. *De la naturaleza del cavallo. En que están recopiladas todas sus grandezas, juntamente con el orden que se a de guardar en el hazer de las castas y criar de los potros: y como se an de domar y enseñar buenas costumbres y el modo de enfrenarlos y castigarlos de sus vicios y siniestros. Compuesto por Pedro Hernandez de Andrada, vecino de Sevilla. Dirigido á la C. M. del Rey Don Philippe nuestro señor, segundo de este nombre.* (Escudo de Armas Reales.) *En Sevilla, en casa de Fernando Diaz, año de* 1580. (Al fin repite las señas de la impresion.)

En 4.°, 19 hojas preliminares, una blanca y 152 de texto.

Entre los preliminares se hallan, en alabanza del autor, la siguiente cancion de Herrera y un soneto de Escobar, que nos ha parecido oportuno reproducir aquí.

CANCION DE FERNANDO DE HERRERA.

Alza del hondo seno,
Con ramosos corales enlazada,
La venerable frente;
Y en el curso sereno,
Ilustra tu ribera celebrada,
Sagrado rio Esperio,
A quien las claras aguas d'Occidente
Reconocen imperio;
Y con ledo sembrante
Tarteso del olvido se levante.
Tarteso, engendradora
De ligeros caballos, que vencian
El ímpetu del viento

Con furia voladora,
Y las alas del rayo entorpecian ;
Pues con eterna gloria
Su linaje, destreza, ensañamiento,
Renueva á la memoria ;
Y junta en esta parte
El claro Andrada, á la experiencia l'arte.
Ya el Argeo no estime
Sus osados caballos belicosos,
Con qu' el Cita guerrero,
Las campañas oprime,
De los incautos vénetos medrosos ;
Dond' el Isonzo frio,
No sufriendo en su vaso el horror fiero
De la sangre sin brío,
Enbevió en las arenas
El ímpetu y corriente de sus venas.
El Pegaso famoso,
Qu' entre sus astros tiene 'l ancho cielo,
No merece igualarse
Con aquel generoso,
Qu' este enseña, y lo engendra nuestro suelo.
El domador latino,
Y el que pudo entre Griegos señalarse
Por un igual camino ;
Tanto le son menores,
Cuanto en la fama y en la edad mayores.
Tú, Betis, pues, ufano,
D' haber criado en tu corriente ondosa
Tal hijo, la corona
Le teje de tu mano,
Con inmortal labor artificiosa.
Y del cerco escondido,
Hasta la una y otra helada zona
El nombre esclarecido
Florezca de tal suerte
Que no lo gaste 'l tiempo con la muerte.

SONETO.

DE BALTASAR DE ESCOBAR.

El suelto brío del caballo fiero,
Que á Bucefalia dió nombre famoso,
El Macedonio admira, y temeroso,
Tiene suspenso todo un pueblo entero;
Mas el gallardo jóven, heredero
Del gran Filipo, entónces mas brioso,
Ase la rienda, y con desden mañoso,
Vuélvelo al sol, y sube en él ligero.
Otro nuevo Alejandro en vos conoce,
El caballo andaluz, que á vuestra mano,
La boca rinde y toma el duro freno;
Y aqueste nombre España reconoce,
En el de Andrada, ilustre sevillano,
Por darle un libro en todo extremo bueno.

Divídese en dos libros esta importante obra. En el primero trata de todo cuanto se relaciona con el nacimiento, crianza y alimentacion de los caballos; y en el segundo, de su enseñanza para la jineta, encomiando la antigüedad de ésta, del orígen de la silla, frenos, estribos, etc., y las principales caballerías que á la jineta podian hacerse.

Hombre de vastos conocimientos el autor, todos los capítulos de su obra demuestran una erudicion y un conocimiento práctico que hacen agradable su lectura, no obstante que en algunos de ellos paga el debido tributo á las creencias de su tiempo, atribuyendo á las estrellas y constelaciones una marcada influencia sobre los caballos. A propósito de esto refiere, entre otros muchos hechos, el del caballo llamado *Seyano*, cuya extremada belleza era tan grande que venian á verle de muchas y diversas partes; y sin embargo, fué tan funesto el influjo de su constelacion, que cinco señores

que le poseyeron sucesivamente *murieron*, dice, *en breve tiempo desastradas muertes con todas sus casas*, y el mismo caballo, despues de haber sido vendido en vil precio á un caballero del Asia llamado *Nigido*, pereció con su jinete al pasar el rio Maraton. Atribuye tambien á los caballos la cualidad de pronosticar el bien ó el mal de sus señores, llegando á afirmar en su entusiasmo, que los caballos de Julio César lloraron ántes de su muerte, y que otros varios demostraron de la misma manera el sentimiento y la pena que la de sus amos les causára.

Pero aparte de estos y otros equivocados asertos, que tomo indudablemente de antiguos naturalistas, y cuya certeza ó inverosimilitud no se discutia en aquellos tiempos, su obra está llena de noticias y preceptos que la hacen hoy todavía agradable é instructiva, y una de las más curiosas en esta materia.

X. *Tractado de la Cavallería de la Gineta y Brida: en el qual se contienen muchos primores, assí en las señales de los cavallos, como en las condiciones, colores y talles: y cómo se ha de hazer un hombre de á cavallo de ambas sillas, y las posturas que ha de tener, y maneras para enfrenar, y los frenos que en cada silla son menester; para que un Cauallo ande bien enfrenado: y otros auisos muy principales y primos, tocantes y vrgentes á este exercicio. Compuesto por Don Juan Suarez de Peralta, vezino y natural de Mexico, en las Indias. Dirigido al muy excelente señor don Alonso Perez de Guzman el bueno, Duque de Medina Sidonia, Conde de Niebla, Marques de Caçaça en Africa. Con preuilegio Real. En Sevilla, en casa de Fernando Diaz, Impressor en la calle de la Sierpe. Año de* 1580. (Al fin.) *Fue impresso en Sevilla en casa de Hernando Diaz, impressor en la calle de la Sierpe. Año* 1580.

En 4.°, 101 páginas dobles, incluso la portada. En los pre-

liminares se hallan el escudo de armas del Mecenas y el del autor, y al final el escudete del impresor.

Este es uno de los pocos libros españoles que comprende las reglas y principios de las dos escuelas de caballería que en aquella época existian, por más que la de la brida estuviera más en práctica y ejercicio. De ésta se ocupa con alguna mayor extension que de la jineta, y es notable que Suarez de Peralta, á diferencia de los autores precedentes, y áun de muchos de los que escribieron despues sobre esta materia, no se muestre decidido partidario de la jineta, sino que por el contrario, manifiesta en el prólogo de su obra cierto entusiasmo por la perfeccion y extension que la escuela de la Brida alcanzaba en Italia, y especialmente en el reino de Nápoles, donde, segun afirma, hubo una antigua ciudad llamada Sibaria, en la cual, era tal la práctica de la caballería, *que los caballos estaban mostrados á que tocándoles cierta sinfonia salian bailando tan á són, que era cosa admirable.* De esta circunstancia, añade, se prevalieron los de otra ciudad enemiga, que habiendo llegado á dirimir sus contiendas en una batalla, empezaron en lo más recio de ella á tocar las sinfonías con que aquellos caballos bailaban, y sin poder estorbarlo sus jinetes se entregaron de tal manera á los ejercicios que al són de ellas hacian en sus fiestas, que los contrarios pudieron á mansalva, desbaratarlos y vencerlos totalmente.

El *Tratado de la Jineta*, el primero de esta obra, único que nos toca examinar, consta de dos partes. Explica en la primera las condiciones que ha de tener un caballo para que sea bueno para la jineta, la manera de domar los potros y hacerlos adquirir dichas condiciones, y por último, el modo de enfrenarlos. En la segunda se ocupa de la postura que ha de tener el caballero en la silla á la jineta, de los diversos modos de batir con los piés, y finalmente, de las várias maneras de sacar el brazo y pasar la carrera, ya con la lanza sola, ya con la lanza, adarga y capa.

Este *Tratado*, aunque no de gran extension, es muy apre-

ciado, por el gran conocimiento que revela de todos los ejercicios de las dos caballerías.

XI. *Discurso de D. Ivan Arias Dauila Puertocarrero, segundo Conde de Puñonrostro, para estar á la Gineta con gracia y hermosura, dirigido al príncipe D. Felipe nuestro Señor.* (Escudo de armas reales.) *Con privilegio. En Madrid, por Pedro Madrigal, año MDXC.*

En 8.º, ocho hojas preliminares, 71 foliadas, y una al fin con una octava real pidiendo benevolencia al lector. La 8.ª hoja preliminar es un grabado en madera, que representa el Pegaso.

Corresponde perfectamente el texto de este rarísimo y ameno librito, al objeto que indica su portada. Los veintiun capítulos de que consta, contienen todas las reglas y preceptos que ha de observar fielmente el caballero para cabalgar con perfeccion y gracia, explicando minuciosamente desde la manera de montar en el caballo hasta el menor acto de los que sobre él puede ejecutar, para que vayan revestidos todos de la perfeccion y desenvoltura que cautivan, no sólo á los que conocen el difícil arte de la equitacion, sino áun á los que, ajenos á él, reparan admirados la naturalidad y gracia del manejo de un caballo. Algunas indicaciones hace, respecto de la forma de la silla, cincha, borceguíes y espuelas, pero pasa en seguida á explicar con más extension, la postura de las manos y piés, la manera de batir con las espuelas en los diversos lances, y cómo se habian de llevar la capa, la lanza y la adarga, y cuáles, finalmente, habian de ser los adornos moriscos que en los juegos de cañas y escaramuzas usaban los caballeros. Debia ser todo esto de gran importancia en aquella época, porque no hay escritor de jineta que no dedique largos capítulos á este asunto, y si bien se comprende que fuera esencial y necesaria la determinada postura de la

lanza y adarga en los diferentes juegos y escaramuzas, que no eran más que la escuela y simulacro de las batallas y combates, otras, como la postura de la capa y la manera de sacar el brazo, eran solamente signos de la destreza y buen método, y hasta exigencia, si se quiere, de la moda, que preside siempre con imperioso mando, no sólo á los actos de agilidad que el hombre ejecuta, sino hasta á sus acciones y maneras más insignificantes.

XII. *Libro de la Gineta de España*. (Escudo de armas con un Emperador y dos obispos á sus piés.) *Compuesto por Pedro Fernandez de Andrada, en el qual trata el modo de hazer las castas y criar los Potros, y como se an de enfrenar y castigar los cavallos, y como los caualleros mozos se an de poner á cavallo, guardando el órden antiguo de la Gineta de España. Ultimamente trata como se an de pensar y engordar los cavallos. Dirigido á la ciudad de Sevilla y con privilegio, Impresso. En la Imprenta de Alonso de la Barrera.* (Al fin.) *Impreso en Sevilla en la imprenta de Alonso de la Barrera. Año de* 1599.

En 4.º, ocho hojas preliminares, 182 foliadas y una hoja en blanco con las armas de Pedro Fernandez de Andrada, que se hallan tambien en la 8.ª hoja preliminar. Repite asimismo en los preliminares la cancion de Herrera y el soneto de Escobar, que quedan ya copiados.

Dedicó esta obra el autor á la ciudad de Sevilla con dos fines; primero, con el de mejorar ó restaurar las famosas castas de caballos andaluces, que habiendo sido la mayor riqueza que éstos tuvieron en los siglos anteriores, *agora*, dice, *con dificultad se pueden hallar algunos de los muchos que son menester;* y segundo, con el de estimular á los caballeros mancebos al ejercicio de la antigua y loable caballería de la jineta, de la cual tanto se preciaron sus antepasados. Para remedio de estos males, dice textualmente: «*me ha sido forzoso poner á los*

piés de V. I. el fruto que de mis trabajos e sacado, el qual entiendo que será muy á propósitó para remedio de esta ruina; y lo escribo despues de haberme exercitado quarenta años continuos en el arte de la Cavallería, gastando las noches en perpétuos estudios y lecciones de libros que tratan de ella, y los dias en practicar y poner por obra lo que de noche habia leido y lo que la experiencia con tan largo discurso me ha mostrado.

No es, pues, extraño que el hombre que gastó cuarenta años consecutivos en el estudio y práctica de la equitacion, mostrase en sus obras los especiales conocimientos y erudicion de que carecen las de otros escritores, como ya dijimos al mencionar la de la *Naturaleza del Caballo*, del mismo autor. Examinadas, sin embargo, ésta y la de la *Gineta de España*, no puede afirmarse que sean realmente dos obras distintas. En nuestro concepto, y sin entrar en una comparacion de ambas, que sería completamente ajena á nuestro propósito y á la índole de estos ligeros apuntes, no vacilamos en afirmar que el libro de *La Gineta de España*, es una segunda edicion mejorada y áun algun tanto ampliada de *La Naturaleza del Cavallo.* Verdad es que el primer libro de ésta consta de 37 capítulos y de 39 el segundo, miéntras que sólo tiene 20 el primer libro de la *Gineta de España* y 32 el segundo; pero se echa de ver desde luégo que en algunos de ésta se hallan refundidos dos ó más epígrafes de la de aquélla, que en el texto hay párrafos y períodos completamente iguales, y que se guarda ademas el mismo órden en la exposicion, argumentos y citas, con muy ligeras variaciones.

Esto, sin embargo, en nada amengua la importancia de la obra, y tanto más, cuanto que, escrita acaso esta segunda por haberse agotado por completo la primera, pudo corregirla y ampliarla con la práctica y experiencia adquiridas en los diez y nueve años, que mediaron entre la publicacion de una y otra.

XIII. *Libro de Exercicios de la Gineta, compuesto por el Capitan Don Bernardo de Vargas Machuca, Indiano, natural de Simancas, en Castilla la Vieja. Dirigido al Conde Alberto Fúcar.* (Escudo de armas del Mecenas.) *En Madrid, por Pedro Madrigal. Año MDC.*

En 8.° 15 hojas preliminares, incluso el fróntis, y 120 foliadas.

Este libro escrito, segun dice su autor, para servicio de los caballeros españoles que se hallaban en las Indias Occidentales, donde confiesa que él mismo *en largo tiempo cursó y aprendió la teoría de la lanza y adarga*, revela que el ejercicio de la jineta que de Berbería pasó á España y de España á las Indias, se practicó en aquellas remotas regiones, y áun se perfeccionó más que en ninguna otra, segun afirma este escritor.

Divídese esta obra en cinco partes. En la primera, trata de los ejercicios de la jineta, para su perfeccion, práctica y buen uso, y describe la silla, espuelas, borceguíes, la manera de montar, modos de batir con las espuelas, y las posturas de la capa y carrera de gala. En la segunda, manifiesta cómo se ha de pasar la carrera con lanza y adarga en sus diferentes posturas, y las reglas que se han de seguir en la escaramuza y batalla entre dos caballeros, amigos ó enemigos. La tercera, explica la manera de torear á caballo, el modo de rejonear á los toros y alancearlos, y las reglas que ha de guardar el caballero en las diversas suertes que acometiere con el toro. Se ocupa la cuarta parte del juego de cañas y de la escaramuza partida, y finalmente, la quinta contiene diversos avisos, secretos y remedios en beneficio del caballo, y termina dando las reglas que se han de tener presentes para escoger y conocer un potro ó caballo.

XIV. *Libro que trata de los frenos á la brida y Gineta por G. G. Ximenez.* 1600. *En* 4.°

Este libro, segun una nota del Sr. Gayángos, se hallaba en la Biblioteca de Berlin, donde parece lo vió y consultó el general Sandoval, pero despues no lograron verle otras personas que intentaron consultarle, segun afirma el Sr. Cortés, á quien debemos la breve noticia que queda expuesta.

XV. *Modo de pelear á la Gineta, compuesto por Don Simon de Villalobos, y hecho imprimir por Don Diego de Villalobos y Benavides su hermano. Dirigido á la muy noble y muy leal Ciudad y Caualleros de Xeréz de la Frontera. Con Priuilegio. En Valladolid, en casa de Andres de Merchan. Año de* 1605.

En 8.°, ocho páginas preliminares, 70 foliadas y dos hojas más sin foliar para terminar la *Tabla*.

El fundamento de la dedicatoria á la ciudad de Jeréz de la Frontera es la gran práctica que los caballeros de ella tenian en el manejo de las armas á la jineta, lo mucho que la habian ejercitado defendiendo sus playas de las correrías de los moros y acudiendo siempre donde habia enemigos que combatir; y por último, la ligereza de los caballos que en su tierra se criaban, y que era tal, que fingian los antiguos que las yeguas concebian del aire.

El objeto de esta obra es, como dice el esforzado capitan y entendido cronista de las guerras de Flándes, hermano del autor, que la publicó, el de que pudieran aprovecharse de sus reglas é instrucciones en los desafíos con los moros; advirtiendo cuidadosamente que el que los ejercitára habia de saber primero estar á caballo y ser señor de la silla, para lo cual hallaria muchos libros que se lo enseñasen, pues sin esto

no podria practicar los preceptos del libro en las ocasiones que se le ofrecieren, ni hallarse señor de sí y del campo.

La generalidad de las obras de Jineta explican los diferentes juegos ó caballerías que se hacian en esta silla en las fiestas públicas ó regocijos, y si bien todas ellas no eran, como hemos repetido, más que un simulacro de las que se hacian en la guerra, no podian contener las minuciosidades y detalles que se ofrecen en una lucha ó combate en el campo, en que, más que á la gala y donosura, hay que atender no solamente á la manera más diestra y pronta para herir ó vencer al contrario, sino tambien á rechazar y separar sus lanzadas y heridas. A este fin principal se dirige la obra de Villalobos, y por eso, aunque trata de algunas suertes y floreos para las fiestas públicas, su especial objeto es la enseñanza de las posturas, botes y heridas de la lanza y espada, de que habia de usarse en los combates, y las diferentes tretas y ardides que debian emplear para alcanzar con ellos la victoria.

Entre los preliminares de esta famosa obrita, una de las más raras y apreciadas, se hallan los dos sonetos siguientes, que reproducimos á continuacion, en justo y debido tributo á sus reputados autores y como demostracion del alto concepto que merecian los dos esclarecidos hermanos, el autor y el editor de la obra. Dicen así :

AL AUTOR

EL MAESTRO VICENTE ESPINEL.

SONETO.

Recibe el dón, la voluntad alarga,
Xeréz ilustre, universal maestra,
De la nobleza más valiente y diestra,
Que empuña lanza y que maneja adarga.
Compendio es breve, más doctrina larga,
De ingenio igual á la gallarda diestra,

Que en el hacer ya dió excelente muestra,
Y en el decir su obligacion descarga.
  Esto y su voluntad Don Diego ofrece,
Persona digna de otra eterna pluma,
Conocida en los límites extraños;
  Verás lo que en tus hijos resplandece,
Reducido á una breve y corta suma,
Como lo has enseñado en largos años.

AL AUTOR

DON ALONSO PIZARRO DE NEGRON.

SONETO.

  A Marte y Pálas vencen dos hermanos;
A Pálas, en la ciencia, ingenio y artè,
Don Simon; y Don Diego al fiero Marte,
Que se probó en los campos Belgicanos.
  Tambien exceden, si trocais las manos,
Aventajando en todo, y cada parte,
Matizando de empresas su estandarte
Con sabio modo y con valor de hispanos.
  No fué la menor prueba el dón honroso
Que gratos á Jeréz, de fama han dado,
Renovando la antigua de sus lides.
  La de su patria (extremo) han renovado:
Son Villalobos, tronco generoso,
Son Velazquez, Pizarros, Benavides.

XVI. *Libro de la Gineta y descendencia de los cauallos Guzmanes que por otro nombre se llaman Valençuelas. Compuesto por Don Luis de Bañuelos y de la Cerda, vezino y natural de Cordoba, MDCV.*

Ms. en 4.º de 64 hojas, existente en la Biblioteca Nacional (J. 156.)

Nada añadirémos á lo que dejamos ya apuntado de este curioso Tratado, que hoy por primera vez sale á luz impreso, porque nuestros lectores podrán apreciar debidamente su bondad y excelencias.

XVII. *Tratado de la caualleria de la Gineta que compuso el Comendador Don Fernan Ruiz de Villegas, dirigido á Don Pedro Fernandez de Villegas, su hijo, niño de doce años, para començalle á poner á caballo.*

Ms. en 4.° existente en el Museo Británico, señalado con el núm. 592 de la librería Sir Francis Egertor.

Se halla este manuscrito en un tomo de Varios de la coleccion de los Iriartes, intitulado *Papeles matemáticos*. Es original y al parecer autógrafo, de letra de principios del siglo XVII, y consta de 79 hojas en 4.°, incluidas en este número 20 de frenos y bocados hechos á pluma. La obra toda consta de 25 capítulos, á saber: 23 para el «Tratado de Jineta», otro suplementario, «*Cap. XXIIII, en que se enseña qué cosa es lançar á tablado*», el cual empieza «Todos los exercicios» y concluye «gyar (*sic*) una escaramuza á los galopes.» Cap. XXV «De los frenos en general.»

De este tratado, mencionado ya por el eminente y entendido Sr. Gayángos en su *Catálogo de los Manuscritos Españoles que se hallan en el Museo Británico*, nos ha facilitado el mismo Sr. Gayángos, con su acostumbrada cortesanía y generosidad, las noticias que literalmente hemos copiado y que son las únicas que acerca del mismo podemos dar.

XVIII. *Tratado de la Gineta provechoso y breve. Compuesto por el Capitan Francisco de Céspedes y Velazco, vezino y natural de la villa de Moguer.* (Escudo de armas.) *Dirigido al Señor Don Gaspar de Guzman, conde de Olivares y Alcayde de los Alcaçares reales de Seuilla, y comendador del abito*

de Calatraua, &c. *En Lisboa por Luys Estupiñan. Año* 1609. En 8.º, 16 hojas.

La obra del capitan Céspedes de Velasco, orta de las más raras de esta materia, contiene, aunque es sumamente breve y compendiosa, importantes reglas y preceptos para tirar las cañas y para la carrera de lanza y adarga. Empieza diciendo que el hombre de á caballo ha de tener cuatro cosas que son: piés, manos, conocimiento y práctica, y despues de explicar y comentar estas cualidades esenciales, se ocupa de los demas juegos y caballerías concernientes á la jineta, y muy principalmente de las dos heridas que tiene la lanza que son *de ristre* y *sobre el brazo* de cada una de las cuales, dice, nacen cinco carreras y cinco floreos, cuatro botes y ocho desvíos.

XIX. *Nuevos Discursos de la Gineta de España sobre el uso del cabeçon. De Pedro Fernandez de Andradu.* (Escudo de armas del autor.) *Dirigido á Don Felipe Manrique, Fator, Juez oficial del Rey, nuestro Señor, en la casa de la Contraccion de Sevilla, Teniente de Capitan general de la Artillería en Flotas y Armadas de las Indias Occidentales. Con previlegio.* (S. L.) *Por Alonso Rodriguez Gamarra. Año* 1616.

En 4.º, 7 hojas preliminares. 30 foliadas el Tratado sobre el uso del cabezon; 24 el segundo, en que rebate las objeciones que á este se habian hecho; 14 hojas, los segundos discursos sobre los rudimentos de la Jineta, y otras 14 los terceros discursos, del Maestro de la Caballería.

Esta es la tercera obra que sobre la Jineta escribió este insigne Maestro, y es indudablemente la más apreciada de las tres. La época en que salió á luz debió ser tambien la de los últimos años de la vida del autor, atendida la edad que contaba

al publicar la segunda, como queda referido, y á que, segun confiesa él mismo en varios pasajes, llevaba cincuenta y ocho años de práctica; pero no es la ménos importante, sino que por el contrario es la que, en nuestro concepto, demuestra mejor los extensos y vastos conocimientos que en su larga práctica y estudio habia adquirido Fernandez de Andrada. No debe por lo tanto atribuirse á censurable vanidad, que, en la carta al Mecénas, con que empieza el libro, diga textualmente: «*Pudiera yo, sin faltar á las leyes de la modestia, esperar de estos escritos los premios que se deben al estudio y al trabajo, pero en gracia de la invidia de aquellos que han exterminado la Gineta de España (culpa de su ignorancia) á los límites de los bridones italianos y franceses, renuncio esta gloria.*»

Comprende esta obra cuatro partes ó Tratados. En el primero, relativo al uso del cabezon, demuestra que el empleo general de éste echaba á perder y viciaba á muchos caballos, y que solamente debia aplicarse á alguos potros ó caballos de especialísimas y determinadas circunstancias. En el segundo Tratado satisface cumplidamente á las objeciones que se le habian hecho sobre sus discursos del uso del cabezon, objeciones de que no hay otra noticia anterior ni posterior, á las que Andrada refiere. En la refutacion al anónimo impugnador, demuestra nuestro autor con citas históricas y gran copia de erudicion, la antigüedad de la caballería de la Jineta sobre la de la Brida, y las ventajas inmensas de aquélla, rebatiendo victoriosamente las objeciones y reparos con que aquel pretendia ensalzar la escuela de la Brida y demostrar que educado el caballo en esta escuela, podia fácilmente hacerse á la de la Jineta, cuyas diferencias de enseñanza, enfrenamientos y castigos no eran tan desemejantes como Andrada habia supuesto. Tiene por objeto el tercer Tratado, enseñar á los caballeros mozos los principios y primeros rudimentos de la jinèta para hacerlos grandes hombres de á caballo, y contiene importantísimas reglas sobre la manera de montar, poner al paso, trotar, galopar y correr los caballos; jugar las

cañas y otros diferentes lances, y sobre la lidia de toros. Finalmente, el cuarto Tratado se ocupa de las cualidades que habia de reunir el Maestro de la caballería para hacer los caballos y enseñar á los caballeros, y dice que la causa principal por que lo escribió, fué para que el caballero novel supiera elegir el Maestro y el caballo, y para que la ciudad de Sevilla pudiera dar cumplida respuesta á la pregunta que el Rey le habia hecho, de si los caballeros de ella se ejercitaban á caballo y tenian maestro de quien aprender y caballos en que hacerlo. Propone con este motivo, que se establecieran escuelas públicas de equitacion en las ciudades, nombrando maestros aventajados y revestidos de los conocimientos que enumera; que se nombráran Superintendentes de estas escuelas á uno de los caballeros más calificados en cada ciudad, para que las inspeccionáran y vigiláran la manera con que en ellas se enseñaba; que todos los domingos tuvieran lugar ejercicios públicos, y cada quince dias juegos de cañas, escaramuzas y peleas, los cuales debian favorecer los reyes con su presencia y con premios á los que sobresalieran, como lo hicieron Cárlos V y Felipe II; y por último, que se prohibiera á los caballeros mozos andar en coches, ni en mulas, ni en machos. A la falta de estos poderosos estímulos, á las restrictivas pragmáticas que regian sobre la cria caballar, y á los abusos que se cometian haciendo cubrir las yeguas con caballos viejos, lisiados y de malas condiciones, atribuye la escasez de ellos que habia en Andalucía, la degeneracion de sus famosas razas, y el que los caballeros ignorasen completamente el uso de la jineta y sus importantísimos ejercicios.

XX. *Teorica y exercicios de la Gineta, primores, secretos y advertencias della, con las señales y enfrenamientos de los cauallos, su curacion y beneficio. Por el Governador Don Bernardo de Vargas Machuca. Dirigida á Don Luis Enriquez, Conde de Villaflor, del Habito de Alcantara, Comendador de Cabeça*

el Buey. Con privilegio. En Madrid. Por Diego Flamenco. Año 1619.

En 8.º, 16 hojas preliminares, 200 foliadas y 8 láminas de frenos. (Al fin repite las señas de impresion.)

Entre los preliminares está el escudo de armas del Mecénas, el del autor que tiene debajo un caballero montado á la jineta y armado con lanza y adarga con el lema «*Primor con fuerza*» y una famosa epístola del conde de Villamediana, fechada en Sigüenza á 25 de Diciembre de 1618, que es de suma importancia por las noticias mitológicas é históricas que da del caballo, y más principalmente porque contiene una verderdera biografía del autor, descendiente del famoso Garci-Perez de Vargas, con cuyo auxilio el Rey Don Fernando ganó á Sevilla, y del no ménos esclarecido Don Diego Perez de Vargas, su hermano, que por su notoria valentía alcanzó el renombre de *Machuca*. En esta carta se enumeran todos los importantes servicios que el Don Bernardo prestó en Ultramar, donde aprendió y ejercitó la jineta, como hemos dicho anteriormente.

Esta obra, sin embargo, no es más que la segunda edicion de la publicada en 1600 con el título de *Exercicios de la Gineta*, ampliada con algunas adiciones, tales como los capítulos primero y segundo, que tratan del conocimiento de los caballos y de su enfrenamiento, y el último sobre Albeitería y modo de herrar; estando todos los demas copiados casi literalmente de aquélla.

XXI. *Compendio y Doctrina nueva de la Gineta. Dirigido al Príncipe nuestro Señor Don Felipe Quarto. Por el Gobernador Don Bernardo de Vargas Machuca. Con privilegio. En Madrid. Por Fernando Correa de Montenegro. Año de* 1621.

En 8.º, 4 hojas preliminares y 26 foliadas.

Esta obra no tiene division expresa, pero consta de tres

partes. La primera, que es la Doctrina nueva de la Jineta, comprende una serie de principios generales sobre las cualidades que para su perfeccion han de reunir el caballero y el caballo. Examina en la segunda, las doce partes constituidas en el cuerpo del hombre para el compuesto de la jineta, á saber: el cuerpo en universal, cabeza, ojos, brazo izquierdo y su mano, dedos de la mano, brazo derecho, mano de la lanza, muslos, rodillas, espinillas, los piés y sus dedos, ordenando lo que ha de tener presente respecto de cada una de estas partes, para la armonía y uniformidad que en sus movimientos han de guardar todas; y por último, en la tercera parte comprende las advertencias que corrigen seis descuidos del caballero y seis defectos del caballo, y termina expresando y detallando los movimientos propios y apropiados del caballo.

Como se ve por este ligero resúmen, la obra, á pesar de su corta extension, no carece de importancia; porque enuncia y explica con nuevo método los principios generales de la Jineta y algunos muy especiales, que la larga práctica y conocimientos del autor le habian hecho adquirir.

XXII. *Cavalleriza de Cordova. Autor, Don Alonso Carrillo Lasso, Cavallerizo de ella, del Avito de Sanctiago. Al Escellentissimo Señor Conde Duque Gran Chanciller de las Indias, Cavallerizo Mayor*, &c. (Escudo de armas del Mecenas grabado en cobre.) *Con licencia. En Cordova por Salvador Cear. Año* 1625.

En 4.°, 27 páginas.

Este rarísimo libro, que no existe en la Biblioteca Nacional ni en ninguna otra pública de Madrid, de que tengamos noticia, le hemos visto y consultado en la Biblioteca de S. M. el Rey D. Alfonso XII, merced á la bondadosa amabilidad de su ilustrado y entendido Bibliotecario el Excmo. Sr. D. Ma-

nuel Remon Zarco del Valle, que nos permitió examinarle, así como todos los demas de esta materia que se hallan en aquella rica y escogida Biblioteca.

Consta de once capítulos, cuyos epígrafes copiamos á continuacion, atendida la rareza del libro.

Cap. 1.° Que Virgilio escribió muy bien del caballo.
2.° Prosiguo (*sic*) en declarar á Virgilio.
3.° Del arte de andar á caballo y de su antigüedad.
4.° Cuan estimada ha sido en España la silla de la Brida.
5.° De la raza de los caballos Españoles.
6.° Qué cosa es raza.
7.° De los Padres.
8.° De las Dehesas.
9.° De los Valenzuelas.
10.° De las yeguas extrangeras.
11.° Persuádese el remedio de la Caballeriza.

A pesar de citarse siempre este Tratado entre los libros de Jineta, se ocupa de ella muy ligeramente y sólo para compararla con la caballería de la Brida, á la que da la preferencia, sosteniendo que es más antigua que la Jineta y que ésta no fué verdaderamente ordenada hasta el tiempo de los Reyes Católicos. Afirma tambien, que la raza de los caballos Valenzuelas vino á echar á perder todas las de Córdoba y Andalucía, por el afan con que todos deseaban tener caballos procedentes de ella, los cuales, sin embargo, en opinion de este escritor, eran todos cobardes, de mala intencion y se espantaban de su sombra. Mucho habia degenerado esta raza, á ser ciertas tales afirmaciones, que tan en abierta contradiccion se hallan con lo que veinte años ántes escribia respecto de estos caballos Bañuelos de La Cerda, en el libro que ahora sale á luz por primera vez.

XXIII. *Arte de enfrenar. Del Capitan D. Francisco Perez de Nauarrete, Corregidor y Iusticia mayor de los puertos de Santiago de Guayaquil y Puerto-Viejo en el Pirú. Al Excelentíssimo señor Conde Duque, gran Chanciller,* &c. (Escudo de armas del Mecénas.) *Con privilegio. En Madrid. Por Iuan Gonzalez. Año* 1626.

En 4.°, 4 hojas preliminares, 21 foliadas de texto y 33 con grabados en madera representando frenos y barbadas. En la primera hoja, despues de la portada, hay un escudo de armas que suponemos sean las del autor.

Entre los preliminares hay los dos siguientes sonetos en alabanza del autor:

EL DOCTOR MIRA DE AMESCUA

AL AUTOR.

La antigüedad, ó sabia, ó lisonjera,
A Thesalo nombraba entre sus lares,
Dedicándole en dóricos altares
Imágenes de mármol y de cera;
Porque al bruto veloz en la carrera,
Sujetó á disciplinas militares,
Y á pesar de los montes y los mares,
Volar hizo sin alas á una fiera.
No de otra suerte tú, sabio y valiente,
¡O Thesalo español! leyes impones,
Al caballo feroz inobediente.
¡Qué mucho, si en antárticas regiones,
Con asombros gloriosos del Poniente,
Rindes al yugo bárbaras naciones!

DEL CAPITAN DON FERNANDO HURTADO DE MENDOZA, AL AUTOR.

SONETO.

Con lengua de metal, con voz sonora,
Glorias publique á la inmortal memoria,
La fama Don Francisco de tu historia
Hasta el sagrado reyno de la Aurora.
La envidia gime y avarienta llora,
De tus fatigas premio, dulce gloria,
Muerda su áspid, triunfe tu victoria,
En cuanto gira el sol, en cuanto dora.
Del Bétis hasta el Gánges humillados
A tu industria se ven hijos del viento,
Tan dóciles, domésticos y aspertos,
Que son por racionales reputados;
¡Oh milagroso estudio! ¡oh raro intento!
Pues yerros en tus manos son aciertos.

Tanto en el capítulo que sirve de introduccion, como en los once restantes del texto, se limita el autor á explicar las condiciones de la cabeza, cuello, lomos y piés del caballo, y las de la boca exterior é interiormente, para conocer por ellas el freno que necesita, detallando á la vez varios defectos y vicios que tienen los caballos, originados de su mal enfrenamiento, ó que siendo procedentes de su especial constitucion, pueden sin embargo corregirse con un freno adecuado. En los grabados de frenos, que todo son de la jineta, pone al dorso el nombre técnico de él y la especialidad de la boca del caballo á que ha de aplicarse; aunque sentando ántes como principio general, que debe procurarse excusarto dos los frenos que no sean los llamados comunes, porque de lo que debe preciarse más el caballero, es de enfrenar con el freno más blando que pueda.

XXIV. *Exercicios de la Gineta, al Principe nuestro Señor Don Baltasar Carlos. Por Don Gregorio de Tapia y Salzedo, Caballero de la Orden de Sant-Iago, Procurador de Cortes de la villa de Madrid, y Comissario de los Reynos de Castilla y Leon por su Magestad en la Iunta de la Administracion de los Reales servicios de Millones. Con privilegio. En Madrid: Por Diego Diaz. Año* 1643.

En 4.º, apaisado, 14 hojas preliminares incluso el antifróntis grabado y el retrato del Príncipe Baltasar Cárlos, 116 páginas, 2 hojas de *Tabla*, y 28 estampas.

La anteportada, grabada por Doña María Eugenia Beer, está formada con dos caballos y varios atributos de la Jineta y toros, figurando un escudo en cuyo centro se lee el título de la obra, la dedicatoria y el nombre del autor. A continuacion de la portada se halla el retrato del Príncipe Baltasar Cárlos á la edad de catorce años.

Censuran la obra colmándola de elogios, Don Jose Pellicer de Tovar, Cronista Mayor de su Majestad, y Don Lope de Valenzuela Peralta, veinticuatro de la ciudad de Baeza y y caballerizo de la Reina, con el *ejercicio del sossiego de los caballos de su Magestad.* Entre las alabanzas que este dirige al autor, dice textualmente: «España deberá por lo ménos, á este volúmen pronunciarse agradecida, contra las notas de olvidada al militar beneficio de la jineta, por quien hoy restaurada de asechanzas moras, no sólo vive esenta de su dominio bárbaro, sino asegurada con admirado valor de nuestros españoles en sus fronteras.»

En esta obra, dice el autor en el prólogo, «no se toca en los principios del Arte, por ser desabridos de suyo y excusados por ya notorios; sólo se pretende inclinar los ánimos generosos á este exercicio, de cuya facultad van tocados los primores por mayor.»

Efectivamente, no es este Tratado, como la mayor parte de los que venimos examinando, un libro doctrinal de las reglas y principios de la jineta, pero es un resúmen ó compendio en que están indicados todos ellos, enumeradas y descritas, aunque ligeramente, las armas, arreos, trajes y las diferentes caballerías ó ejercicios que se hacian á la jineta, y es por lo tanto uno de los libros más importantes para apreciar al primer golpe de vista la esencia y particularidades de esta caballería. Tiene ademas este libro la singularísima especialidad, de que todos los ejercicios de la jineta desde la posicion del caballero en la silla, la manera de correr lanzas, torear, jugar las cañas y las cacerías y monterías, se hallen representadas en láminas que sirven de complemento para la perfecta inteligencia de la descripcion que hace de todos ellos, y constituyen por lo tanto un libro único en esta materia, por cuya razon no es de extrañar sea tan apreciado y uno de los más raros.

Contiene ademas un índice bibliográfico de las obras que se habian escrito sobre la jineta anteriormente, y aunque en este índice no se hallan los títulos de las obras completos, ni las expresa todas, ni guarda en las que menciona un órden cronológico, porque omite la fecha de su publicacion, en él, sin embargo, están relacionadas las principales obras de jineta y tres de torear, que tan íntima relacion tienen con las otras, por ejecutarse siempre en la silla de la jineta y con sujecion estricta á sus reglas y doctrina.

XXV. *El Espeio del Cavallero en ambas sillas. Propuesto por Antonio Luis Ribero de Barros, Moço fidalgo de la Casa Real de Portugal, ofrecido al Excelentissimo Señor Duque de Pastrana é Infantado, Mayordomo mayor de su Magestad. Impresso en Madrid. Año de MDCLXXI.* En 4.°, 49 páginas.

Este libro, uno de los últimos de Jineta publicados, es, sin embargo, de extremada rareza. Con afan le habiamos busca-

do en la Biblioteca Nacional, en la de S. M. el Rey y en algunas particulares, y cuando desconfiábamos de poder dar acerca de él más noticia que la que pudiera deducirse de la reproduccion de su portada, le hallamos en la rica y escogida biblioteca del Excmo. Sr. D. Pascual de Gayángos, que con su acostumbrada generosidad, probervial ya, no sólo para sus amigos, sino para todos los aficionados á libros raros, nos lo ofreció y entregó espontáneamente para examinarle.

Dilucídanse en este breve Tratado las tres cuestiones siguientes: 1.ª En qué silla convendrá poner primeramente á caballo á su Majestad (el Rey D. Carlos II), si en la de la brida ó en la de la jineta. 2.ª Cuál de las dos sillas conviene más á su monarquía y á las preheminencias de ella. 3.ª Cómo saldrá mejor hombre de á caballo en ambas sillas, si empezando por la de la brida ó por la de la jineta. Decidido partidario el autor, de la jineta, resuelve las tres en favor de ella, empleando, al efecto, una especie de argumentacion escolástica, en que cita textos de filósofos y poetas clásicos, de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres.

El resto del libro, en el cual reina el mismo lenguaje oscuro y confuso, contiene diversas consideraciones sobre la manera de jugar las cañas; dos romances, alusivo el primero á un juego de cañas, *hablando con los pensamientos no entrando la persona en la Plaça*, y el segundo á una fiesta proyectada por el autor, pero que no llegó á celebrarse, para festejar al Rey en la *Priora*; un soneto que afirma, entregó al Rey por haberse dignado verle á caballo en la silla de la brida y en la de la jineta, y por último un discurso que lleva el siguiente epígrafe: «*La gala de la Mortaja, aprehension discursiva que tiene por assunto una singular empressa á la qual se entra con un geroglífico que dice:*

«La virtud de la Prudencia,
A sus dos pechos unidos
Tiene dos hijos queridos,
Ambos con mucha decencia.»

Confesamos ingenuamente que este discurso es todo él un verdadero jeroglífio, cuyo sentido y objeto no hemos acertado á comprender, porque se hallan en él las citas y textos de la Sagrada Escritura, de San Pablo, y otras várias consideraciones, filosóficas, sagradas y profanas, formando un laberinto tal que su lectura se hace pesada é indigesta en demasía. No pudo ser mayor el desencanto que el tal libro, con tanto afan buscado, nos produjo, y así, aunque le consideramos de no escaso valer por su rareza, creemos firmemente que ni la historia de la jineta, ni mucho ménos la literatura, pierden nada porque sea tan poco conocido; y por si acaso este juicio nuestro no fuera acertado, sometemos al más competente de nuestros lectores, el siguiente soneto con que termina el libro:

A LA DAMA DE EL GEROGLIFICO.

SONETO.

Alma de Luces, Antorcha de la suerte,
Farol brillante, Guiador del Cielo,
Que siendo hija del Mayor Desvelo,
Dama y Madre, siempre has sido fuerte.
Espejo de Cristal, que bien advierte
La gala de acertar el mayor duelo,
Dejando tu esplendor grande consuelo,
Al que vive esperando honrada muerte.
Si eres Dama en beldad resplandeciente,
Y á tus pechos nos muestras dos queridos,
Sea tu fuerza en mí, tan excelente,
Que siendo mis afectos advertidos,
Viviendo por morir como prudente,
Den Gala á la Mortaja, en Dios unidos.

XXVI. *Palestra particular de los exercicios del Cauallo; sus propiedades y estilo de Torear y jugar las Cañas; con otras*

diferentes demonstraciones de la Caualleria Politica. Por Don Andres Davila y Heredia, Señor de la Garena, Capitan de Cauallos, Ingeniero Militar por su Magestad. Dedicado al Señor Don Pedro Fernandez de Campo, Caualllero de la Orden de Santiago, del Consejo de su Magestad y de su Camara de Indias y Secretario del universal Despacho. En Valencia por Benito Macé. Año de 1674. En 8.º, ocho hojas preliminares, 123 foliadas y una para repetir las señas de impresion.

Empieza el prólogo de esta obra lamentándose el autor del olvido en que estaba la caballería de la jineta, que tan importante y cultivada habia sido para el ejercicio militar y para la gala y gentileza de los caballeros, y sostiene que no obstante los buenos efectos de la caballería de la brida, la de la jineta es el principal fundamento del arte de andar á caballo, porque en su silla adquieren los hombres habilidad para las dos, y agilidad y desenvoltura para la guerra, por requerir ménos armas esta caballería. Atribuye á la jineta el que los reyes de España hubieran logrado ampliar sus Estados; afirma que debia ser honrada por la nobleza que mediante ella habian alcanzado y conservado los honores de que gozan; y termina diciendo que hacía este Tratado por lo poco que se habia escrito de esta materia y para ocasionar su ejercicio.

El texto de la obra se halla dividido en párrafos con sus correspondientes epígrafes, hablando en el primero de los juegos de los romanos y del orígen, más mitológico que histórico, del caballo y del toro. En la *Observacion del caballero*, explica la manera de montar á caballo, posicion del jinete, modos de batir, etc., y dice que la observancia de todas estas reglas se ejecutó cumplidamente en las fiestas que tuvieron lugar en Bruselas, en las Carnestolendas 4 y 5 de Febrero de 1636, celebradas en honor del infante cardenal de España, por el Duque de Lorena y otros varios señores, cuyas fiestas refiere extensamente insertando los carteles de desafíos, li-

breas, versos, armas, etc., que mediaron y ostentaron los mantenedores.

Las várias suertes de torear, los juegos de cañas y lanzas, la manera de combatir y la de remediar los vicios y defectos de los caballos, son objeto del resto de esta obra, que sería importahte y digna de aprecio si no estuviera escrita en el estilo ampuloso y confuso que, con ligeras excepciones, resalta en todas las que vieron la luz pública en el desgraciado é infausto reinado de Carlos II.

XXVII. *Segunda parte de la Jineta que a escritto un yjo de la ciudad de Sevilla. Declara en ella algunas observaciones necesarias y provechosas.* 1680.

Tercera parte de la Gineta que a escritto un yjo de la ciudad de Sevilla. Declara la eleccion de pottros y el modo de acerlos así para sacarlos echos cavallos, como para acerlos rocines para el rey n.ro Señor que Dios g.de y tambien ottras preuenciones necessarias para la buena orden que debe ttener en reconocer los picadores y cuidar las razas de los cavallos. Año 1681.

Las dos partes forman un tomo en 4.°, manuscrito, existente en la Biblioteca Colombina (H. H. H. 332-13). La segunda parte tiene tres hojas de preliminares y 125 foliadas, y la tercera cuatro hojas de preliminares, 46 foliadas y 2 con la censura de D. Pedro Cepeda y Lira, caballero de la Orden de Calatrava, Comendador de Indias por su Majestad, fechada en Madrid á 13 de Setiembre de 1681; y la licencia para su impresion y venta dada por D. Antonio Pascual, vecino de Madrid, en la misma fecha.

De este manuscrito posee una copia á plana y renglon el Sr. Cortés Llanos, la cual hemos examinado aunque ligeramente; y dél mismo aparece, que la primera parte se escribió en 1678, pero las investigaciones hechas por el Sr. Cortés para hallarla y saber si llegó á publicarse, así como para

adquirir alguna noticia referente á su anónimo autor, han sido hasta hoy completamente infructuosas. Las razones que tuvo este desconocido sevillano para escribir estos tratados, las manifiesta en el prólogo de la segunda parte, y las copiamos literalmente, porque no dejan de tener cierta gracia, propia de los naturales de aquel país privilegiado. «*Muéveme*, dice, *á este cingular motivo por cer ttan ymporttante la cavallería de la jinetta, ací para los regocijos y adornos de las plazas como para el lucimientto de el valor y primor de los cavalleros, á quien ttoca por derecho natural y pocittivo ttenerla muy practticada, sabida y esttudiada, y no llena de abusos, herrores y descuidos; y el dia que ce les ceñala para el lucimientto ce les conviertte en manifesttarlos desluziendo en ellos el berdadero orígen de estta gran cavallería; pues ella fué el dueño de nuestra Battalla, logrando las vittorias de los ttiranos con su esclarecido poder y jeneroso animo de los cavallos españoles, pues solo ellos convidan á aficion y codicia de ttan justta gloria.*»

Como no ha de ser muy fácil á la mayor parte de nuestros lectores poder examinar este manuscrito, que no deja de tener algunas materias especiales que no tratan otros autores, ponemos tambien á continuacion la tabla de sus capítulos, porque dan una idea, aunque superficial y ligera, de los objetos que abraza.

TABLA DE LOS CAPÍTULOS DE LA SEGUNDA PARTE.

TABLA DE LOS CAPÍTULOS DE LA TERCERA PARTE.

XXVIII. *Libro Cuarto de la Jinetta, que a escritto un yjo de la ciudad de Seuilla. Año de* 1693.

Manuscrito en 4.°, de 294 hojas útiles, con cincuenta y cinco capítulos y siete láminas de frenos hechas á pluma, que se hallan dobladas por ser de mayor tamaño.

Existe este curioso Tratado en la biblioteca del noble descendiente del Gran Almirante de Castilla, el Excmo. Sr. Duque de Veragua, á cuya amabilidad y distinguida cortesanía hemos debido que nos permita examinarle y la adquisicion de las noticias que acerca de él vamos á trasmitir.

El objeto principal que se propuso su autor, segun manifiesta en el prólogo que ocupa la primera hoja, fué el de ampliar algunos capítulos que habia conocido estar escasos en la primera, segunda y tercera parte de su obra, así que en los epígrafes de muchos capítulos de esta cuarta parte, hace referencia, como se verá, á otros de las tres partes anteriores. Añade, que su aficion por este arte y su deseo de alentar á otros para que resucitára de la *mortalidad* que padecia, le habian servido de estímulo para su obra, y no una vana presuncion, como lo demostraba el haber ocultado su nombre, sin embargo de haberlo descubierto los caballos que habian salido de sus manos. No obstante estas palabras, las investigaciones hechas en Sevilla, como ya hemos dicho, no han logrado descubrir el nombre de este distinguido maestro.

Ademas de esta ampliacion de las tres partes anteriores, contiene en la cuarta otros capítulos que tratan de otras diversas materias, como podrá verse por el índice de ellos que ponemos á continuacion:

Cap. I.—Que trata de los brazos trascorbos, zambos y estobados y de las piernas mal formadas. Toca este capítulo al 3.°, parte 1.ª
Cap. II.—Que trata de los caballos que no saben salir de los piés,

ni meterlos, ni saben galopar, y este medio toca al cap. 5.° de la 1.ª parte.

Cap. III.—Que trata de la doctrina de la aldabilla, y toca al capítulo 6.°, parte 1.ª

Cap. IV.—Que trata que hay caballos que para enfrenarlos no sólo es preciso enfrenarles la boca, sino la condicion y rudeza. Toca al cap. 13, parte 1.ª

Cap. V.—Que trata que hay caballos que necesitan enfrenar la boca, condicion y fuerza. Toca al cap. 13, parte 1.ª

Cap. VI.—Que trata que hay caballos que necesitan enfrenar la boca, la condicion y la falta de fuerza á donde se les reconoce la falta. Toca al cap. 13, parte 1.ª

Cap. VII.—Que trata cómo se remedian los caballos estragados. Toca al cap. 13, parte 1.ª

Cap. VIII.—Que trata de los caballos de ligereza, viveza y condicion, que son reputados de fuerza y no tenerla. Toca al capítulo 13, parte 1.ª

Cap. IX.—Que trata que hay caballos flojos, que por no haberlos desenvuelto no manifiestan la fuerza. Toca al capítulo 13, parte 1.ª

Cap. X.—Que trata que hay caballos que del poyo salen enfrenados, y otros cuestan muchos dias y meses. Toca al capítulo 13, parte 1.ª

Cap. XI.—Que trata de la declaracion de seis géneros de frenos y el modo de usar de ellos para enfrenar con brevedad y acierto. Toca al cap. 13, parte 1.ª

Cap. XII.—Que trata que hay caballos que salen del poyo levantando el lomo, denotando mucha fuerza en él. Toca al capítulo 13, parte 1.ª

Cap. XIII.—Que trata que hay caballos que salen del poyo allanándosedel lomo. Toca al cap. 13, parte 1.ª

Cap. XIV.—Que trata que hay caballos, que dan recio con el huello de las manos y son airosos de brazos, y no tienen fuerza en ellos. Toca al cap. 13, parte 1.ª

Cap. XV.—Que trata que hay caballos que por demasiado sobrados no se pueden enfrenar, y hacen de mala gana la obra. Toca al cap. 13, parte 1.ª

XXIX. *Pintura de un Potro, por donde se conocerá en las hechuras, la fuerza, y señales y pruebas que dél se hiccieren, la hermosura y bondades que a de tener, y se pintará, como se quiere que sea mui perfecto, y asimismo las malas hechuras y señales de que se a de huir.*

Ms. en 4.º, de 76 hojas útiles, existente en la Biblioteca del Excmo. Sr. Duque de Osuna.

Este es el segundo Tratado de este volúmen, el cual sale hoy por primera vez á luz, segun hemos dicho.

XXX. *Libro nuevo, Bueltas de escaramuza de gala, á la Gineta, compuestas por Don Bruno Joseph de Morla Melgarejo, Señor de la Alcazar y torre de Melgarejo. Practicadas en la Plaza de la muy noble y muy leal ciudad de Jerez de la Frontera, por sus Diputados, siendolo Don Phelipe Antonio Zarfana Espínola, Veinte y quatro del Numero de ella, y su Alcaide en la Fortaleza y Castillo de Tempúl, Alguacil Mayor del Santo Oficio de la Inquisicion: y Don Martin Fernando de Torres y Villavicencio, asimismo Veinte y quatro del Numero de la dicha ciudad y demas Nobleza, hasta el de 25 Cavalleres. Dedicado al Serenissimo señor Don Phelipe, Infante de España* &c. *Impreso en el Puerto de Santa Maria en la Imprenta de los Gomez, en la calle de la Luna.* (La dedicatoria está firmada en Jerez á 20 de Junio de 1738.)

En 4.º, 102 páginas, con una lámina que representa á un caballero montado á la jineta, 17 láminas explicativas de la primera escaramuza, 16 de la segunda y 20 de la tercera.

La primera escaramuza, denominada *Vueltas de la Cruz*, se ejecutó, como se dice en la portada, en la plaza de Jerez, por 25 caballeros de su nobleza, y habiéndola escrito el inventor y actor á la vez, Morla Melgarejo, para no fiarla á la

memoria, acompañándola de dibujos como complemento de la explicacion, escribió al mismo tiempo la segunda escaramuza, á la que da el nombre de *Vueltas del Ramillete*, adornándola tambien con los dibujos adecuados, y la cual añade formó *sobre el pié antiguo de nuestra entrada Xerezana*; y por último la tercera discurrida tambien por él mismo y designada con la denominacion de *Vueltas de la Catalineta*, la cual habia de practicarse en el tercer dia de Carnestolendas; pero no aparece si llegó á verificarse, á pesar de tener como las dos anteriores las estampas explicativas.

En el discurso de la obra están las vueltas y evoluciones que constituyen las tres escaramuzas, tan clara, detenida y minuciosamente explicadas, que podrian practicarse fácilmente en todas ocasiones con sólo ejecutar con exactitud los diferentes movimientos é instrucciones que expresa; y como ademas las láminas, que son planos cuadrados ó circulares donde se hallan marcados con líneas la direccion que se ha de seguir en los movimientos y vueltas, completan la explicacion; la lectura de este libro, aunque árida y poco amena, da una idea exacta y acabada de lo que eran estas fiestas, que se hacian siempre á la jineta, que tanta boga alcanzaron, y que de tanta importancia fueron, en los remotos tiempos en que el ejercicio de las armas y la caballería eran la única ocupacion de nuestra nobleza, la cual prestó tan relevantes servicios á España, aunque no siempre, por desgracia, ejercitó su aficion á las armas y á la guerra para combatir invasores y enemigos extrajeros.

La primera lámina, colocada generalmente despues de la dedicatoria, es curiosísima, porque demuestra la posicion del caballero montado á la jineta, la silla y arreos del caballo correspondientes á ella, el traje usual del caballero, y *la manera de sacar el brazo con la rienda*, á que tanta importancia se da en todas las obras de Jineta.

LIBROS PORTUGUESES DE JINETA.

I. *Leal conselheiro, o qual fez Dom Duarte Pela graça de Deos Rei de Portugal e do Algarve; e Senhor de Ceuta, A requerimiento da muito escellente Rainha Dona Leonor sua mulher; seguido do libro da ensinanza de bem cavalgar toda sella, Que fez o mesmo Rei o qual començou em sendo Infante, precedido d' uma introducçao illustrado con varias notas.... Fielmente trasladado do manuscritto contemporaneo que se conserva na bibliotheca real de Paris, revisto, addicionado com notas philologicas e um glossario das palabras e phrases antiquadas é obseletas que nelle se encontrao, e impresso a custa de J. I. Roquete. Pariz, Fain e Thunot, MDCCCXLII.*

4.° mayor. Con un facsímile.

No hemos podido ver esta edicion, que mencionamos copiándola del Catálogo de Salvá, y no podemos por lo tanto afirmar si es, como nos inclinamos á creer, en un todo conforme con la segunda que ponemos á continuacion, y que hemos examinado, merced á la exquisita amabilidad del Sr. Gayángos, cuya biblioteca es la tabla salvadora donde casi siempre libran sus contrariedades y satisfacen sus investigaciones, los aficionados á libros.

II. *Leal Conselheiro é livro da ensinança de Ben cavalgar toda sella, escritos pelo Senhor Dom Duarte, Rei de Portugal é do Algarve e senhor de Ceuta. Fielmente copiados do manuscrito da Bibliottheca de Paris. Lisboa. Na Typographia Rollandiana.* 1843.

En 4.°, cinco hojas preliminares incluso el fróntis, 336 páginas el *Leal Conselheiro* y 118 páginas el *Tractado de Ensinança de ben cabalgar.*

Este libro, que á pesar de su remota antigüedad era completamente desconocido, hasta que se halló en la Biblioteca Real de París el códice escrito en pergamino con letra gótica, cuya publicacion se hizo por primera vez en la edicion que hemos reseñado ántes, consta de dos partes.

De la primera, puramente ascética y filosófica, no hay para que ocuparnos ahora.

La segunda parte es un Tratado de Equitacion, en el cual se enumeran con gran extension, entre otras muchas materias que sería prolijo é inútil relacionar aquí, todas las ventajas que resultan de ser buen hombre de á caballo, así en la paz como en la guerra; las reglas que se deben seguir para conseguirlo; las diferentes clases de sillas, frenos, espuelas, etc.; la diversa manera de montar segun la silla que se use, entre las cuales describe perfectamente la de la jineta; y finalmente, los modos de pelear ó justar con lanza y espada; dando su regio autor en diferentes pasajes como razon ó motivo de escribir aquel libro, el poco uso que, con gran pesar suyo, se hacía de la caballería, que tanto se habia ejercitado ántes, y su deseo de que no quedase en el olvido lo que habia aprendido y visto practicar, sino que sirviera de estímulo y enseñanza á sus caballeros y vasallos.

III. *Tratado da Gineta, ordenado das respostas, que hú cavaleiro de muita experiencia deu á 24 perguntas que certo curioso lhe mandou propor. Ao Excellentissimo Senhor Dom Ioaõ II, Duque de Barcelos. Con todas as licenças necessarias. Lisboa. Por Pedro Craesbeeck. Impressor del Rey. Anno* 1629.

En 8.°, ocho hojas preliminares, 69 foliadas, dos de índice y una con la fe de erratas.

El autor de este libro, segun dice Inocencio Francisco de Silva en su Diccionario Bibliográfico Portugués, fué Fray Pedro Gallego, natural de la villa de Portel en el Alentejo,

que despues de haber militado en Africa como soldado por espàcio de veinticuatro años, resolvió abandonar el mundo y tomó el hábito de San Francisco. Cuando se publicó este libro vestia ya su autor el hábito religioso y no quiso por esta causa poner su nombre al frente de él.

Para exponer su doctrina, fija las veinticuatro preguntas que supone le hizo cierto interlocutor desconocido, y al contestar á ellas empieza por determinar las condiciones en que los caballos aventajan á los demas animales; se ocupa despues de las señales, manchas y colores que indican mayor perfeccion en los potros; de la manera de educarlos y cuidarlos; de las sillas, frenos, estribos y demas arreos del caballo; y por último, del modo de pasar la carrera con lanza y adarga, de jugar las cañas, de torear, y de las monterías á caballo. Dos capítulos especiales tiene este curioso librito; uno es el de las condiciones y cualidades que han de tener los caballos para la guerra de Africa, y el otro es referente á los juegos de los patos, estafermo y argolla ó sortija, que generalmente no se hacian á la jineta, sino á la brida.

IV. *Tratado da caualaria da Gineta, com a Doctrina dos melhores authores. Dedicado ao Serenessimo Principe de Portugal Dom Pedro Nosso Senhor, Pello Capitaõ Francisco Pinto Pacheco, Cavaleiro Fidalgo da Casa de S. Alteza* &c. *professo da Ordem de Christo.* (Escudo de armas Reales.) *Lisboa. Na Officina de Ioam da Costa MDCLXX. Con todas as licenças necessarias.*

En 4.°, ocho hojas preliminares, 206 de texto y la *Tabla* ó índice de capítulos. El texto termina con un grabado en madera que representa el estribo, borceguí, espada, espuela y rejon; y tiene ademas otros con la figura de los cascos del caballo, y otro con la de éste solamente.

La primera parte de este libro está dedicada principalmente

á exponer todo cuanto se refiere al caballo, desde su generacion ó nacimiento, sus condiciones y modos de alimentarlos y enseñarlos. Se ocupa tambien de su enfrenamiento y de su especial educacion para la jineta. En los últimos capítulos de esta primera parte trata de la enseñanza del caballo, de los trotes, galopes y manera de pasar la carrera con capa, lanza y adarga, y la de jugar las cañas y la sortija, que por lo visto en Portugal se hacía tambien á la jineta. La segunda parte del libro tiene por objeto el arte y destreza de torear, y explica detenidamente la manera de ejecutarlo con la garrocha, á ancas vueltas y al estribo, y los casos en que el caballero está obligado á acometer al toro á cuchilladas.

De este libro tiene el Sr. Cortés una traduccion manuscrita, que se cree sea la única, hecha en Madrid en 1678, por Don Juan Suarez de Somoza y Torres, primo del autor.

V. *Arte da cavallaria de Gineta é estardiota bom primor de ferrar &. Alveitería. Dividida em tres tratados que contem varios discursos & experiencias nouas desta arte. Dedicada ao serenissimo Principe de Portugal D. Pedro N. S. Filho do Senhor Rey D. Ioam o IV, de Portugal de gloriosa & faudosa memoria. Composta por Antonio Galvam d' Andrade, fidalgo de sua Caza, & seu Estribeiro, Comendador das Comendas de San-Tiago d' Ore & de N. Senhora da Charidade, ambas da Ordem de N. Senhor Iesus Chisto, natural de Villa-Viçoza.* (Escudo de armas Reales.) *Lisboa. Na officina de Joam da Costa. MDCLXXVII. Com todas as licenças necessarias.*

En fólio, nueve hojas de preliminares; incluso el retrato del autor, á la edad de 65 años, colocado en medio de un escudo formado con otros de blasones y atributos de la Caballería, 605 páginas y 17 láminas, representando frenos, armas y posturas de los caballeros á la jineta.

Este libro, el más extenso y detallado de todos los relacionados, especialmente en el Tratado de la Jineta, á la cual dedica 89 capítulos que ocupan las dos terceras partes de su volúmen, trata esta materia con tal detenimiento, que empezando por un capítulo cuyo objeto es probar que de todos los animales creados por Dios, el caballo es el más parecido al hombre, no hay asunto alguno de los que contienen los demas libros de Jineta que no se halle en éste largamente explicado. Los arreos y aderezos de los caballos, los trajes que debian usar los caballeros, y la manera de ejecutar los diferentes ejercicios que se hacian en la silla de la jineta, incluso la lidia de toros y las monterías, tienen en este libro capítulos especiales y prolijos; pero no se limita á esto sólo, sino que hay algunas suertes de agilidad y destreza que únicamente Tapia y Salcezo indica, y que tienen en éste detenida explicacion. Tales son; la manera de poner el pié en tierra marchando el caballo á la carrera; la de coger al mismo aire un pañuelo del suelo; pasarse de una silla á otra corriendo dos caballos á la vez; correr con la cabeza puesta en la silla y los piés arriba; defenderse con quiebros del cuerpo, estando desarmado, de las acometidas del contrario, y otras infinitas prevenciones y remedios para las contingencias que con frecuencia ocurren hallándose á caballo.

En el Tratado tercero se ocupa de la Albeitería y manera de herrar, y lo hace tambien con tanta prolijidad, que ademas de consignar los medios de que se han de valer para herrar los caballos, curar los cuartos, esparavanes y otras enfermedades, y las precauciones que han de usar para castrarlos, añade con frecuencia á todas las reglas que da, sus propias observaciones y experimentos, que debian ser numerosas é importantes, atendiendo á que, segun confiesa en el Prólogo, ejercitó la equitacion desde la edad de siete años hasta la de sesenta y cinco, siendo Picador ó Jefe de la caballeriza al servicio de los reyes de Portugal Don Juan IV, y Don Alonso VI, y de los príncipes Don Teodosio y Don Pedro.

Hemos terminado nuestro trabajo, acaso con más laboriosidad y buen deseo, que con lisonjero éxito. No nos halaga la vana presuncion, de que nuestras investigaciones sean todo lo completas que hubiéramos deseado, ni tan luminosas como la importante materia que nos ha ocupado requería; pero nos queda la legítima satisfaccion de no haber omitido medio ni diligencia para dar á nuestros lectores cuantas noticias y datos hemos podido adquirir de la Jineta, y sobre todo, compensa con exceso y es sobrado galardon de nuestras tareas, haber dado á la imprenta dos importantes manuscritos que muy pocas personas conocian, cumpliendo dignamente de este modo el fin y objeto de esta Sociedad, que tan gráficamente explica el lema de su escudo, «*Ne majorum scripta pereant.*»

Madrid, 15 *de Marzo de* 1877.

José Antonio de Balenchana.



LIBRO.
DE LA GINETA

i deçendencia de
los Cauallos guz
manes Que por
otro nombre se
llaman balençue
las.

Compuesto.

por Don luis de ba
ñuelos. i de la çerda.
Veçino i natural de
Cordoua. MDC.V.

Carta dedicatoria.

A Don Fernando Carrillo Muñiz de Godoy, Cauallero de la órden de Santiago y de los consejos de Justicia y Cámara del Rey nuestro Señor.

La afiçion é inclinaçion que la naturaleza puso en mí á los cauallos y á la gineta, eredada de padres y agüelos, me a obligado, visto el poco vso que della ay en el Andalucia y particularmente en Cordoua, donde á auido siempre hombres tan señalados en esta profesion como en letras y miliçia y en las demás facultades como nos lo muestran las ystorias antiguas y modernas, á desear no se acaue de todo punto cosa que tanto importa y necesaria es al seruicio de Dios y de su magestad. Este çelo me ha mouido á escreuir estos documentos para sólo el prouecho della y para que tengan el fin que deseo, me pareció dirigillos á vmd. que, como hijo y natural de Cordoua y de padres tan insignes en esta facultad, tendrá vmd. obligaçion de fauorecer este partido quando no vbiere en vmd. tantas de sangre y deudo que obligáran á vmd. á tomar esta causa por tan suya. Suplico á vmd., por las causas referidas, los fauoresca y onrre para que salgan á luz, que fauoresçiéndolos vmd., con sólo esto tendrán el fin que pretendo. Dios guarde á vmd. con el augmento de estados que puede i yo deseo, en Cordoua 12 *de Agosto de* 1605.

Don Luis de Vañuelos
y de la Cerda.

PRÓLOGO.

Considerando la gran caida que oy tiene la gineta y quan desvsada y poco exercitada que está, principalmente en el Andalucía donde estaua tan en su punto y tan exercitada, y como modelo y dechado, acudian de las demas prouincias de España á aprender y á sacar maestros para que con perfeccion les mostrasen aquel exercicio y oficio propiamente de príncipes y caualleros y de ciudadanos honrados. Viéndola tan caida me mobió, aunque yncapaz de tratar de cosa que tantos y tan grandes hombres de á cavallo han escripto tantos libros y reglas, por las quales, sin más Maestros, quien quisiere considerallas y exercitallas, podian con solas ellas ser perfectísimos en la gineta, me pareció, mobido del solo deseo que tengo de que de todo punto no se acaue cosa que tanto importa á la nobleça española, decir algunas reglas por las quales la gente moça comience este exercicio con principios tan dóciles y suabes que los puedan entender sin dificultad y salir muy aprouechados, que es lo que se pretende con el mucho vso y exercicio, que sin éste, poco aprovecháran maestros ni documentos; y sigun oy corren las cosas, creo, dentro de muy pocos años, no habia en España ningun maestro, que con el poco vso los de esta era no lo podrán ser, y con el tiempo los de las pasadas se uan acauando. Así, será menester acudir al nuevo mundo por ellos, que con el mal trato que en España

se a hecho á la gineta, de todo punto se a desnaturaliçado della y se a ydo á la Nueva España y á lo demas descubierto, donde la an abraçado y estimado, como oy nos muestra la larga experiencia que desto tenemos y los grandes hombres de á cauallo que de allá vienen. Las raçones que tuvo para yrse de nosotros fueron tan grandes, como se echará de ver considerada, pues no ay ninguno á quien no toque parte de culpa deste destierro, y no fué la de menor yncombeniente exentar los contiosos del Andalucía, que como lo eran tantos y la gente más rica de los lugares, como son mercaderes, labradores y tratantes, no sólo tenian los caballos de la contía, sino otros muchos, porque desto tenian grangería y desta manera habia tantos cauallos entre esta gente y tantos xaeçes, que hacian ellos entre año muy gentiles fiestas y auia algunos muy grandes hombres de á cauallo. Oy, con la exempcion no hay hombres dellos que tenga cauallo ni sepa andar en él. Los que oy son contiosos compran un triste rocin para el dia de la muestra, y luégo que pasa, le dan á vn harruquero para que acarree trigo con él. Tambien la permision de la summa de coches tienen su parte de culpa, que abiéndose permitido por comodidad de las damas, ya no ay galan ni cortesano que su principal cauallo no sea vn coche dias muy públicos y fiestas muy celebradas, donde se desempedrauan las calles á carreras. Ase asentado esta comodidad de manera, que los hombres públicos como Alcaldes de Córte y Corregidores, que auian de andar en sus cauallos, así para ber desde ellos los delinquentes como las cosas mal hechas para remediallas y para con su presencia atemoriçar y asombrar á quantos topasen, aora andan en coches lleuándoles los criados las varas, y quando escapan de coches, toman vna silla de cortinas, cosa que en España no se pensó auer que hombre della vsase tal caualleria. Yo oí contar y alcançé algunos viejos de ochenta años y más, andar á la gineta con sus borceguíes y espuelas, y mi bisabuelo Hernan Mexía de la Cerda y mi abuelo Luis Mexía de la Cerda, de nouenta años, andauan á caça de halco-

nes á la gineta, y así fueron la prima dello en aquel tiempo y nunca anduvieron en otra silla sino de la gineta y con sus borceguíes y espuelas siempre que salian de su casa, vergüença de los moços de este tiempo.

Pues las damas no son las que menor daño an hecho á la gineta, ni las que tienen ménos culpa del destierro della. Solian servirse y estar muy pagadas con tener vn galan muy hombre de á cauallo que mejor suerte hiciese con los toros, que mejor ayre lleuase en la silla, que mejor sacase el braço, y en fin, el que más nombre de á cauallo tubiese: á este tal fauorecian y le querian, y desto se pagauan dándose por muy servidas con el toro, con la suerte, con la carrera, con el juego de cañas. Con éste los galanes se exercitauan procurándose auentajar vnos de otros, en ser mejores hombres de á cauallo, para ser más favorecidos de las damas que los demas; pero oy si vno es más hombre de á cauallo que el Conde de Alcaudete, Don Martin de Cordoua, el que se perdió en Mostagan, y más toreador que Don Pedro Ponce de Leon, el de Sevilla, y más lindo que Narciso y el más galan del mundo y más valiente que el Cid Rui Diaz, y sirva á vna dama y tenga otro competidor que sea más feo que el enano de Amadis, si éste tal da dinero, a de ser el fauorecido, el amado y querido, porque ya está todo reducido á vna tercera y á vn buen concierto de dinero, sin reparar en las personas, avilidades ni gentileças. Acuérdome de vn amigo mio, muy grande hombre de á cauallo: servia á vna dama muy hermosa y de gente muy honrada y rica: servíala con fiestas y carreras en su calle y lleuándole muchos toros con cuerda, en que hacía muchas suertes muy buenas en su servicio: tenía vn cauallo excelentísimo para aquel propósito, trataron de comprársele y dáuanle por él quatrocientos escudos, él no le quiso bender respecto de su dama y hacer en su servicio mill suertes en los toros. La dama lo supo y embió á decir, que si por servilla hacía todas aquellas suertes en los toros abenturando su cauallo que era tan bueno, que más le serviria con que lo ben-

diese y le imbiase aquellos quatrocientos escudos que le dauan por él, que con este servicio y medio allanaria más fácilmente las dificultades que auia para verse con ella, que no quebrando cañas en cuernos de toros. Tambien las justicias tienen mucha parte de culpa en el destierro de la xineta con evitar no se lidien toros con cuerdas por las calles ó en las argollas, que para esto están diputadas, que con esta golosina de los toros animaua á todos á subir á la gineta, de donde se sacaua muy gran prouecho; y así su Santidad de Pío quinto, quando quitó el lidiarse los toros por los justos respetos que le mobieron, visto los daños é incombenientes que á España le venian en raçon de perderse la gineta, suspendió su mandato y dió licencia para que en España se lidiasen, con que no fuese en dia de fiesta. Con todas las cosas dichas y otras más que dexo de decir por la prolixidad, está oy la gineta de España y tan oluidada, que no ay hombre moço en ella que sepa ensillar vn caballo á la gineta ni conocer por sus nombres las pieças de vn xaéz. Tampoco sauen andar á la brida con el poco vso que de todo tienen, que casi todos andan tan largos que traen los estribos en los piés, auiendo de traer los piés en los estribos para yr fuertes y ayrosos. Llegó este desconcierto á que el Padre Maestro Fray Agustin Saluçio, de la órden de Santo Domingo, en un sermon, reprehendió á los caualleros de Cordoua el poco exercicio que tenian de la gineta, auiendo con ella ganado y apoyado la antigüedad de su sangre y la nobleça della defendiendo la fee de Jesuchristo y sirviendo á sus reyes, que aora no tratauan de imitar á sus abuelos sino á los ahorcados andando á la brida con las piernas tan largas, que á penas alcanzauan con las puntas de los piés á los estribos.

Tambien el auerse hecho cuerpo de hacienda los cauallos a tenido su parte de culpa: compra vn cauallero vn rocin, péynalo y engórdalo, y al cauo es un rocin gordo y bien curado, y lo estima en quinientos ducados, y si sube oy en él lo dexa holgar dos dias, y quando sube en él es á la brida, porque no tenga ocasion de correlle, y assi el dia de la ocasion

ni el cauallo ni el cauallero sauen lo que an de hacer, y pues la culpa deste destierro de la gineta es generalmente de todos y el daño á todos tan manifiesto, principalmente á la gente noble, pues esa que es su oficio y exercicio sería muy justo se le alçase el destierro y no se tratase de otra cosa sino de dalle tambien ospedaxe y acogida, que se boluiese á auecindar de suerte que no se fuese xamas, procurando cada vno ser la prima y maestro de muchos, abiendo alcançado este nombre por los hechos y no por sólo su parecer y opinion. La mucha que tienen en todo el mundo los cauallos guzmanes, que por otro nombre se llaman Manriques y Valençuelas, me a hecho sauer su orígen y raça de raíz con mucho cuidado y no sin falta de trabaxo, para escrivillo en este libro y que los curiosos lo sepan y estimen en mucho más estos cauallos de aquí adelante. Tambien diré la manera de criar los potros desta raça y la doctrina que se les a de dar, que conforme á sus condiciones es muy necesario guardar en todo la órden que aquí pondré, que quien los vbiere criado y no a ydo por este camino, sino por el hordinario de los demas, verá quanta raçon es la que digo y quán manifiesta verdad.

CAPÍTULO PRIMERO.

De la raça y deçendencia de los cauallos Guzmanes, que por otro nombre se llaman Valençuelas.

Los cauallos Guzmanes, que oy se llaman Valençuelas, son conocidos y estimados en todo el mundo, y con muy gran raçon, porque ningunos ay que merezcan el nombre de cauallos sino son ellos por las calidades y particularidades que tienen más que los otros: en lo que es talle, lindeça de cuello, pechos, cara, ojos, caderas y cauello son aventajadísimos á los demas. Lo que es correr y parar no ay comparacion, porque todos los de esta casta apurada lo hacen por extremo: son cauallos que nunca son viejos, que quando cierran, que suelen todos los cauallos del mundo perder, porque en cerrando comiençan á dexar, ellos comiençan entónces á ser cauallos, que hasta aquella edad son potros, y así duran veintiquatro años y más, de muy buen servicio; son cauallos que jamas pierden el huello que cada vno saca de su nacimiento, porque aquél sustentan toda su vida con aquella dureça como si fueran de quatro años: yo conocí vn cauallo dellos, que se decia *pié de hierro*, á Don Juan Vicentelo, que compró en Cordoua por quatrocientos escudos quando se casó, y despues de auelle seruido en Castilla y en el Andalucía más de cinco ó

seis años, le echó á la caça de halcones, donde le siruió tres ó quatro, y despues de estos ynfortunios se le ferió al Duque de Osuna D. Juan; y con el regalo y buen trato se remoçó el cauallo y se puso tan entero y tan bueno, que bí yo al Duque correr en él en Cordoua muchas carreras, corriendo el cauallo mejor que todos los que corrian, auiendo muchos cauallos y muy buenos, y era el cauallo estónces de diez y seis años. De otros muchos podria decir que por no ser á todos notorio no los digo; sólo diré que donde quiera que ay junta de cauallos, como en fiestas ó en el terrero de las damas, entrando cauallo valençuela deshace á todos los demas. Acuérdome de oylle decir á la señora Condesa de la Puebla, doña Estefanía de Mendoça, que siendo dama quando el Conde de Medellin ó su hijo mayor Don Juan Portocarrero entraba en el terrero de Madrid, en el turco que compró el Conde de Medellin por las mill ouejas y tantos carneros y todo el apero de vn hato, que deshacian á quantos cauallos auia en el terrero y que las damas salian á ver el cauallo. Que dirémos de Lançarote, el que oy tiene el Duque de Alua, y de Valençuela que tiene el Duque de Medinaceli, y de otros muchos que están en Castilla que con auer caminado y servido tanto de diez y ocho años y más, están tan lindos y tan fuertes como si tubieran quatro años; lo que no tienen los demas cauallos que si llegan á diez ó doce años de servicio, están tan llenos de lupias, vejigas, perrillas, respigones, sobre-huesos, que no se pueden tener, y el que escapa destas lesiones está tan gordo y tan arrocinado, poniendo la carne tan mal puesta, que aunque de potro pareció bien, desta edad

bueluen á lo que fueron primero, que es á rocines con auejuscársele las caras y caérseles los veços de la boca y afloxarse de manera que es menester vna lança para mouellos. Oyle decir muchas veces al Conde de Medellin, que no podia andar hombre onrrado en cauallo que no fuese Valençuela. Su orígen y raça es muy justo se sepa el principio y medio que se tubo, y las curiosidades que tubieron en apuralla los que la pusieron en el punto que oy está. En tiempo del emperador Cárlos Quinto, de felice recordacion, entre los gentiles hombres que tubo fué vno Don Luis Manrique, hijo de los Duques de Nájera, al qual, por los servicios que hiço á su rey en la guerra y en la paz, le dieron la encomienda de Cordoua de la Orden de Calatraua. Cansado el buen cauallero del tráfago de la Córte acordó venirse á su Encomienda: llegado á ella y visto la buena acoxida que los caualleros de la ciudad le hicieron y el temple del lugar con tan buen cielo y suelo, y la gran dispusicion de la tierra para criar cauallos, de que él era muy aficionado, acordó de hacer más asiento en el lugar de lo que tenía pensado quando á él vino y començó á disponer la casa de la Encomienda, como pudiese vivir cómodamente en ella y ajuntar yeguas para tener potros. Entre muchos y muy grandes amigos que tubo, fué vno dellos Diego de Aguayo, señor de la villa de Villaverde; este cauallero tenía muchas yeguas y muy buenas que las auia auido de su cuñado el señor de Sanctofimia Don Rodrigo Mexía, que oy son Marqueses de la Guarda: estas yeguas eran las mexores que se hallauan á la saçon en España. El dicho Don Luis Manrique hiço tanto con el Diego de Aguayo, que le

vino á dar vna docena dellas escoxidas, porque tenía muchas y muy buenas. Tambien truxo otra media docena de escoxidas de Guadix y Baza de Don Pedro de la Cueva; tubo nueba que en Xerez de la Frontera auia vn cauallo muy bueno, y ymbiólo á comprar para cubrir las yeguas, que entre las vnas y las otras auia juntado hasta diez y seis; traido este cauallo, que era muy bueno, las cubrió vn año. Vn dia, estando Don Luis Manrique al postigo de su casa, que caya á vna calle no muy pasagera y larga, asomó por ella vn harruquero en vn rocin rucio açul con el cauello y cola blanca y muy crespa, con su alvardon el cauallo y seis costales como suelen andar; así como descubrió el dicho harruquero á Don Luis Manrique, dióle con los piés al rocin y fué corriendo hazia el Don Luis como no corrió cauallo, y entró parando; por el consiguiente, el Don Luis Manrique quedó tan perdido por el rocin, que hiço parar al harruquero y le dijo que se le vendiese, no embargante que el rocin estaua en los huesos y las manos tan tuertas y los piés tan çancajosos y cerrados que parecian más piés de vanco que de cauallo, aunque lo demas del fuste era muy bueno, y el harruquero respondió que si no era dándole la capa que tenía puesta y otro tanto como valiese, no se lo daria; Don Luis le dijo que suyo era el cauallo, y le dió la capa y treinta escudos. Entró el cauallo en la caualleriça y començólo á regalar y el cauallo á tomar el regalo, de manera que en pocos meses se puso la más linda bestia que podia ser: porque de las rudillas y coruerjones arriua era vna pintura con las clines tan largas y tan blancas y ondeadas que le arrastrauan por el suelo, y con

vn gran maço de cola llena de cordones de arriua auaxo, y en el nacimiento mill vigotes crespos que le alindauan y agraciauan; y el correr y el parar nunca se vió cosa semexante, demas que se ponia para delante y para atras y los lados, y estando haciendo estas cauallerías, si le dauan con los piés salia corriendo como si fuera echado de vn trabuco. Biéndose Don Luis Manrique con tal cauallo, determinó echallo á sus yeguas, y aunque resuelto en esto, quiso sauer de dónde el harruquero auia auido este cauallo, y embió á llamar al dicho harruquero, que se llamaba Guzman, de donde le quedó al cauallo de allí adelante llamarse Guzman y á todos sus hijos Guzmanes. Benido el dicho Guzman le preguntó el Don Luis Manrique: ¿de á dónde vbistes este cauallo? Respondióle el Guzman: Señor, dos meses ántes que le vendiese á vmd. le compré de vn mesonero que biue en tal parte. Embió Don Luis á llamar al mesonero, luégo que vino le preguntó: ¿de dónde vbistes vn rocin que vendistes á Guzman harruquero? El dicho mesonero respondió: que poco ántes que él lo vendiese auian llegado á su posada siete ú ocho moros todos en cauallos á la gineta, que decian ser vn embaxador del rey de Marruecos, que yban con vna embaxada al Emperador; que la noche que llegaron le dió á aquel cauallo vn toroçon tan cruel, que cayó en el suelo y no se pudo más levantar. Visto los moros aquello, compraron otro y se fueron y le dixeron: mira por ese cauallo y tomátelo, y si biviere tenlo en mucho, porque es de la mejor casta que tiene nuestro Rey ni ay en toda Beruería, y que despues de ydos dentro de otro dia se levantó el cauallo y començó á comer y es-

tar bueno sin otro medicamento, y que él lo auia vendido á Guzman en doce ducados. Con esta relacion acauó Don Luis Manrique de executar su yntento y echallo á las yeguas. Lo mismo hicieron otros caualleros amigos de Don Luis que tenian yeguas, saliendo de las vnas y las otras excelentísimos cauallos. Deste cauallo y de las yeguas dichas començó á tener Don Luis muy gran cantidad de potrancas y potros, siendo todos excelentísimos de correr y parar. Siruió en este ministerio el dicho cauallo muchos años hasta que de viejo murió, auiéndoselo querido muchas veces feriar al Don Luis mill príncipes á pesso de oro. Muerto este cauallo descogió Don Luis vn hijo suyo que le llamauan Manrique, no ménos bueno que su padre sino mejor, porque tenía los braços derechos, éste echó siempre á sus yeguas hasta que murió el dicho Don Luis Manrique, teniendo más de cinquenta yeguas apuradas de Guzman, porque las crianças que tubo del cauallo de Xerez, deshíçose luégo dellas, y aunque en su testamento mandó algunas yeguas y potros á algunos caualleros amigos suyos, que tenía muchos, y á todos los contentó, y por ser freile y entónces no poderse casar los de aquella órden, eredó su Magestad del rey Don Phelipe segundo, que entónces gouernaua. Embió vn juez pesquisidor para recoxer el espolio que como Maestre le tocaua. Este juez, venido que fué, recoxió todas las yeguas y potros que el dicho Don Luis auia mandado en su testamento y hiço almoneda de todo, y en ella se vendieron las yeguas y potros y todo lo demas. Acudieron muchos caualleros y labradores á comprallas, y entre los cuales caualleros acudió Martin

Fernandez de Cordoua Ponce de Leon, nieto del Conde de Cabra y viznieto del Conde de Arcos, padre que fué del Padre Maestro Fray Gaspar de Cordoua, confesor del rey nuestro señor Don Phelipe Tercero y de su Consejo de Estado. Este cauallero vbo desta almoneda veinte yeguas y dos potros. Entró en la caballeriça todas veinte yeguas y las domó hasta que pudiesen ver si corrian devajo de la silla; hecha esta experiencia, todas las que corrian muy apriesa las soltó al prado, que de veinte casi no vbo que desechar. A éstas las cubria vno de los potros que sacó del almoneda, vino á afinar esta casta de manera que burlando ni de véras salia cauallo malo, sino que en todo eran extremo y sacando gran cantidad de cauallos xamas quiso vender ninguno, sino presentallos á los príncipes y señores de la comarca; entre ellos dió un bayo al Duque de Arcos, el mayor extremo que se bió xamas. En esta saçon vino de Milan el Duque de Sesa Don Gonçalo, á quien fué luégo á ver el dicho Martin Fernandez de Cordoua, y le sirvió con todas las yeguas y potros que á la saçon tenía, dádiua de vn tan gran cauallero, porque demas de valer mucha cantidad de ducados, la estimacion y conocimiento que por los cauallos se tenía de su persona, era de manera que fué el cauallero más conocido de todas las naciones de el mundo que vbo en su tiempo. El Duque reciuió el presente teniéndolo en lo que él merecia y satisfaciendo lo que era valor dél como príncipe tan pródigo. Era á la saçon su caualleriço mayor Juan de Valençuela, vn cauallero muy principal á quien el Duque, quando se bolvió á Italia, le dió las dichas yeguas, reciuiéndolas el dicho Juan de

Valençuela por vna dádiua y merced muy grande, y las conseruó toda su bida sin echalles otro cauallo ni juntar otra yegua de otra raça sino de aquellas apuradas, sacando excelentísimos cauallos y potros y siendo por ellas el cauallero más conocido que vbo en su tiempo, así de reyes y príncipes cristianos como de las demas naciones. No consintió xamas que el hierro que echaua á sus yeguas y cauallos se herrase otro cauallo ni yegua con él, sino fuese las de su casta, el qual hierro era vn coraçon. Nunca xamas vendió yegua ni potranca, sino en siendo la yegua vieja que no paria, la aporreaua. Valíanle cada año los potros y cauallos que criaua y vendia dos mill ducados, y nunca le valieron ménos que mill. Los potros los vendia en el vientre de las madres á condicion si era macho por cien ducados, y si fuese hembra no se vendia, y así los que él criaua siempre eran el deshecho, y con sello salian excelentísimos cauallos sin errar ninguno. Murió el dicho Juan de Valençuela y heredó su hijo Don Hierónimo de Valençuela, cauallero de la Orden de Santiago, las yeguas, que subian de sesenta, y muchos potros y cauallos. Conserbólas algunos años, al cauo de los quales cansáronle y començóse á deshacer de ellas repartiéndolas entre sus amigos como reliquias, por precios muy excesivos, que los potros que vendia el dicho Don Gerónimo de Valençuela, el que ménos precio tubo, de dos años, fué por ciento y cinquenta ducados, y muchos vendió por doscientos y cinquenta, y otros á doscientos, y así las yeguas que vendia era por precios muy grandes. Compróle gran cantidad dellas Don Luis Gomez de Figueroa y Cordoua, caballero del auito de

Santiago y señor de la villa del Encinar de Villaseca: este cauallero es el que oy tiene la casta apurada, que aunque otros muchos tienen de las yeguas, nadie las tiene de las apuradas como el dicho Don Luis Gomez. Vende pocos potros, porque esos que bende son por precios tan excesivos que parece patraña el decillo, porque potros de dos años y medio los vende á quatro y á cinco mill reales, y con esto no ay nadie que trate de compralle ninguno; da muchos á sus amigos, así á caualleros como á labradores, como á otras gentes que tienen yeguas para que los echen por padres; otros da á algunos príncipes y señores amigos suyos, y desta manera casi no ay cauallo ni yegua en Cordoua que no tenga desta raça y porque es bien sauer cómo se an de domar y dotrinar, pasemos al capítulo que se sigue.

CAPÍTULO II.

Como se an de domar los cauallos Guzmanes, que por otro nombre se llaman Valençuelas, y dotrinarse despues de domados.

Como cauallos tan apurados y tan diferentes en todo que los demas, por las caussas referidas, tienen necesidad de diferente modo de doctrina y enseñança que los demas, y así quien vbiere de criar destos cauallos no tiene necesidad de miralles colores ni señales como á los demas potros, sólo se a de certificar de que sean derechos Guzmanes y que tengan salud, sus miembros enteros y sanos, que no tengan esparauanes ni otras lesiones y fealdades por donde suelen perderse. Satisfechos de lo dicho, le entrarán en la caualleriça de dos años y medio, que viene á ser á los primeros de Agosto, porque calores y soles no los pase, ó por lo ménos entrallos de tres años. Si se entraren por Agosto es menester que se anden algunos dias sueltos por la caualleriça, procurando el moço de cauallos, con halago y blandura, quitalles la bronquedad y aspereça que traen del campo, trayéndole la mano por la cara y los ojos y por todo el cuerpo. Ya que el potro esté algo amigo de la gente, se le pondrá una xâquima con vn cabestro largo y se atará al pisebre algo largo, porque si se atafagare tenga lugar de hacerse hácia atras sin tanto premio como

si estubiera atado corto, y desta manera estará algunos ocho ó diez dias, teniendo el moço cuidado de traelle la mano por la cara y ojos y por el cuerpo con toda la blandura pusible y amistad, hablándole sin dalle ni amenaçalle aunque haga por qué, y començalle á almohaçar muy suavemente de manera que no le lastime con el almohaça, alçándole las manos y los piés á menudo, y á todo esto a de estar sin herrarse. Luégo le echarán la silla xineta sin estribos ni pretal y no le apriete mucho la cincha porque no se concoje y tome algun resabio. Puesta la silla le echarán un freno de la gineta çatillo, que se entiende los tiros cortos y sin luneta, y le sacarán de cavestro por la calle paseando hasta que el potro esté ya bien maduro. Luégo se herrará y se le pondrá la silla con estribos y subirá un hombre en él, llevándole otro el potro de diestro de manera que el que va encima no a de hacer más que si fuera vn costal de arena. Desque ya el potro se viere en la dispusicion que sabe andar y que andará sin que le lleuen de diestro, se lo entregará á un domador cuerdo que con un cabeçon le traiga por las calles, y si acaso se asombrare, como es de ordinario, no le den, sino se pare y le halague y luégo le pase por la tal cosa de que el potro se asombrare ú la tal cosa pase por él, como si es coche ó carga, teniéndole á él parado y halagándole, y viendo el potro que aquello no le hace mal, pierde el miedo para otra vez; y advierto que no le den, porque si vna vez toma vn mal siniestro, no son potros estos que con el castigo se lo quitarán, sino renegarán más, que como son hidalgos llévanse muy mal por mal, sino con halago y blandura harán dellos lo que quisieren;

que es menester vsar con ellos lo que con los neblíes de la red que se toman en España; que es menester gran tiento al hacellos así del capirote como del mismo caçador, que si vna vez se asombran, con muy gran dificultad se les quita. Yo vi vn potro de Juan de Valençuela que se llamó el *perfecto*, el primero que tuvo este nombre, y con muy justa raçon, porque fué extremo en todo este cauallo; siendo de cinco años, queriéndolo vn dia ver correr sacaron vn pretal de cascaueles para ponérselo, el cauallo se recató dél, tomó el pretal Don Gerónimo de Valençuela para ponérselo, y porque se volvió á recatar dióle con él en la cara. Ofendióse tanto el cauallo que xamas lo consintió, y otros muchos se an perdido por hacelles sinraçones quando potros. Luégo en llegando al mes de Octubre, al fin dél, se les a de dar verde que llaman de todos Sanctos quince ó veynte dias, porque con él purgan el percox de la dehesa y los reznos, y quedan limpios y purgados, y dándoles luégo el verde temprano, quedan con mucho lustre y fuerça, y con el verde de todos Sanctos no los an de sangrar, y por esta órden se an de sustentar hasta que tengan quatro años cumplidos, y el verde de todos Sanctos no se les a de dar más que el primer año, sino es que queden tan desmedrados que sea necesario dárselo otra vez el segundo año, y en todo este tiempo el domador vse más de asirse al cabeçon que á la rrienda, y no de manera que le muestre algun trastauo, sino déxele andar su paso suelto, sin que se meta en dalle ayre ni huello, sino sólo que ande siguro por las calles. La misma órden se a de tener en los que se entraren de tres años. Desde que el potro aya hecho quatro años y

medio se le quitará aquel freno de la gineta y se le pondrá vn cañon de la brida blando con los tiros largos ó cortos, conforme á la caueça del cauallo, sólo se a de procurar que el dicho freno no se le vença; echalle una silla de la brida y que suba en él vn hombre que lo entienda y lo muestre á reboluer á vna mano ó á otra con suabidad. Desde que el cauallo esté que se le puedan assir á la rrienda, echalle vn cabeçon de hierro, subiendo en él persona que lo sepa ajustar y afirmar y lo muestre á parar desta manera. Despues de puesto su cabeçon de hierro, tomando en la mano muy parexos los cauos dél y no muy apremiado, se saldrá al campo y buscará vna carrera llana y sin piedras, le paseará, y al cauo de la carrera le dará vnas bueltas en redondo algo largas sobre la mano derecha de paso, y que siempre buelua el cauallo el rostro y las caderas en vn ser; que no buelva el rostro por vna parte y eche las caderas por otra, de manera que aunque la buelta a de ser como tengo dicho en redondo, el cauallo a de yr tan sesgo y tan parejo en ella como quando camina derecho por vn paseo largo, y el rostro tan derecho y firme que no a de andar torcido, ni bajo ni alto, sino en vn ser, y así, aunque el caueçon ande suelto, con tomar el de la mano derecha y tenello tirante en estas bueltas basta, de manera que ántes trayga el cauallo vn poquito ynclinado el rostro á la mano derecha, que desta manera lo vendrá á traer en su lugar. Desque ya el cauallo sepa tomar las bueltas, se sacará al trote vna carrera raçonable y se empapará en él, porque con el trote toman ayre y huello y se afirman de rostro. Luégo al cauo de la carrera en auiéndola pasado de trote se sosegará vn

poco y se tomarán las mismas bueltas de trote que dije de paso sobre la mano derecha y haciéndose en vn lugar, siempre se hacen vnas estampas en el suelo. Desque el cauallo esté ya empapado en el trote y en las bueltas, se sacará de trote, y á la mitad de la carrera le tomarán de galope lleuando muy parexo el caueçon y rriendas, y quando él vaya metido en su galope se parará con rriendas y caueçon de manera que entre con tres ó quatro trastes derriuándose. Luégo se a de parar y sosegallo y tomar sus bueltas de trote como e dicho, y que el trote no sea muy soberuio. Desque ya el cauallo tenga estos principios, se a de sacar de trote hasta la mitad de la carrera y luégo la otra mitad de galope, y al cauo de la carrera dalle recio con los piés que comience á correr, y estónces desque esté encendido, parallo recio con freno y caueçon, de manera que pare derriuándose y sosegallo y que dé sus bueltas de trote como está dicho. Ya que el cauallo sepa derriuarse si se acortare en el parar, porque con el miedo del caueçon á dos trastes se suelen quedar parados, es menester con blandura parallos para que vengan á dar los trastes que el maesto quisiere. Ya que el cauallo esté muy diestro en esta licion y supiere correr y parar por estilo y quenta, se parará al principio ó al cauo de la carrera en la parte donde se suele salir á dar licion, y teniéndole el rostro en su lugar se le dará con el pié derecho ayudado con la vara por detras de la pierna con el pié que le estubiere dando; desta manera se yrá el cauallo desbiando de aquel pié hácia vn lado, llevándole vn rato, el que quisiere el que le mostrare, y allí le parará y le bolverá á dar con el otro pié y vara al

contrario del que le dió, y bolverá á huir de aquel pié para esotro lado, y esto se haga hasta que el cauallo conozca muy bien los piés, que para apartalle de otro cauallo no sea menester más que acometelle con cualquier pié para que se desuie. Ya que él sepa y conozca los piés, mano y habla, y esté firme de rostro, se le ponga vn freno de la gineta conforme á la boca y lengua del cauallo, el que mexor le armare, que estando firme á la brida y siendo natural de boca qualquier freno natural le armará; se le pondrán espuelas de hasta y se le començará á hacer mal con ellas, nò lastimándole mucho al principio. Algunos no vsan estas liciones para mostrar parar los cauallos, lo que hacen es yrse á vnos pendientes y arroxar por ellos los cauallos, y en mitad del pendin dánles recio con los pies y de golpe lo uan parando. Sospecho que en hacer esto se yerran mucho, porque quasi todos ó los más cauallos, como trabaxan tanto en los pendines, cobran tanto miedo que bienen á no parar y á rehusar el baxar por los pendines aunque sea paseando. Sólo me parece que se a de vsar con los cauallos de grandes y recias quixadas y que en lo llano no quieran parar: á estos tales es bien lleuallos á los pendines, y á fuerça de braços y piernas hacelles en ellos meter los piés. Desque vn cauallo está muy doctrinado y muy diestro en lo que e dicho, jamas hace desconcierto ni desman en fiesta, ni en toros, y como estos cauallos an menester toda esta doctrina y á muchos que lleuan á Castilla como los compran muy en agraz y quieren allá vsar dellos como cauallos no siendo sino potros, porque de seis años realmente lo son, an echado á mill caualleros por las orejas y muchas veces

las sillas dando corcobos, quedándose con las cinchas puestas; así han cobrado opinion de cauallos gallinas y cobardes, no teniendo ninguna culpa los dichos cauallos, sino quien quiere vsar de vn potro como si fuera cauallo, y así se ve por experiencia que estos mismos cauallos que an hecho estos desmanes, en entrando en edad nunca an hecho ningun desconcierto aunque anden á los toros y hagan mill cauallerías en ellos; y así en el cauallo en que se perdió el rey de Portugal Don Sebastian fué desta raça, y por ser muy valiente cauallo le escogió el rey para la batalla, y si no matáran al rey, el cauallo le sacára de toda quanta morisma se juntó. Otros muchos e visto que en pendencias les an dado muchas cuchilladas en la cara y an estado muy firmes como si fueran de bronce; otros e visto torear en ellos y dalles de los piés hácia la cara de vn toro y pasar por cima; otros e visto pasar por cima de hogueras que hacen los muchachos en verano por las calles; otros pasar por delante dellos vna compañía de soldados haciendo salua con los mosquetes y arcabuces y dalles con los tacos en la cara y no hacer ningun mudamiento: todo consiste en dejallos añexar que desta manera son los más valientes y más de prouecho de todos, y tanto, que de veyntiquatro años están tan de prouecho y tan lindos como si fueran de ocho años. Y pues queda dicho como se an de doctrinar los cauallos, comencemos á tratar lo que an de hacer los caualleros moços para ser muy buenos hombres de á cauallo.

CAPÍTULO III.

Que trata lo que an de hacer los principiantes para ser muy buenos hombres de á cauallo.

Tres cosas a de tener el que vbiere de ser muy buen hombre de á cauallo, que son: ayre, mano, y dar de los piés con mucha soltura en la silla y fortaleça. Las dos primeras, como son ayre y mano, es dón que Dios dió á cada vno; lo demas, con los maestros y estudios se aprende, y cada vna dellas es tan esencial, que si falta qualquiera de las dos primeras, no se puede llamar ninguno hombre de á cauallo, porque aunque tenga ayre muy lindo y baya muy cerrado dando con los piés, si tiene mala mano andará el cauallo con él muy disgustado y desabrido, ni parará por cuenta ni áun correrá derecho, y esta falta será notable, porque no trayendo el cauallo gusto en la boca y el rostro en su lugar, no podrá hacer cosa bien hecha. Si tiene buena mano y tiene mal ayre es tambien vna falta notable, porque vn hombre sin ayre no puede hacer cosa que parezca bien, y así suelen decir á los hombres desta manera: fulano es vn cesto; teniendo estas dos cosas que son las esenciales, como e dicho que es gracia del cielo, lo demas se aprende con buen maestro y exercicio teniendo estos principios.

El caualllero en teniendo edad suficiente, como es de diez y seis á diez y siete años, a de buscar vn cauallo blando y de muy buena condicion, muy diestro en los trotes y galopes: en este tal cauallo mandarálo ensillar á la gineta, requiriéndole la cincha, açiones y los alacranes del freno y tornillos de las rriendas, que estas cosas no las a de fiar de caballeriço ni de otra persona que la suya; despues de puesto el demas adereço, subirá en él poniendo los estribos en el punto que pidiere su dispusicion, no más largos ni más cortos que enhestándose en ellos el arçon delantero pueda entrar y salir por entre las piernas no con mucha holgura; a de procurar á la gineta y á la brida yr sentado sobre el cul llon, como dice el italiano: desta manera llevará muy buen ayre y tomará el lugar de la silla. Subido que sea en su cauallo y puestos los piés en los estribos en el punto que e dicho, mirará que vayan tan parejos que no diferencie vno de otro vn canto de real; mandará que le alcen las espuelas de la gineta, teniendo las dichas espuelas en las puntas dos botoncillos como garbanços, ú que estén tan botas que sea ympusible sacar sangre ni herir con ellas al cauallo, poniendo la mano de las rriendas sobre la ropa de la silla y adereço que está debajo del arçon delantero, sobre lo que cae por cima de las clines, no dándole al cauallo más holgura ni más premio del que vbiere menester. Las espuelas an de ir muy apretadas, bajándole las puntas casi fuera del calcañar, no del todo, sino casi fuera, sacando las puntas vn poco hácia fuera; el pié a de yr tan derecho en el estribo como si estubiera puesto en el suelo, de manera que el calcañar no uaya ni bajo ni alto,

porque de qualquiera de las dos maneras parece muy mal y mucho peor alto que vajo; las puntas de los piés an de yr pegadas á la cincha del cauallo ántes para adelante que para atras; los estribos no an de yr las haceras derechas, sino vn poco torcidas que parece muy bien. En esta postura que e dicho se saldrá al campo á algun callejon ó camino largo y derecho, sin piedras ni barrancos, y puesto en él se quite la capa y en cuerpo saque su cauallo galopeando, levantado sobre los estribos; los piés muy cerrados y muy pegados entre la cincha y el codillo del cauallo y los piés tiesos sin menea-llos ni dar con ellos en ninguna manera; el cuerpo derecho y arrimadas las calças ó calçones al arçon trasero, no de manera que vaya sentado sobre él, sino sólo arrimado; el rostro mesurado mirando por entre las orejas del cauallo, y sea la postura de manera de la cara y ojos que no vaya mirando al suelo ni al cielo, sino por el hilo en la postura y mesura que fuere con el ayre del cauallo; el braço derecho caido sobre el muslo derecho, lleuando en la mano las rriendas, justamente lo que ay de compas de la mano izquierda á la derecha, ántes vn poco más larga que corta, puesta como e dicho sobre el muslo derecho; y en esta postura yrá galopeando tieso el cuerpo y levantado, sin hacer caladas ni meneos, y los piés tan firmes que por cansado que esté no los engargante. Vaya toda la carrera ó camino galopeando ó no tanto, sin correr, ni le pase ta! por el pensamiento, al cauo de la qual parará y descansará; y desta manera y en este exercicio gastará aquella tarde y otras muchas hasta que esté muy fuerte en esta postura, sin cansarse ni hacer ninguna calada, como es

sentarse ni levantarse, que á esto se llaman caladas, sino que esté tan derecho y fuerte como si fuera de bronce. Desque esté ya diestro en esta postura, podrá con la misma dicha, con el ayre de los galopes, ylle dando con las espuelas de auajo para arriua, quitados los botones y sacadas las puntas á las espuelas, que yendo levantado y fuerte será ymposible dar con ellas de otra manera.

Ya que sepa dar con los piés pondráse su capa y espada; pondráse la capa desta manera para aver de correr: despues de cubierta su capa como quando se va á pasear, echará el cauo del lado izquierdo sobre el hombro izquierdo, y lo que queda de delante en el mismo lado la entrará por deuajo el braço izquierdo, quedando la guarnicion de la espada libre. La capa a de yr por deuajo de la capilla, apuntada sobre el hombro izquierdo ó con algun alfiler largo ó con alguna puntada, de manera que no se cayga ni se resbale el otro cauo que cae sobre el hombro derecho; a de estar cubierto con el hombro y braço como quando se va á pasear, y desta manera se pondrá al principio de la carrera con la postura de piés, cuerpo y braço dicho, y apretándose bien la gorra le dará con los piés al cauallo, y al primer traste dexará caer la capa del hombro derecho, de manera que quede descubierto el hombro y espalda derecha y que la capa caiga sobre las caderas del cauallo, y al tiempo de parar, ante que comience á quebrar la furia el cauallo, quite la mano derecha del lugar que la lleuaba, y juntándola casi con la izquierda, desde allí la saque por la rrienda adelante, con el mejor ayre que pudiere hasta ponella en derecho del

oydo derecho, sin que pegue la mano á la caueça ni lo a de tender mucho sino en el compas que si con yra alçase el puño para dalle á vno vn moxicon; que alçándola y baxándola muchas veces la vendrá á poner en su puesto y lugar, y esto lo podrá hacer de noche á la sombra de vna bela. Advierto que no a de sacar el braço súpitamente ni sin rrienda, sino escurriendo la mano por la rrienda a de sacar el braço poco á poco y con mucho ayre hasta ponello, como está dicho, en derecho del oydo, y todo lo que durare parar el cauallo lo a de llevar alçado y á vn tiempo baxallo quando el cauallo dé el postrer traste. Sabiendo con mucha destreça lo que contiene este capítulo, y para poder correr á solas, es menester buscar vn cauallo que corra muy aprisa, claro y con mucha determinacion, que este tal cauallo será el mejor maestro que podrá tener para perficionallo en los principios dichos.

CAPÍTULO IV.

Como se a de correr con lança y con caña.

Primero que vn cauallero nouel corra en público, tiene necesidad de sauer muy bien lo que a de hacer y estar muy diestro y muy ágil en todo, porque á los principios se cobra buena ó mala opinion, y si es mala, aunque despues haga milagros, jamas se olvida la mala opinion que cobra; asimismo, aunque la cobre muy buena, no se desvanezca con esto y entienda que ya se lo saue todo y que no tiene más que sauer, sino que ántes puede él mostrar á todos, y suele con esta presumption oluidar lo sauido y quedarse como si no vbiera aprendido nada; ántes debe estar con recato de que no lo hiço bien y procurar siempre de sauer más, preguntándolo á personas que le digan la verdad sin adulacion y que sepan decille los yerros que hiço para que se enmiende: desta manera vendrá á ser muy gran hombre de á cauallo.

De muchas maneras se corre con lança, y mill reglas ay escriptas desta caualleria, así para la paz como para la guerra. Como mi principal intento es sólo el de la paz y mostrar como vn cauallero sepa correr su cauallo en vna fiesta, y que para esto esté tan diestro y ágil

que se señale entre los demas, que no quisieren aprender y trabajar, sólo diré de la manera que en estas ocasiones se vsa de la lança ó caña; de la manera que mejor parece y con más primor y gallardía, asigurando que el que fuere muy grande hombre de á cauallo en la paz, lo tiene todo andado para la guerra.

La capa para correr la lança se a de poner desta manera: boluer el canto del lado izquierdo y tomar lo que cuelga por delante aquel lado y entrallo por deuajo aquel braço de manera que quede la guarnicion de la espada libre, y la demas capa echalla por debaxo el braço derecho tomando la punta della y entrándola por la pretina por los cauos delante de la pretina, de manera que el rruedo de la capa cayga por cima de las caderas del cauallo y calças del cauallero; tomará la lança, la qual lança a de ser de entrada de fiesta, no muy gruesa ni muy delgada y compasalla en la mano que aya tanta lança de la mano al hierro, como de la mano al cuento. Pondráse en la carrera para correr teniendo la lança sobre el hombro derecho, el hierro atras algo alto y el cuento adelante en derecho del ojo derecho del cauallo; y en esta postura dará con los piés al cauallo, y en començando á partir corriendo juntamente a de alçar la lança del hombro muy aspacio, lleuando la mano hasta ponella en derecho del oydo derecho de la manera que está dicho que se a de poner al parar con la rrienda; puesta allí sin parar a de yr boluiendo la lança la punta adelante y el cuento para atras, boluiéndola no derecha sino con alguna facion por cima de la caueça, y quando llegue el hierro á poderse ver con los ojos, a de yr baxando la mano y braço hácia uajo en arco, yéndolo re-

cogiendo hasta poner la mano y lança sobre el hueso de la cintura del lado derecho con el hierro adelante y el cuento atras, y sin parar ni detenerse allí, por la órden que la baxó la a de boluer á subir hasta poner la mano en derecho del oydo, teniendo el hierro adelante, y en llegando allí a de trocar la mano estando la lança queda, a de boluer la mano sola de manera que el dedo pulgar que está hácia la punta se a de boluer hácia el cuento, quedando la lança empuñada de la misma manera que quando se toma para herir con ella: desta manera dar dos ó tres acometimientos hiriendo en el ayre; luégo destrocar la buelta de la mano trocando la lança la punta atras y el cuento adelante, echándola sobre el hombro derecho, quedando de la misma manera que quando començó á partir. Todo este mouimiento de la lança a de durar todo lo que durare el correr del cauallo, de manera que en començando á correr el cauallo se a de començar á mouer la lança por la órden dicha, sin que en toda la carrera dexe de mouerse, y juntamente se a de parar el cauallo y parar la lança, quedando en el lugar y postura que estaba quando començó á correr: así se a de medir el tiempo, teniendo muy grande aduertencia al trocar de la mano no se caiga la lança porque es toda la fealdad y desaire posible, y de caerse es por la priesa que se dan, que haciéndolo muy despacio es cosa muy fácil y sin peligro. Otras reglas ay, pero ésta es la mejor y más vsada en fiestas, y más ayrosa.

Para correr con caña de juego de cañas, se a de poner la capa como para correr vn cauallo á solas. Como está dicho ase de tomar la caña de manera que no pese

más el cauo que la punta, y en començando á correr el cauallo se a de poner la caña en derecho del oydo en el lugar que se pone para parar el cauallo quando se saca el braço; y el cauo de la caña a de yr en derecho del freno del cauallo, que parezca que le quiere dar con la caña en él, y al primer tercio de la carrera y al segundo tercio, á medio ayre, a de baxar la mano con la caña dos ó tres veces, vna tras de otra, bajándola y subiéndola desde donde está hacia abajo, súbito, y parece muy bien; y al tiempo de parar, en los trastes del cauallo a de hacer vnas caladas para adelante hasta parar el cauallo y todo lo demas la a de lleuar tiesa en la manera que quando començó á correr. Así la lança como la caña se le a de dar el mejor ayre que se pudiere, que en esto consiste el parecer bien ó mal.

CAPÍTULO V.

Como se a de vsar del adarga para jugar á las cañas.

Para jugar á las cañas requiere mucho que el cauallo sea muy á propósito, firme de rostro y que no se asombre, así del adarga que traxere encima como de las demas; que sea tan firme de rostro que aunque en él puesto como suele suceder, le den un cañaço en la cara lo sufra sin asombrarse; que tenga muy buena boca. Ase de yr vn punto más largo los estribos para jugar las cañas que para pasar la carrera, por raçon de los movimientos que se an de hacer en la silla: yendo más largo ay lugar de abraçar mejor el cauallo.

Quanto á lo primero, las manijas de la adarga se an de ajustar al braço del cavallero de manera que alçando el braço en alto quede el adarga tan firme en él, que de ninguna manera se tuerça á vna parte ni á otra. Si el adarga fuere de tres manijas, como ya lo son todas las que aora se hacen, se pondrá desta manera: la primera que pase del codo si pudiera ser, y si no que esté muy pegada á él; y la postrera que esté en la muñeca, de manera que de la muñeca al codo estén todas tres manijas, y como e dicho, muy ajustadas al braço quedando la mano libre para tomar la rrienda. La caña soy de parecer que se le eche vnos palillos, hechos vnos

agujeros en las cañas de manera que no se hiendan, y entrados dentro vnos palillos que salgan á fuera dos dedos, de manera que haga fuerça en el dedo para tirar y desta manera sale la caña derecha y con fuerça y se guia á la parte que se quiere tirar y se tira mejor y más rrecia que con todo el puño; que empuñada la caña, ni puede hacella con buen ayre el que la llevare así, ni con tanta fuerça, ni la sacará derecha. Y embraçada su adarga y tomada la caña en el dedo puesto su palillo, partirá como si fuese tras su contrario en vn callejon de el campo sin capa ni espada; que aunque son algunos de diferente opinion de jugar con capas y espadas, á los maestros que yo tuve, que eran muy grandes caualleros y muy valientes, jamás hicieron tal ni yo lo e visto, aunque lo e oido practicar; porque si el juego es de amigos, de muy poco prouecho son allí las espadas sino para embaraçar, y más si son de cinco palmos, las que de ordinario vsamos.

Si el juego es de vandos y enemigos, mejor es alancearse que darse de cañaços; si es ocasion casual, muy desatinado a de ser el hombre que diere ocasion al otro viéndose sin espada, á que lleguen allí á las manos. Si otro diere la ocasion, tan falto a de ser de sufrimiento que no le tendrá hasta llegar á su criado y tomalle la espada y con ella yrse para el otro y respondelle ó herille, que, como dice Alonso Fajardo en sus proueruios: no saue vengar injuria quien no la saue sufrir: así que soy de opinion que en juego de cañas, de capas y gorras, no se a de jugar con capa ni espada.

Luego que parta, como atras tengo dicho, con su adarga y caña, al cauo de la carrera tirará la caña, derri-

uándose primero para tomar buelo y ayre y tiralla con fuerça, lo más que pudiere sobre las caderas de su cauallo; y al bolver se a de endereçar con él buelo que a tomado enhiesto en los estriuos la tire juntamente parando su cauallo; que despues de auer hecho la caña el cauallero, el cauallo no a de correr más de los trastes que hiciere parando, y al postrer traste a de reboluer su cauallo sobre la mano derecha, auiendo trocado las rriendas de la mano izquierda á la mano derecha; y juntamente con boluer el cauallo se a de reboluer él con su adarga y el adarga sobre las caderas del cauallo en esta manera: el adarga la a de lleuar tan pegada al cuerpo que parezca que va clavada en él, y para que parezca esto, se a de pegar el codo izquierdo sobre el hueso de la cintura del lado izquierdo y se a de boluer muy bien en la silla enhiesto en los estribos, y que las calças de la pierna izquierda encaxen en el hueco del arçon trasero de la silla y el adarga sobre las caderas del cauallo, de manera que vaya vn poquito quebrada sobre las caderas, y desta manera quedará el rostro del cauallo libre por cima del arquillo del adarga. La pierna derecha y el pié a de yr tan derecho y tan pegado á la varriga del cauallo como quando va pasando la carrera; el izquierdo a de yr de fuerça abierto y la punta de la espuela hácia la varriga del cauallo, y si es menester sacar la punta de la espuela hácia fuera; y la mano derecha con la rrienda a de yr en el mismo lugar que vá la izquierda quando corre el cauallo y reboluiéndose bien en la silla yrá fuerte y todo lo dicho en su lugar. Desta manera boluerá reboluiendo, hecha la caña, y quando le parezca que llega al puesto se dejará

tender hácia el cuello del cauallo, lleuándose juntamente consigo pegada el adarga al cuerpo por la órden y modo dicho, y sin más diligencia quedará tan adargado y cubierto que no le hallará caña aunque le quieran dar de traués, lo qual no quedára si tendido el cuerpo sobre el cuello del cauallo, como está dicho, desuia el adarga de sí como lo hacen algunos por lleuar el adarga levantada, y es falso. Otros al tiempo del cubrirse lleuando el adarga, como e dicho, dexan caer la cabeça sobre la misma adarga y es tan falso y peligroso que xamas queda la cabeça bien cubierta, y quando lo quede, la gorra y las plumas no lo quedan, y así muchas veces se la sacan de la cabeça, y yo e sacado alguna; demas de que ay otro peligro, que vn buen bracero sobre el adarga a dado cañaço en la caueça y héchole vn buen chichon y si se toman traueses sin que se echen mucho de ver queda el cuerpo aterrero. Todos estos ynconvenientes cesan cubriéndose de la otra manera, y advierto que despues de entrada vna vez la caueça no se a de sacar ni desadargarse hasta que entienda que sus amigos van dando la carga. Tambien bueluo á aduertir que el adarga vaya muy ajustada al braço, porque de no yllo sucederá siempre lo que ví en Sevilla en la plaçuela del Duque de Medina en vn regucijo que hicieron al Conde de Puñoenrrostro, por vn hijo que le auia nacido, el qual posaba en las casas del Duque y así se hiço allí vna fiesta de toros y juego de cañas. Auiendo vn cauallero hecho su caña y reboluiendo su cauallo, luego que trocó la rienda de una mano á otra queriendo él reboluerse se le cayó el adarga en el suelo : yo dige á los que conmigo estauan que de no

llevar el adarga ajustada al braço se le hauia caido, ellos digeron que no, sino de auérsele quebrado las manixas; fué un criado á sauello y hallaron que era lo que yo auia dicho.

Tampoco es bien hacer la caña en el que se adarga mal, que es matar vn venado en el Pardo ó Aranjuez, que más gusto es matallo en esa sierra á la brama ó arrececho, que no en vn coto donde están mansos. Diferente gusto es y más sabroso queda el braço hacer la caña en vna adarga de vn muy hombre de á cauallo, y más si se le lleua gorra ó pluma ó cuchillada de calças, que no en un principiante ó mal oficial.

Tomar traueses es vna cosa muy mal hecha, pero se entiende emparejando con el contrario y dalle de traves: esto es lo proybido y que no se puede hacer; pero jugando de quatro en quatro ó de ay para arriua, yendo tras de su contrario dos cuerpos de cauallo, dejándoles alargar y que desde allí entresaque al que le pareciere, esto es permitido y mucha destreça. Quando lleguemos al capítulo de fiesta diré la forma de los puestos y como se an de entrar y salir, porque todo lo dicho en este capítulo sólo es mostrar á un principiante para hacerlo diestro y ágil en el adarga.

CAPÍTULO VI.

Como se an de tirar los bohordos ó cañas.

Los caualleros moços y galanes y más si están bien enamorados, tienen obligacion de señalarse en las fiestas que entraren y procurar hacer más que los otros; vnos con esperar con lança cara á cara á los toros, otros con el garrochon, otros con la vara ó caña haciendo mill suertes con los toros; otros dándoles cuchilladas, otros socorriendo peones; otros tirando cañuelas, que no es la menor biçarría y gentileça que se hace á cauallo, y así requiere grandes requisitos. El primero es la agilidad y soltura en la silla; el segundo ser muy braçero y muy ayroso; el tercero buscar cauallo muy á propósito para esta cauallería, que corra muy aprisa, muy claro y con mucha determinacion.

Con estas prevenciones dichas, buscará el tal galan unos carriços ó cañas que se crian en la sierra, que tienen los cañutos muy juntos y no son muy gordas las dichas cañas, y traidas las mandará mondar, tostar y endereçar. An de quedar tan largas las cañuelas como el mismo estado del que las tirase, que puesta su gorra y puesto el cauo de la caña en el suelo la punta a de emparejar con la copa de la gorra; ase de mandar hacer un *amiento*, que así se llama, de seda cruda de vna tercia de largo con

vna laçada escurridiça en vn boton, á vna parte y á otra hacelle vn nudo. La laçada es para entrar el dedo y hecho al cauo el nudo a de tener vna tercia con el dedo al nudo; a de ser tan ancha como dos pajas cebadaças ó media cinta de atacar; a de ser de seda cruda porque despide mejor la caña; ase de poner el nudo del amiento despues de estar la laçada ajustada en el dedo primero de la mano como no sea el pulgar, ó en el segundo si se diere mejor maña, que primero se a de ensayar á pié que á cauallo. El nudo del amiento se a de poner sobre vn nudo de la caña en la parte y lugar donde mejor le pareciere que saldrá la caña, ó al postrer tercio de la caña, ó poco más arriua que la mitad, ó como e dicho, donde mejor le pareciere; y dará vna buelta á la redonda de la caña con lo demás de la cinta, de manera que quede el nudo devajo de la buelta apretado de manera que no se escurra, y tomar la caña entre el dedo pulgar y los demas dedos, quedando el dedo que estuviere en la laçada más alto que los demás dedos y cargado en su amiento que le tenga tirante y tieso, pegado á la caña, y desta manera á pié la puede tirar saliendo unos pasos corriendo y reboluiendo atrás el cuerpo y tirándola hasta que la sepa muy bien arrojar por esos ayres; y no a de yr cargada la caña el cañuto postrero el más grueso con arena, ni con plomo, ni con cera, porque yendo cargada sube muy alta la caña y cae allí luego y parece muy mal. Desque esté muy diestro á pié en tirar las dicha cañuelas, subirá en su cauallo y sin capa ni espada tomará su cañuela por la órden dicha y pondráse al principio de la carrera, teniendo la mano con

la caña puesta en la cintura sobre el hueso del lado derecho y la punta de la caña que cruce sobre el cuello del cauallo; y en esta postura le dará con los piés al cauallo y en començando á partir corriendo, leuantará el braço sacándolo para afuera y leuantándolo para el oydo derecho, yéndolo reboluiendo sin parar a de reboluer la caña sobre la caueça, reboluiendo tambien la mano con ella en derecho del oydo derecho, boluiendo la punta de la caña atras y el cauo adelante y todo a de ser sin parar la mano, quedándose la mano en derecho del oydo en el lugar que se saca la rrienda quando se corre el cauallo como está dicho en su capítulo. Allí se a de hacer dos ó tres tientos á la caña sacudiendo la mano hácia fuera, bien vn palmo ó ménos, haciéndola temblar; luégo se a de soltar la rrienda al cauallo quedando el boton ajustado en el lugar donde estaua la mano y suelta la rrienda de la mano. Con la mano izquierda se tomará el cauo de la caña y con entrambas manos se mouerá hacia el dedo izquierdo como para tomar buelo y luego se derribará sobre el lado derecho en las caderas del cauallo todo quanto pudiere, y al leuantarse sobre los estribos con el ayre del cauallo y buelo del cuerpo despedirá su caña, procurando buele por cima de los andamios y ventanas de manera que no quede en la plaça, y en despidiéndola cobrará sus rriendas y sin sacar el braço parará su cauallo. Y advierto que al derriuarse esté muy apretado en la silla no se salga el cauallo y cayga, como le sucedió á un cauallero de Córdoba, harto galan, que ensayándose en esta cauallería, al tiempo que se derriuó sobre las caderas del cauallo como se suelta la rrienda, se le salió el caua-

llo y cayó y se quebró el braço por tres partes, quedando sin prouecho del braço para esta cauallería ni para otra. Es cauallería ésta que haciéndose con ayre y soltura es la que más bien parece en todas y la más biçarra.

CAPÍTULO VII.

Como se a de esperar con lança á los toros cara á cara.

Cosa muy sauida es, que todas las cosas para que se hagan con perfection se an de vsar y exercitar, y desta manera se hacen los hombres maestros dellas: esto es tan cierto y opinion tan asentada, que hasta los ánimos es menester exercitallos, que se ha visto por experiencia dos ánimos yguales en dos hombres muy valientes, seguir vno la guerra, tener vno tan perdido el miedo á los mosquetes y culebrinas que no duda subir ni arremeter á qualquier batería por difícil que sea, y el otro del mismo ánimo que él, luego que llegó al exército ofrécese una ocasion de la dicha, aunque no le falta ánimo ni por falta dél dexará de emprender cualquier cosa peligrosa, más con el desuso de no auerse visto en cosa semejante, va con vna manera de recato muy diferente que el otro. Así ni más ni ménos, todos los que vsan llegarse á los toros haciendo en ellos qualquier género de cauallerías, muy diferentes se llegan á ellos y con diferente desenboltura que el que nunca se a visto en tal.

De rigor á nadie obliga la gineta, por más diestro que sea en ella, á que espere con lança ni con garrocha, ni con vara ni con espada á que haga suerte con los

toros; quien le obliga á esto es el brío y biçarría de cada vno y el estar bien enamorado ó quererse señalar delante de sus reyes ó de algunos grandes señores. Determinado por alguna destas cosas á hacer esta cauallería, ay necesidad que sepa lo que va á hacer, porque es vna de las más biçarras cosas y más arriscadas de quantas se hacen y la más de caualleros: es suerte que no tiene disculpa si la hace con demostracion de estar turbado y no en sí: es suerte que toda la plaça lo está mirando con la mayor atencion y silencio del mundo, que parece no pestañea nadie aguardando el suceso; y la primer regla, que a de lleuar decorada la reportacion y ánimo y estar muy en sí y lleuar tragado que a de rodar por el suelo, y con hacer esta demostracion y semblante de estar muy en sí, a cumplido bastantemente, porque de lo demas que sucediere no siendo por defeto de ánimo se ha de atribuir á la buena ó mala fortuna. Despues de sauido el peligro á que se pone, que es á ser juzgado de tanta diversidad de juicios como ay en vna fiesta, buscará vn cauallo crecido, gordo y sosegado, y algunos dias antes le hará pasear con vnos antojos y lleualle á la plaça al bullicio y rumor de la gente; allí le pasearán y le pararán mostrándole que dé dos ó tres pasos y se pare. Adereçará su lança ó de frexno ó de pino como sintiere de sí la fuerça. La lança a de ser de diez i ocho palmos: de la mano al hierro a de tener once, echándole atras vn cuento de plomo para que haga contrapeso y golpe al entrar el toro; el hierro a de yr muy afilado y la empuñadura señalada y encerada para que asga allí la mano y quando se la den no tenga que hacer más que

poner en la señal la mano; el cauallo a de yr aquel dia sin pretal, porque el toro no entre el cuerno por él como a sucedido muchas veces; el cauallero no a de llevar espuelas de hasta, sino de pico de gorrion, porque si cayere pueda andar sin pesadumbre. Puesto en su cauallo, con sus antojos, entrará en la plaça con un solo padrino que vaya á su lado izquierdo, y el lacayo que le lleuare la lança arrimado á la cadera derecha del cauallo, y desta manera entrará al tiempo que el toro esté en el coso y que sea brauo, y que otros amigos le ayan quitado los peones al toro para que esté sosegado y quedo. Al entrar de la plaça se reboçará la capa echando el reboço sobre el hombro yzquierdo; luego tomará la capa que le cae sobre el braço derecho y la bolueá sobre el hombro derecho de manera que quede braço y mano derecha descubierta sin capa; y en esta postura caminará hacia el toro y en llegando al compas que diere lugar la braveça y determinacion del toro, tomará la lança poniendo la puntería del hierro entre los cuernos del toro, el qual hierro a de yr derecho, no el filo hacia uaxo sino á los lados, auiéndose quedado el padrino y los demas bien atras, de manera que se vea que va sólo, y desta manera yrá dando sus pasos poco á poco hacia el toro, con tanto tiento y órden que si el toro arremetiere le coxa el cauallo parado, y el codo y braço de la lança, lo a de llevar cosido al pecho, para que con el cuerpo reciba tambien el golpe del toro; y en arremetiendo el toro á él yrá rebaxando su lança con la presteça ó tibieça que el toro entrare, procurando ponérsela en buena parte y no erralla. En sintiendo que a encarnado la lança procurará en todo caso quebralla

sacando su cauallo por el lado yzquierdo y auiéndolo sacado limpio echará por ay el cauo de la asta; y si el toro estubiere enuedixado con el padrino y con los peones, pondrá mano á la espada partiendo para el toro si acaso está allí, procurando quitalle los antojos al cauallo, y si el toro a pasado adelante no tiene para qué yllo á buscar. Si acaso el toro dá con él y con el cauallo en el suelo, leuantaráse como valiente cauallero, y poniendo mano á su espada caminará para el toro como un leon, que como e dicho, estando ansí, con sólo esto a cumplido, y el que le pareciere que no a andado bien auiendo hecho lo dicho, tome la lança y aguarde, que ay muy grandes maestros desde las ventanas.

Oy contar á un cauallero que lo vió, que estando el Emperador Carlos V, de gloriosa memoria, en Palencia, retirado por la peste, como era tan gran príncipe y tan valiente cauallero, xamás estaua ocioso, ya justando ó torneando á cauallo ó jugando cañas. Lidiaron vn dia vnos toros muy brauos, salió vno que lo era con grande exceso; dióle gana á Su Majestad aguardalle con lança, pidió vn cauallo y vna lança y entró en la plaça. El toro apénas le vió á trecho, quando ya estaua con él, y aunque le dió vna famosa lançada y quebró la lança, el toro le hirió el cauallo por los pechos; llegó vn cauallero de su cámara más hablador que alanceador y le dijo: «si vuestra Majestad hiciera esto así no le hiriera el toro el cauallo»: díjole el Emperador, toma otra lança y aguarda ese toro (que era el mismo que el Emperador auia aguardado), para que viendo como lo haceis saque otro dia limpio mi

cauallo.» El dicho cauallero, que no quisiera ser nacido, escusóse, pero al fin tomó la lança y fuese para el toro apadrinándole el Emperador; en poniéndose á lance, con estar el toro herido cerró con él, y sin acertalle con la lança por muy turbado, dió con él y con el cauallo en el suelo, y si el Emperador no le socorriera lo pasára bien mal. Díjole el Emperador, estándole los lacayos limpiando las paxas: «¿paréceme que soys mejor maestro de palabra que de obra?» El estar en sí es lo que allí vn hombre pone de su parte y lo que todos notan.

Oy contar que en Córdoba aguardó vn cauallero que se decia Pedro de Aguayo de Heredia, vn toro muy brauo, y era tan enhiesto el toro que con la caueça cubria todo el cuerpo; en tomando el cauallero, la lança cerró el toro con él, y no pudiéndole descubrir más que la caueça, como tenía allí hecha la puntería, desuarahustó la lança, y el toro dió con él y con el cauallo en el suelo, y era tan brauo el toro que boluió á recaçar al dicho Pedro de Aguayo, el qual se yua leuantando, y ántes de estallo vió con la presteça que el toro benía á él, y estaua tan en sí que acabó de leuantarse con la lança en las manos y se la puso delante al toro, el qual se la atrauesó por los pechos y coraçon y cayó atrauesado á sus piés. El dicho Pedro de Aguayo dejó la lança y echó mano á su espada con la qual le acauó de matar á muy finas cuchilladas. No lo hiço así vn cauallero de vna ciudad del Andalucía, que auiendo fiestas de ciudad acudimos á ella mucha gente de diversos lugares; salió un toro raçonable y cúpole la suerte de esperalle á vn cauallero moço que no debiera; salió á aguardar su toro sin sentido y disfigurado,

que la marlota era amarilla y la cara era tan amarilla que todo era de un color; tomó su lança y fuese para el toro, el qual cerró con él dando con el cauallo y con él en el suelo, y de la caida perdió la capa y la espada y la caperuça, de manera que quedó en cuerpo con vnas espuelas de hasta calçadas. Levantóse muy deprisa pensando todos que yba á tomar su espada para vengar su injuria; mas él que no curaua de eso, cerró con sus despojos alçándolos con mucha presteça, y desque los vbo cogido partió como un halcon hácia la puerta, que parecia que en lugar de espuelas llevaba alas; salió por ella y nunca más le vimos en la plaça.

Quien fué la prima de torear con lança, fué D. Pedro Ponce de Leon, el de Sevilla, hermano de los Duques de Arcos, que entónces eran. Este cauallero dió infinitas lançadas con tanta destreça, que era más conocido por el nombre de toreador que por el suyo, porque mató muchos toros ántes que llegáran con los cuernos á los pechos del cauallo. Oy contar á vna señora que fué grande cosa suya, que xamás le oyó contar suerte buena que le vbiese sucedido, sino quando el toro le derrivó y le truxo colgando por las cuchilladas de las calças.

En Córdoua ay muchos caualleros que hacen esta cauallería por extremo, pero quien más buena suerte tiene en esto son los caualleros Godoyes, que parece que con el nombre heredan la buena estrella de hijos á padres y de sobrinos á tios. Algunos caualleros se suelen ensayar para esta cauallería haciendo traer vn toro brauo á vn corral ó al matadero y allí enjerille unos cuernos sobre los suyos, bueltas las puntas tan atras

que sea imposible herir ni lastimar al cauallo. Esto ví hacer vna vez á vn cauallero, y no me pareció mal, que con esto se saue lo que se a de hacer en la plaça. Advierto que si el toro por brauo que sea no quiere al cauallo, a de yr el cauallero poco á poco hasta ponelle el hierro en la frente y echar al toro de su lugar, y entónces dexará la lança, excusándose el cruçar de peones ni que se le llamen; que si el toro le quisiere acercándose á él le querrá, y si teme la lança él huyrá, y así a de estar todo lo de á la redonda, desenvaraçado y sin gente, y para esto es el padrino ó los padrinos.

CAPÍTULO VIII.

Cómo se a de torear con el garrochon.

La principal causa de quedarse los caualleros en la plaça con los toros es para socorrer los peones; hacer este socorro bien hecho y con agilidad, es cosa que parece muy bien. Así el cauallero que determinare quedarse en la plaça con los toros, a de lleuar prosupuesto que le an de matar el cauallo los toros y que él a de rodar, y el que vbiere hecho esta consideracion, no dudará de emprender qualquier socorro de peon y hacer mill suertes buenas. Parece que el garrochon su principal yntento de vsarse fué para el dicho socorro: es vna cauallería muy bien parecida y para que se hagan muy buenas suertes está toda la importancia en el cauallo; que de ninguna manera tema al toro, que sea muy presto y muy rebuelto. Teniendo vn cauallo á propósito quien quisiere torear con el garrochon lo podrá hacer en esta manera. El garrochon a de ser de siete palmos sin el hierro; a de ser el hasta de pino, porque quiebre, y la cuchilla de hoja de oliva, no burda, para que hagá más herida; del medio para abajo, hácia el hierro, a de ser más delgado que del medio para arriua; no a de lleuar fiador, sino sólo vna mosca en el cauo

donde afirme el pulgar. La capa la a de lleuar en la postura que e dicho para correr la carrera, sólo que baya caida del hombro derecho; el garrochon se a de lleuar empuñado por el cauo y puesta la mano sobre las calças del muslo derecho y la punta del garrochon hácia auaxo, y con esta postura se vá ya para el toro cara á cara, y si el toro cerrare con él, alçará el braço poniéndole el hierro entre los cuernos ó en el ceruiguillo, sacándole el cauallo casi por el mismo filo que uá torciendo vn poco hácia el lado yzquierdo, de manera que uenga á hacer la suerte al estrivo. A ancas bueltas no me parece buena cauallería con el garrochon, así digo se escasee todo lo posible, y si acaso no pudiere ser otra cosa por salírsele el cauallo y despues seguille el toro, podrá reboluerse sobre las caderas del cauallo y yr guiando el cauallo hácia el lado derecho, y desta manera bendrá á atrauesar el cauallo y quedará dispuesto para que la suerte sea buena. Tambien me parece muy bien que si despues de quebrado el garrochon le siguiere el toro, con el cauo que le queda en la mano le dé de palos.

Los ynventores desta cauallería fueron los caualleros de Castilla, y el primer lugar que la vsó fué Salamanca: allí ay vn cauallero diestrísimo en ella que se llama D. Rodrigo de Paz, del áuito de Calatraua. Tambien es diestro en ella por todo extremo, el Marqués del Algaua Don Luis de Guzman, y el Marqués de Hardales, Don Juan de Guzman; otros muchos ay que por ser cosa prolixa no los digo aquí. Vna suerte le vi hacer al Marqués del Algaua Don Luis de Guzman en la plaça de Madrid en vnas fiestas, digna

de su gallardía y uiçarría. Vbo vnas fiestas que hiço la villa, en las quales se halló el prudentísimo Rey Don Phelipe segundo y las dos Serenísimas ynfantas y el Serenísimo príncipe Don Phelipe tercero deste nombre; estaua la jaula con los toros devajo el tablado de los Reyes; sólo hauia en la plaça ochenta hombres de librea para torear, auiendo despejado la demás gente, sin auer en ella ningun cauallo. A esta saçon entró el Marqués del Algaua Don Luis de Guzman en vn cauallo rucio: lleuaba delante ocho lacayos de librea con ocho garrochones; fuese para donde los Reyes estauan, y en hablándoles dió buelta á la plaça y boluió á ponerse frontero de los Reyes á tiempo que soltaron de la jaula vn muy brauo toro; en saliendo tomáronle entre manos los hombres de librea que estauan diputados para sólo torear: vno descuidóse y asióle el toro, echándole vna pica en alto, el Marqués caminó para el toro, el qual quando lo uido partió para él con la mayor presteça y ligereça del mundo; el Marqués tomó vn garrochon á vno de los lacayos y salió á receuir al toro, y poniéndole el garrochon entre los cuernos le dió por tal lugar, que como benia el toro desapoderado al cauallo y sintió el hierro en su caueça, dió vn salto tan alto que cayó de espaldas en el suelo con el hierro todo dentro por la nuca y vn palmo de hasta fuera; quedó tan muerto sin menear pié ni mano como si vbiera vn mes que lo estubiera. La suerte fué tan buena y pareció tan bien á los Reyes y á toda la Córte, que las Damas desde el tablado se la loaron y agradecieron con muy grandes demostraciones, y aunque otros caualleros an muerto otros toros delante de sus Reyes, no a

sido con aquella biçarría ni requisitos que tubo esta suerte.

Tambien parece muy bien en fiestas de plaça, juntarse seis caualleros ó más con los garrochones y en parándose el toro andar á la redonda dél poniéndole siempre los hierros en la frente, trayéndole á la redonda y á cada buelta que den yrse acortando hasta que le puedan picar en la cara y salga tras el que saliere.

CAPÍTULO IX.

Cómo se a de dar cuchillada á los toros.

La cauallería más dificultosa de quantas se hacen es dar las cuchilladas á los toros: esto no se entiende en las casuales ni las que se dan socorriendo peones, porque estas dichas, vá vn cauallero puesto mano á su espada y cierra con el toro como puede, ya por detras, ya por el lado, ya por la caueça, entrándole por donde más cerca le cae, hiriendo al toro donde puede. En esta manera de poner mano á la espada ay muchas opiniones diferentes vnas de otras, y aunque las que son diferentes de la mia son de caualleros muy bien entendidos y que dan muchas raçones muy buenas, con todo yo no me e podido apartar de la mia, no porque sea la mejor, sino por parecerme á mí que es buena, dexando á que cada vno siga la que mejor le pareciere.

Dicen muchos que si vn toro coge vn peon ó derriba á vn cauallero de su cauallo, acuden todos los cercanos al socorro, puesto mano á sus espadas, y como acaece, no pueden todos dalle y el toro sale huyendo por la plaça, que tienen obligacion los tales que an puesto mano á sus espadas no entrallas en la bayna hasta auer herido con ellas al toro; yo digo que si vn toro coge á vn peon y vn cauallero llega con muy buena deter-

minacion á socorrello, puesto mano á la espada, si este toro se está quedo a de cerrar con él dándole muy finas cuchilladas; más si este toro sale huyendo como sucede casi siempre, que no tiene para qué el tal cauallero yr por la plaça hecho San Jorge con la espada en la mano tras el toro, que siempre ó las más veces ni hacen nada ni alcançan al toro, sólo dan que reir á los que los miran; sino que en el punto que este cauallero llegó á socorrer el peon, si el toro sale desatinado huyendo, pare su cauallo y enbaine su espada, y si el toro salió cualque ocho ó diez pasos, y se paró, en tal caso podrá cerrar con él y dalle, pero si se aleja más, no le vaya á seguir ni á buscar. Estas son diferentes á las cuchilladas que se van á dar de propósito: estas son las dificultosas, aunque a auido caualleros diestrísimos en ellas. Estas se an de dar al estriuo en esta manera: lleuando su capa en la postura que para el garrochon, yrá á buscar al toro á la parte y lugar que más le gustare hacer la tal caualleria, y pasará su cauallo por delante de la cara del toro con tal compas, que aunque el toro cierre con él no le saque el cauallo, porque á ancas bueltas no vale nada la cuchillada, sino al estriuo. Quando viere que el toro cierra con él, sacará de golpe su espada por cima el braço yzquierdo, alçando la mano y el espada en derecho del oydo derecho, la punta para arriba, y dará vna buelta uñas auajo en el ayre con la espada de manera que uenga cortando el ayre con los filos della y descargará el golpe sobre el ceruiguillo del toro, que á este ynstante a de estar el toro descargando el golpe al estriuo del cauallo, y dándole la cuchillada y sacándole el cauallo a de ser todo á vn tiempo y por

auer de ser todo tan á tiempo y con tanta medida y compas, digo que es dificultosísimo. Si se tarda en sacar el cauallo, viéneselo á desuarrigar el toro; si se lo saca ántes de dalle la cuchillada, queda muy desayrado, porque, como está dicho, todo a de ser á vn tiempo. Con todo eso a auido caualleros diestrísimos en esta cauallería y que an muerto infinitos toros. En Córdoua vbo vn cauallero muy principal que se llamaua Don Gomez de Figueroa y Córdoua, señor de la Villa del Encinar de Villaseca, que en Sevilla en los casamientos del Rey Don Phelipe Sigundo mató más de dos toros á cuchilladas, cortándole todo el cuello de vna sola cuchillada, quedando tan conocido por esto, como por ser viznieto del Marqués de Priego y del Maestre de Santiago el Tiñoso Don Lorenço Suarez de Figueroa. En Auila en nuestros tiemps ay vn cauallero muy principal Don Rodrigo de Auila que a muerto muchos toros de vna sola cuchillada.

CAPÍTULO X.

De la manera que se a de andar con los toros con la barilla ó caña.

La cauallería de los palos á los toros con la garrocha ó caña es la más bien parecida y más vsada de todas, y haciéndose con donayre y destreça, fuera de la lança, todas le pueden rendir uasallage. Ase de buscar vn cauallo presto y que no sea colérico, ántes tenga algo de flegmático, con que acuda con presteça á los piés. La vara ó caña a de ser de cinco palmos y no más. Tomada su caña en la mano derecha, lleuando su capa en la forma dicha para el garrochon y el braço derecho con la caña caida sobre las calças del lado derecho y la punta de la caña hácia el toro; en esta postura se atrauesará por la cara del toro y queriendo le dará los palos que pudiere en la cara, sacándole el cauallo, y si despues de sacado le boluiere á querer el toro, le yrá aguardando y ancas bueltas derriuandose sobre las caderas de su cauallo le boluerá á dar los palos que pudiere, no dando ninguno en vago, que es muy gran fealdad, y sacará su cauallo, y desta manera siendo su cauallo á propósito hará mill suertes toda la tarde, y aduierto que quando se reboluiere á ancas bueltas para dalle al toro de palos, baya con los piés y piernas tan asido á la silla que por presto que sea el cauallo no

le dexe en vago. Yo vi en vnas fiestas de plaça en Córdoua á Don Gomez Fernandez de Córdoua, vn cauallero muy principal de la órden de Santiago y señor de la villa de Belmonte, querer dar de palos á vn toro muy brauo, y aunque él era muy gentil hombre de á cauallo, el cauallo era tan presto que al primer palo que le dió al toro, se salió el cauallo con tanta presteça que le dexó en vago y cayó sobre la cara y caueça del toro; el qual dió vn bufido y pasó por cima de él sin hacelle ningun daño, siendo el toro muy brauo.

Digo que la cauallería de la lança es la mejor de todas, respecto á que se hace á pié quedo y las faltas son patentes á todos, lo que no tienen las demás cauallerías, que andará vn hombre toda vna tarde con vn garrochon en la mano vna legua de vn toro alçándolo y bajándolo toda la tarde sin llegallo á ensangrentar por guardar su cauallo, y dice á los demas: «¡oh que desgraciado e andado, que no me a querido el toro, y es que él no quiso al toro!» Otro llega puesta mano á su espada á socorrer vn peon, y ántes de llegar vna legua quiébrale la boca al cauallo y hace que le dá con los piés y dice á los circunstantes: «¿an uisto vs. mrdes. cómo teme este cauallo á los toros que no ay remedio de llegalle?» y es que él es el que teme y no el cauallo. Vá otro á dar de palos á vn toro y no se llega á compas, y dice, que no le quiere el toro, y si acaso se llega de manera que le quiere, parte sin tiento dando palos en el ayre y dice: «al mejor tiempo se me quedó el toro, y es que él dejó al toro.» Quien fué la prima de torear con vara ó caña fué Don Diego Ramirez, aquel cauallero de Madrid tan conocido por su linaxe ser tan ca-

lificádo, como por las buenas partes de su persona y muchas suertes que hiço con los toros á pié y á cauallo, pues destas cosas ay impresos mill romances. En Córdoua ay infinitos caualleros muy diestros en esta cauallería, y algunos por extremo, los quales no nombro porque no se quexen los demas.

Otra cauallería ay que se hace con vna caña larga, y es tomar vna caña larga por el cauo y aguardar al toro á ancas bueltas, y en partiendo el toro al cauallo, como se fuere llegando entralle la caña por entre los braços y que esté arrimada á la cara del toro de manera que no la pise y dexallo que llegue hasta la cola del cauallo; desta manera lleualle toda vna plaça ó toda vna calle, y en pareciéndole al cauallero, sacalle el cauallo y la caña y de punta dalle con ella en la frente hasta que se haga pedaços: es cosa que parece muy bien. Otra cauallería le vi hacer al Duque de Arcos Don Rodrigo Ponce de Leon, con el mayor ayre y agilidad que e visto: con las riendas del cauallo le dió en la cara á vn toro muy brauo, con ellas trayéndole muy gran rato cebado al estriuo derecho por toda la plaça y dándole siempre con ellas en la cara, y esto fué despues de auelle quebrado vna caña en los cuernos, hasta que no le quedó cosa con que darle. Este príncipe es de los mayores hombres de á cauallo, ni que mejor trae su cauallo de quantos yo e visto, y el más ayroso.

CAPÍTULO XI.

De la manera que en Córdoua se hacen fiestas de plaça.

Cosa muy sauida es en toda España que Cordoua tiene más casas de caualleros mayoradgos ella sola, que dos ciudades juntas de España de las mayores y más pobladas; y con auer tantos y de cada casa auer muchos hijos, an procurado siempre conservar sus nobleças y limpieças, casándose los vnos con hijas de los otros, y los que an salido fuera á casarse, a sido con casas muy calificadas y conocidas por tales. Así la nobleça de Córdoua está muy envejecida y apurada y dentro del lugar la más respetada del mundo; porque aunque ay mercaderes y ciudadanos muy ricos de á quatro y cinco mill ducados de renta, no tienen lugar en yglesia, ni en parte pública donde concurran caualleros; así en las fiestas que se hacen no sólo no entran en ellas, ni corren en las carreras, ni van á vellas á cauallo porque no los echen, como a sucedido muchas veces apeándolos de los cauallos. Y pudiérase hacer esto con más rigor, despues que Su Magestad el Rey Don Phelipe Segundo estubo en Córdoua, que favoreció tanto los caualleros della y la gineta, que demas de las muchas fiestas generales que le hicieron, holgaua que todos los dias de fiesta vbiese carrera delante de palacio,

asistiendo siempre Su Magestad á ella, vnas veces descubierto y otras detras de vna gelosía, y Don Diego de Córdoua su caualleriço junto á él, para que le dijese los nombres de todos, que á pocas bueltas Su Magestad los conocia por sus nombres. Sucedió que vn mercader muy rico tenia vn muy gentil cauallo y acordó de ponelle vn jaez y yr á correr delante de Su Magestad; luego que vbo començado á correr le desconoció Su Magestad y preguntó á Don Diego de Córdoua quién era aquel cauallero. Don Diego respondió que no le conocia. Díjole Su Magestad: «¿pues así conoceis los de vuestra tierra?» Respondió: «como ay tantos dias que salí de Córdoua, no conozco sino á mis deudos, que lo son todos quantos ay en Córdoua y ese no lo deue ser, pues no le conozco.» Embió á sauer quién era y díjole á Su Magestad: «Señor, es vn mercader.» Respondió Su Magestad: «¿no decís que no dexais correr entre vosotros semejante gente?» Dijo Don Diego: «como está aquí Vuestra Magestad, no se atreuen á echallo.» Su Magestad mandó llamar vn Alcalde de su Córte y le mandó echase aquel mercader de allí y que no dexase de allí adelante correr á hombre que no fuese cauallero y señalado por los caualleros de Córdoua.

Casóse vn hidalgo de vna ciudad del Andalucía en Córdoua con vna hija de vn mercader, y el dicho mercader se obligó á tenelle en su casa no sé que años. Luego que bino á Córdoua compró un cauallo y vn jaez en setecientos ducados; desque se vió en su cauallo enjaeçado deseó vbiese vna carrera ó fiesta para sacar en público su gineta. Ofrecióse benir cerca el martirio del glorioso San Zóilo, que es á veintisiete de Junio:

este sancto fué natural de Córdoua y cauallero muy principal della; tiene vna cofradía donde son cofrades muchos grandes y Obispos y caualleros; hácesele en su dia vna solemne procesion y fiesta y á la tarde toros y juego de cañas. El dicho hidalgo, muy contento de cumplir su deseo, el qual entendido por los diputados de la fiesta dijeron públicamente para que viniese á su noticia: «Don Fulano dicen que quiere venir aquí á correr con nosotros: díganle no haga tal, porque si acá viene, boluerá muy mal tratado.» Sabido por el hidalgo la resolucion de los caualleros, acordó de yrse al Corregidor, que á la saçon lo era Don Juan Gaytan de Ayala, cauallero de la órden de Santiago. Entró el dicho hidalgo y díjole muy turbado que él era vn cauallero muy principal y que podia correr donde quiera y que él lo pensaba hacer el dia de San Zoilo, aunque le auian dicho que los caualleros diputados de la fiesta no le avian de dexar correr por ser forastero, que mandase su merced llamallos y acauar con ellos que corriese porque no sucediese vna desgracia. El Corregidor, que era vn gran cortesano le respondió: yo estoy muy agradecido destos caualleros que an holgado que Don Luis y Don Francisco, mis hijos, entren en su fiesta, y me los an onrado con esto y sería pagarles muy mal torcelles su gusto; así por esta vez podrá vuestra merced excusar el molerse, y luego haga vuestra merced otra fiesta en su calle, que yo le daré licencia, y no combide á ninguno de todos quantos entraren en ésta. El dicho hidalgo no le pareció buen medio éste, y díjole al Corregidor que para quedar con su onor, le mandase prender en vna torre como á cauallero y le pusiese ocho

guardas; el Corregidor lo hiço de muy buena gana, haciéndole hacer primero vna cédula como la prision y guardas era á su pedimento.

Así quando se ofrece hacer fiestas en la plaça pública por ciudad, la órden que se tiene en todo es desta manera: juntos los beintiquatros y jurados en el cauildo, sientan el dia que a de ser la fiesta para que se pregone con trompetas y atabales; luego señalan las quadrillas, que siempre son seis; dos caualleros veintiquatros y el Corregidor, que son tres quadrillas y nombran otros tres de fuera del cauildo, que son por todos seis quadrillas. Nombrados los de fuera, se les lleua vn recado de parte de la ciudad haciéndoles saber la fiesta y nombramiento para que aceten; ellos responden agradeciendo y estimando la merced que la ciudad les hace, y así cada vno por su parte comiença á hacer su quadrilla buscando los mejores hombres de á cauallo que puede, y todas an de ser de doce para arriba, de ménos no; y así lo son todas de diez y seis; la del Corregidor entre todos la hacen ó le dan los que faltan. Cumplido el número, casan las colores de todas seis quadrillas y echan suertes qual le caue á cada vna y tambien echan suertes qué quadrilla a de entrar delante, porque la de atras es la del Corregidor, y quién tras del primero y las demas. Sauido el número de las lançadas, echan suerte qual a de ser la primera y la segunda y las demas, porque al que le saliere toro ruin, no puede esperar hasta pasada la rueda. Para henchir estas quadrillas ay bastantes caualleros todos muy principales, quedando otros tantos ó más, ágiles para poder entrar. Cada vno

saca su librea á su costa sin que la ciudad ni el quadrillero les dé nada, y quando mucho vn mal rocin y vn jaez que no se puede llevar. Todos embian por cauallos y xaeces á toda la comarca ó los compran, y ninguno ay que no tenga de quatro cauallos para arriua, y á ninguna parte se pueden prestar como á Córdoua, porque los tratan muy bien y no les hacen más mal que el dia de las fiestas, y ese dia con mucha moderacion.

Aquellos dias ántes de las fiestas son bonísimos, de mucha carrera, prouando los cauallos, y van mill damas á la plaça, de manera que cada dia es dia de la fiesta. Se juntan las quadrillas en vna parte diputada junto á la plaça, y allí cada quadrilla toma su lugar que le cupo por suerte. Cada cauallero lleua dos lacayos de librea, de manera que parece la plaça de los de á pié y á cauallo un jardin de flores; para la entrada todos lleuan xaez y boçales en los cauallos, vnos de oro, otros de esmaltes, otros de plata, cada vno como puede; todos con sus lanças en las manos con sus beletas de la color de las libreas. Delante van los atauales, trompetas y menestriles con sus libreas, y por esta órden van entrando. A la puerta de la plaça están quatro caualleros con capas y gorras diputados para ordenar la entrada y para todo lo demas de la fiesta; luego que a entrado la música y se pone á vn lado de la plaça, entran de dos en dos tan á compas y parejos que parece que es vno el que corre, vsando de la lança como está dicho que parece que es vna entrambas á dos, sigun van á compas, haciendo los movimientos con ellas; van entrando de

manera que parando vnos llegan otros á la mitad de la carrera, y otros comienzan á partir con tanto compas y órden que siempre ay en la carrera tres parejas, vnos parando, otros corriendo, otros partiendo, y por la misma órden dar tres carreras, entrando y boluiendo á salir y boluiendo á entrar; luego dan buelta á la plaça paseando. Algunos caualleros viejos y otros que no tienen cauallos para torear, se suben á las bentanas, quedando siempre en la plaça más de cinquenta para torear, haciendo cada qual mill suertes en los toros que á ésta sacan. Los comiençan á soltar, vnos torean con lança, otros con garrochon, otros con la barilla, otros dándoles mill cuchilladas, otros están corriendo traueses: de manera que todo el dia están entreteniendo la plaça y siempre ay que ber.

Acauados los toros toman sus adargas, diuidiéndose las quadrillas tres en cada parte, sálense fuera de la plaça á tomar las adargas, en el entretanto están los caualleros diputados de capa y espada, despejando la plaça de los peones. Desque está desembaraçada entran á vn tiempo vnos por vna parte y otros por otra, de vno en vno, con su adarga embraçada y su caña en la mano, á media rrienda, tomando cada vno el lado diferente del otro, dando vna buelta en redondo á la plaça, que parece en extremo bien, porque todos lleuan enigmas y cifras, y letras y bandas en las adargas. Dada esta buelta se quedan cada tres quadrillas en su puesto, y en tañendo la música arremete la que le toca y dá Santiago, yendo tan parexos y tan en órden como si fueran dos compañeros solos; luego bueluen adargados

recibiendo la carga, y desta manera juegan muy gran rato; y desque les parece á los caualleros diputados de capa y espada, entran de por medio metiendo paz y luego para el juego; van á mudar cauallos y bueluen á correr y á tirar cañuelas el que las ha de tirar, que hasta esta hora y este tiempo no se an de tirar. Con esto se acaua el dia y la fiesta. Desta manera y por esta órden son todas las fiestas de plaça en Córdoua, con librea.

CAPÍTULO XII.

De la manera que se hacen fiestas en Córdoua sin libreas, con capas y gorras.

Muy de ordinario suele auer fiestas en Córdoua, ó por casamiento ó nacimiento de algun señor de las casas de Córdoua ó de alguno de los particulares caualleros de ella. Estas tales fiestas se hacen muy de ordinario en vna calle que a por nombre la de la Feria, y es donde más bien parecen las fiestas: es de ancho beinte varas y muy larga con gran summa de aximeces de vna y otra banda. Esta se ataxa quedando vna muy buena carrera de cauallo y por los lados se ponen vnos cauallos de madera en que se hacen andamios para la gente ordinaria; estos cauallos la vienen á ensangostar casi dos varas.

Los auctores de la fiesta, hecho vn cartel que dice la ocasion porque se hacen, ban á combidar por barrios y casas hasta auer juntado sesenta ó más y no ménos: todos procuran salir ese dia muy galanes y costosos, muchos de colores bordados, plumas y martinetes que es mucho de ver. El dia de la fiesta ban temprano á la fiesta á dar buelta á la calle y ver entrar las damas y ver las que an entrado; luego se suben á las ventanas, que como es calle no pueden andar con los toros arriba

de seis ó ocho, y estos an de ser muy diestros para que no les sucedan mill desgracias. En estando la causa por quien se hace la fiesta ó la Justicia en las ventanas, comiençan á soltar toros, y yo e visto toros muy brauos, y las veces que yo me e hallado en la calle para torear, confieso que me holgaua quando salia alguno manso, porque realmente la calle es un cañuto: en fin con ser calle y toros muy brauos y quedarse siempre seis u ocho caualleros, andar tan bien y tan arriscados sin suçederles desgracia, que es milagro notable. Acauados de lidiar los toros, toman sus cauallos y se salen fuera de lo ataxado y comiençan á entrar con sus cañas en las manos tan parexos de dos en dos como si fuera vno, auiendo siempre en la carrera vnos parando y otros corriendo y otros partiendo. Acauada la entrada se parten vnos á vn puesto y otros á otro, compasando las quadrillas conforme los que ay de juego y comiençan á jugar de tres en tres las quadrillas, y desta manera por la órden dicha no trabaxan tanto los cauallos ni caualleros. Acauado el juego toman cauallos y vnos corren parexas, otros tiran cañuelas, otros que tienen cauallos finos de carrera corren á solas hasta que se acaua el dia y la fiesta. Tambien suelen jugar á las cañas de rodeo, quando se juega en plaça quadrada y parece muy bien y no se trabaxa tanto. Desta manera diuídense los jugadores en quatro quadrillas cada puesto en su rincon de la plaça, y el puesto que está al lado yzquierdo de la plaça acomete al puesto que está frontero dél, que biene á ser el que está al lado derecho de los puestos contrarios; y dada su carga salen á media rrienda por delante el puesto contrario que está á la otra

mano yzquierda, de manera que el puesto que recibió la carga se está quedo y desde este puesto al otro ban como e dicho á media rrienda pasándole por delante, el qual sale tras los adargados, los quales se ban á entrar al puesto de su mano derecha de á donde salieron; porque lòs que allí están, luego que ellos salieron á dar la carga, se ban á ocupar aquel puesto donde los otros salieron, dexando el suyo desembaraçado para que lo ocupen sus amigos que vienen recibiendo la carga. En auiendo los contrarios hecho sus cañas, ban á media rrienda como está dicho, pasando por delante del otro puesto, el qual sale tras dellos dando su carga y los que la rreciuen se ban á entrar al puesto que no salió quando le dieron el Santiago, que ya éstos le an desocupado y ido á tomar el otro puesto para salir tras destos que le an de pasar por delante como está dicho. Es juego que parece muy bien y mucho más fácil que esotros, saluo que la plaça a de ser quadrada para que parezca vna escaramuça muy trauada.

CAPÍTULO XIII.

Que trata de algunos adbertimientos para casos que suceden.

Muchas beces suceden cosas tan sin pensar, que no le pasa á los hombres preuenillas, porque xamas las ymaginaron, y para si sucede que es lo más cierto, es bien sauer dalles el mejor remedio que se pueda y yr muy adbertidos si la tal cosa suscede, el remedio que le darán. Es muy ordinario, acauados los juegos de cañas, quedar las plaças ó las calles tan poluorosas que apenas á quatro cuerpos de cauallo se bee vn hombre; así es bien quando la plaça está desta mauera no correr, porque es quando suceden muy grandes desgracias; yo e bisto algunas de choques de caualleros caer más de ocho juntos que corriendo vnos traueses no se bieron hasta que chocaron, quedando perniquebrados dos ó tres. Tambien es cosa muy sauida del choque de los quatro caualleros de Valladolid que quedaron dos dellos muertos y vno de los biuos es Don Diego de Vargas Carvajal, señor de la villa de Santacruz del Puerto en Trugillo y caueça de los Vargas de aquella ciudad, y vno de los mejores gobernadores que Su Magestad tiene.

Si por caso sucediere benirse á encontrar y quando se bee el daño está tan en la mano que no tiene remedio, el

mejor de aquel tiempo es dalle rrecio con los piés al cauallo para que corra con más furia, que el que entónces tubiere más furia, con gran facilidad pasará por cima del otro. A mí me sucedió auiendo vna fiesta en vna calle, despues del juego de cañas, començaron á correr y corria en vn cauallo mediano que corria famosamente y corria solo, y los que corren solos, siempre corren á la postre de las parexas. Acauada de correr vna carrera, boluieron á correr otra; yo quando quise correr mi cauallo començó á rehusar, aunque no tanto que se pudiesen engañar los demas que yo no queria correr; partieron dos corriendo parejas en dos muy gentiles cauallos hácia donde yo estaua y yo partí hácia ellos; la calle acía vn poco de buelta y el vno no me bió tan presto como el otro y el que primero me bió paró su cauallo crecido y muy bueno; quando me bió estariamos dos cuerpos de cauallo el vno del otro, turbóse de manera que començó á parar su cauallo y torcello en la calle de manera que lo atrauesó; mi cauallo corria muy finamente y muy menudo y muy aprisa y muy leuantado; díle rrecio con los piés y vínele á coxer por medio de las caderas de el cauallo y pasó el mio por cima como si no topára en nada; al salir fué tropeçando, más no cayó, que con la mano y los piés no le dexé caer. Quando boluí la caueça al rruido y mormollo de la gente, hallé tendido al cauallo y cauallero en aquel suelo, y el cauallero tan mal parado que en muchos dias no se leuantó de vna cama y si él hiciera lo que yo, sospecho que yo fuera el mal parado.

Tambien sucede yrse vn cauallo de boca: es menester vsar destos remedios, alargalle la rrienda y luego

llamallo dándole vnos golpecitos, y con esto suelen algunos parar; y sino quisiere parar de esta manera, vaxar la mano derecha y tomar la rrienda derecha y con ella sola darles vnos golpes y parará.

Tambien sucede quebrarse vna rrienda yendo corriendo; para podello parar se a de echar la otra sana por cima del rrostro del cauallo y parará.

Tambien sucede començar á correr vn cauallo vn dia público de fiesta y en mitad ó á principio de la carrera, rrepararse, ó corbear, ó entrarse entre la gente. Paréceme que si lo tal sucede á vn cauallero, que la mayor cordura y destreça es parallo y quitalle el pretal de cascaueles y no corrello más aquel dia; que despues en el campo podrá quitalle aquel vicio con el castigo, porque de hacello allí aquel dia e visto mill desconciertos y desgracias, que dias semexantes no son para domar potros ni quitar malas yntenciones á cauallos.

Tambien suele disparar vn cauallo y yr á chocar con la caueça á vna pared, y biéndole sin remedio de parar con los auisos dichos, el más eficaz para salir vn hombre sin arroxarse y el más cierto, es enhestarse en los estriuos y afirmarse con entrambas manos en el arçon delantero huyendo la caueça y cuerpo vn poco atras, que en topando el cauallo en la pared con su caueça, aunque ellos la guardan con la espalda, estando el cauallero en la postura dicha, saldrá de la silla con el golpe del cauallo tan ligero como vna pelota y vendrá á caer de piés.

Tambien se a de excusar vn cauallero de correr en cauallo que cruça las manos, ó andando ó corriendo, que es la más peligrosa cossa del mundo. Yo corrí vna vez

en vn cauallo que cruçaua, y yendo corriendo muy bien el cauallo porque lo hacía por extremo, al primer tercio de la carrera le ví cruçar las manos en el ayre y con las herraduras se asió la vna con la otra de manera que no las pudo abrir y bino á caer, y fué tan apriesa todo que queriéndolo remediar con los piés y las manos, no tube más lugar de decir: «Jesus Dios sea conmigo»; ántes de acauar de decir esto ya se auia estrellado en el suelo conmigo, quedando él desespaldado y yo por cinco oras tan muerto, que todos entendieron lo estaua; y tube que soldar la cayda casi vn año sin quebrarme hueso ni coiuntura, á Dios gracias. Así que en cauallo que cruce, no subiré en él por ningun caso ni aconsejaré á nadie que le tenga en su casa.

Parexas es muy de fuerça correllas, así por las entradas de las fiestas como corriéndolas se encubre mejor la gineta que no es buena y la mala carrera del cauallo; y porque es muy ordinario por la ligereça de algunos cauallos alargarse de los compañeros y para parecer bien se a de yr parexos, para aguardar al compañero en ninguna manera se a de boluer la cara á ber si biene ni á decille que ande, que ya él se lo saue y hace lo que puede; lo que se ha de hacer es templar el cauallo hasta que el otro emparexe lleuando su cuerpo y rostro derecho, que con el cauo del ojo luego saue si emparexa ó no.

Para que vn hombre corra en público á solas, es menester que el cauallo corra muy menudo, muy apriesa y con gran determinacion y el cauallero tenga muy buen ayre, ser muy lindo hombre de á cauallo; que como corre á solas, míranle de todas partes y como le

miran tantos ojos nótase todo lo que hace. Vbo vn cauallero en Cordoua muy mal hombre de á cauallo, que tenia uno que aunque corria bien estaua muy flaco y muy mal tratado y ordinariamente le traia muy mal enxaeçado, y de parte de todo lo dicho en las fiestas ó carreras que auia nadie queria correr con él, aunque era cauallero; así corria á solas siempre. Los lacayos tomáronle á su cargo y començáronle á dar grita con permision de todos rrespecto que no corriese segun lo dicho, y él con ser hombre más viejo que moço y de buen juicio al parecer, en biéndose sobre el dicho rrocin, no le quedaua ninguno y pensaua que la grita de los lacayos eran alauanças de quán bien corria su cauallo. Vn dia de Santiago en vna carrera que vbo en la calle del glorioso santo fué tanta la grita que le dieron, que dos deudos suyos, vn clérigo y otro cauallero, acordaron de sacalle de la calle y lleuándole en medio de entrambos ybanle rreprehendiendo quan mal hacía en tales dias correr en semejante cauallo tan flaco y tan mal adereçado; él oyó con mucha paciencia la reprehension, y quando le pareció que era tiempo de rresponder, dixo: «deste cauallo dicen mal; juro á tal que es de embidia»; y diciéndoles esto le dió con los piés al rrocin y corrió toda la calle por donde yban; ellos se quedaron santiguando y se boluieron sin aguardalle.

Vbo en este tiempo otro cauallero, muy mal hombre de á cauallo; sucedió llegar á Cordoua vn señor de Castilla, el qual fué guésped de Don Diego de Haro, y por festejar su guésped solicitó vna muy solemne carrera. Concurrieron muchos hombres de á cauallo, y como yuan corriendo yua Don Diego de Haro dicien-

do á su guésped: éste es Don Fulano, natural de Córdoua; llegó corriendo aquel cauallero, y porque no biese que en Cordoua auia sólo vn mal hombre de á cauallo, dixo: «Señor, éste es forastero.» Solemniçóse tanto el dicho como lo merecia; más si fuera en esta era, creo vbiera más forasteros que naturales.

Tambien es menester aduertir que se sepa qué áuito se a de poner el cauallero para hacer mal á la gineta: calças, rropilla, capa y gorra éste es el áuito perfecto, y todo lo que fuere fuera desto es ympropio, como es calçones, coleto, ferreruelo, sombrero. El adereço perfecto de la gineta y con que los cauallos corren más bien y andan más desembaraçados, son adereços que se entienden, caueçadas, pretal, estriuos de plata y vna querda de plata con la borla algo cumplida y vn caparaçon: esto sirue para torear, para jugar á las cañas, para tirar cañuelas; finalmente, para todas las cauallerías que se hacen en vna fiesta. Sólo para entrar, parece muy bien vn cauallo con vn jaez y vn gentil boçal, que como no dan más que dos ó tres carreras á la entrada, puédelo vn cauallo sufrir. Otros vsan vnos tafetanes ó vnas tocas con vnas grandes rrosas entre los oydos de los cauallos, y á mi gusto es vna cosa muy desayrada y que parece muy mal; frenos dorados ú plateados parecen muy bien.

Plumas en las testeras de los cauallos, en sillas de gineta, aunque sea en disfrez ó máscara, es vna cosa muy ympropia y que de ninguna manera se deuen poner ni vsar, sino es en cauallos armados á la brida para justar ó tornear, y aunque es cosa muy ympropia en máscaras ó disfrezes jireles (*sic*), porque son propiamente de

la brida. Respecto de la cera, porque las clines ni la cola no se dañe, se permite.

Espuelas de la gineta de hasta sobre çapatos, ni çapatos, ni de botas con suela, tambien es cosa muy bisoña y que en ninguna manera se pueden traer, porque las tales espuelas se an de calçar sobre borceguies. Tambien se auian de quitar estas espolillas de çapatos, que no siruen de otra cosa sino de que vn cauallo colee y se muestre á tirar coces.

Tambien no aprueuo yeguas de silla para seruirse dellas en fiestas ni en gala, porque demas de ser todas viciosas de cola y sin tiento en la boca, es andar muy á peligro de vn abraço de vn cauallo. Yo e bisto algunas desgracias en rraçon desto, y aunque e bisto algunas de muy grande obra, con todo eso estoy muy mal con su cauallería.

Otra manera de fiesta se suele vsar que parece muy bien y mucho mejor de noche, y es, en algunos disfrezes ó máxcaras que se hacen por casamientos ó nacimientos de algunos caualleros, en llegando á la calle ó á la plaça por quien se hace la tal fiesta, tomar vnas tablachinas que son á manera de adargas de madera, vnas doradas y otras pintadas, y tomar mucha cantidad de alcancías de barro por cocer, llenas de ceniça, y jugar con ellas á las cañas. Tira cada vno tres ó quatro, y como dan sobre las tablas hacen muy buen rruydo, y á la luz de hachas y luminarias parece muy bien y es vna fiesta muy rregucijada.

Otra manera de cauallería se hace en Cordoua que se llama lances ensartados, y para hacella bien es menester que el cauallo corra y pare por grande extremo

y por mucha quenta, y que acuda mucho á los piés, y que el cauallero sea muy ayroso y sea muy gentil hombre de á cauallo. Esta cauallería se suele hacer despues de los juegos de cañas; hácese desta manera: parte el cauallero corriendo su cauallo, y al primer tercio de la carrera comiénçalo á parar sacando el braço con gran gallardía, y ántes que el cauallo .acaue de parar a de baxar el braço boluiéndolo á su lugar; y juntamente con baxallo le a de dar apriesa con los piés para que buelua á emprender corriendo, y á los dos tercios de la carrera boluerá sacar su braço boluiendo á parar su cauallo; y ántes que de todo punto pare boluerá á baxar el braço y á dalle con los piés para que se buelua á emprender, y desta manera correr toda la carrera. Y adbierto que para parecer bien, aunque la carrera sea muy larga, no se an de correr más de tres lances, ensartados como e dicho vnos tras de otros, que si corre quatro, el cauallo no podrá correr ni parar aunque corra muy menudo, y si son dos, casi no se échará de ber; de manera que an de ser tres para que parezca bien al primer tercio y al segundo, y al postrero parar de todo punto.

CAPÍTULO XIV.

De la manera que se an de alimentar los cauallos y sustentar los caxcos.

Los cauallos de los caualleros se an de conocer entre los demas en muchas cosas: en la doctrina, en la limpieça, en el herraje, en la pulicía y aseo dellos, que de sólo ber vn cauallo en casa del herrador ó á vn lacayo de diestro, se conozca que aquel cauallo es de cauallero por las cosas arriua dichas; que vn labrador tiene vn cauallo muy gordo y échase de ber que es suyo, en tener dos dedos de grasa encima y las clines y cola rrepeladas y rroçadas y vn palmo de caxcos y los oydos llenos de lana, que solo ber el cauallo dice suyo es; y por más curioso que sea y ponga cuidado en esto, como es cosa violentada, no le dá aquel punto que se rrequiere y es menester, y como cosa que solo dél tubo principio está disculpado; lo que no lo puede estar vn cauallero que lo heredó de padres y abuelos y antepasados, y que no tiene otro officio ni entretenimiento sino sus cauallos y nació con esa obligacion. Y son los cauallos puntales de la nobleça y tan antigua, que en las ynformaciones de los áuitos es vna de las preguntas, que si el tal cauallero que quiere tomar el áuito tiene y a tenido cauallos y es hombre de á cauallo.

Conforme á esto es cosa anexa á la nobleça el tene-

llos y forçosa, y siéndolo como está prouado, tambien lo es la curiosidad y rregalo y doctrina con que se an de tener. Muchos que son curiosos en engordar sus cauallos, suelen vsar de mill mantenimientos y rregalos para tenellos gordos y muy soplados; vnos les dan trigo seco ó remoxado; otros yeros secos ó remoxados; otros pellas de harina de ceuada; otros hauas secas ó remoxadas; otros saluados empaxados; con los quales rregalos las más veces engordan, principalmente con el trigo ó los yeros engordan mucho, toman mucha fuerça y brio, háceseles muy lindo pelo; pero es muy peligroso mantenimiento, así por el peligro de rreuentar si beuiesen sobre el mantenimiento, como porque les engendra muy gruesos vmores y es causa de dalles vnos toroçones de repleçion y henchimiento que no tienen cura ni rremedio; tambien es causa de encendérseles la sangre y sobreuenilles sarna ó arestin, ó grandes começones y vnas ynflamaciones por el cuerpo que se bienen á pelar.

Las hauas es vn mantenimiento con que suelen ensanchar mucho, pero es vna carne floxa y fofa, y así son floxísimos los cauallos que vsan este mantenimiento, demas que así se enflaquecen y adelgaçan los caxcos de manera que se bienen á perder.

Saluados es vn maldito mantenimiento, porque ademas de afloxar los cauallos y hacellos sudar con muy grande exceso, los opila y bienen á tener huérfago; y el cauallo que vsare comer saluados dentro de vn año tendrá huérfago, y esto lo e visto muchas veces, y hasta las bestias menores que tienen los panaderos todas están llenas de huérfago.

Las pellas de harina de ceuada es muy buen rregalo las siestas de verano, y con que ensanchan mucho los cauallos, y asimismo con las paxadas de la misma harina de ceuada, aunque crian gruesos vmores.

La auena es el mejor matenimiento que se les puede dar en lo rrecio del berano, porque ensanchan mucho los cauallos y los limpia de todos los malos vmores, los cria muy lindos caxcos y al que los tiene malos se los sana y adoua; y por que todos no sauen como se a de dar, diré aquí la órden y manera de como se a de dar este pienso. Si el cauallo come almud y medio de ceuada el primer dia, se a de echar vn almud de auena en rremoxo y estarse en el agua seis ó siete oras; de allí se a de sacar y echarse en vna estera para que se oree, y otro dia rrepartir esta cantidad en tres piensos; y en acauando de comer su pienso de ceuada y beber el cauallo, se le a de limpiar el pesebre y echalle la tercera parte de la auena, y desque la haya comido boluelle á echar su paja y por esta órden yr por los demas piensos de aquel dia; y este dia boluer á echar en rremoxo almud y medio de auena y que esté otras seis oras en agua y ponella á orear y por la órden dicha echársela el siguiente dia; con que cada dia se vaya creciendo en el auena que se echare en el rremoxo medio almud más, hasta venir á echar en rremoxo dos almudes y medio; y si el cauallo no pudiere lleuar almud y medio de ceuada y dos almudes y medio de auena, se le yrá quitando parte de la ceuada, de manera que pueda comer toda la cantidad de auena. Este pienso se a de dar en lo rrecio de los caniculares, y con dos hanegas y media ó tres de auena tiene un cauallo muy bastante rrecado.

Esto se a de dar á los cauallos flacos, enfermos y desmedrados, que á los gordos y sanos no tienen necesidad. Adbierto que miéntras comen el auena y seis dias despues, no se a de andar en ellos ni se les a de poner la silla, sino con el fresco de la mañana ó el de la prima noche sacallos á pasear á tercer dia de diestro, con tal que no suden ni hagan demasiado exercicio.

Brebáxos de leuadura y aceyte son muy buenos aunque lo mexor es no hacellos á estas cosas, sino á su agua clara y paja de ceuadaça y harta ceuada; que á un cauallo, por mediano que sea, no se le puede quitar almud y medio de ceuada, que con este pienso y agua clara y siempre paja ceuadaça fresca en el pisebre y mucha limpieza, yo asiguro que esté un cauallo más ancho que largo. Y porque viene á propósito contaré lo que le sucedió á Don Diego de Haro, cauallleriço y gentil hombre de su Magestad del Rey Don Phelipe segundo. Compró vn cauallo de quien teína mill buenas esperanzas aunque estaua algo delgado, entróle en su caualleriza y bió que era muy rruin comedor; prouóle quantas semillas y rregalos supo y entendia, porque ceuada con vn quartillo tenía para dia y medio y con las demas semillas hacía lo mismo que con la ceuada. Vístose desconfiado de podelle engordar, porque como é dicho tenía muy grandes esperanças que si engordaua sería vn famoso cauallo; vínole á dar garuanços y comiólos de manera que por mucha cantidad que le echasen la comia toda y con ellos mucha paja; púsose con esto muy lucida bestia, lleuólo á la Córte él y otros, y llegado que fué allá le vendió á vn embaxador de Alemania en mucha cantidad de ducados. El embaxador

muy contento con su cauallo entróle en su caualleriça y diéronle á comer su pienso ordinario; el cauallo en dos ó tres dias no comió ninguna cosa; así se puso muy flaco y desemexado. El embaxador muy congoxado entendiendo era de otra cosa, embió á llamar los albeytares de la Córte para que viesen si tenía tolanos ú otra enfermedad; luégo que lo bieron dixeron no tenía mal ninguno. Encontróse el embaxador con Don Diego de Haro y díxole como habia tres dias que el cauallo no comia y que decian los albéytares no tenía mal ninguno: díxole Don Diego que «qué comia el cauallo.» Respondió «que en su casa ninguna cosa auia comido, que allí se tenía la primer ceuada que le auian echado.» Respondió Don Diego de Haro «¿ánle dado garuanços? porque ese cauallo no come otra cosa.» El embaxador lo rrió mucho y híçoselos dar y boluió el cauallo á tomar el lustre que primero tenía.

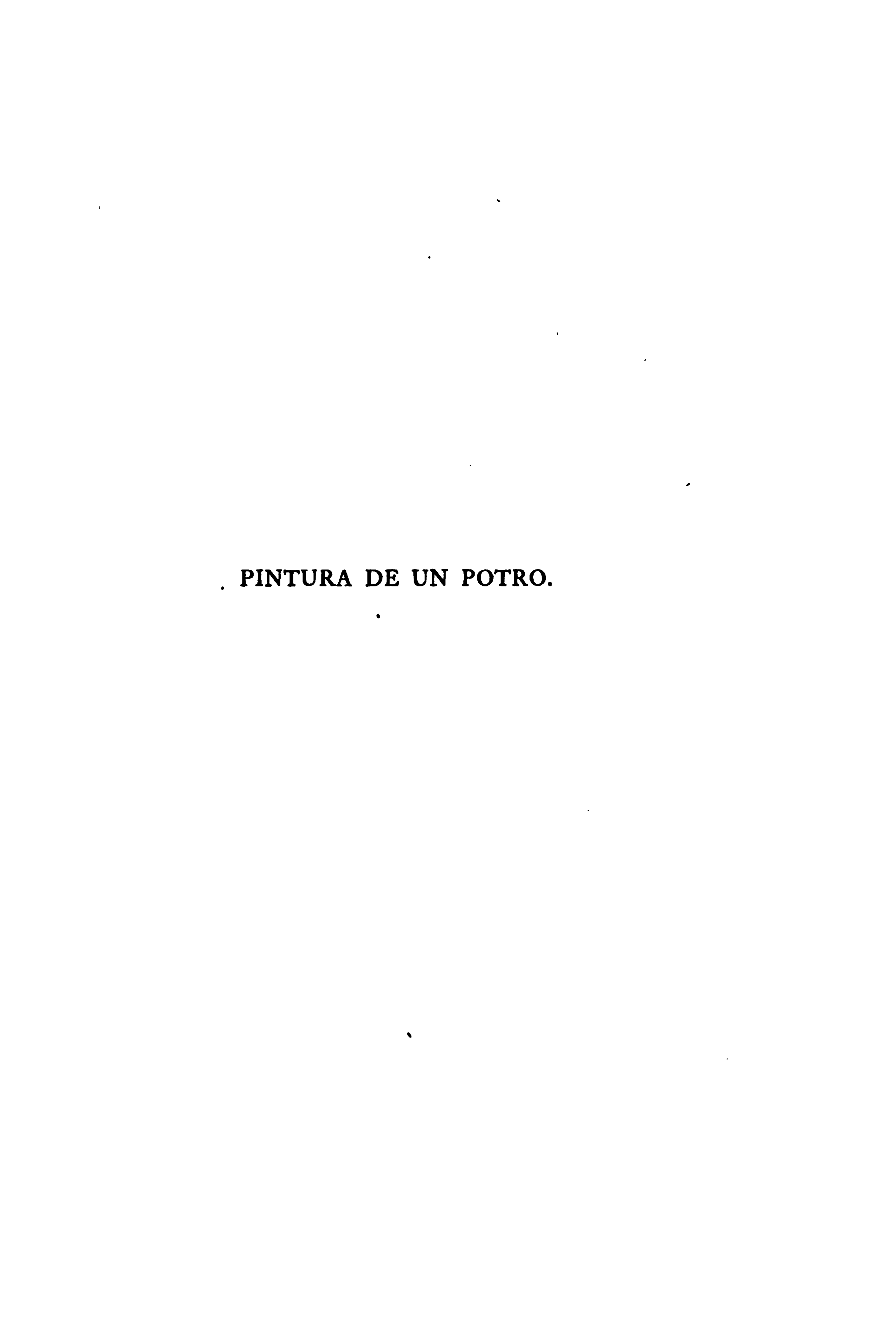
El cauallero ademas del cuidado que a de tener en el mantenimiento de su cauallo, le a de tener en la limpieça y aseo como está dicho, buscando vn muy buen moço de cauallos que los limpie y peleche muy bien, haga los oydos, les corte las colas muy parexamente quatro dedos más arriua de las cernexas de los piés, limpiándoles muy bien las clines sin que les cayga agua en ellas, quitándole la grasa con vnos paños secos; que le laue la cola y le quite los cañones, y para crialles muy buenos caxcos rrecios y correosos, lo más principal es tener mucho cuydado que anden muy bien herrados siempre, que no les falte ni vn solo clauo, y todos los dias vntalles todos los cercos junto al pelo con basalicon; y cada vez que saliere, como sea dos veces

en la semana, y cuando venga de fuera, hacer tibiar vn poco de agua que esté más caliente que fria y laualle muy bien los caxcos de las manos y luégo abahárselos (*sic*) y enjugárselos y vntalle con basalicon; y de ocho á ocho dias afiançalle las manos por dos oras con estiércol fresco; y con sólo lo dicho, tendrá excelentísimos caxcos sin que les salga quartos, cercos, rraças, ni sequedad.

Tambien tiene obligacion el cauallero traer su cauallo muy aseado, así á la gineta como á la brida, con el adereço muy limpio y pulido y sólido, y que cada heuilla venga en su lugar, de manera que aunque sea vn rrocin, con la buena compostura y aseo del adereço y limpieza, parezca que es vn muy buen cauallo; y si ba mal adereçado, las caueçadas descosidas y la grupera á vn lado, parecerá vn mal rrocin y dará que decir á quien lo mirare. Digo esto, porque yo ví á vn cauallero, que lo era más que curioso, vn dia subir á la gineta con vn adereço de terciopelo negro y traia vn estriuo dorado y otro barniçado, y auisándole dello, començóse á santiguar diciendo no lo auia visto hasta entónces.

TABLA DE CAPÍTULOS.

6 :



PINTURA DE UN POTRO.

Pintura de un Potro

por donde se conozerá en las hechuras, la fuerza, y señales, y pruebas que dél se hicieren, la hermosura y bondades que a de tener, y se pintará como se quiere que sea mui perfecto, y asimismo las malas hechuras y señales de que se a de huir.

Primeramente se a de mirar que los cascos sean anchos de corona, lisos y acopados, y entalonados, lebantando la mano, y mirar que agüecada la palma que aga oyo, y la tapa y los talones más creçidos, y que la tapa sea gruesa y negra y el sauco açul, y en algunos lo suelen ser la palma que es más fortaleza, siendo lo más general ser blanca: éste será un casco fuerte siendo en esta forma. Y si el casco estubiere la palma llena y pareja en las tapas, gastada por ygual, será señal de que son delgadas y palmitieso, y gastados los talones, casqui-derramados. Las quartillas no an de ser mui largas ni mui cortas, que será estaqueño, y no consiste en ser largas ó el ser cortas la fuerza, sino en que no giman y que sean derechas y acompañadas, que tambien suelen gemir las cortas como las largas. El nudo

de los menudillos grueso y desencarnado y sin cernegas, y si tubiere algunas pocas, son de fuerza; y de ahí arriba los brazos derechos, la caña ancha y descarnada, la rudilla ancha y lisa; y el tercio desde la rudilla á los menudillos más corto que desde la rudilla al codillo. Los pechos an de ser anchos de punta á punta, y salidos afuera, ó bien ser de peto de barco, ó bien de pecho de aço, que es con una señal partido por medio. Los codillos an de ser abiertos y despegados de la cincha, que con esto y ser corto el trecho de la rudilla á los menudillos y acompañado de quartillas derechas, promete lebantar los brazos doblando las manos afuera. Y plantado a de estar mui derecho de brazos, y tan abierto de arriba como de abajo con ygualdad, a se de huir de que no sean los brazos demasiado delgados, y estrechas las rudillas y menudillos, y de que no sea yzquierdo, corbo, ni cascorbo, que es bencidas las rudillas adentro.

A de auer desde la punta del pecho hasta el nacimiento de la clin mui largo trecho; y mui alto de aguxas, y el cuello a de nacer desde el peto del pecho y desde las aguxas que sea derecho y largo contorno, y baia en desminucion; ceñido y delgado el aogadero. Y de lo que se a de huir es de que no nazca mas arriba del pecho, y que aga una baga mas adelante de la cruz, que llaman degollado, que será cuello al rebes; y tamuien se a de huir de que no sea corto su entablado, casi tan ancho de arriba como de abaxo, ni tenga gatillo ni carne en el aogadero, que se llama gorxa, porque tendrá fuerza en él, que solo en el cuello es donde no la a de tener; que no tenga cocote y que des-

pida con facilidad la Jáquima. Y si en el cuello del pecho fuere alto de aguxas y ceñido de aogadero, aunque sea degollado, será buen cuello.

El oydo a de ser largo, derecho y encañutado, y que en la punta aga una buelteçuela como cornezuelo; las sienes an de ser anchas en ygualdad con la frente, que a de ser ancha y lisa; las quencas llenas, los ojos grandes, negros y rasgados, salidos afuera, que no descubran blanco; y en los rucios an de ser las pestañas negras. La cara a de ser larga, derecha, angosta, lisa y descarnada, que baia en disminucion asta el ozico y que sea ausado, y el lauio de arriba superior á el de abajo; desde el ojo á la punta de la quijada corto trecho, y que sea delgada y descarnada sin buelta, derecha asta la boca, que a de ser rasgada no en demasía. Los lauios delgados, metiendo el dedo por entre ellos y la encia reconociendo que estén despegados de ella, pasando el dedo por encima de la encía, mirando que sea de arriba abaxo como un filo de una nabaja y que no tenga carne en ella, ni los lauios pegados, ni que doble encima, que es con lo que se suelen armar para defenderse del freno. Mirar que tenga de una barilla á otra dentro de la boca concauidad y abertura bastante, que no sea cerradilla, que no son tan fáciles de enfrenar. Sacar la lengua con la mano; y que se alargue y se adelgaze como una sanguijuela en ella, y no se engruese y embeba en la mano tirando de ella; y cargar el dedo sobre la lengua y ber si se rinde ó lebanta el dedo, con que se conozerá que tiene fuerza en ella con que balerse haciendo almoadilla para lebantar el freno y beberle; que el pellejo de la barbada sea mui delgado y no carnoso, bien sea su hechura cha-

ta y redonda, ó lebantado el güeso á que se suele aplicar la barbada de candilejo.

Las quijadas, si fueren de buelta y gruesas, se a de mirar que sean auiertas, metiendo los dedos por entre ellas y el cuello, y baxando con la otra mano la cara asida por la nariz; y si dejare los dedos dentro es señal de que son abiertas y se enfrenará bien, y si los echare fuera lo será de que son cerradas y despapará sin ganar el rostro por cargar en la gorxa; y mirar que no tenga lebantada la frente desde arriba abajo, que se llama cara de tumba, y si algo hubiere sea en medio de la cara siendo delgada, que llaman caniscarneruno. Y para conozer á la vista si la boca es en todo delgada y natural, ó gruesa de labios y de lengua, y carnosa de asientos y boquiconejuno, se mirará, si las quijadas son delgadas y sin buelta y ceñido de aogadero, será natural y delgada en todo, y al contrario, si fueren gruesas y anchas y con gorxa, será gruesa en todo.

El lomo a de ser derecho y corto, y si fuere algo combado hacia arriua será de más fuerza; que la cruz delantera predomine y sea más alta que la cruz de quadra; que no sea ensillado ni tenga la cruz de quadra más alta que la delantera, por ser baxo de aguxas; y si fuere parejo de atrás como de delante, que se llama cauallo raso, que aga sincha y que las costillas nazcan del espinazo arqueadas y no en forma de compas derechas; que tenga largo trecho de quadril a quadril, y el güeso de en medio partido; que el quadril á la primera costilla, que llaman amelgo, tenga poco trecho, y la medida que se a de tomar a de ser cogiendo con el dedo pulgar el dedo de en medio del corazon y ha-

ziendo compas con los dos dedos, medir desde el quadril á la primera costilla; y si alcanzare será lleno de costado, y sino llegare á ella con una pulgada será angosto y baciador, y aunque benga del campo ancho de comer yerba, establándolo en la caualleriza se enjugará y será angosto; y el que lo biniere de mal pasar y percoj (*sic*) se despegará y ensanchará, tiniendo la medida referida y el trecho corto y el lomo. Tambien le corresponde á el que es largo de almelgo tener el güeso undido, y á el que es corbo le tendrá de ygo salido afuera, en que tambien para conozer si es baciador y cascurro por lo undido ó por lo salido afuera, será ancho y lleno de costado. El costado a de ser acompañado con los quadriles, y no colgado abajo y bacío de arriba, que llaman barriga de buei. Las caderas an de ser anchas de quadriles como está dicho, mui largas, lisas y llanas, y algo derribadas y no entabladas con el lomo; que la cola le a de nacer mui baxa y undida sin palomilla, auierto de quijotes, que se llaman donde encaja la cola, que aga quadra ancha en correspondencia de los quadriles; que no sean cortas las caderas, ni lebantadas, ni amelonadas, ni anquibouinas y angostas de quijotes; y si algo tuuieren de ser menos malas, sean quadradas y redondas.

A de tener perfeccion por bajo que acompañe á la de arriua; debajo del yerro que se echa, unas maças ó calçonçillos que se llaman pospiernas, y otras entre las piernas que se llaman coetes; y que las piernas sean auiertas de arriua abajo con ygualdad, poniendolas quebradas y gimiendo las quartillas, y que no sean derechas y topino, que lo suelen ser, ni sancajoso, ni más zerrado de abajo que de arriba, como estebado, ni en-

juto de pospiernas; que esta echura de piernas se llaman sanquijancunos, y otros les llaman pies de banco, de que se a de huir.

Al andar a de meter las piernas, quebradas y auiertas de arriua abajo con ygualdad; las manos las a de echar auiertas, doblandolas afuera y no echandolas arrastrando para delante, que esto prozede de ser los codillos pegados á la cincha; y de ser despegados y corto el trecho de la rodilla á los menudillos, resulta el doblar las manos afuera y lebantarlas desde la espaldilla con el exercicio de los trotes, como ya está arriua dicho. Tamuien a de tener vnos calçonçillos en los braçuelos, que se llaman muslillos, y hazen correspondencia con las pospiernas, y llamarse ancho por vajo como otros lo son por alto, que se llaman marmoleños.

El mástil de la cola no a de ser demasiado grueso ni mui corto, sino más delgado y largo; y que haciendola con la mano la apriete, que es señal de fuerza, y de menos, en dejarla lebantar. La zerda de la cola a de ser gruesa y macho mui poblado, y la a de traer metida en la caxa y que cimbre con ella entre las piernas y que no aga assa de cántaro con ella, ni la tuerza ni sacuda, y si algo hubiere buelo, sea la parte allá de la punta traiendola pegada de arriba. Y la cerda de la clin a de ser larga y sedeña.

Ase de huir de que no se tape y cruze el cauallo; y esto no e podido apear ni conozer de que prozeda, por que e bisto cauallos de buenos pechos y brazos cruzarse, y otros de pechos angostos y undidos y mala forma de brazos, andar auiertos; y otros que son en esta forma cruzarse, y ser communmente auiertos los que

son de buenos pechos, con que no ai punto fixo en esto; puede ser que otros lo hauran alcanzado á sauer; de donde resulta y es bicio que no tiene enmienda con el arte. Con que asta aqui se an pintado todas las buenas hechuras que prometen la fuerza por naturaleza, y las malas la flaqueza.

Los buenos remolinos que señalan animo y bondad, son la espada romana, y mejor si pasa al otro lado; y dos, que suele auer pocos, á los dos lados del nazimiento de la cola, y otros que no son mui malos, en los muslillos y costados que llaman las espuelas. Fuera de los naturales que reparten el pelo, ay otros dos mui malos, que señalan traizion y flojedad, debajo de las sienes, y debajo de la cincha enfrente del codillo, que passa el corazon, que se llaman guayas; y de esta señal ó rremolinos, se an de guardar que la tengan los cauallos padres ni las yeguas, por que no se ereden; y es tan conocida la traicion que yndica, que poniendo el dedo sobre el remolino, meten la pierna á tirar una coz, aunque asta entonzes no la aian tirado, como muchas bezes tengo echa la esperiencia, y e desechado yeguas de esta señal.

Los pelihitos son de gran bondad y ligereza, y los peligordos son arrones y muleros.

La lista blanca en la cara y la estrella torcida á un lado y azia un ojo y desortijados, es señal de traidores, como no lo es la que es derecha angosta y ancha, y la que baxa desde la frente asta casi en medio de la cara y remata, y luego güelbe á proseguir desde mas abajo asta el ozico: se llama trascañado.

Los blancos, dice el refran: uno bueno, dos mejor,

tres no tal, quatro peor; que se entiende, estrella, pié yzquierdo y derecho yguales; pié yzquierdo y mano yzquierda se llama trabado; pié derecho y mano yzquierda se llama argél trabado; pié derecho y mano yzquierda se llama argél trastrauado; pié yzquierdo y mano derecha, que llama el refran pié de caualgar, y mano de la lanza, es tambien trastauado, que no se tiene por tan bueno: todos quatro piés que es quatralbo. Si son las tapas gruesas ó los cascos arminados, es bueno; y de no, son flacos y achacosos, y es menester que anden errados sobre madera y untados, porque no se sientan en las piedras. Manos blancas no las quisiera, que solo son buenas para las damas.

De los colores ablaré breuemente los mejores, sin meterme en sus calidades y lo que sobre ellos predomina.

Los ruzios son mui balientes y de bondad, y mejores los rodados. Dejo aparte los tordillos açules, marmoleños y milados ruçios, sucios porselanas, blancos de piel encarnada, que aunque son vistosos, no son para tanto como los demás, y son de estima por aver pocos.

Los castaños todos son buenos, y mejores los de color de castaña, y sobre todos los más buenos, castaños oscuros entrepelados y colicanos: son mui balientes y de gran bondad.

De los alazanes, los mejores y de más templadas vocas, por ser tan cálidos, son los ruanos, quatralbos, si tienen los cascos arminados, colas y clines ruçias ó blancas, y á más llamas blancas entre las piernas: son mui bistosos y más templados; y sino tubieren blancos en

piés y manos, las colas y clines ruanas: serán más fuertes y templados y de bondad. Dejo aparte los tostados y dorados noguerados y los muy escuros con colas y clines ruanas: estos, y los azucares y canela, con colas y clines mermejas, son mui buenos y bistosos. Tambien se arrima á este color, los rojillos caueza de moro entrepelados de alazan; y los de caueza de moro entrepelado de castaño, pertenezen á los castaños; y los sauiuos caueza de moro entrepelados de azul, á los ruzios.

Los morcillos y bellories, son malencólicos y cortos de vista, y no lo son tanto los picazos y los que tienen blancos.

Los oberos son vistosos, y hachacosos por los muchos blancos, y pertenezen al color castaño.

Los baios son pocos los que ai buenos, y los mejores y mas valientes y de bondad, son los enzerrados con cinta negra y cauos negros, porque participan del color castaño, y los pelderratas con cinta negra y gateados, porque participan del color ruçio. Son vistosos los de color de ysabela, colas y clines alheñadas y lueñas, aunque para poco; y los peores los bayos deslabazados y cebrunos y rodados, que son más vistosos, y algunos an salido buenos; y los peores los vayos claros.

Los zainos, son mui balientes y para mucho, y son estremo de buenos si son castizos, y estremo de malos si son villanos, aunque a auido algunos buenos; los zainos morcillos, llama el refran: hitos y sin señal muchos los quieren y pocos los han; y son buenos para padres si les acompaña el ser hermosos, crecidos, de buenos mouimientos y castizos.

Los argeles, solo en España y no en las demas naciones los tienen por de mala señal, porque en la batalla de Argel se tubo quenta de que mataron algunos que yban en cauallos de pié derecho blanco, y de aí les quedó el nombre, y desde entonces les tienen por desgraciados; y son cauallos de bondad y a auido muchos mui buenos, y el desgraciado es el cauallo porque bale poco, y todos huyen dél y qualquiera cosa que suzeda de desman lo atribuyen á la señal, y no reparan las muchas desgracias que an suzedido en los que no la tienen. Y es tan rigurosa esta opinion, que porque predomine más el blanco del pié derecho al yzquierdo, lo dan por argel no lo siendo; y si emos de estar á esta opinion lo contradize diciendo, que en los ruzios no ay argél, porque con el tiempo aclarando el pelo quedan yguales los blancos de ambos piés. Y se a de mirar si el casco del pié derecho es blanco, como lo suele ser en los demás argeles de otro color, y siendolo, aunque aya enparejado los blancos de los dos piés será argél confirmado y predominará en él la desgracia que dizen, como en los demás; y si el casco fuere negro, aunque sea la quartilla blanca y la del pié yzquierdo más negro, no será argel. Ya se a dicho la prueba que se a de azer para conozer las buenas vocas y auertura de quijadas, medida que se a de tomar para los que an de ensanchar ó an de ser angostos, y se dirán otras para lo que an de crecer, cómo an de correr, bondades ó condiciones que an de tener.

Para ber lo que le falta por crezer á un potro, se a de tomar la medida con una cinta desde el nacimiento del pelo del casco hasta el codillo, y desde allí subir

la medida hasta el de la cruz, y lo que sobrare doblarlo, y la mitad de ello crezerá de alto, y la otra mitad crezerá de ombros y de carne; conque en estando echo cauallo tendrá la medida caual.

Ber en el campo el potro que se adelanta y arroxa al rio á beber con más resoluzion, ese será de gran corazon y claro. Asimismo, cogerlo del cabestro y tirar dél ó pasar por algun mal paso ó sanja y entrar por alguna parte estrecha ó obscura; y si aila y salta y entra con determinazion trás del que le lleba, sin reusarse ni sin tirar del cauestro, será de gran corazon, claro y de bondad, y al contrario si tirare y no quisiere ailar y se rrecatare, será gallina y para poco.

Otra prueba, atarle á una aldauilla y darle con una bara asta enojarle y que ronque, y despues llegar á él alagándole por la cara diciéndole: toma hijo; y si la boluiere á mirar desenojado á el que le a castigado y le alaga, es noble y valiente, y si se está derecho roncando sin bolberla, es cauallo de condicion.

Otra señal para sauer si an de correr largo ó menudo: reparar cuando come, si come aprisa y menudea el mascar, correrá menudo, y si come á espacio con mascujadas, correrá largo.

No se a bisto ni se berá, que aia auido cauallo sin tacha y que sea tan perfecto como se a pintado, y solo uno se pudiera hazer que lo fuese, juntando la delantera del quixarrudo con lo de la cincha atrás del perfecto, y el color del quixadado; aunque aia quien dijese lo contrario.

En lo que no se pudiere dispensar eñ un cauallo es la delantera, porque no tiene enmienda, que con la

que nazen mueren; ni tanpoco en los buenos cascos y buenos cimientos, y buen poner de piés y manos en el suelo; y solo se puede enmendar de la cincha á atrás, pues no ai caderas feas estando gordas y las enmienda el pesebre. Y traiendo bien el rostro y la cola, y abriendo los piés, poniendo las manos con garbo en el suelo, parezerá muy bien, y al contrario parezerá mal el que teniendolas hermosas, no tubiere estas calidades quatro referidas. Y asi el cauallo tiene dos vistas: una á la aldauilla y otra debajo de la silla; y asi el que fuere feo á la aldauilla y tubiere garbo debaxo de la silla, ese será cauallo y no lo será el que no le tubiere, aunque sea hermoso á la aldauilla. Y para padre se rrequiere que lo tenga todo, porque a de pintar lo malo y lo bueno y asi combiene que lo sea en todo, demás de ser castizo.

Todo lo referido no se entiende para con V. E. que tiene la platica y la esperiencia y conocimiento de lo referido; sino por los mozos y aficionados que quisieren aprender con estas pruebas y preceptos, que se ponen para que bengan en más brebe conocimiento de ello; y para con V. E. para que lo corrija y enmiende de las vozes de que me falta el estilo, por estar templado á lo antiguo, y quite ó añada lo que le pareciere que combiene. Y estoi con animo de proseguir sobre el enfreno, crianza y tresno de los cauallos, y su enseñanza con más maña, y el andar á cauallo, y lo que se deue hazer en funciones de Caualleros, curaciones y remedios, y modo de montar las yeguas y de aumentar las crias, y conserbar los padres con salud; con otras cosas curiosas que se tocarán, si á V. E., le pareciere por este tratado, que pueda proseguir en lo demás, sin hazer chanza

de ello, parte de enfrenar: en que se dará la razon con algunos ejemplos, con algunas pruebas y demostraziones, que le sea fácil al aficionado y que se quisiere aplicar á sauer enfrenar su cauallo, lo pueda hazer con facilidad, si oserba y executa con cuidado y atencion, lo que aquí se le dize, en que allará nobedad de lo que otros an escrito en esta facultad.

Algunos que an escrito en este arte an enseñado á picar frenos de brujuela, que se entiende de castigo. Vnos an dicho, que á el cauallo de lengua gruesa y larga, se le á de cortar dos tiras por los lados asta cerca de la punta, cortando de ella lo que le sobre de largo, curandola con fuego, y lo mesmo se a de hazer raiendo con una nabaja los asientos carnosos; y que para el que los tiene se aplique un freno de coscojas raidas, y en otros de cornicabra; otros de alambre de arriua abajo y á los carnosos de barbada, otra de serreçuela; y á los que sacan la lengua por un lado ó por derecho, unos molinetes y frenos descauezados y de zapato de judio; y otras ymbentivas de castigo, que e bisto y no pongo aqui por no alargar este discurso, que e de contradezir de no ser nezesario.

Es cosa infalible, que de los cauallos españoles ciento de ellos, los nouenta son naturales, y asi se an de enfrenar con frenos naturales de boca. Y se a de considerar que la boca es de carne y el freno es de yerro y que mientras más es grueso, es más suabe, y no como algunos dizen que a de ser ligero, pues cuanto más delgado, es más castigo; y no consideran que el freno no

pende de la boca, ni cuelga sino de la cabeza, con que no puede auer freno pesado ni cargado. Y así digo que el que quisiere benir en conocimiento de tal verdad, le a de tener de las vocas, asi delgadas como gruesas, baliendose deber y hazer las pruebas que se le dizen al principio de este tratado, donde se pintan con las echuras de cauallo las de la voca delgada en todo, y gruesa en todo, y como se a de benir en conocimiento de ella. Y asimismo a menester conozer las hechuras y diferenzias de los frenos, asi los naturales para balerse de ellos, como los de brujula para atripularllos, por no ser nezesario si no fuere en caso mui desesperado. Tamuien an escripto algunos, y se usa oy y se balen de ello, que es, á los cauallos que se beben el freno, que suzede á todos los más sin sauer de que prozede, les aplican los aladranes clauados, y esto hazen todos y los freneros, y es porque no saben lo que hazen, ni lo que se a de hazer para que no se lo beban.

Ay tres enfrenos en la voca y otros tres fuera de ella, que ayudan ó desayudan á la facilidad de enfrenar ó á la dificultad de poderlo hazer, que consiste en la voca, en lengua, asientos y barbada, y el principal la barbada; y fuera de ella, en lomo, brazos y quijadas; y á los que son de lengua delgada, de asientos y baruada que llamamos natural, ayudan las quijadas delgadas y aogadero, y las demas buenas echuras que están pintadas, donde consiste la fuerza; y estos con facilidad se enfrenarán con frenos naturales, obserbando lo que se enseñare adelante. A las vocas de lengua gruesa, asientos carnosos y barbada, los desayuda poca fuerza de lomos y brazos, y quijadas gruesas cerradas con gorxa en

el aogadero; y faltando estos tres enfrenos de afuera no se conseguirá el de la voca, y se desacreditará el cauallero que porfiare en benzerlo, sin remedio; y asi será bien para su crédito desengañarse y desengañar á los demás que se aconsejaren dél, á que se desagan de tal cauallo. Y qualquiera dificultad dicha dentro de la boca, si le acompaña fuerza de lomo y de braços, es fácil de benzer aplicándole el freno que se le enseñará en su lugar. Es preciso, primero que entremos en la enseñanza del enfrenar, dar la razon con exemplos para todo, que presuada á la verdad.

Todos los vizios de los cauallos, y el sacar la lengua por un lado y por derecho, y hazer almoadilla con ella para armarse y lebantar el freno, y armarse con el lauio sobre el asiento y correrle abajo, lebantar el freno por la puentezuela, y torzer el rostro á un lado y lebantar la caueza, prozede de los malos frenos que les ponen, y rigor de mano con que los mandan; con que ya se llagan ó se an llagado en uno de los asientos, que les hazen torzer el rostro, ó en la barbada que les obliga a lebantar la cara, procurandose librar con la lengua y los lauios del freno que les ofende, lebantándolo ó bebiéndoselo con la lengua, por desbiarlo de donde les lastima.

Tamuien es verdad ynfalible que se desenfrenan los cauallos, cómo a enseñado la esperiencia, que se crian y hazen con frenos de brida, no estimando despues y estrañando el de la jineta, ó ya por auerles aplanado los asientos ó por auer echo callos en ellos; y lo más cierto es, por auerse echo á él y criádose con él, como lo dirá vn exemplo de muchos que lo han esperimentado.

A quantos les abrá suzedido de los que leyeren este tratado, y á los demás caualleros del Andaluzia, que á el tiempo de domar sus potros les mandan poner un mal frenillo tuerto y bencido ó çatillo, porque al principio andan sin riendas ó sueltas, no vsando más que del cauezon, que es el que ayuda á enfrenar y á hazer el cauallo y afirmarle con el rostro y con los trotes, reserbando para quando esté echo y le aia crecido la voca ponerle el freno que requiera con las medidas nezesarias; y auiendosele puesto y montado en él, le allan desabrido y digustado, y continuando en ponerle otros muchos les suzede lo mismo, asta que desesperados de remedio se acuerdan del mal freno grande y bencido conque se domó, y montando en él allan que el cauallo está gustoso y le obedeze con firme rostro, siendo tan malo y no el que se requiere; y es la causa el auerse criado con él y auerse hecho á él y así suzede lo mismo haciéndose á el de brida. Y así antiguamente y en mi tiempo, así en el Andalucia como en esta Corte, en tiempo del nacimiento del Principe Baltasar, los picadores que auia de la jineta que eran, Pedro Vejedel, y Don Juan Pimentel, Pedro de Ribero, y Diego Sain y otros, y Don Fernando de Contreras, del auito de Santiago, todos hacian los cauallos á la jineta, que es para lo que an de seruir y siruen en las funciones de Carrera, Cañas y Toreo, que se vsa y se a vsado en España; y en las de brida, poniéndoles el cañon no lo estrañan, aunque esten echos á la jineta, porque es una llaue maestra que á todos hazen; y así en este tiempo solo auia un picador de la brida, que se llamaba Don Francisco Mariconda, que no se ponia más de en los cauallos na-

politanos, y en este tiempo todos lo son, sin que aia ninguno de la jineta, sino quien la aborrezca y nos pretenda desuadir de ella, y que no es nezesaria más que su profesion de la brida, á que muchos dan crédito por tener abandonada la jineta. Mucho hubiera que dezir en esto, que omito hasta que benga tiempo que esto se reduzga á lo que solia ser, y así en este tengo por ynutil lo que escriuo, y podrá ser que sirua en lo benidero.

Por las razones y incombenientes referidos, conbendrá que á los potros se les ponga desde luego el freno natural que les conbenga para que se agan á él y queden enfrenados; por que no tiene más estimacion vn cauallo, ni más balor, ni su dueño más gusto ni seguridad, que estando bien enfrenado. Y así se les pondrá desde luego un freno natural de portalete desbenado, de asientos gruesos y redondos, de tiro de nabajuela, barbada de media caña sin ser clauada, sino con unos bottoncillos arriba porque no se pase de un lado á otro, y que no tenga más tiro de largo que lo que tubiere alto de montada, la puentezuela arqueada porque no la coxa con el lauio; ó bien sea desbenado, de asientos atrauesados, ó de hechura de medio cornicabra con asientos gruessos, como está dicho, de arriba abajo: que ambos son naturales y muy enfrenaderos para todos cauallos, por ser como está dicho, los más ó todos naturales de boca; y es engaño el decir que les creze, y eso bendria á ser una paja de trigo poco más ú ménos y tiene enmienda, caso que fuese, con limarle un poco de los lados si biniese estrecho. An de sacar la lengua, como está dicho, del cauallo, y ber si es demasiado delga-

da, y en tal caso se tomará la medida de la libertad, que no quepa mas que el dedo pulgar olgado; y si fuere algo la lengua más ancha, se tomará la medida que quepan los dos dedos á la entrada, que á una llaman media libertad y á otra libertad entera; y si fuere rasgado de voca, será la montada más alta y la barbada prolongada porque asiente en su lugar, y la del bajo de montada será redonda. Y si el güeso de la barbada del cauallo fuere lebantado, será de candilejo, y siendo de media caña como está dicho, probarle algun freno que le benga ajustado de bañadura y de barbada, que a de entrar como anillo al dedo, sin que esté demasiado premiosa; y en esta forma, se escoxerá y mandará hazer el freno, adbirtiendo que a de estar ajustado de bañadura, que no juegite de un lado á otro y la barbada ajustada como la bañadura, no en demasia que le apriete lo uno ni lo otro. La barbada y bañadura mirar despues hechando la rrienda, que no esté mui teso, y que aga vn poco de trasteo sin que llegue el codillo á topar en la barbada con una pulgada, y si llegare á topar en ella, es señal que está bencido y en tal caso se separa la barbada, que es recoxiendola de arriba abajo con un golpe ó quadrándola de arriba: esto se entiende si fuere bajo de montada y nezesitare á el entrar olgura. Y mirando que esté ajustado de bañadura, sin apremiar, y de barbada y derecho, y bien parecido en la voca, y que carga ygualmente tanto en los asientos como en la lengua, sin que en ellos solo cargue libertando la lengua, ó solo en la lengua sin que carguen los asientos, no le armará bien; y ayudando los asientos á la lengua y la lengua á los asientos, cargando por ygual en ambas partes, estará

enfrenado, estando ajustado de barbada y bañadura. Advirtiendo que la montada de media libertad, a de tener el trabesaño de las coscojas por la parte de afuera, y el de libertad entera, por dentro donde se acostumbra. Y puesto el freno en la boca ajustado de bañadura y barbada como está dicho, no se beberá freno ninguno, ni serán menester los alacranes clauados, de que se balen por no sauer en que consiste el que no se beba el freno. El estar ajustado á la voca y el bebérsele, es por ser grande de bañadura y de barba, de que se benze digustando al cauallo y jugando el freno de un lado á otro, carga el asiento de un lado no más y deja bacío el otro; y como allí tiene solo el castigo tuerze el rostro, y como le alla olgado y grande de todo, lo lebanta de donde le ofende y se lo bebe con facilidad y saca la lengua por un lado para lebantar el asiento que se le arrima, y por derecho por allarla libre, que no le carga el freno en su lugar sobre ella. Y asi cargando por ygual en todo y ajustado, y allandose gustoso, lo deja estar en su lugar sin hazer las defensas dichas, con que no es nezesario los alacranes y molinetes y demás castigos y brujulas de que vsan, que no sirue de más ni aprobecha, que de lastimar y llagar la voca del cauallo, y no ai ninguno á quien no se le ponga freno nuebo que no le aga nobedad. Con estos castigos pareze que anda ajustado hasta que lo biene á llagar ó lastimar, obrando con él en lo violento y lo desespera y obliga á que aga mill siniestros y algauos, ó procurar á matar al que ba en él disparandose ó torciéndose, empinándose y cabezeando, lo que no suzede estando bien enfrenado, que siempre permaneze obedeciendo lo que le mandan,

Y adbierta el cauallero, que si se llagare su cauallo en asientos ó barbada, no le ponga el freno hasta estar sano, curandole con algodones del tintero.

Procurará que al freno, como está dicho, se le ponga en la montada miel y sal, y puesto y arrendado con el boton ó la rienda encima del cuello, ó del arzon si estubiere ensillado, que mejor es que no lo esté, y sin montar en él, estará una ora todas las mañanas trasteándole el freno con la mano en la rienda, llamándole para atrás y ber si lo obedeze facilmente, y si la espuma que haze es corrida hilo á hilo por la perilla de la puentezuela del freno abajo, que es señal de que está ya bien enfrenado; y si la hiziere gruesa y espumosa por los lados, que llaman espuma de barraco, es señal de que le falta algo y que es angosto de libertad, y que carga sobre la lengua; y en tal caso le pondrá otro con las mismas medidas ajustadas, de libertad entera, y entonzes ará con él la espuma corrida.

Ai otros dos frenos naturales, que siruen para ambas vocas naturales y delgadas como la que está dicha, y para las gruessas en todo, que son : espejuelo y de medio espejuelo, bajos de montada y algo más altos, de asientos gruesos y atrauesados, y de asientos gruesos y desbenados, y con meloncillos largos á echura de andrada, y no redondo, y tal bez con unas coscojas llanas y lisas, con libertad entera y media libertad, y barbada de media de caña. Ay tambien otros naturales de cornicabra, que an de ser gruesos de asientos de arriba abaxo, de media libertad, ó libertad entera: y á estos y á los de espejuelo, se les podrá echar á algunos, tiros de codillos y barbadas clauadas y redondas; á otros de portale-

te de asientos atrauesados ó desbenados; á unos se les arán los asientos baciados, y á otros de meloncillos, como los referidos, y en otros se echará unos campanelos que son buenos para los potros.

De todos los referidos, con estas diferencias, tendrá cantidad de ellos el cauallero para con más facilidad poder enfrenar sus cauallos, que lo que le faltare en vno hallará en otro; obserbando en todos que tengan la medida ordinaria de las bañaduras, la que ya tubiere reconocida que está ajustada al cauallo; porque esta medida biene á todos, y con ella como está dicho, y la barbada ajustada no se beberá el freno ninguno, ni se benzerá.

Aora se pondrá la aplicazion de los frenos á las vocas gruesas en todo, y en parte, como están pintadas, y el cómo se an de conozer; adbirtiendo que todos los asientos carnosos vna pulgada junto á el colmillo son delgados, donde se a de procurar que cargue el freno por ser parte más sensible, procurando que ande más bajo que suele andar en los delgados de asientos y más naturales de boca; y á estos se les aplicará el freno de espejuelo, y si tubiere la lengua gruessa será de medio espejuelo de libertad entera, y baxo de montada, ó ya sea con meloncillos ó sin ellos. Y este freno sirue tamuien con meloncillos al boquiconejuno ó poco rasgado de voca, y al que lo fuere, algo más alto de montada; y si tubiere el lauio pegado á la encía, se le pondrá doblado encima unos desarmadores, que es una rodaja del tamaño de un ochauo segouiano, que ruede enbevida en el asiento entre el meloncillo y el tiro chico, ó sin el meloncillo, que quepa un dedo mergatlite, entre

el tiro y el desarmador, donde quepa el lauio quando se lo eche fuera, encajando entre él y la encía el desarmador. Y los mismos desarmadores se podrán echar para este efecto en otro qualquier freno de las demas echuras, tiniendo la libertad entera, alto ó más bajo de montada, como está dicho; conque quedan enmendados los vicios, obserbando lo referido, de sacar la lengua, beberse el freno y armarse con el lauio; y resta enmendar el cargar sobre la rrienda. Y esto se remedia echando en la barbada de media caña unas almendrillas largas y altas, por de dentro, que es bastante castigo que pueda herir y no lastimar; y si fuere redonda la barbada se le echarán vnos botones gruesos y redondos, rayados, fijos y enbebidos en la barbada, y los tiros de codillos, que tambien son de fuerza y castigo, por de fuera, y de dentro de la voca lo es la barbada clauada que se le podrá echar tamuien, y sirbe para enderezar el rostro que suele traer torcido por auer sido lastimado ó estarlo de algun asiento. Y mientras que lo olbida se le pondrá al lado derecho, si á él torciere el rostro, si hubiere sido lastimado en el yzquierdo, y á el que huuiere tomado vicio de hazer almoadilla para lebantar el freno de donde le lastimaba, se le pondrá un freno de cornicabra con el telarejo de las coscojas, de la parte de afuera.

Al cauallo que lebantare la caueza, se le pondrá un freno bajo de montada, y á el que la encapotare se le pondrá alto de montada; y si la rasgadura de la voca fuere corta ó boquiconejuno, que requiera bajo de montada, se le pondrá vn palentoncillo enzima de la cabeza del freno, que supla lo alto que requeria de montada para sacar el rostro, y la barbada sea de media caña

y el tiro de nabajuela, y en el que lo lebanta sea el tiro de codillo y la barbada redonda y bajo de montada, como está dicho.

Al cauallo boquimuelle, se le pondrá un freno de asientos baciados y desbenados, ó de perrillos, ó de meloncillos, ó de campanilos, con el tiro de nabajuela, barbada de media caña y que no sea clauada, porque sea suabe y blando en todo; y si se hubiere criado y echo con escarchuela de brida y se arrimare á ella, y no con ninguno de los tres frenos dichos, y con ellos andubiere temeroso; en tal caso se le pondrá vn freno turquillo, que es con tiros de jineta, barbada de media caña y enbocadura de escarchuela, que es en lo que se arriman y cargan todos los caballos; y esto se ará si estubiere echo al freno de brida de escarchuela. Y si tubiere las encías más juntas de la concauidad y anchura que deue tener de una encía á otra, como está pintado al principio, como an de ser las vocas que se llama cerradilla; se le pondrá un freno medio conicabra, segun y como está pintado en los dos frenos con que empezamos para enfrenar los potros, porque le armará de arriua para abajo.

Buelbo á dezir, que todos los que se pusieren sean ajustados de bañadura, de tal forma, que no estén mui premiosos ni tiesos, y que agan un poco de trasteo, sin que esten vencidos ni llegue á tocar el codillo, con una pulgada de trecho con la barbada; y reconozer que aga la espuma corrida por la puentezuela, que con esto se conozerá que está gustoso y enfrenado, y que el principal enfreno consiste en la barbada, que es el muelle en que se gobierna el freno y por donde obedeze el

cauallo; y así el castigo siendo carnosa, se pone en ella y en los tiros de codillos, y dentro de la voca solo el de clauada la barbada y no otro castigo en lengua, ni asientos como está dicho, á que algunos se an aplicado, de que yo boi huyendo, aplicando solo el castigo por de fuera, sin que lastime ni llague.

Ase de adbertir, que los tiros largos, no enfrenan ni son nezesarios, sino antes dañosos; y los frenos zatos ni los repruebo ni apruebo, porque los de la medida que e puesto, son casi zatos y más bien parecidos, y seguros de que no se abran por llebar puentezuela. Y es la medida que se a de obserbar para que un cauallo quede bien enfrenado, que sea el tiro tan largo como lo alto de montada.

Con que se a dicho en razon del enfreno todo lo que se me ofrece y tengo esperimentado; y dejo de dezir otras cosas por no alargar este discurso, ni ser mui nezesarias, y así passo á dezir otras que lo son.

Juzgan algunos, que poniéndole á un cauallo el freno que demánda, lo a de obedezer y hazer lo que le mandaren, sin sauerlo por no auer tenido escuela, y se engañan; porque el freno no sirbe en la boca más que de parezerle bien y estar gustoso con él, y el obrar, depende de sauer lo que a de hazer. Y así nezesita de afirmarle el rostro con los trotes y cauezon, hazer los tornos sauiendo tomar las bueltas á una mano y á otra, y por derecho derribarlo al parar sobre trote, dando pasos atrás y mui derriuado y puesto sobre las piernas, galopar unido y alto asta saber pasar la carrera partiendo á rostro firme y parando, haciendo chazas y trasteos; y en sauiendo obedezer, le ayudará el freno,

que se le pondrá como está referido, á obrar con gusto y voluntad lo que se le mandáre.

Tamuien ai otra parte esencial, y la más principal para que quede bien enfrenado, que es la mano del jinete sauiéndola traer en su lugar, baja, firme y blanda, vñas arriba y los nudillos abajo. En este punto, si el cauallo diere picotazo, rreconoze que naide le tira y que él se ofende, y á dos bezes que le dé, procura no bolberle á dar y se le olbida, y se le ba afirmando el rostro poco á poco, y lo está con breuedad. Y si el cauallo nezesitare de alguna libertad, se le puede dar boluiendo la mano vñas abajo, con que le da tres ó quatro dedos, y en desaogándose el cauallo y auiendo andado dos calles se la puede bolber á ganar; y el rostro como fuere andando más se ba afirmando asta que se arrime á la rrienda, no de manera que apoye en ella, que esto á de conozer en el pulso de la mano que a de ser una tecla. Y continuando en esta forma allará el cauallo en pocos dias firme de rostro, y que si lebanta el punto de la mano vñas arriua hacia el pecho no se descompone, y suele quedar tan firme con la escuela que a tenido y la obserbancia y regla que se da, que será lo mismo poner la mano en las orejas para no se descomponer de rostro. Y la mano no tiene punto fijo, que solo se a de obserbar firme, baja y blanda, asta estar el cauallo mui firme del rostro; y siempre combendrá en todos los que fueren encaramados traerla en este punto, porque ba más descansada y asentando el pulso, y llebándola alta ba ynquieto y temblando y ocasionada á darle alguna lebe sofrenada que le obligue á ganarle la mano sacando el pico, que no es tan fácil de recoxerle como

con la mano baja. Y usan de dar la sofrenada ó aldaua por castigo ó enseñanza, por decir que para que sufra la que le diere su dueño y que por sacar la cara de temeroso empinará, pero bastará que poco á poco le asga la rrienda asta que se arrime bien al freno y esto bastará por licion. En los cauallos que se armaren bajos ó encapotaren, es menester llamarlos por alto, que por eso digo que no tiene punto fijo la mano.

El cauallo anda y corre sobre cinco piés y el principal es la mano; y así es nezesario enseñarlo á que se arrime al freno como está dicho, con mano ligera y no pessada para que no apoye, con que ba más seguro el cauallo y cauallero en la carrera, y mui pronto para poderlo ayudar si tropezare ó fuere á caer lebantándolo; y no lo podrá socorrer tan facilmente si llebare la rienda en banda. Basta lo dicho, en razon de todo lo que se requiere para el enfreno; lo demas que se ofreze, se dirá en su lugar en el exercicio de andar á la jineta y actos de cauálleros. Y haze tanta fuerza la costumbre, que no sólo como queda dicho, haziéndose los cauallos al freno de brida de tiros largos, que les quiebra el cuello y les haze encapotar y á el de jineta vencido, estrañan despues el que les perteneze; sino que la costumbre de andar debajo de una mano, estrañan despues otra y áun la de su dueño, como oy decir en el Reyno de Jaen generalmente: que todos los cauallos que haze Pasqual de Barrionuevo, que es mui grande ombre de la jineta, no obran, ni hazen despues de hechos lo que bajo de su mano, pasando á las de sus dueños, y que no le a seruido ninguno de quantos a echo sino para sí; y suzedio á un cauallero que no

nombro, el más científico de este arte y que más y mejores cauallos crió; auiéndole vendido vno mui abentajado á otro cauallero, grande ombre de á cauallo, se quejó despues de que no obraba lo que le auia bisto hazer debaxo de su mano; y le respondió, que no le auia bendido la mano sino el cauallo. Estos exemplares e dicho para prueba de la fuerza que tiene la costumbre y el hazerse á una cosa. Y así aconsejaré á qualquier cauallero particular, que su cauallo lo dé el picador en quanto lo afirmare con el cauezon y sepa andar por derecho y buelba á una mano y á otra; y asimismo, en quanto vbiere aprendido en largo tiempo con buena escuela, todo lo pierde en bolbiendo á su mano si no es la que se requiere; y por mala que sea, desde este principio el cauallo se ará á ella y él al cauallo. Y porque esto no puede ser con los que se hazen para los reyes y príncipes, combendrá que el que los haze reconozca el natural de sus manos y la que es suabe y rigurosa, y en qué punto trae la mano, porque no á todos es fácil de aconsejarles ni de que lo admitan; y así en el punto que cada uno la trajere ó bien blanda ó pesada, en ese procurará hazer el cauallo arrimándole á él, cargándole la mano ó trayéndosela mui ligera, huyendo de darle sofrenada ó aldauada por licion, por el incombeniente de lebantar la caueza de temor ó poderse empinar como a suzedido. Y si algun castigo le quisiere hazer para que despues le sufra, sea un refregon hacia arriua que le aregaze los lauios, que esto lo sufren todos y no los deja escarmentados, ó barajarles de un lado á otro y esto aprobecha paseándole en la carrera, diuirtiéndolo quando con las orejas haze señal

de querer hazer algun siniestro meneándolas atrás y adelante. Y los frenos de que oy usan son mui ymitados á los de la jineta en las montadas y asientos y corto tiro, con que conserbarán las vocas, y no estrañarán los de la jineta y trairan el rostro libre como le deuen traer con el de la jineta, sin que encapote ni les benza el cuello como solia suzeder con los cañones enteros de tiros largos de que solian vsar; y son mui conformes á la blandura y poco castigo de que se a de vsar, pues todo lo que aquí se enseña, se reduze á que se vse de blandura y frenos suabes y no de castigo; y de lo mismo en la enseñanza y escuela que se diere á los cauallos, pues como está dicho, no solo los enfrena el freno, sino con el ayuda de la buena mano y suabe y prudente enseñanza, que por eso se a ablado dilatado de uno y otro por ser tan nezesario todo lo referido para llegar á conseguir que esté vn cauallo bien enfrenado y obediente. Y a abido algunos de tan buen natural, que pudiera nombrar, que desde luego an obedecido y enfrenado como si hubieran tenido muchos años de escuela sin auer auido menester cauezon dos dias, siendo mui balientes, claros y de bondad; y así no la abrán menester mui larga ni mucho que hazer con ellos, siendo de este natural, y será sin razon lo demás que se hiziere que no sea con mucha maña y blandura de frenos y de licion.

Asimismo está dicho que enfrena el cauezon, que se entiende usando bien de él, traiéndole con libertad sin que tome apoyo en él, procurando yrle ganando la rienda poco á poco y enseñándole á bolber con ella á una mano y á otra sin mucha ayuda del cauezon, sino con

uno y otro asta que por ellos solo sepa bolber y la entienda y se aga con más breuedad; y esto será bien se aga por las calles donde los cauallos se hazen más apriesa y se desengañan.

El cauezon sea mui suabe y aforrado, porque no llague y lastime al cauallo como suzede con algunos rigurosos que los biene á desesperar; con que tamuien en esto como en todo se a de vsar de blandura y poco castigo.

Y el Baron de Batibila, que fue tan grande ombre de la brida, encargaua y decia que no auia de apoyar el cauallo sobre el cauezon por el yncombeniente de apoyar en el freno, ni que auia de ser de hierro, sino el que él vsaba que era de un cordel grueso, porque era bastante para con él ganar y afirmar el cauallo; y á pié los enseñaua á obedezer y todas cauallerías, con que quando se uenia á montar en ellos, ya las entendian con gran maña de que usaba. Y no solo es yncombeniente para el cauallo sino para el que anda en él, que traiendo atacada la mano y asida siempre á él, se haze á tenerla rigurosa y pesada como suzede tenerla todos los que se crian con el cauezon vsando mal de él.

El mismo Baron de Batibila, era mui aficionado á la jineta, y decia que deseaba sauer enfrenar y andar y hazerse á la silla de la jineta; y estando un dia á solas con él, pidió que le pusiese á la jineta como se deuia poner, y auiéndose puesto en la silla, dixo, que le alargase más los estribos, y auiéndoselos alargado, pidió se los alargasen más, asta que no quedó punto, con que quedó casi en el de la brida; y enpezando andar dijo, que no se allaba y que le parecia que auia de caer y sa-

lir por encima de ias orejas, como estubo á pique de suzederle comenzando á trotar; con que se apeó luego diciendo que ya estaua duro para aprender, que este exercicio se au:a de comenzar y continuar desde mui mozo. Y asi suzede á todos los que están enseñados á la brida, que es firme por su naturaleza; y en este exercicio se manda y en el del arte de la jineta se rruega, y á los que se an criado en ella, les es fácil el pasar al exercicio de la brida y aprender con facilidad andar en ella con tan buenos piés y garbo como el que más la a exercitado. Y puede tanto la costumbre de andar á la jineta, que le oigo decir á un gran señor que se a criado en ella, que se alla más firme y para mandar con más resoluzion su cauallo, que á la brida con ser tan firme y de tanto descanso por naturaleza. Y así combendrá que los que se empiezen á enseñar á andar en ella, á un mismo tiempo anden á la jineta, ya sea en las calles, de noche ó en el campo, con que no la estrañarán despues, como tantos jentiles mozos que lo hizieron así en la escuela que tubieron y que andan tamuien en una y otra silla en esta Córte, y lo mismo á los más antiguos, que no nombro por ser tan conocidos como los referidos, que tubieron la escuela de Don Diego Pamo y otros que se criaron en el Andaluzía.

Como se conozerá la flaqueza de lomos y de brazos será biendo al montar en el cauallo si se hiende y jime el lomo, y al empezar andar, si se cimbra ó bierte las caderas á un lado y otro, y si en la carrera se deja los piés al partir y se entiende en ella, y al parar no se cobra para derribarse y se deja yr asido al freno parando largo. Y la de los brazos, si al salir del poio fuere con

rienda ligera y en andando algun rato apoyare y cargare en ella, es señal de dolerle los brazos, aunque tenga buena boca; y estando parado no está quieto y firme, sino meneándose á un lado y á otro.

Está dicho todo lo que mira á el enfreno y se dirá lo que importa á la escuela y tresno que se le deue dar á un potro, que á de ser trayéndole á el paso ablaldonado (*sic*) ó ya sea natural de moberse ó de pasear y que se baya alargando asta que con la edad, carnes y fuerza, él se rrecoja y se combide al mouimiento ó á el paso; porque de recogerle y unirle como lo suelen hazer, no solo les quebrantan el lomo y brazos, sino que no se mueben ni pasean sino toman vn tipe, tipe, queriéndolos juntar y unir en el mouimiento y trote sin tiempo, que á de ser tamuien largo por derecho, y al fin de la bia recta abibándole con la boca, derribarlo con el cauezon en algo de pendiente; que con partir á rostro firme y parando en esta forma, dando unos pasos atrás, no abrá menester más licion para saber pasar despues la carrera á rostro firme y parar á raya. Trasteando y con la edad, él se recoxerá en ellos y se los podrán ayudar á recojer tomándole sus bueltas en los tornos; con que haciéndolos con flema y este espacio, se bienen á hazer más apriessa y á los cinco años ya a de auer sauido pasar la carrera despues de aberlo galopado unido en bueltas anchas, con que el trote a de ser largo y el galope corto. Y como está dicho, las calles los acaua de hacer y desengañar, y á los seis años, ya an de estar hechos y que ayan podido seruir á sus amos en las funciones públicas; porque toda esta facilidad y docilidad tienen los cauallos andaluzes y españoles y en particular

los castizos, y los napolitanos an menester más tiempo para hazerse.

Y traiendo los potros largos paseando, todo lo que alargan por delante enbeben para arriba, lebantando los brazos quando ellos se recojan y los ayuden á recojerse.

Y no se vse de espuelas con ellos hasta pasados los cinco años, que bastará sólo la bara para mandarlos por ella, atrauesándola en el cuello, para ayudarles á bolber; porque demás de hazerse duros de hijar se enseñan á dar de la cola, y quando á los cinco años le pasaren la carrera la primera bez dos vezes, porque pasa mejor la segunda por sauer lo que ba açer, le ayudarán y herirán con las espuelas, y benido á casa le salmorearán las heridas con vinagre y pólbora y sal, con que despues no abrán menester vsar mucho de ellas porque el cauallo estará auisado, y así pocas bezes vsará de ellas.

Tambien se guardarán de arrebatar repelando el cauallo, sin prebenirle primero con la voca y afirmándose sobre los estribos, que resultan alifafes. Ni tampoco vsen el repelado á tercios muchas vezes, que basta sauer que lo saue hazer; sino fuere quando se le enseñare con repelones corbos para lanzes de torear, trocándole sobre la mano derecha metiéndole rezio la pierna derecha para que saque la cadera afuera; porque de repelarle á trechos resulta el quedarse en la carrera, y así se le a de pasar entera.

Enseñarle á que entienda la voca diciendo al parar: «basta»; y al dar paso atrás: «atrás»; y al sacarlo adelante: «adelante». Prebenirlo y auisarlo, y auibarlo como se suele con la boca, que aprobecha para él parar en la carrera y en todo lo demás.

Quando el potro se rrecatare de alguna cosa lléguenle poco á poco, alagándole con la voca y con la mano pasándosela por el cuello hasta que llegue y se desengañe, y no se le apremie con voz ni con la bara que quedan escarmentados. Y sólo con los cauallos maestros, que por auerlos dejado consentidos algun mal jinete, se recatan y no quieren bolber ni hazer lo que sauian hazer, á estos se les a de obligar con las espuelas y bara á que lleguen con resolucion y á bolber sobre la mano derecha, abriéndoles la de la rienda y dándoles rezio con el cauo de la bara grueso en el carrillo sobre las camas del freno, al lado yzquierdo ó al que lo hubiere menester.

En la profecion que cada potro ó cauallo tubiere, se le a de seguir y mantener: á el de mouimiento, que no aga otra cosa y solo sirua en esa profecion; á el de paso lo mismo; y al que no le tubiere y fuere sólo de la carrera, á ese se le reserbará para que sirua en ella en las funciones que huuiere, y no querer que un cauallo lo aga todo.

Y así es engaño el querer contrastar el natural del cauallo queriendo hazer que el de mouimiento sea de passo, ni el de passo de mouimiento, ni el que no tiene fundamento ni las partes que se rrequieren, sea cauallo; ni lo que no es por naturaleza; que el arte ni sirue ni aprouecha sino para prefecionar y adelantar el buen natural, haciendo que el que se ynclina á mober se mueba más alto, y el que á pasear pasee más firme y con más primor, y que así lo aga en todas las demas cauallerias que se le enseñaren; que ai diferencia de hazerlo bien naturalmente ó hazerlo con primor, y así

para confirmazion de esta verdad, aunque me alargue, pondré un exemplar.

Vn cauallero llamado Don Rodrigo de Quesada, señor de Ninches, tenía cria de yeguas y era grande ombre de á cauallo y grande amigo de otro, que lo era por estremo, de quien yo aprendí. Y un dia le dijo: «bien sabeis que somos amigos desde la niñez y que sé tanto como bos; decidme en fee de nuestra amistad, ¿qué es la causa que establando yo de contínuo seis y ocho potros, nunca e sacado cauallo de probecho, y que bos todos quantos abeis criado an salido abentajados cauallos, sin que ninguno aya errado, y los abeis bendido por crecidos precios?» Y le respondió; «yo os lo diré: porque con lo que saueis y aficionado de los potros que nazen en vuestra casa, presumís de hazer cauallos de los que no tienen fundamento ni natural para serlo, auiéndose oydo decir de cada uno de los potros, á fee que de este yo aga cauallo, y asi se quedan lo que son. Yo procuro comprar los potros de quatro años del natural, hechura y cimientos que se requieren, que ya tengan descubierto y prometido lo que an de ser, y á esos aplico el arte y con él prefeciono y adelanto el buen natural y así no me yerra ninguno, porque sin el buen natural no aprobecha ninguno.» A que respondió Don Rodrigo: «de aquí adelante he de hazer lo mismo y me he de hazer de las yeguas», como lo hizo. Esto baste para prueba de lo referido.

Como está dicho, los cauallos que se resauian empinándose y arrojándose sobre una pared, alcabuceando, y otras bellaquerías, todo procede de haberlo apurado y llagado con mal freno de castigo, y áspero y fuerte ca-

uezon y rigurosa mano; y estos suelen ser los más valientes y de más fuerza y suelen atribuir á que no la tienen, disculpándose de que no pueden hazer carrera con ellos, y en los que no la tienen y son de bondad y lo sufren todo, en éstos continúan. Y en los otros que an desauziado de remedio, así en tiempos pasados como los presentes, pudiera poner aquí muchos exemplares de muchos cauallos que le an tenido y que io los e reducido, que nombraré si fuere menester, por ser conocidos como sus dueños y bibir oy algunos de los que los an bisto y alguno que al presente está en poder de un gran señor.

Y a sido la enmienda, oluidándolos vnos dias y despues quitándoles á vnos el cauezon, ó poniéndoselo aforrado si todauía lo hubieren menester, ó si todauía no hubieren acauado de sauer obedecer traiéndole libre; y á otros que no lo an menester, y á todos, puniéndoles vnos frenos naturales de mucha blandura, como están pintados en el capítulo de enfrenar. Y con esto se an olbidado y reducido á seruir y obedezer lo que les mandan á todos quantos se an puesto en ellos, quando muchos de ellos estauan tripulados, sin atreuerse á montar ninguno en ellos. Todo esto puede benzer la suabidad y blandura y buena maña.

Todo lo que se a dicho, a sido nezesario en estos tiempos para reduzir á esta verdad los que no la quieren creer y seguirán por su capricho y presuncion; lo que en los pàsados y para con los antiguos no era menester, porque todos profesauan y hazian lo referido, y auia muchos sentíficos generalmente que no ai aora por auerlo abaldonado vn arte de tanto primor y nezesario

como el de la jineta, que es el que se a vsado toda la vida en España, y del que se vsa en las funciones públicas y actos de caualleros, y así no lo deuieran abaldonar.

Yo confieso que el exercicio de la brida es de mucho garbo, y las caualleríias que á él se enseñan son de gran primor y siruen para la guerra y no para lo que sirben los cauallos cn España, que no lo vsa otra nacion más que la nuestra; porque ellos se exercitan con la firmeza que tiene para la guerra, y en España á la jineta para la plaza y demás regocijos, que tiene más que hazer que á la brida por la brújula que tiene, y sin mucho exercicio en ella y corriendo el campo, se hazen firmes los que la vsan. Y así pasarémos à enseñar, cómo se a de vsar de ella y se a de montar y andar con garbo y sauer herir, con lo demás que se a de hazer en ella.

TRATADO TERCERO.

De la forma de andar á la jineta, para que la puedan adquirir y aprender los nouicios con más facilidad que la enseñaron los antiguos.

Dícese no ser nezesario decir como an dicho otros, de la forma que an de ser las sillas, los estriuos y las espuelas, porque lo que oy se vsa está todo en grande perfeccion. Solo diré que los estriuos son mejores los más pesados, y que las espuelas se an de traer derriuadas porque anden más muertas y no ·yeran con tanto

vigor como estando tiesas y torcidas á la parte de adentro, para que con más facilidad allen la barriga del cauallo.

Ya se saue, cómo enseñó Don Bernardo de Bargas y Don Diego Pamo, su discípulo, que el lugar se a de tomar enmedio de la silla sobre los testículos, sin arrimarse á uno ni á otro arçon, derecho el cuerpo, cuadrado, los pies llanos en los estribos como se plantan en el suelo, sin lebantar ni bajar demasiadamente el talon, ni mui engargantado el pié en el estriuo y terciado de la punta de adentro á la de afuera. Delante cerrado de rudillas y sacando la pantorrilla afuera y el talon que a de andar desviado y haciéndose con el plal (*sic*) de la espinilla, y cerrando con la punta del pié la de estribo que toque en la cincha junto á el codillo, y perfilado desde la frente á la punta del pié: y en esta forma estará bien plantado y firme, si haze lo que se le dirá.

El que en el suelo fuere (airoso?) lo será en la silla y el que fuere cargado lo será tamuien en ella, que es lo que no se puede enmendar y sólo se enseña á cómo se a de andar de la cintura abajo. Y aora se dirá cómo se a de adquirir la firmeza y lo que le a de ayudar á andar cerrado con buena costumbre

El nouicio se pondrá en el poio, la espalda ácia la caueza del cauallo y asirá con la mano y rienda ligera el arçon y meterá el pié por delante del estriuo, así como está colgado y torciéndolo afuera para atras, y asiendo con la mano derecha el arçon trasero montará en el cauallo, auiendo mirado primero el freno que esté en su lugar y muserola y cincha que estén apretadas y no demasiado engarrotadas, de que se aflige el caua-

llo; y montado en él como está dicho ará que el lacayo le buelua el estriuo ácia fuera de adelante para atras, ó el mismo nouicio alargará la pierna y con el talon metiéndolo por delante en el estriuo le boluerá ácia atras y meterá el pié en él y hará que con dos cintas le aten las aciones á la cincha por junto á los anillos del estriuo; que con esto yrán cerrados de puntas sin que le queste trauajo, y en esta forma lo continuará y hará costumbre sin dar aldauadas con los piés. Y si hubiere menester auibar el cauallo, lo hará con el gauilan del estriuo ácia adelante, hiriéndole entre la cincha y el codillo, y yendo en esta forma, atadas las aciones que no se puede abrir de puntas, no abrá menester los botoncillos que se ponen en las de las espuelas á los nouicios porque no abotonen.

Tamuien combendrá para auituarse y enseñarse á andar cerrado de rudillas y de puntas, sacando como está dicho los talones afuera, poner debajo de la planta del pié vn ochauo segouiano y debajo de las rudillas vnos pedacillos de paño ó de felpa, procurando guardar vno y otro que no se le cayga, auituándose á traerlos hasta tanto que con la costumbre de andar cerrado no los pierda y se halle firme, y entónzes podrá decir que es ombre de á cauallo; obserbando esto, así paseando como en lo biolento, y en el campo como en las calles, juzgando siempre que le están mirando.

Tamuien se auituará á traer la mano baxa y firme, y blanda; que si obserua con cuidado y aficion lo que está dicho, en pocos dias se hallará firme y ombre de á cauallo, y más presto que otros con largo tiempo.

Sirbe la licion que se a dado para sauer batir y herir

como se deue hazer, porque es la cosa que con más garbo haze vn ginete y más nezesaria para ser consumado ombre de á cauallo, y en que más reparan los que le miran y lo entienden, al pasar la carrera.

Ai cinco modos de batir: el vno se llama de rodeo que ninguno lo a hecho, aunque lo escriuen, y otro de martillejo, de que se ha de huir; y de los que se a de vsar y son de primor, es el uno con el gauilan de estriuo á la cincha junto al codillo, otro es de repelon, jugando el pié, bajando los dedos y mobiendo con ellos los talones hácia arriua sin desabrigarse, reconociendo que toque la punta de la espuela á la barriga; y el otro es de nabajuela, mouiendo el pié con el estriuo ácia atras, guardando el compas con que muebe el cauallo el hijar, y arrimada la punta de la espuela á herir, y con esta órden se herirá el cauallo con sus mouimientos, dándose mui largas y yguales nabajadas y sin mober los piés se las dará yéndose cerrado y sintiendo que lleba arrimadas las puntas de las espuelas á la barriga; y el que se desabrigare para herir el cauallo, ó no lo herirá ó le alcanzará á herir cerca del escudo del hijar ó le abotonará.

Dícese que paseando a de yr sentado, y en lo biolento, galopando ó corriendo, á de yr sobre los piés y los muslos, porque no le enjuague el cauallo de vn arçon para otro yendo sentado.

Y quando se halláre firme y suelto en la silla y hubiere quitado las cintas de las açiones y dejádolas de poner por no ser menester hasta en otra funcion, como se dirá en su lugar, procure continuar y traer siempre dada la buelta á los estribos, lo de delante para atras

como está dicho, que ymporta para ayudarle andar cerrado de puntas.

El punto en que an de yr los estriuos para que ni baian largos ni cortos sino en buena proporcion, a de ser tendida la pierna que toque la punta del estriuo vna pulgada más arriba del tubillo, con que será la medida que abrá menester el que fuere alto y el que fuere pequeño; y si de esa quisieren andar más cortos, que será más bien parecido, podrán acortar vn medio punto ó entero, como cada vno más bien se halláre, y no como algunos an dicho, que la medida se a de tomar desde el arrizes al anillo de el estriuo; que á los altos bendrá corto y á los pequeños largo y no podrá seruir esa medida para todos.

Ya exercitado, paseando las calles y en el campo y en lo violento, tratará de sauer pasar la carrera con primor y garbo. A los potros se la trotará primero y á los cauallos hechos la paseará tomando por la pared ó pretil por donde a de correr, tomando las bueltas arriba y auajo ácia dentro, haciendo círculo desbiándose, porque á la brida se dan ácia fuera y á la gineta adentro. Y boluiendo paseando para tomar el puesto para correr, en medio del lienzo de la pared terciará la capa y apretará el sombrero, y en tomando la buelta para partir parará el cauallo; y por si saliere alto como suelen algunos, sino es que ya le conoze que sale baxo, echará el cuerpo un poco adelante, porque no le enjague al partir, y en asegurando los primeros trancos se boluerá á endereçar con disimulo, y parado el cauallo habrirá la mano boluiéndola vñas abajo y yendo emprendido en la carrera se la podrá recoxer, boluiéndola vñas arriba. Y

hasta el segundo tercio no empezará á batir, y al último le batirá más apriesa; y al parar, lo desarmará boluiendo las vñas abajo, y luego trasteándole con unos toques de rienda mui menudos y lo mismo con los piés asta rematar la carrera, parando largo porque tenga lugar de derribarse y meter las piernas, haciendo chaças. Y el brazo le yrá sacando desde que empieza á llamar á parar, cerrado el puño las vñas atras, y le yrá leuantando derecho asta llegar á parar, boluiéndolo en arco asta ponerle enfrente del oydo boluiendo la muñeca y las vñas enfrente del mismo oydo; y en esa postura, rematará y baxará el brazo asta abajo, que es el maior garbo que tiene el rematar la carrera y en que reparan muchos; y el cuerpo al parar no lo derribe mucho atras, que bastará que lo endereze más que la postura en que lo llebare. Y sirbe tamuien el lebantar el brazo para enseñar á parar el cauallo como la voca, diciendo: «basta»; que a suzedido quebrarse las riendas y con sólo lebantar el brazo parar el cauallo por estar enseñado á berle lebantar. Tamuien se podrá sacar el brazo con la rienda corriéndola en la mano, y con la bara haciendo al parar los acometimientos de la lanza, y tamuien con el canto de la capa como cada uno quisiere; pero el más garboso y mejor es el de la mano sola que está dicho cuerpo á la gineta. El Rey nuestro señor, que Dios guarde, anda á la gineta en lo biolento y la escaramuza mui suelto y desembuelto, con gran firmeza y primor y mui bien parecido más que á la brida, aunque trai mui buenos piés y mejor. Ya se a dicho cómo se a de batir y herir sin desabrigarse, y así no es nezesario el decirlo aquí por hauerlo exerci-

tado y corriendo el campo, que es lo que haze firmes.

La caualleria de pasar la carrera, es la de más garbo que se haze y todo lo que deue sauer hazer vn jinete, y asimismo todo lo que deue sauer vn cauallo y lo último que a de aprender para estar hecho de todo punto, y así se le a de enseñar con todo cuidado con la licion referida. Y se obserbará de pasarle la carrera sino solo dos vezes cada mes, y en la plaza no se le ha de reserbar las que fueren menester; adbirtiendo que á el cauallo flemático se le pueden dar todas las que quisieren continuadas, y áun hazer en él toda una fiesta, y al colérico y fogoso se tendrá quenta si auiéndole dado tres ó quatro carreras ó dos, si yxadeare meneando la pierna del jinete que le reconocerá, no a de continuar en correr sino se a de pasar ó parar hasta tanto que se aia sosegado el cauallo y dexado de yxadear, y entónzes bolberá á continuar á correr. A el cauallo flemático como está dicho, se le dará más larga la carrera de la ordinaria de ducientos pasos; al yr cerca del parar es quando empieza á correr, y al colérico se le dará más corta de los ducientos passos porque no le falte al aliento al parar y llegue entero.

El cauallo ni el jinete no resuellan ni dan el aliento hasta el parar, sino le lleban recoxido; y si el jinete le diere en la carrera afloxará el cauallo en ella.

Está dicho lo que a de hazer el cauallo y cauallero para pasar con garbo y primor la carrera: aora se dirá quando la pase lo que a de hazer. Quando la pase en campo auierto, que la a de passar primero como queda dicho, a de tomar las bueltas sobre la mano derecha, y si se le torciere sobre la yzquierda, le car-

gará el dedo pequeño recio sobre la rienda del lado yzquierdo afloxando la del derecho, y lo mismo ará con la pierna metiéndosela recia y apartando la derecha; y si llebare bara con lo grueso de ella le dará á un mismo tiempo, cruzando la mano recio tamuien sobre las camas del freno guardando que no sea más arriua, porque no le dé en un ojo como a suzedido; que con esto lo enderezará acudiendo hazerlo con breuedad quando se ynclinare á querer torcer, y no lo ará segunda bez. Y si tubiere maña de torzerse por auer tenido lastimado el asiento del lado derecho ó por ser natural torcerse al lado yzquierdo, ará torzer y lebantar el asiento del lado derecho del freno y que cargue sólo el del yzquierdo; y en auiendo perdido la maña, bolberá á enderezar el freno. Mucho abia que decir, pero bastará lo dicho y pasarémos á tratar del ensayo del juego de cañas, escaramuza y todo lo demás que se requiere.

Capítulo del ensayo, escaramuza y juego de cañas, con un exemplar que seruirá para su enseñanza.

El Rey Phelipe quarto, que Dios aya en su gloria, fué mui sientífico en el arte de la jineta; y en vnas cañas que se jugaron y toros que se corrieron en vna plaza de madera que se hizo para festexar á el Príncipe de Gales, en que mató cinco toros Don Lope de Balen-

çuela, su sosegador que fué despues, herraron las cañas, diciendo tubo la culpa y que hizo el yerro el Duque de Medina de las Torres. Sintiólo mucho el Rey y quedó picado para disponer otras que le enmendasen; y estando preñada la Reina del príncipe Don Baltasar, llamó á Don Lope de Balençuela y le dijo que era menester bolber por la onrra de España ensaiando vnas cañas entre los dos para quando pariese la Reyna, y así lo hicieron en vn salon como se deue hazer. Y estando diestro el Rey, nombró los quadrilleros y los que auian de entrar en las quadrillas y repartió los colores y nombró ocho, los más diestros de los señores y de la villa, para que fuese vno en cada quadrilla que la gobernase y estubiesen á lo que él les enseñase. Y dispuesto en esta forma, el Rey por sí solo los ensayó á todos en vn salon de palacio y despues en la priora á todos juntos, y como auia tiempo bastante, se yban haciendo los ensaios en quando en quando y todos juntos siempre y en los mismos cauallos que auian de jugarlas en la plaza; y en ellos se ensayaba la escaramuza porque quedasen tamuien diestros y en ellos se hiciese todo, sin que se mudase más cauallo que el de la carrera de entrada y el que despues de las cañas huuiese de correr ó se huuiese de hazer la escaramuza partida, que en aquel tiempo se vsaua y se vsa oy en Seuilla y toda la Andalucía, que es diferente de la de entrada de cañas. Con que llegado el tiempo de jugarlas despues del nacimiento del Príncipe, todos y sus cauallos mui diestros, el Rey las ensaió desde su principio y las jugó en vn cauallo rucio hermoso y de buen mouimiento enfrenado y arrendado, que le auian traido de Vbeda de la

casta de Chicon al marqués de Malagon, que teniendo noticia dél el Rey se lo pidió y le dió diez y seis mill reales que dixo le auia costado; que de quantos buenos auia en la caualleriza, no le auia contentado ninguno á el Rey por no hallarlos bien enfrenados: que es plaga antigua de la caualleriza, aunque auia tan grandes ombres en ella.

Llegó el dia de jugar las cañas siendo las quadrillas de á ocho, con tanto concierto y ygualdad de los cauallos que no descrepaua vn áspize vna caueza de otra en todos el menor descuido, y el Rey á bozes los yba gobernando y diciendo: «andar, andar.» Desde entónces asta oy no e bisto ningunas tan conzertadas, auiéndolas bisto todas y no auiendo ningunas en que no aia auido algun desórden. Sucedieron esta tarde de las fiestas dos cosas: la primera fué que corriendo el Rey en la carrera de entrada, vna de las quatro lanzas que se corren que era la mejor y de que siempre vsaua el Rey, que era sacándola debajo y jugándola al principio y medio y fin de la carrera, con estar mui diestro el Rey, se le cayó al parar y quererla jugar, y al punto dexó caer la suia el Conde Duque, con que pareció á todos nuebo modo de correr lanza, porque demás de las quatro, se puede adbitriar las que quisieren. La otra fué, que corriendo vn trabes de la calle de Toledo á la de los Boteros el Marqués de Malagon en vn cauallo blanco, biexo y lisiado de los brazos, que por auer dado el suio no tenia otro, tropezó al partir i yzo la testeruela, arrojándole por las orejas y bolteando el cauallo sobre él le partió los muslos con las caderas.

Las cañas sé an de ensaiar como queda dicho, y en

los cauallos que se an de jugar y se a de hazer la escaramuza, que será corta segun se dirá, y se a de tener los puestos en ellas sin mudar otros y empezar á jugar los lanzes, tiniendo cauallos preuenidos por si se deserrare alguno ó le suzediere algun desman, que no ai cauallo, por endeble que sea, que no aguante á lo vno y á lo otro; porque es cosa desayrada dejar el puesto bacío por yr á mudar cauallo y no enpezar desde luego que se tienda á jugar los lanzes: en todo lo demas se procurará executar como está referido.

El sauerse adargar los nouicios será á pié en vna sala, ó puesto á cauallo. Plantarse derechos los piés como está á cauallo, embrazar el adarga y asir la manija con la mano y lebantar el brazo por el codo, y torciendo el cuerpo perfilado, sacarla con aire y tenderla sobre la cadera del cauallo, y mirar por encima de ella, boluiendo la caueza qüando desembraza la caña el contrario, y arrimando el codo á el costado le subirá alçando el lomo asta cubrirse, enderezándola derecha con la manija de la mano, y bajando la caueza hácia las orejas del cauallo, quedará cubierto. Auiéndose ensaiado de esta manera, se yrá á ensaiar en los lanzes de cañas.

La escaramuza se ará en la forma siguiente: cada uno de los que gobiernan los puestos saldrá por su puerta sobre mano derecha, dando el adarga á la plaza, sobre el trote todo el primer lienzo, bolbiendo la cara asta ber que esté tendido todo su puesto; luego empeçará á lebantar al galope, dando buelta á toda la plaza hata boluer á reconoçer la puerta por donde entró cada uno, tiniendo quenta el vn puesto con el otro

de que baia uno enfrente de otro. Y desde la puerta de cada uno se saldrán á reconocer amagándose cada uno á el otro con la caña como se ban encontrando, y bajarla luego asta encontrarse con otro y tomar la buelta por detras de la cadera del postrer cauallo; y uno y otro puesto dar la buelta entera á toda la plaza, pasando de la puerta por donde entró hasta el otro rincon, tamuien hasta ponerse en medio de la plaça, que la partirán, boluiéndose á reconocer, tomando la buelta sobre la cadera del postrer cauallo y sobre la mano yzquierda, yrán dando buelta asta pasar de la puerta al otro rincon, y allí tomará una buelta en redondo el que lleba el puesto con sus dos quadrillas y las otras dos que le siguen. El que guia la primera, desde la mitad del lienzo pasada la puerta, bolberá haciendo otra O sobre la mano yzquierda entera, como tamuien la dará el que guia el puesto, y se bendrán á encontrar en medio, cara á cara, el uno con el otro, y de esta suerte darán dos bueltas y lo mismo harán los del otro puesto. Y acauadas de dar, el que guia el puesto saldrá derecho todo el lienzo de la pared, y el que guia esotras dos quadrillas, acauada de dar su buelta, seguirá á esotras dos sin detenerse, y cada puesto yrá dando la buelta hasta pasar por la puerta del contrario y ponerse en el rincon que se sigue y desde allí bolberán de rincon á rincon á bolberse á reconocer; y como baian llegando á el postrer cauallo los que guian los puestos, bolberán desde aquel rincon sobre la mano derecha, dando el adarga á los valcones hasta llegar á su puerta por donde entró y entónzes quedará todo su puesto tendido de cada uno; y en el dibuxo que se pondrá aquí doblado

de estos quatro tornos, reconozerán como los an de hazer [1].

Y tendido su puesto cada uno como queda dicho, saldrá la quadrilla del puesto del cubertizo de la priora ó del de la boca de la puerta de Guadalajara, corriendo á dar en Santiago; y en llegando ántes del postrer tercio, poco más de la mitad del lienzo de la pared, tirarán á un tiempo todas las cañas, y tomando las riendas con la mano derecha, templarán ygualmente á un tiempo todos los cauallos y media rienda al galope bolberán, deteniéndose el que recoje y adelantando el que le lleba la mano, yguales las cauezas todas de los cauallos se bolberán; i yendo por las camas de los frenos de los contrarios, llegarán asta tomar la buelta con la misma ygualdad y templanza, deteniéndose el exe y adelantándose la mano para que buelban con ygualdad y templanza, mirando por encima de la adarga á los contrarios que no partirán tras de ellos asta estar distancia de dos cuerpos de cauallo y asta llegar á la mitad del lienzo de la pared no arán la caña; y todos á la par la dispararán y los cargados se cubrirán baxando la caueza mirando ácia las orejas del cauallo, subiendo la adarga con el codo lebantándole ácia arriba con el ombro, pegado el brazo á el costado y endereçando con la mano el adarga y el cuerpo de medio lado, partirán hasta tomar su puesto. Y los que los cargan, así que acauen de hazer la caña desde la mitad del lienzo de la pared como está dicho, tomarán la rienda con la mano derecha

[1] En el MS. no se halla el dibujo que hizo ó pensó hacer el autor.

y templarán sus cauallos, y á media rienda yrán á tomar la buelta como está dicho, y á reziuir la carga de los últimos, y en esta conformidad y ygualdad, echando los lanzes que quisieren ó astą que los desparzan los padrinos. Y tengan cuidado de al bolberse para adargarse no abran la punta del pié yzquierdo, en torciendo el cuerpo, porque ba á rriesgo de desbarrigar el cauallo; y los que ban en medio no se abran ni desabriguen, sino báianse cerrados porque no yeran al compañero en la pierna, pues yendo cerrados y arrimada la punta de la espuela á la barriga del cauallo, él mismo se herirá sin mouer la pierna como queda ya dicho, y yrá más firme y seguro de poder caer; y los que ban á los lados yeran con la pierna de afuera y lleben quieta y abrigada la de adentro. Y para maior seguridad y heuitar estos riesgos y yncombenientes, será bueno que usen todos de bolber los estriuos de delante para atras y atar las acciones por junto el anillo á la cincha con una cinta gamusada, porque no se conozca, metiéndola primero por la cincha y darle dos nudos apretados, y luego con los dos cauos atar el açion arrimada á ellos mui apretada con otros dos nudos, y con esto ban seguros de poder herir al cauallo ni al compañero.

Está dicho todo lo que toca al adargarse y á la escaramuza de entrada de cañas y á los lanzes y juego de ellas; diráse de la escaramuza partida por si la quisieren hazer despues de las cañas y de los boordos, que antiguamente se solian tirar corriendo parejas, guardando que no corran ni los tiren ácia donde está el Rey.

Las entradas son la mejor parte del juego de cañas, y las lanzas solian ser largas y con no más de vn yerro

y gallardetes; y oy se usan cortas y de dos yerros para no tener que bolberla, y así son quatro las que se corren generalmente, sin otras que se pueden ynbentar, y combendrá que cada quadrilla corra su lanza.

La primera postura de lanza será terciada sobre los muslos, los puños vñas arriua, y las puntas adelante, que respondan por encima de los oydos yzquierdos de los cauallos; y en partiendo y asegurando los trancos, en el primer tercio yrán lebantando sus lanzas mui despacio y sesgas, asta poner los puños en frente de los oydos, y allí arán parada y señal de primer tercio, y de allí las hirán bajando poco á poco. El segundo tercio junto, llebándolas allí paradas algun espacio, y luégo las sacarán sobre los puños, donde las llebarán el postrer tercio, blandiéndolas de adentro á fuera, con distancia mui poca, los yerros de adelante baxos y los de atras lebantados y á los postreros trancos lebantarán los hierros de adelante y baxarán los de atras respeto de los que estubieren delante, huiendo de el daño que se podrá causar no lebantándolos, y tamuien á los caualleros que detras binieren; y de esta postura obserbándola en los tercios, cada pareja puede glosarla á su buen juicio y adbitrio.

Segunda postura de lanzas, será terciándolas y arrimando los puños en los muslos y que respondan atrauesados por encima de las ancas de los cauallos los yerros de atras, y los de adelante más baxos que correspondan á nibel de los estribos derechos, como dos palmos más delanteros; y en partiendo los cauallos y asegurando los trancos, boluerán los cuerpos y rostros atras sobre las lanzas, tendiendo los braços para cojer-

las sobre los puños, aprouechándose de los dedos para hazerlo con facilidad; y cobradas de esta manera, enderezen los cuerpos boluiendo los rostros á la carrera, llebando lebantados los brazos y boluiendo las lanzas los hierros de delante, con quenta que al lebantarlas y boltearlas no se ympidan en la pareja con los cauallos; y bueltos los hierros adelante señalará el tercio con los puños puestos en frente de los oydos, las vñas de las manos afuera y de allí las llebará al ristre como en la primera, donde señalarán segundo tercio. De allí las sacarán sobre los brazos y manos, acometiendo con heridas todo el tercio, y á los postreros trancos lebantarán los yerros de delante dejando caer los de atras por encima de los brazos. Estas lanzas son dificultosas pero bizarras; y obserbándolas con sus tercios, pueden adbitriar y glosar los caualleros como mejor les pareciere, que como obren parejos y obserben los tercios parecerán bien.

Las terzeras posturas de lanzas, serán poniéndolas en los ombros, los hierros de atras algo más altos, de donde en partiendo los cauallos y asegurados los trancos, los yrán lebantando y boluiendo adelante, asta poner los puños en frente de los oydos, con tanto espacio que se gaste el tercio de la carrera; y auiendo hecho la señal referida de la segunda lanza, gastarán el segundo tercio en el ristre, y el tercero sobre el puño; y en esta postura, obserbando los tercios, se puede aduitriar y glosar como cada uno quisiere, como se guarde proporcion en la obra.

La quarta postura de lanza, será terciada en los ombros y los puños vñas abajo, donde en partiendo los

cauallos y asegurados los trancos, sacarán los puños asta ponerlos en frente de los oydos, lebantando los hierros de delante, así que miren al cielo y los de atras caidos á el suelo; en esta postura pasen el primer tercio, y al segundo emparejen los dos yerros en ygual altura y báianlas lebantando sobre los ombros y derribándolas asta la cintura, y de esta manera las suban y bajen durante el segundo tercio, blandiéndolas lo más que pudieren; y al postrer tercio, ponga los puños en frente de los oydos y los yerros bajos que casi miren á el suelo, y los yerros de atras altos, y baian quando entren parando haciendo sus acometimientos de heridas. En parando, lebanten los hierros que ban detras ácia arriua, deribando las lanzas sobre el codo, que obserbando estas posturas y tercios, puede glosar cada qual como quisiere; que como sea con propiedad, lo pueden hazer mui bien debajo de las quatro posturas generales que al cauallero se an practicado.

De estas quatro posturas, se sacan otras quatro más fáciles de aprender y que se usan oy.

La primera es muy garbosa, que se entiende poner la lanza en frente del oydo y de allí sacarla en asegurando los trancos, asida con los dedos y tendiendo el brazo para delante, lebantando la punta ácia arriua y baxando la detras sobre cerca del codo, yrá poco á poco recojiendo el brazo y la mano hasta que descanse sobre el codo, y en esta postura, un poco alto el hierro de delante, pasará la carrera hasta llegar á llamar á parar, y poco á poco la bolberá á yr tendiendo con los dedos como al principio, y al rematar la bolberá á recojer asta parar en el lugar que la llebaba corriendo.

Enpuñará la lanza arrimada á el muslo, el hierro de delante más bajo, y en esta postura pasará la carrera, y al parar lebantará el brazo poco á poco y pondrá el puño enfrente del oydo, auiendo buelto el hierro de atras para delante; y de allí la sacará haciendo tres acometimientos de herir, y al rematar, bolberá á baxar el brazo, boluiendo el hierro de delante para atras y el de atras para adelante, bolberá á poner el puño arrimado á el muslo, bajando la punta de delante como lo llebaba en la carrera, y de este modo parará.

Terzera lanza, será llebarla terciada sobre el cuello del cauallo cerca del oydo yzquierdo, alta detras y baxa de delante; pasará en esta postura la carrera, y al parar, la sacará por encima de la caueza del cauallo y bolberá el yerro de delante para abajo, ácia tras, y el de atras le bolberá adelante baxándolo ácia el suelo, y en esta postura rematará la carrera y se quedará.

Quarta postura será de enristre, empuñada la lanza vñas arriua y arrimado el puño á un costado cerca de la cintura; en esta postura pasar la carrera, y al llegar á parar sacará el brazo para afuera y con el hierro de delante dará una buelta por encima de la caueza, y con el de atras más abajo á dar los acometimientos de herir, y rematará bajando la mano asta enfrente de la rudilla boluiendo el yerro de adelante para atras y el de atras para adelante; y en esta postura baxa la mano, tendida la lanza, se quedará. Con que estas quatro posturas son más fáciles y se usará de ellas y de otras que quieran ymbentar.

ESCARAMUZA PARTIDA.

Acauado el juego de las cañas, hauiendo desparcido los caualleros que estubieren á la mira para su efecto, parecerá mui bien una escaramuza partida con lanzas y adargas con que se adornará la fiesta, que así se usa oy en Sevilla, y se podrá trauar saliendo el cauo de cada puesto, que para ello estarán señalados, campeando la plaza sobre la rienda y las lanzas en los puños, y siguiendo de uno en uno á los cauos, se yrán buscando asta juntarse en pareja, y de esta manera lo yrán haciendo los que siguieren con quenta y cuidado de no desbaratarse. Y los cauos que tomaren la mano juntos, darán una buelta á la plaça y campo, y se yrán ablando á qué tiempo se diuidirán y á qué tiempo an de hazer los acometimientos hasta bolberse á juntar para que parezca bien; que siendo bien ordenada, es cosa de grande gusto y contento, y si desordenada, de grande enfado y disgusto. Y así, dada que sea la buelta á la plaza, se diuidirán reboluiendo los cauallos cada uno sobre su mano, tomando la buelta larga y en círculo, buscándose el uno al otro sobre el enquentro y adargas, tornando á cojer campo ancho, boluiéndose á buscar sobre las lanzas. Y como ayan pasado unos por otros, se bolberán á buscar terzera bez, y quando baian ya sobre la lanza yrán reboluiendo, de tal manera, que se tornen á enparejar para dar otra buelta á la plaza, y diuidiéndose, se buscarán con esta buelta sobre las

adargas, cerrándose en círculo corto el de la parte de adentro y el de fuera con uno largo hasta hazer caracol, boluiendo á deshazerle el de la parte de afuera. Y en abriendo salga el de la parte de dentro cojiendo la buelta grande, encerrando al contrario, y el contrario báiase recojiendo asta que el de afuera hiciere el caracol, y en cerrándolo buelba á deshazerle, y dando cada uno su buelta, se buscarán para juntarse, y juntos se yrán saliendo en círculo á tomar la carrera larga como si entráran de principio, tomando frente á el Rey, Príncipe ó sus Consejos, ó la persona que los representáre, con que rematarán la fiesta bajando al parar cada pareja las cauezas en señal de salua, reberencia y cortesía, y luégo se yrán diuidiendo por la plaza, de uno en uno, y de dos en dos, buscando cada uno su compañero parejero para echar lanzes y tirar cada uno á la parte que más le combiniere los boordos con la ymbencion que se les acomodare.

Los boordos se entienden unas cañas derechas, lleno el cañuto postrero de arena y con una cinta de una tercia hecho en ella un anillo, donde entrar el dedo de en medio que llaman del corazon, y en el otro cauo de la cinta un nudo grueso; y en medio de la caña darle una buelta con el cauo de la cinta y el boton, cargando sobre él apretado el cauo que está en el dedo y tirando el dedo fuerte. Asirá con la mano la caña con los dedos, y boluiendo la punta delgada ácia abaxo y ácia arriua con la mano y dos dedos tirantes el de la cinta, lebantando el cañuto hácia arriua, el de la arena, y ladeando el cuerpo, bajando la mano y cargándose sobre el estribo derecho, tirará rezio la caña por alto y la

despedirá con violencia que baia bolando por el ayre, y se le quedará la cinta en el dedo para otra, guardando como está dicho de no tirarla ácia donde está el Rey.

Esta abilidad y la de la escaramuza partida, son supérfulas en este Tratado, pues no se a de vsar de ellas como lo hacian los antiguos, y solo se ponen por curiosidad.

Capítulo de como se an de correr las parejas.

Ya está dicho en el ensayo del Rey Phelipe quarto, que combiene que en cada quadrilla baia vno que la gouierne que sea más diestro, y éste será el que recoja y que baia diciendo á el de la mano que se adelante, y á cada vno de los de en medio, que se adelante el que se quedare y que se detenga el que se adelante, y á todos que baian yguales; y el puesto de los que salieren á dar en Santiago lo ocupen luégo los que quedaren, dejando el último desembarazado para que lo ocupen los que binieren cargados, y esto no era menester decir porque ya todos lo sauen.

En las parejas combendrá lo mismo, que si es posible sea vn diestro con otro más biçoño, y que al partir le diga que parta desde tal señal en que pusiere los ojos, y que no se detenga ni aguarde, y entónzes se cerrará con él con presteza, y con esto no abrá el yncombeniente de adelantarse vno y detenerse otro sin poder-

se emparejar como suzede, y tal bez alargarse vno y quedarse otro. Y si dos fueren á pasar la carrera paseándola primero, quando buelban á partir saldrá cada vno de la línea de en medio, aciendo vn círculo á los lados, y boluiendo á ella ácia dentro las cauezas de los cauallos, cerrándose vno con otro, partirán yguales, y tamuien juntos y parejos aciendo el mismo círculo; saliendo de la línea sobre la mano derecha, bolberán sobre la yzquierda al zentro y dicha línea, porque es sobre la que más bien buelben los cauallos por ser su natural, y en esta postura partirán obserbando lo ya dicho.

Y esta vltima buelta y lo demás dicho para emparejar bien, obserbarán tambien los que corrieren en máscara y tamuien abrán de sauer cómo an de llebar el acha.

Estando para montar y salir á ella en el quarto de Palacio el Marqués de Cogolludo y D. Agustin de Guzman, despues de auerles puesto las bandas sobre los ombros derechos y las capas con dos doblezes sobre el ombro apuntados, y el doblez de abajo que llegue al codo, me preguntaron que cómo auian de llebar las achas; y yo les dije que auian preguntado lo más nezesario, porque todos las lleban la llama para delante con que las chispas les quema la cara y con él ayre se les apagan las achas, y que así, para que esto no suzeda y las lleben enzendidas, las auian de empuñar poco más abaxo de la mitad y lebantadas de mano que la llama mirase ácia tras, y que en esta postura auian de pasar la carrera, y al parar baxarlas para adelante. Y en esta conformidad corrieron todas las que se ofrecie-

ron correr, sin que se les apagasen nunca, y todos los demás las llebauan apagadas, y así lo deuerán hazer todos los que las corrieren.

Capítulo de torear, con otro exemplo poco ha suzedido como el antezedente.

Estando para torear Don Juan de Saabedra, Marqués del Villar, en las fiestas pasadas, y auiéndole huido ablar todos sus amigos del toreo y bístole andar probando sus caballos, ni en lo que decia, ni en sauerlos mandar ni traer bien los piés, murmuraron y desconfiaron de que lo pudiese hazer bien; y llegó á sus oydos y á los mios, y me pidió que le dijese lo que debia hazer, y yo le respondí que saliésemos con sus cauallos á parte excusada sólos, y así se hizo. Y me puse yo en vno y lo repelé y troqué, y luégo se puso él á cauallo y yo le boluí los estriuos lo de delante atras y le puse los piés en ellos, llanos y desbiados los talones y zerrado de puntas y rudillas y la mano en su lugar, y le encargué que en esta postura y de estriuos auia de hazer por mantenerse en ella; luégo le hize repelarle mui corto, trocándolo con presteza y metiendo recia la pierna derecha para que sacase liberal la cadera afuera. Híçolo todo mui bien y le encargué lo obserbase en la plaza. Boluimos á su casa y le hize poner los estribos á

su estatura como está ya dicho y que quitase las ebillas de los fustes y las guruperas y pusiese por el riesgo vnas cintas de hilo en los pretales, porque rompen más presto si le coje el toro con el cuerno y si haze la gurupera por tener ménos pieza que perder, y dos cinchas de dos látigos cruzadas para más firmeza. Los rejones que tenia y le auian traido de Córdoua eran demasiado largos y delgados; hízele hazer otros más gruesos y de maior marçorca y de largo de dos varas no más, sin la manija ni el yerro, que es el lugar que a de tener para todos, y no como decia Don Diego Pamo, que auian de ser de altura y largo del cuerpo de cada vno. Luégo pasamos á decir lo que se auia de hacer en la plaza, en que el Almirante a escripto centíficamente, y con lo poco que alcanço, le dije que procurase no andar de priesa lebantando el cauallo al buscar el toro sino á paso largo; y que estando en paraje de elegir la suerte, sin atrauesar el cauallo pusiese la cara dél al cuerno derecho del toro, y al moberse para embestir lo apercibiese sobre los piés, y roto el rejon lo sacase con presteza y trocase; porque de yr derecho, si cargase el toro tiene mucha pujanza y piés para alcanzar el cauallo, y reboluiendo sobre él corto, no los tiene para bolber á cargar sobre el cauallo, que es más liberal que él para bolberse; y si boluiese le es más fácil el darle con el asta que le a quedado en la cara para desuiarle que no por derecho. Y en este tiempo esté el lacayo asido de la cola con vn rejon que darle con presteza, con que cargando el toro pueda hazer segunda suerte, que es mui garbosa y les a suzedido algunos.

Tamuien, que se fuese á la puerta del toril á cada

toro que hechasen ó á los más, y esperase puesto más á lado yzquierdo, porque no le entre el toro por él, que a suzedido, y áun romper el rejon por encima del cuello del cauallo; y á otros que no lo an echo con presteza se los a lleuado, y es la más segura suerte y más bistosa. Y así sin romper el rejon, ó auiéndole roto, si escapare corriendo el toro y otros le siguieren, no lo siga él, sino báiase á el paso urtando la plaza, reconociendo poco más ó ménos ácia donde puede torzer y salir, y saliendo se yrá él con la quenta y órden como está dicho para executarlo, y andando con este sosiego y cuidado logrará más suertes que otro. Y así la que hiziere, roto el rejon, si el toro escapare sin entrarle, quédese parado, y si el toro lo estubiere sin querer embestir, ándese zerca del sesgo, el cauallo la cadera afuera aperciuido y no lebantado con la misma quenta dicha por si embistiere, y si no quiere embestir y se hallare mui zerca de él en paraje de poder romper el rejon, no lo aga sin que embista el toro, como lo han echo otros, ni tire puñada al ayre como tamuien lo an echo, sino baxe su rexon y acose á el toro hasta echarlo del puesto y él se queda en él sin seguirle.

Y á toro que hubieren echado para lanzada ó tubiere capa en los ojos ó huuieren tocado á escarretar, no lo busque ni llegue, sino procure andar mui desuiado de él asta que echen otro, si no fuere la nezesidad de algun socorro del algun peon que traiga entre los cuernos.

No aga empeño por herir cauallo, porque aquí no se husa como en el Andaluzía, sino es por perder pieza, y si la perdiere y tubiere empeño, báiase al toro sacando

la espada y llebándola encubierta y ciérreze con él y déle una v dos cuchilladas ó más que pudiere asta que el toro se aia escapado; y no le siga, aunque es viçarría yrse pegado á él dándole de cuchilladas por ber si le puede rematar, como lo haze Don Alonso de Granada que es mui vizarro toreador.

Tampoco se husa caiendo, como en el Andalucía, yr á pié á buscar el toro, sino tomar otro cauallo en que buscarle, que le dará vn alguacil, sino es que cae tan zerca del toro que no pueda hazer otra cosa. A las suertes trechas de los rincones, y arrimado á los tablados, entrará con el cauallo lebantado al galope, que son si se entra con presteza, bistosas y de poca dificultad.

Todo lo dicho basta para que V. S.ª ande mui bien si sólo executa; sólo le aduierto que si sacare la espada ensangrentada de algun empeño, tenga vn lienzo el lacayo con que sin largarla de la mano le pase por ella y la linpie, ó la linpie pasándola por vn lado, y otro por enzima de la clin, porque de entrar ensangrentada en la baina se suele pegar en ella y no poderla bolber á sacar fácilmente.

Así lo executó todo el Marqués con aplauso de los que le bieron y á todos de los que le binieron á ber aquella noche y otro dia, señores y caualleros, les decia en mi presencia y ausencia, que á mí me deuia su acierto por auerle enseñado lo que auia de azer, y por eso me atreuo á ponerlo aquí y darlo por lizion para otros nouicios, que es como tengo dicho para quien escriuo este Tratado.

Y si despues de quebrado el rejon el cauallo se le torciere á la mano hizquierda, dele con el rejon recio

en la cara sobre las camas del freno, y no se bolberá á torzer y parezerá bien á todos: que hizo lo que estaua de su parte y que no fué descuido suyo.

Lo que consiste el acierto principal del cauallero que a de torear, es en que los cauallos sean obedientes á el freno, de buenos piés y rebueltos y que los tenga conocidos y probados y los sepa mandar; que esto, y obserbar lo que arriua está dicho es lo que está de su parte, y lo demás de la fortuna y de que sean los toros balientes, que desayudan el no serlo al luzimiento y á todo lo demas prebenido.

Las alcanzías se juegan como las cañas, sólo con vna diferencia, que en las cañas se cubren quando ben que se las ban á tirar, y ban cubiertos asta meterse en su puesto, y en las alcanzías ban cubiertos desde que parten, así con las targetas como con las adargas, asta que llegan a parar, porque los que les cargan las empiezan á tirar desde que parten.

Capítulo de como se an de estrabar y tresnar los potros.

Traidos los potros del campo, los meterán en la caualleriza con vna madrina, y los yrán atando largos casi del canto del cauestro, asta tanto que aian tomado el pesebre y dejarse mansear, tomando las caras con algo ya es manosándolos, que les amansa mucho, y dándoles alguna cosa berde con la mano; y no les pondrán ma-

niotas ni trabon, asta que estén mui domésticos y les ayan acortado el cauestro. Y despues, todos los dias les lebantarán las manos y los piés, y les darán en las palmas con vna piedra para que se enseñen á dejar herrar, y estando ya más domésticos, yrán todos los dias los mozos saltando y echándose de pechos sobre ellos, enseñándolos á que los sufran, y despues que ia lo aian sufrido, despacio y blandamente subirán en ellos, y estarán enzima como medio quarto de ora. Y los yrán sacando á pasear de diestro, llebando en la mano alguna yerua ó cosa que yrles dando, y otro les yrá tocando blandamente por detrás con vna bara; y estando ya más mansos les pondrán la silla en la caualleriza, y estarán con ella todos los dias vna ora, y con ella los sacarán á pasear; y como baian estando más mansos, montará vno en la silla sin estribos, ó ia dentro de la caualleriza ó en el poio, y lo llebarán de diestro y pasearán con la misma golosina, tocándole otro por detrás con la bara si se detubiere, y lo mismo se ará para enseñarle andar con antoxos. Ya que aiga andado así algunos dias, se le pondrá el cauezon y el freno, y llebando las riendas de él floxas y el cauezon más ganado, con blandura, llebándole de diestro con vna cuerda que se pondrá en la sortija delante, lo pasearán algunos dias asta tanto que esté más asido á el cauezon que á la rienda y que pueda yr solo sin la cuerda, gobernándole con el cauezon y vna bara, yendo siempre delante el mozo con la golosina, tomando bueltas en vnos tornos á una mano y á otra, que estarán señalados ó los tomarán sauiéndolos guiar el que fuere delante; y antes de empezar á montar en él, puesta la rienda en el boton,

floxa arrimada la cara á vna larga, asido vno de la vna rienda del cauezon, y otro de otro lado con la otra, tirando el otro poco á poco del cauallo, le yrá dando con la bara en la barriga y en la mano por detrás, para que la eche por encima de la otra, para que sobreponga y baia de lado tirando blandamente de la cuerda quando quisiere torzer la caueza á el otro lado, llebándola asida porque baia derecho, y dándole sobre la pierna para que endereze, y en la barriga para que ande; y en llegando á un trecho largo, se trocarán y pasará al otro lado el que gouierna, y ará lo mismo aciéndole que buelba sobreponiendo á esotra mano; que á quatro ó cinco ydas y benidas, lo sabrá azer. Luégo le bolberán la cara, y con las dos riendas del cauezon, los dos le yrán llamando con vnos toques hácia tras, dándole con la punta de la bara más abajo de las rudillas para que doble las manos y las mueba á tras, dando pasos hácia tras, y esto arán quatro ó seis bezes asta que lo sepa. Y en vn corral quadrado cercado en esta forma, le tomarán las bueltas todo en redondo á vna mano y á otra, y le arán dar los mismos pasos atras; y quando ya los sepa azer montará vno en él, que llebando la rienda suelta, y arrimándole la pierna y el estriuo apretado á la barriga del lado que fuere, y los dos con las cuerdas aiudándole como se a dicho, tomarán la buelta entera á la vna mano, y á la otra trocando y arrimando la pierna del otro lado, que a de benir cargando el cuerpo sobre ella para más ayuda; y esto se ará todos los dias asta que lo entienda y lo sepa azer, y lo pueda mandar solo el que ba enzima, aiudando á vna mano y á otra con las riendas del cauezon, lleban-

do más firme la de la mano de la pierna y estotra más floxa para tirar de ella si fuere menester enderezarlo. Y quando lo sepa hazer, con no mas descargarle la bara boluiendo la mano atrás cargándola por encima de la cadera á la pierna yzquierda, y pegada á la misma pierna quando biniere sobre la mano derecha, llebando cojidas y cruzadas en la mano las riendas del cauezon con las del freno, le yrá gobernando á vn lado y á otro para endereçarle, y quando boluiere sobre la mano yzquierda le cargará la pierna derecha, y la bara en la misma pierna del cauallo, que en pocos dias lo sabrá hacer. Y en estando más diestro en sobreponer solo y entender la pierna y sauer dar los pasos atras, lo trotará por vna pared larga, de buen suelo y que á el remate aga vna pendiente larga y á lo vltimo auibando el trote con la boca, llamándole con las riendas del cauezon no mui recio y derribando el cuerpo atrás derribará al cauallo diciéndole: «basta»; y á otra buelta de trote, que a de ser abibando y largo, lo derriuará de la misma poco ántes de llegar adonde lo derriuó primero, porque no sepa donde a de parar y afloxe y pare sin derriuar por conozer el sitio donde paró; y á otra buelta de trote, que no le a de dar nunca más que tres, lo derribará otro trecho mas acá, y siempre que pare lo sacará vnos pasos atras, diciéndole: «atras»; y luégo lo sacará para adelante, diciéndole: «adelante»; para que entienda la voca. Y porque yrá con silla de brida y freno de jineta bolberá arriua y abaxo á la parte de afuera, tomando círculo redondo bastante, boluiéndose á entablar con la pared, para boluer paseando, y nunca buelua trotando hácia arriba; y al bolber para salir trotando,

que a de ser como está dicho á la parte de afuera, parará el cauallo vn poco ántes de empezar á trotar, que con esto se enseña á pasar la carrera á rostro firme y parar á raya, y no es menester más licion porque la sepa pasar bien. Tamuien, le tomará trotando las bueltas en los tornos á vna mano y á otra, y sobre la buelta de la mano derecha despues de auérsela tomado tres vezes, saldrá partiendo los tornos, trotando largo via reta asta llegar á vna pendiente donde auibado lo derribe. Y estas liciones le dará no más asta pasados de los tres á los quatro años, y asta los cinco lo podrá galopar corto, mui sobre los piés, lebantándolo de delante, los trotes llebándolo muy lebantado; y á los cinco años le pasará la carrera en la misma forma que se a dicho se a de trotar por la pared, y sea dos vezes y de quince en quince dias otras dos, y despues de mes á mes. Y no le ande repelando si no fuere para enseñarle quando á de torear, y con esto y aberlo galopado vnido por derecho y en las bueltas de los tornos y por la uia reta, partiéndolos, y al parar en la pendiente repelándolos, sabrá quanto ay que sauer para seruir desde luégo en qualquier funcion, y con las primeras liciones se enseñará á obedezer para las vltimas. Y en los galopes de los tornos le podrá cargar siempre la pierna de la parte de afuera, para que los aga con media cadera ganada, y no le quitará el cauezon asta que por las calles sepa andar sin él, asiendo la rienda la mano baxa, firme y blanda, sauiendo bolber á vna mano y á otra, y entender la rienda, con que estará echo cauallo en sauiéndola entender y pasar la carrera, que no se á de aguardar más tiempo para azerlo y que sirua; y procure al salir del

poyo no ganarle la rienda ni asírsela, asta que andando vna calle y otra se la baia ganando.

Es mui bueno que sean naturalmente los cauallos ponedores, que ayudándoles con el arte y uniéndolos, es vna caualleria de gran primor y de bista, así por la tela como por las calles; que no es tan fácil de enseñar al que no tiene natural como al que le tiene, y sin embargo, se puede azer aunque con más trabaxo.

Hase dicho quanto se a de azer con un cauallo desde potro, despacio, y con maña, y blandura de que se a de vsar asta lo vltimo que esté echo cauallo; que aciéndolo con flema y despacio y maña, como está encargado, vsando en todo de blandura, así de frenos como de cauezon y mano, estará echo más apriesa sin el tiempo que otros dizen se á de gastar.

Ya se a dicho cómo se an de amansar los potros al estribarlos, y con la blandura que se an de tresnar; y se dirá cómo se an de dar los berdes que an de ser tempranos y en seron, sin que aia echo caña, y que toda la temporada de treinta ó quarenta dias que lo an de comer, sea siempre tierno, procurándolo sembrar algunos dias vno despues de otro, y vn dia ántes ó dos que lo empiezen á comer, les darán vnos cardos de ojas grandes que llaman de Asno, para que los desbarate y empiezen á purgar desde luégo. Y no solo se hará esto con los potros, sino con los cauallos echos, dándoselo con cuidado manojo á manojo para que lo coman fresco, que cargándoles la mano lo calientan y no lo quieren comer, perdiendo el tiempo de aprovecharlos; y purgando engordan tamuien, y no como algunos dizen, que se les a de dar duro porque no purguen ni engor-

den y es engaño. Tendráse cuidado de pasarles las colas y clines con agua, y debajo de la cola y entre las piernas; y meterles un trapo mojado en las bolsas, torciéndoselo y limpiándoselas; y quando desenbaine regarle la berga con agua para que se descaspe, y se le pase la mano mojada en azeite por ella, porque de la caspa que cria en esta parte y no andar limpio, prozede de calor y comezon del nacimiento de las colas con el fuego del berde, y esto se deuerá azer todo el año y siempre. Y saliendo bien purgados del berde, están sanos todo el año y sin humores, y dándoselo duro y podrido de parte donde aya auido estiércol, de más de no aprovechar y ser perdido el tiempo y el dinero, quedan todo el año llenos de achaques y de umores y les suele dar muermo en el berde y peligran muchos dél.

Dízese la quenta que se a de tener en sangrarlos en el berde, que no a de ser como todos acostumbran, que es á los ocho dias yrlos á sangrar potros y cauallos, siendo así que los cauallos echos y que entraron gordos lo abrán menester á los ocho dias ó dos más, y los potros que entraron flacos y están purgando no la abrán menester asta los diez y seis dias, uno más ó ménos, que les aia crecido la sangre; y á unos y otros se deuen sangrar quando lo pidan y aian menester. La razon es, que auiéndolos sangrado todos juntos, en fe de que están sangrados quando les crece la sangre á los que no les auia crecido y no la auian menester, no los sangran, y resulta el salirles abas y ronchas, y ia está la sangre mala repartida por el cuerpo, y le sacan la buena de nezesidad de que no pase adelante el achaque, lo que no sucede ni le sacan sangrándolos quan-

do cada uno lo pide; y así se a de tener encargado al mozo de más razon, que tenga quenta quando los oyga estornudar y toser por las narizes, y tener los ojos enramados en sangre, que es señal de que les a crecido y piden la sangría, que se les a de dar luégo de contado, con que quedan limpios y sanos; y si adelante la boluieren azer la señal dicha, que suele ser al querer salir del berde, se les boluerá á sangrar, y lo mismo en qualquier tiempo que suzeda, y siempre de la tabla y nunca de los pechos, aunque se muera el cauallo. Y si la tos fuere de la garganta, será señal de punta de muermo, por el mal berde, y entónzes se abrá de sangrar de la bargada, y se le echarán por los oydos vnas pelotillas de manteca de bacas, metiéndolas bien con el dedo y coxiendo el oydo con la mano y estregarlo alrededor por la cepa, para que se derritan, que con esto se le quitará la tos; y si no se le quitare, por ser mayor la causa y estar más adelante que en su principio, el artífize le dará sus bebidas, unciones y ayudas, y lo demás que le pareciere. Buélbese á encargar que se acuda luégo al punto á sangrar á cada vno que estornudare, porque esta señal la azen dos ó tres dias, y pasados, si se descuidan salen luégo las abas; y con esta regla que aprendí de mi padre, e sacado mis cauallos, y que an estado á mi cargo, limpios y sanos de los berdes.

Dirémos algunos remedios aprouados, para si se hallare vna persona donde no hubiere artífize, ó el que hubiere no fuere de satisfazion para poder curar su cauallo, que si le hubiere de crédito, deue estar á lo que él dijere y hiziere, y tomar parezer con él.

Ya está dicho que para las llagas de asientos de la boca y de baruada, se an de curar con algodones del tintero; y áun para engordezer otras en otra parte, y para ynchazones de brazos ó de piernas y fuentes llenas, son buenos orines y sal, hechando en ellos un terron de cal viua; calientes, darle con ellos y dejarles liado el paño con que se les empapare. Tamuien es bueno darles con agua de la fundicion del cobre, caliente; y á la ynchazon de las rudillas con dialtea derretida caliente, y despues con los orines ó el agua.

Para las aguaduras de los pechos que an baxado á los cascos, será bueno delgazarles las palmas y ponerles en ellas vna puchada de vinagre, vnto sin sal y vna zebolla albarrana; y despues darles vnos sudores con vinagre fuerte hirbiendo y hecharlos sobre vn ladrillo nueuo y poner la mano encima vn rato, y luégo la otra haciendo lo mismo, y despues hecharles en las palmas dialtea derretida, y tenerla asta que se yele; y ponerles luégo vnos trapos, y esto acerlo por nueue dias y saldrán las aguaduras, quedando mejorados los cascos.

Para vn sobregueso recien salido, y aunque sea de algun tiempo, es bueno, rapando el pelo, untarle y hazerle unzion nueue dias con dialtea, enbebiéndosela y estragándole recio con el dedo pulgar, y vn guebo asado, duro, polboreado con pimienta; se le pondrá enzima ciñéndolo y apretando con vna benda de lienzo, junto con la vnzion por los nueue dias, y se desará.

Para las ajuaguas, roña, rarrestin, es bueno rapando el pelo con vnas tijeras mui bien limpio, y labándole con vinagre caliente ó bino, y enjugándole con vn paño de lienzo. Tendrán echa vna gacheta en vna

cazuela con media libra bolarménico en poluo, y quatro onzas de albaialde, y otras tres de azeyte y quatro de aleña molida y cernida, y dos quartos de oro pimente, y otros dos de cardenillo, ambos molido y cernido, todo junto en la cazuela; y hechar dos ó tres claras de guebos batidos y menearlo todo, y yrle hechando vn poco de vinagre asta que se aga vna gacheta blanda. Con esta le embarrarán con la mano, y dejar que se seque, y guardar que no se rasque; y esto ará por tres ó quatro dias, labándole primero, y enjugándole como está dicho; y como se fuere secando le yrán puniendo en lo que estubiere úmedo la cura, y á cada vna que se iciere, ablandarán lo de la cazuela con vinagre, porque se ua secando, y en seis dias estará sano ó ántes.

Para el muermo es bueno, si purgare por las narices, darle unos prefumes de yerba atun, de la votica, tapándole la caueza para que lo reciua, y darle cebolla picada en la cebada para que lo purgue por la orina; y para la tos la manteca en los oydos, y para la garganta y el pecho y purgarle, azer una juncada de vna libra de manteca de bacas y otra de unto sin sal, y vna escudilla de miel, seis yemas de guebos, vna onza de cominos rústicos molidos y zernidos, otra onza de azafran romí molido, quatro quartos de alholvas molidas y zernidas, quatro onzas de azúcar piedra molida, tres onzas de azeite de adormideras, quatro onzas de lamedor violado; y en vna cazuela grande batirlo y rebolberlo todo, y con los blancos de unos juncos darle juncadas, y untarle la garganta y detras de los oydos con manteca de vacas y aceite rosado. Ay otros mu-

ó lo purguen por alguna parótida que les salga á la garganta que abrirán con fuego.

Si el cauallo se desortijare será cierto le entrará frio, hinchará el nudo, de que padezerá dolor y cojeará, sin poderse sostener sobre el pié; y así combendrá acudirle breuemente, tomando seuo de macho majado con cominos rústicos, le pondrá cubriéndole toda la ynchazon; con que ántes que se le ponga se lebante el pié sano para que cargue el cuerpo sobre el desortijado y por la parte de adelante se le dará vna patada fuertemente sobre la coiuntura para que buelba á su encaje y lugar, y apretado con vn paño le tendrá puesto espacio de veinte y quatro oras; y pasadas, se calentará media escudilla de miel de abejas y con ella se le untará aquella parte y se cubrirá bien con poluos de pez y mostaza, partes yguales, y encima se le pondrá un poco de algodon y en falta estopas, cosiéndole encima fuertemente vn paño y no se le quite en nueue dias, y al cauo de ellos con agua caliente se le despegará. Y para mayor efecto y que afirme el pié con más brebedad, se le atará en el contrario vn cordel delgado que apriete bien y con firmeza, con que se afijará; y si no se le ynchàre esta ligadura se podrá dejar asta tanto que se le caiga la bizma, y si se le ynchare, se le podrá quitar luégo y darle con orines y sal caliente.

Otro colirio para nube anieja, vsando del continuado hasta que se le quite. Hecharán en vna alquitara vnas pencas de canela mondadas y encima de ellas seis onzas de azúcar piedra molida y vn buen puñado de alholbas quebrantadas, y recogerán toda el agua que de ello saliere por la nariz del alquitara, y de ella hecharán en

vna redomita de medio quartillo; y hecharán tamuien en ella dos quartos de sal nitra molida, y otros dos de sal gema molida, y otros dos de sal de conpas molida; y si la redoma fuere de más de medio quartillo será mejor, ó sólo del medio. Y con una pluma de paloma mojada en ella, le darán en la nube y le alconolerán con él dos ó tres bezes cada dia asta que se le quite.

Y este agua, sin las sales, es muy ecelente para labarse las caras las señoras con ella.

Al cauallo que le diere lobado en la cincha y entre los brazos, le pondrán su defensiuo de vinagre y bol arménico. A los lados y en la ynchazon le pondrán con que madure, ya sea con uncion, ó bino y azeite, ó con lo que el artífize aplicare; y quando ya se le unda el dedo, que por esto lo digo, y se aia reducido á sangre y agua, no le pique con la lanzeta ni yerro frio, sino con un yerro largo echo asqua; tirando, puesto por delante el pellejo hácia abajo, le meterá por toda la ynchazon y debajo de ella le pondrá vna corcha ancha y larga del largo de la ynchazon á echura de media texa. Y con dos orillos puestos cada vno por junto las puntas de la corcha, lo sajará arriua sobre el lomo con no más de vn nudo cada vno, y los yrá apretando. Yrá saliendo por la sisura, estando bien madura la ynchazon, vn caño de agua y sangre y apretará los nudos asta que acabe de salir y quede exprimido, y luégo le curará metiéndole vnas estopas atadas en vn hilo de bramante mojadas en digestibo, con vna barilla ó con el yerro que estará ya frio; y de esta suerte le curará hasta que sane, que esta cura es de su obligazion y no lo he dicho sino porque no se vse de yerro frio sino de caliente.

Para hazer blanco en el pié yzquierdo ygual al que tubiere en el derecho, y que no sea argel en la señal y no le dexe de ser por naturaleza, se le rapará el pié con vna nabaja el tamaño del blanco que quisieren hazer, y en vna cazuela hecharán miel y rejalgar rebol-uiéndolo y con ello le untarán todo lo rapado, y al segundo dia estará hecho vna llaga con costra, y la estregarán traiendo alrededeor un paño basto que le aga sangre y le boluerán á untar; y á otro tercer dia harán lo mismo, y así lo yrán haciendo estregando y untando vn dia sí y otro no asta treinta dias; y se le abrá ynchado el pié corriendo umor de aguadixa, y no le boluerán á estregar ni á untar más y criará costra que se le cairá y desynchará luégo, criando una capa blanca y saliendo el pelo blanco. Y lo mismo podrian azer en la frente con la misma quenta, estregándole con vn pedazo de texa por el rebes ó paño basto ó corcho, y saldrá la estrella blanca.

Para el cauallo que fuere cacurdo por ser baciador, para que no abergüenze á su amo, si fuere á el estriuo de algunas damas ó en el paseo, sonando ó gruñéndole los lechones, ará que el mozo antes de montar en él le geringue quatro ó seis bezes con vna bela de sebo asida por el pábilo, y con ésto yrá seguro de que no dé estallido ni suene la bentosidad.

Para curar la sarna con facilidad, sangrar el cauallo de la tabla y hechar en la sangre medio celemin de sal quebrantada, y refregarle con ella recio todo el cuerpo y cara y cola como quien carga; y al terzer dia labarle con vna quartilla de vinagre, en el cuerpo, cola, piés y manos, y quedará sano.

Prosíguese otros dos remedios para el achaque que llaman albarazos, y algunas adbertencias.

Los albarazos es vna enfermedad, que no sólo se pegan de vnos cauallos á otros por comer en pesebre que otro que los a tenido aya comido, ó por ponerles su jáquima, sino que tamuien se pegan á las personas que los montan y los cuidan. O pocos auido, y no e bisto ninguno que se aia curado de ellos aunque aian asistido en cauallerizas que cuidan grandes artífizes. Y con los remedios que referiré, que son poco comunes y casi no savidos, curé sin otros, vn cauallo que llamaban el querido, del Duque de Béjar, y á Don Diego Arias de la Oz en Seuilla, que los tenía en la cara y la garganta; y les llaman en las personas á estas manchas blancas, flema salada, y en los cauallos, albaraços.

Ase cojer vn puñado de trigo y poner sobre vn yunque de vn herrero y tener allí el cauallo arrimado, y azer asqua vna varra de yerro y ponerla sobre el trigo, de donde sale por los lados vn azeite leonado y con presteza cojerle con el dedo, que no quema, y untarle los albaraços, y hacíendolo tres ó quatro bezes para más seguridad, quedará sano, aunque de la primera lo quedó el cauallo dicho y el cauallero.

Otro remedio para dicha enfermedad, eficaz.

Tomarán vna boñiga de las raeduras que quitan de la carnaza de los cordouanes los zurradores, y la quemarán y pondrán á quemar vn manojo de sarmientos verdes y untarán con azeite los albaraços, y con las puntas de los sarmientos quemados les yrán dando cauterio y vna y dos vezes porque salga de ellos el agua que destilan, y áun si les dan tres, mejor. Luégo

los bolberán á untar con el azeite y les pondrán los poluos de la boñiga. Aunque bastará la primera vez, lo podrán repetir tres, con que sanará; y por ser poco comunes los más de los remedios referidos, y eficazes, los e puesto en este Tratado.

Capítulo de cómo se deuen herrar los cauallos.

No es ménos parte de ayuda ó desayuda del enfreno el bueno ó mal herraje de los cauallos, y ántes de decir cómo a de ser, digo que en esta Córte se hierran mejor que en el Andaluzía, porque allá se meten los clauos á rraíz de las tapas y quando se arranca vna herradura ba pegado á ella la flor de la tapa, y aquí los meten asta el pelo sin que les perjudique y quando se arranca salen derechos sin desportillar. Y en la caualleriza del Rey ay tan eminentes y centíficos maestros en todo su arte, que sacan grandes oficiales que sauen lo que an de hazer y cómo an de herrar para aprouechamiento de los cauallos. Tamuien fuera de ella, ay en esta Córte otros muy buenos maestros; mas como no hierran por sí los cauallos, ni en su presencia los oficiales que ban á las casas; ay algunos entre muchos buenos, que á pénas son aprendizes, que se ceuan al açer el casco, desminuyéndolo y quitando los talones ciñiendo la herradura y cerrándola de callos, que afligen los caluados, y de acopados los azen patimuleños, quanto

de serlo bañando la herradura se hazen acopados. Y no sólo este yncombeniente, sino que de afligir los caluados resulta el sobreponerse el talon y sobrepujar y salir más la corona del casco que la punta dél, y á el que e uisto así le he pronosticado que le saldrán quartos, como les an salido. Demás de que les suele salir por delgadas tapas, sequedad y descuido demás de esto, y cerrarles la abertura de talones que naturaleza les dió para expeler los vmores, causa á los cauallos dolerles y sentirse en las piedras y apoiar y cargar en el freno, y no ay peor cogera que la desminucion de casco. Y así se le aduierte al dueño del cauallo y se le enseña lo bea herrar y aga que no le derriben los talones ni le gasten mucho las tapas, que más bale reherrar á menudo y que anden siempre sobre madera, y en particular los de cascos blancos, y que el casco quede enzerrado en la herradura, quedando vn relej alredeor que sobre, y que tire los caluados derechos y los abra de forma que se bea por los lados como medio dedo de descanso por las puntas, que con esto y á dos ó tres herrajes se acoparán los cascos y enmendarán lo ceñidos y cerrados que hubieren estado los talones; y á los ocho dias abrá auierto y crecido y llenado la herradura, porque el casco la ba buscando, como tamuien se uan ciñiendo si está cerrada y cada vez se ua ciñiendo más, como se la ban puliendo de su mano y no con fealdad por el descanso. Y no aga caso si profiare, como e esperimentado que lo hazen, diciendo que quedan feos y que es contra su crédito y que se la pueden arrancar; que respecto de lo dicho de que el casco busca la herradura y la llena á los ocho dias poco más, no se la suelen arrancar, y cas-

so que se la arranquen, respecto de salir los clauos derechos y sin desportillar, es ménos yncombeniente que no el que se dejen de formar bien los cascos, y teniendo cuidado de hechársela allí, luégo, donde suzediere quitarla, ó que el mozo lleue vn alpargate ó vn paño preuenido y vn orillo para ponérselo luégo y llebarlo á herrar. Y á los potros que no se les a hechado herraduras y que bienen del campo con los talones abiertos, crecidos, y las tapas, á los de buenos cascos y los que no lo son, al herrarlos a de ser en la misma forma dicha, guardando la que naturaleza les dió, que es la que enseña á la que se a de guardar de allí adelante, y con todos los demás hechándoles unas herraduras ytalianas de poco hierro, que es de las que, en lo que está dicho se a de vsar, porque las de callo con lumbre despuntan el talon para sentarlos, si no es que le dan buelta con maña á los callos para que asienten sobre los talones sin derriuarlos. No digo que se an de abrir los caluados guardando el jugo á los talones y agüecando las palmas, porque esto lo sauen azer todos en esta Córte mui bien; que con que el caualllero tenga cuidado con lo que se a dicho, y que anden untados los cascos, los reformará y tendrá sano y bien auiado su cauallo, que por eso se a dado la raçon á todo como se a ydo dando y se dará con exemplares.

Receta para hazer un yngüente y dialtea para vntar los cascos y que sirue para ynchaçones de rudillas y garganta y otras partes, y madurar y abrir postemas, que con él se an de vntar las coronas de los cascos, ranillas y palmas para que estén bien beneficiados, y no en los piés, porque lo están del estiércol y el orin, como algunos mozos que no sauen los suelen vntar; y que se puede azer cantidad que dure dos ó tres años ó más, con cinquenta reales.

Comprar en la matanza de los puercos ocho libras de manteca y ocho de todos sebos de que se hazen las belas blancas, en pella deretido, ó las mismas libras de velas blancas, si no quisieren dar la pella; tres libras ó quatro de zera vírgen, libra y media de pez negra y otra libra y media de pez griega y otras dos de resina, media libra de yncienso y almáciga, dos libras de vnto de cauallo, un jarro de trementina de los que se benden, no de los más pequeños sino de los más grandes, una escudilla y media de miel, seis ú ocho libras de azeite. Y las ynjundias de puerco estando enjutas y seco el pellexo se lo quitarán, y las pezes, resina y yncienso, se molerá, y la cera se cortará á rebanaditas mui delgadas, y todo junto se hechará en una caldera ó perol grande y se pondrá al fuego no más de quanto se derrita y no se queme, que por eso ba molido y cortada la zera porque se derrita luégo que se caliente y con más brebedad; y luégo lo apartarán de la lumbre y ántes que se yele en la caldera lo echarán luégo al ynstan-

te en una olla grande de más de arroua, ó en un tarro grande ú otra basija que lo sea, y lo pondrán al sereno para que amanezca helado.

Rezeta de vna purga mui prouechosa para purgar los cauallos y qualquiera achaque y hazerles hechar los resnos; y que tambien engordan con ella.

Tomar vna libra de lebadura y deshazerla mui bien, que no le quede gurullon ninguno, en media caldera de agua y hechar media panilla de azeite y cubrirle con vn poco de arina, y si no estubiere acostumbrado á beber el agua con azeite y arina, que engorda y se da de ordinario, vntarle vn rato ántes las narizes con azeite y aguardar que tenga sed y entónzes lo beberá y se ará, y se le a de dar por nueue dias.

Y para echar los resnos es tamuien bueno la yerua buena, que los mata, y trigo cozido con azeite; y tamuien es bueno vna escudilla colmada de yelos que hazen tres remojados, repartidas en los tres piensos remojados con azeite. Y para engordar en el ybierno cortando con las manos y deshaciendo casi vn pesebre de ella, le yrán rociando con agua caliente y hechando rociado un puño de arina de trigo, y yéndola boluiendo á echos, yrán rociando con el agua y el arina asta que se gaste vn buen plato de ella, y lo continuarán todo el ybierno por las siestas despues de auer comido el pienso.

Y el berano les darán pella de arina de zebada con

azeite, que es su mismo sustento; y no soi amigo de otros mejunges que se hazen, ni de abas, ni salbado que se dize, ni vbas, ni çanaorias, más que de pencas de cardos de comer, todo el tiempo que duraren, bien labadas y cortadas menudas, que de no estarlo serian de más daño que prouecho, y se an de dar quantas pudieren comer, que esto los purga y dispone para entrar limpios despues en el berde principal, y por mejor que el que se dá por todos Santos, con que se puede escusar así con potros como con cauallos, y anse de dar sin quitar el pienso de la zeuada.

Adbertencias para que se balgan de ellas los caualleros en nezesidad.

Si se halláre el cauallero para entrar en la plaza á torear ó á otra funcion, y su cauallo no le obedeciere por no estar bien enfrenado, báxele el freno enzima del colmillo, como está dicho, que por ser en todos más delgado allí el asiento y no auer llegado nunca á él el freno, es más sensible; y si con esto no le obedeciere tanpoco, le meterá la baruada dentro de la voca y le pondrá otra afuera con vna zinta ó colonia y ará dél lo que quisiere, como suele suzeder á todos los cauallos el primer dia con freno nueuo, asta que lo reconozen ó les lastima, no siendo el que requieren.

Y si se le hubiere torzido á la mano yzquierda, probándolo ántes de entrar en la plaza, arán que le tuer-

zan y lebanten el asiento del lado derecho, como está ya dicho, y de lo mismo dicho que se a de hazer se baldrá, si se le torziere estando en ella.

Dejo muchas cosas más que se me ofrecian que dezir y enseñar, por no alargar más este Tratado; y así paso á decir otra que ymporta para los señores que tienen raza y cria de yeguas, porque sea en todo general.

La disposicion y forma que se a de tener para que las yeguas tengan más y mejores crias y los padres se conserben con salud, será lo siguiente: si los padres hubieren de tomar berde, lo comerán ántes de la monta, y en ella no se lo darán, sino un refresco de vna poca de yerua por la siesta quando aga calor, y el pienso será dos celemines de zeuada con vn quartillo de trigo rebuelto y vna escudilla de garbanzos remojados para quando buelba de montar por la mañana; y por si saliere sudado se le pondrá vna manta que esté preuenida, y si se desollare entre los brazos, se le embarrará con vinagre y varro colorado que suele aber, y si no lo hubiere, con bol arménico; y que el mozo que le apuntare tenga bien cortadas las vñas y lo aga con maña; y maneada la yegua con sus sueltas y atada y cogida la cola, le asirá el que tiene la yegua del brazo, tirando con fuerza para delante y otro por el otro lado ará lo mismo.

Montará no más que dos yeguas cada dia, y la que montare por la mañana la bolberá á montar otro dia por la tarde, y la de la tarde otro por la mañana; y esto se entiende á los principios, que ai pocas yeguas calientes y de saçon, y quando lo estubieren las demás en

más cantidad, se obserbará que las que hubiere montado vn dia no se buelban á montar asta el terzero, porque el segundo entren otras dos nuebas. Y guardando la órden en todas, de la que se vuiere montado á la tarde se monte el terzer dia por la mañana, y la que á la mañana á la tarde, y guardando esta órden y forma se continuarán así hasta que se acaue la monta. Y pasadas dos bezes cada vna, se yrán reconociendo si quieren cauallo cada ocho dias, y las que lo quisieren se repasarán otras dos bezes, y así se yrán requeriendo con zelador ó delante del cauallo cada ocho dias, aunque no le quieran, porque suelen engañar, y en fe de que no le quieren las dejan de requerir y se suelen bolber á salir mui á lo último, y asi durará el requerirlas asta Santiago y montar la que quisiere. Y el que cuida de la raza no se fie de que diga el maioral que ia las a requerido y que no quieren cauallo, porque lo suelen dezir como me suzedia á mí, por escusar el trauajo y que se acabe, no teniendo otro en todo el año más que éste, y así ará que en dos ó tres dias se las baia traiendo á quadrillas todas á su presencia y á donde están los padres y que lo saquen para que biéndole las yeguas, la que quisiere aga señal orinándose y haciendo ygas, y esa se buelba á requerir ó las que quisieren; y es cosa esperimentada que se salen todas las lunas.

Tamuien se a de hazer y tener quenta de que así que desmonte el cauallo de la yegua, no auiendo tenido desperdicio y auiendo sido seguro el salto, estará preuenido vn caldero de agua y se le echará por la natura de la yegua. Luégo á toda priesa le quitarán las sueltas y la trotarán alredeor dándole otro con vna bara vn

rato; luego la apártarán y la tendrán vna ora sin llebársela, hasta tanto que orine y se repare si salen claros los orines ó hecha el salto con ellos, meneándolos con vna bara; y si lo hechare no a de pasar por salto y se a de quedar ally la yegua hasta que aia comido el cauallo y le dé otro.

Y no se le heche yegua ninguna á los padres sin que esté mui caliente y saçonada y que aga las señales referidas, porque suelen hazerlas montar sin sazon porque las caliente el cauallo; sino que se aguarde á que lo esté y traer otras que estén saçonadas, porque, demas de no aprouechar, es perder tiempo para con otras que estén calientes y gastar el cauallo; porque el hazerse preñada la yegua es de una bez estando de zaçon. Con que haciendo todas estas diligencias y durando mucho tiempo el requerirlas, no queda ninguna bacía; y si hubiere quedado alguna ó algunas bacías, de vn año para otro las harán labar, que se entiende con azeite y agua batido en vna cazuela y con vn poco de lino mojado en él, el yeguero, bien cortas las vñas, ó el que tubiere más pequeña mano. Untada en azeite y con las estopas de lino entre los dedos, meterá la mano asta topar con la boca de la madre y le dará con ellas en ella, y con los dedos se la manuseará hasta que se caliente y se abra y le meterá dentro las estopas, que an de yr bien mojadas y atadas con un hilo largo de bramante que quede colgando fuera, y quando salte el cauallo tirarán de la hebra y sacarán las estopas. Y ántes de hazer esta diligencia trotarán la yegua vn grande rato hasta que sude y se caliente; y si hubiere alguna yegua que por auerse quedado bacía algunos años, tiniéndola por machorra, se

trotará en largo camino por mucho espacio hasta que sude bien y se caliente, y la trairá trotando hasta donde está el padre, y de contado se labará y se ará la misma diligencia; aduirtiendo que quando se aga esto an de estar salidas para que aproueche, que si no lo están no sirue de nada, y haciendo lo dicho se quedarán preñadas sin falta, y despues las requerirán de dos saltos ó tres cada bez, como con la quenta y cuidado que se a dicho que se a de hazer con las demas.

Harán tamuien que ante de empezar la monta, que será desde el mes de Febrero ó principios de Marzo, quando se reconozcan alguna ó algunas calientes, que unos años se anticipan más que otros, se les abrá tusado las clines y nacimientos de las colas; como á los potros tamuien al mismo tiempo se an de tusar y herrar y ponerles sus jáquimas con cabestros largos, que traigan arastrando para amansarlos, trauándolos con trauas de lana, que de allí saldrán del herradero con ellas puestas y los asirán de los cauestros para trauarlos quando trauen las yeguas y se baian amansando y haciendo á estarlo, rascándolos por las colas. Y no se destetarán como lo suelen hazer hasta el mes de Junio, que con eso se crian más fuertes y crecen más; y aunque todo lo dicho lo sabrán hazer, se dize para los que no lo sepan, y tambien para los que lo sauen, si les faltare algo que sauer de lo referido.

Los cauallos que se an de escojer para padres an de ser mui castizos, de hermosas delanteras, brazos, pechos, cuello y cara y caderas y asientos de cola, auiertos de piés y manos, y que las lebanten bien, segun y como está pintado al principio de este Tratado, y que

no aia que suplir nada en la delantera, y si algo hubiere que suplir sea alguna falta lebe en las caderas, porque no auido ninguno tan caual como se pinta y como lo pudiera ser como está ya referido. Con la delantera del quijarudo y de la cincha atras del perfecto, que fué de D. Agustin de Guzman, con el quijarudo, y si pudiere ser de su color y tamaño será mejor que otro ninguno; y auiendo de ser de otro qualquier color, será rucio, castaño ó morzillo, con pocos blancos y ningunos en las manos, y sólo estrella en la frente ó lista angosta. Bayo ni alaçan no son á propósito ni áun para yeguas, y los rucios, castaños y morcillos pintan de todas colores; y si hubiere algun potro crecido de más de marca, con las hechuras y pintura referida al principio de este Tratado, y de estos tres colores, no ay yncombeniente el que sea argel, porque no pintan argeles hasta los nietos, y mejor será que no lo sea. Y siempre será bueno vn potro con estas partes de la misma raza ó de otra que sea buena, de quatro años, que es la hedad dende que an de empezar á montar, porque las abilidades de los cauallos no son las que se pintan en los hijos, sino las hechuras; y como dize el refran, «que buen potro hijo de otro». Y así padre se a de hechar el mejor cauallo y más abentajado que hubiere, y el mejor potro, sin reserbar el vno para criar ni el otro para seruirse dél, que mejor es que enjendren otros tan buenos como ellos.

Pónese vna curiosidad y adbertencia que se a de tener al montar el cauallo la yegua, que esté bien saçonada, si quedará preñada de macho ó de embra; para lo que se a de mirar con cuidado quando el cauallo esté

montando, el testículo que embebe ó esconde; si es el derecho será macho y si es el yzquierdo será enbra; y si quieren que sea macho, le atarán primero el testículo yzquierdo con vna zinta para que el sémen se vaia por el derecho, que el embeberlo es señal que pasa por él.

Con que e dicho todo lo que se me ofreze y que se a de hazer en razon de la monta, con que este Tratado es general en todo; y no todos los que profesan este arte lo son, sino vnos en vno y otros en otro, &c.

FIN.

ÍNDICE.

SOCIEDAD

DE

BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES.

---

1. Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
2. Excmo. Sr. D. Pascual de Gayángos.
3. Excmo. Sr. D. Cayetano Rosell.
4. Illmo. Sr. D. Braulio Anton Ramirez.
5. Sr. D. José Almirante.
6. Sr. D. Mariano Carderera,
7. Excmo. Sr. D. José Fernandez Gimenez,
8. Sr. D. Mariano Vergara.
9. Sr. D. José María Escudero de la Peña.
10. Sr. D. Francisco Asenjo Barbieri.
11. Sr. D. Santos de Isasa.
12. Sr. D. Antonio Peñaranda.
13. Sr. D. José García y García.
14. Sr. D. Vicente Vignau.
15. Illmo. Sr. D. Miguel Colmeiro.
16. Illmo. Sr. D. Manuel Colmeiro.
17. Sr. D. Valentin Carderera.
18. Sr. D. Juan Facundo Riaño.
19. Sr. D. Jacinto Sarrasí.

20. Sr. D. José de Castro y Serrano.
21. Illmo. Sr. D. Ramon Llorente y Lázaro.
22. Sr. D. Toribio del Campillo.
23. Excmo. Sr. D. Gregorio Cruzada Villaamil.
24. Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.
25. Sr. D. Cándido Breton Orozco.
26. Sr. D. José María Octavio de Toledo.
27. Sr. D. Manuel Rico y Sinobas.
28. Sr. D. Cárlos Castrobeza.
29. Sr. D. Genaro Alenda Mira de Perceval.
30. Sr. D. Anacleto Buelta.
31. Sr. D. Máximo de la Cantolla.
32. Sr. D. Eugenio Maffei.
33. Excmo. Sr. Marqués de la Fuensanta del Valle.
34. Sr. D. Francisco Moya.
35. La Biblioteca Nacional.
36. Sr. D. Joaquin de Azpiazú y Cuenca.
37. Excmo. Sr. D. Vicente Barrántes.
38. Sr. D. Joaquin Ceballos Escalera.
39. Sr. D. Sebastian de Soto.
40. Excmo. Sr. Marqués de la Mesa de Asta.
41. Excmo. Sr. Marqués de la Vega de Armijo.
42. Sr. D. Francisco Escudero y Perosso.
43. Excmo. Sr. D. Manuel Silvela.
44. Sr. D. Fermin Hernandez Iglesias.
45. Excmo. Sr. D. Ricardo Heredia.
46. Sr. D. Mariano de Zabálburu.
47. Excmo. Sr. D. José de Posada Herrera.
48. Sr. D. Eduardo de Mariátegui.
49. La Biblioteca del Ministerio de Gracia y Justicia.
50. Sr. D. Emilio Ruiz de Salazar.
51. Excmo. Sr. D. Antonio Hurtado.
52. Sr. D. Isidro Autran.

53. Sr. D. Francisco Cutanda.
54. Sr. D. Luis Vidart.
55. Excmo. Sr. Conde de Villanueva de Perales.
56. Illmo. Sr. D. Félix García Gomez.
57. Excmo. Sr. Marqués de la Torrecilla.
58. Sr. D. Francisco M. Tubino.
59. Sr. D. Manuel Ruiz Higuero.
60. Sr. D. Manuel Pastor y Polo.
61. Sr. D. Ricardo Chacon.
62. Excmo. Sr. Marqués de Sardoal.
63. Excmo. Sr. D. Emilio Castelar.
64. Excmo. Sr. Vizconde del Ponton.
65. Excmo. Sr. Marqués de Corvera.
66. Sr. D. Nilo María Fabra.
67. Excmo. Sr. D. Luis de Estrada.
68. Sr. D. Ángel Echalecu.
69. Sr. D. Diego Lopez de Morla.
70. Illmo. Sr. D. Julian de Zugasti y Saenz.
71. Excmo. Sr. Marqués de Aranda.
72. Excmo. Sr. Marqués de Heredia.
73. Sr. D. José Carranza y Valle.
74. Illmo. Sr. D. Justo Pelayo Cuesta.
75. Sr. D. Ramon Lopez Cano.
76. Excmo. Sr. D. Joaquin Salafranca.
77. Sr. D. Fermin Lasala.
78. Excmo. Sr. Conde de Placencia.
79. Excmo. Sr. Duque de Alburquerque.
80. Illmo. Sr. D. Ramon Miranda.
81. Illmo. Sr. D. José Ribero.
82. Sr. D. Amós de Escalante.
83. Sr. D. Ramon de Campoamor.
84. Sr. D. Juan Uña.
85. Sr. D. Joaquin Maldonado Macanaz.

86. Illmo. Sr. D. Lope Gisbert.
87. Sr. D. Manuel Goicoechea.
88. El Ateneo de Madrid.
89. Sr. D. Juan Mañé y Flaquer.
90. Sr. D. Patricio Aguirre de Tejada.
91. Excmo. Sr. D. José de Entrala y Perales.
92. Illmo. Sr. D. Francisco Barca.
93. Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto.
94. Sr. D. Mariano Vazquez.
95. Sr. D. Juan Federico Muntadas.
96. Excmo. Sr. D. Eugenio Moreno Lopez.
97. Sr. D. Cárlos de Haes.
98. Sr. D. Antonio Terreros.
99. La Biblioteca Colombina.
100. Sr. D. Eduardo Sanchez y Rubio.
101. La Biblioteca del Senado.
102. Sr. D. Vicente de Soliveres y Miera.
103. Sr. D. José de Garnica.
104. La Biblioteca del Ministerio de Ultramar.
105. Excmo. Sr. D. Bonifacio Cortés Llanos.
106. Illmo. Sr. D. Manuel Merelo.
107. Sr. D. Adolfo Mentaberri.
108. Sr. D. Eduardo Gasset y Matheu.
109. Illmo. Sr. D. Manuel Cañete.
110. Sr. D. Francisco de Borja Pabon.
111. Excmo. Sr. Marqués de Molins.
112. Sr. D. Francisco Bermudez de Sotomayor.
113. Excmo. Sr. D. Francisco Millan y Caro.
114. Excmo. Sr. Marqués de la Merced.
115. Sr. D. Manuel R. Zarco del Valle.
116. Sr. D. Isidoro de Urzaiz.
117. Sr. D. Rafael Blanco y Criado.
118. Excmo. Sr. Marqués de Vallejo.

119. Sr. D. Lucio Dominguez.
120. Illmo. Sr. D. Fermin de la Puente y Apezeches.
121. Sr. D. Ángel Laso de la Vega y Argüelles.
122. Sr. D. Salvador de Torres y Aguilar.
123. La Biblioteca de la Real Academia Española.
124. Sr. D. Fernando Fernandez de Velasco.
125. Excmo. Sr. D. Joaquin Ruiz Cañabate.
126. Sr. D. José Sehneidre y Reyes.
127. Sr. D. Francisco Morcillo y Leon.
128. Sr. D. Juan José Diaz.
129. Sr. D. Pedro N. Oseñalde.
130. Sr. D. Cárlos Susbielas.
131. Illmo. Sr. D. Federico Hoppe.
132. Sr. D. José Plazaola.
133. Excmo. Sr. D. Bonifacio Montejo.
134. Sr. D. Damian Menendez Rayon.
135. Sr. D. Francisco de Paula Canalejas.
136. Frederic W. Cosens, Esq.
137. Robert S. Turner, Esq.
138. Excmo. Sr. Marqués de Pidal.
139. Excmo. Sr. Marqués de Hoyos.
140. Excmo. Sr. Marqués de Barzanallana.
141. Excmo. Sr. Conde de Valencia de Don Juan.
142. Sr. D. Cárlos Bailly-Baillière.
143. Sr. D. José María Asensio.
144. Real Academia de la Historia.
145. Illmo. Sr. D. Fernando Balsalobre.
146. Illmo. Sr. D. Juan Valera.
147. Excmo. Sr. D. Gabriel Enriquez.
148. Sr. Conde de Torre Pando.
149. Excmo. Sr. Duque de Gor.
150. Sr. D. Vicente de la Fuente.
151. Sr. D. Félix María de Urcullu y Zulueta.

152. Sr. D. Francisco de Borja Palomo.
153. Sr. Marqués de Valdueza.
154. Sr. D. Luis de la Escosura.
155. Sr. Conde de Agramonte.
156. Sr. D. Manuel Cerdá.
157. Biblioteca del Ministerio de Fomento.
158. Sr. D. Mariano Bosch y Arroyo.
159. Sr. D. José Sancho Rayon.
160. Sr. D. Cayetano Manrique.
161. Sr. D. Antonio Martin Gamero.
162. Excmo. Sr. Marqués de Casa Loring.
163. Excmo. Sr. D. Adelardo Lopez de Ayala.
164. Sr. D. Fernando Arias Saavedra.
165. Illmo. Sr. D. Santiago Ortega y Cañamero.
166. Sr. D. Juan Nepomuceno Jaspe.
167. Sr. D. Alfonso Durán.
168. Biblioteca provincial de Toledo.
169. Sr. D. José de Santucho y Marengo.
170. Sr. D. Enrique Suender y Rodriguez.
171. Doctor E. Thebussem.
172. Excmo. Sr. Duque de Frias.
173. Sr. Conde de San Bernardo.
174. Excmo. Sr. D. Eugenio Montero Rios.
175. Sr. D. José Moltó.
176. Biblioteca de la Escuela de Minas.
177. Illmo. Sr. D. Manuel Ortiz de Pinedo.
178. Excmo. Sr. D. Juan Guillen Buzaran.
179. Sr. D. José Antonio de Balenchana.
180. Sr. D. Manuel Pastor y Landero.
181. Duque de Montpensier.
182. Condesa de París.
183. Sr. D. Marcial Taboada.
184. Sr. D. Manuel Perez Seoane.

185. Exçmo. Sr. D. Antonio María Fabié.
186. Sr. Conde de Roche.
187. Sr. D. Cárlos Ramirez de Arellano y Trevilla.
188. Sr. Conde de Adanero.
189. Sr. D. Juan Martorell.
190. Excmo. Sr. D. José de Fontagud Gargollo.
191. Excmo. Sr. D. Fernando Cotoner.
192. Sr. D. Enrique Rouget de Loscos.
193. Sr. D. Joaquin Arjona.
194. Sr. D. Salvador Lopez Guijarro.
195. Sr. D. Lino Peñuelas.
196. Sr. D. Manuel Carboneres.
197. Sr. D. Eugenio de Nava Caveda.
198. Exçmo. Sr. Marqués de Miravel.
199. Excmo. Sr. Conde de Casa Galindo.
200. Sr. D. Hermann Knust.
201. Sr. D. José de Palacio y Vitery.
202. Sr. D. J. N. de Acha.
203. Sr. D. Juan Llordachs.
204. Sr. D. Juan Rodriguez.
205. Sr. D. Agustin Felipe Peró.
206. Sr. D. Juan de Aldana.
207. Sr. D. Juan Gualberto Ballesteros.
208. Sr. D. Pablo Cuesta.
209. Sr. D. Manuel Catalina.
210. Sr. D. Juan Manuel Ranero.
211. Sr. D. José Ignacio Miró.
212. Sr. Marqués de Casa Torres.
213. Sr. D. Márcos Sanchez.
214. Sr. D. Fernando Nuñez Arenas.
215. Sr. D. José Coll y Vehy.
216. Sr. D. José Llordachs.
217. Sr. D. Laureano Perez de Arcas.

218. Sr. Conde de Canillas de los Torneros.
219. Excma. Sra. Condesa viuda del Montijo.
220. Sr. D. Ramon Siscar.
221. Sr. Gerold, de Viena.
222. Sr. D. Juan Martin Fraqui.
223. Sr. D. Joaquin Zugarramurdi.
224. Sr. D. Nicolas Gato de Lema.
225. Sr. D. Donato Guio.
226. Sr. D. Blas Osés.
227. Sr. D. Gaspar Nuñez de Arce.
228. Sr. D. Manuel Rodriguez.
229. Excmo. Sr. Marqués de San Miguel de la Vega.
230. Sr. D. Guillermo Morphy.
231. Sr. D. Márcos Jimenez de la Espada.
232. Excmo. Sr. D. Segismundo Moret.
233. Sr. D. Santiago Perez Junquera.
234. Sr. D. Fidel de Sagarminaga.
235. Sr. Marqués de San Cárlos.
236. Sr. D. Domingo Perez Gallego.
237. Sr. D. Mariano Soriano Fuertes.
238. Sr. D. Mariano Fortuny.
239. Sr. D. Luis Asensi.
240. Sr. D. Vicente Poleró.
241. Ecxmo. Sr. D. Salvador de Albacete.
242. Sr. D. Federico Uhagon.
243. Sr. D. Benito Perdiguero.
244. Excmo. Sr. D. Francisco Romero Robledo.
245. Sr. D. Federico Sawa.
246. Sr. D. Antonio de Santiyan.
247. Sr. D. Antonio Pineda Cevallos Escalera.
248. Real Academia de Nobles Artes de San Fernando.
249. Excmo. Sr. D. Alejandro Llorente.
250. Sr. D. Gabriel Sanchez.

251. Sr. D. Santos María Robledo.
252. Sr. D. José Jorge Daroqui.
253. Excmo. Sr. Marqués de Fuente de la Piedra.
254. Sr. D. Juan Clavijo.
255. Sr. D. Pedro Pablo Blanco.
256. Excmo. Sr. D. Ricardo Villalba y Perez.
257. Sr. D. Eduardo Corredor.
258. Excma. Sra. Condesa de Oñate.
259. Mr. Eugène Piot.
260. Sr. D. Adolfo Rivadeneyra.
261. Sr. D. Luis Masferrer.
262. Sr. D. José Anllo.
263. H. Watts, Esq.
264. Sr. D. Francisco Cuesta.
265. Sr. D. Mariano Murillo.
266. Sr. D. Federico Real y Prado.
267. Sr. D. Felipe Barroeta.
268. Sr. Conde de Peñaranda de Bracamonte.
269. Sr. D. Luis Gonzalez Búrgos.
270. Sr. D. Enrique García de Angulo.
271. Biblioteca de la Academia del E. M. del Ejército.
272. Biblioteca del Ministerio de Marina.
273. Sr. D. Federico Gillman.
274. Sr. D. Rafael Aguilar y Pulido.
275. Sr. D. José Moncerdá.
276. Sr. D. Enrique Heredia.
277. Sr. D. Bienvenido Oliver y Esteller.
278. Sr. D. Rafael de la Escosura.
279. Excmo. Sr. D. Francisco de Cárdenas.
280. Ilmo. Sr. D. Víctor Arnau y Lambea.
281. Excmo. Sr. D. José Nuñez de Prado.
282. Sr. D. Antonio Rodriguez de Cepeda.
283. Sr. D. Miguel Guijarro Rodrigo.

284. Sr. D. Miguel Guijarro Ocaña.
285. Sr. D. Jorge Ticknor.
286. Excmo. Sr. D. José Gutierrez de la Vega.
287. Sr. D. Pedro Avial.
288. Excmo. Sr. Marqués de Casa Irujo.

---

j

JUNTA DE GOBIERNO.

PRESIDENTE.	Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
VICE-PRESIDENTE.	Excmo. Sr. D. Cayetano Rosell.
TESORERO.	Excmo. Sr. Marqués de la Fuensanta del Valle.
CONTADOR.	Sr. D. José Antonio de Balenchana.
SECRETARIO PRIMERO.	Excmo. Sr. D. Gregorio Cruzada Villaamil.
SECRETARIO SEGUNDO.	Sr. D. José María Octavio de Toledo.

LIBROS PUBLICADOS

POR LA

SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES.

I. Cartas de Eugenio de Salazar, por D. Pascual de Gayángos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edicion.*

II. Poesías de D. Francisco de Rioja, por D. Cayetano A. de la Barrera. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edicion.*

III. Relaciones de algunos sucesos de los últimos tiempos del reino de Granada, por D. Emilio Lafuente Alcántara. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edicion.*

IV. Cinco cartas político-literarias de D. Diego Sarmiento de Acuña, Conde de Gondomar, por D. Pascual de Gayángos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edicion.*

V. El libro de las aves de caça, del Canciller Pedro Lopez de Ayala, con las glosas del Duque de Alburquerque. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edicion.*

VI. Tragedia llamada Josefina, de Micael de Carvajal, por D. Manuel Cañete. Tirada de 300 ejemplares. *Gratis para los socios. Agotada la edicion.*

VII. Libro de la Cámara Real del Príncipe D. Juan, de Gonzalo Fernandez de Oviedo, por D. José María Escudero de la Peña. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edicion.*

VIII. Historia de Enrrique fi de Oliua, rey de Iherusalem, emperador de Constantinopla, por D. Pascual de Gayángos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edicion.*

IX. El Crotalon de Christophoro Gnophoso. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edicion.*

X. Don Lazarillo Vizcardi, de D. Antonio Eximeno, por D. Francisco Asenjo Barbieri, dos tomos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edicion.*

XI. Relaciones de Pedro de Gante, por D. Pascual de Gayángos. Tirada de 300 ejemplares. *Grátis para los sócios. Agotada la edicion.*

XII. Tratadó de las batallas y ligas de los exércitos del Emperador Cárlos V, desde 1521 hasta 1545, por Martin García Cerezeda. Tomos I, II y III. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edicion.*

XIII. Memorias del Cautivo en la Goleta de Tunez, por D. Pascual de Gayángos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edicion.*

XIV. Libro de la Jineta y descendencia de los caballos guzmanez, por D. José Antonio de Balenchana. Tirada de 300 ejemplares.

